Haruki Murakami

Kafka en la orilla

ANDANZAS Crónica del pájaro que da cuerda al mundo Sputnik, mi amor Al sur de la frontera, al oeste del Sol Tokio blues *Norwegian Wood* Kafka en la orilla

colección andanzas

HARUKI MURAKAMI KAFKA EN LA ORILLA

Traducción del japonés de Lourdes Porta

¡.' edición: noviembre de 2006

Haruki Murakami, 2002

de la traducción: Lourdes Porta, 2006
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para Tusquets Editores, S.A.
Cesare Cantú, 8 - 08023 Barcelona www.tusquetseditores.com
ISBN: 84-8310-356-7
Depósito legal: B. 43.985-2006

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolá, 13-15 - 08013 Barcelona Impreso sobre papel Goxua de Papelera del Leizarán, S.A. – Guipúzcoa Impresión: Limpergraf, S.L. - Mogoda, 29-31 - 08210 Barbera del Valles Encuadernación:

Kafka en la orilla

El joven llamado Cuervo

- Así que ya has conseguido el dinero, ¿no? —dice el joven llamado Cuervo. Lo dice con su peculiar manera de hablar, arrastrando un poco las palabras. Como cuando te acabas de despertar de un profundo sueño y sientes la boca pesada y torpe. Simples apariencias. En realidad, está completamente despierto. Igual que siempre.

Asiento.

¿Cuánto?

Respondo tras confirmar, una vez más, la cifra en mi cabeza.

- Unos cuatrocientos mil yenes en metálico. Y, con la tarjeta, podría sacar algo más de unos ahorros que tengo en el banco. Ya sé que no es gran cosa, pero de momento...
- Sí, no está mal —admite el joven llamado Cuervo—. De momento, claro.

Asiento.

- Pero este dinero no te lo habrá traído Santa Claus por Navidad, supongo.
- No, claro —digo.

El joven llamado Cuervo mira a su alrededor frunciendo levemente los labios con sarcasmo.

¿Y de qué cajón ha salido?

No respondo. Él sabe muy bien de qué dinero se trata, claro. No sé a qué vienen estas preguntas absurdas. Sólo se está burlando de mí.

Va, déjalo correr —dice el joven llamado Cuervo—. Tú necesitas ese dinero. Con urgencia. Y lo has conseguido. Qué importa que se lo hayas pedido a alguien, que lo hayas tomado prestado sin decir nada o que lo hayas robado. En todo caso, es dinero de tu padre. Y con ese dinero, de momento, saldrás adelante. Pero cuando te hayas gastado los cuatrocientos mil yenes y pico, ¿qué piensas hacer? Porque el dinero que guardas en el monedero no crece solo como las setas en el bosque.

Y tú tienes que comer, necesitas un lugar para dormir. Y un día u otro el dinero se te acabará.

- Eso ya lo pensaré en su momento —digo yo.
- Ya lo pensaré en su momento. —Repite mis palabras como si estuviera sopesándolas sobre la palma de la mano.

Asiento.

- ¿Buscar trabajo, tal vez?

Quizá —digo.

El joven llamado Cuervo hace un gesto negativo con la cabeza.

¿Sabes? Deberías saber un poco más de qué va el mundo. ¿Qué diablos de trabajo va a encontrar un niño de quince años en una tierra lejana, desconocida? Si ni siquiera has acabado la enseñanza obligatoria. ¿Quién va a darte trabajo?

Me puse un poco colorado. Me ruborizo con facilidad.

En fin, no insisto —dice el joven llamado Cuervo—. Tampoco sirve de nada que te pinte las cosas tan negras. Total, ni siquiera han empezado. Tú ya has tomado una decisión. Ahora sólo te falta llevarla a cabo. En cualquier caso, se trata de tu vida. Básicamente, la única vía es hacer lo que tú creas.

Exacto. En definitiva, es mi vida.

- Pero, de aquí en adelante, para poder sobrevivir tendrás que ser muy fuerte.

Yo me esfuerzo todo lo que puedo —digo. —Sí, seguro que sí —dice el joven llamado Cuervo—. Durante estos últimos años te has hecho muy fuerte. No es que no lo reconozca, ¿sabes?

Asentí.

- Sin embargo, sólo tienes quince años. Tu vida, en el mejor de los casos, no ha hecho más que empezar. El mundo está lleno de cosas que todavía no has visto. Cosas que tú, ahora, ni siquiera puedes imaginar.

Estábamos sentados el uno junto al otro, como siempre, en el viejo sofá de cuero del estudio de mi padre. Al joven llamado Cuervo le gusta ese sitio. Le encantan los pequeños objetos que se encuentran en él. Ahora juguetea con el pisapapeles de cristal con forma de abeja que tiene en la mano. Pero no hace falta decir que, cuando mi padre está en casa, ni se acerca.

Y yo digo:

- De todas formas, tengo que irme de aquí. No hay vuelta de hoja.
- Sí, tal vez —asiente el joven llamado Cuervo. Deposita el pisapapeles sobre la mesa y cruza las manos por detrás de la cabeza—. Pero aquí no acaba el asunto. Parece que no haga más que echarte jarros de agua fría, pero yo no tengo muy claro que yéndote, por muy lejos que te vayas, puedas escapar. Me da la impresión de que no hay que confiar demasiado en la distancia.

Pienso una vez más en la distancia. El joven llamado Cuervo lanza un suspiro y se presiona los párpados con las yemas de los dedos. Me habla con los ojos cerrados, desde el fondo de las tinieblas.

- Juguemos a lo de siempre —propone.

De acuerdo —digo. Yo también cierro los ojos y, en silencio, respiro hondo.

¿Listo? Imagínate una tempestad de arena terrible, terrible de verdad —dice—. Y olvida cualquier otra cosa.

Tal como me ha dicho, imagino una tempestad de arena terrible, terrible de verdad. Y olvido cualquier otra cosa. Incluso quién soy. Me quedo en blanco. Las cosas van aflorando enseguida. Y él y yo las compartimos en el viejo sofá de cuero del estudio de mi padre, como siempre.

A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar —me comenta el joven llamado Cuervo.

A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. Como una danza macabra con la Muerte antes del amanecer. Y la razón es que la tormenta no es algo que venga de lejos y que no guarde relación contigo. Esta tormenta, en definitiva, eres tú. Es algo que se encuentra en tu interior. Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir atravesándola paso a paso. Y en su interior no hay sol, ni luna, ni dirección, a veces ni siquiera existe el tiempo. Allí sólo hay una arena blanca y fina, como polvo de huesos, danzando en lo alto del cielo. Imagínate una tormenta como ésta.

Me imagino una tormenta como ésa. Un blanco remolino que apunta al cielo, irguiéndose vertical como una gruesa maroma. Mantengo los ojos y las orejas fuertemente tapados con ambas manos. Para que la fina arena no se me meta en el cuerpo. La tormenta se acerca deprisa. Desde lejos puedo sentir la fuerza del viento en la piel. Va a engullirme de un momento a otro.

El chico llamado Cuervo posa con suavidad una mano sobre mi hombro. La tormenta de arena se desvanece. Pero yo continúo aún con los ojos cerrados.

Tú, ahora, tendrás que ser el chico de quince años más fuerte del mundo. Sólo así lograrás sobrevivir. Y, para ello, deberás comprender por ti mismo lo que significa ser fuerte de verdad. ¿Entiendes?

Me limito a permanecer callado. Me gustaría hundirme poco a poco en el sueño sintiendo su mano sobre mi hombro. Un tenue aleteo llega a mis oídos.

Tú, ahora, pronto te convertirás en el chico de quince años más fuerte del mundo —me repite al oído en voz baja el joven llamado Cuervo mientras me dispongo a dormir. Como si tatuara con tinta azul oscuro estas palabras en mi corazón.

Y tú en verdad la atravesarás, claro está. La violenta tormenta de arena. La tormenta de arena metafísica y simbólica. Pero por más metafísica y simbólica que sea, te rasgará cruelmente la carne como si de mil cuchillas se tratase. Muchas personas han derramado allí su sangre y tú, asimismo, derramarás allí la tuya. Sangre caliente y roja. Y esa sangre se verterá en tus manos. Tu sangre y, también, la sangre de los demás.

Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tú no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa sí quedará clara. Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella. Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena.

El día de mi decimoquinto cumpleaños me escapé de casa, me marché a una ciudad desconocida y empecé a vivir en un rincón de una pequeña biblioteca.

Claro que si contara las cosas por orden, tal como ocurrieron, el relato se extendería una semana más. Sin embargo, si tocamos sólo los puntos esenciales, eso fue lo que ocurrió: el día de mi decimoquinto cumpleaños me escapé de casa, me marché a una ciudad desconocida y empecé a vivir en un rincón de una pequeña biblioteca.

Quizá parezca un cuento de hadas. Pero no lo es. De ninguna de las maneras.

1

Cuando me marché de casa, no sólo me llevé dinero en metálico del estudio de mi padre sin decir nada. También me llevé un pequeño y viejo encendedor de oro (me gustaba su diseño y lo mucho que pesaba) y una navaja plegable de acerado filo. Es para despellejar ciervos, noto un gran peso cuando la sostengo sobre la palma de la mano, la hoja medirá unos doce centímetros. Mi padre debió de comprarla durante algún viaje al extranjero. Y, claro, decido llevarme también una potente linterna que hay en un cajón de la mesa. Y también las gafas de sol, que me hacen falta para ocultar la edad. Unas Revo de un profundo azul celeste.

Me pregunté si debía llevarme también el Rolex Oyster que tanto apreciaba mi padre, pero al final lo dejé correr. La belleza mecánica de ese reloj me fascinaba, pero no quería llamar la atención cargándome de forma innecesaria de objetos de valor. Por otra parte, desde un punto de vista práctico, me basta y me sobra con el Casio de plástico con alarma y cronómetro incorporados que uso habitualmente. De hecho, el Casio me será mucho más útil. Desisto y vuelvo a meter el Rolex en el cajón.

Y, además, una fotografía donde aparecemos mi hermana mayor y yo, de niños, uno al lado del otro. Esta fotografía también se hallaba en el fondo del cajón del escritorio. Mi hermana y yo nos encontramos en la playa, sonreímos felices. Mi hermana está vuelta hacia un lado, una sombra oscura le cubre medio rostro. Por eso su sonriente faz aparece dividida en dos. Y, al igual que las máscaras de teatro griego que he visto a veces en las ilustraciones de los libros de texto, su rostro comprende dos significados superpuestos. La luz y la sombra. La esperanza y la desesperanza. La risa y la tristeza. La confianza y la soledad. Yo, por mi parte, miro al objetivo de frente, con naturalidad. Aparte de nosotros, no hay nadie más en la playa. Los dos vamos en traje de baño. Mi hermana lleva un bañador de una pieza con un dibujo de florecitas rojas y yo unas bermudas muy feas que me quedan demasiado grandes. Sostengo algo en la mano. Una especie de palo de plástico. Deshechas en blanca espuma, las olas nos bañan los pies.

¿Dónde y cuándo, quién nos debió de hacer esa fotografía? ¿Cómo es que yo tenía esa expresión de felicidad? ¿Cómo diablos podía parecer tan contento? ¿Cómo es que mi padre ha guardado únicamente esta fotografía? Todo esto es un enigma. Yo debo de tener tres años y mi hermana, nueve. ¿Tan bien nos llevábamos mi hermana y yo? No recuerdo en absoluto haber ido con mi familia a la playa. Tampoco recuerdo haber ido a ningún otro lugar. En todo caso, no quería dejarla en manos de mi padre. Me meto la vieja fotografía en la cartera. No hay ninguna de mi madre. Al parecer, mi padre ha tirado todas las fotografías donde salía ella, todas, sin dejar ni una.

Tras pensármelo un poco, decidí llevarme el teléfono móvil. Cuando mi padre se dé cuenta de que ha desaparecido, seguro que llamará a la compañía telefónica y se dará de baja. Y entonces no me será de ninguna utilidad. De todas formas, lo metí en la mochila. Y también el cargador de la batería. Total, no pesa gran cosa. En cuanto vea que el aparato no funciona, me bastará con tirarlo.

Decido no meter en la mochila más que lo indispensable. Lo más difícil es elegir la ropa. ¿Cuántos juegos de ropa interior necesitaré? ¿Cuántos jerséis necesitaré? ¿Y cuántas camisas? ¿Y pantalones? ¿Y guantes? ¿Necesitaré bufanda? ¿Y pantalones cortos? ¿Y abrigo? En cuanto empiezo a pensar, no acabo. Pero hay algo que sí tengo claro. No quiero vagar por una tierra extraña con un fardo enorme a la espalda que proclame a los cuatro vientos que me he escapado de casa. Si lo hiciera, pronto llamaría la atención. Me pondrían bajo la custodia de la policía y en un santiamén me habrían enviado de vuelta a casa. O acabaría en manos de los tipejos menos recomendables de la zona.

A un lugar frío es mejor no ir. Llego a esta conclusión. Sencillo, ¿verdad? Pues me voy a un lugar cálido. Así no necesitaré abrigo. Ni guantes. Al no tener que pensar en el frío, la ropa necesaria queda reducida a la mitad. Elegí prendas ligeras, fáciles de lavar, que se secaran deprisa y que abultaran lo menos posible, las plegué bien y las embutí en la mochila. Aparte de ropa: mi saco de dormir three—seasons, que se puede deshinchar y plegar bien, un neceser con los productos de aseo básicos, una capellina de plástico, cuaderno y lápices, un discman MD de Sony con el que se puede grabar, y unos diez

discos compactos (la música es indispensable), pilas recargables de repuesto, ese tipo de cosas. Los cacharros para cocinar de acampada no los necesito. Pesan y ocupan demasiado espacio. La comida puedo comprarla en las tiendas que tienen abierto las veinticuatro horas. Me llevó mucho tiempo acortar la lista. Añadía una cosa, y otra, luego la borraba. Volvía a apuntar un montón de cosas, volvía a borrarlas.

El día de mi decimoquinto cumpleaños es la fecha ideal para irme de casa. Antes es demasiado pronto y, después, tal vez sea ya demasiado tarde.

Pensando en este día, durante los dos últimos años, tras ingresar en la escuela secundaria, me he dedicado a robustecer mi cuerpo de manera intensiva. Desde finales de primaria practicaba el judo, y al empezar la secundaria no lo dejé del todo, pero no ingresé en el club de deporte de la escuela. En cuanto tenía un momento libre me iba a correr al campo de deportes, a nadar a la piscina o al gimnasio municipal a fortalecer mis músculos con aparatos. Allí, unos jóvenes monitores me enseñaron gratis la manera correcta de hacer flexiones y el uso de los aparatos. Cómo fortalecer al máximo cada músculo. Qué músculo se hace trabajar normalmente en la vida cotidiana y cuál puede moldearse sólo con el uso de aparatos. Ellos me enseñaron la manera correcta de hacer levantamiento de pesas. Por suerte, yo ya era alto de constitución y, gracias al ejercicio diario, mis hombros y mi pecho se ensancharon. Un desconocido me echaría, sin problema, unos diecisiete años. Porque si aparentara los quince que tengo, seguro que toparía con problemas adondequiera que fuese.

Aparte de mi trato con los monitores del gimnasio y con la asistenta que venía a casa cada dos días, y dejando de lado las cuatro palabras indispensables que intercambiaba en la escuela, yo apenas hablaba con la gente. A mi padre hacía ya mucho tiempo que lo evitaba. A pesar de vivir en la misma casa, nuestros horarios eran completamente diferentes y, además, mi padre se pasaba el día encerrado en su taller, en un lugar separado. Y no hace falta decir que yo tenía siempre la precaución de no coincidir con él.

Yo iba a una escuela privada adonde, por lo general, acudían hijos de familias de la clase alta o, como mínimo, adineradas. A no ser que lo hicieras muy mal, podías pasar directamente al bachillerato. Todos tenían una bonita dentadura, la ropa limpia, la conversación aburrida. Yo, por supuesto, no gozaba de grandes simpatías. Había levantado un alto muro a mí alrededor y hacía lo imposible para que nadie se metiera dentro y para no tener que dar yo un paso fuera de él. Y este tipo de personas no suele gustar a nadie. Frente a mí, todos guardaban una distancia prudencial, jamás bajaban la guardia. Tal vez me detestasen y, en algunas ocasiones, me temieran. Pero era de agradecer que no me hicieran caso. Solo, tenía un montón de cosas que hacer. En las horas libres me iba a la biblioteca y devoraba un libro tras otro.

Con todo, prestaba una gran atención a las clases. Era algo que el joven llamado Cuervo me había aconsejado encarecidamente que hiciera.

Los conocimientos o habilidades que te enseñan en las clases de secundaria no se puede decir que tengan una gran utilidad en la vida diaria, eso seguro. Y los profesores son en su gran mayoría un hatajo de estúpidos. No me cabe la menor duda. Pero ¿sabes? Tú vas a irte de casa. Por lo tanto, en el futuro quizá no vuelvas a tener la oportunidad de pisar la escuela, así que, mientras puedas, es mejor que te metas en la cabeza todo lo que te enseñen, te guste o no. Tienes que ser como un papel secante y absorberlo todo. Qué debes guardar y qué debes tirar, eso ya lo decidirás más adelante.

Y yo seguí ese consejo (yo solía seguir los consejos del joven llamado Cuervo). Puse los cinco sentidos en ello, convertí mi cerebro en una esponja, agucé el oído y grabé en mi cerebro todas las palabras que se pronunciaban en clase. Disponía de un tiempo limitado: las asimilaba, las memorizaba. Por lo tanto, pese a no estudiar apenas fuera de clase, siempre era de los que en los exámenes sacaba las puntuaciones más altas.

A medida que mis músculos se endurecían como el metal, me iba convirtiendo en una persona callada. Intentaba evitar que las emociones se me traslucieran en el rostro, me entrenaba para ser capaz de impedir que profesores y compañeros de clase adivinasen qué estaba pensando. Pronto entraría en el cruel y agresivo mundo de los adultos y tendría que sobrevivir en él yo solo. Debería ser más fuerte que nadie.

Al mirarme al espejo descubría en mis ojos la frialdad de los ojos de un lagarto, veía cómo mi rostro se había vuelto más duro e inexpresivo. Pensándolo bien, hacía tanto tiempo que no me reía que ni recordaba cuándo había sido la última vez. Ni siquiera sonreía. Ni a los demás ni a mí mismo.

Pero no siempre podía salvaguardar ese apacible aislamiento. En ocasiones, el alto muro que debía protegerme se desmoronaba sin más. No sucedía con frecuencia, pero a veces ocurría. Antes de que pudiera darme cuenta, la pared había desaparecido y yo estaba expuesto completamente desnudo al mundo. En esas ocasiones me sentía confuso. Terriblemente confuso. Además, allí había una profecía. Allí había una profecía semejante a las aguas negras.

La profecía siempre está allí, como las aguas de un negro secreto. Por lo general, se ocultan silenciosas en profundidades desconocidas. Pero a veces se desbordan sin palabras y empapan, heladas, cada una de tus células, y tú, ante este cruel desbordamiento, te ahogas, boqueas y jadeas. Te pegas al respiradero del techo y buscas con desesperación el aire fresco del exterior. Pero sólo encuentras un aire reseco que abrasa tu garganta. El agua y la sed; el frío y el calor. Elementos supuestamente antagónicos unen sus fuerzas y te atacan.

Con lo vasto que es el mundo, a ti te corresponde un espacio minúsculo –y ya te parece bien que así sea–, pero éste no figura en ninguna parte. Cuando buscas una voz, sólo encuentras un silencio profundo. Pero cuando buscas el silencio, sólo encuentras una voz que te va repitiendo incesantemente la profecía. Esta voz, en algunas ocasiones, da a un interruptor secreto que se oculta en tu mente.

Tu corazón es como un gran río crecido tras un largo periodo de lluvias. Los postes indicadores del camino están, todos sin excepción, sumergidos en la corriente, o tal vez hayan sido arrastrados a otro lugar oscuro. Y la lluvia sigue cayendo torrencialmente sobre el río. Y cada vez que veas en las noticias las imágenes de unas inundaciones pensarás: «Sí, justo. Ése es mi corazón».

Antes de salir de casa voy al cuarto de baño y me lavo las manos con jabón, me lavo la cara. Me corto las uñas, me limpio las orejas, me lavo los dientes. Limpio concienzudamente cada rincón de mi cuerpo. Hay ocasiones en que estar limpio es fundamental. Luego, frente al espejo, estudio mi rostro con detenimiento. Aquí se refleja la cara que he heredado de mi padre y de mi madre —aunque la de mi madre no la recuerdo en absoluto—. Por mucho que intente borrar la expresión que se refleja en él, por mucho que intente apagar el brillo de mis ojos, por mucho que esculpa mi cuerpo, no puedo cambiar de rostro. Por muy ardientemente que lo desee, este par de cejas largas y espesas, y la arruga del entrecejo que sólo puedo haber heredado de mi padre, no las puedo borrar. Si quieres, podría matarlo (con la fuerza que ahora tengo no me costaría nada). También podría borrar a mi madre de mi memoria. Pero no puedo expulsar los genes que se encuentran en mí. Porque para expulsarlos debería desterrarme a mí de mí mismo.

Y aquí está la profecía. Como un mecanismo enterrado en mí. Como un mecanismo enterrado en mí.

Apago la luz y salgo del lavabo. Un silencio húmedo y pesado se cierne sobre la casa. Susurros de gente que no existe, el hálito de los muertos. Miro a mí alrededor, me detengo, respiro hondo. Las agujas del reloj marcan las tres de la tarde. Las dos agujas están cargadas de una cruel indiferencia. Bajo su aparente imparcialidad, no están de mi lado. Ha llegado el momento de dejar atrás este lugar. Tomo la pequeña mochila en la mano, me la cargo al hombro. Lo había ensayado muchas veces, pero jamás me había parecido tan pesada.

He decidido dirigirme a Shikoku. No hay ninguna razón para ello. Pero mientras estoy mirando el mapa se me ocurre, no sé por qué, que es allí adonde debo ir. Por mucho que lo mire, no, cuanto más lo miro,

más atraído me siento por ese lugar. Mucho más al sur que Tokio, separado de Honshú. En ella se encuentra Tokio. (N. de la T) el clima es cálido. Jamás he pisado esa zona y no tengo allí un solo conocido, ningún pariente. Si alguien indaga mi paradero (aunque no creo que lo haga nadie) no existe ninguna posibilidad de que dirija hacia allá la mirada.

Recojo en la ventanilla el billete que había reservado, monto en el autocar nocturno. Es el medio de transporte más barato para ir a Takamatsu. Unos diez mil yenes y pico. Nadie se fija en mí. Nadie me pregunta la edad. Nadie se me queda mirando. Únicamente el revisor inspecciona mi billete con gesto mecánico. Sólo hay una tercera parte de los asientos ocupada. En su mayoría, los pasajeros viajan solos, como yo, y el interior del autocar está sumido en un silencio extraño. El camino hasta Takamatsu es muy largo. Según los horarios del autocar, son unas diez horas de viaje, llegaremos allí por la mañana temprano. Pero a mí el tiempo no me importa. Yo ahora lo tengo a espuertas. Cuando, a las ocho pasadas, dejamos la terminal de autobuses, inclino el respaldo del asiento y me duermo. En el preciso instante de hundirme en él siento cómo se me va debilitando la conciencia, igual que si se me hubieran agotado las pilas.

Poco antes de medianoche empieza a llover a cántaros. De vez en cuando me despierto y, a través de las cortinas baratas, contemplo la autopista en la noche. Las gotas de lluvia azotan con estrépito la ventana, emborronan la luz de las farolas que hay al borde del camino. Están plantadas a intervalos regulares, parece que miden el mundo hasta el infinito. Una nueva luz se acerca y, un instante después, ya se ha convertido en una luz vieja a mis espaldas. Me doy cuenta de que ya han dado las doce de la noche. Y, de manera automática, como si se me acercara de frente, hace su aparición el día de mi decimoquinto cumpleaños.

Feliz cumpleaños —me desea el joven llamado Cuervo.

Gracias —le digo yo.

Pero la profecía, todavía una sombra, me acompaña. Compruebo que el muro que he levantado a mí alrededor todavía sigue en pie. Cierro las cortinas, vuelvo a dormirme.

2

El presente documento, catalogado como «Estrictamente Confidencial» por el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos de América, fue desclasificado en 1986 en base a la Ley de Desclasificación de Documentos Oficiales. Actualmente puede consultarse en el Archivo Nacional de los Estados Unidos de América (NARA), en Washington.

Esta serie de entrevistas grabadas se realizaron entre los meses de marzo y abril de 1946 bajo la supervisión del comandante James P. Warren del Departamento de Inteligencia del Ejército de Tierra. El alférez Robert O'Connell y el brigada Harold Katayama se encargaron del trabajo de campo en la zona, la población XXX de la prefectura de Yamanashi. En todas las entrevistas efectuó las preguntas el alférez Robert O'Connell, la traducción al japonés correspondió al brigada Harold Katayama y de la redacción de los documentos se encargó el soldado de segunda clase William Come.

Las entrevistas se realizaron a lo largo de doce días, y a este efecto se destinó la sala de visitas del ayuntamiento de la población xxx en la prefectura de Yamanashi. El alférez O'Connell entrevistó por separado a: una profesora de la Escuela Nacional del barrio xxx de la población xxx, un médico residente en la zona, dos miembros del cuerpo de la policía local y seis niños. Los mapas adjuntos, a escala de 1: 10.000 y 1: 2.000, del área en cuestión fueron elaborados por el Instituto Topográfico del Ministerio del Interior.

¡NFORME DEL DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO DE TIERRA (MIS)

Fecha:	12 de mayo de 1946
Título:	Informe sobre el Incidente de la montaña del bol de arroz, 1944
Número:	PTYX-722-8936745-42213-WWN Entrevista a Setsuko Okamachi (26), tutora de la clase B de cuarto curso de la Escuela Nacional del barrio xxx de la población xxx. La conversación fue grabada. Se puede acceder al material relacionado con la entrevista mediante el código PTYX-722-SQ118.

Impresiones del entrevistador, alférez Robert O'Connell:

Setsuko Okamachi es una mujer menuda y de facciones bonitas. Inteligente y con un gran sentido de la responsabilidad, ha respondido con precisión y honestidad. Sin embargo, parece hallarse todavía, de alguna manera, bajo los efectos del shock que le produjo el incidente. Se apreciaba cómo crecía en ella la tensión psicológica conforme iba resiguiendo lo que recordaba. En esos momentos tendía a hablar más despacio.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando vi una luz plateada que brillaba en lo alto del cielo. Un brillante resplandor de luz plateada. Sí, era el reflejo que despide un objeto metálico, sin duda. Y ese resplandor se fue desplazando muy despacio por el cielo, de este a oeste. Nosotros nos preguntamos si se trataría de un B29. Estaba justo sobre nuestras cabezas. Así que teníamos que mirar directamente hacia arriba. El cielo estaba despejado del todo, sin una nube, y la luz nos cegaba. Lo único que veíamos era el resplandor de un objeto plateado que parecía de duraluminio. Sin embargo, el objeto se encontraba a una altura tal que no podía distinguirse su forma. Así que deduje que desde allí tampoco podrían descubrirnos a nosotros. Por lo tanto, no temía que nos atacaran y tampoco me preocupaba que nos bombardearan. ¿Qué sentido tiene arrojar bombas al corazón del bosque? Pensé que quizás aquel avión fuera de camino a bombardear alguna gran ciudad o que quizá volviera de hacerlo. Así que nosotros miramos el avión sin alarma alguna y continuamos andando. Yo incluso me sentí atraída por la extraña belleza de aquella luz.

... Según el registro del Ejército, en aquel momento, es decir, alrededor de las diez de la mañana del 7 de noviembre de 1944, ningún bombardero ni ningún otro avión sobrevolaba la zona.

Pero yo, y también los dieciséis niños que se encontraban allí, todos, lo vimos con claridad, y todos pensamos que se trataba de un B29. Todos habíamos visto varias veces formaciones de B29 y sabíamos que sólo los B29

pueden volar tan alto. Además, en la prefectura había una pequeña base aérea y, de vez en cuando, también veíamos volar aviones japoneses, pero éstos eran demasiado pequeños para alcanzar una altura semejante. Además, el brillo del duraluminio es diferente al brillo de cualquier otro metal, y los únicos aviones hechos de duraluminio son los B29. Sólo que, en aquella ocasión, no se trataba de una gran formación, sino de un único aparato, y esto me pareció muy extraño.

¿Nació usted en esta zona?

No. Yo nací en la prefectura de Hiroshima. Me trasladé aquí al casarme, en 1941. Mi marido era profesor de música en un instituto de esta prefectura, pero en 1943 fue llamado a filas y, en junio de 1945, tomó parte en la batalla de Luzón y murió en combate. Según me comunicaron, estaba haciendo guardia en un almacén de munición en las afueras de Manila cuando el almacén fue alcanzado por los disparos de la artillería del ejército americano. Mi marido murió en la explosión. No tuvimos hijos.

¿Cuántos alumnos tenía a su cargo aquel día?

Dieciséis entre niños y niñas, la totalidad de la clase exceptuando a dos que no habían participado en la excursión por estar enfermos. La proporción era de ocho niños y ocho niñas. Entre ellos había cinco que habían sido evacuados de Tokio.

Con la finalidad de realizar unos ejercicios prácticos al aire libre, a las nueve de la mañana salimos de la escuela con las cantimploras y la comida. Por más que los haya llamado «ejercicios prácticos al aire libre», no se trataba de ningún estudio especial. Básicamente consistía en ir a la montaña a buscar setas y hortalizas silvestres comestibles.

Nosotros vivimos en una zona agrícola, así que la comida no faltaba. Pero eso no quiere decir que contáramos con suficientes alimentos. La contribución obligatoria al gobierno era dura y, exceptuando unos cuantos, todos teníamos siempre el estómago vacío.

Por lo tanto, exhortábamos a los niños a que buscaran, fuera donde fuese, algo comestible. Era una situación de emergencia y los estudios habían pasado a un segundo término. Así pues, en aquellos momentos se realizaban con frecuencia los así llamados «ejercicios prácticos al aire libre». Alrededor de la escuela hay zonas de gran riqueza natural y no resultaba difícil encontrar lugares idóneos para realizar estos «ejercicios prácticos». En este sentido, podíamos considerarnos afortunados. Todas las personas que se hallaban en las ciudades pasaban hambre. En aquellos momentos ya estaban cortadas las rutas de abastecimiento procedentes de Taiwan y del continente, y las grandes ciudades sufrían una grave escasez de víveres y de combustible.

Usted ha mencionado que en su clase había cinco niños que habían sido evacuados de Tokio. ¿Se llevaban bien con los niños de la zona?

Por lo que se refiere a mi clase, en general los niños se llevaban bien. Unos eran del pueblo y, los otros, provenían del centro de Tokio: no hace falta decir que habían crecido en ambientes completamente distintos. Hablaban un lenguaje diferente, vestían de diferente forma. Además, la mayor parte de los niños de la zona pertenecen a familias de campesinos pobres, y los niños de Tokio eran en su gran mayoría hijos de personas que trabajaban para empresas y de funcionarios del gobierno. Por lo tanto, no se puede decir que se entendieran bien.

Sobre todo al principio, entre ambos grupos existía cierta tensión. Jamás hubo peleas, ningún niño sufrió acoso o malos tratos por parte de los otros, sólo que los unos no podían entender lo que pensaban los otros. En consecuencia, tanto los niños de la zona como los de Tokio formaron grupos cerrados. Sin embargo, al cabo de unos dos meses se acostumbraron los unos a los otros. Porque los niños, en cuanto juegan juntos a algo que les entusiasma, derriban con relativa facilidad las barreras culturales y sociales.

Descríbame lo más detalladamente posible la zona adonde condujo aquel día a los alumnos a su cargo.

Es una montaña adonde solíamos ir con frecuencia de excursión. Tiene forma redondeada, parecida a la de un bol de arroz invertido, y por eso la llamamos la «montaña del bol de arroz». La montaña no es muy abrupta, cualquiera puede subirla sin esfuerzo. Se encuentra un poco al oeste de la escuela, se puede ir andando. Hasta la cima, al paso de un niño, se llega en unas dos horas. Teníamos previsto detenernos en el bosque, a medio camino, para buscar setas y tomar un bocado. A los niños les divierten más estos «ejercicios prácticos al aire libre» que las clases en el aula.

El resplandor de aquella especie de avión en el cielo nos recordó momentáneamente la guerra, pero fue un acontecimiento puntual. Todos nosotros nos hallábamos de un humor excelente, nos sentíamos felices. El cielo estaba azul, sin una nube que lo empañara, no soplaba el viento: en la montaña reinaba un silencio absoluto, lo único que se oía era el canto de los pájaros. Una vez en el corazón del bosque, la guerra parecía algo ajeno, algo que estuviera ocurriendo en un país remoto. Todos avanzábamos por el sendero cantando. De vez en cuando imitábamos las voces de los pájaros. Era una mañana maravillosa, perfecta de no haber existido un hecho innegable: la guerra proseguía.

Se adentraron en el bosque poco después de avistar el objeto parecido a un avión, ¿no es así?

Sí. No creo que hubieran transcurrido cinco minutos siquiera. A medio camino, dejamos el sendero que conduce a la cima y nos metimos por sendas que se abren a través de los bosques de las laderas. Éstas sí son bastante empinadas. A los diez minutos de subida se abre un claro en el bosque. Es una zona muy extensa, completamente plana, parecida a una mesa. En el corazón del bosque todo está en silencio, la luz del sol se filtra a duras penas, el aire es frío; sólo en ese claro el cielo se extiende luminoso sobre nuestras cabezas, parece una plaza pequeña. Los de nuestra clase, cuando subimos a la montaña del bol de arroz, solemos visitar ese lugar. Ahí se siente una extraña paz, un curioso recogimiento.

Cuando llegamos a la «plaza», hicimos un descanso. Descargamos los bultos y empezamos a buscar setas en grupos de tres o cuatro. A los niños les había impuesto una regla: que ninguno saliera del campo visual de los demás. Los reuní a todos y les insistí en ello una vez más. Por muy familiar que nos sea el lugar, se trata del bosque, si se adentran demasiado en él y se pierden, luego puede resultar difícil encontrarlos. Pero son niños pequeños y, una vez se enfrascan en la búsqueda de las setas, se olvidan de las reglas. Así que, mientras yo misma iba buscando setas, no paraba de contar cabezas.

Hacía unos diez minutos que habíamos empezado a buscar setas en el centro de la «plaza», cuando los niños comenzaron a desplomarse al suelo.

Cuando vi que caían redondos tres niños a la vez, lo primero que pensé es que habían comido setas venenosas. En esta zona hay muchas que producen un veneno letal. Los niños de la zona las conocen, pero entre ellas hay algunas que son difíciles de distinguir. Por eso siempre les prohibía que, bajo ningún concepto, comieran setas hasta que las lleváramos a la escuela de regreso y un experto las seleccionara. Claro que los niños, ya se sabe, no siempre hacen caso de lo que se les dice, ¿verdad?

Yo me precipité sobre ellos, cogí en brazos a los que se habían caído en el suelo y los incorporé. Sus cuerpos estaban desmadejados, parecían de goma reblandecida por el calor del sol. Era como si a aquellos cuerpos les hubieran abandonado las fuerzas; tuve la sensación de estar abrazando la muda de algún reptil. Sin embargo, respiraban con normalidad. Les tomé el pulso, vi que era normal. Tampoco tenían fiebre. La expresión de sus rostros era tranquila, no parecían estar sufriendo. Tampoco mostraban signos de que les hubiera picado alguna abeja o mordido alguna serpiente. Sólo estaban inconscientes. Eso era todo.

Lo más extraño eran sus ojos. Mostraban un estado de postración cercano al coma, y sin embargo no tenían los ojos cerrados. Los mantenían abiertos, como de costumbre, y parecía que estuviesen contemplando algo. A veces, incluso parpadeaban. Era evidente que no dormían. Y movían las pupilas despacio. De izquierda a derecha, con tranquilidad, como si estuvieran barriendo con la mirada, de punta a punta, un paisaje lejano. En las pupilas brillaba la luz de la conciencia. Pero en realidad aquellos ojos no miraban nada. Como mínimo, nada que se hallara frente a ellos. Les pasé la mano por delante, pero sus pupilas no reaccionaron.

¡ncorporé a los tres niños, uno tras otro, y los tres se encontraban exactamente en el mismo estado. Inconscientes, con los ojos abiertos, movían despacio las pupilas de izquierda a derecha. Era una escena de lo más anormal que imaginarse pueda.

¿Quiénes componían el grupo que perdió el sentido en primer lugar? Eran tres niñas. Tres niñas que son muy buenas amigas. Las llamé a voz en grito, les palmeé las mejillas. Se las golpeé con bastante fuerza. No reaccionaron. Parecían no sentir nada. Dejaron, en mi mano, un tacto irreal. Una sensación muy extraña.

Pensé en enviar a alguien corriendo a la escuela. Porque regresar acarreando a las tres niñas sobre mis espaldas sería superior a mis fuerzas. Así que busqué con la mirada al niño más veloz. Pero, al incorporarme y lanzar una ojeada a mi alrededor, me di cuenta de que todos los demás niños también se habían desplomado. Los dieciséis

niños, todos sin excepción, yacían inconscientes en el suelo. Yo era la única que no se había desplomado y permanecía en pie consciente. Sólo yo. Aquello..., aquello parecía un campo de batalla.

En esos momentos, ¿apreció usted algo anormal en el lugar de los hechos? Algún olor, algún sonido, alguna luz.

(Tras reflexionar unos instantes.) No. Tal como le he dicho antes, aquella zona era muy tranquila, la paz en sí misma. Ni un sonido ni una luz ni un olor: no se apreciaba cambio alguno. Sólo que la totalidad de los niños, todos sin excepción, yacía en el suelo. Tuve la sensación de ser la única superviviente del mundo. Me sentí muy sola. Me asaltó una soledad tan grande que no se puede comparar con nada. Deseé evaporarme en el aire, tal cual, sin un solo pensamiento.

Pero yo tenía una responsabilidad como tutora de la clase. Así que respiré hondo, me precipité corriendo ladera abajo y me dirigí a la escuela en busca de ayuda.

3

Cuando me despierto, ya casi ha amanecido. Corro las cortinas de la ventanilla y miro hacia fuera. La lluvia ha cesado por completo, pero debe de hacer poco que ha dejado de llover, porque todo el paisaje que se refleja en mis pupilas está teñido de negro y gotea sin cesar. Al este, en el cielo, flotan algunas nubes de contornos precisos. Están ribeteadas de un halo luminoso. La tonalidad de esa luz tiene algo de siniestro y, a la vez, de benévolo. Según el ángulo de visión, la impresión varía a cada instante.

El autocar sigue corriendo por la autopista a velocidad uniforme. El roce de los neumáticos sobre la calzada ni aumenta ni disminuye de intensidad. El número de revoluciones del motor no varía lo más mínimo. Este sonido monótono va erosionando lisamente el tiempo como si fuera la muela de un molino. Erosiona las consciencias. A mi alrededor, todos los pasajeros duermen hechos un ovillo en sus asientos con las cortinillas de las ventanas cerradas del todo. Al parecer, el conductor y yo somos los únicos que permanecemos despiertos. Todos nosotros somos transportados a nuestro destino con eficacia y una absoluta falta de sensibilidad.

Tengo sed, así que saco una botella de agua mineral del bolsillo de la mochila y tomo un sorbo de agua tibia. Saco luego un paquete de galletas de soda: mi boca se llena del familiar gusto seco de las galletas. Mi reloj de pulsera marca las 4:32. Por si acaso, compruebo una vez más el día de la semana y del mes. Los dígitos me indican que ya han transcurrido unas trece horas desde que he salido de casa. No es un periodo de tiempo excesivamente largo, pero tampoco es posible el retorno. Todavía es el día de mi cumpleaños. Estoy en el primer día de mi nueva vida. Cierro los ojos, los abro, vuelvo a comprobar día y hora. Luego enciendo la lamparilla de encima del asiento y empiezo a leer un libro de bolsillo.

A las cinco, sin previo aviso, el autocar deja la autopista y se detiene en un rincón del estacionamiento de un área de servicio. La puerta delantera del autocar se abre con un bufido de aire comprimido. Se encienden las luces dentro del vehículo, se oye la breve locución del conductor: «Buenos días, señores pasajeros. De acuerdo con nuestros horarios, dentro de una hora más o menos llegaremos a Takamatsu. Pero previamente efectuaremos unos veinte minutos de descanso en esta estación de servicio. Saldremos a las cinco y media. Estén de vuelta antes de esa hora, por favor».

Al oírlo, la mayoría de pasajeros se despierta y se levanta en silencio. Bosteza, sale del autocar de mala gana. La mayoría se adecenta un poco aquí antes de llegar a Takamatsu. También yo bajo del autocar, respiro hondo varias veces, me desperezo, hago algunos estiramientos sencillos envuelto en el aire fresco de la mañana. Voy al lavabo, me lavo la cara. Me pregunto dónde diablos estoy. Salgo afuera y lanzo en derredor una mirada al paisaje que me circunda. Son los alrededores, vulgares y corrientes, de una autopista cualquiera, sin peculiaridad alguna. Sin embargo, tal vez sean figuraciones mías, pero tanto la forma de las montañas como el color de los troncos de los árboles me parecen distintos a los de Tokio.

Estoy en la cafetería tomándome una taza de té verde gratis cuando se me acerca una mujer joven y se sienta en la silla de plástico contigua. En la mano derecha sostiene un vaso de cartón lleno de café que acaba de sacar de la máquina expendedora y del que se alza una nube de vapor blanco. En la izquierda, una caja pequeña de sándwiches adquirida también, al parecer, en la máquina.

A decir verdad, la mujer tiene una fisonomía muy extraña. Por mucho que la mires con benevolencia, sus facciones no guardan equilibrio alguno. La frente es muy ancha, la nariz, pequeña y chata, las mejillas están llenas de pecas. Incluso tiene las orejas puntiagudas. Un rostro de facciones que llaman la atención. Agresivas, incluso. Pero la impresión que ofrece en conjunto no es mala. Ella misma, sin poder llegar a sentirse completamente satisfecha de su aspecto, parece sentirse cómoda con él. Y eso es muy importante. La envuelve un aire infantil que tranquiliza a quien se halle delante. Al menos me tranquiliza a mí. No es muy alta, pero tiene el cuerpo delgado y esbelto. Con el pecho abundante para un cuerpo tan menudo. También la forma de sus piernas es bonita.

De los lóbulos de sus orejas cuelgan unos finos pendientes de metal que, de vez en cuando, despiden destellos parecidos a los del duraluminio. El pelo le llega hasta los hombros y lo lleva teñido de un color castaño oscuro (casi rojo), viste una camisa de manga larga de cuello marinero a gruesas rayas horizontales. Lleva una pequeña mochila de piel colgada al hombro y un fino jersey de verano enrollado al cuello. Minifalda de algodón color crema, sin medias. Por lo visto acaba de lavarse la cara en los aseos, porque algunos mechones de pelo se le adhieren a la frente como si fueran las finas raíces de alguna planta y eso provoca, vete a saber por qué, que me resulte simpática.

- Tú ibas en el autocar, ¿verdad? —me pregunta. Tiene la voz un poco ronca.

  Sí.
  Bebe un sorbo de café frunciendo el entrecejo.
- ¿Cuántos años tienes?
- Diecisiete —miento yo.

  ¡Ah! Estás en bachillerato.
  Asiento.
- ¿Y adónde vas?
- A Takamatsu.

  ¡Ah! Pues como yo —dice—. ¿Vas de visita o eres de allí?
  Voy de visita —respondo.
  Como yo. Tengo una amiga allí. Una chica con la que me llevo muy bien. ¿Y tú?
- Unos parientes.

Ella asiente, convencida, y no me pregunta nada más.

Tengo un hermano de tu edad —me dice como si se acordara de repente—. Aunque, por una serie de razones, hace tiempo que no lo veo... Pero ¿sabes? Sí. Te pareces muchísimo al chico ese. ¿No te lo han dicho nunca?

¿Al chico ese?

Sí, al que canta en aquel conjunto, el chico ese. Desde que te he visto en el autobús pienso en ello. Todo el rato. Pero no me sale el nombre. Casi se me han secado los sesos de tanto estrujármelos, pero nada, no logro acordarme. Pasa a veces, ¿no? Que tienes algo en la punta de la lengua, pero nada, que no hay manera. ¿A ti no te han dicho nunca que te pareces a alguien?

Niego con la cabeza. No, nadie me lo ha dicho nunca. Ella todavía me está mirando con los ojos entrecerrados.

- ¿Qué chico? —le pregunto.
- Un chico de la tele.
- ¿Un chico que sale en la tele?
- Sí. Un chico que sale en la tele. —Entonces coge un sándwich de jamón, mastica con semblante inexpresivo, toma otro sorbo de café—. Uno que canta en un conjunto. ¡Nada! Que tampoco logro acordarme de cómo se llama el conjunto. Es un chico alto y delgado que habla con acento de Kansai. ¿No te suena?

  No sé. Es que yo no veo la televisión.
  Ella hace una mueca. Me mira de hito en hito.
  ¿Que no ves la tele? ¿Nunca?

Hago un ademán afirmativo, sin palabras. Claro que, ¿no tendría más bien que hacer un gesto negativo? Hago un gesto negativo.

Tú no hablas mucho, ¿verdad? Y cuando dices algo, no sueltas más que una frase. ¿Siempre eres así?

Me ruborizo. Que no hable demasiado se debe, por supuesto, a que soy una persona callada. Pero hay otra razón: todavía no me ha cambiado del todo la voz. Normalmente hablo en tono grave, pero, de vez en cuando, me traiciona la voz. Así que intento no hablar demasiado tiempo seguido.

En fin, ¡qué más da! —prosigue ella—. Total, que te pareces un montón a ese chico que canta en un conjunto y que habla con acento de Kansai. No es que tú hables con acento de Kansai, claro. Sólo que..., no sé. Tenéis un aire muy parecido. Es un chico muy simpático, sólo eso.

Ella deja de sonreír un instante. La sonrisa se esfuma a alguna parte, y luego vuelve enseguida. Yo sigo colorado.

- Y si te cambiaras el peinado aún te parecerías más. Si te lo dejaras crecer un poco y te lo levantaras, así, de punta, con un poco de gomina. Si pudiera, yo misma te lo haría ahora. Seguro que te favorecería mucho. Es que yo soy peluquera, ¿sabes?

Asiento. Bebo un sorbo de té. En la cafetería reina el silencio. Ni siquiera suena la música. No se oye hablar a nadie.

¿Te fastidia hablar, quizá? —me pregunta ella con expresión seria, la mejilla apoyada en una mano.
Sacudo la cabeza en ademán negativo.
No, no. Por supuesto que no.
¿Te molesto, quizá?
Niego con otro movimiento de cabeza.

Ella toma otro sándwich con la mano. Un sándwich de mermelada de fresa. La incredulidad se pinta en su rostro.

- Oye, ¿te lo comes tú? Los sándwiches de mermelada de fresa son una de las cosas que más odio en el mundo. Desde pequeña.

Lo cojo. A mí tampoco me gustan en absoluto los sándwiches de mermelada de fresa. Pero me lo como sin chistar. Al otro lado de la mesa, ella observa cómo me lo acabo sin dejar una miga.

- Me gustaría pedirte un favor —dice.
- ¿Qué favor?
- ¿Puedo sentarme a tu lado hasta llegar a Takamatsu? Es que, sola, no logro quedarme tranquila. Me da la sensación de que algún tipo raro se me va a sentar al lado y no consigo dormir a gusto. Cuando compré el billete, pregunté si era un asiento individual, pero, al subir al autocar, he visto que los asientos son dobles. Y me gustaría dormir un poco antes de llegar a Takamatsu. Tú no pareces un tipo raro, así que, ¿te importa?

No, claro.

- Gracias. Ya lo dicen, ¿no? «En el viaje, un compañero...» Asiento. Me da la impresión de que no hago más que asentir. Pero ¿qué voy a decir yo?

¿Y qué sigue?

- ¿Qué sigue?

Sí, detrás de: «En el viaje, un compañero...». Había algo más, ¿verdad? Pero no me acuerdo. Yo, toda la vida, he sido muy mala en lengua.

«... y en la vida, compasión» —digo yo.

—«En el viaje, un compañero, y en la vida, compasión» —repite ella a modo de confirmación. Cabría decir que, de disponer de papel y lápiz, incluso tomaría nota—. ¿Y qué crees tú que querrá decir eso? No sé, en cuatro palabras.

Reflexiono. Me tomo mi tiempo. Pero ella aguarda inmóvil.

Pues que un encuentro casual es algo muy valioso para los sentimientos de los seres humanos. Diría que viene a ser algo así. En cuatro palabras, claro —digo.

Ella medita unos instantes al respecto. Luego junta despacio los dedos de ambas manos sobre la mesa.

Sí, seguro. Los encuentros fortuitos son algo muy importante para los sentimientos humanos.

Echo un vistazo al reloj de pulsera. Ya son las cinco y media. —Tendríamos que volver, ¿no?

- Sí, es verdad. Vamos —dice. Pero no hace ademán de levantarse. —Por cierto, ¿dónde diablos estamos? —pregunto.
- Pues..., veamos —dice ella. Alarga el cuello y lanza una mirada a su alrededor. Los pendientes que le cuelgan de las orejas oscilan inestables de izquierda a derecha como un par de frutas maduras—. Pues, yo tampoco lo sé. Por la hora, me da la impresión de que debemos de estar cerca de Kurashiki, pero la verdad es que no importa demasiado dónde nos encontremos. Las estaciones de servicio de las autopistas no son, en definitiva, más que un lugar de paso. Para ir de aquí allá.

Mantiene levantados en el aire el índice de la mano derecha y el de la izquierda. Separados uno del otro unos treinta centímetros.

- ¡Qué más da cómo se llame este sitio! Lavabo y comida. Fluorescentes y sillas de plástico. Café malo. Sándwiches de mermelada de fresa. Nada de esto tiene sentido. Y si algún sentido tiene es de dónde venimos nosotros y adónde nos dirigimos. ¿No te parece?

Yo asiento. Asiento. Asiento.

Cuando llegamos al autocar, todos los pasajeros ya están sentados y el vehículo nos aguarda listo para partir de un momento a otro. El conductor es un joven de mirada severa. Más que el conductor de un autobús parece el vigilante de una esclusa. Nos lanza a ella y a mí una mirada reprobatoria como advirtiéndonos de que llegamos con retraso. Pero no dice nada. Ella le dirige una inocente sonrisa de disculpa. El conductor alarga el brazo, acciona la palanca y la puerta se cierra con un bufido de aire comprimido. La chica se acerca hasta el asiento que hay a mi lado acarreando una pequeña maleta. Una maleta sin ningún encanto, como las que se pueden comprar en las tiendas de saldos. Muy pesada para su tamaño. La cojo y la deposito en el compartimento que se halla sobre nuestras cabezas. Me da las gracias. Luego inclina el respaldo del asiento y se duerme enseguida. El autocar parte como si no pudiera aguardar más. Yo saco mi libro del bolsillo y continúo leyendo.

Ella duerme profundamente. En un momento dado, la cabeza se le bambolea al vaivén de una curva, cae sobre mi hombro y allí se queda. No pesa demasiado. Tiene la boca cerrada y respira en silencio por la nariz. A intervalos regulares, su aliento me da en el hombro. Al bajar la mirada, veo el tirante del sujetador asomando bajo el cuello marinero. Un fino tirante de color crema. Imagino la delicada tela que hay en su extremo. Imagino los suaves senos que hay debajo. Imagino los rosados pezones endureciéndose bajo las yemas de mis dedos. No es que quiera imaginármelo. Es que no puedo evitar imaginármelo. Como resultado, acabo teniendo una erección, claro. Tan grande que me pregunto cómo puede llegar a endurecerse tanto una parte del cuerpo humano.

Y, al mismo tiempo, anida en mi cerebro la duda de si no se tratará de mi hermana mayor. La edad viene a ser ésa. Las facciones de la mujer son muy distintas a las de la niña de la fotografía. Pero uno no puede confiar demasiado en una fotografía. Según cómo la tomas, puede salir un rostro totalmente distinto al del original. Ella tiene un hermano menor de mi edad al que hace tiempo que no ve. No sería nada extraño que ese hermano fuese yo.

Le miro el pecho. Sus senos redondos suben y bajan al compás de la respiración como el vaivén de las olas. Me recuerdan una vasta superficie del mar azotada por una lluvia incesante. Yo soy un navegante solitario, de pie en cubierta; ella es el mar. El cielo presenta un color gris uniforme que, mucho más allá, se funde con el color, asimismo gris, del mar. Y entonces es muy difícil distinguir el mar del cielo. También es difícil separar al navegante del mar. También es difícil distinguir la realidad de los sentimientos.

En los dedos luce dos anillos. No son anillos de boda o de compromiso. Son de esos que se encuentran en las tiendas de bisutería. Tiene los dedos delgados, pero al ser tan largos y rectos, parecen robustos. Lleva las uñas cortas, bien cuidadas. Pintadas de color rosa pálido. Sus manos reposan suavemente sobre las rodillas, que asoman bajo la minifalda. Desearía tocar esos dedos. Pero no lo hago, por supuesto. La mujer dormida recuerda a una niña pequeña. Entre el pelo le asoman las orejas puntiagudas, como si fueran setas, y ofrecen una curiosa sensación de vulnerabilidad.

Cierro el libro, permanezco unos instantes contemplando hacia fuera el paisaje. Luego, sin darme cuenta, vuelvo a quedarme dormido.

4

INFORME DEL DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO DE TIERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA (MIS).

Fecha:	12 de mayo de 1946
Título:	Informe sobre el Incidente de la montaña del bol de arroz, 1944
Número:	PTYX-722-8936745-42216-WWN Entrevista al doctor Júichi Nakazawa (53), director de una clínica de medicina general en el barrio xxx en el momento de los hechos. La conversación fue grabada. Se puede acceder al material relacionado con la entrevista mediante el código PTYX-722-5Q162 hasta 183.

Impresiones del entrevistador, alférez Robert O'Connell:

El doctor Nakazawa es un hombre corpulento de tez tostada por el sol. Más que un médico, parece un capataz agrícola. Tiene aspecto de ser una persona tranquila, pero habla de un modo enérgico y conciso. Dice directamente lo que piensa. Tras las gafas, su mirada es viva y aguda. Su memoria parece fiable.

Sí, poco después de las once de la mañana del día 7 de noviembre de 1944, recibí una llamada del jefe de estudios de la Escuela Nacional del barrio. Desde hacía un tiempo, la escuela estaba a mi cargo y, por lo tanto, fue a mí a quien llamaron en primer lugar. Al parecer, se trataba de un caso de extrema urgencia.

Me contaron que todos los niños de una clase habían ido a buscar setas y que habían perdido el conocimiento en el monte. Por lo visto, estaban todos inconscientes. La única que no se había desmayado era la tutora de la clase, que los acompañaba. Ella se había precipitado sola montaña abajo en busca de socorro y acababa de llegar a la escuela. Sin embargo, se encontraba tan conmocionada que poco se podía sacar en claro de sus explicaciones. La única cosa segura era que dieciséis niños inconscientes permanecían aún en la montaña.

Puesto que habían ido a buscar setas, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que debían de sufrir una parálisis nerviosa causada por la ingestión de setas venenosas. De ser así, el asunto era grave. Según a qué especie pertenezca el hongo, su veneno es distinto y, en consecuencia, el antídoto también lo es. De momento, lo único que podía hacer era obligarles a vomitar y efectuarles un lavado de estómago. No obstante, dada la gravedad de los síntomas, era muy posible que la digestión se encontrara en un estadio muy avanzado y que, por lo tanto, ya no hubiera remedio. En esta región, cada año muere cierto número de personas por la ingesta de setas venenosas.

Ante todo, embutí en mi maletín medicamentos útiles en caso de urgencia, me monté inmediatamente en mi bicicleta y corrí a la escuela. Allí se encontraban ya dos policías que, al igual que yo, habían sido avisados. Si los niños se hallaban inconscientes y había que acarrearlos hasta la escuela, harían falta refuerzos. Sin embargo, estábamos en guerra y la mayor parte de los hombres jóvenes había sido llamada a filas. Aquellos policías, un profesor de cierta edad, el jefe de estudios, el director de la escuela, el conserje, la joven profesora y yo fuimos los únicos que nos dirigimos a la montaña. Cogimos todas las bicicletas que teníamos a mano y, como no bastaban, nos montábamos dos en una.

¿A qué hora llegaron al lugar de los hechos?

Eran las once y cincuenta y cinco minutos. Me acuerdo muy bien porque miré la hora. Llegamos a la entrada del bosque, avanzamos hasta donde nos fue posible ir en bicicleta y, luego, subimos a todo correr por el sendero que conduce a la cima.

Cuando yo llegué, algunos niños ya habían recobrado en parte el sentido y se habían levantado. ¿Qué cuántos niños eran? Pues unos tres o cuatro. Más que haberse levantado, como aún no habían recuperado del todo la conciencia, habían incorporado la parte superior del cuerpo y permanecían con las manos apoyadas en el suelo, a gatas. El resto de los niños aún yacía inconsciente. Sin embargo, parecía que algunos estaban recobrando en ese momento el sentido, y empezaban a mover el cuerpo despacio, tambaleándose como si fueran grandes insectos. Era un escenario irreal. El lugar donde estaban tumbados los niños era un extraño claro que se abre en el bosque, como si lo hubiesen recortado, donde penetraban los cálidos rayos del sol de otoño. Y,

en el centro, o en las inmediaciones, dieciséis niños de primaria yacían tumbados en diversas posturas. Algunos se movían, otros permanecían inmóviles. Igual que en una escena de teatro de vanguardia.

Yo incluso me olvidé de mi deber como médico y, conteniendo el aliento, me quedé unos instantes clavado en el suelo. No fui el único. Todos los que habíamos acudido allí, en mayor o menor grado, caímos en un momentáneo estado de parálisis. Es una extraña manera de decirlo, pero incluso me dio la sensación de tener ante mis ojos, a causa de algún error, una escena que un mortal no debería presenciar jamás. Estábamos en plena guerra y, pese a encontrarme en el campo, como médico estaba preparado para situaciones de emergencia. Para mantener la calma, ocurriera lo que ocurriese, como un ciudadano más y poder desempeñar mi deber profesional. Sin embargo, aquella visión me heló literalmente la sangre.

Pronto me rehice. Tomé en brazos a uno de los caídos y lo incorporé. Era una niña. Las fuerzas habían abandonado su cuerpo y yacía inerte como un muñeco de trapo. Respiraba de manera regular, pero estaba inconsciente. No obstante, mantenía los ojos abiertos con normalidad, los movía de izquierda a derecha. Estaba mirando algo. Saqué una pequeña linterna del maletín y le iluminé las pupilas. No reaccionó. Sus ojos funcionaban con normalidad, miraba algo, pero no mostraba reacción alguna frente a la luz. Era muy extraño. Incorporé a algunos niños más e intenté hacerles lo mismo. Obtuve un resultado idéntico.

Luego les tomé el pulso y la temperatura. Recuerdo que el número de pulsaciones se situaba, de promedio, entre cincuenta y cincuenta y cinco, y que la temperatura no llegaba a los treinta y seis grados. ¿No era de unos treinta y cinco grados aproximadamente? Sí, en efecto, el pulso de un niño de esa edad es bastante lento y su temperatura suele estar aproximadamente un grado por debajo de lo normal. Les olí el aliento, no aprecié ningún olor extraño. Tampoco sufrían alteraciones en la garganta o en la lengua.

A simple vista descarté que se debiera a la ingestión de setas venenosas. No había vomitado nadie. Nadie tenía diarrea. Nadie se encontraba mal. Cuando se ha ingerido algo dañino, transcurrido cierto lapso de tiempo, aparece sin falta alguno de estos síntomas. Al comprender que las setas venenosas no eran la causa, solté un suspiro de alivio. Pero ¿qué diablos había ocurrido entonces? Estaba desconcertado. Los síntomas se parecían a los de una insolación. En verano, los niños se desmayan con frecuencia a causa de las insolaciones. Y, cuando uno pierde el sentido, van derrumbándose uno tras otro todos los niños que hay a su alrededor como si se tratara de una epidemia. Pero era noviembre. Y, además, estábamos en el corazón de un bosque fresco. Si se hubiera tratado de uno o dos, todavía, pero era inimaginable que toda la clase hubiera pillado una insolación en un lugar como aquél.

Otra posibilidad era el gas. Un gas tóxico, algún gas que afectara al sistema nervioso. Natural o químico.

... Pero ¿cómo se había originado gas en aquel rincón perdido del bosque? No conseguía dar con una respuesta. Claro que, si se tratara de gas, el fenómeno tendría una explicación lógica. Todos habían respirado el mismo aire, todos habían perdido el sentido y todos se habían desplomado sobre el suelo. Que la profesora fuera la única inmune podía deberse a que la concentración de gas fuese demasiado baja para afectar el organismo de un adulto.

Todo esto me conducía a otra cuestión peliaguda: ¿qué tratamiento debería aplicarles entonces? No tenía la menor idea. Yo soy un simple médico de pueblo y no poseo conocimientos específicos sobre gases tóxicos. Me sentía perdido. Y, en pleno bosque, no podía consultar por teléfono a ningún especialista. Pero el caso era que algunos niños parecían encontrarse en fase de recuperación y, quizás, a medida que pasaba el tiempo, fueran recuperando todos la conciencia por sí mismos. Ya sé que eran unos pronósticos excesivamente optimistas, pero lo cierto era que no se me ocurría otra cosa. Así que, de momento, los acosté y esperé a ver qué pasaba.

¿En el aire de la zona no había nada distinto de lo habitual?

Yo también me lo pregunté, si no olería de una manera distinta, por ejemplo, y respiré hondo varias veces seguidas. Sin embargo, era el aire normal del interior del bosque. Olía a árboles. Aire puro. Y en la vegetación de los alrededores tampoco pude apreciar nada anormal. No presentaba ningún cambio de forma o de color.

Examiné una a una las setas que habían cogido los niños antes de perder el sentido. No había demasiadas. Por lo visto, los niños se habían desmayado al poco de empezar a buscarlas. Todas eran setas comestibles, normales y corrientes. Yo siempre he ejercido de médico en la zona y conozco bastante bien las diferentes clases de setas que se pueden encontrar aquí. Ni que decir tiene que, por si acaso, me las

llevé de vuelta a la escuela y le pedí a un experto que las examinara. Pero, tal como creía, se trataba de setas vulgares y corrientes, totalmente inocuas.

Aparte del movimiento de izquierda a derecha de las pupilas, ¿mostraban los niños desmayados algún otro síntoma? Por ejemplo, el tamaño de la niña de los ojos, el blanco de los globos oculares, la frecuencia del parpadeo, etc.

No. Aparte de mover las pupilas de izquierda a derecha como si fueran focos de luces de seguimiento no presentaban ninguna anomalía. Los niños estaban contemplando algo. Para ser más precisos, no miraban algo que nosotros pudiéramos ver, sino algo invisible a nuestros ojos. No, más que mirar, daba la impresión de que estuvieran presenciando algo. Mantenían el rostro inexpresivo y el cuerpo en reposo, sin muestras de experimentar dolor o miedo. Que me decidiera a acostarlos allí mismo y a quedarme observando su evolución se debió también a este hecho. Me dije a mí mismo que, si no sufrían, no importaba que permanecieran allí un rato más.

La hipótesis del gas, ¿se la comunicó a alguien en aquellos momentos?

Sí, pero nadie lograba explicárselo. Yo jamás había oído que alguien se hubiera adentrado en el bosque y hubiese inhalado gas tóxico. Creo que fue el jefe de estudios quien dijo que tal vez el ejército americano hubiese dejado caer una bomba de gas tóxico. Entonces la tutora de la clase que acompañaba a los niños añadió que, ya que lo mencionaba, antes de entrar en el bosque habían vislumbrado en el cielo un aparato parecido a un B29. Y que volaba justo por encima de la montaña. Todos coincidimos en que podía tratarse de eso. Que tal vez fuera un nuevo modelo de bomba que contuviese gas tóxico. El rumor de que el ejército americano había desarrollado un nuevo tipo de bombas había llegado hasta donde vivíamos. Claro que nadie comprendía por qué razón iban a tirar una bomba sobre aquella montaña perdida. Pero, en este mundo, se cometen errores y hay cosas que se escapan al entendimiento humano.

Y después los niños fueron recobrando poco a poco el conocimiento, ¿no es así?

Sí. No puedo expresar con palabras el alivio que sentí. Los niños primero se bamboleaban, luego iban incorporándose vacilantes. Fueron recobrando la conciencia poco a poco. Durante el proceso, ninguno se quejó de que le doliera algo. Recobraron la conciencia como si, de una manera muy tranquila, despertaran espontáneamente de un sueño muy profundo. Conforme recobraban el sentido iba normalizándose el movimiento de sus ojos. Al iluminarles las pupilas con la linterna reaccionaron de manera normal. Sin embargo, todavía tardaron algún tiempo en hablar. Ofrecían un aspecto parecido a cuando se tiene la cabeza embotada por el sueño.

A los niños que iban recobrando la conciencia fuimos preguntándoles, uno por uno, qué diablos les había sucedido. Pero ellos se mostraban perplejos, como cuando le preguntas a alguien acerca de algo que no recuerda que haya sucedido. Todos los niños recordaban en mayor o menor medida lo sucedido hasta el instante en que, una vez dentro de la montaña, habían empezado a buscar setas. Lo ocurrido después se había borrado de su memoria. Tampoco tenían conciencia del tiempo transcurrido. Habían empezado a buscar setas y, ¡zas!, había caído el telón. Y, acto seguido, yacían en el suelo rodeados de todos nosotros, los adultos. Los niños no alcanzaban a comprender por qué armábamos tanto revuelo y por qué teníamos un semblante tan serio. Más bien era nuestra presencia la que les infundía miedo.

Sin embargo, por desgracia, uno de los niños no logró recobrar, de ningún modo, la conciencia. Se trataba de uno de los niños refugiados de Tokio y se llamaba Satoru Nakata. Creo que ése era su nombre. Era un niño menudo, de tez pálida. Él fue el único que no pudo recuperar el conocimiento. Permaneció tumbado en el suelo moviendo las pupilas. Nos lo cargamos a la espalda y descendimos la montaña. Los otros niños la bajaron por su propio pie, como si nada hubiese sucedido.

Aparte de ese niño, Nakata, ¿a los otros niños no les quedaron secuelas?

No. Nada que pudiera apreciarse a simple vista. Tampoco se quejaron de dolor o indisposición. Al llegar a la escuela los fui llamando por orden a la enfermería y les tomé la temperatura, les ausculté el corazón con el fonendoscopio, les analicé la vista y les hice todos los exámenes pertinentes. Les pedí que resolvieran operaciones matemáticas sencillas, tenerse en pie sobre una sola pierna con los ojos cerrados. Pero todas las funciones corporales parecían normales. Tampoco daba la impresión de que sus cuerpos experimentaran sensación de fatiga. Y tenían apetito. Como no habían almorzado, todos se quejaban de tener hambre. Y cuando les dimos unas bolas de arroz, las devoraron sin dejar un grano.

Como el asunto me preocupaba, durante un tiempo me fui pasando por la escuela y observé a los niños que habían sufrido el incidente. Llamé a algunos a mi consultorio y les hice una corta entrevista. Pero no pude apreciar anomalía alguna. A pesar de haber sufrido aquella experiencia insólita y de haber permanecido más de dos horas inconscientes en la montaña, no les había quedado ninguna secuela ni física ni mental. Incluso parecían haber olvidado que aquello hubiera ocurrido. Los niños habían vuelto a su rutina diaria y llevaban la vida de siempre sin sensación alguna de desazón. Asistían a clase, cantaban y, en el recreo, corrían con brío por el patio de la escuela. Sólo su tutora, que los había conducido a la montaña, continuaba bajo los efectos del shock.

Y sólo aquel niño llamado Nakata continuó toda la noche sin recobrar el sentido. Al día siguiente lo condujeron al hospital de la universidad de Kófu y, luego, lo trasladaron enseguida al hospital militar y jamás volvió a la ciudad. Nunca supimos qué fue de él.

La noticia de que un grupo de niños había perdido el conocimiento en la montaña no apareció en ningún periódico. No se autorizó la difusión de la noticia, posiblemente para no alarmar a la población. Estábamos en plena guerra y el ejército era muy susceptible ante la propagación de rumores. La marcha de la guerra no era satisfactoria, las tropas estaban retirándose en el frente del sur, las masacres de soldados japoneses se sucedían una tras otra y la violencia de los bombardeos del ejército americano aumentaba día tras día sobre las ciudades. Temían, en consecuencia, que entre la población se propagaran sentimientos antibélicos o la sensación de hastío hacia la guerra. Nosotros mismos, unos días después, recibimos un serio aviso por parte de una patrulla de la policía para que no habláramos de nada relacionado con el incidente. En todo caso, fue un hecho enigmático que me dejó muy mal sabor de boca. A decir verdad, es una espina que tengo clavada todavía en el corazón.

5

Como dormía, me he perdido el instante en que el autocar ha cruzado el enorme puente que cuelga sobre el mar Interior. Me hacía mucha ilusión contemplar con mis propios ojos ese gran puente que sólo había visto en los mapas. Ahora alguien me despierta dándome unos suaves golpecitos en el hombro.

¡Eh! ¡Ya hemos llegado! —exclama ella.

Me desperezo en mi asiento, me froto los ojos con el dorso de la mano y, luego, miro al otro lado de la ventana. En efecto, el autocar está detenido en lo que parece la plaza de delante de la estación. La luz de la mañana inunda los alrededores. Es una luz cegadora pero dulce. Ofrece una impresión un poco distinta a la de Tokio. Miro mi reloj de pulsera. Son las seis y treinta y dos minutos.

Ella me dice con voz cansada:

- ¡Uff! ¡Qué viaje tan largo! Estoy molida. Me duele el cuello. En mi vida volveré a coger un autocar nocturno. La próxima vez vendré en avión, aunque sea un poco más caro. Haya turbulencias o secuestros, yo, de aquí en adelante, en avión.

Bajo su maleta y mi mochila del compartimento de equipajes que está sobre los asientos.
¿Cómo te llamas? —le pregunto.
¿Yo?
Sí.
Sakura —responde ella—. ¿Y tú?

- Kafka Tamura —digo yo.
- Kafka Tamura —repite Sakura—. ¡Qué nombre tan extraño! Es fácil de recordar.

Asiento. No es fácil convertirse en otra persona. Pero sí tomar un nombre distinto.

Al bajar del autocar, ella deposita su maleta en el suelo, se sienta encima, saca una libreta del bolsillo de la pequeña mochila que lleva colgada a la espalda y garabatea algo en una página con un bolígrafo. Arranca la hoja y me la da. En ella hay apuntado lo que parece un número de teléfono.

- Es mi número de móvil —dice ella haciendo una mueca—. De momento voy a alojarme en casa de mi amiga, pero si te apetece ver a alguien, llámame. Podemos comer juntos si quieres. No admito cumplidos. Ya sabes, «aun el encuentro más casual...». Se dice así, ¿no? —«...está predestinado» —concluyo.
- Eso, eso —dice ella—. ¿Y qué significa?
- La predestinación. Que ni siquiera las cosas más triviales suceden por casualidad.

Ella, sentada sobre la maleta amarilla, aún con la agenda en la mano, reflexiona sobre lo que le he dicho.

- ¡Caramba! Algo filosófico sí que es. Quizá no esté mal del todo esa manera de ver las cosas. Claro que eso de la reencarnación suena un poco a New Age. En fin, Kafka Tamura, ten presente una cosa. Yo no doy mi número de móvil a cualquiera. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Le doy las gracias. Doblo la hoja con el número y me la meto en un bolsillo de la cazadora. Me lo pienso mejor y me la guardo en la cartera.

- ¿Hasta cuándo vas a estar en Takamatsu? —me pregunta Sakura.

Le respondo que aún no lo sé. Según vayan las cosas, cambiaré de planes.

Ella se me queda mirando. Ladea un poco la cabeza como diciendo: «En fin...». Luego se monta en un taxi, me hace un breve gesto de despedida con la mano y desaparece. Vuelvo a quedarme solo. Su nombre es Sakura, mi hermana no se llamaba así. Pero el nombre es algo que puede cambiarse con facilidad. Especialmente cuando te escondes de alguien.

Ya tenía reservada una habitación en un business hotel de Takamatsu. Había llamado al YMCA, en Tokio, y allí me lo habían recomendado. Haciendo los trámites a través del YMCA, la habitación te resultaba más barata. Pero la tarifa especial sólo comprendía tres noches. Luego tenías que pagar el precio normal.

Si deseaba ahorrar, también podía dormir en un banco de la estación. No hacía frío en aquella época del año y bastaría con extender el saco de dormir que llevaba preparado y dormir en cualquier parque. Sin embargo, si la policía me descubría durmiendo en semejante lugar, seguro que me pediría el carnet de identidad. Así que, de momento, reservé habitación para tres noches. Lo que haría después ya lo decidiría llegado el momento.

Entro en el primer lugar que veo, una udon—ya que hay cerca de la estación y me lleno el estómago. Yo he nacido y crecido en Tokio, así que no he comido demasiados udon en mi vida. Sin embargo, éstos son diferentes a cualquiera de los que he comido hasta ahora. El caldo, oloroso; la pasta, fresca y compacta. Y sorprendentemente baratos. Los encuentro tan deliciosos que repito. Gracias a ellos, tras muchas horas de hambre, tengo el estómago repleto y me siento feliz. Luego me acomodo en un banco de la plaza de delante de la estación y alzo la vista al cielo azul. «Soy libre», pienso. «Estoy aquí, solo y libre como esas nubes que surcan el cielo.»

Hasta el anochecer, decido matar el tiempo en una biblioteca. Había averiguado de antemano qué bibliotecas había en los alrededores de Takamatsu. Desde pequeño, yo siempre he matado las horas en las salas de lectura de las bibliotecas. No son muchos los sitios adonde puede ir un niño pequeño que no quiera volver a su casa. No le está permitido entrar en las cafeterías, tampoco en los cines. Únicamente le quedan las bibliotecas. No hay que pagar entrada y, aunque vaya solo, no le dicen nada. Allí puede sentarse y leer todos los libros que quiera. A la vuelta de la escuela, yo siempre iba en bicicleta a la biblioteca municipal del barrio. Incluso los días festivos solía pasar largas horas allí solo. Cuentos, novelas, biografías, historia: leía todo lo que encontraba. Y, cuando había devorado todos los libros infantiles, pasaba a las estanterías de obras para el público en general y leía los libros para adultos. Incluso los que no entendía los leía hasta la última página. Y cuando me cansaba de leer, me sentaba ante los auriculares y escuchaba música. Carecía por completo de cultura musical, así que iba escuchando por orden todos los discos que había, empezando por la derecha. Y así fue como descubrí la música de Duke Ellington, los Beatles, Led Zeppelin.

La biblioteca era como mi segunda casa. En realidad, es posible que fuera mi verdadero hogar. A fuerza de ir cada día acabé conociendo de vista a todas las bibliotecarias. Ellas sabían mi nombre, me saludaban al verme y me dirigían frases cariñosas (aunque yo muy pocas veces respondía porque soy terriblemente tímido).

En las afueras de Takamatsu había una biblioteca privada fundada sobre el patrimonio bibliográfico de una antigua y adinerada familia. Reunía raras colecciones de libros y, además, el edificio y el jardín eran algo digno de ser visitados. Había visto fotografías de la biblioteca en la revista Taiyó. Una enorme y antigua mansión japonesa con una sala de lectura que recordaba a una elegante sala de visitas, y la gente leyendo sentada en confortables sillones. Esta fotografía me impresionó de una manera extraña. Y decidí que la visitaría en cuanto tuviera ocasión. Biblioteca Conmemorativa Kómura. Ése era su nombre.

Me dirijo a la oficina de turismo de la estación y pregunto por la Biblioteca Conmemorativa Kómura. La amable mujer de mediana edad sentada tras el mostrador me alarga un mapa turístico, me señala con una cruz el emplazamiento de la biblioteca y me explica en qué tren tengo que ir. Hasta allí se tarda unos veinte minutos. Le doy las gracias y miro los horarios de la estación. Hay un tren cada veinte minutos. Aún dispongo de un poco de tiempo hasta que llegue el próximo, así que en el quiosco de la estación compro un bentó sencillo para almorzar.

Es un tren pequeño de sólo dos vagones. Circula por unas calles muy transitadas, bordeadas de altos edificios, atraviesa un distrito donde se alternan los pequeños comercios y las viviendas, pasa por delante de fábricas y almacenes. Hay parques, edificios en construcción. Con la cara pegada a la ventana, devoro con los ojos aquel paisaje de una tierra desconocida. Todas las imágenes se reflejan llenas de frescor en mis pupilas. Hasta ese momento apenas conocía otras vistas aparte de las de Tokio. En este tren, que se aleja de la ciudad, no hay un alma a estas horas de la mañana, pero el andén de enfrente está atestado de

estudiantes de secundaria y de bachillerato con sus uniformes de verano y las carteras colgando del hombro. Se dirigen a la escuela. Yo no. Yo estoy completamente solo, yo soy el único que va en dirección contraria. Estoy montado en el tren que circula por el otro carril. Algo me sobreviene y me atenaza el corazón. De improviso, siento que me falta el aire. ¿De verdad estoy haciendo lo correcto? Al pensarlo, siento una inseguridad terrible. Decido apartar la vista de ellos. Tras discurrir momentáneamente a lo largo de la costa, la vía enfila hacia el interior. Hay altos y espesos campos de maíz, hay parras, hay campos de mandarinas aprovechando los declives del terreno. Aquí y allá se ven estanques de riego donde se refleja la luz de la mañana. El agua del río que serpentea rebosa frescura, los descampados están cubiertos de la verde hierba del verano. Hay un perro de pie al borde de la vía que está contemplando el paso del tren. Ante este paisaje, la calidez y el sosiego vuelven a mi corazón. «¡Tranquilo!» me digo a mí mismo tras respirar hondo. El único camino posible es hacia delante.

Salgo de la estación, me dirijo hacia el norte por una vieja avenida. A ambos lados del camino se suceden las cercas de las casas. Es la primera vez en mi vida que veo tantas cercas y de tipos tan distintos. Vallas negras, tapias blancas, muros de piedra con seto en la parte superior. Los alrededores están sumidos en el silencio, no se ve un alma. Apenas me cruzo con algún coche. Respiro hondo. El aire huele ligeramente a mar. La playa debe de estar cerca. Aguzo el oído, pero no oigo el rumor de las olas. A lo lejos debe de haber alguna obra porque suena amortiguada una sierra eléctrica como si fuera el zumbido de una abeja. A lo largo del camino, desde la estación a la biblioteca, se encuentran pequeños postes que indican la dirección con flechas, así que es imposible perderse.

Delante del majestuoso portal de la Biblioteca Kómura hay plantados dos ciruelos de líneas simples y elegantes. Al traspasar el portal me encuentro con un camino de grava serpenteante. Las plantas del jardín están bien cuidadas, no hay una sola hoja caída. Pinos y magnolias, rosas amarillas. Azaleas. Y entre los arbustos, grandes y antiguas lámparas votivas de piedra, y un pequeño estanque. Finalmente llego al vestíbulo. Decorado con mucho refinamiento. Me quedo de pie ante la puerta abierta, por un instante dudo si cruzarla o no. Es una biblioteca distinta a cualquiera de las bibliotecas que he conocido.

Pero, ya que he venido hasta aquí, no me voy a quedar en la puerta. Entro en el vestíbulo y me topo con un mostrador. Tras él hay sentado un joven que guarda los bolsos y los abrigos. Me bajo la mochila del hombro, me quito las gafas de sol y el sombrero.

- ¿Es la primera vez que vienes? —me pregunta con voz pausada y tranquila. Más bien aguda, pero de timbre suave, nada desagradable al oído.

Asiento. No me sale la voz. Estoy nervioso. No me esperaba en absoluto que me hicieran esta pregunta.

Con un lápiz recién afilado entre los dedos, el joven se me queda mirando a la cara con profundo interés. Es un lápiz amarillo con una goma de borrar en el otro extremo. El joven tiene un rostro de facciones menudas. Más que guapo sería más exacto calificarlo de hermoso. Lleva una camisa blanca de algodón de manga larga y unos chinos de color verde oliva. Ambos sin una arruga. El pelo lo tiene más bien largo y, cuando baja la cabeza, el flequillo le cae sobre la frente y él se lo echa hacia atrás con la mano de tanto en tanto, como si se acordara de repente. Lleva las mangas de la camisa dobladas hasta el codo y muestra unas muñecas blancas y delgadas. Las gafas son de montura fina y delicada y le sientan bien a sus facciones. Lleva prendida del pecho una pequeña cartulina plastificada donde se lee: ÓSHIMA. Es diferente a cualquiera de los bibliotecarios que he conocido.

- La entrada a la biblioteca es libre. Si quieres leer un libro, puedes cogerlo y llevártelo a la sala de lectura. Ahora bien, por lo que respecta a los ejemplares valiosos que llevan un sello rojo, antes de leerlos tienes que rellenar una solicitud. A tu derecha está el archivo. En él encontrarás ficheros de tipo manual y ordenadores. Si los necesitas, puedes utilizarlos libremente. No se efectúa préstamo de libros. No hay ni revistas ni periódicos. Está prohibido hacer fotografías. Está prohibido hacer fotocopias. Si quieres comer o beber algo, puedes hacerlo sentado en un banco del jardín. La biblioteca cierra a las cinco de la tarde. —Luego deposita el lápiz sobre la mesa y añade—: ¿Eres estudiante de bachillerato?
- Sí —respondo tras respirar hondo.

- Esta biblioteca es un poco peculiar —dice—. Está especializada en un tipo concreto de libros. En la obra de los antiguos poetas de tanka también hay libros dirigidos al gran público, pero la mayoría de las personas que vienen desde lejos y que cogen el tren ex profeso para llegar hasta aquí son especialistas que investigan este tipo de literatura. La gente no viene a leer a Stephen King. y es muy raro que vengan chicos de tu edad. Algún estudiante de pos—grado sí aparece de vez en cuando. Por cierto, ¿estás haciendo algún trabajo sobre el tanka o el haiku?
- No —le respondo.
- Lo suponía.
- ¿Y yo también puedo entrar? —le pregunto tímidamente temiendo que me traicione la voz.
- Por supuesto —me dice él con una sonrisa aflorándole a los labios. Entonces junta los dedos de ambas manos sobre la mesa—. Esto es una biblioteca y damos la bienvenida a cualquiera que desee leer un libro. Además, no puedo decirlo en voz muy alta, pero a mí tampoco me interesan demasiado los tanka y los haiku.
- ¡Qué edificio tan impresionante! —exclamo yo.

Él asiente.

- Los Kómura han sido grandes productores de sake desde la época de Edo, y el padre del actual señor Kómura fue un bibliógrafo famoso en todo el país por su colección de ejemplares raros. El abuelo era poeta, y muchos hombres de letras que se relacionaban con él se hospedaban aquí cuando venían a Shikoku. Wakayama Bokusui o Ishikawa Takuboku o Shiga Naoya sin ir más lejos. Éste debía de ser un lugar muy acogedor, porque había quien se quedaba largas temporadas. Es una familia que jamás ha reparado en gastos a la hora de apoyar el Arte y las Letras. Suele suceder que las familias de este tipo descuiden los negocios y se arruinen, pero con los Kómura, afortunadamente, no ha sido así. Para ellos, las aficiones son las aficiones, y los negocios, los negocios.
- Debían de ser muy ricos —digo.
- Mucho —dice. Y frunce ligeramente los labios—. Antes de la guerra lo eran mucho más, pero todavía lo son. Por eso pueden mantener una biblioteca tan magnífica como ésta. Claro que también cuenta el hecho de que, creando una fundación, obtienen una reducción de los impuestos hereditarios, pero ése es otro tema. Si te interesa el edificio, hoy se efectuará a partir de las dos una visita guiada. Si quieres, puedes apuntarte. Se hace una vez a la semana, los martes, y hoy, casualmente, es martes. En el primer piso hay una colección de pintura muy difícil de encontrar, y además el edificio tiene por sí mismo un gran valor arquitectónico, así que no perderás nada con visitarlo.

Le doy las gracias.

Él sonríe como diciendo: «No hay de qué». Y vuelve a coger el lápiz y da unos golpecitos en la mesa con la goma de la punta. De una manera muy apacible. Como si me alentara.

¿Eres el guía?

Oshima sonríe.

Yo sólo soy un ayudante. La señora Saeki es la que se encarga de eso, vamos, que es mi jefa. Está emparentada con los Kómura y es ella quien guía a los visitantes por el edificio. Es una persona maravillosa. Seguro que a ti también te gustará.

Entro en la amplia biblioteca de altos techos, doy vueltas alrededor de las estanterías, busco un libro que despierte mi interés. Gruesas y magníficas vigas cruzan el techo. Por la ventana se filtran los rayos de sol de principios de verano. Los cristales están abiertos hacia fuera y, desde el jardín, llegan los trinos de los pájaros. Las estanterías inmediatas a la puerta están, tal como ha dicho Oshima, atestadas de libros relacionados con el tanka y el haiku. Compilaciones de tanka y compilaciones de haiku, ensayos, biografías. También hay muchos libros sobre la historia local.

En las estanterías del fondo se alinean libros de humanidades: obras de la literatura japonesa, obras de la literatura mundial, la obra completa de diversos autores, clásicos, libros de filosofía, teatro, obras generales de arte, sociología, historia, biografías, geografía...

Tomo un libro tras otro, los abro: la mayoría conserva entre sus páginas el olor de épocas pretéritas. Un aroma muy especial a conocimientos profundos y a emociones desatadas que, entre cubierta y cubierta, llevan mucho tiempo sumidos en un apacible sueño. Aspiro el aroma, hojeo algunas páginas y devuelvo los libros a la estantería.

Finalmente elijo uno de los hermosos volúmenes de la versión de Burton de Las mil y una noches y me lo llevo a la sala de lectura. Es una obra que deseaba leer desde hacía tiempo. En la sala recién abierta al público no hay nadie aparte de mí. Puedo disfrutar en exclusiva de la elegante estancia. Es como aparecía en la fotograba de la revista.

De techo alto, muy amplia, confortable y cálida. A través de las ven tanas, abiertas de par en par, penetra la brisa. Las blancas cortinas tiemblan en silencio. Y el viento, efectivamente, huele a mar. Nada que objetar sobre la comodidad de los sillones. En un rincón de la estancia hay un viejo piano de pared y yo me siento como si estuviese de visita en casa de unos buenos amigos.

Sentado en el sofá barro la estancia con la mirada cuando, de improviso, me doy cuenta de que es el lugar que he estado buscando durante largo tiempo. Un hueco en el mundo, un lugar escondido exactamente como éste. Pero hasta ahora se trataba sólo de un lugar secreto en mis fantasías. Ni siquiera creía que un lugar así existiera en realidad. Aspiro una bocanada de aire con los ojos cerrados y el aire permanece dentro de mí como una dulce nube. Es una sensación maravillosa. Acaricio despacio con la palma de la mano la cubierta color crema del sofá. Me levanto, me acerco al piano, alzo la tapa, poso suavemente los diez dedos sobre las teclas amarillentas. Bajo la tapa del piano, doy vueltas por encima de la alfombra, estampada con un motivo de racimos de uva. Hago girar la vieja manilla que sirve para abrir y cerrar la ventana. Enciendo la lámpara de pie, la apago. Contemplo, uno tras otro, los cuadros de las paredes, luego vuelvo a sentarme en el sofá y continúo leyendo el libro. Me concentro en la lectura.

A mediodía saco de la mochila la botella de agua mineral y el bentó, tomo asiento en la veranda que da al jardín y almuerzo. Muchos pájaros se acercan, pasan de un árbol a otro, descienden alrededor del estanque, beben agua, se asean. Entre ellos hay pájaros que yo no había visto nunca. Aparece un gran gato pardo y los pájaros levantan el vuelo precipitadamente, pero el gato no siente ningún interés por ellos. Lo único que quiere es tenderse al sol sobre el pavimento de piedra.

¿Hoy no tienes clase? —me pregunta Oshima cuando dejo de nuevo la mochila antes de entrar en la sala de lectura.

Sí, tengo. Pero he decidido no asistir durante un tiempo —digo eligiendo las palabras con cuidado.
Oposición a ir a la escuela —comenta.
Tal vez.
Ôshima me lanza una mirada llena de interés.
¿Tal vez?
No es que me oponga a ir, sólo que he decidido no ir —digo.

¿O sea, que has dejado de ir a la escuela así, por las buenas, voluntariamente? Me limito a asentir. No se me ocurre qué respuesta dar.

- Según la historia de Aristófanes que sale en El banquete de abtón, en el mundo mítico de la Antigüedad había tres clases de seres humanos —dice Oshima —. ¿Lo sabías?
- No —respondo.
- El mundo antiguo no estaba compuesto por hombres y mujeres sino por hombres—hombres, hombres—mujeres y mujeres—mujeres. Es decir, que un ser humano comprendía dos personas de ahora. Y así vivían todos satisfechos y felices. Sin embargo, los dioses los partieron a todos con un cuchillo por la mitad. De un corte limpio. Como resultado, el mundo se dividió en hombres y mujeres, y desde entonces los seres humanos van corriendo desesperados de un lado para otro buscando la mitad que les falta.
- ¿Y por qué hicieron los dioses eso?
- ¿Partir los seres humanos en dos? Pues vete a saber. Los actos de los dioses nunca son fáciles de comprender. Los dioses son irascibles y tienden a ser, ¿cómo te diría?, excesivamente idealistas. Puestos a

suponer, tal vez se tratase de algún castigo. Como la expulsión de Adán y Eva del Paraíso que sale en la Biblia.

- El pecado original —digo.
- Exacto. El pecado original —dice Oshima. Y hace oscilar el largo lápiz entre los dedos índice y corazón como si fuera una balanza. En definitiva, lo que quería decirte es lo siguiente: para un ser humano es muy duro vivir solo.

Vuelvo a la sala de lectura y sigo con la historia de Abu—al—Hassan, el truhán. Sin embargo, no logro concentrarme en la lectura. ¿Hombres—hombres, hombres—mujeres y mujeres—mujeres?

Cuando las agujas del reloj señalan las dos, dejo el libro, me levanto del sofá y me sumo a la visita guiada. La señora Saeki, la encargada de realizarla, es una mujer delgada que debe de tener unos cuarenta y cinco años. Alta para su generación. Lleva un vestido azul de manga corta y una chaqueta fina de color crema sobre los hombros. Muy elegante. El pelo largo y recogido en una cola floja. Cara refinada e inteligente. Ojos bonitos. Y una pálida sonrisa flotando en los labios como una sombra. No puedo expresarlo bien, pero su sonrisa raya en la perfección. Me recuerda un pequeño rincón soleado. Un rincón de especiales contornos que sólo puede nacer en un lugar donde haya cierto tipo existía un lugar de estas características, con un rincón soleado de estas características. Y a mí, desde niño, me había gustado ese rincón.

La señora Saeki me produce una impresión fuerte y a la vez nostálgica. «Ojalá fuese mi madre», pienso. Cada vez que veo a una mujer de mediana edad hermosa (o simpática) pienso lo mismo. Que ojalá fuese mi madre. No hace falta decir que las posibilidades de que la señora Saeki sea mi madre son casi nulas. Sin embargo, teóricamente hablando, una remota posibilidad sí la hay. Porque no conozco la cara de mi madre, ni siquiera sé cómo se llama. O sea, que no hay ninguna razón para que no pueda serlo.

Aparte de mí, sólo participa en el recorrido un matrimonio de mediana edad de Osaka. La esposa es una mujer regordeta con gafas de gruesos cristales. El marido, un hombre delgado con una cabellera hirsuta que parece haber domado con un cepillo de púas. De ojos rasgados y frente ancha, recuerda a una de las estatuas de la isla de Pascua con la vista perdida siempre en el horizonte. La esposa lleva la voz cantante y el marido se limita a asentir. Además, hace movimientos afirmativos con la cabeza, muestra admiración y, de vez en cuando, farfulla algunas palabras entrecortadas difíciles de entender. La ropa de ambos es más adecuada para ir a la montaña que para visitar una biblioteca. Llevan un chaleco impermeable lleno de bolsillos, unos fuertes zapatones y gorra de alpinista. Quizá vayan ataviados de esta guisa cada vez que salen de viaje. No parecen mala gente. No llego a pensar que ojalá fueran mis padres, pero me siento aliviado al ver que no soy el único integrante de la visita.

Al principio, la señora Saeki explica los detalles de la creación de la Biblioteca Conmemorativa Kômura. Viene a decir lo mismo que me había contado Ôshima. Cómo abrió sus puertas la biblioteca para exponer al público los libros, documentos y cuadros coleccionados por la familia Kômura durante generaciones, con la finalidad de contribuir al desarrollo de la cultura local. Cómo se creó una fundación financiada con el patrimonio familiar para que administrase la biblioteca. Y cómo se organizaban puntualmente actos culturales que podían ser conferencias o conciertos de música de cámara. El edificio databa de principios de la era Meiji y fue levantado como pabellón anexo al edificio principal para que efectuase las funciones de biblioteca y de residencia de invitados. En la era Taishó, sufrió unas obras de remodelación de gran envergadura, se convirtió en un edificio de dos plantas, Fue asimismo en aquella época cuando se construyeron unas magníficas habitaciones para los insignes huéspedes que se alojaban en la casa de finales de Taishó a principios de Shówa numerosos artistas y literatos visitaron a la familia Kómura y todos dejaron algún legado de su paso por la mansión. Los poetas dejaron sus poesías; los poetas de haiku, sus haiku; los literatos, sus escritos; los pintores, sus cuadros como agrade— cimiento por la hospitalidad de los Kómura.

- Podrán ustedes contemplar una selección del valioso patrimonio cultural de la familia Kómura en la sala de exposiciones de la primera planta —dice la señora Saeki—. Como verán ustedes, la tarea de mantener rica y floreciente la vida cultural de la región recayó más en manos de estos ricos aficionados, como la familia Kómura, que en las de las autoridades locales. Ellos fueron mecenas de las Artes y las Letras. La prefectura de Kagawa ha dado un gran número de poetas de tanka y haiku, y lo cierto es que el ímprobo esfuerzo realizado, generación tras generación, por la familia Kómura en la creación y mantenimiento de un círculo artístico de primera magnitud en la región ha contribuido en gran medida a ello. Sobre la creación de este

interesante círculo cultural y su evolución se han publicado numerosos trabajos, ensayos y memorias que ustedes podrán consultar, si así lo desean, en la sala de lectura.

Los sucesivos patriarcas de la familia Kómura han tenido profundos conocimientos sobre las Artes y las Letras y, asimismo, han gozado de una aguda intuición para distinguir el verdadero arte de las imitaciones. Es una característica que podría llamarse genética. Siempre han sido capaces de reconocer al auténtico artista, y únicamente a él le han ofrecido atención y soporte para ayudarlo a colmar sus más altas aspiraciones. Sin embargo, como ustedes sabrán, en este mundo no existe un ojo clínico infalible. Y, desafortunadamente, también ha habido excelentes artistas que no pudieron ganarse el favor de los Kómura. Uno de ellos fue el poeta de haiku Taneda Santóka, cuya obra fue despreciada. Según el registro de huéspedes, Santóka se alojó aquí en diversas ocasiones y, en cada una de ellas, dejó un poema como agradecimiento.

Aparte de mí, sólo participa en el recorrido un matrimonio de mediana edad de Osaka. La esposa es una mujer regordeta con gafas de gruesos cristales. El marido, un hombre delgado con una cabellera hirsuta que parece haber domado con un cepillo de púas. De ojos rasgados y frente ancha, recuerda a una de las estatuas de la isla de Pascua con la vista perdida siempre en el horizonte. La esposa lleva la voz cantante y el marido se limita a asentir. Además, hace movimientos afirmativos con la cabeza, muestra admiración y, de vez en cuando, farfulla algunas palabras entrecortadas difíciles de entender. La ropa de ambos es más adecuada para ir a la montaña que para visitar una biblioteca. Llevan un chaleco impermeable lleno de bolsillos, unos fuertes zapatones y gorra de alpinista. Quizá vayan ataviados de esta guisa cada vez que salen de viaje. No parecen mala gente. No llego a pensar que ojalá fueran mis padres, pero me siento aliviado al ver que no soy el único integrante de la visita.

Al principio, la señora Saeki explica los detalles de la creación de la Biblioteca Conmemorativa Kómura. Viene a decir lo mismo que me había contado Oshima. Cómo abrió sus puertas la biblioteca para exponer al público los libros, documentos y cuadros coleccionados por la familia Kómura durante generaciones, con la finalidad de contribuir al desarrollo de la cultura local. Cómo se creó una fundación financiada con el patrimonio familiar para que administrase la biblioteca. Y cómo se organizaban puntualmente actos culturales que podían ser conferencias o conciertos de música de cámara. El edificio databa de principios de la era Meiji y fue levantado como pabellón anexo al edificio principal para que efectuase las funciones de biblioteca y de residencia de invitados. En la era Taishó, sufrió unas obras de remodelación de gran envergadura, se convirtió en un edificio de dos plantas, Fue asimismo en aquella época cuando se construyeron unas magníficas habitaciones para los insignes huéspedes que se alojaban en la casa de finales de Taishó a principios de Shówa, numerosos artistas y literatos visitaron a la familia Kómura y todos dejaron algún legado de su paso por la mansión. Los poetas dejaron sus poesías; los poetas de haiku, sus haiku; los literatos, sus escritos; los pintores, sus cuadros como agrade— cimiento por la hospitalidad de los Kómura.

- Podrán ustedes contemplar una selección del valioso patrimonio cultural de la familia Kómura en la sala de exposiciones de la primera planta —dice la señora Saeki—. Como verán ustedes, la tarea de mantener rica y floreciente la vida cultural de la región recayó más en manos de estos ricos aficionados, como la familia Kómura, que en las de las autoridades locales. Ellos fueron mecenas de las Artes y las Letras. La prefectura de Kagawa ha dado un gran número de poetas de tanka y haiku, y lo cierto es que el ímprobo esfuerzo realizado, generación tras generación, por la familia Kómura en la creación y mantenimiento de un círculo artístico de primera magnitud en la región ha contribuido en gran medida a ello. Sobre la creación de este interesante círculo cultural y su evolución se han publicado numerosos trabajos, ensayos y memorias que ustedes podrán consultar, si así lo desean, en la sala de lectura.

»Los sucesivos patriarcas de la familia Kómura han tenido profundos conocimientos sobre las Artes y las Letras y, asimismo, han gozado de una aguda intuición para distinguir el verdadero arte de las imitaciones. Es una característica que podría llamarse genética. Siempre han sido capaces de reconocer al auténtico artista, y únicamente a él le han ofrecido atención y soporte para ayudarlo a colmar sus más altas aspiraciones. Sin embargo, como ustedes sabrán, en este mundo no existe un ojo clínico infalible. Y, desafortunadamente, también ha habido excelentes artistas que no pudieron ganarse el favor de los Kómura. Uno de ellos fue el poeta de haiku Taneda Santóka, cuya obra fue despreciada. Según el registro de huéspedes, Santóka se alojó aquí en diversas ocasiones y, en cada una de ellas, dejó un poema como agradecimiento. Sin embargo, el patriarca de la familia lo consideraba un «farsante pedigüeño» y lo ignoró deshaciéndose de la mayoría de sus obras.

- ¡Oh! ¡Qué lástima! —dijo la señora de Osaka con acento desolado —. y pensar que ahora valdrían un dineral.

- En efecto —admitió la señora Saeki con una sonrisa—. Pero, en aquella época, Santóka era un completo desconocido. Y era fácil equivocarse. Hay cosas que sólo se saben retrospectivamente.
- En efecto. En efecto —asintió el marido.

A continuació[n], la señora Saeki nos mostró la planta baja. Las estanterías de libros, la sala de lectura, la estancia donde se hallaban expuestos los ejemplares valiosos.

- A la hora de construir esta biblioteca, el patriarca de la época decidió evitar el elegante estilo sukiya característico de los artistas de Kioto y optó por levantar un edificio parecido, más bien, a una rústica villa campestre. Sin embargo, podrán ustedes observar cómo, en contraste con el marco de líneas rectas del edificio, los muebles, las puertas y la decoración muestran un gran lujo y sofisticación. La elegancia de los dinteles, por ejemplo, no tiene parangón. Dicen que para construirlos se reunió a los más ilustres maestros artesanos del Shikoku de la época.

Luego subimos todos a la primera planta. La escalera es de techo alzado. La barandilla es de ébano, tan pulida y brillante que da la sensación de que, al tocarla, las huellas de los dedos van a quedar estampadas en ella. En la ventana de enfrente del descansillo hay una vidriera. Representa a un ciervo que, estirando el cuello, está comiendo uvas. En la primera planta hay dos habitaciones para invitados y una sala amplia. Antiguamente, el suelo de la sala debía de estar cubierto de tatami y, en ella, debían de poder celebrarse reuniones y banquetes. Ahora el suelo está recubierto de parquet y, de las paredes, cuelgan rollos de pintura japonesa. En el centro de la sala hay un expositor de cristal donde se alinean recuerdos y objetos históricos. Una de las habitaciones es de estilo occidental y la otra de estilo japonés. En la occidental hay un gran escritorio y una silla giratoria, y da la sensación de que todavía hay alguien sentado en ella escribiendo. Entre la hilera de pinos al otro lado de la ventana que se encuentra detrás del escritorio se vislumbra la línea azul del mar.

Folleto en mano, el matrimonio de Osaka va mirando, uno tras otro, los objetos expuestos en la sala. Cada vez que la esposa hace un comentario, el marido asiente como si la alentara. Al parecer, no existe la menor discrepancia entre ambos. A mí no me interesan tanto los objetos expuestos, así que voy mirando los detalles arquitectónicos del edificio. Me encuentro inspeccionando la habitación de estilo occidental, cuando se me acerca la señora Saeki.

- Si quieres, puedes sentarte en esa silla —me dice la señora Saeki—.

En ella se sentaron Shiga Naoya y Tanizaki Jun'ichiró. Claro que no es exactamente la misma que en aquella época.

Me siento en la silla giratoria. Coloco en silencio las manos sobre la mesa.

- ¿Qué tal? ¿Te da la impresión de que estás a punto de ponerte a escribir algo?

Me ruborizo un poco y niego con la cabeza. La señora Saeki sonríe y vuelve a la habitación contigua, junto al matrimonio de Osaka.

Sentado en la silla, me quedo contemplando su figura de espaldas. El movimiento de su cuerpo, cómo avanzan sus piernas. Todos sus gestos rebosan elegancia y naturalidad. No sé expresarlo bien, pero poseen algo especial. Parece que ella, a través de su espalda, me esté comunicando algo. Algo que no se puede formular con palabras. Algo que no puede transmitirse cara a cara. Pero no sé de qué se trata. Porque son muchas las cosas que ignoro.

Sentado en la silla, barro la estancia con la mirada. En las paredes cuelgan óleos que representan, al parecer, paisajes de las costas de la región. El estilo de las marinas es antiguo, pero el colorido es muy vívido. Encima de la mesa hay un gran cenicero y una lámpara de pantalla verde. Aprieto el interruptor, se enciende la luz. En la pared de enfrente cuelga un reloj negro de estilo viejo. Parece antiguo, pero las agujas marcan las horas con exactitud. En las tablas del entarimado del suelo se abren, aquí y allá, agujeros, y chirrían al pisarlas.

Cuando el recorrido acabó, el matrimonio de Osaka dio las gracias a la señora Saeki y se fue. Por lo visto ambos pertenecían al círculo de tanka de la región de Kansai. La mujer, aún, pero ¿qué diablos debía de escribir el marido? Sólo con síes y movimientos de cabeza no se puede hacer una poesía. Para ello hace falta un poco más de iniciativa. Claro que, tal vez exclusivamente en el momento de componer un poema, el hombre sacara de su interior algo que mantenía guardado dentro.

Vuelvo a la sala de lectura y continúo leyendo. Por la tarde se acercaron por allí varias personas. La mayoría llevaba gafas de présbita. Con ellas puestas, todos tenían la misma cara. El tiempo transcurría con extrema lentitud. Aquí todos se entregan a la lectura en silencio. A nada más. Nadie abre la boca. Hay alguno que toma notas sentado

frente a la mesa, pero la gran mayoría devora su libro sentado en su asiento sin soltar una palabra, sin cambiar de postura. Igual que yo.

A las cinco dejo el libro, lo devuelvo a la estantería y salgo de la biblioteca.

- ¿A qué hora abre mañana? —pregunto.
- A las once. Cerramos el lunes —dice él—. ¿Volverás mañana? —Si no molesto...

Ôshima me mira entrecerrando los ojos.

- Pues claro que no molestas. Las bibliotecas son lugares adonde va la gente que quiere leer. Vuelve, por favor. Por cierto, ¿tú siempre llevas eso encima? Parece muy pesado, ¿qué diablos guardas dentro? ¿Un cargamento de Krugerrands?"

Me ruborizo.

Vale, vale. No importa. No es que en verdad tenga ganas de saberlo —dice Oshima. Y se aprieta la sien derecha con la goma del lápiz—. Hasta mañana.

Adiós —me despido. Y él, en vez de levantar la mano, responde alzando el lápiz a modo de saludo.

Vuelvo a montar en el mismo tren de la ida y regreso a Takamatsu. Pido un plato combinado de pollo y una ensalada en el local barato que hay cerca de la estación. Me tomo otro bol de arroz y, después de comer, me bebo un vaso de leche caliente. En previsión del hambre que pueda sentir por la noche, me compro dos onigiri en una tienda de esas que no cierran nunca y otra botella de agua.

Luego ando hasta el hotel donde me hospedo. No camino ni más deprisa ni más despacio de lo necesario. Lo hago como una persona normal y corriente, para no llamar la atención.

Aunque de grandes dimensiones, es el típico hotel de segunda categoría. Al registrarme en recepción anoto una dirección, un nombre y una edad falsos y pago por adelantado una noche. Estoy un poco nervioso. Pero ellos no me miran con ojos inquisitivos. Tampoco gritan «¡Eh! No mientas de manera tan descarada. Que no somos tontos. Pero si se nota a la legua que eres un niño de quince años que se ha escapa. do de casa». Todos los trámites se llevan a cabo mecánicamente.

Subo al quinto piso en un ascensor que vibra como si chocaran unas piezas con otras, augurando lo peor. La habitación es pequeña, larga y estrecha; la cama es poco confortable; la almohada, dura; el televisor, de pequeño tamaño; las cortinas están descoloridas por el sol. Incluso el baño no es más grande que un armario. No hay ni champú ni crema suavizante para el pelo. Por la ventana sólo se ve la pared del edificio de enfrente. Pero tengo que pensar que estoy bajo techo y que, por el grifo, sale agua caliente. Dejo la mochila en el suelo, me siento en una silla e intento familiarizarme con la habitación.

«Soy libre», me digo. Cierro los ojos y, durante unos instantes, pienso que soy libre. Pero aún no acabo de entender qué significa. En estos momentos, lo único que tengo claro es que estoy solo. Solo en una tierra desconocida. Como un explorador solitario que hubiese perdido la brújula y el mapa. ¿Consistirá en esto la libertad? Ni siquiera lo sé. Dejo de pensar en ello.

Permanezco largo tiempo dentro de la bañera, me lavo minuciosamente los dientes en el lavabo. Me tumbo en la cama y vuelvo a leer un poco más. Cuando me canso, pongo las noticias de la televisión. Pero, en comparación con lo que me ha sucedido a lo largo del día, son unas noticias aburridas y desprovistas de todo interés. Apago el televisor enseguida y me deslizo entre las sábanas. El reloj marca ya las diez. Pero no logro dormirme fácilmente. Un día nuevo en un lugar nuevo. Es, además, el día de mi decimoquinto cumpleaños. Y me he pasado la mayor parte del tiempo en aquella extraña biblioteca provista de un encanto indiscutible. He conocido a varias personas. A Sakura. A Óshima y a la señora Saeki. Agradezco que no fueran del tipo de personas qué me amedrentan. Tal vez sea un buen presagio.

Luego pienso en mi casa de Nogata y en mi padre, que ahora debe de encontrarse en ella. ¿Qué sentimientos abrigará al darse cuenta de que he desaparecido de repente? ¿Habrá sentido alivio al dejar de verme? ¿Experimentará desconcierto? ¿O no sentirá nada en particular? No, posiblemente ni siquiera se haya dado cuenta de que he desaparecido.

De pronto se me ocurre algo, saco de la mochila el teléfono móvil de mi padre. Lo conecto y marco el número de mi casa de Tokio. Enseguida suena el que timbre de llamada. A pesar de los más de setecientos kilómetros separan, el sonido es tan nítido como si estuviesese llamando a la habitación contigua. Esta nitidez casi inesperada me sorprende. Al segundo timbrazo cuelgo. Los latidos de mi corazón se han desbocado, a duras penas logro calmare. El teléfono funciona. Mi padre todavía no se ha dado de baja. Posiblemente todavía no se haya dado cuenta de que el teléfono no está en el cajón. Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo de la mochila, apago la luz de la mesilla de noche y cierro los ojos. Ni siguiera sueño. Ahora que lo digo, hace mucho tiempo que no sueño.

6

- Buenos días —dijo el hombre de edad madura.

El gato alzó ligeramente la cabeza y respondió al saludo con voz grave y aire de fatiga. Era un gato macho, grande y viejo, de color negro. —Hace muy buen tiempo, ¿no le parece a usted?

¡Hum! —dijo el gato.
No se ve ni una nube en el cielo.

- ... De momento.

¿Cree acaso que va a empeorar?

Yo diría que al atardecer se estropeará. No sé, me da esa impresión —comentó perezosamente el gato negro alargando una pata. Después, entrecerrando los ojos, echó otra ojeada a la cara del hombre.

El hombre miraba sonriente al gato.

El gato dudó unos instantes. Luego dijo con un tono resignado:

¡Hum! Veo que sabes hablar.

Sí —dijo el hombre con timidez. Y, como muestra de respeto, se quitó de la cabeza la raída gorra de alpinista—. No es que hable en cualquier momento y con cualquier señor gato, pero, sí, puedo hacerme entender más o menos.

- iHum! —el gato manifestó sus impresiones de una manera muy con
- Oiga, ¿le importaría que me sentara aquí un momento? Es que Nakata está cansado de andar.

El gato negro se incorporó despacio, hizo vibrar sus largos bigotes y solto un bostezo tan grande que pareció que se le fuera a desencajar la mandíbula.

No me importa. Siéntate durante el tiempo que gustes en el lugar qué te plazca, a mí tanto me da. Total, nadie va a quejarse.

- Muchas gracias —dijo el hombre mientras se sentaba al lado del gato—. iUff! He estado andando sin parar desde las seis de la mañana.

Entonces, ¿tú eres Nakata?

- Sí, soy Nakata. Y usted, señor gato, ¿cómo se llama usted?
- Lo he olvidado —dijo el gato negro—. No es que no tuviera nombre, pero dejé de necesitarlo y lo olvidé.
- Sí, las cosas que no hacen falta se olvidan enseguida. A Nakata también le sucede —dijo el hombre rascándose la cabeza—. O sea, que usted, señor gato, no pertenece a ninguna familia, ¿verdad?
- Hace tiempo sí. Pero ahora no. A veces me dan de comer en alguna casa del vecindario, pero no pertenezco a ninguna.

Nakata asintió y enmudeció durante unos instantes. Luego añadió:
Entonces, ¿podría llamarlo señor Otsuka?

¿Ótsuka? —preguntó el gato contemplando el rostro de su interlocutor con sorpresa—. ¿Y eso qué significa? ¿Por qué me llamas así... Ótsuka?

- No, no. No es que tenga un sentido en particular. Sólo que a Nakata se le ha ocurrido, sin más. Es que, si no tiene usted nombre, me cuesta acordarme; así que le he puesto uno que a mí me ha parecido adecuado. Sólo eso. Es más práctico que se llame usted de alguna forma. Así, por

ejemplo, incluso un idiota como Nakata podrá archivar de una manera fácil de entender un dato concreto como que la tarde de tal día y de tal mes se ha encontrado y hablado con un gato negro llamado señor Otsuka en un solar de la manzana segunda del barrio.

¡Hum! —dijo el gato negro—. No lo acabo de entender. Los gatos no necesitamos esas cosas. A nosotros nos basta con un olor, con una forma, con que nos den algo concreto. Y tampoco andamos tan mal.

Sí, incluso esto lo sabe Nakata muy bien. Pero ¿quiere que le diga algo, señor Otsuka? Los hombres son distintos. Para poder aprender las cosas les son imprescindibles las fechas o los nombres. El gato resopló por la nariz.

¡Qué engorro!

- En efecto. Es un verdadero engorro tener que aprenderse tantas cosas. En el caso de Nakata, debe saber el nombre del gobernador, incluso los números de los autobuses. Por cierto, ¿le importa que lo llame señor Ótsuka? ¿Le desagrada?
- Si me preguntas si lo encuentro gracioso, pues no me lo parece... Pero tampoco me resulta desagradable. Vamos, que no me importa, eso de Otsuka. Si me quieres llamar así, hazlo. Sólo que me da la impresión de que no va conmigo.
- A Nakata le alegra mucho oírle decir eso. Muchísimas gracias, señor Ótsuka.
- Pero tú, para ser un hombre, hablas de una manera muy extraña —dijo Ótsuka.
- Sí, todo el mundo me lo dice. Pero Nakata no es capaz de hablar de otra forma. Y siempre acabo hablando así. Es que soy idiota, ¿sabe? No es que lo haya sido siempre. Pero cuando era pequeño tuve un percance, me volví tonto y, desde entonces, lo soy. Ni siquiera sé escribir. Tampoco soy capaz de leer un libro o un periódico.
- Pues, no es algo de lo que me enorgullezca, pero yo tampoco sé escribir —dijo el gato lamiéndose la almohadilla de la pata derecha—. Pero mi inteligencia es normal y nunca lo he considerado un inconveniente.
- Sí, en efecto. Esto sucede en el mundo de los gatos —dijo Nakata—.

Pero, en el mundo de los humanos, si no sabes escribir, es que eres estúpido. Si no eres capaz de leer un libro o un periódico, es que eres estúpido· Las cosas son así. Fíjese en el padre de Nakata. Ya ha fallecido, pero era un ilustre profesor de universidad especializado en algo que se llama teoría financiera. Además, Nakata tiene dos hermanos más jóvenes y los dos son muy inteligentes. Uno es jefe de departamento de un sitio que se llama Itóchú y el otro trabaja en un lugar llamado Tsúsanshó ** Ambos viven en casas muy grandes y comen anguila. Sólo Nakata es idiota.

Pero tú sabes hablar con los gatos, ¿verdad?
Sí —dijo Nakata.

- Y eso no puede hacerlo cualquiera, ¿verdad?

En efecto.
Entonces tan estúpido no serás, ¿no?

No, sí..., es decir, Nakata no lo sabe. Desde que era pequeño, Nakata no ha parado de oír que le llamaban «idiota», «idiota", así que jamás ha creído otra cosa. Como no sé leer el nombre de las estaciones, no puedo comprar un billete y coger el tren. En los autobuses urbanos sí puedo subir, mostrando el pase especial de impedido.

- Hum —dijo Otsuka sin emoción.
- Y si no sabes leer y escribir, no encuentras trabajo.
- ¿Y cómo te las arreglas para vivir?
- Tengo un subsidio. —¿Un subsidio?

Sí, el señor gobernador me da dinero. Y tengo una pequeña habitación en un edificio que se llama Shóeisó, en Nogata. Y como tres veces al día.

Pues no llevas una vida tan mala. Vaya, eso me parece a mí.

- Sí, tiene usted razón. Mala no es —repuso Nakata—. Estoy a cubierto de la lluvia y del viento, vivo sin estrecheces. Además, a veces me piden que busque a algún gato, que es lo que estoy haciendo ahora. Y, por ello, me pagan un estipendio. Claro que esto lo hago a escondidas del gobernador. Así que no se lo diga usted a nadie. Porque al tener unos ingresos extraordinarios, tal vez resulte que estoy defraudando en lo que respecta al subsidio. De estipendio no me dan gran cosa, no crea. Lo justo para poder comer anguila. A Nakata le gusta la anguila.

A mí también me gusta. Claro que sólo la comí una vez hace tiempo y ya casi no recuerdo el sabor.

Huy, sí. La anguila es algo muy bueno. Algo incomparable. En este mundo, la mayoría de alimentos pueden sustituirse por otros, pero Nakata no conoce ninguno que pueda sustituir a la anguila.

Por el camino delante del descampado pasó un hombre junto con un gran perro labrador. Éste llevaba un collar rojo al cuello. El perro echó una mirada de reojo a Otsuka, pero prosiguió tal cual. Sentados en el descampado, los dos enmudecieron unos instantes esperando a que el hombre y el perro pasaran de largo.

- ¿Buscar gatos, dices? —preguntó Otsuka el gato.
- Sí, busco a señores gatos extraviados. Tal como puede ver usted, Nakata es capaz de hablar un poco con los gatos, así que va recogiendo información de aquí y allá hasta que descubre el paradero del gato desaparecido. Así pues, Nakata ha llegado a ser muy hábil encontrando gatos y la gente no para de pedirle que le busque alguno. Últimamente son pocos los días que no tiene que ponerse en marcha. Sin embargo, a Nakata no le gusta irse lejos, así que la búsqueda debe circunscribirse al distrito de Nakano. Si no, el que acabaría perdido sería Nakata.
- O sea, que ahora estás buscando uno.
- Sí, en efecto. Ahora estoy buscando a una gata de un año a rayas blancas, negras y marrones que se llama Goma. Aquí tengo una fotografía. —Nakata sacó una copia en color de la bolsa de lona que llevaba colgada al hombro y se la enseñó a Otsuka—. Es esta gata. Lleva un collar antipulgas de color marrón.

Ótsuka miró la fotografía alargando el cuello. Sacudió la cabeza. —Pues no la he visto nunca. Y mira que me conozco a todos los gatos de la zona. A ésa ni la he visto... ni he oído hablar de ella. —¿Ah, no?

- ¿Y llevas mucho tiempo buscándola?
- Pues hoy hará... uno, dos, tres... Sí, hoy es el tercer día. Ótsuka se quedó pensativo durante unos instantes.
- Supongo que tú ya debes de saberlo, pero los gatos son animales de costumbres. Por lo regular siguen unas pautas de comportamiento muy estrictas y, a no ser que suceda algo extraordinario, odian cambiarlas. Y por algo extraordinario entiendo el deseo sexual o algún accidente. Sí, siempre se trata de una de estas dos cosas.
- Sí, Nakata opina más o menos lo mismo que usted.
- Si se trata de deseo sexual, dentro de un tiempo se apaciguará y volverá a casa. ¿Entiendes a lo que me refiero con deseo sexual?
- Sí. Carezco de experiencia, pero puedo entender, más o menos, de qué se trata. Está en el pene.

Sí. Cosas del pene. —Otsuka asintió con cara de resignación—. Pero si se trata de un accidente, es difícil que vuelva.

Sí, en efecto.

También existe la posibilidad de que, arrastrada por el deseo sexual, haya ido a parar lejos y que ahora no sepa volver.

Lo cierto es que a Nakata, una vez que salió del distrito de Nakano, le sucedió lo mismo.

A mí también me ha pasado varias veces. Claro que entonces era mucho más joven —dijo Ótsuka entornando los ojos como si hurgara en sus recuerdos—. Cuando te das cuenta de que te has perdido, te

entra el pánico. Lo ves todo negro. Dejas de saber qué es qué. Es horrible. Eso del deseo sexual es algo muy problemático. Pero en esos momentos no se puede pensar en otra cosa. Ni siquiera en lo que vendrá a continuación. El deseo sexual es eso. Por lo tanto, a esa tal, ¿cómo se llamaba?, la gata esa, la extraviada...

- ¿Goma?
- Exacto. A esa tal Goma incluso a mí me gustaría encontrarla y echarle una mano. Una gatita de un año acostumbrada a los mimos de una familia no sabe nade del mundo. No pelearse, ni buscarse la comida por sí sola. Pobre bicho. Pero, por desgracia, no la he visto. Es —Sí, tiene razón. Es mejor que me dirija a otro lugar. Y siento mucho haberle molestado a usted a la hora del almuerzo. Creo que volveré a pasar por aquí, así que, si viera a Goma, no deje de avisar Nakata. Quizá sea una descortesía por mi parte decirlo, pero yo le compensaría a usted dentro de mis posibilidades.
- iBah! Me ha gustado charlar contigo. Vuelve un día de estos A esta hora, si hace buen tiempo, suelo estar en el descampado. y llueve, en el santuario sintoísta que se encuentra bajando las escaleras.
- De acuerdo. Muchas gracias. A Nakata también le ha gustado hablar con usted. Por mucho que pueda hablar con los señores gatos no es que llegue a entenderme con cualquiera. Los hay que en cuanto me oyen hablar se ponen en guardia, se callan y se van. Aunque no haya hecho más que saludarlos.
- Evidente. Igual que uno se encuentra de todo entre los hombres, pues entre los gatos lo mismo.
- En efecto. Nakata también opina lo mismo. En este mundo hay muchos tipos distintos de hombres y muchos tipos distintos de señores gatos.

Otsuka alargó la espalda y alzó la vista hacia el cielo. El sol vertía la luz dorada de la tarde sobre el descampado. Sin embargo, la presencia de lluvia flotaba sobre el lugar. Y Otsuka podía percibirla.

Vamos, que a ti de pequeño te pasó algo y te volviste idiota. Eso es lo que me has contado, ¿verdad?

- Sí, en efecto. Eso le he dicho. Nakata tuvo un percance a los nueve años.
- ¿Qué tipo de percance?

No logro acordarme de ninguna de las maneras. Por lo visto tuve una fiebre muy alta de causa desconocida y permanecí inconsciente tres semanas. Durante todo ese tiempo hube de guardar cama en un hospital con el gota a gota. Y, cuando al fin recobré el conocimiento, lo había olvidado todo: la cara de mi padre, la cara de mi madre, leer, hacer cuentas, la disposición de la casa donde vivía, incluso mi propio nombre. Lo había olvidado todo. Mi cabeza se había vaciado por completo, igual que una bañera cuando le quitas el tapón. Antes de aquel percance, Nakata sacaba siempre muy buenas notas. Sin embargo, cuando abrió los ojos aquel día, Nakata se había convertido en un idiota. Mi madre ya hace mucho que ha muerto, pero solía llorar a causa de ello. Mi madre tenía que llorar porque Nakata se había vuelto idiota. Y mi padre no lloraba, pero siempre estaba enfadado.

Pero a cambio, aprendiste a hablar con los gatos.

- En efecto.

  ¡Hum! muy buena salud, no estado enfermo jamás.
  No tengo caries, no necesito gafas.

- Pues, tal y como yo lo veo, tú no eres idiota.
- ¿Usted cree? —dijo Nakata ladeando la cabeza—. Mire usted, señor Ótsuka. Ya hace tiempo que he sobrepasado los sesenta. Y, cuando uno pasa de los sesenta, por muy idiota que sea ya se ha acostumbrado a que todo el mundo lo ignore. Puede vivir aunque no pueda coger un tren. Mi padre ya ha muerto, así que ha dejado de pegarme. Mi madre ya ha muerto, así que ha dejado de llorar. O sea, que si a Nakata le dicen ahora que no es idiota, lo pondrán más bien en un aprieto. Si dejara de ser idiota, el gobernador probablemente dejaría de darme el subsidio y probablemente dejaría de poder coger el autobús urbano con el pase especial. Si el gobernador me riñera diciendo: «¡Vaya! Así que resulta que no eres idiota», Nakata no sabría qué responderle. O sea, que a Nakata le da la impresión de que es mejor continuar siendo idiota.
- Lo que yo quería decir es que tu problema no es que seas idiota —dijo Otsuka con expresión seria.
- ¿Usted cree?

Tu problema, o al menos eso me parece a mí, es que tienes muy poca impronta. Lo vengo pensando todo el rato: la sombra que proyectas en el suelo es la mitad de oscura que la de las personas normales.

Sí.

- En una ocasión me encontré con una persona a la que le sucedía lo mismo.
- Nakata abrió un poco la boca y clavó la mirada en rostro de Otsuka.
- ¿Se refiere a que usted vio, en definitiva, a una persona parecida a Nakata?

Por eso, cuando me has dirigido la palabra, tampoco me he sorprendido —Sí.

- ¿Y cuándo sucedió eso?
- Hace mucho tiempo, entonces yo aún era joven. Pero no logro recordar nada. Ni su rostro, ni su nombre, ni el lugar, ni el momento. Tal como te he dicho antes, los gatos carecemos de ese tipo de memoria.
- Sí.
- Y la mitad de la sombra de esa persona parecía que se hubiera esfumado. Era tan pálida como la tuya.

Sí.

Yo creo que, en vez de buscar gatos extraviados, lo que tengo que hacer es dedicarte a buscar la mitad de la sombra que te falta.

Nakata tiró varias veces de la visera de la gorra que tenía en mano.

A decir verdad, Nakata ya lo sospechaba. Que tenía muy sombra. Aunque los demás no se den cuenta, uno sabe estas cosas Entonces, perfecto —dijo el gato.

Sin embargo, tal como le he contado antes, Nakata ya tiene cierta edad y, dentro de un tiempo, morirá. Mi madre ya ha muerto, mi padre también ha muerto. Y, seamos inteligentes o tontos, sepamos escribir no, tengamos una sombra como es debido o no la tengamos, cuan nos llega el momento, nos vamos muriendo, uno detrás de otro. Y moriré y me incinerarán. Me convertiré en cenizas y me meterán en u tumba de un lugar llamado Karasuyama. Se encuentra en el distrito Setagaya. Y, una vez esté dentro de la tumba de Karasuyama, tal vez piense más. Y si no pienso, no dudaré más. Así pues, ¿por qué no pudo continuar como hasta ahora? Además, Nakata no querría alejarse del distrito de Nakano mientras viva. Claro que, una vez muerto, no le quedará más remedio que ir a Karasuyama.

La decisión es tuya, sea cual sea —dijo Ótsuka. Luego estuvo lamiéndose durante unos instantes las almohadillas de las patas—. Pero ¿no sería mejor que pensaras un poco en tu sombra? Quizás ella se sienta incómoda. Si yo fuera sombra, no me gustaría conformarme con ser sólo la mitad.

- No había caído en eso. Cuando llegue a casa, lo pensaré con calma. —Sí, hazlo.

Ambos permanecieron en silencio un rato. Luego, Nakata se levantó despacio y se sacudió cuidadosamente las briznas de hierba que se le habían adherido a los pantalones. Volvió a calarse la raída gorra de alpinista. Se la ajustó varias veces hasta conseguir que la visera estuviera en el ángulo de siempre. Se colgó al hombro la bolsa de lona.

Muchísimas gracias. Su opinión es algo muy valioso para Nakata. Espero que siga usted bien.

Lo mismo digo.

Cuando Nakata desapareció, Ótsuka volvió a tenderse en la hierba y cerró los ojos. Aún habría de transcurrir cierto tiempo hasta que aparecieran las nubes y empezara a llover. Y luego, sin pensar en nada, se sumió de inmediato en un breve sueño.

7

A las siete y cuarto desayuno huevos con jamón, tostadas y leche caliente en el comedor que se halla cerca del vestíbulo. Lo mires como lo mires, el desayuno que incluye la tarifa del *business hotel* es escaso. Lo engulles en un instante y apenas tienes la sensación de haber comido. Lanzo una mirada a mí alrededor. Pero no hay indicios de que vayan a traerme más tostadas. Lanzo un suspiro.

¡Qué le vamos a hacer! —me dice el joven llamado Cuervo.

A la que me doy cuenta, está sentado al otro lado de la mesa.

- Ya no te encuentras en situación de comer lo que quieras ni la cantidad que quieras. Te has escapado de casa. A ver si te lo metes en la cabeza. Hasta ahora te levantabas temprano y tomabas un desayuno abundante. Pero, a partir de hoy, ya no será así. Tendrás que conformarte con lo que te den. Ya habrás oído decir que el estómago varía de tamaño según la cantidad de alimentos que ingiera, ¿no? Pues ahora podrás comprobar en tu propia carne si eso es cierto. Pronto se te achicará el estómago. Pero tardará un tiempo. ¿Podrás soportarlo?

Podré —respondo.

Así debe ser —dijo el joven llamado Cuervo—. Porque tú eres el joven de quince años más fuerte del mundo, ¿no es así?

Asiento.

- Pues entonces no te quedes contemplando indefinidamente el plato vacío. Haz otra cosa.

Tal como me indica, me levanto y hago otra cosa.

Me dirijo a recepción a negociar las condiciones del alojamiento. Resulta que estudio en un instituto privado de Tokio y tengo que redactar el trabajo de fin de curso (en la escuela a la que iba así estaba estipulado en efecto) y he venido a la Biblioteca Conmemorativa Kómura a consultar unos documentos sobre la especialidad. Como la cantidad de material que hay es mayor de lo que esperaba, tendré que permanecer una semana entera en Takamatsu. Pero cuento con un presupuesto limitado. ¿Sería posible hacer extensible a toda una semana la tarifa reducida de tres días conseguida a través del YMCA? Yo pagaría cada día por adelantado el precio del alojamiento y no les ocasionaría molestia alguna.

Pinto en mi rostro de niño bien una expresión azorada, me dirijo a la joven que hace turno de mañana y le explico la situación de manera concisa. No llevo el pelo teñido, ni *pearcings.* Visto un pulcro polo blanco de Ralph Lauren, unos chinos color crema, también de Ralph Lauren, por supuesto, y unas zapatillas de deporte nuevas de diseño. Tengo los dientes blancos, huelo a champú y a jabón. Incluso sé hablar en honorífico. Todo esto causa muy buena impresión a las personas de más edad que yo.

La recepcionista escucha mis explicaciones en silencio, frunce ligeramente los labios, asiente. Es una joven de baja estatura, encima de la camisa blanca lleva la chaqueta verde del uniforme y, pese a parecer algo adormilada, desempeña los trámites administrativos con eficacia. Debe de tener la misma edad que mi hermana.

- Me hago cargo de la situación, pero he de consultárselo a mi jefe. Lo siento, no podré responderle antes de mediodía —me dice con aire burocrático, aunque es evidente que simpatiza con mi causa. Apunta mi nombre y mi número de habitación. No sé si la negociación tendrá éxito. Tal vez surta el efecto contrario... Quizá me pidan el carnet escolar. Quizá deseen ponerse en contacto con mi casa (por supuesto, en el registro apunté el primer número de teléfono que me vino a la cabeza). Pero vale la pena correr el riesgo. Porque el dinero que llevo conmigo no durará siempre.

En las páginas amarillas que hay en el vestíbulo busco el número de teléfono del gimnasio municipal y les pregunto con qué aparatos cuentan. Tienen casi todos los que necesito. La tarifa es de seiscientos yenes. Pregunto dónde está, me explican cómo llegar desde la estación, doy las gracias y cuelgo.

Vuelvo a mi habitación, me cargo la mochila a la espalda, salgo. También podría dejar el equipaje en el hotel. Podría meter el dinero en el depósito de seguridad del banco. Posiblemente esté más seguro allí. Pero, siempre que pueda, deseo llevar mis cosas encima. Ya han pasado a formar parte de mí.

Cojo el autobús en la terminal que hay frente a la estación y me dirijo al gimnasio. Estoy nervioso, por supuesto. Me doy cuenta de aquellas horas, yendo solo al gimnasio un día laborable podría parecerle sospechoso a alguien. Pero me encuentro en una ciudad desconocida y no tengo ni la más remota idea de lo que debe de pensar la gente. Nadie se fija en mí. Incluso me hago la ilusión de que me he convertido en el hombre invisible. En la entrada del gimnasio, pago en silencio, recojo la llave de la taquilla sin decir palabra. En el vestidor me pongo unos pantalones cortos de deporte y una camiseta fina. Conforme mis músculos se van destensando recobro la calma. Me encuentro dentro de un recipiente llamado yo. Los contornos de mi ser van ajustándose hasta que se superponen a la perfección, se cierran con un pequeño ruido metálico. Tal como a mí me gusta. Estoy donde debo estar.

Emprendo el circuito. Mientras escucho a Prince por el *discman*, voy pasando de uno de los siete aparatos a otro. Invierto una hora en realizar los ejercicios. En un gimnasio municipal de provincias yo esperaba encontrar unos aparatos anticuados, pero me he quedado pasmado al ver lo ultramodernos que son. En el aire, aún flota el olor a acero nuevo. Hago una primera vuelta con poca carga; la aumento en la segunda vuelta. No me hace falta ningún cuadro que lo especifique. Tengo grabados en el cerebro el peso y las vueltas que me convienen. Empiezo a sudar copiosamente, he de parar muchas veces para reponer líquido. Bebo agua del surtidor, chupo un limón que me he comprado por el camino.

Tras realizar el circuito tomo una ducha caliente, me lavo el cuerpo con el jabón que he traído y el pelo con champú. Intento mantener lo más limpio posible el pene, que acaba de asomar del prepucio. Me lavo con esmero las axilas, los testículos y el ano. Me peso y, desnudo ante el espejo, compruebo la dureza de mis músculos. En el lavabo pongo bajo el grifo los pantalones cortos y la camiseta húmedos de sudor, los escurro bien y los meto en una bolsa de plástico.

Al salir del gimnasio vuelvo a la estación en autobús, entro de nuevo en la *udon ya* del día anterior y me tomo unos *udon* calientes. Me los como despacio, mirando por la ventana. El recinto de la estación está atestado de gente que va y viene. Todos visten a su aire, acarrean su equipaje, van de aquí para allá con pasos precipitados; todos deben de encarrilarse a alguna parte con un propósito determinado. Me los quedo mirando fijamente. Y de repente se me ocurre pensar cómo serán dentro de cien años.

Dentro de cien años es muy posible que todos los que estamos aquí (incluido yo) hayamos desaparecido de la faz de la Tierra y nos hayamos convertido en polvo o ceniza. Al pensarlo me asalta una extraña sensación. Y todo lo que se encuentra ante mis ojos acaba pareciéndome una ilusión. Como si de un momento a otro un soplo de viento fuera a barrerlo todo. Extiendo los dedos de ambas manos y clavo la mirada en ellos. ¿Para qué diablos lucho de esta manera? ¿Por qué tengo que vivir dejándome en ello la piel tal como estoy haciendo?

Entonces niego con la cabeza y dejo de mirar hacia fuera. Dejo de pensar cómo será dentro de cien años. Intento pensar únicamente en el presente. En la biblioteca hay libros que tengo que leer y, en el gimnasio, aparatos que debo utilizar.

¿De qué sirve pensar en un futuro tan lejano?

- Así debe ser —dice el joven llamado Cuervo—. Porque tú eres el joven de quince años más fuerte del mundo, ¿no es así?

Tal como hice el día anterior, compro un *bentó* en el quiosco de la estación y subo al tren. Llego a la Biblioteca Conmemorativa Kómura a las once y media. Como es de esperar, Óshima se encuentra sentado tras el mostrador. Lleva una camisa de rayón azul abotonada hasta el cuello, unos tejanos blancos y unas zapatillas blancas de tenis. Está sentado ante la mesa leyendo un libro grueso. A su lado descansa el (posiblemente) mismo lápiz largo de color amarillo de la víspera. El flequillo le cae sobre el rostro. Cuando entro yo, alza la cabeza, sonríe y guarda mis cosas.

¿Aún no has vuelto a la escuela?
No pienso volver a hacerlo —le respondo con sinceridad.

Una biblioteca no es una mala opción —comenta Óshima. Se da la vuelta y mira la hora en el reloj que tiene a sus espaldas. Luego vuelve a las páginas de su libro.

Me dirijo a la sala de lectura, continúo leyendo la versión de Burton de *Las mil y una noches*. Tal como me ocurre siempre, una vez que he tomado asiento y he empezado a pasar las páginas del libro, ya no puedo separarme de él. En la versión de Burton salen las mismas historias que en el libro para niños que había leído tiempo atrás en la biblioteca, pero en esta versión los relatos son más largos y las historias contienen muchísimos más detalles: no

se puede decir que sean idénticos. Ésta posee un poder de seducción incomparablemente mayor. Está llena de episodios obscenos, violentos, eróticos, incomprensibles, pero que (igual que el genio de la lámpara) rebosan una fuerza vital, una sensación de libertad, que a duras penas cabe dentro de los límites del sentido común. Estos relatos cautivaron mi corazón y no lo soltaron jamás. Porque estos relatos absurdos de hace más de mil años son mucho más vívidos que los incontables rostros que deambulaban por el recinto de la estación. ¿Cómo puede ocurrir una cosa semejante? Me extraña tanto.

A la una vuelvo a salir al jardín, me siento en la veranda y me como el *bentó* que he traído. Estoy a mitad del almuerzo cuando se me acerca Óshima y me dice que me llaman por teléfono.

- ¿Que me llaman? —Me quedo sin palabras—. ¿A mí?
- Sí, suponiendo que te llames Kafka Tamura.

Me pongo colorado, me levanto y cojo el teléfono inalámbrico que me tiende.

Es la joven de la recepción del hotel. Tal vez quiera comprobar si durante el día estoy realmente investigando en la Biblioteca Conmemorativa Kómura. A juzgar por el tono de su voz, se siente aliviada al ver que no le he mentido.

Acabo de hablarle de usted a mi jefe. Ha dicho que no hay ningún precedente, pero que usted es un chico joven y que las circunstancias son las circunstancias. Así pues, a partir de ahora podrá beneficiarse durante unos días más de la tarifa especial del YMCA. También ha dicho que, como estamos en temporada baja, nos lo podemos permitir. Además —prosiguió la joven—, el jefe ha comentado que la biblioteca goza de un gran prestigio y que hace usted bien en tomarse su tiempo para investigar.

Se lo agradezco aliviado.
Gracias —le digo.

No es que no me remuerda la conciencia por haber mentido, pero era inevitable. Para sobrevivir hay que hacer lo que sea. Corto la comunicación y le devuelvo el aparato a Ôshima.

- Como eras el único estudiante de bachillerato que había, he supuesto que debías de ser tú —explica—. Le he contado que te pasas el día aquí devorando libros. Claro que ésa es la verdad.
- Gracias —le digo.
- ¿Kafka Tamura?
- Eso mismo.

¡Qué nombre tan raro! Pues así me llamo yo —insisto.

- ¿Habrás leído alguna obra de Franz Kafka, supongo?

Asiento: *El castillo*, *El proceso*, *La metamorfosis* y también una historia donde salía un extraño aparato de ejecución.

- *La colonia penitenciaria* —dice Oshima—. A mí me encanta ese relato. Hay muchos escritores en el mundo, pero sólo Kafka podía escribir una cosa así.
- De todas las historias breves, ésa es la que más me gusta.

¿De verdad?
Asiento.

- ¿Y por qué?

Reflexiono. Me tomo mi tiempo.

Kafka, más que explicar la situación en la que nos encontramos, nos describe un aparato muy complejo de una manera puramente mecánica. Es decir... —vuelvo a reflexionar unos instantes—, que a través de la descripción de un mecanismo logra explicarnos de una manera más vívida que nadie las circunstancias en las que nos encontramos. No hablando de ellas, sino a través de la descripción de los detalles de un aparato.

Ya, ya. Entiendo —dice Oshima. Luego apoya una mano en mi hombro. Y en ese simple gesto se trasluce una simpatía espontánea—. Sí, en efecto. Creo que incluso Kafka estaría de acuerdo con tu opinión.

Y regresa al interior del edificio llevándose el teléfono inalámbrico. Me quedo solo sentado en la veranda, me como los restos del almuerzo, bebo agua mineral, contemplo los pájaros. Quizá sean los mismos que vi ayer. El cielo está cubierto por una delgada y uniforme capa de nubes. No se ve un solo retazo de cielo azul.

Mi respuesta sobre la obra de Kafka posiblemente le haya parecido convincente. En mayor o menor medida. Pero lo que yo quería decir en realidad no le llegó. Yo no había hecho ninguna teoría general sobre la obra de Kafka. Me había limitado a hablar de una forma muy concreta sobre aspectos muy concretos. Aquella máquina de matar tan compleja y enigmática *existía de verdad* en el mundo real que me rodeaba. No era ni una metáfora ni una alegoría. Pero eso, por más que se lo explicara, quizá no lo pudiesen entender ni Oshima ni nadie.

Vuelvo a la sala de lectura, me siento en el sofá, regreso al mundo *de Las mil y una noches* de Burton. Y el mundo real a mi alrededor se va borrando poco a poco igual que las imágenes de la pantalla en un *fade out. Me* quedo solo. Me adentro en el mundo que late entre las páginas. No hay nada que me guste más.

A las cinco, cuando me dispongo a dejar la biblioteca, Oshima sigue en el mostrador leyendo el mismo libro. En su camisa no hay una sola arruga, como de costumbre. Y algunos mechones del flequillo le caen sobre el rostro, igual que siempre. A sus espaldas, en la pared, las agujas de un reloj eléctrico avanzan suavemente, mudas, hacia delante. Todos los objetos que rodean a Oshima se mueven con pulcritud y silencio. Me cuesta creer que sude o que alguna vez tenga hipo. Levanta la cabeza y me entrega la mochila. Al pasármela hace una mueca, como si fuera demasiado pesada para él.

- ¿Vienes en tren desde la ciudad?

Asiento.

Si piensas acercarte aquí todos los días, te irá bien tener esto. —Me entrega una cuartilla. Se trata de una fotocopia del horario de los trenes que circulan de la estación de Takamatsu a la de la Biblioteca Conmemorativa Kómura—. Suelen ser puntuales.

Gracias —le digo tomando el papel.

Oye, Kafka Tamura. No sé de dónde vienes ni qué estás haciendo, pero supongo que no podrás alojarte siempre en el hotel, ¿verdad? —me comenta eligiendo las palabras con prudencia.

Luego, comprueba con un dedo de la mano izquierda la punta del lápiz. Pero la mina está tan afilada que no es necesario que la someta a ningún examen minucioso.

Permanezco en silencio.

No pretendo meterme en lo que no me importa. Sólo me intereso por tu situación. Porque no debe de ser fácil para un niño de tu edad desenvolverse solo en una tierra desconocida.

Asiento.

- Y, de aquí en adelante, ¿piensas ir a algún otro lugar o tienes previsto permanecer aquí?
- Todavía no lo sé, pero creo que voy a quedarme durante un tiempo. Tampoco es que tenga otro lugar adonde ir —le confieso con honestidad.

Me da la impresión de que, hasta cierto punto, puedo sincerarme con él. Creo que respetará mi situación. No creo que me sermonee ni que intente inculcarme opiniones sensatas. Pero de momento no quiero hablar más de la cuenta. Y es que, para empezar, yo no estoy acostumbrado a abrirle mi corazón o a explicarle mis sentimientos a nadie.

¿De momento puedes arreglártelas solo? —me pregunta Ôshima. Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

- Suerte —me dice.

Pequeños detalles aparte, a lo largo de siete días llevo el mismo estilo de vida, sin cambios. A las seis y media me despierto con el radio—despertador, tomo un desayuno casi simbólico en el comedor del hotel. Si la mujer de pelo castaño del turno de mañana se encuentra en recepción, levanto la mano y la saludo. Ella inclina un poco la cabeza, sonríe y me devuelve el saludo. Parece que me ha cogido cariño y yo se lo he cogido a ella. Pienso que tal vez sea mi hermana mayor.

En la habitación hago unas flexiones sencillas y luego, cuando llega la hora, voy al gimnasio y realizo mi ronda de ejercicios. Idéntica carga, idéntico número de veces. Ni más ni menos. Me ducho, intento mantener limpio cada rincón de mi cuerpo. Me peso, compruebo que no hay ningún cambio. Antes de mediodía voy en tren a la Biblioteca Kómura. Cuando dejo la mochila y cuando la voy a recoger mantengo una breve charla con Óshima. Almuerzo en la veranda, luego vuelvo a leer (después de terminar la versión de Burton de *Las mil y una noches* emprendí la lectura de la obra completa de Natsume Sóseki, porque contenía algunas obras que aún no había leído) y, a las cinco, salgo de la biblioteca. Paso la mayor parte del día en el gimnasio y en la biblioteca, pero, mientras esté por estos lugares, nadie se va a fijar en mí. Para empezar, no son lugares a los que suela ir un niño que hace novillos. Ceno en el restaurante que hay frente a la estación. Intento comer tanta verdura como puedo. De vez en cuando compro fruta en la verdulería, la pelo con la navaja que me llevé del despacho de mi padre y me la como. Compro pepinos y apio, los lavo en el lavabo del hotel, los unto con mayonesa y me los como. Compro leche en tetra brik en la tienda abierta las veinticuatro horas del barrio y me la tomo con cereales.

Al regresar al hotel me siento frente a la mesa y escribo en mi diario, escucho Radiohead en mi *discman,* vuelvo a leer un poco más y, a las once, me acuesto. Antes de dormir, a veces me masturbo. Pienso en la chica de recepción. Durante esos instantes ahuyento de mi mente la posibilidad de que se trate de mi hermana. Casi nunca veo la ţelevisión, tampoco leo los periódicos.

Este estilo de vida ordenado, centrípeto y frugal se acabó (claro que tenía que acabar antes o después) la noche del octavo día.

8

¡NFORME DEL DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO DE TIERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA (MIS).

Fecha: 12 de mayo de 1946

Título: Informe sobre el Incidente de la montaña del bol de arroz, 1944

Número: PTYX-722-8936745-42216-WWN Entrevista al doctor Shigenori Tsukayama (52), profesor del Departamento de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad Imperial de Tokio. La entrevista se realizó en el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas. La duración de la misma fue de tres horas. La conversación fue grabada. Se puede acceder al material relacionado con la entrevista mediante el código PTYX-722-5Q267 a 291. (Nota: Los documentos 271 y 278 han desaparecido.)

¡mpresiones del entrevistador, alférez Robert O'Connell:

El doctor Tsukayama mantuvo durante la entrevista la actitud serena que cabe esperar de un especialista. El doctor Tsukayama es uno de los especialistas más reputados de Japón en el campo de la psiquiatría y es autor de varias publicaciones sobre el tema. A diferencia de muchos japoneses, no se expresa con ambigüedad. Marca una clara división entre los hechos y las hipótesis. Antes de la guerra estuvo un tiempo como profesor invitado en un intercambio científico en la Universidad de Stanford y habla fluidamente el inglés. Es el tipo de persona que suele despertar simpatía y confianza en los demás.

El Ejército de Tierra nos ordenó, por conducto militar, que examináramos a unos niños y que les hiciésemos entrevistas con la mayor urgencia. Estábamos a mediados de noviembre de 1944. No solíamos recibir órdenes o peticiones de los militares. Como usted sabrá, el ejército poseía una gran área de asistencia sanitaria propia y, al tratarse de una organización interna que concedía una importancia extrema a la confidencialidad, era allí donde solían acudir. Exceptuando algún caso concreto en que necesitaban asesoramiento técnico o científico sobre algún campo específico, jamás requerían los servicios de médicos o investigadores civiles. Así que, al recibir el aviso, lo primero que pensamos fue que se trataba de un «caso especial». A decir verdad, a mí no me gustaba trabajar bajo las órdenes de los militares. En la mayoría de los casos, más que realidades científicas, lo que ellos querían eran o bien conclusiones que comulgaran con sus ideas o bien soluciones fáciles. El ejército no era un interlocutor con quien pudieras razonar de forma lógica. Pero estábamos en guerra y no se podían desobedecer sus órdenes. No quedaba otro remedio que callar y obedecer.

Con los ataques aéreos norteamericanos, nosotros teníamos grandes dificultades para proseguir nuestras investigaciones. La mayor parte de estudiantes y científicos había sido llamada a filas y la universidad estaba desierta. Los estudiantes de la Facultad de Psiquiatría no podían solicitar ninguna prórroga. Así pues, al recibir la notificación del ejército interrumpimos nuestra investigación, nos subimos a un tren y nos dirigimos a la ciudad** de la prefectura de Yamanashi. Fuimos un colega de la Facultad de Psiquiatría, un neurocirujano que siempre trabajaba con nosotros y yo. Tres en total.

Lo primero que hicieron fue prohibirnos terminantemente que contáramos una sola palabra de lo que íbamos a oír ya que se trataba de un secreto militar. A continuación nos explicaron lo que había sucedido a principios de mes. Dieciséis niños habían perdido el conocimiento en la montaña por causas desconocidas y quince de ellos lo habían recobrado espontáneamente más tarde. No recordaban nada de lo sucedido durante aquel lapso de tiempo. Sólo uno de ellos no había conseguido recobrar el sentido y seguía inconsciente en una cama del hospital del Ejército de Tierra en Tokio.

El médico del ejército que había visitado a los niños justo después del incidente nos explicó el caso con todo detalle desde el punto de vista de la medicina interna. Era un comandante llamado Tóyama. Entre los médicos del ejército abundan los que, más que verdaderos médicos, son unos burócratas interesados únicamente en salvaguardar su puesto. Por suerte, el doctor Tóyama era un médico tan

riguroso como excelente. Además, con nosotros, que éramos forasteros, no se comportó con suficiencia. Tampoco intentó dejarnos de lado. Nos explicó, sin obviar detalle, todos los aspectos fundamentales de una manera concreta y objetiva. También nos mostró todas las hojas clínicas. Al parecer, no buscaba más que la aclaración de los hechos. Y nosotros simpatizamos con él. La característica principal que se desprendía de los datos que nos había facilitado el doctor era que, *desde el punto de vista médico,* a los niños no les habían quedado secuelas. Por más pruebas que les hubieran realizado desde el día del incidente hasta el presente, no habían logrado detectar anomalía alguna —ni interna ni externa— en sus cuerpos. Los niños seguían exactamente en el mismo estado que antes de ocurrir el accidente y rebosaban salud. Como resultado de esas pruebas tan exhaustivas, lo único que se había descubierto era que algunos de ellos tenían parásitos intestinales, pero eso, evidentemente, no era digno siquiera de ser mencionado. Ni cefaleas, ni vómitos, ni dolor, ni pérdida de apetito, ni insomnio, ni depresión, ni diarreas, ni pesadillas. No mostraban ninguno de estos síntomas.

Sólo que el hecho de haber estado inconscientes dos horas en la montaña se había borrado de sus memorias. A todos por igual. Ni siquiera recordaban el instante en que se habían desvanecido. Aquel retazo de memoria había sido arrancado de sus mentes. Se trataba de algo más parecido a la «ausencia» que a la «pérdida» de memoria. No existe ningún tecnicismo que señale este fenómeno, y yo lo estoy usando ahora de manera arbitraria, pero hay una gran diferencia entre la ausencia de memoria y la pérdida de ésta. Para explicarlo de manera sencilla, imagínese usted un tren de mercancías que corre por la vía. El cargamento de uno de los vagones desaparece. Queda el vagón vacío que ha perdido la carga, y aquí puede hablarse de «pérdida». Si hubiese desaparecido no sólo la carga sino la totalidad del vagón, entonces cabría hablar de «ausencia».

Ante todo, contemplamos la posibilidad de que los niños hubiesen inhalado gas tóxico. El doctor Tóyama nos dijo que ése había sido el tema central de las deliberaciones y que por esa razón el ejército se había interesado en el incidente, pero que, sin embargo, dado el estado actual de las cosas y siendo realistas, la posibilidad era muy remota. Se trataba de un secreto militar y no debía filtrarse al exterior, pero...

Y esto es, en líneas generales, lo que dijo a continuación: «El ejército de tierra está realizando en secreto experimentos para la fabricación de armas químicas, como el gas tóxico, y armas biológicas. Pero estas pruebas, principalmente, las llevan a cabo unidades especiales del ejército en China, no en el interior de Japón. Pues realizarlas en un país tan pequeño con una densidad de población tan elevada sería extremadamente peligroso. Y con respecto a la posibilidad de que este tipo de armas se almacenen en el interior del país, sobre esta cuestión yo no puedo ser más explícito, pero sí puedo garantizarles que esto no sucede en la prefectura de Yamanashi, al menos por el momento...».

- *Es decir, que el médico militar negó categóricamente que en la prefectura de Yamanashi se almacenaran armas especiales, empezando por el gas tóxico.*

Sí, nos lo dijo con toda claridad. Y nosotros no teníamos otra opción que creerlo; además, nos dio la impresión de que nos estaba diciendo la verdad. Y con respecto a si un B29 del ejército norteamericano podía haber lanzado gas tóxico, concluimos que las posibilidades eran muy bajas. Si los norteamericanos hubiesen desarrollado armas de ese calibre y hubieran decidido utilizarlas, lo habrían hecho en una gran ciudad donde la efectividad hubiera sido muchísimo mayor. Lanzando una o dos bombas desde las alturas sobre aquella montaña desierta no hubiesen podido comprobar qué efecto había tenido la bomba, ni siquiera si lo había tenido. Y, en cuanto a la hipótesis de una pequeña fuga, lo cierto es que un gas tóxico que tras hacer perder el conocimiento a unos niños durante dos horas no les deja ninguna secuela, no tiene ningún sentido desde el punto de vista militar. Además, sea un gas tóxico químico o se trate de alguna emanación de algún gas maligno que se produzca en la naturaleza, es impensable que no deje una sola secuela en el organismo. Tratándose encima de niños, más sensibles y con defensas más débiles que las de un adulto, seguro que les habría dañado los ojos o las mucosas. Por ese mismo motivo, quedaba excluida la ingestión de algo venenoso. Llegados a este punto, sólo cabía pensar en causas psicológicas o en algún problema relacionado con el cerebro. Y si las causas se debían a factores psicológicos, era normal que fuera tan complicado encontrar secuelas en el campo de la medicina interna o de la traumatología. Porque éstas no se podían detectar a simple vista y no se podrían expresar en cifras. Y, llegados a este punto, se comprendía por qué el ejército nos había hecho llamar.

¡nterrogamos a todos los niños que habían perdido la conciencia. También escuchamos las versiones de la profesora y del médico de la escuela. El doctor Tóyama también participó. Pero nada nuevo pudimos deducir de

esas entrevistas. Sólo corroborar una vez más lo que nos había explicado el médico militar. Los niños no recordaban nada de lo ocurrido. Habían visto brillar en el cielo algo que parecía un avión. Después habían subido al «bol de arroz» y habían empezado a buscar setas en el bosque. Luego el tiempo se interrumpía y lo único que recordaban era que yacían en el suelo rodeados de profesores y policías que los miraban con espanto. No se encontraban mal, no sentían ni dolor ni molestias. Tampoco estaban mareados. Sólo un poco aturdidos. Como por las mañanas al despertarse. Únicamente eso. El relato de todos los niños era idéntico, como timbrado por el mismo sello.

Al terminar las entrevistas, la hipótesis que cobraba más fuerza era la de un caso de hipnosis colectiva. Los síntomas que presentaban los niños mientras estaban inconscientes, tal como los habían descrito la profesora y el médico de la escuela, avalaban esta hipótesis. El movimiento regular de los globos oculares, la ralentización de la respiración y del pulso, el ligero descenso de temperatura, la ausencia de memoria. En principio todo coincidía. El hecho de que la profesora hubiese sido la única que no había perdido el conocimiento podía deberse a que ese *algo* que había conducido a la hipnosis colectiva, por una razón u otra, no afectaba a los adultos.

Qué diablos era ese *algo,* aún no podía concretarlo. Según la teoría general, para que se dé este fenómeno tienen que confluir diversos factores. Uno de ellos es la homogeneidad y cohesión del grupo, y la limitación del contexto. La otra es que haya un elemento que actúe como detonante. Y ese «pistoletazo de salida» debían de haberlo percibido todos los miembros del grupo al mismo tiempo. Podía tratarse, por ejemplo, del brillo del objeto parecido a un avión que habían visto poco antes de entrar en el bosque. Eso lo habían visto todos al mismo tiempo. Y menos de diez minutos después habían empezado a perder el conocimiento. Eso, por supuesto, tampoco era más v que una hipótesis. En general, mis dos colegas se mostraron de acuerdo conmigo. Casualmente, aquel fenómeno, sin ser el tema de investigación al que nos dedicábamos en aquellos momentos, sí estaba relacionado con él.

«Parece lógico», dijo el doctor Tóyama tras reflexionar unos instantes. «Eso se encuentra fuera de mi especialidad, pero creo que es la hipótesis más plausible. Sin embargo, hay algo que no entiendo. Y es lo siguiente: ¿qué diablos suspendió el estado hipnótico? Porque es necesaria la existencia de un "antidetonante", ¿no es así?»

«No lo sé», le respondí honestamente.

Se trataba de algo que sólo podía explicar a través de otra hipótesis. Y era que ese tipo de hipnosis cesa espontáneamente al cabo de cierto tiempo. Es decir, que el sistema de autoconservación del ser humano es de por sí muy poderoso y que, aunque pueda caer momentáneamente bajo el control de un sistema externo, transcurrido cierto lapso de tiempo suena una especie de timbre y se activa un programa de emergencia que desprograma el elemento extraño —en este caso el efecto hipnótico— que mantiene bloqueado el organismo.

«No tengo la documentación a mano», proseguí, «por lo que no puedo darle cifras exactas, pero en el extranjero hay documentados varios casos como éste.»

Todos han sido catalogados como «incidentes misteriosos» sin explicación lógica. Muchos niños pierden el conocimiento a la vez y unas horas más tarde lo recobran. No recuerdan nada de lo ocurrido durante ese lapso de tiempo.

«O sea, que el incidente que nos ocupa es, por supuesto, muy extraño, pero que a su vez existen precedentes. Sobre el año 1930, en las afueras de una aldea del condado de Devonshire, en Gran Bretaña, ocurrió un suceso extraño. Unos treinta alumnos de bachillerato que andaban en fila por un sendero fueron desplomándose al suelo uno tras otro sin razón aparente. Sin embargo, unas horas más tarde, todos recobraron el conocimiento y volvieron a la escuela por su propio pie como si nada hubiese ocurrido. El médico los visitó enseguida, pero no pudo detectar ninguna anomalía desde el punto de vista médico. Y ninguno de ellos se acordaba de lo que había ocurrido.

También hay registrado un caso similar a finales del siglo pasado, en Australia. En las afueras de Adelaide, unas quince niñas menores de quince años, alumnas de un colegio femenino, se desmayaron mientras iban de excursión y todas recobraron el conocimiento poco después. No se observaron en sus cuerpos ni heridas ni huellas de ningún tipo. Se barajó la posibilidad de que hubiese sido una insolación, pero todas se desmayaron casi al mismo tiempo, recobraron *el* conocimiento casi al mismo tiempo y tampoco mostraban los síntomas propios de una insolación. Así pues, era un misterio. También consta en el informe que, aquel día, no hacía demasiado calor. Sin embargo, como no había ninguna otra causa lógica, el asunto fue clasificado como "caso de insolación".

El punto que tienen en común todos estos incidentes es que un grupo de niños y niñas se encuentra en un lugar más o menos alejado de la escuela y que todos pierden el conocimiento y luego lo recobran casi simultáneamente.

El incidente no les deja secuela alguna. En esto coinciden todos los casos. Con respecto a los adultos que los acompañan, hay casos en que se desmayan igual que los niños y otros en que no. Depende.

Estos dos incidentes no son los únicos, pero sí los más representativos por la exactitud y cantidad de documentación que se ha conservado. Sin embargo, en el caso ocurrido en la prefectura de Yamanashi se daba una notable diferencia. Y es que había un niño que seguía sin despertar del estado hipnótico, o que no había recobrado aún la conciencia. Y nosotros pensamos que, en ese niño, podía esconderse la clave para desentrañar el misterio. Y, cuando acabamos la investigación sobre el terreno, volvimos a Tokio y nos dirigimos al hospital del Ejército de Tierra donde estaba ingresado el niño.

O sea, que el interés que sentía el Ejército de Tierra por el incidente se debía a que sospechaba que las causas podían ser las armas químicas, ¿no es así?

Eso creo. Sin embargo, posiblemente el doctor Tóyama podría responderle con más exactitud. Le sugiero que se lo pregunte a él.

- *El comandante Tóyama murió en marzo de 1945, en Tokio, durante un bombardeo, en el ejercicio de sus funciones.*
- i Oh! Es terrible. En esta guerra han muerto tantas personas válidas.
- Sin embargo, el ejército llegó a la conclusión de que el incidente no estaba relacionado con las armas químicas. Que las causas no se conocían, pero que: al parecer, no guardaban relación con la marcha de la guerra, ¿no es así?
- Eso creo. Y, en este punto, el ejército cerró sus conclusiones sobre la investigación con respecto al incidente. Sin embargo, que aquel niño llamado Nakata, que seguía inconsciente, continuara siendo atendido en el hospital se debió simplemente al interés particular que el comandante Tóyama sentía por el caso, ya que él, en aquellos tiempos, tenía cierto poder dentro del hospital. En consecuencia, cada día íbamos al hospital militar, o permanecíamos allí por turno, y estudiábamos desde diferentes ángulos la evolución del niño que permanecía en coma.

Pese a encontrarse inconsciente, su organismo funcionaba con normalidad. Se alimentaba mediante instilación, orinaba con regularidad. Por la noche, al apagar la luz de la habitación, cerraba los ojos y se dormía, y por la mañana los abría. Estaba, no cabía la menor duda, inconsciente, pero, aparte de eso, sus funciones fisiológicas eran normales. Pese a estar en coma, por lo visto no soñaba. Cuando una persona sueña, muestra siempre una serie de reacciones tanto en el movimiento de los globos oculares como en la expresión del rostro. La conciencia responde a las experiencias que se tienen en el sueño y el número de pulsaciones aumenta según sean éstas. Pero en Nakata no se observaba este efecto. Tanto el pulso como el ritmo de la respiración o la temperatura estaban un poco por debajo de lo normal y eran asombrosamente estables.

Quizá sea una extraña manera de decirlo, pero parecía que Nakata hubiera salido a hacer algo a alguna parte y hubiera dejado su cuerpo atrás, como una simple funda, como si el cuerpo se hubiese quedado de guardia, y que hubiese bajado las constantes vitales hasta los mínimos necesarios para mantener su organismo con vida. Me vino a la cabeza la expresión «proyección del espíritu». ¿La conoce usted? Sale mucho en relatos antiguos japoneses. Consiste en que el alma abandona temporalmente el cuerpo, recorre grandes distancias para realizar algún cometido de vital importancia y luego, una vez lo ha hecho, retorna al cuerpo. También aparecen mucho en el *Genji monogatari* las almas vengativas, y quizá fuera algo parecido a esto. Pero no es sólo que el alma de un muerto abandone su cuerpo, también el alma de un vivo puede hacerlo si la voluntad es lo bastante fuerte. Quizás esta concepción del alma haya perdurado en Japón desde tiempos antiguos como algo normal. Pero es totalmente imposible demostrarlo desde el punto de vista científico. Incluso vacilo en esgrimirlo como hipótesis.

No hace falta decir que lo que se nos pedía principalmente en aquellos momentos era que despertáramos al niño del coma. Que le hiciésemos recobrar la conciencia. Buscamos desesperadamente un «antidetonante» que anulara el efecto hipnótico. Probamos todo lo que se nos pasó por la cabeza. Le llevamos a sus padres e hicimos que lo llamaran en voz alta. Día tras día. No reaccionó. Probamos todos los trucos que se emplean en hipnosis. Pronunciamos diferentes fórmulas, dimos diversos tipos de palmadas delante de su rostro. Le hicimos escuchar la música que solía escuchar, le leímos el libro de texto al oído. Le dimos a oler la comida que le gustaba. También le llevamos a su gato. El gato que el niño cuidaba. Hicimos lo imposible para que volviera a la realidad. Pero el efecto fue, literalmente, nulo.

Sin embargo, dos semanas después de que hubiésemos empezado estas pruebas, cuando todos nuestros métodos ya habían fallado y nosotros ya habíamos perdido la confianza en nosotros mismos y estábamos exhaustos, el niño despertó de repente. No como respuesta a algo que hubiésemos hecho. Simplemente despertó, de pronto, sin previo aviso, como si estuviera fijada la hora de antemano.

- ¿Había aquel día algo diferente a los demás?
- Nada que valga la pena mencionar. Había sucedido lo mismo que los otros días. A las diez, una enfermera le había extraído sangre. Sin embargo, él tosió un poco y algunas gotas de sangre cayeron sobre las sábanas. No eran muchas, pero cambiaron las sábanas enseguida. Ésa fue la única diferencia. El niño abrió los ojos aproximadamente treinta minutos más tarde. Se incorporó de golpe, enderezó la espalda y echó una mirada a su alrededor. Había recobrado la conciencia y, desde el punto de vista médico, estaba en un perfecto estado de salud. Pero resultó que había perdido la memoria por completo. Ni siquiera recordaba cómo se llamaba. No podía acordarse de dónde vivía, de la escuela donde iba, de la cara de sus padres, de nada. No sabía leer. Ni siquiera sabía que estaba en Japón, ni que estaba en la Tierra. Ni siquiera comprendía qué era Japón, o qué era la Tierra. Su cabeza se había vaciado por completo. Había regresado a este mundo como una hoja de papel en blanco.

9

Al recobrar el sentido me encuentro rodeado de una vegetación espesa. Yazco sobre el suelo húmedo, como un leño. Los alrededores están sumidos en las tinieblas, no veo nada.

Con la cabeza todavía recostada en unos arbustos que me pinchan respiro profundamente. El aire huele a plantas nocturnas. Huele a tierra. También percibo un vago olor a excrementos de perro. Entre las ramas de los árboles asoma el cielo nocturno. No se ven la luna ni las estrellas, pero el cielo muestra una claridad extraña. Las nubes que cubren el cielo hacen de pantalla, y en ella se reflejan las luces de la Tierra. Oigo la sirena de una ambulancia. Se acerca un poco, luego se aleja. Al aguzar el oído percibo también el roce de los neumáticos de los coches yendo y viniendo por la calzada. Por lo visto me encuentro en un rincón de una gran ciudad.

¡ntento recomponerme a mí mismo. Para conseguirlo tendré que ir de aquí para allá buscando los fragmentos de mi ser. Como si fuera reuniendo pacientemente, una tras otra, las piezas desordenadas de un puzzle. «No es la primera vez que me ocurre», pienso. En el pasado, en algún otro lugar, ya he experimentado esta sensación. ¿Cuándo fue? Vuelvo atrás en mis recuerdos. Pero el frágil hilo se rompe enseguida. Cierro los ojos y dejo transcurrir el tiempo.

El tiempo pasa. De pronto, me acuerdo de mi mochila. Me asalta una sensación de pánico. «¡La mochila! ¿Dónde está mi mochila?» Mi mochila contiene *todo* cuanto soy ahora. No puedo perderla. Pero me encuentro sumergido en las tinieblas, no veo nada. Intento incorporarme, pero no tengo fuerza en la punta de los dedos.

Levanto con gran esfuerzo la mano izquierda. (¿Por qué se habrá vuelto tan pesado mi brazo izquierdo?) Me acerco el reloj a la cara. Me froto los ojos. Los dígitos señalan las 11:26. Las 11:26 de la noche. Del día 28 de mayo. Mentalmente, vuelvo la página de mi diario. 28 de mayo... Sigue siendo *el mismo día.* No llevo desvanecido aquí siglos. A lo sumo debe de hacer unas horas que la conciencia ha abandonado mi cuerpo. Tal vez unas cuatro horas.

Veintiocho de mayo... En este día se ha repetido lo mismo de siempre y de la misma forma. No ha ocurrido nada especial. Hoy he ido al gimnasio y, después, a la Biblioteca Conmemorativa Kómura. He hecho los mismos ejercicios con los aparatos de siempre y he leído a Natsume Sóseki sentado en el sofá de siempre. Luego, al anochecer, he cenado en el local de delante de la estación. Creo que he comido pescado. Salmón. Dos raciones de arroz. He tomado *misoshiru* y ensalada. Y después... Lo que ha sucedido a continuación ya no lo recuerdo.

Siento un dolor sordo en el hombro izquierdo. Junto con la percepción sensorial, el dolor ha vuelto a mi cuerpo. Es el mismo dolor que cuando chocas con fuerza contra algo. Me acaricio la zona por encima de la camisa con la mano derecha. Al parecer no hay herida, tampoco está hinchado. ¿Habré tenido un accidente de tráfico? Pero mis ropas no están rasgadas y el dolor se circunscribe a un punto de la parte interior de mi hombro izquierdo. Tal vez sea sólo una contusión.

Envuelto por la maleza, me incorporo poco a poco, extiendo los brazos y tanteo durante unos instantes. Pero mis manos sólo alcanzan a tocar las ramas de los arbustos, duras y retorcidas como el corazón de un animal maltratado. Mi mochila ha desaparecido. Me registro los bolsillos. El billetero está. Dentro hay dinero, junto con la tarjeta magnética del hotel, tarjetas de teléfono. Y además, un monedero, un pañuelo, un bolígrafo. A tientas yo diría que no falta nada. Llevo unos chinos de color crema, una camiseta blanca de cuello de pico y, encima, una camisa tejana de manga larga. Y una chaqueta azul marino. Mi gorra ha desaparecido. Era una gorra de béisbol con el logo de los New York Yankees. Al salir del hotel la llevaba. Y ahora no. La habré perdido o me la habré dejado en alguna parte. En fin. No importa. Total, gorras como ésa las hay en cualquier tienda.

Al fin encuentro la mochila. Estaba apoyada contra el tronco de un pino. ¿Por qué la habré dejado ahí y me habré introducido en la maleza hasta desplomarme dentro? Por cierto, *¿dónde estoy?* Mi memoria se ha congelado. Pero lo fundamental es que haya recuperado la mochila. Saco una pequeña linterna del bolsillo de ésta y compruebo de una ojeada lo que hay dentro. Parece que no falta nada. El sobre con el dinero permanece en su sitio. Suspiro aliviado.

Me echo la mochila a la espalda y, pasando por encima de la maleza o abriéndome camino a través de ella, salgo a un espacio abierto. Encuentro un sendero estrecho. Sigo este camino alumbrándome con la

linterna hasta que veo una luz y salgo a lo que parece ser el recinto de un santuario sintoísta. He perdido el sentido en un pequeño bosque que se encuentra detrás del pabellón principal de un santuario sintoísta.

Es un santuario bastante grande. En el interior del recinto hay una única y alta lámpara de vapor de mercurio que arroja su fría luz sobre el pabellón principal, las *ema* y el cepillo de las limosnas. Mi sombra se extiende fantasmagóricamente alargada sobre la grava. Encuentro el letrero con el nombre del santuario y lo memorizo. No hay un alma. Un poco más adelante doy con los lavabos y entro. Están bastante limpios. Me descargo la mochila del hombro y me lavo la cara con agua del grifo. Luego observo mi rostro reflejado en el espejo poco nítido del lavabo. Hasta cierto punto era consciente de ello, pero el aspecto de mi cara es horrible. Pálido, las mejillas hundidas, pegotes de barro en la nuca. El pelo alborotado en todas direcciones.

Y me doy cuenta de que tengo algo negruzco adherido a la pechera de mi camiseta blanca. Y ese *algo* tiene la forma de una gran mariposa con las alas extendidas. Primero intento sacudirlo con la mano. Pero no se va. Al tacto lo noto extrañamente pegajoso. Para recobrar la calma, me quito muy despacio la chaqueta y me saco la camiseta por la cabeza. Y a la mortecina luz del fluorescente descubro que se trata de sangre ennegrecida. La sangre está fresca, todavía no se ha secado. Hay mucha. Me la acerco a la nariz, no huele a nada. También hay salpicaduras en la camisa tejana que llevaba encima de la camiseta, pero son pocas y, como el color de base es azul oscuro, apenas se notan. Sin embargo, la sangre que mancha la camiseta se ve terriblemente vívida y brillante.

La pongo bajo el grifo. La sangre se mezcla con el agua y la porcelana blanca del lavabo se tiñe de rojo. Sin embargo, por mucho que las frote con energía, las manchas de sangre no desaparecen así como así.

Estoy a punto de arrojar la camiseta a un cubo de basura que hay por allí cerca, pero me lo pienso mejor y no lo hago. Aunque la acabe tirando, es mejor que lo haga en otro lugar. Escurro bien la camiseta, la meto en la bolsa de plástico de la colada y la embuto en el fondo de la mochila. Me humedezco el pelo con agua y me lo peino. Saco jabón del neceser y me lavo las manos. Las manos aún me tiemblan un poco. Pero me las lavo con cuidado, también entre los dedos, invirtiendo tiempo. Incluso tengo sangre en las uñas. Con una toalla húmeda me quito la sangre que, a través de la camiseta, me ha manchado el pecho. Luego me pongo la camisa, me la abotono hasta el cuello, me meto los faldones dentro del pantalón. Tengo que adecentar un poco mi aspecto para no llamar la atención de la gente.

Pero estoy aterrado. Los dientes me castañetean sin parar. Por mucho que lo intente, no puedo impedirlo. Extiendo los dedos de ambas manos y me quedo contemplándolos. Las manos me tiemblan un poco. No las siento como mías. Parecen un par de seres vivos independientes. Y las palmas me escuecen de forma terrible. Como si hubiera agarrado un hierro candente.

Apoyo ambas manos en el extremo del lavabo, descargo en él mi cuerpo y pego con fuerza la cara al espejo. Siento ganas de llorar. Pero, aunque llore, nadie vendrá a ayudarme. Nadie...

¡Vaya! ¿Dónde diablos te has puesto así de sangre? ¿Qué diablos has hecho? Tú no te acuerdas de nada. No tienes ninguna herida. Aparte de ese rasguño en el hombro izquierdo no te duele nada. O sea, que esta sangre no es tuya. Esta sangre la ha derramado otro ser humano. De todos modos, no puedes quedarte aquí para siempre. Si una patrulla de la policía te encuentra aquí ensangrentado, se habrá acabado la historia. Por otra parte, quítate de la cabeza la idea de volver derechito al hotel. Porque tal vez allí te esté esperando alguien. Todas las precauciones son pocas. Quizá tú te hayas visto involucrado sin querer en un crimen. O sea, que no es imposible que te hayas convertido en un criminal.

Por suerte tienes el equipaje a mano. Fueras adonde fueras, siempre llevabas encima, por precaución, esta pesada mochila que es todo tu capital. Y esto te ha servido. Has hecho lo correcto. Así que no te preocupes. No hay nada que temer. Saldrás adelante. Porque tú eres el chico de quince años más fuerte del mundo, ¿no es así? Confía en ti mismo. Acompasa la respiración y pon tu cerebro a trabajar. Si lo haces, seguro que todo irá bien. Sólo tienes que ser muy prudente. En algún sitio se ha derramado la

sangre de alguien. Porque esto es sangre auténtica. Y hay muchísima sangre. Y quizás alguien esté removiendo cielo y tierra con tal de encontrarte.

Total, que es mejor que hagas algo. Y sólo hay una cosa que puedes hacer. Sólo hay un lugar adonde puedes ir. Y de qué lugar se trata, esto también tienes que saberlo tú.

Aspiro una gran bocanada de aire, acompaso mi respiración. Me cargo la mochila a la espalda y salgo del lavabo. Camino bajo la luz de la lámpara de vapor de mercurio pisando la grava que cruje a mi paso. Mientras ando me pongo a pensar con todas mis fuerzas. Aprieto el interruptor y doy vueltas a la manivela, intento que arranquen mis pensamientos. Pero no funciona. La carga de la batería está demasiado baja para que el motor se ponga en marcha. Necesito un lugar cálido y seguro. Y refugiarme allí durante un tiempo para recobrar fuerzas. ¿Pero dónde? El único que se me ocurre es la Biblioteca Kómura. Pero la biblioteca no abre hasta las once de la mañana y debo pasar el montón de horas que faltan hasta entonces en algún otro lugar.

Aparte de la biblioteca sólo hay un lugar adonde pueda dirigirme. Me siento en un rincón escondido, saco el teléfono móvil del bolsillo de la mochila. Y miro si todavía funciona. Extraigo de la cartera el número de teléfono de Sakura y empiezo a apretar las teclas. Los dedos todavía me tiemblan, me equivoco innumerables veces hasta lograr marcar aquel largo número hasta el final. Por fortuna no me sale el buzón de voz. Después de doce timbrazos, Sakura se pone. Pronuncio mi nombre.

- Kafka Tamura —me dice con voz malhumorada—. ¿Sabes qué hora es? Yo mañana me levanto temprano.
- Ya sé que no son horas de llamar —digo. Noto que mi voz está terriblemente tensa—. Pero no me quedaba otro remedio. Estoy en un aprieto horroroso y no tengo a nadie más.

Al otro lado del teléfono se produce un silencio. Ella parece estar interpretando el timbre de mi voz, calibrando su peso.

- ¿Se trata de algo serio?
- No lo sé, pero es posible que sí. Necesito que me ayudes. Sólo será esta vez. Intentaré molestarte lo menos posible.

Ella piensa unos instantes. No es que dude. Sólo está pensando.

¿Y dónde te encuentras ahora?

Le digo el nombre del santuario sintoísta. Ella no lo conoce. —¿Está dentro de la ciudad de Takamatsu?

No estoy seguro, pero es posible que sí.

¡Vamos! No me digas que no sabes dónde te encuentras —dice ella con voz de pasmo.

- Es una historia muy larga.

Ella suspira.

Coge un taxi por ahí cerca y ve hasta la esquina de la segunda manzana del barrio**. Allí verás un Lawson. Una de esas tiendas que no cierran nunca. Hay un letrero muy grande, lo verás enseguida. ¿Tienes dinero para el taxi?

- Sí —le digo.

Perfecto —dice ella. Y cuelga.

Paso por debajo del *torii* salgo a una calle ancha y busco un taxi. Enseguida se me acerca uno y se detiene.

- ¿Conoce un Lawson que hay en la segunda manzana del barrio xx? —le pregunto al taxista.

El taxista lo conoce muy bien.

- ¿Queda lejos?
- No, no mucho. No creo que llegue siquiera a los mil yenes.

El taxi se detiene frente al Lawson y yo pago con manos temblorosas. Luego cargo con la mochila a la espalda y entro en la tienda. Como he llegado antes de lo que esperaba, Sakura todavía no ha aparecido. Me compro un tetra brik pequeño de leche, la caliento en el microondas y me la bebo despacio. La leche caliente me atraviesa la garganta, se desliza hacia el estómago y esa sensación serena un poco mi espíritu. Al entrar, el dependiente que vigila posibles hurtos me ha mirado la mochila de reojo, pero luego ha dejado de prestarme atención. Simulo estar eligiendo una revista de las que hay alineadas junto a los ventanales y proyecto mi imagen en el cristal. Aún tengo el pelo alborotado, pero las manchas de la camisa apenas se ven. Y si alguien se fijara en ellas, pensaría que se trata de suciedad. Lo único que falta es que cese el temblor.

A los diez minutos más o menos aparece Sakura. Ya es casi la una de la madrugada. Lleva una sudadera lisa de color gris y unos tejanos desteñidos. El pelo lo lleva recogido en la nuca y se cubre la cabeza con una gorra azul marino New Balance. En cuanto veo su cara, los dientes dejan de castañetearme del todo. Ella se me acerca y me escruta con ojos de estar examinando la dentadura de un perro. Exhala algo parecido a un suspiro que no llega a materializarse en palabras. Luego me da dos suaves golpecitos en la cintura y me dice: «Ven».

Su casa está dos bloques más allá del Lawson. En un pequeño y modesto edificio de dos pisos. Sube las escaleras, se saca una llave del bolsillo y abre la puerta contrachapada de color verde. Un apartamento de dos habitaciones, cocina pequeña y baño. Las paredes son delgadas, el suelo rechina de forma aparatosa, la luz natural que debe de entrar durante el día probablemente no sea más que los intensos rayos del sol de la tarde. Cuando corre el agua de la cisterna del váter en cualquier piso, las estanterías de los otros pisos vibran con un poco de ruido. Pero aquí por lo menos late la vida cotidiana de personas de carne y hueso. Los platos apilados en el fregadero, una botella de plástico vacía, una revista a medio leer, un tulipán mustio en una maceta, una lista de la compra pegada con cinta adhesiva a la nevera, unas medias colgando del respaldo de una silla, un periódico encima de la mesa abierto por la página de la programación televisiva, un cenicero y una cajetilla larga y estrecha de Virginia Slims, varias colillas. Ese panorama, extrañamente, me tranquiliza.

- Este piso es de una amiga —me explica—. Antes trabajaba conmigo en una peluquería en Tokio, pero el año pasado tuvo que volver a Takamatsu. Y ahora se ha ido un mes a la India y me ha pedido que, mientras tanto, viva yo aquí y le cuide la casa. Además, de pasada, la estoy sustituyendo en el trabajo en una peluquería. Es que yo pienso que de vez en cuando es bueno alejarse un tiempo de Tokio. Mi amiga es una chica muy *New Age*, y como resulta que se ha ido a la India, pues no tengo muy claro que se quede allí sólo un mes, la verdad.

Me hace sentar a la mesa. Saca unas latas de Pepsi—Cola de la nevera. Sin vaso. Normalmente no bebo refrescos de cola. Los encuentro demasiado dulces y son malos para los dientes. Pero tengo tanta sed que me bebo una lata entera.

- ¿Tienes hambre? Sólo hay unos Cup Noodle, si te basta con eso. Le “digo que no estoy hambriento.
- Oye, tienes una cara espantosa. ¿Lo sabías?

Asiento.
¿Y qué diablos te ha sucedido?

- Ni yo mismo lo sé.
- Ni siquiera tú lo sabes. Tampoco sabías dónde estabas. Es largo de explicar... —va enumerando Sakura como si quisiera comprobar los hechos—. En fin, que estás en un aprieto.
- En un gran aprieto —digo. Desearía hacerle entender la gravedad de mi situación.

Durante unos instantes reina el silencio. Mientras tanto, ella me mira con el entrecejo fruncido.

Oye, tú no tienes parientes en Takamatsu, ¿verdad? Tú te has escapado de casa.

Asiento.

Cuando tenía tu edad, yo también me escapé una vez. Así que entiendo muy bien cómo te sientes. Por eso, al despedirnos, te di mi número de móvil. Pensé que a lo mejor te serviría.

- Gracias —digo.

Yo vivía en Ichikawa, en la prefectura de Chiba. Me llevaba fatal con mis padres y odiaba la escuela, así que les robé dinero y me fui lejos. Tenía dieciséis años. Llegué hasta cerca de Abashiri. Me dirigí a una granja que vi por allí y les pedí que me dieran trabajo. Les dije que haría cualquier cosa, que trabajaría duro. Y que no tenían por qué pagarme, que me bastaba con la comida y con un sitio para dormir en el altillo, debajo del tejado. La señora de la casa fue muy amable, me invitó a un té, me dijo que esperara un momento. Y ahí estaba yo, esperando, cuando llegó un coche de policía y me enviaron de vuelta a casa. Al parecer, no era la primera vez que les pasaba. Y entonces yo reflexioné. «Cualquier cosa vale», me dije, «pero tengo que espabilarme para poder encontrar un trabajo vaya a donde vaya». Así que dejé el instituto, entré en una escuela de formación profesional y me hice peluquera. —Sakura sonríe alargando los labios simétricamente de derecha a izquierda—. ¿No te parece una manera muy sana de pensar?

Le doy la razón.

- ¿Qué? ¿Me lo explicas todo desde el principio? —pregunta y saca un cigarrillo de la cajetilla de Virginia Slims y le prende fuego con una cerilla—. Total, esta noche no parece que vaya a poder dormir bien. Así que escucharé tu historia.

Se la explico desde el principio. Desde que salí de casa. Pero, por supuesto, me callo lo de la profecía. Esto es algo que no puedo contarle a nadie.

10

Así pues, ¿no le importa que Nakata le llame señor Kawamura? —le preguntó Nakata por segunda vez a un gato a rayas marrones. Despacio, separando las palabras, con una voz fácil de entender.

El gato le había dicho que creía haber visto por allí cerca a Goma. (Un año de edad. Rayas negras, marrones y blancas. Hembra.) Sin embargo, el gato —o al menos eso le parecía a Nakata— hablaba de una manera bastante rara. Por lo visto, tampoco él acababa de entender lo que estaba diciéndole Nakata. Así pues, su conversación se limitaba a ratos a un cruce de palabras incomprensibles.

No tengo problema. Cabeza alta.

Lo siento. Pero Nakata no entiende a qué se refiere. Mil perdones, pero es que Nakata no es muy inteligente.

Vamos, caballa.

¿Me está usted diciendo que le apetecería comer caballa? —¡No! Las manos agarran, más adelante.

Nakata no tenía, ya de buen principio, grandes expectativas con respecto a la calidad de su comunicación con los gatos. En una conversación entre un ser humano y un gato sería pedir demasiado que no existiera ni el más mínimo problema. Para empezar, la capacidad comunicativa del propio Nakata —hablase con un hombre o con un gato—no era gran cosa. La semana anterior había sido capaz de mantener una conversación fluida y distendida con el señor Otsuka, pero se trataba más bien de una excepción. Sumaban más las veces en que le costaba sudor y lágrimas intercambiar mensajes sencillos. En casos extremos era como si un día de fuerte viento estuviese de pie junto a un canal hablando con alguien que se encontrara en la orilla opuesta. Y hoy era uno de esos días.

Tras haber clasificado a los gatos por tipos, a Nakata, vete a saber Por qué, le resultaba especialmente difícil sintonizar con los gatos a rayas marrones. Con los gatos negros no solía tener problemas. Y con los que mejor se entendía era con los siameses, aunque, por desgracia, andando por la calle no tenía muchas oportunidades de encontrarse con gatos callejeros de esa especie. Los gatos siameses solían estar en las casas, mimados por sus dueños. Y entre los gatos callejeros, por una u otra razón, abundaban los gatos a rayas marrones.

Pero, al tal señor Kawamura, Nakata no lo entendía en absoluto. Su pronunciación era deficiente, sus frases, una ristra de palabras inconexas. Más que frases parecían enigmas. Sin embargo, Nakata era de natural muy paciente y, además, tenía todo el tiempo del mundo. Así pues, le repetía lo mismo a su interlocutor una y otra vez y éste hacía lo propio. Los dos llevaban ya cerca de una hora sentados en el bordillo que enmarcaba un parque infantil construido dentro de una manzana de casas, y la conversación seguía casi en el mismo punto.

Lo de Kawamura es sólo un nombre. No significa nada en especial. Es que Nakata, para acordarse de los gatos, tiene que llamarlos de algún modo. No querría molestarle, bajo ningún concepto. Sólo le estoy pidiendo que me deje llamarlo señor Kawamura.

Kawamura empieza a refunfuñar no se sabe qué al respecto y, como parece que la cosa va para largo, Nakata pasa con decisión a la siguiente fase. Y le enseña de nuevo la fotografía de Goma.

Señor Kawamura, ésta es Goma. La gata que Nakata está buscando. Es una gatita de un año a rayas marrones, negras y blancas. Estaba en casa de los señores Koizumi, en Nogata 3—chóme, pero hace días que no se conoce su paradero. Se escapó saltando por una ventana que la señora de la casa había dejado abierta. Así que se lo preguntaré una vez más. Señor Kawamura, ¿ha visto usted a este gato?

Kawamura vuelve a mirar la fotografía, y luego asiente.

Kwamura, si es caballa, agarra. Si agarra, busco.

Perdone, pero tal como le he dicho antes, Nakata es muy estúpido y no entiende bien lo que usted le dice. ¿Podría repetírmelo otra vez?

Kwamura, caballa. Si encuentra, ata.

Por caballa, ¿se refiere usted al pescado?

Caballa, caballa. Si ata, Kwamura.

Nakata reflexionó pasándose la palma de la mano por los cortos cabellos negros entreverados de gris. ¿Cómo salir de aquella conversación laberíntica sobre la misteriosa caballa? Pero por más vueltas que le dio, no pudo encontrar la clave. Por lo general, el pensamiento lógico no era su fuerte. Mientras tanto, ajeno a todo, Kawamura había levantado la pata de atrás y estaba rascándose bajo la barbilla con fruición.

Entonces se oyó una risita a sus espaldas. Al volverse, Nakata vio una preciosa gata siamesa de cuerpo alargado sentada sobre el muro bajo de bloques de cemento de la casa vecina, que los estaba mirando con los ojos entornados.

- Perdone, pero usted ha dicho que es el señor Nakata, ¿no es cierto? —preguntó la gata siamesa con voz aterciopelada.
- Sí, en efecto. Me llamo Nakata. Buenas tardes.
- Buenas tardes —dijo la gata siamesa.
- Desde esta mañana está nublado, por desgracia, pero no parece que vaya a llover —dijo Nakata.
- Esperemos que no.

Era una gata más o menos de mediana edad, a sus espaldas erguía orgullosamente la cola y, alrededor del cuello, llevaba un collar con una placa donde se leía su nombre. Sus facciones eran hermosas y a su cuerpo no le sobraba ni un gramo.

Llámeme Mimí. Mimí, de *La Bohéme*. Incluso me dedican una canción: «Me llamo Mimí...».

¡Aah! —exclamó Nakata.

- Hay una ópera de Puccini que se llama así. Es que a mis dueños les gusta la ópera —dijo Mimí sonriendo afablemente—. Me gustaría cantársela, pero por desgracia carezco de aptitudes para ello.

Lo importante es que la haya conocido a usted, señorita Mimí.
Lo mismo digo, señor Nakata.
¿Vive usted por aquí cerca?

Sí, en aquella casa de dos plantas de allá. Mis dueños se llaman Tanabe. Mire, delante del portal hay un BMW 530 de color crema, ¿lo ve usted?

- ¡Aah! —exclamó Nakata. No acababa de entender qué significaba BMW, pero allá se veía un coche de color crema. Quizás era aquello a lo que llamaban BMW.

Oiga, señor Nakata —comenzó a hablar Mimí—. Yo, por así decirlo, soy muy independiente y lo cierto es que tengo un carácter un tanto peculiar y no me gusta meterme donde no me llaman. Pero ese chico, ése al que usted llama señor Kawamura, si le soy sincera, ése no tiene grandes luces. El pobre, cuando era pequeño, chocó con un niño del barrio que iba en bicicleta, salió disparado y dio de cabeza contra un canto de hormigón. Desde entonces ha sido incapaz de articular una frase coherente. Así que, por más que se esfuerce, dudo que usted saque de él nada en claro. Desde hace un rato que los estoy observando y la verdad es que no he podido evitar intervenir. Dudaba en hacerlo, ya que no es propio de mi carácter actuar de este modo.

¡Oh, no! No diga eso. Muchísimas gracias por su consejo. Yo, al igual que el señor Kawamura, soy muy estúpido y no sé qué sería de mí si no me ayudaran. El señor gobernador, por ejemplo, cada mes me da un subsidio. Y ni que decir tiene que también sus opiniones, señorita Mimí, me son de gran valor.

Está buscando un gato, ¿verdad? —dijo Mimí—. No es que estuviese escuchando a hurtadillas, no crea. Sólo que me encontraba ahí, durmiendo la siesta, y no he podido evitar oírlo. Una gatita que se llama Goma, ¿verdad?

- Sí, en efecto.

Y el señor Kawamura dice que la ha visto, ¿no es cierto?

Sí, eso ha afirmado hace un rato. Sólo que lo que ha añadido a continuación no alcanza a entenderlo una persona tan estúpida como Nakata. Y no sé qué hacer.

Mire, señor Nakata. ¿Y si yo hablara con él? Entre gatos es más fácil entenderse y, además, yo ya estoy acostumbrada a esa manera tan rara de hablar. Así pues, ¿qué le parecería si yo escuchara lo que tenga que contarme y luego se lo explicase, en términos generales, a usted?

¡Oh, sí! Me haría un gran favor.

La gata siamesa hizo un breve gesto de asentimiento y bajó ágilmente al suelo saltando desde el muro como si marcara un paso de ballet. Y, con su negro rabo levantado como el asta de una bandera, se fue acercando despacio a Kawamura y se sentó a su lado. Éste alargó enseguida el hocico e hizo ademán de olerle el trasero, pero, al momento, la gata siamesa lo detuvo y le dio una bofetada en la mejilla. Luego, sin perder un instante, le atizó con la palma de la mano en el hocico.

¡Compórtate y presta atención! ¡Imbécil! ¡Pedazo de cojones podridos! —le gritó a Kawamura con voz amenazadora.

- A este chico, si de buen principio no lo pones en su sitio, la cosa no marcha —dijo Mimí, en tono de disculpa, dirigiéndose a Nakata—. Se relaja y empieza a decir cosas raras. Lo cierto es que él no tiene la culpa, pobrecillo. Me da pena, pero no hay más remedio.
- Sí —convino Nakata sin saber muy bien en qué.

Luego empezó la conversación entre los dos gatos, pero hablaban tan rápido y en voz tan baja que Nakata no pudo entenderlos. Mimí inquiría con voz cortante, Kawamura contestaba en tono medroso. A poco que se demorara en la respuesta, Mimí le arreaba, implacable, un papirotazo. Era una gata siamesa muy válida en cualquier terreno. Tenía cultura. Nakata había conocido muchos gatos, pero ninguno sabía de marcas de coches o escuchaba ópera. Nakata se quedó contemplando con admiración aquel expeditivo modo de trabajar.

Cuando Mimí consideró que ya había oído lo suficiente, se lo quitó de encima con ademán de decirle: «Ya basta. Ahora, lárgate». Y Kawamura se fue con aire abatido. Luego, Mimí, muy de hacerse querer, se subió a las rodillas de Nakata.

- Ya sé dónde puede estar —informó Mimí.

Muchas gracias —dijo Nakata.

A este chico..., al señor Kawamura, le ha parecido ver a la gatita Goma entre unos matorrales que hay más allá. En un solar donde tienen previsto construir un edificio. Una empresa inmobiliaria adquirió los almacenes de piezas de una empresa automovilística y los derribó con la intención de levantar un gran rascacielos de apartamentos de lujo, pero los vecinos están en contra, se han enzarzado en pleitos muy complicados y las obras aún no han comenzado. Es algo que hoy en día pasa mucho, ¿verdad? Así que el solar se ha cubierto de maleza y la gente no entra dentro, por lo que se ha convertido en centro de actividades de los gatos callejeros. Yo no tengo muchas amistades y, además, me preocupa que me peguen las pulgas, así que no me acerco. Como usted podrá comprender, lo de las pulgas es un engorro. Una vez las coges ya no puedes deshacerte de ellas. Son igual que un vicio.

Sí —respondió Nakata.

- Dice que vio una gatita muy mona a rayas blancas, marrones y negras, todavía joven, con un collar antipulgas, como en la fotografía, y que estaba terriblemente asustada. Tanto que ni siquiera podía hablar bien. Y que saltaba a la vista que era un gato casero sin experiencia que se había extraviado.
- ¿Cuándo fue?
- Pues debe de hacer tres o cuatro días. Este chico es tan imbécil que no se aclara con las fechas. Pero dice que fue un día despejado después de la lluvia, o sea, que debió de ser el lunes. Porque recuerdo que el domingo llovió mucho.
- Sí. No podría precisarle qué día fue, pero Nakata también cree que llovió. ¿Y no volvió a verla?
- Dice que ésa fue la última vez. Esto lo corroborarán todos los gatos de los alrededores. Este chico es más corto que el rabo de una boina, así que me he asegurado bien, pero creo que es tal como dice.

Muchísimas gracias.

De nada. Ha sido un placer. En general sólo suelo hablar con los imbéciles de los gatos del barrio y, como no tenemos los mismos temas de conversación, siempre acabo impacientándome. Tener la oportunidad de hablar con un ser humano racional como usted me abre el mundo.

- ¡Aah! —exclamó Nakata—. Por cierto, cuando el señor Kawamura hablaba con tanta insistencia de la caballa, ¿se refería al pescado? Eso no he acabado de entenderlo.

Mimí levantó grácilmente la pata izquierda delantera y, mostrando su almohadilla rosada, soltó una risita.

- Es que este chico tiene poco vocabulario y...

¿Vocabulario?

Es que conoce pocas palabras —se corrigió educadamente Mimí y a cualquier alimento que le gusta lo llama caballa. Porque, para él, la caballa es el manjar más exquisito que pueda imaginarse. Vamos, como que el besugo o el lenguado ni siquiera sabe que existen.

Nakata carraspeó.

- A decir verdad, a Nakata también le gusta mucho la caballa. Pero también le gusta la anguila.

La anguila también me gusta a mí. Claro que no es algo que puedas comer todos los días.

Exacto. No es algo que puedas comer todos los días.

A continuación, ambos se sumieron en sendas reflexiones sobre la anguila. Entre los dos discurrió un tiempo durante el que la anguila estuvo omnipresente en sus pensamientos.

Lo que quería decir este chico —Mimí reemprendió el hilo de su discurso— es que poco después de que los gatos del barrio empezaran a reunirse en el solar apareció por allí un hombre malvado que atrapaba a los gatos. Y que los gatos se preguntan si ese tipo no se llevaría a Goma. Por lo visto, el hombre ese usa deliciosos manjares como cebo y, cuando atrapa un gato, lo mete en un gran saco. Su manera de cazarlos es muy hábil y los gatos inexpertos y hambrientos caen fácilmente en la trampa. Incluso dicen que ha conseguido llevarse a algu*nos* gatos callejeros de los alrededores, que son mucho más precavidos. Se trata de algo muy cruel. Para un gato no hay nada peor que acabar metido en un saco.

- ¡Aah! —exclamó Nakata, y volvió a acariciarse su cabeza cana con la palma de la mano—. ¿Y qué hace ese hombre con los gatos que atrapa?
- No lo sé. Antiguamente atrapaban gatos para hacer *shamisen*, pero hoy en día ese instrumento musical ya no está muy de moda y, además, en su fabricación se utiliza sobre todo el plástico. Por otra parte, he oído decir que en algunas partes del mundo aún se comen a los gatos, pero en Japón, afortunadamente, no existe esa costumbre. Así que pueden excluirse estas dos posibilidades. Luego, lo único que se me ocurre es, pues, no sé, hay mucha gente que utiliza los gatos para experimentos científicos. En este mundo se realizan muchos experimentos científicos con gatos. Yo tengo un amigo al que lo utilizaron para hacer unas pruebas de psicología en la Universidad de Tokio. Es una historia espeluznante, pero, ¡en fin!, si empiezo a contarla no acabaré, así que dejémoslo. Y, luego, no es que sean muchos, pero también están los pervertidos que sólo disfrutan maltratando a los gatos. Cogen a un gato y, por ejemplo, le cortan la cola con unas tijeras.

¡Aah! —exclamó Nakata—. ¿Y qué hacen luego con las colas?

- Pues nada. Lo único que buscan es hacer daño a los gatos, hacerles sufrir. Se divierten de ese modo. Personas de mente retorcida también te las encuentras en este mundo.

Nakata reflexionó unos instantes sobre todo aquello, pero no logró entender de ninguna de las maneras qué diversión podía encontrar alguien en cortarle con unas tijeras la cola a un gato.

Entonces, ¿cabe pensar que a Goma se la ha llevado una de *esas personas de mente retorcida?* —preguntó Nakata.

Mimí hizo una mueca combando sus grandes bigotes blancos.

Sí. No me gusta pensarlo. No quiero ni imaginármelo, pero no podemos excluir esa posibilidad. Señor Nakata, yo no he vivido muchos años, pero he presenciado las escenas más horribles que imaginarse pueda. La mayoría de personas piensan que los gatos son seres indolentes que se pasan el día tendidos al sol, sin preocupaciones, pero nuestra vida no es tan bucólica. Somos seres humildes, impotentes y frágiles. No tenemos caparazón como las tortugas, ni alas como los pájaros. No podemos ocultarnos bajo tierra como los topos, ni cambiar de color como los camaleones. El mundo desconoce cuántos gatos son maltratados día tras día y cuántos tienen una muerte miserable. Yo he tenido la suerte de ir a parar al cálido

hogar de los Tanabe, allí los niños me miman, no me falta de nada, pero, no obstante, mi vida no siempre es fácil. Por eso pienso que, para un gato callejero, la lucha por la supervivencia debe de ser muy dura.

- Señorita Mimí, es usted muy inteligente —dijo Nakata admirado ante la elocuencia de la gata siamesa.
- ¡Oh, no! ¡Qué va! —dijo Mimí tímidamente entrecerrando los ojos—. Me he vuelto así al pasarme el día en casa tumbada ante la tele. Es horrible no acumular más que conocimientos superficiales. ¿Ve usted la televisión, señor Nakata?
- No, Nakata no ve la televisión. La gente que hay dentro habla demasiado rápido y no puedo seguirlos. Nakata es un idiota y no sabe leer, y, si no sabes leer, no puedes entender bien la televisión. Alguna que otra vez, escucho la radio, pero también hablan demasiado deprisa y enseguida me canso. A mí me divierte mucho más salir de casa y hablar con los gatos bajo el cielo, como estoy haciendo ahora.

¡0h! ¿De veras? —preguntó Mimí.
Sí —dijo Nakata.

- Ojalá no le haya pasado nada a Goma —dijo Mimí.

Señorita Mimí. Voy a ir a ese solar a vigilar.

Según dice el chico este, es un hombre alto que lleva un extraño sombrero de copa y unas botas altas de cuero. Anda muy rápido. Por lo visto tiene un aspecto tan raro que es muy fácil reconocerlo. Los gatos que se reúnen en el solar se dispersan a los cuatro vientos en cuanto lo ven. Pero claro, los gatos recién llegados, que desconocen las circunstancias...

Nakata grabó esa información en su cabeza. La guardó bien guardada en el importante cajón de las cosas que no podía olvidar. *Un hombre alto que lleva un extraño sombrero de copa y unas botas altas de cuero.*

Espero haberle sido útil —dijo Mimí.

- Gracias de todo corazón. Si usted no hubiera tenido la amabilidad de dirigirme la palabra, yo aún seguiría dándole vueltas a lo de la caballa, incapaz de avanzar un paso. Le estoy muy agradecido.

Me da la impresión —dijo Mimí alzando los ojos hacia el rostro de Nakata y frunciendo ligeramente el entrecejo— de que ese hombre es peligroso. Pero que muy peligroso. Quizá más de lo que usted, señor Nakata, pueda imaginarse. Yo, en su lugar, no me acercaría al descampado. Ya sé que es usted un ser humano, que se trata de su trabajo y que no tiene más remedio que ir, pero tenga muchísimo cuidado.

- Muchas gracias. Lo tendré.
- Señor Nakata, este mundo es extremadamente violento. Y nadie puede escapar a la violencia. No lo olvide. Por mucho cuidado con que se ande, nunca es suficiente. Y esto es válido tanto para los gatos como para los hombres.
- Sí, lo tendré muy en cuenta —dijo Nakata.

Pero en qué diablos consistía la violencia de este mundo y dónde estaba, Nakata no acababa de entenderlo. Porque había muchas cosas en este mundo que Nakata no entendía, y entre ellas se incluía todo lo relacionado con la violencia.

Nakata se despidió de Mimí y se dirigió al solar que le habían indicado. Tenía la extensión de un campo de deportes pequeño. Estaba rodeado por una alta valla de madera contrachapada con un cartel que decía: PRÓXIMA CONSTRUCCIÓN. PROHIBIDA LA ENTRADA A PERSONAS AJENAS A LA OBRA (cosa que Nakata, por supuesto, no pudo leer). La puerta de acceso estaba cerrada con una pesada cadena. Sin embargo, al rodear el descampado, Nakata encontró, en la parte trasera, una abertura por donde se podía entrar con facilidad. Al parecer, alguien había arrancado un tablón.

Las naves del almacén habían sido demolidas y, en el terreno que seguía sin allanar, crecía, frondosa y verde, la hierba. Había hierbajos que alcanzaban la altura de un niño. Y algunas mariposas revoloteaban alrededor. Montículos de tierra endurecidos por la lluvia se alzaban, aquí y allá, como pequeñas colinas. Era el típico lugar que adoran los gatos. Allí no entraba la gente, en él moraban diversos animalitos, y no faltaban los escondrijos.

No vio a Kawamura por ninguna parte. Sí encontró a dos gatos delgaduchos de pelaje deslucido que respondieron al afable «¡Buenas tardes!» de Nakata con una mirada gélida y desaparecieron entre la maleza sin responderle siquiera. Estaba muy claro. Ninguno quería que lo atrapara un loco y que le

cortase la cola con unas tijeras. Tampoco Nakata —aunque no tenía cola, por supuesto— hubiera deseado que le ocurriera una cosa semejante. Con razón los gatos estaban ojo avizor.

Nakata se plantó sobre un pequeño montículo y lanzó una mirada en derredor. Allí no había nadie. Sólo blancas mariposas revoloteando sobre la hierba como si estuviesen buscando algo. Nakata se sentó en el lugar que le pareció apropiado, sacó dos bollos rellenos de la bolsa de lona que llevaba colgada al hombro y se los comió en sustitución del almuerzo. Luego, entornando un poco los ojos, se bebió con calma el té caliente que llevaba en un termo pequeño. Era un apacible panorama de primeras horas de la tarde. Todo reposaba entre la armonía y la calma. A Nakata le costaba creer que en aquel lugar se ocultase alguien que tratara cruelmente a los gatos.

Mientras masticaba despacio un bollo, se acarició la canosa cabeza rapada con la palma de la mano. De haber tenido un interlocutor, habría sido el momento de decirle: «Es que Nakata es idiota», pero no había nadie, por desgracia. Así que tuvo que dedicarse a sí mismo unos cuantos movimientos afirmativos de cabeza. Luego siguió comiendo bollos en silencio. Cuando terminó, plegó bien la envoltura de celofán y la metió dentro de la bolsa, tapó bien el termo y también lo metió dentro. El cielo estaba cubierto por una capa uniforme de nubes, pero por la tonalidad se comprendía que el sol casi había alcanzado su cénit.

Un hombre alto que lleva un extraño sombrero de copa y unas botas altas de cuero.

Nakata intentó representarse en la cabeza la imagen del hombre. Pero era incapaz de imaginar cómo debía de ser el sombrero de copa, cómo debían de ser las botas de cuero. Porque no los había visto jamás. «Si lo vieras, lo reconocerías», había dicho Mimí, repitiendo las palabras de Kawamura. En ese caso, concluyó Nakata, la cosa era fácil, le bastaba con encontrárselo. Era lo más seguro. Nakata se levantó del suelo y orinó de pie ante la maleza. Fue un largo y recto chorro de orina. Luego se sentó en un extremo del descampado, en un lugar oculto entre la maleza, y decidió pasar la tarde esperando a que apareciera aquel hombre extraño.

Esperar es muy aburrido. Y no había trazas de que el hombre fuera a aparecer. Puede que fuera al día siguiente, o pasada una semana. O quizá no volvía a acercarse jamás. También cabía esa posibilidad. Pero Nakata estaba acostumbrado a esperar sin ningún objetivo, avezado a dejar transcurrir el tiempo sin hacer nada. Y eso no le producía ninguna angustia.

Porque, para Nakata, el tiempo no es una cuestión fundamental. Ni siquiera tiene reloj. Para Nakata, el tiempo discurre a su manera. Al llegar la mañana sale el sol; por la tarde se pone. Y, cuando anochece, va a los baños públicos del vecindario, y a la vuelta le entra sueño. Los baños públicos cierran un determinado día de la semana, y Nakata, ese día, se resigna y vuelve directamente a casa. Cuando llega la hora de la comida le dan ganas de comer y, cuando llega el día de ir a recoger el subsidio (siempre hay alguien que lo avisa amablemente de que el día ese se acerca), comprende que ya ha transcurrido un mes. Y al día siguiente de recibir el subsidio va a la barbería del barrio a cortarse el pelo. Cuando llega el verano, los del ayuntamiento del distrito lo invitan a comer anguila; cuando llega Año Nuevo, le dan *mochi* Nakata relajó todos los músculos, apagó el interruptor de su mente y entró en una especie de estado de conexión panorámica. Para él, aquello era algo normal desde su infancia, una práctica cotidiana que realizaba sin darse cuenta apenas. Poco después estaba errando ya como una mariposa por las lindes del ámbito de la conciencia. Más allá se extendía un negro abismo. A veces trascendía la frontera y flotaba por encima de ese abismo, negro y vertiginoso. Pero Nakata no temía ni la profundidad ni la negrura de éste. ¿Por qué había de temerlas? Aquel mundo oscuro sin fondo, aquel silencio opresivo, aquel caos, eran sus queridos amigos de siempre, ya habían pasado a formar parte de él. Y eso Nakata lo sabía muy bien. En ese mundo no existen las letras, ni existen los días de la semana, ni existe el temible señor gobernador, ni existe la ópera, ni existen los BMW. Tampoco existen las tijeras, ni los sombreros de copa. Pero, por otro lado, tampoco existe la anguila, y tampoco existen los bollos. Allí está *todo.* Pero no hay partes. Y como no hay partes no hay ninguna necesidad de reemplazar una cosa por otra. Tampoco es preciso quitar o añadir nada. Basta con que el cuerpo se sumerja en el *todo.* Sin necesidad de razonamientos complicados. Y para Nakata no podía haber nada mejor.

A ratos se amodorraba. Pero, aunque durmiera, sus honestos cinco sentidos mantenían una estrecha vigilancia sobre el solar. Si ocurría algo, si se acercaba alguien, él sería capaz de abrir los ojos y de actuar. El cielo estaba cubierto de unas chatas nubes grises parecidas a una alfombra. Pero, al menos de momento, no parecía que fuera a llover. Los gatos lo sabían y Nakata también.

11

Cuando acabo de hablar, ya son altas horas de la noche. Sakura, con el codo hincado en la mesa de la cocina, escucha atentamente mi relato. Sólo tengo quince años, estudio enseñanza media, le robé dinero a mi padre y me escapé de casa, del distrito de Nakano. Me alojaba en un hotel de la ciudad de Takamatsu y, durante el día, iba a leer a la biblioteca. De repente, me encontré tumbado en el recinto de un santuario sintoísta, cubierto de sangre. Eso es todo. Claro que son muchas las cosas que me callo. Cuesta mucho decir las cosas que importan de veras.

¿O sea que tu madre se fue de casa llevándose sólo a tu hermana mayor? ¿Dejándoos a tu padre y a ti, que acababas de cumplir cuatro años?

Saco de la cartera la fotografía de la playa y se la enseño.

- Ésta es mi hermana. —Sakura la contempla unos instantes. Luego me la devuelve sin decir nada—. Y no he vuelto a verla —digo—. Tampoco a mi madre. Jamás he tenido noticias de ella, tampoco sé dónde está. No recuerdo cómo era su rostro. No me queda ninguna fotografía suya. Pero recuerdo su olor. Y su tacto. Pero de su cara no logro acordarme de ninguna de las maneras.
- iHumm! —dice ella. Aún con el codo hincado en la mesa me mira entrecerrando los ojos—. Esto es muy fuerte.

Tal vez.
Ella continúa mirándome en silencio.
¿Y con tu padre no te llevabas bien? —me pregunta ella un poco después.
¿No me llevaba bien? ¿Qué diablos debería responderle? Me limito a sacudir la cabeza sin decir nada.

No, claro. Vaya estupidez. Si te hubieras llevado bien con él, no te habrías escapado de casa —concluye Sakura—. Es decir, que te fuiste de casa y hoy, de repente, has perdido el conocimiento o la memoria.

Sí.

- ¿Y te había sucedido antes una cosa así?

Sí, a veces —le respondo con sinceridad—. Se me sube la sangre a la cabeza, es como si se me cruzaron los cables. Alguien aprieta un interruptor dentro de mi cabeza y mi cuerpo empieza a ir por delante de mis pensamientos. El que está allí soy yo, pero, al mismo tiempo, es como si no lo fuera.

¿Pierdes el control de ti mismo y actúas de manera violenta?
Algunas veces me ha sucedido —reconozco.

- ¿Has hecho daño a alguien?

Asiento.
Dos veces. Pero no fue gran cosa.
Ella reflexiona un poco.
¿Entonces crees que esta vez te ha ocurrido algo parecido? Sacudo la cabeza.

- Nunca había sido tan terrible. Es que, esta vez..., ni siquiera sé cómo he perdido el conocimiento, tampoco puedo recordar qué he hecho mientras tanto. Se me ha borrado por completo de la memoria. Jamás me había sucedido algo tan espantoso.

Ella mira la camiseta que he sacado de la mochila. Inspecciona cuidadosamente los restos de sangre que no se han llegado a quitar.

Y, entonces, lo último que recuerdas es haber cenado. Al anochecer, en el local cerca de la estación.

Asiento.

Y no recuerdas nada más. A continuación, ya estabas detrás del santuario, tumbado entre las plantas. Y habían transcurrido unas cuatro horas. Tu camiseta estaba empapada en sangre y sentías un dolor sordo en el hombro izquierdo.

Vuelvo a asentir. Ella saca de algún sitio un plano de la ciudad, lo despliega sobre la mesa y calcula la distancia que hay entre la estación y el santuario.

- No está muy lejos, pero es una distancia considerable para recorrerla andando. ¿Por qué habrás ido hasta allí? Tomando la estación como punto de partida, el hotel se encuentra justo en la dirección opuesta. ¿Habías estado allí antes?

Nunca.

A ver, quítate la camisa —dice ella.

Me la quito y, cuando quedo desnudo de cintura para arriba, ella se pone a mis espaldas y me estruja el hombro izquierdo con fuerza. Las puntas de sus dedos me muerden la carne, se me escapa un gemido. Sakura tiene bastante fuerza.

- ¿Duele?
- Bastante —digo.
- O bien chocaste con todo tu ímpetu contra algo o bien te golpearon
- No lo recuerdo.
- Sea como sea, no creo que te hayas roto nada —dice ella. Palpa de diversas formas la zona dolorida. El tacto de sus dedos, acompañado o no de dolor, es extrañamente agradable. Cuando se lo digo sonríe.

Se me dan muy bien los masajes. Tengo bastante talento. Por eso puedo vivir trabajando de peluquera. Si sabes hacer masajes, eres bien recibida vayas a donde vayas. —Continúa masajeándome el hombro. Luego dice—: ¡Bah! No es nada serio. Posiblemente bastará con que duermas una noche para que te deje de doler.

Coge la camiseta, la mete en la bolsa de plástico y la tira al cubo de la basura. La camisa tejana, tras una breve inspección, la arroja dentro de la lavadora del cuarto de baño. Luego abre el cajón de la cómoda y, tras rebuscar un poco en su interior, saca una camiseta blanca y me la da. Todavía está nueva. Pone: MAUI WHALE WATCHING CRUISE. En ella hay dibujada la cola de una ballena emergiendo de la superficie del mar.

- Es la camiseta más grande que hay. No es mía, pero no creo que le importe. Tiene toda la pinta de ser un *souvenir* que le trajo alguien. Aunque no te guste, póntela.

Me la paso por la cabeza. Es de mi talla.

- Si quieres, puedes dejártela puesta —dice.

Le doy las gracias.

- Eso de no recordar lo que has hecho durante tanto tiempo, ¿te había sucedido antes?

Asiento. Cierro los ojos, experimento el tacto nuevo de la camiseta, aspiro su olor.

- ¿Sabes, Sakura? Tengo mucho miedo —le confieso—. Tanto que no sé qué hacer. Durante ese vacío de cuatro horas, tal vez le haya hecho daño a alguien. No recuerdo en absoluto qué he hecho. Pero yo estaba cubierto de sangre. Suponiendo que haya cometido un crimen, por más que no recuerde nada, desde el punto de vista legal sigo siendo responsable de mis actos, ¿verdad?
- Es posible que sólo sea sangre de la nariz. Que alguien caminara distraído, se golpeara contra un poste eléctrico, le saliera sangre de la nariz y que tú simplemente lo ayudaras. ¿No te parece posible? Entiendo a la perfección que estés preocupado, pero hasta mañana es mejor que trates de no pensar en nada malo. Por la mañana traen el periódico, dan las noticias por televisión y enseguida sabrás si ha pasado algo grave por esta zona. Y luego ya pensarás con calma qué debes hacer. ¿No crees que es mejor esperar? La sangre puede derramarse por varias causas y, a menudo, las cosas no son tan graves como parecen. Yo soy mujer y estoy acostumbrada a ver todos los meses cantidades parecidas de sangre. ¿Entiendes a qué me refiero?

Asiento. Noto que me he sonrojado un poco. Sakura echa Nescafé dentro de un tazón y pone agua a calentar en un cazo. Atiende fumando hasta que el agua rompe a hervir. Da unas cuantas caladas al cigarrillo y lo apaga sumergiéndolo en el agua. Huele a humo mezclado con mentol.

Oye, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta? ¿Te importa? Le respondo que no.

Tu hermana mayor era adoptada, ¿verdad? Es decir, que la habían adoptado antes de que tú nacieras.

Sí —le digo.

No sé por qué, pero mis padres adoptaron una niña. Después nací yo.

Posiblemente sin buscarlo ellos.

¿Entonces tú eres sin duda hijo de tu madre y de tu padre? —Sí, que yo sepa —digo.

Y a pesar de ello tu madre, cuando se fue de casa, no te llevó a ti consigo sino a tu hermana, que no era hija suya —dijo Sakura—. Por lo habitual, una mujer no haría eso.

Permanezco en silencio.
¿A qué crees que se debió?
Niego con la cabeza.
No lo sé —respondo.
Era una pregunta que me había hecho a mí mismo millones de veces.
Y tú te sientes herido por ello, claro.
¿Me siento herido?

- No lo sé. Pero yo, aunque me casara, no querría tener hijos. Porque no tengo la menor idea de cómo debería tratarlos.

Sakura dice:

- Mi caso no es tan complicado como el tuyo, yo jamás me llevé bien con mis padres y, por ese motivo, hice un montón de tonterías. Así que te entiendo muy bien. A pesar de todo, te diré que es mejor no tomar decisiones tajantes tan pronto. Porque en este mundo no existen los absolutos.

Todavía de pie ante la cocina de gas, Sakura se toma un tazón grande y humeante de Nescafé. En el tazón hay un dibujo de Moomin. No dice nada. Yo tampoco.

- ¿No tienes a nadie que te pueda ayudar, algún pariente por ejemplo? —pregunta poco después.
- No —le digo. Por lo visto, mis abuelos paternos murieron hace mucho tiempo y mi padre no tiene ni hermanos, ni hermanas, ni tíos, ni tías. Jamás he intentado comprobar si era verdad o mentira. Pero, como mínimo, lo que sí es cierto es que jamás hemos mantenido contacto alguno con ningún pariente. Y de la familia de mi madre nunca hemos hablado. Ni siquiera sé cómo se llamaba ella. Así que no tengo ni la más remota idea de si tenía parientes.

Por lo que cuentas, tu padre parece un extraterrestre —dice Sakura—. Llega solo a la Tierra procedente de alguna estrella, adopta forma humana, secuestra a una terrícola y te tiene a ti. Para reproducir su especie. Tu madre se entera y huye aterrada. Parece una película negra de ciencia ficción.

No sé qué decir. Permanezco en silencio.

Es sólo una broma —dice. Y, para subrayarlo, esboza una sonrisa—. En resumen, que en este mundo sólo te tienes a ti mismo.

Creo que sí. Ella permanece un rato apoyada en el fregadero tomándose el café.

Tendría que dormir un poco —dice Sakura como si se acordara de repente. Las agujas del reloj marcan las tres—. Me levanto a las siete y media y mucho no podré dormir, pero es mejor que dé una cabezada. Es muy duro trabajar habiendo pasado la noche en blanco.

¿Qué vas a hacer tú?

Le respondo que llevo un saco de dormir y que, si le parece bien, puedo instalarme en un rincón de la habitación y que intentaré no molestarla. Saco de la mochila un saco de dormir plegado muy pequeño, lo extiendo y lo hincho. Ella me contempla impresionada. —Pareces un *boy scout* —dice.

Apaga la luz, se mete en la cama y yo, dentro del saco, cierro los ojos e intento dormir. Pero no puedo conciliar el sueño. Tras los párpados tengo impresa la imagen de la camiseta blanca manchada de sangre. Noto en la palma de la mano aquella sensación a quemado. Abro los ojos y contemplo el techo. En algún lugar rechina el suelo. En algún lugar corre el agua. En algún lugar vuelve a oírse la sirena de una ambulancia. Muy lejos, pero en la oscuridad de la noche resuena de un modo extrañamente vívido.

- Oye, ¿no puedes dormir? —me pregunta en voz baja desde el otro lado de la oscuridad.

Le respondo que no.

Yo tampoco. Quizá sea porque he tomado café. Debería habérmelo pensado dos veces.

Enciende la luz de la cabecera de la cama, mira la hora y vuelve a apagarla.

- No pienses lo que no es —dice—. Pero si quieres, ven. Dormiremos juntos. Yo tampoco puedo pegar ojo.

Salgo del saco y me meto en su cama. Voy en camiseta y bóxers. Ella lleva puesto un pijama de color rosa pálido.

¿Sabes? Yo tengo un novio en Tokio. No es gran cosa, pero es mi novio. O sea, que yo no hago el amor con otros hombres. Aunque no lo parezca, soy una persona muy seria con respecto a esas cosas. Chapada a la antigua. Hace tiempo hice mucho el loco, pero eso se acabó. Ahora soy una persona formal. Así que no pienses cosas raras. Tú y yo somos como hermanos, ¿entiendes?

De acuerdo —le digo.

Ella me pasa un brazo alrededor de los hombros y me atrae suavemente hacia sí. Luego me apoya la mejilla en la frente.

- Pobrecillo —comenta.

No hace falta decir que tengo una erección. Y mi pene acaba topando con su muslo.

¡Ostras! —exclama ella.

No tengo mala intención —me disculpo yo—. Pero no puedo evitarlo.

- Ya lo sé —dice—. Es un engorro. Lo sé muy bien. Eso no hay modo de pararlo.

Asiento en la oscuridad.

Tras pensárselo un poco, Sakura me baja los bóxers, me saca el pene duro como una piedra y lo sujeta con delicadeza. Como si quisiera comprobar algo. Como cuando un médico te toma el pulso. Siento el tacto de la palma de su mano, liviano como un pensamiento, alrededor de mi pene.

- ¿Cuántos años tiene ahora tu hermana?

  Veintiuno —digo—. Seis más que yo.
  Sakura reflexiona unos instantes.
- ¿Te gustaría verla?
- Tal vez —le digo.
- ¿Tal vez? —Me agarra el pene con un poco más de fuerza—. ¿Qué quieres decir con «tal vez»? ¿Acaso no te apetece mucho verla?
- Es que no sabría qué decirle y, además, quizá sea ella la que no quiera verme a mí. Y lo mismo por lo que respecta a mi madre. Quizá ni la una ni la otra quieran verme. Quizá ni la una ni la otra me necesiten. En primer lugar, fueron ellas las que se fueron, ¿sabes? *«Sin mí»*, pienso.

Ella permanece en silencio. La mano me agarra el pene con menos fuerza, luego aumenta la presión. Según la presión, mi pene se relaja un poco, después arde endurecido.

- Tienes ganas de eyacular, ¿verdad?

Tal vez.
¿Tal vez?

- Sí, muchas —corrijo.

Ella exhala un ligero suspiro y empieza a mover la mano despacio. Es una sensación maravillosa. No se limita a moverla arriba y abajo. Es algo más global. Sus dedos me tocan suavemente, con sentimiento, el pene y los testículos, me palpan cada centímetro. Cierro los ojos y exhalo un profundo suspiro.

- No me toques. Y, cuando vayas a eyacular, dímelo. No quiero que se manchen las sábanas. Es un engorro.
- Sí —le digo.
- ¿Qué? Soy buena, ¿verdad?
- Muchísimo.
- Ya te he dicho que tengo muy buenas manos por naturaleza. Pero esto para nada está relacionado con el sexo, ¿eh? Sólo te estoy ayudando a relajarte. Hoy ha sido un día muy largo para ti y debes de tener los nervios a flor de piel. Y así no hay quien duerma. ¿Entiendes?

Sí —digo—. ¿Puedo pedirte un favor?
¿Qué?

- ¿Puedo imaginarte desnuda?

Ella detiene un momento el movimiento de la mano y me mira.
¿Imaginarme desnuda mientras te hago esto?

- Sí. Desde hace rato intento dejar de pensar en ello, pero no puedo.

¿Que no puedes?

No. Es como una televisión que no pudiera apagarse. Ella ríe divertida.

- No lo entiendo. ¿No podías pensar lo que te diera la gana sin decírmelo a mí? No hace falta que me estés pidiendo permiso para esto y lo otro, ni tampoco que me cuentes lo que estás imaginando.

Pero a mí me preocupa. Me da la sensación de que es importante imaginar algo. Y he pensado que sería mejor pedirte permiso antes. No se trata de que lo sepas o no lo sepas.

Eres un chico muy bien educado —comentó ella con admiración—. Ahora que lo dices, no está mal que me pidas permiso de antemano. De acuerdo. Puedes imaginarme desnuda a tu gusto. Te doy permiso.

- Gracias —digo.

¿Y qué? ¿Qué tal estoy? ¿Guapa?

- Muchísimo —respondo.

Pronto siento cierta languidez en la zona de las caderas. Como si estuviera flotando en un líquido denso. Cuando se lo digo, Sakura coge unos pañuelos de papel que tiene cerca de la almohada y me conduce hasta la eyaculación. Eyaculo una y otra vez, con fuerza. Poco después, ella va a la cocina, tira los pañuelos de papel y se lava las manos con agua.

Lo siento —me disculpo.

- No pasa nada —me tranquiliza ella ya de vuelta a la cama—. Y deja de pedirme perdón. Esto sólo es una parte más del cuerpo, así que no le des tanta importancia. ¿Te sientes más relajado?
- Mucho más.

Perfecto —dice ella. Luego se queda pensando en algo—. Será una tontería, pero se me acaba de ocurrir que ojalá fueras mi hermano, ¿sabes?

- A mí también me gustaría —digo yo.

Ella me acaricia el pelo.

Vete a tu saco que quiero echar una cabezada. Si no estoy sola, no puedo dormir bien. Además, no soportaría que antes del amanecer volviera a acosarme esa cosa tan dura.

Regreso a mi saco y cierro los ojos. Esta vez, logro conciliar el sueño enseguida. Un sueño muy profundo. Quizá sea el sueño más profundo desde que me he ido de casa. Tengo la sensación de estar bajando despaci^{o} al centro de la Tierra en un ascensor grande y silencioso. Pronto, todas las luces se apagan, y todos los sonidos también.

Cuando me despierto, ella ya no está. Se ha ido a trabajar. El reloj señala las nueve. El hombro ya casi no me duele. Tal como Sakura me había anunciado. Encima de la mesa de la cocina está doblada la edición matutina del periódico junto con una nota. Esto y la llave del piso.

«He visto las noticias de las siete por la tele y me he leído el periódico de cabo a rabo. En los alrededores no ha habido ningún incidente sangriento. O sea, que seguro que la sangre no tiene ninguna importancia. Qué bien, ¿no? Dentro de la nevera no encontrarás gran cosa, pero come lo que quieras. Todo lo que hay en el piso puedes usarlo. Y, si no tienes adonde ir, puedes quedarte unos días aquí. Cuando salgas, deja la llave debajo del felpudo.»

Saco leche de la nevera y, tras comprobar que no está caducada, la mezclo con cereales. Pongo agua a hervir y me tomo un té de bolsita Darjeeling. Me preparo dos tostadas, las unto con margarina light. Luego despliego el periódico y miro la sección de sociedad. Efectivamente, no ha habido ningún incidente violento por los alrededores. Exhalo un suspiro, pliego el periódico y lo dejo donde estaba. Al menos no tendré que ir de aquí para allá huyendo de la policía. Sin embargo, opto por no regresar al hotel. Debo ser precavido. Porque aún no recuerdo qué he hecho durante aquellas cuatro horas.

Llamo al hotel. Se pone un hombre cuya voz desconozco. Le digo que ha surgido un imprevisto y que deseo dejar la habitación. Intento hablar como un adulto. He pagado por adelantado, así que no tendría que haber ningún problema. Dentro de la habitación he deja do algunos objetos personales, pero no los necesito; pueden disponer de ellos como les plazca. Él mira en el ordenador y comprueba que no hay ningún problema con la liquidación. «De acuerdo, señor Tamura. La reserva de su habitación queda anulada», me dice. Como la llave es de tipo tarjeta, no hace falta que la devuelva. Le doy las gracias y cuelgo.

Después me ducho. En el lavabo hay tendidos unos calcetines y ropa interior de Sakura. Intento no mirarla y me lavo a conciencia cada centímetro del cuerpo tomándome tiempo. También trato de no acordarme de lo de anoche. Me lavo los dientes, me cambio de ropa interior. Pliego bien el saco de dormir y lo meto en la mochila. Lavo la ropa sucia en la lavadora. No hay secadora, así que, cuando acaba el centrifugado, pliego la ropa escurrida, la meto en una bolsa de plástico y la guardo en la mochila. Me bastará con secarla en cualquier lavandería.

Lavo todos los platos apilados en el fregadero y, tras dejarlos escurrir bien, los seco con un trapo y los meto en la alacena. Ordeno el interior de la nevera, tiro la comida estropeada. Entre ella hay algo que despide un olor nauseabundo. El brócoli está enmohecido. Los pepinos parecen de goma. El *tofu* ya ha caducado. Cambio los recipientes, friego la salsa vertida. Tiro las colillas del cenicero, apilo los periódicos viejos desperdigados por la habitación. Paso la aspiradora. Es muy posible que Sakura tenga talento para los masajes, pero para las tareas domésticas es una completa nulidad. Plancho todas sus camisas apiladas de cualquier manera dentro de la cómoda y me entran ganas de hacer la compra y de preparar la cena de aquella noche. Mientras estaba en casa, aprendí a realizar las tareas del hogar con la finalidad de poder vivir solo algún día, así que hacerlas no me supone ningún problema. Sin embargo, puede que esté yendo demasiado lejos.

Al terminar el trabajo me siento frente a la mesa de la cocina y lanzo una mirada a mí alrededor. Pienso que no puedo quedarme aquí indefinidamente. Está bastante claro. No puedo permanecer en esta casa entre erecciones y fantasías perpetuas. No puedo seguir apartando la vista de sus pequeñas bragas negras tendidas en el lavabo. No puedo seguir pidiéndole permiso para imaginarme cosas. Y, ante todo, no puedo olvidar lo que me hizo Sakura anoche.

Le dejo una carta. Se la escribo con el lápiz de punta roma de un bloc de notas que hay junto al teléfono.

«Gracias. Has sido una gran ayuda. Siento muchísimo haberte llamado ayer a medianoche. Pero no tenía a nadie más.»

Tras escribir esto hago una pausa y pienso cómo debo proseguir.

«Me has hecho un gran favor al dejarme pasar la noche en tu casa y te agradezco de todo corazón que me hayas ofrecido quedarme un tiempo. Ojalá pudiera hacerlo. Pero no quiero ocasionarte más molestias. No soy capaz de

explicártelo bien, pero hay diversas razones para que actúe así. Tengo que salir adelante por mí mismo. Me sentiría muy feliz si guardaras un poco de tu buena disposición hacia mí para la próxima vez que lo necesite realmente.»

Hago otra pausa. Alguien del vecindario tiene puesto a todo volumen un *talk show* matinal dirigido a las amas de casa. Todos los participantes braman a voz en grito y los anuncios hacen lo imposible para no quedarse atrás. Frente a la mesa ordeno mis pensamientos mientras le doy vueltas al lápiz de punta roma entre los dedos.

«Pero lo cierto es que no soy digno de tus atenciones. Trato de ser mejor persona, pero no lo consigo de ninguna de las maneras. La próxima vez que nos veamos, quiero portarme lo mejor que pueda. Pero no sé cómo me irán las cosas. Lo de anoche fue fantástico. Gracias»

Dejo la nota debajo de una taza. Cojo la mochila y salgo del apartamento. Dejo la llave bajo el felpudo, tal como ella me ha indicado. A media escalera hay un gato blanco moteado de negro haciendo la siesta. Debe de ser muy manso porque, al verme bajar, no hace ademán de levantarse. Me siento a su lado y acaricio a ese gran gato macho. Un tacto añorado. El gato entorna los ojos y empieza a ronronear. Permanecemos largo tiempo en la escalera disfrutando de nuestra intimidad. Poco después me despido de él y salgo a la calle. Fuera empieza a lloviznar.

Ahora que he dejado el hotel barato y que he abandonado el apartamento de Sakura, no tengo ningún lugar donde pasar la noche.

Antes de que anochezca debo hallar un lugar bajo techo donde poder dormir tranquilo. No tengo la menor idea de adónde debo ir. Pero decido coger el tren y dirigirme a la biblioteca Kómura. Tal vez la solución esté allí. Es sólo un presentimiento sin fundamento alguno.

El destino me lleva por derroteros cada vez más extraños.

12

19 de octubre de 1972

Estimado señor profesor:

Tal vez le sorprenda recibir esta carta de un modo tan inesperado. Le ruego que perdone mi atrevimiento. Posiblemente mi nombre no le diga nada, pero yo he sido profesora de primaria en una pequeña escuela de la ciudad** de la prefectura de Yamanashi. Quizás, al leerlo, se acuerde usted de mí. Yo era la profesora tutora que condujo a aquel grupo de niños a realizar ejercicios prácticos a la montaña el día del incidente de la pérdida de conciencia colectiva, a finales de la guerra. Poco después del suceso, usted, acompañado de otros profesores de la Universidad de Tokio y de algunos miembros del ejército, visitó la zona para efectuar una investigación y fue entonces cuando tuve la oportunidad de hablar con usted.

Posteriormente, cada vez que sabía de su prestigio a través de periódicos y revistas sentía el más profundo respeto hacia su actividad profesional y, a la vez, recordaba su imagen de aquellos días y su manera de hablar tan clara. He leído algunas de sus obras y no dejan de admirarme su penetrante enfoque y la amplitud de sus conocimientos. Asimismo, me muestro completamente convencida por su coherente visión del mundo según la cual los seres humanos, pese a hallarnos inmersos en la más absoluta soledad como entes individuales, estamos al mismo tiempo unidos por la memoria colectiva. Yo misma he experimentado esa sensación innumerables veces a lo largo de mi vida. Espero que en el futuro prosiga usted su actividad profesional.

Durante mucho tiempo seguí impartiendo clases en la misma escuela primaria de la ciudad xx, pero hace unos años enfermé de forma repentina y permanecí largo tiempo ingresada en el Hospital General de Kófu, a raíz de lo cual solicité la jubilación anticipada. Me pasé alrededor de un año ingresada o acudiendo con frecuencia al hospital; y una vez hube recobrado la salud empecé a dirigir una pequeña academia en la misma localidad. Y los alumnos de la academia que hoy dirijo son los hijos de mis alumnos de antaño. Quizá sea una apreciación trivial, pero el tiempo vuela y los días y los meses pasan con una rapidez inusitada.

En aquella guerra perdí al marido que amaba y también a mi padre; a mi madre la perdí en los desórdenes que sucedieron a aquella época y, al no haber podido concebir un hijo durante mi breve vida matrimonial, he vivido siempre en la más absoluta soledad. Aunque a mi vida no se la puede calificar de feliz, a lo largo de mi larga carrera docente he podido educar a muchos niños en el aula y este hecho ha dado sentido a mi existencia. Le estoy infinitamente agradecida al Cielo por ello. De no haberme dedicado a la enseñanza, quizá no hubiera sido capaz de seguir viviendo.

El hecho de que el incidente de la pérdida de conocimiento colectiva de los niños en la montaña, en otoño de 1944, jamás se me haya borrado de la memoria me ha decidido a enviarle esta carta. Ya han transcurrido veintiocho años. Pero yo lo siento tan cercano como si hubiera ocurrido ayer. Su recuerdo jamás me abandona. Permanece a mi lado como una sombra. Me ha hecho pasar incontables noches insomne y su recuerdo se me aparece incluso en sueños.

Siento que sus reminiscencias han condicionado la totalidad de mi vida. Cada vez que me encuentro con uno de los niños que lo sufrieron (la mitad de ellos aún vive en la ciudad y se halla ahora en la treintena) no puedo evitar preguntarme, una vez más, qué consecuencias tuvo para ellos y cuáles para mí. Porque un suceso de aquella magnitud tiene que haber dejado alguna huella en nuestros cuerpos o en nuestras mentes. Siento que no puede ser de otro modo. Sin embargo, soy incapaz de imaginar cómo ha podido influir y cuánto.

En aquella época, como usted muy bien sabe, el incidente apenas trascendió a la opinión pública por deseo expreso de los militares. En la posguerra, la investigación se realizó en secreto por deseo del ejército de ocupación. A decir verdad, ya se trate del ejército norteamericano o del japonés, la forma de actuar de los militares es fundamentalmente la misma. Ni siquiera después de que finalizara la ocupación norteamericana y la censura de prensa apareció un solo artículo en los periódicos o las revistas. Se trataba de un suceso antiguo y ni tan siquiera había habido muertos.

Así que la mayor parte de la gente desconoce incluso que este incidente haya ocurrido. En primer lugar porque durante la guerra sucedieron cosas tan espantosas que, al escucharlas, entran ganas de taparse los oídos. Además en la guerra se perdieron millones de preciosas vidas humanas. ¿A quién iba a sorprender que unos alumnos de

primaria se desmayaran en masa en el corazón de una montaña? Incluso en la zona son pocos los que recuerdan el incidente. Y aun éstos son reacios a hablar de ello. La ciudad es pequeña y lo que pasó no es algo que plazca a los afectados, así que posiblemente piensen que lo mejor es no tocar el tema.

Casi todo cae en el olvido. Incluso esta gran guerra terrible, incluso la pérdida irreparable de vidas humanas parecen pertenecer ya a un pasado remoto. La vida cotidiana ocupa nuestras mentes y multitud de cosas importantes van saliendo, una tras otra, de la órbita de nuestras conciencias como si fueran antiguas estrellas heladas. Son demasiadas las cosas en que debemos pensar día tras día, son demasiadas las cosas que tenemos que reaprender. Nuevos estilos, nuevos conocimientos, nuevas técnicas, nuevas palabras... Sin embargo, hay recuerdos que, por mucho tiempo que haya transcurrido, por muchas cosas que nos hayan sucedido, no podemos olvidar jamás. Hay recuerdos que no palidecen. Hay cosas que permanecen firmes dentro de nosotros como el arquitrabe que sostiene el arco. Y para mí lo sucedido en la montaña es una de esas cosas.

Tal vez sea ya demasiado tarde. Seguramente se preguntará usted a qué viene eso ahora. Pero hay algo sobre el incidente que quiero contarle antes de que se acabe mi vida.

Nos encontrábamos en plena guerra, la censura ideológica era muy fuerte y, a veces, no resultaba fácil expresarse con libertad. En concreto, cuando me entrevisté con usted, también estaban presentes miembros del ejército y aquélla no era la atmósfera idónea para hablar con franqueza. Además, en aquella época, yo no lo conocía a usted, señor profesor, ni el trabajo que estaba realizando, y para una mujer joven no es fácil hablar abiertamente sobre ciertos temas ante hombres desconocidos. Hay, por lo tanto, varios hechos que guardé en el fondo de mi corazón. Dicho de otro modo: reconozco haber cambiado parte de los datos de manera intencionada y por propia conveniencia durante la investigación oficial. Asimismo, des[p]ués de la guerra repetí el mismo testimonio a los miembros del ejército norteamericano encargados del caso. Fuera por miedo o para guardar las apariencias, volví a repetir la misma mentira. Y eso posiblemente dificultó el esclarecimiento de aquel extraño incidente y acabó distorsionando, en mayor o menor medida, las conclusiones. Es más: no me cabe la menor duda de que fue así. Lo lamento de todo corazón. Ha sido una carga que he llevado siempre en mi conciencia.

Por esta razón he decidido escribirle, señor profesor, esta larga carta. Soy consciente de que usted es una persona muy ocupada y de que quizá le esté haciendo perder el tiempo. De ser así, piense sencillamente que se trata de las chocheces de una anciana y no dude en tirar la carta. Sólo que siento la necesidad de confesar lo que en verdad ocurrió, ponerlo por escrito y entregárselo a alguien mientras me sea posible. He sufrido una enfermedad y, aunque ahora esté restablecida, mi mal puede reproducirse. Le agradecería, pues, que tomara en consideración este hecho.

La noche antes de llevar a los niños a la montaña soñé con mi marido. Fue antes del amanecer. Mi marido, que había sido incorporado a filas, se me apareció en sueños. Fue un sueño erótico terriblemente realista. Uno de esos sueños que se tienen a veces, tan vívidos que se desvanece la frontera entre fantasía y realidad.

Hacíamos el amor una y otra vez sobre una roca plana como una tabla de cortar. Es una roca de color gris pálido que hay en la cima de la montaña. Su superficie es de unos dos tatamis. Una roca lisa y húmeda. El cielo estaba nublado y parecía que de un momento a otro fuera a llover torrencialmente. No corría viento. Se acercaba la noche e incluso los pájaros mostraban prisa por volver a sus nidos. Bajo ese cielo nosotros hacíamos el amor sin musitar palabra. La guerra nos había separado poco después de casarnos y mi cuerpo deseaba de forma ardiente a mi marido.

El placer carnal que sentía difícilmente puede expresarse con palabras. Copulábamos en diferentes posturas, en diversos ángulos, y yo alcancé varias veces el cénit.

Pensándolo bien, aquello era extraño. Los dos teníamos un carácter más bien introvertido, jamás nos habíamos dejado arrastrar por un frenesí semejante, tampoco yo había experimentado nunca un placer tan intenso. Pero en el sueño habíamos dejado atrás nuestras represiones, copulábamos como dos animales.

Al despertar, envuelta todavía en la oscuridad, me embargaron sensaciones muy extrañas. Sentía el cuerpo pesado y notaba la presencia del órgano sexual de mi marido en el fondo de mi vientre. El corazón me palpitaba con fuerza, estaba sofocada. Mi sexo estaba húmedo, igual que después del acto sexual. Todo era tan vívido como en la realidad, no como en un sueño. Me avergüenza decirlo, pero me masturbé. El deseo sexual que sentía entonces era tan fuerte que necesitaba satisfacerlo de algún modo.

Luego me monté en la bicicleta, fui a la escuela, recogí a los niños y nos dirigimos todos a la montaña del «bol de arroz». Mientras íbamos andando por el sendero, yo saboreaba todavía las reminiscencias del acto sexual. Al cerrar los ojos podía sentir a mi marido eyaculando en mi interior. Notaba cómo el esperma daba contra las paredes del útero. Abandonada a esas sensaciones, me aferraba extasiada a la espalda de mi marido. Las piernas tan abiertas como me era posible, los tobillos entrelazados en torno a sus muslos. Conducía a los niños por el sendero con la mente distraída, perdida entre sensaciones. Se podría decir que aún estaba dentro de aquel sueño tan vívido.

Subimos por el sendero, llegamos al bosque y, cuando nos disponíamos a empezar a buscar setas, me vino de repente la menstruación. No tocaba. La había tenido apenas diez días atrás y yo tenía un periodo muy regular. Era muy posible que el sueño erótico hubiera estimulado algún órgano haciendo que la hemorragia empezara extemporáneamente. En cualquier caso, era algo imprevisto y yo no llevaba nada encima. Estábamos, además, en plena montaña.

Les indiqué a los niños que descansaran un rato, me interné sola en el corazón del bosque, hice un apaño provisional con unas cuantas toallitas de mano. La hemorragia era abundante y yo me sentía terriblemente turbada, pero pensé que tal vez aguantaría hasta llegar a la escuela. Estaba muy azorada, era incapaz de pensar con lógica. Creo que me sentía culpable por haber tenido aquel sueño erótico desenfrenado, por haberme masturbado, por haberme abandonado a fantasías eróticas estando los niños delante. Y yo era una persona que tendía más bien a refrenar esos impulsos.

Decidí ‘dejar que los niños buscaran setas un rato más, acabar pronto los ejercicios prácticos y bajar de la montaña. Una vez de vuelta a la escuela, mis problemas habrían acabado. Me senté y me quedé vigilando cómo los niños iban recogiendo setas. Iba contando cabezas, atenta a que ningún niño se me escapara de la vista.

Pero, poco después, vi cómo uno de ellos se me acercaba con algo en la mano. Uno que se llamaba Nakata. Sí. El niño aquel que permaneció ingresado tanto tiempo en el hospital, incapaz de recobrar la conciencia tras el incidente. El niño llevaba en la mano una de las toallitas manchadas de sangre. Contuve el aliento. No podía creer lo que veía. Yo la había tirado en un lugar muy oculto, lo bastante lejos como para que los niños no llegaran hasta allí, y muy bien escondida, para evitar que en caso de que llegaran hasta allí pudieran encontrarla. Era lo natural. Porque a una mujer no hay nada que le dé tanta vergüenza, no hay nada tan íntimo como eso. No sé cómo pudo descubrirlo.

Me encontré a mí misma pegándole. Lo agarré por el hombro y lo abofeteé una y otra vez. Es posible que también le gritara. Estaba conmocionada. Había perdido por completo el control de mí misma. Me sentía profundamente avergonzada. En estado de *shock.* Hasta aquel instante jamás había tocado nunca a un solo niño. Pero aquélla no era yo.

A la que me di cuenta, todos los niños me estaban mirando fijamente. Algunos de pie, otros sentados, todos con el rostro vuelto hacia mí. Y ante sus ojos estaba yo, de pie, pálida como un sudario; y Nakata, caído por el suelo, magullado; y los paños manchados de sangre. Por unos instantes, la imagen pareció congelarse. Nadie se movía. Nadie hablaba. En el rostro de los niños no se reflejaba expresión alguna, parecían máscaras de bronce. Un silencio profundo cayó sobre el bosque. Sólo se oían los trinos de los pájaros. Todavía hoy recuerdo la escena con toda claridad.

¿Cuánto tiempo debió de transcurrir? No mucho, creo. Pero a mí se me hizo eterno. El tiempo me acorraló hasta el fin del mundo. Pronto volví en mí. El paisaje que me rodeaba recobró el colorido. Escondí a mis espaldas los paños ensangrentados, cogí en brazos a Nakata, caído por el suelo. Lo estreché con fuerza contra mi pecho, le pedí perdón. «Lo siento mucho. Perdóname», le dije. Él todavía parecía encontrarse en estado de *shock.* Su mirada estaba vacía, mis palabras no parecían llegar a sus oídos. Con el niño en brazos me dirigí a los demás y les dije que continuaran buscando setas. Y ellos reemprendieron la actividad como si nada hubiera ocurrido. Creo que no habían comprendido nada. Todo había sido demasiado extraño, demasiado repentino.

Permanecí unos instantes abrazando con fuerza a Nakata. Hubiera deseado morirme. Desaparecer. En el mundo inmediato proseguía una guerra cruel, devastadora, millones de personas seguían muriendo. Y yo había dejado de comprender qué era lo correcto, qué no lo era. ¿Era verdaderamente real el paisaje que estaba mirando? ¿Era verdaderamente real el colorido que tenía ante mis ojos? ¿Era verdaderamente real el canto de los pájaros que llegaba a mis oídos?... Y yo estaba en el corazón del bosque, sola, conmocionada, con una gran cantidad de sangre manando de mi útero sin parar. Hundida en la ira, el miedo, la vergüenza. Y lloré. Lloré y lloré sin alzar la voz, en silencio. Y entonces los niños empezaron a perder el sentido.

Como usted comprenderá, yo no podía hablar abiertamente de todo eso delante de los militares. Estábamos en guerra y, en aquella época, todos debíamos guardar las apariencias. Así pues, omití lo referente a la menstruación, omití lo referente a que Nakata me había traído los paños manchados de sangre, omití lo referente a que yo le había pegado. Y, tal como le he dicho antes, temo que este hecho haya representado un obstáculo en su investigación del incidente y en sus trabajos. Me siento muy aliviada al poder contárselo, finalmente, sin tapujos.

Cosa extraña, ninguno de los niños recordó esos acontecimientos. Nadie se acordaba ni de los paños manchados de sangre ni de que yo hubiese pegado a Nakata. Se había borrado de sus mentes. Poco después del incidente, también yo los interrogué a todos a título personal. Posiblemente la pérdida de conciencia colectiva ya hubiera empezado en aquel momento.

Hay algunos aspectos de Nakata que, como profesora tutora, me llamaron la atención y de los que me gustaría hablarle. No sé qué fue del niño después del incidente. El oficial norteamericano que me entrevistó después de la guerra me contó que se lo habían llevado a un hospital militar, que había permanecido allí largo tiempo en estado de coma hasta que, finalmente, había recobrado el sentido. Pero no me dio más detalles. Imagino que usted, señor profesor, sabrá algo más sobre la evolución del caso.

Nakata, como usted sabe, era uno de los cinco niños evacuados de Tokio y, de entre ellos, era el que mejores notas sacaba, el más inteligente. Además era guapo e iba siempre muy bien vestido. Con todo, era de carácter tranquilo y nunca se entrometía en nada. En clase jamás levantaba la mano. Pero, cuando le preguntaba, me respondía correctamente y, cuando le pedía su parecer, me daba una opinión razonada. Comprendía rápido fuera cual fuese la materia que explicara. En todas las clases hay un niño de estas características. Uno de esos niños que, aunque los dejes solos, continúan estudiando por sí mismos, que pasan a las mejores escuelas y universidades y que, cuando empiezan a trabajar, consiguen colocarse bien. Son buenos por naturaleza.

Sólo que había algo en Nakata que a mí, como maestra, me preocupaba. Y era la resignación que a veces mostraba. Por más complicado que fuera el problema que le planteara, no mostraba el menor júbilo al resolverlo. Tampoco bufaba exasperado ante el esfuerzo, ni se agobiaba al tener que repetir una y otra vez un ejercicio hasta lograr hacerlo bien. Ni suspiros ni sonrisas. Siempre con aire de hacer las cosas sólo porque tenía que hacerlas. Como un obrero que, plantado ante la cinta transportadora, llave inglesa en mano, va apretando la tuerca de las piezas que se le van poniendo delante. Se limitaba a despachar con habilidad lo que le venía de frente. Supongo que la raíz del problema se hallaba en su entorno familiar. Lo cierto es que jamás vi a sus padres, que permanecieron en Tokio, y no puedo afirmarlo categóricamente. Pero a lo largo de mi carrera docente me he encontrado con varios casos semejantes. Con niños que tienen talento y, justamente porque lo tienen, los adultos que los rodean les van poniendo el listón cada vez más alto. Y suele pasar que esos niños, agobiados por los problemas reales que les plantean, vayan perdiendo gradualmente el entusiasmo y la alegría lógicos ante la meta superada. Los niños que se encuentran en esos ámbitos pronto acaban encerrándose en sí mismos, escondiendo sus emociones genuinas. Y hace falta mucho tiempo y esfuerzo para lograr abrir de nuevo sus corazones. La mente de los niños es muy maleable y se puede moldear de muchas maneras. Pero una vez que se ha moldeado y endurecido cuesta mucho volver atrás. En la mayoría de los casos es imposible. Sin embargo, señor profesor, ésta es su especialidad y yo tengo muy poco que decir al respecto.

Además, no pude por menos de detectar la sombra de la violencia en el comportamiento del niño. En tres ocasiones pude observar en su rostro o en sus actos una leve expresión de pánico. Una reacción espontánea producto de un estado de violencia sufrido por el niño durante un largo periodo de tiempo. El grado que había alcanzado esa violencia, yo no lo sé. Nakata era un niño con un fuerte control sobre sí mismo y, ante mí, lograba esconder ese miedo. Pero lo que no podía ocultar era una ligera crispación de sus músculos cuando algo ocurría. Y yo comprendí que en su hogar estaba presente, en mayor o menor medida, la violencia. Cuando pasas tanto tiempo con niños, acabas dándote cuenta de esas cosas.

Las familias rurales son muy violentas. Casi todos los padres son campesinos. Todos logran a duras penas sobrevivir. Están exhaustos por trabajar de sol a sol, acaban bebiendo y, cuando se enfadan, son más dados a pegar que a hablar. No es ningún secreto. Pero los niños no lo viven como algo ominoso, no guardan ningún resentimiento y esos golpes no dejan ninguna huella en su corazón. Pero el padre de Nakata era profesor de universidad, y su madre, según pude apreciar por sus cartas, era una mujer que había recibido una educación esmerada. Es decir, que pertenecían a la elite de la gran ciudad. Y si en su hogar estaba presente la violencia, forzosamente tenía que ser muy diferente a la violencia cotidiana de los niños del pueblo. Debía de ser una violencia más íntima, compuesta de elementos más complejos. Un tipo de violencia capaz de dejar huella en el

corazón de un niño. Por eso lamento tanto haberle pegado aquel día en la montaña y por eso me arrepiento de todo corazón de haberlo hecho, por más que fuera un acto inconsciente. Porque era lo último que debería haber hecho. Le habían separado medio a la fuerza de su familia con las evacuaciones infantiles colectivas, le habían introducido en un nuevo entorno y, a raíz de ello, estaba empezando a abrirme su corazón.

Con el uso de la violencia, eché a perder para siempre aquel espacio intocado que quedaba en su interior. Decidí tratar de reparar mi error, poco a poco, con paciencia. Pero luego ocurrió el incidente y ya no pude llevar a cabo mis deseos. Nakata fue trasladado al hospital de Tokio sin haber recobrado el conocimiento y yo jamás volví a verlo. Todo aquello lo tengo clavado como una espina en el corazón. Aún recuerdo la expresión de su rostro cuando le pegué. El profundo pánico y la resignación que se leían en él aún permanecen vivamente ante mis ojos.

Le he escrito una carta larga, pero déjeme añadir algo más. Cuando mi marido murió en las Filipinas, poco antes del fin de la guerra, no recibí una conmoción tan grande. Lo único que sentí fue una gran impotencia. Ni desesperación ni rabia. No derramé una sola lágrima. Porque yo ya sabía que mi marido moriría joven en el frente. Porque desde el año anterior, cuando en sueños hice el amor tan apasionadamente con él, desde que subí con los niños a la montaña y me empezó la menstruación fuera de tiempo y, presa de la rabia y la confusión, pegué a Nakata y los niños cayeron en el estado de letargo colectivo, desde entonces yo ya sabía que su muerte era algo decidido de antemano, algo predestinado. El anuncio de la muerte de mi marido no hizo más que confirmarme lo que ya sabía. Parte de mi alma aún permanece en aquel bosque. Porque lo que allí ocurrió ha sobrepasado mi vida entera.

Me despido de usted deseándole que prosiga sus investigaciones. Cuídese mucho.

Atentamente.

13

Pasado mediodía, estoy almorzando y contemplando el jardín cuando se me acerca Óshima y se sienta a mi lado. No hay nadie aparte de mí en la sala de lectura. Como lo mismo de siempre, el *bentó* más barato del quiosco de la estación. Intercambiamos unas palabras. Óshima me ofrece la mitad de sus emparedados. Me dice que ha hecho más de la cuenta pensando en mí.

No te lo tomes a mal, pero siempre te quedas con cara de hambre.
Es que estoy reduciendo el estómago —le explico.
¿A propósito? —me pregunta él con interés.
Asiento.
¿Y es por razones económicas?
Vuelvo a asentir.

Comprendo tus intenciones. Pero a tu edad hay que comer bien. Así que cuando puedas comer, come. Estás en una edad en que necesitas una buena nutrición, y en todos los sentidos.

Los emparedados que me ofrece tienen una pinta exquisita. Le doy las gracias, los cojo y les hinco el diente. Pan blanco tierno con salmón ahumado, berro y lechuga. La corteza del pan está crujiente. Rábanos y mantequilla.

- ¿Te los haces tú mismo?
- No tengo a nadie que me los haga —dice.

Vierte el café negro del termo en un tazón y bebe un sorbo; yo abro el tetra—brik de leche que he traído y bebo un poco. —¿Y qué libro estás devorando ahora?

Estoy leyendo una antología de Natsume Sóseki —digo—. Me quedaban algunas de sus obras por leer, y como ahora tengo la ocasión, he ‘decidido leérmelas todas de corrido.

- ¿Tanto te gusta Natsume Sóseki como para leerte entera toda su obra?

Asiento.

De la taza que Oshima sostiene en la mano se alza un vapor blanco. El cielo sigue cubierto de nubarrones negros, pero ha dejado de llover.

- ¿Qué has leído desde que estás aquí?
- Ahora estoy con *Gubijinsó,* y acabo de leer *El minero.*
- *¿El minero?* —preguntó Oshima como si hurgara en la memoria—. ¿Es la que va de un estudiante universitario de Tokio que, no sé por qué razón, empieza a trabajar en una mina, sufre un montón de experiencias durísimas allí abajo y, al final, regresa al mundo exterior? Es ésa, ¿verdad? Una novela no muy larga. La leí hace muchísimo tiempo. La temática no es muy propia de Natsume Sóseki, el estilo es poco depurado y, por lo general, se la considera una de las obras más flojas de Sóseki... ¿Qué le encuentras tú de particular?

¡ntento traducir en palabras mis impresiones sobre la obra. Pero para ello necesito la ayuda del joven llamado Cuervo. Éste aparece salido de alguna parte, con sus grandes alas desplegadas, y busca las palabras por mí. Yo hablo:

- El protagonista es el hijo de una familia adinerada. A causa de una desgraciada historia de amor empieza a detestar todo lo que le rodea y se escapa de casa. Va andando sin rumbo y se encuentra a un tipo sospechoso que le propone trabajar en una mina y él lo sigue sin pensárselo dos veces. Y acaba en las minas de cobre de Ashio. Allí, en las entrañas de la tierra, pasa por unas experiencias que él antes ni siquiera habría podido imaginar. Es la historia de un señorito incauto que se ve arrastrado hasta los estratos más bajos de la sociedad.

Mientras tomo otro trago de leche, busco las palabras para proseguir. El joven llamado Cuervo tarda un poco en volver. Pero Oshima espera paciente.

- Unas vivencias de vida o muerte. Logra escapar de allí y regresa al mundo de la superficie. Pero si el protagonista ha aprendido algo de sus experiencias, o si a raíz de ellas su modo de vida ha cambiado, o si ha

reflexionado sobre la vida humana, o si se ha cuestionado algún aspecto de la sociedad, de todo eso nada queda recogido en el libro. Tampoco da la sensación de que él haya madurado. Y, al acabar de leerlo, te quedas con una sensación extraña. Con un «¿y qué diablos querrá decir esta novela?». Pero ¿sabes?, ¿cómo te lo diría?, ese «no sé adónde quiere ir a parar» se te queda grabado en la mente. Es extraño. ¡Ay, no sé! No sé explicarme mejor.

- Lo que tú quieres decir es que *El minero* no es una obra pedagógica moderna como puede serlo Sanshiró, ¿verdad?
- No sé. Todo esto es muy complicado. Pero quizá tengas razón. Sanshiró va haciéndose un hombre a lo largo del relato. Se da de cabeza contra la pared, reflexiona seriamente sobre ello, intenta superarse *a* sí mismo. Pero el protagonista de *El minero* es muy distinto. Él se limita a contemplar de forma pasiva lo que se le pone delante, lo acepta tal como viene. Alguna impresión sí que le queda, claro, pero ninguna remarcable. Lo que lo reconcome de verdad es su historia de amor. Y, al menos en apariencia, sale al exterior en un estado casi idéntico al que tenía al entrar en el agujero. O sea, que él ni ha juzgado nada ni ha elegido nada. Es, ¿cómo te diría?, un ser terriblemente pasivo. Pero lo que yo me pregunto es si en verdad le es tan fácil al ser humano poder elegir algo por sí mismo.
- ¿Entonces crees que te pareces al protagonista de *El minero?* Sacudo la cabeza en ademán negativo.

No. Eso ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

- Pero el ser humano necesita vivir aferrado a algo —dice Oshima—. Es inevitable. Tú mismo debes de hacerlo sin darte cuenta. Tal como dice Goethe: «Todas las cosas de este mundo son una metáfora».

Reflexiono sobre ello.

Oshima toma un sorbo de café y dice:

Sea como sea, tus opiniones sobre *El minero* de Sóseki son muy interesantes. Y en boca de un chico que de verdad se ha escapado de casa son más convincentes aún. Me han entrado ganas de releer el libro.

Me acabo los emparedados que Oshima me ha preparado. Aplasto el tetra brik de leche vacío y lo tiro a la papelera.

- Oye, Oshima. Tengo un problema y tú eres la única persona a quien puedo recurrir —le suelto con decisión.

Él abre las manos con ademán de decir: «¡Adelante!».

- Es una historia un poco larga, pero el hecho es que no tengo donde pasar la noche. Llevo un saco de dormir, no necesito ni Putón ni cama. Me basta con un techo. Cualquier sitio me va bien. ¿No conoces ninguno por aquí cerca?
- Por lo que veo, no te planteas ir a un hotel o a una pensión. Niego con la cabeza.
- También está lo del dinero, pero es que no quiero que la gente se fije en mí.
- Especialmente los policías del Departamento de Menores, ¿verdad?

Tal vez.
Oshima reflexiona unos instantes.
Podrías quedarte aquí —dice.
¿En la biblioteca?
Sí. Techo, lo tiene. Y también hay una habitación libre. Por la noche no la utiliza nadie.

- ¿Puedo de verdad?
- Claro que tendría que consultarlo. Pero es posible. Me refiero a que no es imposible. Creo que puedo hacer algo por ti.
- ¿Cómo?
- Lees buenos libros, eres capaz de pensar por ti mismo. Al parecer, eres fuerte, tienes una personalidad independiente. Llevas una vida ordenada, incluso eres capaz de reducirte el estómago de manera voluntaria. Hablaré con la señora Saeki sobre la posibilidad de que seas mi ayudante y de que permita que te alojes en la habitación libre de la biblioteca.

- ¿Ser tu ayudante?

Bueno, no tendrías que hacer gran cosa. Sólo ayudarme a abrir y cerrar la biblioteca. De la limpieza a fondo se encargan periódicamente unos profesionales, y de los ordenadores, unos técnicos especializados. Y poco más hay que hacer. Y luego podrás leer tanto como quieras. No está mal, ¿verdad?

No, qué va —digo. No sé qué diablos decir—. Pero dudo que la señora Saeki lo permita. Tengo quince años y me he escapado de casa, no sabe nada de mí.

Es que la señora Saeki, cómo te diría... —empieza a explicarme Oshima, y luego, cosa extraña en él, se queda titubeando. Busca las palabras—: Ella no es una persona ordinaria.

- ¿No es una persona ordinaria?
- Me refiero a que ella, para expresarlo en cuatro palabras, no es una persona que se rija por criterios ordinarios.

Asiento. Aunque no tengo la menor idea de qué significa en concreto *no regirse por criterios ordinarios.*

- Es decir, que es una persona singular.

Oshima niega con la cabeza.

No, no es eso. Para singular, *yo.* Ella es una persona que no es esclava de los convencionalismos.

Yo aún no conozco la diferencia entre no ser una persona ordinaria y ser una persona singular. Pero me da la sensación de que es mejor no seguir preguntando. Al menos de momento. Óshima hace una pausa y luego añade:

- Claro que quizá no sea posible que te quedes aquí esta noche, así de pronto. Voy a llevarte a otro lugar mientras se arregla lo tuyo. Tal vez tengas que permanecer allí dos o tres días. ¿Te importa? Está un poco lejos.
- No me importa —digo.
- La biblioteca cierra a las cinco —dice Óshima—. Ordeno un poco y, a las cinco y media, ya estaré a punto para salir. Te llevaré a ese sitio en mi coche. Ahora no hay nadie y dormirás bajo techado.

Gracias.

- Las gracias ya me las darás cuando lleguemos. Es posible que sea muy distinto a lo que te imaginas.

Vuelvo a la sala de lectura y sigo leyendo *Gubijinsó.* Yo no soy, en principio, una persona que lea deprisa. Soy de los que se toman su tiempo en ir resiguiendo línea tras línea. Saboreo el estilo. Si éste no me hace disfrutar, dejo el libro a medias. Poco antes de las cinco acabo de leer la novela, la devuelvo a la estantería, me siento en el sofá, cierro los ojos y dejo que los hechos de la noche anterior acudan a mi cabeza. Pienso en Sakura. En su apartamento. Pienso en lo que me hizo. Las cosas han cambiado y siguen su curso.

A las cinco y media espero en el vestíbulo de la biblioteca a que Óshima salga. Él me conduce hasta el aparcamiento, detrás del edificio, y me invita a ocupar el asiento del copiloto de un coche deportivo de color verde. Es un Mazda Road Star. La capota está subida. Mi mochila no cabe en el maletero de este elegante descapotable y la tenemos que atar atrás, en el portaequipajes con una cuerda.

- Tardaremos un poco en llegar, pero a medio camino podemos parar a comer algo —dice Oshima. Luego da la vuelta a la llave de contacto y el motor se pone en marcha.
- ¿Adónde vamos?
- A Kóchi —dice—. ¿Has estado alguna vez allí?

Niego con la cabeza.
¿Queda muy lejos?

- Pues para llegar adonde vamos tardaremos unas dos horas y media. Cruzaremos la montaña y luego seguiremos hacia el sur. —¿Y no te importa desplazarte hasta tan lejos?
- En absoluto. La carretera nos lleva directamente hasta allí, aún es de día, tengo el depósito de gasolina lleno.

Cruzamos la ciudad bañada por el sol del ocaso y, desde el principio, tomamos la autopista del oeste. Oshima va cambiando de carril, sorteando los coches con destreza. Cambia de marcha, una y otra vez, con la palma de la mano izquierda. Alterna las marchas cortas y largas con suavidad. Cada vez que cambia de marcha, las revoluciones del motor varían sutilmente. Pone una marcha corta, pisa el pedal hasta el fondo, acelera hasta los ciento cuarenta kilómetros por hora.

- El motor está ajustado para que el coche tenga una buena aceleración. Este coche no se parece en nada a otros Road Star. ¿Entiendes de coches?

Niego con la cabeza. No sé nada de automóviles.
¿Te gusta conducir?

El médico me tiene prohibido hacer deportes peligrosos. Así que, a cambio, conduzco. Una especie de compensación.

¿Te pasa algo?

El término médico es muy largo, pero, simplificando, se trata de un tipo de hemofilia —explica Oshima con ligereza—. ¿Sabes qué es la hemofilia?

Más o menos —respondo. Lo aprendí en clase de biología—. A la que empiezas a sangrar no puedes detener la hemorragia. Es algo genético, la sangre no coagula.

- Exacto. Hay muchas clases de hemofilia y la mía es de un tipo muy poco frecuente. No es que sea especialmente grave, pero, con todo, debo andarme con cuidado para no lastimarme. A la que empieza la hemorragia tengo que correr al hospital. Además, como tú ya debes de saber, a veces hay problemas con los bancos de sangre de los hospitales. Y coger el sida e ir muriéndome poco a poco no entra dentro de mis opciones vitales. En la ciudad tengo un enchufe para conseguir sangre segura. Por eso no viajo. Aparte de unas visitas periódicas al hospital de la Universidad de Hiroshima apenas salgo de la ciudad. ¡Bah! En fin. Lo cierto es que nunca me ha entusiasmado viajar, y tampoco hacer deporte, así que no me resulta muy duro. Claro que, por lo que respecta a la cocina, sí es un inconveniente. Es muy triste no poder cocinar en serio con un buen cuchillo en la mano.
- Pero yo diría que conducir es un deporte bastante peligroso, ¿no crees? —pregunto yo.
- Sí, pero es un tipo de peligrosidad distinto. Cuando conduzco, yo corro tanto como puedo. Y si tuviera un accidente a esa velocidad, la cosa no acabaría con un cortecito en el dedo. En caso de una gran hemorragia, las condiciones de supervivencia son las mismas para un hemofílico que para una persona que no lo es. Estamos en una posición equitativa. Y podría disponerme a morir tranquilo sin preocuparme de temas tan complejos como si coagulo o no.
- Comprendo.

Oshima sonríe.

- Pero tranquilo. No es fácil que tengamos un accidente. Aunque no lo parezca, conduzco con precaución. Soy una persona muy sensata. Y el coche lo mantengo siempre en condiciones óptimas. Además, por lo que respecta a morir, me gustaría hacerlo solo, con tranquilidad.
- O sea, que arrastrar a alguien contigo a la muerte no entra dentro de tus opciones vitales.

Exacto.

Entramos en un restaurante de un área de servicio y cenamos. Yo tomo pollo y ensalada; él, curry con gambas. Una comida para llenar el estómago. Él paga la cuenta. Luego volvemos a montar en el coche. Ya es noche cerrada. Al pisar el acelerador, la aguja del velocímetro se dispara.

¿Te importa que ponga música? —pregunta Oshima.
Le respondo que no.

Aprieta el botón del reproductor de discos compactos. Empieza a sonar música clásica de piano. Escucho con atención durante unos instantes. Más o menos puedo adivinar de qué se trata. No es Beethoven, ni tampoco Schumann. Se sitúa en una época intermedia.

- ¿ Schubert? —pregunto.

Sí —dice. Me echa una mirada rápida, tiene ambas manos sobre el volante en posición de las diez y diez—. ¿Te gusta Schubert? Le digo que no mucho.

Oshima asiente.

- Suelo escuchar sus sonatas de piano a todo volumen mientras conduzco. ¿Sabes por qué?
- No —respondo.
- Porque tocar a la perfección las sonatas de piano de Franz Schubert es una de las cosas más difíciles del mundo. Especialmente la sonata en re mayor. No hay quien pueda con ella. Tomando uno o dos movimientos por separado, hay pianistas que lo logran. Pero yo no conozco a ninguno que sea capaz de tocar los cuatro movimientos de corrido y que suenen como una unidad. Hasta hoy, muchos pianistas de renombre han intentado medir sus fuerzas con esta pieza, pero en todas sus interpretaciones hay defectos evidentes. Todavía no existe ninguna que se pueda tomar como referencia. ¿Y eso a qué crees que se debe?
- No lo sé —digo yo.
- Pues a que la obra es en sí misma imperfecta. Robert Schumann, gran conocedor de la música de Schubert, calificó esta obra de «redundancia celestial».
- Y si esta pieza es tan imperfecta, ¿cómo es que tantos pianistas famosos quieren medir sus fuerzas con ella?
- Buena pregunta —dice Oshima. Y hace una pausa. La música llena el silencio—. No puedo responderte a eso. Pero sí puedo decirte una cosa. Y es que hay obras que poseen cierto tipo de imperfección que cautiva el corazón de las personas justamente por eso, por ser imperfectas... Bueno, como mínimo el corazón de cierto tipo de personas. Tú, sin ir más lejos, te has sentido fascinado por *El minero.* Y eso se debe a que esa obra posee un poder de atracción del que carecen otras obras perfectas como *Kokoro* o *Sanshiró.* Tú has descubierto esa obra. O, dicho de otra manera, esa obra te ha descubierto a ti. Y lo mismo ocurre con la sonata en re mayor de Schubert. Esta pieza posee una capacidad muy peculiar de ir tirando del hilo de los sentimientos.

Entonces —digo—, volviendo a mi primera pregunta, ¿por qué escuchas las sonatas de Schubert, en particular mientras conduces?

Las sonatas de Schubert, especialmente la sonata en re mayor, interpretadas con esa facilidad no llegan a la categoría de arte. Tal como observó Schumann, esta pieza es demasiado pastoral, excesivamente larga, posee una técnica demasiado simple. Y si la tocas ciñéndote fielmente a ella, acabas convirtiéndola en algo frío, insípido, en una simple antigualla. Por eso los pianistas se esmeran. Idean diversos artificios. Observa, por ejemplo, cómo remarca éste la articulación. Otros añaden rubato. O aceleran el ritmo. O añaden modulación. Porque es la única manera que tienen de conseguir el intervalo preciso. Pero *si no* lo hacen con una atención extrema, todos esos artificios acaban echando a perder la distinción de la pieza. Y deja de ser música de Schubert. Y todos los pianistas que tocan esta sonata, todos sin excepción, se debaten dentro de esta antinomia. —Oshima escucha la música con gran atención. Tararea la melodía. Luego prosigue—. Por eso la escucho mientras conduzco. Tal como te he dicho antes, la mayoría de las interpretaciones son fallidas por una u otra razón. Y una imperfección rebosante de calidad estimula la conciencia, mantiene alerta. Si condujera escuchando la interpretación perfecta de una música perfecta, tal vez acabaría cerrando los ojos y me entrarían ganas de morir sin volver a abrirlos. Pero, al escuchar la sonata en re mayor, puedo percibir en ella las limitaciones de la vida humana. Puedo descubrir que cierto tipo de perfección sólo puede conseguirse a través de una imperfección sin límites. Y me estimula. ¿Entiendes lo que quiero decir?

- Más o menos.

Lo siento —se disculpa Oshima—. A la que empiezo a hablar de esto me dejo llevar por el entusiasmo.

Pero con respecto a la imperfección, existen diferentes clases, diversos grados, ¿no?

Claro.

- Aunque sólo sea en *comparación,* ¿cuál de las interpretaciones que has oído de la Sonata en Re Mayor crees que es la mejor?

Es una pregunta difícil —dice.

Reflexiona unos instantes. Pone una marcha más corta, sobrepasa la línea discontinua, adelanta con celeridad un enorme camión frigorífico de una compañía de transportes, pone una marcha más larga, vuelve a su carril.

No pretendo asustarte, pero los Road Star de color verde son uno de los coches más difíciles de distinguir de noche por la autopista. Es un coche bajo, el color verde se confunde con la oscuridad. Resulta especialmente difícil de ver desde el asiento del conductor de un trailer. Si no tienes cuidado, es muy peligroso. Sobre todo, dentro de los túneles. La verdad es que todos los coches deportivos deberían tener la carrocería de color rojo. Por eso hay tantos Ferrari de ese color. Pero a mí me gusta más el verde. Lo prefiero aunque sea peligroso. El verde es el color de los bosques. Y el rojo es el color de la sangre.

Mira su reloj de pulsera. Luego vuelve a tararear al compás de la música.

- Se suele decir que las interpretaciones que logran que la melodía tome una forma más definida son las de Brendel y Ashkenazy. Pero, a decir verdad, a mí no me emocionan. Si me preguntas, te diré que la música de Schubert es para desafiar las maneras y desgarrarse. Ésta es la esencia del romanticismo, y la música de Schubert está, en este sentido, en la flor del romanticismo. —Escucha con atención la sonata de Schubert—. ¿Qué? Aburrida, ¿no? —comenta.

Pues sí, la verdad —le digo con franqueza.

Para entender la música de Schubert es necesario cierto aprendizaje. A mí también me pareció aburrida la primera vez que la escuché. Y a tu edad es normal que así sea. Pero pronto aprenderás a apreciarla. En este mundo, las personas enseguida nos cansamos de las cosas que no son aburridas, y las cosas de las que no nos hartamos suelen ser aburridas. Así son las cosas. En mi vida hay espacio para el aburrimiento, pero no lo hay para el hastío. La mayoría de la gente no sabe discernir entre ambas cosas.

- Cuando hace un rato has dicho que eras una «persona especial», ¿te referías a la hemofilia?
- También a eso —me mira y sonríe. Su sonrisa tiene algo de diabólico—. Pero no sólo a eso. Hay algo más.

Al acabar la larga sonata celestial de Schubert no escuchamos nada más. Ambos enmudecemos de manera espontánea y nos abandonamos a pensamientos deshilvanados en silencio. Contemplo distraído los postes indicadores que aparecen de tanto en tanto. Al torcer en una encrucijada hacia el sur, la carretera se adentra en la montaña y empiezan a sucederse largos túneles. Óshima se concentra en las maniobras de adelantamiento. En la carretera son muchos los vehículos de gran tonelaje que circulan a poca velocidad y nosotros vamos dejándolos atrás, uno tras otro. Al adelantar un vehículo grande se oye un silbido en el aire. Como si le arrancáramos el alma a algo. De vez en cuando me vuelvo hacia atrás y compruebo que mi mochila sigue amarrada atrás.

- El lugar adonde nos dirigimos se encuentra en el corazón de las montañas y no puede decirse que sea un sitio cómodo para vivir. Mientras estés allí, posiblemente no veas a nadie. Tampoco hay radio, ni televisión, ni teléfono —dice Óshima—. ¿Te importa?

Le respondo que no me importa.

- Tú estás acostumbrado a la soledad —concluye Óshima. Asiento.
- Sin embargo, hay diferentes tipos de soledad. Y la que te vas a encontrar allí tal vez sea un tipo de soledad insospechada. —¿En qué sentido?

Óshima empuja hacia atrás el puente de sus gafas.

- No puedo decirte nada. Eso lo interpretarás tú a tú manera.

Dejamos la autopista, tomamos una carretera nacional. Un poco más allá de la salida de la autopista hay un pueblo bordeando el camino, tiene una tienda que abre las veinticuatro horas. Óshima detiene el coche, compra tanta comida que apenas puede acarrear las bolsas él solo. Verdura y fruta, galletas, leche y agua, latas de conserva, pan, comida precocinada y envasada al vacío. Únicamente alimentos cómodos de preparar, que no hay que cocinar

apenas. Vuelve a pagar la cuenta. Cuando yo hago ademán de sacar dinero, él niega en silencio con un movimiento de cabeza.

Volvemos a montar en el coche, seguimos por la carretera. Sentado en el asiento del copiloto, abrazo las bolsas de comida que no han cabido en el portaequipajes. Al dejar el pueblo atrás, negras tinieblas cubren la carretera. Las casas desaparecen, cada vez nos cruzamos con menos coches. La carretera se vuelve tan estrecha que por momentos se hace más dificultoso cruzarse con un coche que venga de frente. Pero Óshima pone las luces largas y avanza sin reducir apenas la velocidad. Su mano pasa del freno al acelerador sin parar. De su rostro se borra toda expresión. Toda su atención se concentra en conducir. Los labios apretados, los ojos clavados en algún punto de las tinieblas que se extienden frente a él. La mano derecha en el volante, la izquierda en el pomo de la palanca corta del cambio de marchas.

Poco después, el lado derecho de la carretera queda delimitado por un barranco. Por lo visto$_s$ al fondo discurre un riachuelo. Las curvas son cada vez más cerradas, la calzada menos segura. El coche resbala entre gemidos estridentes. Pero yo ya he decidido dejar de pensar en el peligro. Tener un accidente en este lugar no debe de contarse entre sus opciones vitales.

Las agujas del reloj señalan casi las nueve. Entreabro la ventanilla. Entra aire fresco. A mi alrededor, los ecos también son distintos. Nos hallamos en plena montaña, adentrándonos en un lugar recóndito. Finalmente, el camino se aparta del precipicio (cosa que me tranquiliza un poco) y se interna en el bosque. Altos árboles se yerguen a nuestro paso, hechiceros. Los faros del coche iluminan, uno tras otro, los gruesos troncos como si los lamieran. Ya hace rato que el pavimento ha desaparecido, los neumáticos levantan piedrecillas que se estrellan contra la carrocería con un ruido seco. La suspensión del coche oscila sin cesar al compás del abrupto camino. No se ven ni estrellas ni la luna. De vez en cuando una lluvia menuda azota el parabrisas.

¿Vienes por aquí a menudo? —pregunto.

- Hace tiempo sí venía. Pero ahora trabajo y ya no puedo desplazarme tan a menudo. Mi hermano mayor es surfista, vive en la costa de Kóchi. Tiene una tienda de artículos de surf y construye tablas. Y a veces se pasa por aquí. ¿Tú haces surf?

Le respondo que no lo he probado nunca.

Si tienes ocasión, pídele a mi hermano que te enseñe. Es muy bueno —dice Óshima—. Y, si lo ves, ya te darás cuenta, pero no se parece en nada a mí. Él es corpulento, callado, poco sociable, está muy bronceado, le gusta la cerveza, no distingue a Schubert de Wagner. Pero nos llevamos muy bien.

Avanzamos por el camino de montaña, cruzamos un bosque tras otro y al fin llegamos a nuestro destino. Óshima detiene el coche, se apea dejando el motor encendido, abre el candado de una especie de valla metálica, la empuja y abre. Luego se adentra con el coche en el terreno vallado y, durante un tiempo, sigue por el camino pedregoso. Poco después aparece ante nuestros ojos un pequeño claro. El camino muere allí. Óshima detiene el coche y, todavía sentado en su asiento, exhala un profundo suspiro, se echa el flequillo para atrás con ambas manos, luego da la vuelta a la llave y apaga el motor. Echa el freno de mano.

Al detenerse el motor nos invade un pesado silencio. El ventilador de refrigeración gira y el motor, recalentado por el prolongado esfuerzo, se contrae expuesto al aire externo. Un ligero vaho blanco flota sobre el capó. Al parecer, un riachuelo fluye por las cercanías: me llega el murmullo del agua. El viento sopla a ráfagas sobre mi cabeza con un silbido simbólico. Abro la portezuela del coche y me apeo. El aire frío se concentra a rachas aquí y allá. Me subo hasta arriba la cremallera de la chaqueta que llevo sobre la camiseta.

Tengo ante mis ojos un edificio pequeño. Parece una cabaña, pero está demasiado oscuro para que pueda apreciar bien los detalles. Sólo los contornos, que se recortan contra el bosque a sus espaldas. Óshima, que ha dejado los faros del coche encendidos, avanza despacio con una pequeña linterna en la mano, sube los peldaños del porche, saca una llave del bolsillo y abre la puerta. Entra, raspa una cerilla, enciende una lámpara. De pie en el porche que antecede la puerta levanta la lámpara y dice:

- Bienvenido a mi casa.

Su figura me recuerda una ilustración de algún cuento antiguo. Subo los peldaños del porche, entro en el edificio. Óshima enciende una lámpara grande que cuelga del techo.

El edificio se compone de una sola habitación, grande como una caja. En un rincón hay una cama pequeña. Una mesa para comer y sillas de madera. Un sofá desvencijado. Una alfombra fatalmente decolorada por el sol. Un conjunto de muebles desechados, al parecer, de varios hogares y reunidos al azar. Hay una librería hecha con recias tablas de madera puestas sobre ladrillos y un montón de libros alineados en sus estantes. Los lomos de todos los libros se ven viejos, gastados tras múltiples lecturas. Hay un armario ropero de líneas anticuadas. Una cocina sencilla. Un mostrador y una cocina pequeña de gas, un fregadero sin grifo. En su lugar, un depósito de aluminio. En la alacena se alinean las ollas y una tetera. De la pared cuelga una sartén. En el centro de la habitación se yergue una estufa de hierro para quemar leña.

- Esta cabaña la construyó mi hermano mayor. Era una simple cabaña de leñador y él la transformó por completo. Mi hermano tiene muy buenas manos. Yo entonces era todavía muy pequeño, pero lo ayudé en lo que pude, claro, con cuidado de no herirme. No es que intente presumir de ello, pero es una cabaña muy primitiva. Tal como te he dicho antes, no hay luz eléctrica, ni agua, ni siquiera lavabo. El único vestigio de civilización es el gas propano.

Óshima cogió la tetera y, tras limpiarla por dentro con agua mineral, puso agua a calentar.

- Esta montaña perteneció a mi abuelo. Era de Kóchi, muy rico, poseía muchas tierras. Cuando murió, hace unos diez años, mi hermano y yo heredamos esta montaña. Casi toda la montaña, entera, vamos. Ningún pariente la quiso. Está lejos, apenas tiene valor alguno. Para explotar los bosques se tendría que reunir a muchas personas que los cuidaran. Y para eso haría falta mucho dinero.

Abro la cortina de la ventana. Al otro lado se extiende, como si fuera un muro, una profunda oscuridad.

- Cuando tenía tu edad —dice Óshima metiendo un sobrecito de manzanilla dentro de la tetera—, me venía a vivir aquí solo muchas veces. Entonces no veía a nadie, no hablaba con nadie. Mi hermano me medio forzaba a hacerlo. No era muy normal que lo hiciera, teniendo en cuenta la enfermedad que sufro. Era peligroso que me dejara aquí solo. Pero a mi hermano eso no le preocupaba. —Apoyado en el mostrador de la cocina, espera a que hierva el agua—. No es que mi hermano quisiera endurecerme sometiéndome a una disciplina férrea ni nada por el estilo. Simplemente pensaba que eso era lo que me convenía en aquel momento. Y fue algo positivo. Para mí, vivir aquí fue una experiencia llena de sentido. Pude leer mucho, pude pensar con calma. A decir verdad, en aquella época apenas iba a la escuela. A mí no me gustaba la escuela, y a la escuela yo tampoco le gustaba demasiado. Es que yo, ¿cómo te diría?, yo era diferente a los demás. El bachillerato me lo aprobaron casi por caridad, pero luego me apañé yo solo. Como tú ahora. ¿Te he hablado ya de ello?

Hago un movimiento negativo con la cabeza.
¿Por eso eres tan amable conmigo?
Eso también cuenta —dice. Hace una pausa—. Pero no es ésa la única razón.

Óshima me tiende una taza de manzanilla, él bebe de otra. La manzanilla caliente serena mis nervios sobreexcitados por el largo viaje. Óshima mira el reloj.

- Tengo que irme ya, así que voy a explicarte cuatro cosas. Por aquí cerca hay un riachuelo de agua pura, así que el agua puedes cogerla directamente de allí. El agua brota allí mismo, puedes beberla tal cual. Es mucho mejor que el agua mineral de allá. Hay leña apilada detrás de la casa, por lo tanto, si tienes frío, enciende la estufa. Aquí hace frío. Yo mismo he encendido a veces la estufa en agosto. También puedes utilizarla para cocinar comidas sencillas. Aparte de esto, en una caseta que hay detrás encontrarás herramientas diversas, así que, en caso de que necesites algo, lo buscas allí. Dentro del armario está la ropa de mi hermano, coge lo que quieras. No es de los que se preocupan por quién se ha puesto su ropa. —Con ambas manos en la cintura, Óshima lanza una mirada a todo el interior de la cabaña—. Como puedes ver, esta cabaña no se hizo con finalidades románticas. Pero para vivir no es un mal sitio. ¡Ah! Un consejo. Es mejor que no te adentres demasiado en el bosque. Es un bosque muy, muy profundo y no hay senderos. Cuando te adentres en el bosque, no pierdas nunca de vista la cabaña. Si te metes más adentro, existe *el* riesgo de que te extravíes y, una vez te pierdes, es muy difícil volver a hallar el camino. Yo también tuve una mala experiencia. Me pasé medio día dando vueltas a unos escasos cientos de metros de aquí. Quizá pienses que Japón es un país pequeño y que no existe el peligro de perderse en el interior de un bosque. Pero, una vez te extravías, el bosque se extiende hasta el infinito.

Tomo nota mental de su consejo.

- Y luego, a no ser que se trate de una emergencia, es mejor que no intentes bajar de la montaña. Los lugares habitados están demasiado lejos. Si me esperas aquí, yo pasaré a recogerte. Creo que podré venir dentro de unos dos o tres días. Dispones de suficiente comida hasta entonces. ¡Ah! Por cierto, ¿tienes teléfono móvil?

Digo que sí. Le señalo mi mochila.
Él sonríe.

- Pues puedes dejarlo ahí dentro. Aquí no se pueden utilizar los teléfonos móviles. No hay cobertura. Y tampoco se puede escuchar la radio, claro. Es decir, estarás completamente aislado, separado del mundo. Podrás leer muchos libros.

Se me ocurre de repente una pregunta realista.

Si no hay lavabo, ¿dónde puedo hacer mis necesidades? Óshima extiende los dos brazos.

Este bosque grande y profundo es todo tuyo. A ti te toca decidir dónde está el lavabo, ¿no te parece?

14

Nakata fue varios días seguidos al solar circundado por la valla. Sólo llovió en una ocasión, desde por la mañana, y ese día Nakata lo empleó en hacer unos sencillos trabajos de madera en su casa; pero los otros días permaneció sentado entre la maleza del solar desde la mañana hasta la noche, esperando a que viniera la gatita a rayas blancas, negras y marrones o a que apareciese el hombre del extraño sombrero. Pero fue en balde.

Al anochecer, Nakata se pasó por la casa de quien le había encargado la búsqueda del gato y le informó de cómo habían ido las pesquisas de la jornada. Qué información había obtenido, adónde había ido y qué había hecho para encontrar a la gatita desaparecida. Como muestra de agradecimiento por los desvelos del día recibió tres mil yenes. Ése era el pago estipulado. En realidad, no es que alguien lo hubiera fijado, pero la reputación de Nakata como «maestro en la búsqueda de gatos» había corrido de boca en boca por el lugar y, de forma automática, la cuantía del estipendio quedó fijada en tres mil yenes diarios. Con todo, a Nakata no le daban sólo dinero, siempre recibía algo más. O comida o ropa. Además, cuando lograba encontrar un gato, estaba estipulado ofrecerle una recompensa de diez mil yenes.

Como a Nakata. no le pedían continuamente que buscara gatos, esa suma, contabilizada como ingresos mensuales, no suponía gran cosa. Era su hermano menor quien administraba la herencia que le habían dejado a Nakata sus padres (que no ascendía a mucho), además de sus pequeños ahorros. Corría también con todos los gastos del gas, la electricidad y otras tarifas varias. Y Nakata contaba, por fin, con el subsidio vitalicio de invalidez del ayuntamiento de Tokio. Así que el estipendio que recibía por buscar gatos era un dinero que podía utilizar a su antojo, y a Nakata eso le parecía una fortuna. A decir ver dad, aparte de comer anguila, a veces no se le ocurría en qué gastarlo. Y el dinero que le sobraba iba escondiéndolo debajo del tatami de su habitación. Porque Nakata, que no sabía ni leer ni escribir, no podía ir al banco ni a Correos. Porque allí, para cualquier cosa que quieras hacer, debes escribir en un papel tu nombre y dirección.

Que podía hablar con los gatos, eso era algo que Nakata mantenía en un secreto absoluto. Aparte de los gatos, él era el único que lo sabía. Si se lo contara a alguien, ese alguien creería que Nakata había perdido el juicio. Que Nakata era tonto era de dominio público, por supuesto. Pero una cosa es ser tonto y, algo muy distinto, estar loco.

Alguna vez le había sucedido que, al pasar, la gente lo había visto conversando animadamente con algún gato a un lado del camino, pero nadie le había concedido a ese hecho la menor importancia. Tampoco era tan extraño que un anciano como él se dirigiera a los gatos como si de seres humanos se tratara. Y todos pensaban con admiración: «¿Cómo puede ser que Nakata conozca tan bien las costumbres y la mentalidad de los gatos? ¡Ni que pudiera hablar con ellos!», pero él se limitaba a sonreír sin decir palabra. Como Nakata era una persona seria, educada y con una sonrisa siempre en los labios, tenía muy buena fama entre las señoras del barrio. También influía en ello su pulcritud en el vestir. Nakata era pobre, pero le encantaba bañarse y hacer la colada, y, además, como recompensa por lo de los gatos, aparte de dinero solían regalarle ropa nueva que no necesitaban. Tal vez no pudiera decirse que le sentara divinamente el conjunto de golf de color rosa salmón marca Jack Nicklaus, pero eso a él le traía sin cuidado.

Ante el portal de la casa, Nakata informó detalladamente, aunque con voz balbuceante, sobre la marcha de la investigación a la señora Koizumi, la mujer que le había pedido que buscara a la gatita.

- Por fin he obtenido información sobre Goma. Un tal señor Kawamura me ha dicho que hace unos días vio a una gatita a rayas blancas, negras y marrones, que podría ser Goma, en un gran solar rodeado por una valla que se encuentra en 2—chóme. De aquí a ese solar sólo hay dos calles grandes, pero tanto la edad como el pelaje y el collar coinciden con los de Goma. Nakata va a tener el solar bajo estrecha vigilancia. Nakata se llevará la comida, permanecerá sentado allí de la mañana a la noche. ¡Oh, no! No se preocupe. Nakata no tiene nada que hacer durante todo el día. A no ser que llueva a cán$_{t}$aros, no hay ningún problema. Pero si usted cree que no es preciso que Nakata vigile más, dígamelo. Y Nakata dejará de hacerlo inmediatamente.

No mencionó que Kawamura no era una persona sino un gato a rayas de color marrón. Porque, si lo hubiera hecho, la historia se hubiera complicado.

La señora Koizumi le dio las gracias a Nakata. Sus dos hijas pequeñas, que adoraban a Goma, estaban terriblemente deprimidas desde la desaparición de la gatita. Tanto que apenas comían.

- Es que los gatos son así, desaparecen sin más.

Desde luego, eso no se les puede decir a unas niñas para consolarlas. Pero la señora no tenía tiempo de ir rondando en busca de la gata. Era de agradecer que alguien la buscara con ahínco un día tras otro por sólo tres mil yenes. Se trataba de un anciano extraño, con una manera de hablar muy peculiar, pero tenía muy buena reputación como «buscador de gatos», tampoco parecía mala persona. Se le podría calificar de honesto, aunque lo cierto era que, con las pocas luces que tenía, difícilmente hubiese podido engañar a alguien. Ella le entregó, metido dentro de un sobre, el estipendio del día y también un *tupperware* con arroz variado recién hecho y batata cocida.

Nakata lo tomó con reverencia, lo olisqueó y dio las gracias.

- Muchas gracias. La batata cocida es uno de mis platos favoritos.
- Espero que le guste —dijo la señora Koizumi.

Hacía una semana que Nakata había empezado a vigilar el solar. Durante ese tiempo, Nakata vio a muchos gatos por el descampado. Kawamura, el gato a rayas de color marrón, iba varias veces al día, se acercaba a Nakata y le dirigía amablemente la palabra. Nakata le devolvía el saludo. Le hablaba del tiempo y le hablaba del subsidio del ayuntamiento. Pero lo que Kawamura le decía, eso Nakata seguía sin comprenderlo.

- Tieso, en la acera, Kawa'ra, qué hago, no sé —decía Kawamura. Por lo visto quería, a toda costa, comunicarle algo a Nakata. Pero Nakata no era capaz de entender una sola palabra.
- No le comprendo —le confesó con honestidad. Kawamura puso cara de cierto apuro y (probablemente) intentó decirle lo mismo con otras palabras.
- Kawa'ra grita, ata, ata.

Pero eso Nakata aún lo entendió menos.

«¡Ojalá estuviese aquí la señorita Mimí!», pensó Nakata. Mimí, sin duda, le daría a Kawamura unos cachetes en las mejillas y lograría que hablase de una manera más fácil de entender. Y ella le desvelaría el significado de lo que decía, se lo traduciría. Era una gata muy inteligente. Pero Mimí no se encontraba allí. Porque había decidido no poner los pies en el solar. Odiaba que los demás gatos le pegaran las pulgas.

Tras pasarse un rato encadenando palabras incomprensibles a los oídos de Nakata, Kawamura se marchó sonriente.

Por el solar fueron apareciendo otros gatos. Al principio todos se ponían en guardia al ver a Nakata y lo contemplaban desde lejos con ojos molestos, pero a la que se dieron cuenta de que se limitaba a permanecer sentado sin hacer nada decidieron, por lo visto, hacer caso omiso de su presencia. Nakata les dirigía amablemente la palabra. Los saludaba, se presentaba. Sin embargo, casi todos los gatos lo ignoraban y no le devolvían el saludo. Fingían no verlo, fingían no oírlo. Y aquellos gatos sabían muy bien cómo fingir. «Seguro que todos ellos han tenido experiencias horribles con seres humanos», pensó Nakata. En todo caso, Nakata no les reprochaba lo poco sociables que eran. Al fin y al cabo, en la sociedad gatuna él no era más que un extraño. No estaba en situación de exigirles nada.

Sólo hubo un gato que, lleno de curiosidad, optó por devolverle un sencillo saludo a Nakata.

- ¡Vaya! Así que tú sabes hablar —le dijo, tras pensárselo un poco, un gato moteado, blanco y negro, con una oreja desgarrada, lanzando una mirada a su alrededor. Su manera de hablar era brusca, pero no parecía tener mal carácter.

Sí, pero sólo un poco —admitió Nakata.

- ¡Pues, aunque sólo sea un poco, no veas! —exclamó el moteado. —Me llamo Nakata —se presentó Nakata—. ¿Podría decirme cuál es su nombre?

Yo eso no tengo —le espetó el moteado.

En tal caso, ¿qué le parece el nombre de Okawa? ¿Le importaría que lo llamara a usted así?

- Llámame como quieras.

Pues, entonces, señor Okawa —dijo Nakata—, ¿le apetecen unas sardinitas secas para celebrar nuestro encuentro?

- ¡Vaya! ¡No te diré que no! i Con lo que a mí me gustan las sardinitas secas!

Nakata se sacó de la bolsa unas sardinitas envueltas en celofán transparente y se las entregó a Okawa.

Nakata siempre llevaba preparados unos cuantos paquetitos de sardinitas secas dentro de la bolsa.

Ókawa se las comió con gran deleite. Luego se lavó la cara.

- ¡Gracias! —dijo Okawa—. Te debo una. ¿Quieres que te lama en alguna parte?
- ¡Oh, no! Estoy muy contento de que le hayan gustado. En este preciso momento no necesito que me lama usted. Muchas gracias. Claro que..., ¿sabe usted, señor Okawa? Estoy buscando a un gato. Me han pedido que lo busque y lo estoy buscando. Se trata de una gatita a rayas blancas, negras y marrones que se llama Goma.

Nakata sacó de la bolsa una fotografía en color de Goma y se la mostró a Okawa.

- Me informaron de que la habían visto por aquí. Por eso he venido. Nakata, ¿sabe?, ha permanecido varios días sentado aquí, esperando a que apareciera Goma. ¿No la habrá visto por casualidad, señor Okawa?

Okawa lanzó una ojeada a la fotografía y su rostro se ensombreció. Una arruga se le dibujó en el entrecejo y parpadeó varias veces.

Oye, te estoy muy agradecido por las sardinas. Y no te miento. Pero de eso yo no puedo hablar. Si abriera la boca me las cargaría.

«¿Que si abriera la boca se las cargaría? ¿Se cargaría el qué?», Nakata se sintió completamente desconcertado ante esas palabras.

Es un peligro. Mal asunto. Oye, ¿quieres un consejo? A ese gato mejor que lo olvides. Y harías mejor no acercándote más por aquí. Te doy este consejo de corazón. Me sabe mal no haber podido ayudarte, pero toma el consejo a cambio de las sardinas.

Tras pronunciar estas palabras, Okawa se levantó, echó un vistazo a su alrededor y desapareció entre la maleza.

Nakata exhaló un suspiro, sacó el termo de la bolsa y se bebió el té despacio, con parsimonia.

«Peligroso», había dicho Ókawa. Sin embargo, a Nakata no se le ocurría qué peligro podía acecharlo en aquel solar. Él solamente estaba buscando a una gatita a rayas blancas, negras y marrones que se había extraviado. ¿Qué había de peligroso en ello? ¿Era acaso aquel cazador de gatos de extraño sombrero, de quien le había hablado Kawamura, lo que era peligroso? Pero Nakata era un ser humano. No era un gato. Y no hay ninguna razón por la cual un ser humano deba temer a un cazador de gatos.

Pero en el mundo había muchas cosas que Nakata no podía imaginar siquiera, y en ellas se ocultaban innumerables razones que Nakata era incapaz de comprender. Así que dejó de reflexionar. Porque, teniendo tan pocas luces como tenía, lo único que conseguía pensando en exceso era que le doliera la cabeza. Y Nakata se tomó con reverencia el último sorbito de té, tapó el termo y lo guardó dentro de la bolsa.

Después de que Ókawa hubiera desaparecido entre la maleza, durante largo tiempo no apareció ningún gato. Sólo las mariposas revolotearon en silencio por encima de la hierba. Los gorriones se acercaron en bandada, se dispersaron por el solar y, luego, volvieron a agruparse, levantaron el vuelo y se marcharon. Nakata se adormeció repetidas veces, y en cada ocasión se despertó sobresaltado. Sabía la hora por la posición del sol.

Ya casi anochecía cuando el perro aquel se plantó ante Nakata. El perro surgió de la maleza como por ensalmo. Apareció despacio, sin hacer ruido. Un perrazo enorme de color negro. Desde donde estaba sentado Nakata, más que un perro parecía un ternero. Tenía las patas largas; el pelo, corto. Los músculos, forjados en acero. Las orejas, puntiagudas como el filo de una daga. No llevaba collar. Nakata no conocía las distintas razas de perros. Pero de una ojeada comprendió que aquél era un perro feroz... o, al menos, que podía llegar a serlo si la ocasión lo requería. Se trataba del tipo de perro que suelen usar en el ejército.

Su mirada era acerada e inexpresiva, alrededor de la boca, la carne estaba vuelta hacia fuera, colgaba, y tras ella asomaban unos afilados colmillos blancos. En los dientes se veían rastros rojos de sangre, y alrededor de la boca tenía adheridos pequeños jirones de carne pegajosa. La lengua, rojísima, asomaba entre los dientes como una llama temblorosa. No apartaba los ojos de Nakata. Durante largo tiempo, el perro no exhaló ni un sonido, no hizo un solo movimiento. Tampoco Nakata dijo nada. Él no podía hablar con los perros. Los gatos eran los únicos animales con los que podía mantener una conversación. Los ojos del perro se veían turbios como el agua de una charca, fríos como bolas de cristal.

Nakata aspiraba breves y silenciosas bocanadas de aire. No es que sintiera ningún miedo en particular. Era consciente, claro está, de que en aquel instante estaba expuesto a un peligro. Comprendía más *o* menos (aunque no supiera por qué) que frente a él había un animal hostil lleno de agresividad. Pero eso no quería decir que Nakata llegara a comprender que ese peligro pudiera materializarse y caer sobre él. La idea de la muerte era algo que trascendía los límites de su imaginación. Y del dolor, hasta el momento de experimentarlo, tampoco tenía conciencia. El concepto abstracto del dolor era algo que Nakata no podía comprender. Por lo cual, pese a tener aquel perro ante sí, Nakata no experimentaba temor alguno. Simplemente se sentía un poco confuso.

- *iLevántate!* —exclamó el perro.

Nakata tragó saliva. El perro le estaba hablando. Sin embargo, en realidad no parecía que lo estuviera haciendo. No movía la boca. Se limitaba a transmitirle a Nakata un mensaje valiéndose de un método distinto al oral.

- *iLevántate y sígueme!* —le ordenó el perro.

Nakata se levantó del suelo, tal como le decía. Pensó en saludar al perro, pero se lo pensó dos veces y acabó desistiendo. Aun suponiendo que pudiera hablar con aquel perro, dudaba que eso le fuera de alguna utilidad. En primer lugar, a Nakata no le apetecía en absoluto hablar con él. Ni siquiera le apetecía darle un nombre. Dudaba que, por mucho tiempo que pasara, llegase a hacerse jamás amigo de aquel perrazo.

De repente se le ocurrió que tal vez aquel perro pudiera tener algo que ver con el gobernador. Que tal vez el señor gobernador se hubiese enterado de que Nakata recibía estipendios por buscar gatos y que le hubiese enviado a aquel perro para notificarle que le retiraba la subvención. Tratándose del gobernador, no sería de extrañar que tuviera un perro como aquél. Y, si aquello se confirmaba, Nakata se hallaría en una situación muy comprometida.

Cuando Nakata se levantó, el perro empezó a andar despacio. Nakata se colgó la bolsa al hombro y lo siguió. El perro tenía el rabo corto y, debajo de éste, le colgaban un par de grandes testículos.

El perro cruzó el solar en línea recta y se escurrió a través de la valla. Nakata salió detrás de él. El perro no se volvió una sola vez. En realidad no tenía ninguna necesidad de hacerlo: por el ruido de los pasos sabía que Nakata lo estaba siguiendo. Conducido por el perro, Nakata recorrió las calles. Conforme se acercaban al barrio comercial iba aumentando el número de transeúntes. La mayoría, amas de casa del vecindario que habían salido a hacer la compra. El perro avanzaba con aire amenazador, la cabeza alta, la vista clavada ante sí. La gente que venía de cara, al ver aquel perrazo negro de aspecto tan agresivo se apartaba precipitadamente. Había incluso quien se apeaba de la bicicleta y cambiaba de acera.

Como iba andando en pos del perro, Nakata se sentía como si fuera a él a quien rehuía la gente. Quizá pensaran que había sacado a pasear a aquel perrazo sin atarlo siquiera. Lo cierto es que había personas que le lanzaban miradas hostiles a Nakata, llenas de reprobación. Y eso a él lo llenaba de tristeza. «Esto yo no lo hago por gusto, ¿saben?», hubiera querido explicarles. Era el perro quien lo estaba conduciendo a él, ésa era la verdad. Porque Nakata no era fuerte. Nakata, en realidad, era un ser débil.

Precediendo a Nakata, el perro recorrió un largo camino. Cruzó varias encrucijadas, atravesó diversos barrios comerciales. En los cruces, el perro hacía caso omiso de los semáforos. Como no eran calles muy anchas y los coches no circulaban a gran velocidad, cruzar con el semáforo en rojo no representaba un gran peligro. Al ver el perrazo, todos los conductores pisaban raudo el pedal del freno. Y el perro les mostraba los dientes, les lanzaba miradas hostiles y cruzaba despacio, con aire de desafio, los semáforos en rojo. Y a Nakata no le quedaba otro remedio que hacer lo propio. El perro conocía perfectamente el significado de los semáforos. Se limitaba a ignorarlos. Nakata se dio cuenta de ello. El perro parecía estar acostumbrado a hacer lo que le viniera en gana.

Nakata ya no sabía dónde estaba. Hasta medio camino habían recorrido la zona residencial del distrito de Nakano, que le era muy familiar, pero a partir del instante en que doblaron una esquina, Nakata dejó de saber, de repente, dónde se encontraba. Lo invadió la inquietud. ¿Qué sería de él si se extraviaba y no sabía cómo volver a casa? Quizá ya no se encontraba en Nakano. Nakata miró a su alrededor, pero no descubrió por la zona nada que le resultase familiar.

Libre de toda preocupación, el perro seguía avanzando al mismo paso, con idénticos movimientos. La mirada alta, las orejas erguidas, los testículos balanceándose suavemente como péndulos, avanzaba a una velocidad a la que Nakata pudiera seguirlo sin problemas.

- ¿Oiga, todavía estamos en Nakano? —se decidió a preguntarle Nakata.

El perro no respondió. Ni siquiera se dio la vuelta.

- ¿Tiene usted alguna relación con el gobernador?

No hubo respuesta, como era de esperar.

- Nakata sólo estaba buscando a un gato. A una gatita a rayas blancas, negras y marrones. Se llama Goma.

Silencio.

Nakata desistió. A aquel perro era inútil dirigirle la palabra.

Era un rincón de algún tranquilo barrio residencial. Los grandes edificios se alineaban uno al lado del otro. No se veía ningún transeúnte. El perro se metió en una de las casas. Un muro de piedra de estilo antiguo, un espléndido portal de dos batientes muy poco común hoy en día. Uno de los batientes está abierto de par en par. En el porche hay estacionado un gran coche. Tan negro como el perro, bruñido y reluciente, sin mácula. La puerta del recibidor también está abierta de par en par. Y el perro entra sin dudarlo, sin detenerse un instante. Nakata se quita las viejas zapatillas de deporte, las encara juntas al revés, hacia el interior de la casa," se quita la gorra de alpinista de la cabeza, la mete en la bolsa y, tras sacudirse las briznas de hierba de los pantalones, se adentra en la casa. El perro, que se había detenido esperando a que Nakata estuviera listo, lo conduce, a través de un pasillo de tablas pulidas, hacia la sala de visitas o el estudio que está al fondo.

En el interior de la estancia reina la oscuridad. El sol se está poniendo y, además, la gruesa cortina de la ventana que da al jardín está corrida. No hay una sola luz encendida. En el fondo de la habitación se ve un gran escritorio y, al parecer, hay alguien sentado al lado. Pero los ojos de Nakata todavía no se han acostumbrado a la oscuridad y no puede distinguir bien de qué se trata. Sólo la negra silueta de una persona perfilándose en la oscuridad, como si fuera un dibujo recortado. Al entrar Nakata, la silueta cambia despacio de ángulo. Quien se encuentra allí, al parecer, se ha vuelto hacia Nakata haciendo rodar una silla giratoria. El perro se ha detenido, se ha sentado en el suelo y ha cerrado los ojos. Como indicando que allí concluye su cometido.

- Buenas tardes saluda Nakata dirigiéndose a la silueta de oscuros contornos.

El otro guarda silencio.

Me llamo Nakata. Con su permiso. No he entrado con malas intenciones.

No hay respuesta.

Nakata ha venido porque el perro le dijo que lo siguiera y lo ha traído hasta aquí. Así que me he tomado la libertad de entrar en su casa sin permiso. Le ruego que me disculpe. Y, si usted no tiene inconveniente, me iré ahora mismo...

- Siéntate en ese sillón —dijo el hombre. En voz baja pero incisiva.
- Sí, sí —dijo Nakata. Y se sentó en un sillón que se encontraba allí. Justo a su lado, el negro perrazo permanecía sentado, inmóvil, como si fuera una estatua—. ¿Es usted el señor gobernador?

Algo parecido —contestó el otro hablando desde las tinieblas—. Si pensar eso hace que las cosas te sean más fáciles de entender, pues lo piensas y en paz. Tanto da.

El hombre se volvió, extendió un brazo, tiró de una cadenita y encendió una lámpara de pie. Era una pálida luz amarillenta de tonalidad antigua, pero alcanzaba a iluminar toda la estancia.

Y allí había un hombre alto y delgado que llevaba un sombrero negro de copa. Estaba sentado en una silla giratoria de cuero y mantenía las piernas cruzadas frente a él. Vestía una estrecha levita de manga larga de color rojo intenso, un chaleco negro debajo, y calzaba unas botas altas negras. Los pantalones eran blancos como la nieve y ceñidísimos. Parecían unos calzoncillos largos. Alzó una mano y se la llevó al ala del sombrero. Como cuando se saluda a una dama. Con la mano izquierda sostenía un bastón negro con un puño redondo de oro. Por la forma del sombrero debía de ser el «cazador de gatos» de quien hablaba Kawamura.

La fisonomía del hombre no era tan peculiar como su atuendo. No era joven, pero tampoco viejo. No era ni guapo ni feo. Las cejas, gruesas y bien delineadas. Las mejillas mostraban un saludable color rosado. Tenía la cara extrañamente tersa, sin barba ni bigote. Los ojos rasgados, y en sus labios flotaba una sonrisa sardónica. Una cara difícil de recordar. Más que sus facciones, lo que captaba la atención al instante era su extraña indumentaria. De haber vestido otras ropas, es probable que resultara difícil reconocerlo.

- Supongo que sabes cómo me llamo.
- No, no lo sé —dijo Nakata.

Una ligera decepción se pintó en el rostro del hombre.

- ¿No lo sabes?
- No. Tendría que habérselo mencionado ya, pero Nakata no es muy inteligente, ¿sabe?
- Pero esta imagen te suena, ¿no? —dijo el hombre, se levantó y se puso de perfil, con las piernas flexionadas como si estuviese andando—. ¿Ni siquiera ahora?
- No, lo siento mucho. No recuerdo haberlo visto nunca.
- ¡Vaya! Tú no debes de beber whisky, ¿verdad? —dedujo el hombre. —No. Nakata no bebe. Ni fuma. Nakata es tan pobre que necesita la subvención del ayuntamiento y esas cosas no puede permitírselas.

El hombre volvió a tomar asiento y cruzó las piernas. Cogió un vaso de encima de la mesa y bebió un sorbo de whisky. El hielo tintineó dentro del vaso.

- Pues yo sí voy a permitirme beber. Con tu permiso, claro.
- Sí, a Nakata no le importa lo más mínimo. Beba usted a su gusto.

Gracias —dijo el hombre. Después clavó de nuevo la mirada en Nakata—. ¿Entonces no sabes cómo me llamo?

Pues, no. Mil perdones, pero a usted no lo conozco.

El hombre torció levemente los labios. Durante un breve lapso de tiempo, la fría sonrisa se desdibujó —como cuando un rizo turba la superficie del agua—, se borró y, luego, volvió a brotar.

- Un bebedor de whisky me habría reconocido al primer golpe de vista. ¡En fin! ¡Qué más da! Mi nombre es Johnnie Walken. *Johnnie Walken.* La mayor parte de las personas de este mundo sabe quién soy. No es para presumir, pero mi nombre es famoso en toda la faz de la Tierra. Tanto que puede llamárseme icono. No hace falta que te diga que no soy el *auténtico* Johnnie Walken. No tengo relación alguna con la destilería de la Gran Bretaña. Me he limitado a tomar prestados, por las buenas, el nombre y la imagen de la etiqueta. Porque las necesitaba, tanto una cosa como la otra.

El silencio cae sobre la habitación. Nakata no entiende una sola palabra de lo que le está diciendo su interlocutor. Lo único que ha comprendido es que éste se llama Johnnie Walken.

- ¿Es usted extranjero, señor Johnnie Walken?

Johnnie Walken ladeó ligeramente la cabeza.

- Bueno, si pensarlo hace que las cosas te sean más fáciles de entender, pues piénsalo. Tanto da una cosa como otra. Y tan cierta es una como la otra.

Definitivamente, Nakata es incapaz de comprender lo que le está diciendo su interlocutor. Igual que cuando habla con Kawamura, el gato.

- Que es usted extranjero y que, a la vez, no lo es. ¿Se trata de eso? —Pues sí.

Nakata renuncia a seguir con aquel galimatías.

¿Y, entonces, señor Johnnie Walken, usted le ha ordenado a este perro que me conduzca hasta aquí?

Exacto —responde lacónicamente Johnnie Walken.

¿O sea que... usted, señor Johnnie Walken, tiene algo que decirme?

Yo diría más bien que *eres tú* quien tiene algo que contarme a mí —aclaró Johnnie Walken. Y tomó otro sorbo de whisky con hielo—. Por lo que sé, te has pasado muchos días en el descampado esperando a que yo apareciera.

Sí. Es cierto. Lo había olvidado por completo. Es que Nakata es tonto y lo olvida todo enseguida. Pero sí, es exactamente tal como usted dice. Yo lo esperaba a usted en el descampado para preguntarle algo acerca de un gato.

Johnnie Walken dio un golpe seco con el bastón negro en la caña de las botas. Fue un pequeño golpe, pero el chasquido resonó por toda la estancia. El perro levantó un poco las orejas.

El día llega a su fin, la marea sube. Vamos a intentar avanzar un poco más en nuestro asunto —dijo Johnnie Walken—. Lo que tú querías preguntarme, en definitiva, era sobre una gatita a rayas blancas, negras y marrones que se llama Goma, ¿correcto?

Sí, así es. A petición de la señora Koizumi, Nakata lleva unos diez días buscando a Goma, la gatita a rayas blancas, negras y marrones. ¿Conoce usted, señor Johnnie Walken, a Goma?

- Conozco muy bien a ese gato.

¿Y sabe usted también dónde se encuentra?
Sé también dónde se encuentra.

Con la boca entreabierta, Nakata tenía la vista clavada en la cara de Johnnie Walken. Por unos instantes, sus ojos se posaron en el sombrero de copa y, luego, volvieron a fijarse en su rostro. Los finos labios de Johnnie Walken estaban firmemente apretados.

¿Y está cerca?
Johnnie Walken asiente varias veces con la cabeza.

- Muy cerca.

Nakata barrió la estancia con la mirada. Pero allí no se veía ningún gato. Sólo hay un escritorio, la silla giratoria donde estaba sentado aquel hombre, el sillón donde estaba sentado Nakata, un par de sillas más, una lámpara de pie y un mesilla baja de café.

- Entonces —pregunta Nakata—, ¿podré llevarme a Goma? —Eso depende de ti.
- ¿Depende de Nakata?
- Sí. Depende de ti por completo —dijo Johnnie Walken arqueando levemente una ceja—. Basta con que tomes una decisión para poder llevarte a Goma. Y tanto la señora Koizumi como sus hijas se pondrán muy contentas. O tal vez no puedas llevártela bajo ningún concepto. Y, entonces, todos se sentirán decepcionados. ¿Y tú no querrás decepcionarlos a todos, verdad?
- No. Nakata no quiere decepcionar a nadie.
- Igual que yo. Yo tampoco quiero decepcionar a nadie. Es natural.
- ¿Y qué tendría que hacer yo entonces?

Johnnie Walken dio vueltas al bastón con una mano.

Quiero pedirte algo.

¿Y está en mis manos hacerlo?

- Yo no pido nunca a la gente que haga cosas que no son capaces de llevar a cabo. Porque pedirlo sería una pérdida de tiempo. ¿No te parece?

Nakata reflexionó unos instantes.

- Supongo que debe de tener usted razón.

Lo que significa que lo que te estoy pidiendo que hagas es algo que tú puedes llevar a cabo, ¿no es así?

Nakata reflexiona de nuevo.

- Sí, posiblemente sea así.

Ante todo, una teoría general. Y es que toda hipótesis necesita una prueba que la refute.

¿Pe—perdón? —dijo Nakata.

Si no hay pruebas que refuten una teoría no existe avance en la ciencia —aclaró Johnnie Walken dando un golpe con el bastón en la caña de las botas. De una manera extremadamente agresiva. El perro volvió a levantar las orejas—. Bajo ningún concepto.

Nákata permanecía en silencio.

- A decir verdad hace mucho tiempo que estaba buscando a alguien como tú —dijo Johnnie Walken—. Pero jamás lo había encontrado. Sin embargo, por casualidad, el otro día te descubrí

hablando con los gatos. Y pensé: «¡Caramba! Éste es justo el hombre que ando buscando». Así que he tenido el atrevimiento de hacerte venir. Te ruego que me disculpes por la forma en que te he invitado.

¡Oh, no! No se preocupe usted. Nakata no tiene nada que hacer en todo el día —le dijo Nakata.

He formulado varias hipótesis sobre ti —dijo Johnnie Walken—. Por supuesto, también tengo preparadas las correspondientes pruebas que las refutan. Es una especie de juego. Un juego mental que se juega en solitario. Pero todo juego debe tener un ganador y un perdedor. Y, en este caso, se trata de demostrar si las hipótesis son ciertas o no.

Nakata callaba, con la cabeza inclinada.

Johnnie Walken dio dos golpes con el bastón en la caña de sus botas. Ante esa señal, el perro se levantó.

15

Óshima monta en el Road Star y enciende los faros. Al pisar el acelerador, una miríada de piedrecitas choca contra los bajos del coche. El vehículo va marcha atrás, luego enfila hacia el camino. Oshima me hace un gesto de despedida con la mano. Yo levanto la mía. La luz de los faros traseros del coche es absorbida por las tinieblas, el ruido del motor se aleja: al fin se apaga por completo y la paz del bosque llena su vacío.

Entro en la cabaña, atranco la puerta. Al quedarme solo, el silencio se ciñe a mi cuerpo como si hubiese estado aguardando la oportunidad. El aire nocturno es tan frío que se me hace difícil creer que estemos a principios del verano, pero es demasiado tarde para encender la estufa. Esta noche, lo único que puedo hacer es meterme dentro del saco y dormir. Tengo la cabeza embotada de sueño y todos los músculos me duelen a causa del largo viaje en coche. Doy la vuelta al interruptor y bajo la intensidad de la luz. La habitación queda sumida en las tinieblas, las sombras que reinan en los rincones parecen más negras. Como me da pereza desnudarme, me meto en el saco de dormir tal como voy, con los tejanos y la chaqueta puestos.

Cierro los ojos e intento dormir, pero no puedo. Todo mi cuerpo reclama el sueño con insistencia, pero mi conciencia permanece fría y despierta. De vez en cuando, el agudo grito de alguna ave nocturna rasga el silencio. Se oyen diversos ruidos de naturaleza desconocida. El crujido de unas hojas que yacen en el suelo al ser pisadas por algo. El quejido de las ramas de los árboles combándose bajo algún peso. El jadeo de algo. Todo ello resuena muy cerca de la cabaña. De vez en cuando rechina de manera siniestra el suelo de madera del porche. Me siento cercado por una legión de seres desconocidos..., por seres vivos que pueblan las tinieblas.

Me siento observado por alguien. Siento el escozor de su mirada en mi piel. Mi corazón late con un ruido seco. Entreabro los ojos y embutido aún dentro del saco, barro con la mirada la estancia iluminada por la tenue luz de la lámpara, me cercioro una y otra vez de que allí no hay nadie. La puerta de entrada está cerrada con una gruesa tranca, las espesas cortinas de las ventanas están corridas a cal y canto. «¡Tranquilo! Dentro de la habitación no hay nadie más, nadie me está mirando.»

Sin embargo, la sensación de «estar siendo observado por alguien» no desaparece. De vez en cuando se me corta la respiración de manera angustiosa, se me seca la garganta. Quiero beber agua. Pero, si lo hago, seguro que me entrarán ganas de orinar, y en una noche como ésta lo último que quiero es tener que salir afuera a orinar. Me aguantaré hasta mañana. Encogido dentro del saco de dormir, escondo un poco más la cabeza.

- ¡Pero vamos! ¿Esto qué es? Temblando de miedo ante el silencio y la oscuridad. Como una niñita tímida. ¿Ése es tu verdadero yo? —me dice burlón el joven llamado Cuervo—. Tú siempre has creído que eras fuerte. Pero, por lo que se ve, de eso nada. Pero si parece que vayas a echarte a llorar de un momento a otro. ¡Mira que...! Espero que no te acabes meando en la cama.

¡gnoro sus pullas. Cierro los ojos con fuerza, me subo la cremallera del saco de dormir hasta la nariz y alejo cualquier pensamiento de mi mente. Y aunque un búho dibuje en el espacio las palabras de la noche, aunque en la lejanía se oiga el sonido de algo pesado al caer, aunque en la habitación haya signos de que algo se está moviendo, yo no abro los ojos. *«Me están poniendo a prueba»*, pienso. Óshima, a mi edad, también pasó unos días aquí. Seguro que él también sintió el pánico que yo estoy experimentando ahora. Por eso me dijo: «Hay diferentes tipos de soledad». Qué tipo de sensaciones iban a embargarme aquí en plena noche, eso Óshima ya debía de saberlo. Porque eran las mismas sensaciones que él había experimentado antes. Al pensar en ello, mi cuerpo se relaja un poco. Voy a ser capaz de reseguir con el dedo las sombras del pasado que trascienden el tiempo. Voy a lograr sobreponer mi figura a esas sombras. Respiro hondo. Y, sin darme cuenta, me quedo dormido.

Me despierto a las seis de la mañana pasadas. El canto de los pájaros se vierte como un chorro de vitalidad sobre los alrededores. Los pájaros van saltando de rama en rama, llamándose con trinos penetrantes. En su mensaje no resuena aquel eco lleno de significados ocultos del ulular de las aves nocturnas.

Salgo del saco de dormir, abro las cortinas y compruebo que no queda ni un jirón de las tinieblas que anoche acechaban la cabaña. Todo brilla con una fresca tonalidad dorada recién estrenada. Prendo un fósforo, enciendo el fuego, pongo agua mineral a calentar, me tomo una manzanilla. Saco galletas saladas de la bolsa de papel de la

comida, me como unas cuantas galletas con queso. Luego me dirijo al fregadero, me lavo los dientes, me lavo la cara.

Me pongo una sudadera encima de la chaqueta y salgo afuera. El sol de la mañana penetra a través de los altos árboles en el espacio abierto que hay delante del porche. Se levantan columnas de luz por doquier y la bruma matutina flota entre ellas como un espíritu recién nacido. Respiro hondo y una bocanada de aire purísimo aturde mis pulmones. Me siento en un escalón del porche, contemplo los pájaros que revolotean de árbol en árbol, aguzo el oído a su canto. La mayor parte de los pájaros va de dos en dos. A cada instante localizan con la mirada a su pareja y la llaman con sus trinos.

El arroyuelo se encuentra en un bosquecillo, cerca de la cabaña. Lo descubro enseguida por el sonido del agua. Hay una especie de estanque rodeado de piedras; el agua que brota se detiene ahí formando unos complicados remolinos, y luego cobra brío y reemprende su camino fluyendo hacia abajo. El agua se ve limpia y pura. Tomo un poco en la palma de la mano y la pruebo: está dulce y fría. Permanezco unos instantes con las manos sumergidas.

De vuelta en la cabaña alcanzo la sartén y me preparo unos huevos con jamón; hago tostadas en la parrilla, como. Caliento leche en un cazo y me la bebo. Luego saco una silla al porche, me siento, apoyo los pies en la barandilla y decido pasarme la mañana leyendo apaciblemente. Las estanterías de Óshima están atiborradas de cientos de libros. Hay pocos títulos de ficción, y las que hay son únicamente obras clásicas muy conocidas. La mayoría son libros de filosofía, sociología, historia, psicología, geografía, ciencias naturales, economía..., ese tipo de libros. Posi[b]lemente aquél era el resultado de los esfuerzos de Óshima, que apenas había recibido educación académica, por adquirir él solo, a través de la lectura, los conocimientos generales necesarios. Aquellos libros cubren un terreno de materias amplísimo y, según como lo mires, inconexo.

Escojo un libro que trata sobre el juicio a Adolf Eichmann. Su nombre me sonaba, como criminal de guerra nazi, pero no tenía un interés especial por el tema. Sólo que, casualmente, el libro me saltó a la vista y acabé cogiéndolo. Al leerlo, descubrí qué brillante ejecutor había sido aquel teniente coronel de las SS con gafas de montura dorada y pelo ralo. Poco después de estallar la guerra, la cúpula nazi le asignó la ejecución de la solución final —en otras palabras, de la matanza a gran escala— de los judíos y él estudió detalladamente cómo llevarla a cabo. Y elaboró un plan. La duda sobre si la ejecución de ese plan era moralmente correcta o no apenas se le cruzó por la conciencia. Lo que ocupaba su mente era cómo *deshacerse* de los judíos en un corto periodo de tiempo y con el menor coste posible. Según sus cálculos, la cifra de judíos de toda Europa ascendía a once millones.

¿Cuántos trenes de mercancías necesitaría y cuántos judíos cabrían en cada vagón? De éstos, ¿qué porcentaje perdería la vida de *forma natural* durante el transporte? ¿Cómo conseguiría desempeñar esa labor con el menor número posible de hombres? ¿Cuál era la manera más barata de deshacerse de los cadáveres? ¿Quemarlos? ¿Enterrarlos? ¿Fundirlos? Sentado ante su escritorio, calcula sin descanso. Sus planes se llevaron a la práctica casi con la efectividad que él había previsto. Antes de acabar la guerra se habían *deshecho* de unos seis millones de judíos (más de la mitad de lo previsto) siguiendo sus planes. Pero él no se siente en absoluto culpable. En el Tribunal de Justicia de Tel Aviv, sentado en el banquillo de los acusados, tras el cristal antibalas, Eichmann, cabizbajo, parece estar preguntándose por qué se le está sometiendo a un juicio de tanta envergadura y por qué los ojos del mundo entero no apartan de él la mirada. Si él sólo era un técnico que había desempeñado con la mayor eficacia posible la tarea que se le había asignado. ¿Acaso no hacía exactamente lo mismo cualquier otro concienzudo burócrata del mundo? ¿Por qué sólo lo acusaban a él?

Aquella mañana apacible, en el bosque, escuchando el canto de los pájaros, leo la historia del «ejecutor». En la solapa de atrás hay una nota a lápiz de Óshima. Sé que la ha escrito él, porque es una letra muy peculiar.

«Todo es una cuestión de imaginación. Nuestro sentido de la responsabilidad nace de la imaginación. Como dice Yeats: *"In dreams be—gin the responsabilities"*. Y es exactamente así. Si lo formuláramos a la inversa sería: allí donde no existe la imaginación, no puede surgir la responsabilidad. Tal como podemos ver en el caso de Eichmann.»

¡magino a Óshima sentado en esta silla con un afilado lápiz en la mano, anotando sus impresiones en la solapa del libro. *La responsabilidad empieza en los sueños.* Estas palabras resuenan con fuerza en mi corazón.

Cierro el libro, lo dejo sobre mis rodillas. Pienso en mi responsabilidad. No puedo evitar pensar en ella. Porque mi camiseta blanca estaba manchada de sangre fresca. Y yo lavé la sangre con mis propias manos. Había una cantidad suficiente como para teñir el lavabo de rojo. Probablemente, yo debería asumir mi responsabilidad con

respecto a esa sangre derramada. Imagino que estoy siendo juzgado. La gente me acusa, me exige responsabilidades. Todos me miran con hostilidad, me señalan con el dedo. «Donde no hay memoria, no hay responsabilidad», argumento. «Y yo ni siquiera sé qué ocurrió realmente.» Pero ellos dicen: «Pertenezcan a quien pertenezcan *en origen* los sueños, tú los has compartido. Y, en consecuencia, debes asumir la responsabilidad sobre lo que ha ocurrido en ellos. Porque, en definitiva, ellos se han infiltrado en ti a través del oscuro pasadizo de tu alma».

¡gual que Adolf Eichmann, atrapado a la fuerza en la perversidad gigantesca del sueño de Hitler.

Dejo el libro, me levanto de la silla y, de pie en el porche, enderezo la espalda. H e permanecido mucho tiempo leyendo. Necesito moverme. Cojo dos garrafas de plástico y voy a buscar agua al arroyo. Las acarreo hasta la cabaña y las vacío en el depósito de agua. Tras cinco viajes, el depósito de agua queda lleno. Llevo brazadas de leña a la cabaña desde la caseta de atrás y la apilo junto a la estufa.

En un rincón del porche cuelga una cuerda de nailon desteñida para tender la ropa. Saco de dentro de la mochila la colada medio mojada, la despliego, aliso las arrugas y la tiendo. Extraigo todo el contenido de la mochila y lo coloco sobre la cama para que se airee. Luego me siento frente a la mesa y escribo mi diario de los últimos días Con un rotulador de punta fina anoto en un cuaderno con letra diminuta, una a una, todas las cosas que me han sucedido. Mientras mantenga claro el recuerdo, debo tomar nota detallada de todo. Porque. no sé hasta cuándo tendré una conciencia real de las cosas.

Echo marcha atrás en mis recuerdos. Perdí el sentido y, cuando lo recuperé, me encontré a mí mismo tumbado entre los árboles, detrás de un santuario sintoísta. Rodeado de tinieblas, con la camisa manchada de abundante sangre. Llamé a Sakura, fui a su casa, pasé allí la noche. Yo se lo conté todo, ella *me hizo* aquello.

Ella ríe divertida. «No lo entiendo. ¿No podías pensar lo que te diera la gana sin decírmelo a mí? No hace falta que me estés pidiendo permiso para esto y lo otro, ni tampoco que me cuentes qué te estás imaginando.»

No, no es cierto. Lo que yo estoy imaginando pertenece a este mundo y posiblemente tenga mucha importancia.

Pasado mediodía voy al bosque. Tal como me ha dicho Oshima, es peligroso adentrarse demasiado. «No pierdas nunca de vista la cabaña», me advirtió. Pero tal vez permanezca unos cuantos días viendo en este lugar. Así que, en vez de seguir desconociéndolo todo; me sentiría más tranquilo si pudiera recabar alguna información sobre este bosque que me rodea como un enorme muro. Con las manos vacías, dejo atrás el claro bañado por los rayos del sol y penetro en un océano de negra vegetación.

Hay una senda rudimentaria. Se abre camino aprovechando la configuración del terreno, pero está allanada y la han cubierto, aquí y allá, con piedras planas para apoyar los pies. En las zonas donde el terreno es blando han colocado troncos gruesos de tal modo que, aunque crezcan los hierbajos, pueda verse el camino. Tal vez el hermano de Oshima vaya arreglándolo poco a poco cada vez que viene. Sigo la senda. Subo una cuesta, desciendo un poco. Rodeo una gran roca, vuelvo a subir. El camino asciende, pero la inclinación del terreno no es muy pronunciada. A ambos lados del sendero se yerguen altos, los árboles. Troncos de tonalidades sombrías, grandes ramas que se extienden a su antojo en todas direcciones, denso follaje cubriendo el cielo sobre mi cabeza. En el suelo crecen frondosos helechos y hierbajos como si succionaran con todas sus fuerzas aquella tenue luz. En las zonas adonde no llega la luz del sol, el musgo cubre sin palabras la superficie de las rocas.

De la misma manera que un relato que empieza a ser contado con brío antes de que comiencen a enmarañarse las palabras, el sendero, conforme va avanzando, va estrechándose cada vez más, cediendo su dominio a los hierbajos. Las zonas allanadas van desapareciendo y se hace más difícil adivinar si se trata de una senda o si simplemente lo parece. Y al final muere en un verde mar de helechos. O quizá la senda prosiga hasta más adelante. Sin embargo, será mejor que aguarde a la siguiente ocasión para comprobarlo. Para seguir adelante necesitaría preparar ciertas cosas y un atuendo de los que ahora carezco.

Me detengo, me doy la vuelta. La escena que aparece ante mis ojos no recuerdo haberla visto antes. No hay nada que me aliente. Los troncos de los árboles se superponen unos a otros bloqueando de manera funesta la visión. Todo está sumido en la penumbra y un color verde profundo enturbia el aire. Aquí no llegan los trinos de los

pájaros. Siento que la piel se me eriza, como si hubiese soplado una corriente de aire helado. «¡Tranquilo!», me digo a mí mismo. *«El camino está ahí.»* Ahí debe de estar el camino por el que he venido. Si no lo pierdo, voy a ser capaz de regresar. Con la vista clavada en el sendero bajo mis pies lo voy siguiendo, paso a paso, con infinitas precauciones, y para volver a la cabaña tardo mucho más tiempo que a la ida.

Una luz de principios de verano inunda el claro abierto frente a la cabaña y los pájaros picotean en busca de comida mientras dejan oír su canto transparente por los alrededores. Nada ha cambiado desde mi partida. *Probablemente* nada haya cambiado. En el porche veo la silla donde he estado sentado hasta hace poco. Y ahí se encuentra, boca abajo, el libro que estaba leyendo hasta hace poco.

Sin embargo, he tenido una conciencia real de los peligros que acechan en el interior del bosque. Y me digo a mí mismo que no debo olvidarlo. Tal y como me dijo una vez el joven llamado Cuervo, el mundo está lleno de cosas que todavía no he visto. Yo no sabía, por ejemplo, lo siniestras que podían llegar a ser las plantas. Las únicas que había visto y tocado eran las plantas domésticas, cuidadas con esmero, que se encuentran en la ciudad. Pero las que hay aquí..., ¡no! Las que *viven* aquí..., éstas son totalmente distintas. Poseen fuerza física, respiran, poseen una mirada acerada que avista a su presa. Las de aquí inducen a pensar en la magia negra de la antigüedad remota. El bosque es un lugar dominado por los árboles..., al igual que los seres que pueblan el fondo del mar reinan sobre los abismos marinos, De quererlo, el bosque podría expulsarme con toda facilidad, o podría acabar succionándome. Probablemente yo debería sentir hacia aquellos árboles el temor y el respeto que merecen.

Regreso a la cabaña y saco de la mochila la brújula. Levanto la tapa y compruebo que la aguja señala el norte. Me meto la brújula en el bolsillo. Quizá me sea de utilidad en un momento u otro. Luego me siento en el porche, contemplo el bosque, escucho música con el *discman.* Escucho a Cream, escucho a Duke Ellington. Estas antiguas melodías las grabé en la sección de música de la biblioteca. Escucho una y otra vez *Crossroads.* La música calma un poco mis nervios. Pero no podré estar mucho tiempo escuchando música. Aquí no hay electricidad y no puedo cargar las pilas. Cuando se me agote, ¡Se acabó!

Antes de la cena hago gimnasia. Flexiones, abdominales, levantamiento de pesas, el pino, diferentes tipos de estiramientos. Un programa de mantenimiento pensado para realizarlo en un sitio pequeño, sin aparatos ni instalaciones. Ejercicios simples, bastante aburridos, pero muy completos por su variedad de movimientos, muy efectivos si se realizan correctamente. Me los enseñó un monitor del gimnasio. «Éstos son los ejercicios más solitarios del mundo», me explicó. «Los que más los practican son los prisioneros encerrados en sus celdas.» Me concentro y los realizo. Hasta que la camisa queda anegada en sudor.

Tras una cena sencilla, cuando salgo al porche incontables estrellas titilan sobre mi cabeza. Más que un cielo tachonado de estrellas, parece que las hayan esparcido al azar. Ni siquiera en el planetarium se ven tantas. Algunas son gigantescas, rebosantes de vida. Parecen hallarse al alcance de la mano. La visión es tan hermosa que quita el aliento.

Pero no sólo es hermosa. «Sí, las estrellas también viven y respiran, igual que los árboles», pienso. Ahora me están contemplando. Saben lo que he hecho hasta este momento, saben lo que me dispongo a hacer en el futuro. Nada escapa a su mirada, ni el más trivial de los detalles. Bajo este cielo resplandeciente vuelve a invadirme un pánico atroz. Se me hace difícil respirar, los latidos del corazón se me aceleran. Hasta hoy había vivido bajo un número prodigioso de estrellas y ni siquiera había reparado en su existencia. No me había detenido un solo segundo a pensar en las estrellas. Y no sólo en las estrellas. ¿Cuántos miles de cosas habrá en este mundo que desconozco? ¿Cuántas cosas en las que no he reparado jamás? Al pensar en ello, me siento ¡erriblemente impotente. Vaya donde vaya no podré huir jamás de esta impotencia.

Entro en la cabaña, meto leña en la estufa, la apilo con sumo cuidado. Hago una bola con un periódico viejo que había dentro de un cajón, la enciendo con una cerilla, compruebo que el fuego prende en la leña. Cuando estaba en primaria, me enviaron de acampada, allí aprendí a encender un fuego. Ir de acampada fue una experiencia horrible, pero al menos de algo me sirvió. Abro completamente el regulador de tiro de la estufa y entra el aire del exterior. Al principio el fuego no prende, pero por fin empieza a arder un leño. El fuego pasa de un leño a otro. Cierro la tapa de la estufa, coloco una silla delante, me acerco la lámpara y, a su luz, prosigo la lectura. Cuando las llamas se aúnan y crecen en vigor, coloco la tetera llena de agua encima de la estufa y hago hervir el agua. La tapa de la tetera hace de vez en cuando un ruido agradable.

Claro que los planes de Eichmann no siempre pudieron ejecutarse sin problemas. Diversos factores impidieron a veces que las cosas marcharan tal como él había previsto. Y, en esos casos, Eichmann

mostraba una faceta un poco más humana. Se enfurecía. Odiaba aquella serie de imponderables, el colmo de la imprecisión, que osaba arruinar las preciosas estimaciones que él había realizado. Los trenes se retrasan. Los trámites burocráticos lo entorpecen todo. Los comandantes cambian y los traspasos de poder no acaban de funcionar. Tras el hundimiento del frente del Este, los guardianes de los campos de concentración son enviados al frente. Caen grandes nevadas. Hay apagones. Falta el gas. Las líneas férreas son bombardeadas. Eichmann odia la guerra con todas sus fuerzas, ese «imponderable>, que entorpece la ejecución de sus planes.

Todo ello, Eichmann lo expone ante el Tribunal de Justicia con desapego, sin alterar la expresión del rostro. Su memoria es prodigiosa. Su vida entera parece estar compuesta de pequeños detalles concretos.

Cuando las agujas del reloj señalan las diez, dejo de leer, me lavo los dientes, me lavo la cara. Cierro el regulador de tiro de la estufa para que el fuego se vaya apagando poco a poco mientras duermo. El fuego confiere al interior de la cabaña una tonalidad anaranjada. La estancia está caldeada, y esa agradable sensación me relaja y mitiga el pánico que siento. Me deslizo dentro del saco de dormir vestido sólo con una camiseta y unos bóxers y siento que esta noche soy capaz de cerrar los ojos de una manera mucho más natural que la víspera. Dedico un breve pensamiento a Sakura.

«Ojalá fueras mi hermano», me había dicho ella.

Pero decido no pensar más en Sakura. Debo dormir. Dentro de la estufa, los leños se van cuarteando. Un búho ulula. Y yo me sumo en un sueño indistinto.

A la mañana siguiente hago más o menos lo mismo. Pasadas las seis me despierta el animado canto de los pájaros. Pongo agua a calentar, me tomo un té, preparo el desayuno y me lo como. Leo en el porche, escucho música con el *discman,* voy a buscar agua al arroyo. Emprendo de nuevo la senda del bosque. Esta vez, llevo la brújula. La voy mirando a trechos, compruebo la dirección aproximada hacia la que se encuentra la cabaña. Luego cojo una podadera de la caseta de herramientas y voy haciendo toscas señales en el tronco de los árboles. Arranco los hierbajos que crecen por todas partes, dejo el camino más limpio y fácil de reconocer.

El bosque es tan profundo y oscuro como la víspera. Enhiestos árboles me rodean como un grueso muro. Algo de tonalidad oscura, oculto entre los árboles como si fuese un animal tridimensional que emerge de un dibujo de «buscar la figura escondida», espía mis movimientos. Pero ya no siento el pánico atroz de la víspera que hacía que se me erizase la piel. Me he dictado unas reglas y las voy a cumplir al detalle. Así posiblemente no me extraviaré.

Llego hasta donde llegué ayer y prosigo. Pongo el pie en el mar de helechos que ocultan el camino. Tras avanzar unos pasos, reencuentro la senda. La muralla vegetal vuelve a cercarme. Para poder hallar con facilidad el camino de regreso voy haciendo a trechos señales en el tronco de los árboles con la podadera. En algún lugar entre las ramas que se encuentran sobre mi cabeza, un enorme pájaro bate sus alas para amedrentar al intruso. Levanto la vista pero no consigo verlo. Tengo la garganta reseca, tengo que tragar saliva de vez en cuando, y cada vez que lo hago resuena con estrépito.

Tras avanzar un poco llego a un claro del bosque de forma redondeada. Circundado por altos árboles, recuerda el fondo de un gran pozo. Los rayos de sol penetran en línea recta a través de las ramas abiertas de los árboles e iluminan el suelo a mis pies como un brillan[te] foco. Siento que este lugar es especial. Tomo asiento dentro del chorro de luz, recibo la calidez del sol. Me saco una chocolatina del bolsillo, saboreo el dulzor que se va extendiendo por toda mi boca. Experimento una vez más la importancia vital que tiene para el ser humano la luz del sol. Saboreo con todo mi cuerpo, segundo a segundo, su valor. La violenta sensación de soledad y de impotencia que me provocó la visión de aquel incontable número de estrellas ya se ha borrado de mi corazón. Pero, con el paso de las horas, el sol irá cambiando de posición y su luz desaparecerá. Me levanto y vuelvo a la cabaña por el mismo camino por el que he venido.

Pasado el mediodía, unas nubes oscuras empiezan a extenderse sobre mi cabeza. El cielo adquiere una tonalidad misteriosa. Sin tregua, empieza a caer una lluvia violenta: el tejado y los cristales de la ventana de la cabaña gimen doloridos. Al instante me desprendo de la ropa, salgo desnudo afuera. Me lavo el pelo con jabón, me lavo el cuerpo. Es una sensación maravillosa. Suelto alaridos sin sentido con toda la fuerza de mis pulmones. Los grandes y duros goterones me golpean por todo el cuerpo como si de piedrecillas se

tratase. Ese dolor punzante parece formar parte de un ritual religioso. Las gotas me azotan las mejillas, los párpados, el pecho, el vientre, el pene, los testículos, la espalda, las piernas, el trasero. Ni siquiera puedo mantener los ojos abiertos. El dolor contiene, sin duda alguna, cierta intimidad. Siento que el mundo me está tratando con una equidad ilimitada. Y eso me llena de alegría. De repente me siento liberado. Alzo las manos al cielo, abro la boca de par en par, bebo el agua que se vierte en ella.

Regreso a cabaña, me seco todo el cuerpo con una toalla. Tomo asiento en la cama, me contemplo el pene. Un pene que acaba de asomar del prepucio, saludable, todavía de tonalidad clara. El glande aún conserva una vaga sensación de dolor tras ser azotado por la lluvia. Me quedo contemplando durante largo tiempo aquel extraño órgano que; pese a pertenecerme, actúa la mayor parte de las veces a su libre albedrío. Y que parece que piense por sí mismo, y piensa cosas distintas a las que piensa la cabeza.

Óshima, cuando estuvo aquí solo, a mi edad, ¿debió de sentirse atormentado también por el deseo sexual? Posiblemente sí. Es la edad. Sin embargo, no puedo imaginármelo resolviendo *eso* él solo, Óshima está por encima de todo.

«Soy una persona especial», me dijo Óshima. En aquel momento no entendí lo que intentaba decirme. Pero sí comprendí que no era algo que se le hubiera ocurrido decir sin más. También comprendí que no me estaba insinuando nada.

Alargué la mano, pensé en masturbarme. Pero cambié de idea. Deseaba mantener un poco más aquella extraña sensación de pureza que me había poseído mientras me azotaba con fuerza la lluvia. Me puse unos bóxers limpios, respiré hondo varias veces y luego hice levantamiento de pesas. Después de cien veces, hice cien abdominales. Concentrando toda mi atención en cada músculo. Tras realizar los ejercicios como es debido, me sentía mucho más despejado. Cesó de llover, las nubes se dispersaron, el sol apareció y los pájaros reanudaron su canto.

Pero esta calma no durará mucho y tú lo sabes. Esto te perseguirá hasta el infinito como una bestia incansable. Ellos llegan hasta la profundidad de los bosques. Son fuertes, obstinados y crueles, no conocen ni el cansancio ni la renuncia. Aunque te hayas reprimido las ganas de masturbaste, pronto lo harás en una polución nocturna. Y, en el sueño, quizás acabes violando a tu verdadera hermana o a tu madre. Porque tú eso no puedes controlarlo. Porque es algo que excede a tus fuerzas. Y lo único que puedes hacer es aceptarlo.

Temes a la imaginación. Y a los sueños más aún. Temes a la responsabilidad que puede derivarse de ellos. Pero no puedes evitar dormir. Y si duermes, sueñas. Cuando estás despierto, puedes refrenar, más o menos, la imaginación. Pero los sueños no hay manera de controlarlos.

Me tiendo sobre la cama, escucho a Prince con los auriculares puestos. Me concentro en su música machacona. La primera pila se me agota a medio escuchar *Little Red Corvette*. La música se acaba como tragada por arenas movedizas. Al quitarme los auriculares se oye el silencio. Porque el silencio es algo que el oído puede percibir. Lo he descubierto.

El perro negro se levantó y condujo a Nakata a la cocina. La cocina se encontraba, saliendo del estudio, al fondo de un oscuro pasillo. Era una habitación oscura, con pocas ventanas. Estaba limpia y ordenada, pero tenía algo de inorgánico. Parecía, más bien, el laboratorio de una escuela. El perro se detuvo ante la puerta de un gran refrigerador, se volvió y clavó sus fríos ojos en el rostro de Nakata.

«Abre la puerta de la izquierda», le dijo el perro con voz grave. Pero no era el perro quien estaba hablando, eso lo comprendió incluso Nakata. En realidad era Johnnie Walken quien hablaba. Era él quien, a través del perro, se estaba dirigiendo a Nakata. a través de los ojos del perro, observaba a Nakata.

Tal como le decían, Nakata abrió la puerta izquierda del refrigerador de color verde claro. Éste era más alto que Nakata. Al abrir la puerta, el termostato se disparó con un ruido seco y empezó a oírse el zumbido del motor. Una humareda blanca semejante a la niebla brotó del interior del frigorífico. La parte izquierda era congelador y, al parecer, estaba programada a una temperatura muy baja.

Dentro, cuidadosamente alineadas, había una especie de frutas de forma redondeada. Habría unas veinte en total. Nada más. Nakata se agachó y las estudió con los ojos entrecerrados. Cuando la blanca humareda se hubo extendido por fuera y se disipó un poco, Nakata comprobó que lo que allí se alineaba no eran frutas. Eran cabezas

de gato. Cabezas de gato cortadas, de tamaños y colores distintos. Se alineaban en los tres compartimentos del frigorífico igual que naranjas expuestas en las estanterías de la frutería. Todos los gatos mantenían la congelada faz mirando directamente hacia delante. Nakata tragó saliva.

Tal como le decían, Nakata fue examinando una cabeza tras otra. Hacerlo no le producía ningún temor en particular. Lo que ocupaba la mente de Nakata era, ante todo, el afán de descubrir el paradero de Goma. Nakata examinó a conciencia todas las cabezas de gato y comprobó que la de Goma no se hallaba entre ellas. No había duda alguna. Allí no se encontraba ningún gato a rayas blancas, negras y marrones. Todos los gatos, o las cabezas, que era cuanto quedaba de ellos, mostraban una extraña expresión de vacío en el rostro. Pero no había ni uno en cuya cara se leyera el sufrimiento. Eso, al menos, fue un alivio para Nakata. Había unos cuantos gatos con los ojos cerrados, pero la mayoría de ellos los mantenían abiertos, con la mirada vaga, fija en algún punto del espacio.

No parece que Goma esté aquí —le dijo Nakata al perro con voz átona. Luego carraspeó y cerró la puerta del frigorífico.

«¿Estás seguro?»

Sí, estoy seguro.

El perro se levantó y condujo a Nakata de vuelta al estudio. Allí se encontraba Johnnie Walken sentado en la silla giratoria, esperándolo en la misma postura en que lo había dejado. Al entrar Nakata se llevó la mano al ala del sombrero a modo de saludo y sonrió afablemente. Luego dio dos palmadas. El perro salió de la habitación.

He sido yo quien les ha cortado la cabeza a todos esos gatos —dijo Johnnie Walken. Cogió el vaso de whisky y tomó un sorbo—. Es que las colecciono.

¿O sea que es usted, señor Johnnie Walken, quien atrapaba a los gatos en el descampado y los mataba?

- Sí, exacto. Yo soy Johnnie Walken, el famoso asesino de gatos.

Nakata no acaba de entenderlo. ¿Me permite hacerle una pregunta?

Claro, claro —dijo Johnnie Walken. Y sostuvo el vaso de whisky en el aire—. Pregunta lo que quieras. Te responderé con mucho gusto. Pero, para economizar el tiempo, permíteme que me adelante y te diga que lo primero que tú quieres saber es por qué tengo que matar gatos. Por qué razón colecciono cabezas de gato.

Sí, exactamente. Eso es lo que Nakata quiere saber.

Johnnie Walken dejó el vaso sobre la mesa y clavó la mirada en el rostro de Nakata.

Se trata de un gran secreto, y a una persona normal no se lo contaría jamás. Pero bueno, tratándose de ti haré una excepción. Aunque no debes contárselo a nadie... Claro que, aunque lo contaras, tampoco te creería nadie. —Tras decir esto, Johnnie Walken soltó una risita—. ¡Vamos allá! Yo no mato gatos por diversión. No estoy tan mal de la cabeza como para matar tantos gatos sólo para divertirme. Tampoco tengo tan pocas cosas que hacer. Porque atrapar gatos y matarlos de este modo requiere una considerable inversión de tiempo. Si mato gatos es para reunir sus almas. Con las almas de esos gatos muertos voy a hacer una flauta muy especial. Y, tocando esa flauta, voy a poder reunir almas más grandes. Y si reúno almas más grandes, podré hacer una flauta mayor. Y, al final, posiblemente consiga hacer una flauta enorme, una flauta cósmica. Pero hay que empezar por los gatos. Tengo que reunir almas de gato. Ése es el punto de partida. En cualquier labor se impone un orden. Y seguir escrupulosamente ese orden es una manifestación de respeto. Algo esencial en cuanto a almas se refiere. Porque, evidentemente, no es lo mismo tratar con almas que con piñas o melones, ¿no te parece?

- Sí —dijo Nakata, aunque no había entendido una sola palabra. ¿Flautas? ¿Caramillos o flautas traveseras? ¿Cómo sonaba aquello? Y, ante todo, ¿qué podía ser eso de las almas de gato? Todas esas cuestiones excedían la capacidad de comprensión de Nakata. El cual lo único que tenía claro era que debía encontrar a Goma, la gatita a rayas blancas, negras y marrones, y llevarla de vuelta a casa de los Koizumi.
- Pero tú lo único que quieres es llevarte a Goma —atajó Johnnie Walken como si leyera la mente de Nakata.

Sí, exacto. Nakata quiere llevar a Goma a casa.

Ésa es tu misión —dijo Johnnie Walken—. Todos vivimos desempeñando la misión que se nos ha encomendado. Es lo más natural del mundo. Por cierto, tú nunca has oído cómo suena una flauta hecha con almas de gatos, ¿verdad?

No, jamás.

Es natural. Porque el oído no la capta, ¿sabes?

¿Es una flauta que no se oye?

Exacto. sí la oigo, claro. Si no, no sé de qué estaríamos hablando. Pero la gente normal no. Aunque oigan el son de la flauta, no se dan cuenta. Y aunque lo hayan oído antes, no lo recuerdan. Es una flauta extraña. Claro que, pensándolo bien, es posible que tú pudieras oírla. Si tuviera la flauta aquí haría la prueba, pero ahora, por desgracia, no la tengo —dijo Johnnie Walken. Y luego, levantando un dedo vertical en el aire, añadió como si se acordara de repente. A decir verdad, Nakata, yo ahora justamente me disponía a cortales la cabeza a unos cuantos gatos. «Ha llegado la hora de la cosecha», he pensado. En aquel descampado ya he atrapado a todos los gatos que podía atrapar, es hora de irme a otra parte. Goma, la gatita a rayas blancas, negras y marrones que tú estás buscando, forma parte de la cosecha. Claro que, si le cortara la cabeza, ya no podrías llevártela de vuelta a casa de los Koizumi, ¿verdad?

- No, claro que no —dijo Nakata—. Una cabeza cortada no podría llevarla a casa de los Koizumi. Si las dos niñas pequeñas la vieran, quizá no volvieran a probar alimento alguno en toda su vida.
- Yo quiero cortarle la cabeza a Goma. Y tú no quieres que se la corte. Los dos tenemos una misión, nuestros intereses se contraponen. Es algo que suele pasar en este mundo. Negociemos. Mira, Nakata, si tú haces *algo* por mí, yo te entregaré a Goma sana y salva.

Nakata se llevó las manos a la cabeza y se acarició el corto pelo canoso con la palma de la mano. Era el gesto que solía hacer cuando se sumía en profundas cavilaciones.

¿Y se trata de algo que Nakata es capaz de hacer?

Creía que eso ya había quedado claro —repuso Johnnie Walken con una sonrisa sarcástica.

Sí, en efecto —admitió Nakata recordándolo—. Así es. Ya había quedado claro. Le pido excusas.

- Tenemos poco tiempo. Te lo diré sin rodeos. Lo que quiero que hagas es matarme. Quitarme la vida.

Nakata, con las manos sobre la cabeza, permaneció largo tiempo con la vista clavada en el rostro de Johnnie Walken.

¿Que Nakata lo mate a usted?

Exacto —contestó Johnnie Walken—. A decir verdad, Nakata, ya estoy harto de vivir así. Llevo mucho tiempo viviendo. Tanto, que incluso he olvidado mi edad. Y no quiero seguir viviendo. También estoy harto de matar gatos. Pero mientras viva tendré que seguir haciéndolo. Deberé reunir sus almas. Siguiendo estrictamente el orden del uno al diez y, una vez llego al diez, vuelta a empezar por el uno. Y repetirlo una y otra vez hasta el infinito. Estoy cansado, harto. Lo que yo hago no puede hacer feliz a nadie. No merece el respeto de nadie. Pero así está establecido y yo no puedo plantarme y decir: «Lo dejo». Tampoco puedo matarme a mí mismo. También eso está establecido así. No puedo suicidarme. Hay un montón de reglas al respecto. Si quieres morir, la única manera posible es pedirle a alguien que te mate. Por eso quiero que me mates. Quiero que me mates sintiendo miedo y odio hacia mí. Primero me temes. Luego me odias. y, finalmente, me matas.

- ¿Pero por qué...? —preguntó Nakata—. ¿Por qué yo? Nakata jamás ha matado a alguien. Esas cosas no están hechas para Nakata.
- Ya lo sé. Que tú jamás has matado a alguien, que no tienes ningunas ganas de hacerlo. Que no estás hecho para estas cosas. Pero, ¿sabes, Nakata? En esta vida hay casos en los que no puedes aplicar este razonamient^{o}. Hay situaciones en las que nadie piensa si estás hecho para algo o no. Y tú eso debes entenderlo. Sucede en la guerra, por ejemplo. Tú sabes lo que es la guerra, ¿verdad?
- Sí, sé lo que es. Cuando Nakata nació había una guerra muy grande. Lo he oído decir.
- Cuando estalla la guerra, te llaman a filas. Y, al reclutarte, te ponen un fusil en las manos, te envían al frente y, allí, tienes que matar soldados enemigos. Cuantos más mates, mejor. Si te gusta matar o no, eso nadie te lo pregunta. Eso es lo que debes hacer. Y, si no lo haces, te matan a ti. —Johnnie Walken apuntó con el dedo índice al pecho de Nakata—. ¡Bang! En esto se resume la historia humana.

Nakata preguntó:
¿Es que el señor gobernador va a llamar a filas a Nakata y le va a ordenar que mate a alguien?
¡Exacto! Eso es lo que te ordena el gobernador. Que mates a alguien.

Nakata reflexionó pero no consiguió hilvanar sus ideas. ¿Por qué había de pedirle el gobernador semejante cosa?

- En suma, que tú debes pensar del siguiente modo: que *esto es la guerra.* Y que tú eres un soldado. Tienes que decidirte. O yo mato a los gatos o tú me matas a mí. Una de dos. Tienes que elegir. Ya sé que para ti es injusto. Pero míralo de esta manera: ¿acaso no es injusto el hecho, en sí mismo, de elegir?

Johnnie Walken se llevó una mano a su sombrero de copa. Como si quisiera comprobar que seguía sobre su cabeza.

- Una cosa más, que te servirá de consuelo... si es que necesitas consuelo, claró... Soy yo quien desea de todo corazón morir. Soy yo quien té pide que me mates. Te estoy pidiendo un favor. Así que no tendrás por qué sentir remordimientos de conciencia. Te limitarás a hacer lo que te pido. ¿No te parece? No vas a matar a alguien que quiere seguir viviendo. Al contrario. A eso incluso se le puede llamar hacer una buena acción.

Nakata enjugó con un pañuelo las gotas de sudor que perlaban su frente junto al nacimiento del pelo.

- Pero Nakata no puede hacerlo. Es imposible. Nakata no sabe cómo matar a alguien.
- ¡Claro! —exclamó admirado Johnnie Walken—. ¡Claro! Algo de razón sí tienes. No sabes cómo hacerlo. Porque es la primera vez que matas a alguien. Sí, tienes toda la razón. Comprendo tus objeciones. De acuerdo. Voy a enseñarte cómo se hace. El secreto de matar, Nakata, reside en no vacilar. Tener una gran idea preconcebida en la cabeza y ejecutarla de la forma más expedita posible. Ahí reside el secreto. Mira, no es una persona, pero aquí tengo una buena muestra. Servirá de ejemplo.

Johnnie Walken se levantó de la silla y cogió una gran maleta de piel que se encontraba detrás del pupitre. La colocó sobre la silla donde unos momentos antes había estado sentado, la abrió silbando alegremente y, como si se tratara de un juego de magia, sacó un gato de dentro. A ese gato Nakata no lo había visto jamás. Era un gato macho a rayas, de color gris. Un gato joven, apenas adulto. El gato parecía exhausto, pero mantenía los ojos abiertos. Por lo visto estaba consciente. Silbando alegremente, Johnnie Walken lo cogió con ambas manos y lo exhibió como si fuera un pez recién pescado. Lo que silbaba no era otra cosa que el «¡Aibó! ¡Aibó!» de los siete enanitos de la *Blancanieves* de Disney.

- Dentro de la maleta hay cinco gatos. A todos los he cazado en el descampado. Gatos frescos recién cogidos. Recién llegados de la zona de producción. Les he inyectado una droga, tienen el cuerpo paralizado. Pero no es anestesia. Así que no están dormidos. Y sienten. Pueden percibir el dolor. Sólo que los músculos están relajados y no pueden mover las patas. Y tampoco doblar el cuello. Les he administrado la droga para que no me arañaran. Ahora voy a coger un cuchillo, voy a abrirlos en canal, voy a extraerles el corazón palpitante y, finalmente, les cortaré la cabeza. Voy a hacerlo delante de ti. Va a derramarse mucha sangre. Sufrirán mucho. Si a ti te abrieran en canal y te sacaran el corazón, te dolería, ¿no? Pues lo mismo les sucede a los gatos. Sienten dolor. Pobres bichos, ¿no? No creas que soy un sádico sin sangre ni lágrimas. Pero no me queda otro remedio. *Tienen que sufrir.* Así está establecido. Una regla más. Ya lo ves. Hay montones *de* reglas. —Johnnie Walken le guiñó un ojo a Nakata—. Pero el trabajo es el trabajo. Una misión es una misión. Voy a ir liquidándolos uno tras otro y, al final, le llegará el turno a Goma. Aún estás a tiempo de tomar una decisión. O yo mato a los gatos, o tú me matas a mí.

Elige.

Johnnie Walken depositó al abatido gato sobre la mesa. Luego, abrió un cajón del escritorio y extrajo con ambas manos un enorme envoltorio de color negro de su interior. Desplegó la tela con infinito cuidado y alineó sobre la mesa los objetos envueltos. Una pequeña sierra circular, bisturíes de diferentes tamaños, un cuchillo grande. Todos despedían un acerado brillo blanco como si acabaran de afilarlos. Johnnie Walken fue colocándolos sobre la mesa mientras los inspeccionaba, uno a uno, con amor. Luego extrajo de otro cajón unos platos de metal y los alineó, asimismo, sobre la mesa. Daba la impresión de que cada objeto tenía un lugar asignado. Sacó del cajón una gran bolsa de basura de plástico negro. Mientras tanto, no dejó de silbar ni un instante «¡Aibó! ¡Aibó!».

- En todo, Nakata, hay que seguir un orden —explicó Johnnie Walken—. No se puede mirar demasiado lejos. Porque si miras demasiado lejos pierdes de vista el suelo y corres el riesgo de tropezar. Pero tampoco debes

distraerte con los pequeños detalles que están a tus pies. Porque si no miras al frente, acabarás topando con algo. Total, que hay que mirar un poco hacia delante, seguir un orden determinado e ir despachando las cosas. Eso es fundamental. En cualquier cosa que hagas.

Johnnie Walken entornó los ojos y permaneció unos instantes acariciándole dulcemente la cabeza al gato. Luego, con la yema del dedo índice recorrió, de arriba abajo, el blando vientre del gato. Acto seguido tomó el escalpelo con la mano derecha y, sin previo aviso, rajó con decisión, de un corte vertical, el vientre del gato. Sucedió en un instante. El vientre se partió en dos y las rojas vísceras se desparramaron por fuera. El gato intentó abrir la boca y soltar un alarido de dolor, pero la voz murió en su garganta. Debía de tener la lengua paralizada. A duras penas podía abrir la boca. Pero sus ojos los enturbiaba un dolor atroz, de eso no cabía la menor duda. Nakata pudo imaginar lo espantosa que debía de ser su agonía. Y la sangre, como si se acordara de repente, empezó a brotar a chorros. La sangre tiñó las manos de Johnnie Walken y le salpicó el chaleco. Pero él no pareció reparar en ella siquiera y, sin dejar de silbar «¡Aibó! ¡Aibó!», introdujo la mano dentro del cuerpecillo del gato y, con un escalpelo de pequeño tamaño, le cortó el corazón con mano experta y lo extrajo. Era un corazón pequeño. Aún parecía estar latiendo. Se puso el corazoncito ensangrentado en la palma de la mano y la alargó hacia Nakata, mostrándoselo.

- ¡Mira! Esto es el corazón. Aún se mueve. Mira, mira.

Después de permanecer unos instantes mostrándole el corazón a Nakata, Johnnie Walken se lo introdujo en la boca sin más. Y empezó a mover las mandíbulas arriba y abajo. Mascaba sin decir palabra, saboreándolo con parsimonia. En sus ojos se dibujaba una genuina expresión de deleite, como un niño que comiera un pastel recién hecho. Luego se limpió con el dorso de la mano los coágulos que tenía adheridos a las comisuras de los labios. Se relamió los labios con la punta de la lengua.

- Calentito y fresco. Aún se me movía dentro de la boca.

Nakata observaba la escena mudo. Ni siquiera podía apartar la mirada. Percibía cómo, dentro de su cabeza, algo empezaba a ponerse en movimiento. En la estancia flotaba el olor a sangre fresca.

Johnnie Walken, que seguía silbando «¡Aibó! ¡Aibó!», le cortó la cabeza al gato con la sierra. Los dientes de la sierra partieron los huesos entre crujidos. Con mano experta, sabía perfectamente qué debía hacer. Como los huesos no eran muy gruesos, no tardó mucho. Pero aquel crujido contenía un extraño peso. Colocó amorosamente la cabeza en uno de los platitos. Y luego, como si contemplara el efecto de una obra de arte, se alejó unos pasos y estuvo unos instantes mirándola con los ojos entrecerrados. Dejó de silbar, se sacó con una uña algo que se le había quedado entre los dientes, se lo volvió a meter en la boca y lo saboreó con deleite. Se le oyó tragar saliva con un ¡glup! de satisfacción. Por último, abrió la gran bolsa negra de basura y arrojó en su interior con indiferencia el cuerpo al que le había cortado la cabeza y arrancado el corazón. Como una cáscara vacía, inservible.

- Uno menos —dijo Johnnie Walken y tendió sus manos ensangrentadas hacia Nakata—. Un trabajo duro, ¿no te parece? Puedes comer corazones frescos, pero mira cómo te pones de sangre. «No, más bien mis manos dejarán encarnado el multitudinario mar, haciendo rojo el verde.» Un fragmento de *Macbeth.* No es tan trágico como en *Macbeth,* pero lo que gasto en tintorería no es moco de pavo. Tratándose, encima, de ropa tan peculiar como ésta. Sería más práctico ves$_t$ir una bata de cirujano y ponerme unos guantes, pero no puede ser. También hay *reglas* sobre esto.

Nakata no decía nada. Dentro de su cabeza algo continuaba moviéndos. Olía a sangre. En el fondo de sus oídos resonaba aquel «¡Aibó! ¡Aibó!».

Johnnie Walken sacó el siguiente gato de la maleta. Era una gata blanca. No muy joven. Tenía la punta del rabo un poco torcida. Johnnie Walken la acarició con cariño. Luego trazó en su vientre una línea de corte con el dedo. Una línea imaginaria, recta, que iba de la garganta al nacimiento del rabo. Después sacó el bisturí y volvió a abrir el gato en canal, como antes, de un golpe. Se repitió lo mismo. El alarido mudo. El cuerpo sacudido por espasmos. Las vísceras derramadas. Extraer el corazón todavía palpitante, mostrárselo a Nakata, metérselo en la boca. Masticarlo despacio. La misma sonrisa de satisfacción. Enjugarse los coágulos con el dorso de la mano. Silbar «¡Aibó! ¡Aibó!».

Nakata se hunde en el fondo del sillón. Cierra los ojos. Se aguanta la cabeza con ambas manos. Las yemas de los dedos se le clavan en las sienes. Dentro de él ha empezado a producirse un cambio, no hay duda. Aquella violenta conmoción está cambiando la constitución de su cuerpo. Su respiración se ha acelerado sin que él lo perciba, siente un intenso dolor alrededor del cuello. Por lo visto está recomponiéndose su campo visual.

- Nakata, Nakata —dice Johnnie Walken con voz festiva—. Esto no está nada bien. ¡Vamos! Que ahora empieza la función. Éstos han sido los teloneros. Para caldear ambiente. Pero tú mantén los ojos bien abiertos. Que ahora viene lo bueno. Quiero que veas cuánto me he esforzado para deleitarte con algo ingenioso de verdad.

Y, silbando «¡Aibó! ¡Aibó!», Johnnie Walken sacó el siguiente gato. Nakata, hundido en el sillón, con los ojos muy abiertos, lo miró. Era Kawamura. Kawamura clavó sus ojos en Nakata. Nakata miraba a su vez los ojos de Kawamura, pero era incapaz de pensar en nada. Ni siquiera podía ponerse en pie.

- No creo que sea necesario que os presente, pero, por si lo fuera, lo haré —dijo Johnnie Walken—. Éste es el gato señor Kawamura. Éste es el señor Nakata. Encantados ambos de conoceros.

Johnnie Walken, con ademanes teatrales, se quitó el sombrero, saludó a Nakata y, a continuación, a Kawamura.

- Primero, los saludos de rigor. Claro que, tras los saludos, aquí pasamos inmediatamente a las despedidas. *Helio. Goodbye.* «Al igual que las flores que se esparcen en la tormenta, la vida humana es sólo un adiós» —dijo Johnnie Walken acariciando con la yema del dedo el blando vientre de Kawamura. Una caricia llena de amor y de dulzura—. Ahora es el momento de detenerme, Nakata. Si quieres detenerme hazlo ahora. Cuando llegue el momento, Johnnie Walken no dudará. Porque en el diccionario del ilustre asesino de gatos Johnnie Walken no existe la palabra duda.

Y Johnnie Walken abrió el vientre de Kawamura sin vacilar. El alarido de Kawamura se oyó perfectamente. Tal vez no tuviese la lengua lo bastante paralizada. O tal vez fuese un alarido especial que sólo pudo llegar a oídos de Nakata. Pero fue un grito que helaba la sangre en las venas. Nakata cerró los ojos y se apartó la cabeza con ambas manos. Sentía cómo le temblaban las manos.

- No puedes cerrar los ojos —dijo Johnnie Walken con voz resuelta—. Otra vez las reglas. Los ojos no pueden cerrarse. Cerrarlos no soluciona nada. Por más que los cierres, no desaparecerá el problema. Al contrario, cuando vuelvas a abrirlos, las cosas habrán empeorado aún más. Así es el mundo en el que vivimos, Nakata. Tú mantén los ojos bien abiertos. Cerrarlos es de pusilánimes. Sólo los cobardes apartan la vista de la realidad. Y mientras tú cierras los ojos y te tapas los oídos el tiempo va transcurriendo. ¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac!

Tal como le decían, Nakata abrió los ojos. Cuando Johnnie Walken comprobó que los tenía abiertos, se comió el corazón de Kawamura como si hiciera una exhibición. Con más parsimonia y mayor deleite si cabe que antes.

- Blandito, calentito, como el hígado de una anguila recién pescada —dijo Johnnie Walken. Se metió el dedo índice ensangrentado en la boca, lo chupó, lo sacó y lo levantó vertical en el aire—. Una vez los pruebas, ya no puedes dejarlo. Tienen un sabor inolvidable. Sobre todo esta sangre viscosa, un tanto pegajosa.

Secó con cuidado la sangre coagulada del bisturí con un paño y, luego, silbando tan alegremente como de costumbre, le cortó la cabeza a Kawamura con la sierra. Los pequeños dientes aserraron el hueso. La sangre se esparció por doquier.

- Se lo ruego, señor Johnnie Walken. Nakata ya no puede soportarlo más.

Johnnie Walken dejó de silbar. Interrumpió su labor, se llevó una mano a un lado de la cara y se rascó el lóbulo de la oreja.

- No puede ser, Nakata. No puedes encontrarte mal. Lo siento en el alma, pero no puedo decirte: «Vale, de acuerdo». Ya te lo he explicado antes, ¿verdad? Esto es la guerra. Y la guerra, una vez empieza, *es* muy difícil de parar. Una vez se desenvaina la espada, ha de correr la sangre. No es razonable. No es lógico. Tampoco es un capricho mío. Son las reglas. O sea, que si quieres que deje de matar gatos, tienes que matarme tú a mí. Te levantas, te imbuyes de ideas preconcebidas y me matas con decisión. *Ahora mismo.* Si lo haces, todo habrá acabado. Punto final.

Y silbando, Johnnie Walken acabó de cortarle la cabeza a Kawamura, después arrojó el cuerpo decapitado a la bolsa de basura negra. Las tres cabezas de gato se alineaban sobre los platitos de metal. La cruel tortura que habían sufrido no se traslucía en sus rostros. Y, al igual que los gatos de dentro del refrigerador, todos mostraban una extraña expresión de vacío.

- Y, a continuación, un gato siamés.

Tras pronunciar esas palabras, Johnnie Walken sacó de la maleta una exhausta gata siamesa. Por supuesto, se trataba de Mimí.

—«Me llamo Mimí», dice. Es una ópera de Puccini. Y esta gata posee, ciertamente, esa refinada coquetería. A mí también me gusta Puccini. Tiene algo, ¿cómo te diría?, algo de atemporal. Su música es popular, de acuerdo, pero nunca envejece. Y esto, en una obra de arte, es un logro nada desdeñable. —Johnnie Walken silbó los compases de «Me llamo Mimí»—. Claro que, ¿sabes, Nakata?, me costó lo mío atrapar a Mimí. Esta gata es astuta, precavida, muy lista. No se deja engañar así como así. Para nada es un personaje fácil, la gatita esta. Pero no hay gato en este ancho mundo que pueda escapar a Johnnie Walken, el insigne matador de gatos. Y no te creas que estoy fanfarroneando. Me limito a exponerte un hecho: lo difícil que ha sido atraparla... Pero, *voila* ¡aquí tienes a tu amiguita Mimí, la gata siamesa! A mí me encantan los gatos siameses. Posiblemente tú no lo sepas, pero el corazón de los gatos siameses es lo mejor de lo mejor. *Boccato prelibato.* Como las trufas. ¡Tranquila, Mimí! Tú no te preocupes. Johnnie Walken apreciará en lo que vale tu lindo corazoncito. Pero ¿qué te pasa, Nakata? ¿Estás nervioso?

- Señor Johnnie Walken —dijo Nakata con una voz ahogada que parecía arrancar del fondo de su estómago—. Se lo ruego. Deténgase, por favor. Si continúa, Nakata se volverá loco. Nakata tiene la sensación de no ser ya Nakata.

Johnnie Walken depositó a Mimí sobre la mesa y, como había hecho con anterioridad, le pasó un dedo en línea recta sobre el vientre.

Tú ya no eres tú —dijo con voz calmada. Como si saboreara las palabras bajo la lengua—. Esto es muy importante, Nakata. Que una persona deje de ser ella misma.

Johnnie Walken cogió un bisturí limpio, que aún no había utilizado, de encima de la mesa y probó el filo con la yema del dedo. Luego, como si hiciera una prueba de incisión, se hizo un corte en el dorso de la mano. Tras un corto intervalo, la sangre empezó a manar. Gruesos goterones de sangre cayeron de la mano al suelo. Cayeron sobre Mimí. Johnnie Walken soltó una risita.

Una persona deja de ser ella misma —repitió—. Tú dejas de ser tú. De eso se trata, Nakata. Es fabuloso. Fundamental. «¡Ah!, mi alma está llena de escorpiones!»" Otro verso de *Macbeth.*

Sin pronunciar palabra, Nakata se levantó del sillón. Nadie habría podido detenerlo, ni siquiera él mismo. Avanzó a grandes zancadas y agarró con resolución un gran cuchillo de encima del escritorio. Un gran cuchillo de trinchar carne. Nakata lo agarró por el mango de madera y hundió sin vacilar la hoja casi hasta la empuñadura en el pecho de Johnnie Walken. Lo clavó una vez por encima del chaleco negro, arrancó el cuchillo y volvió a clavarlo con todas sus fuerzas en otro lugar. Un gran ruido resonaba junto a sus oídos. Al principio, Nakata no supo de qué se trataba. Eran las carcajadas de Johnnie Walken. Con el cuchillo hundido en el pecho hasta el fondo y la sangre manándole a borbotones, Johnnie Walken se reía a carcajadas.

- ¡Muy bien! ¡Bravo! —gritaba—. Me lo has clavado sin dudarlo un instante. ¡Magnífico!

Aun tras derrumbarse en el suelo, Johnnie Walken siguió riendo. «¡Ja, ja, ja!», reía. Como si lo encontrase tan extremadamente divertido que no pudiese sofocar las carcajadas. Pero pronto la risa mudó a sollozo y se oyó cómo la sangre le obturaba la garganta. Sonaba como una tubería de desagüe atascada. Luego, violentos espasmos recorrieron su cuerpo y empezó a vomitar sangre a grandes borbotones. Junto con la sangre echó unos grumos negros y viscosos. Eran los corazones de los gatos que se acababa de comer. Esa sangre cayó sobre la mesa salpicando el atuendo de golf que vestía Nakata.

Tanto Nakata como Johnnie Walken estaban cubiertos de sangre de los pies a la cabeza. También estaba ensangrentada Mimí, tendida sobre la mesa.

Nakata se dio cuenta al instante de que Johnnie Walken yacía muerto a sus pies. Yacía de lado, hecho un ovillo, como un niño en una noche fría, muerto, sin lugar a dudas. Con la mano izquierda se atenaz[aba] la garganta, la derecha la tenía tendida hacia delante, como si estuviese pidiendo algo. Los espasmos habían cesado y, por supuesto, sus risotadas también. Sin embargo, en sus labios aún flotaba la pálida sombra de una sonrisa helada. Y parecía que, por algún extraño efecto, fuera a permanecer allí eternamente. La sangre se extendía por el suelo de madera y en un rincón de la habitación yacía el sombrero de copa que se había desprendido de la cabeza de Johnnie Walken cuando éste se derrumbó. A Johnnie Walken le clareaba el pelo en la parte posterior de la cabeza y se le veía el cuero cabelludo. Sin sombrero parecía mucho más viejo y débil.

Nakata soltó el cuchillo. El metal cayó al suelo con estrépito. Sonó como las ruedas dentadas de una enorme máquina girando hacia delante en la distancia. Nakata permaneció largo tiempo junto al cadáver sin hacer un solo movimiento. En el interior de la estancia todo se había detenido. Sólo la sangre seguía fluyendo sin ruido y el charco se iba extendiendo poco a poco. Luego Nakata volvió en sí y cogió a Mimí, que aún yacía sobre la mesa. Nakata pudo sentir en sus manos aquel cuerpo pequeño e inerte. La gata estaba cubierta de sangre, pero no parecía herida. Mimí levantó la mirada hacia Nakata como si quisiera decirle algo, pero por culpa del sedante no pudo articular palabra. Después, Nakata localizó a Goma dentro de la maleta y la sacó con la mano derecha. Aunque únicamente la había visto en fotografía, sintió la alegría del reencuentro como si conociera a la gatita desde hacía mucho tiempo.

Goma, bonita —le dijo Nakata.

Con los dos gatos en brazos, Nakata se derrumbó en el sillón.

Vámonos a casa les dijo a los gatos. Pero no pudo levantarse. El perro negro apareció de repente y se sentó junto al cadáver de Johnnie Walken. Tal vez lamiera la sangre, que formaba un estanque. pero Nakata no lo recuerda. La cabeza le pesa, se le nubla. Nakata toma una gran bocanada de aire, cierra los ojos. La conciencia se desvanece, Nakata es succionado por unas tinieblas desconocidas.

17

Es mi tercera noche en la cabaña. Con el paso de los días me he ido acostumbrando al silencio, me he ido acostumbrando a las negras tinieblas. Casi he dejado de temer a la noche. Meto leña en la estufa, pongo una silla delante y leo. Cuando me canso de leer, me quedo contemplando las llamas con la mente en blanco. Jamás me canso de mirar las llamas. Tienen formas cambiantes, colores diferentes. Y se mueven con total libertad, como un ser vivo. Nacen, se unen, se separan, languidecen, mueren.

Si no está nublado, salgo afuera y levanto la vista al cielo. Las estrellas han dejado de producirme aquella sensación de impotencia. He llegado a sentirlas, más bien, como algo familiar y cercano. Cada una de ellas posee un destello distinto. He identificado algunas, observo cómo titilan. A veces, las estrellas despiden de pronto una fuerte luz, como si hubiesen tenido de pronto una idea importante. La luna brilla blanca en el cielo y, si fijas en ella la mirada, te da la impresión de que puedes distinguir cada roca de su superficie. En estos momentos soy incapaz de pensar en nada. Me limito a permanecer con la mirada clavada en el cielo, conteniendo el aliento. Como se me han agotado las pilas, ya no puedo escuchar música, pero no me importa tanto como creía. A la música la sustituyen montones de cosas. Los gorjeos de los pájaros, el chirrido de una miríada de insectos, el murmullo del arroyo, el susurro de las hojas de los árboles mecidos por el viento, el sonido de pasos en el techo de la cabaña, el rumor de la lluvia. Y, además, están esos sonidos inexplicables, que no pueden expresarse con palabras y que llegan de vez en cuando a mis oídos... Jamás me había percatado de que la Tierra estuviese poblada de tantos sonidos naturales rebosantes de frescura y belleza. He vivido de espaldas a ellos, sin verlos ni oírlos. Y ahora, como si quisiera suplir esta pérdida, permanezco largas horas en el porche con los ojos cerrados, borrando mi presencia, aguzando el oído para captar cualquier sonido, sin dejarme uno solo.

Tampoco el bosque me asusta tanto como antes. Siento por él una especie de respeto natural, y también familiaridad. Claro que, por mucho que diga, mis prospecciones en el bosque se limitan a los alrededores de la cabaña y al sendero. No me aparto del camino. Mientras siga las reglas, posiblemente no haya peligro. El bosque me aceptará sin palabras. Como mínimo hará la vista gorda y tolerará mi presencia. Y compartirá conmigo su paz y su belleza. Pero, en el instante en que yo deje de respetar las reglas, las bestias del silencio que se ocultan en él tal vez me apresen con sus garras de afiladas uñas.

Recorro innumerables veces el sendero, me tiendo en el pequeño y redondo claro del bosque, me sumerjo en la luz de aquel rincón soleado. Aprieto los párpados con fuerza y, mientras me llegan los rayos del sol, aguzo el oído al rumor del viento entre los árboles. Escucho el aleteo de los pájaros y el susurro de las hojas de los helechos. La honda fragancia de las plantas me envuelve. Hay momentos en que no noto la fuerza de la gravedad, levito unos instantes. Floto en el aire. Claro que no puedo permanecer indefinidamente en este estado. Es una percepción momentánea que desaparecerá al abrir los ojos y salir del bosque. Pero, por mucho que lo sepa, es una experiencia abrumadora. Poder flotar en el espacio.

Ha llovido algunas veces, pero siempre ha escampado pronto. En la alta montaña el tiempo es muy variable. Cada vez que ha llovido he salido afuera desnudo y me he lavado con jabón. Cuando estoy sudado después de hacer ejercicio, me quito la ropa y tomo el sol desnudo en el porche. Bebo mucho té, me concentro en la lectura sentado en el porche. Al anochecer leo frente a la estufa. Leo libros de historia, leo libros de ciencia, libros de folclore, mitología, sociología, psicología, obras de Shakespeare. Más que leerme un libro de cabo a rabo, lo que hago es escoger los fragmentos que me parecen más significativos y leerlos una y otra vez con atención hasta comprenderlos bien. Al leer de esta forma me da la impresión de que diversos tipos de conocimientos van, uno tras otro, grabándose en mi cerebro. Pienso en lo maravilloso que sería poder quedarme aquí para siempre. Las estanterías están atestadas de libros, queda suficiente comida en la despensa. Pero sé muy bien que éste es sólo un lugar de paso. Posiblemente deba dejarlo pronto. Este lugar es demasiado apacible, demasiado natural, demasiado perfecto. Y quizá yo todavía no me lo merezca. Posiblemente aún es demasiado pronto para ello...

El cuarto día, a mediodía, llega Oshima. No se oye el coche. Llega andando con una pequeña mochila a la espalda. Yo estoy sentado en el porche, completamente desnudo adormilado a la luz del sol, y no oigo los pasos que se acercan. Puede que medio en broma él haya intentado sofocarlos. Irrumpe en el porche de repente, alarga el brazo y me toca la cabeza con suavidad. Me levanto de un salto. Busco una toalla con la que taparme. Pero no tengo ninguna a mano.

- No te preocupes —dice Oshima—. Yo también solía tomar el sol desnudo cuando estaba aquí. Es una sensación muy agradable que el sol te dé en las partes que normalmente no están expuestas a la luz.

Allí tendido, desnudo ante Oshima, siento que se me corta la respiración. Mi vello púbico, mi pene y mis testículos están expuestos al sol. Se ven terriblemente desprotegidos, vulnerables. No sé qué hacer. Ya es tarde para correr a tapármelos.

- ¡Hola! —le digo—. ¿Has venido andando?
- Hace un tiempo maravilloso y he pensado que era una lástima no andar un poco. He bajado del coche frente a la verja —explica. Coge una toalla colgada de la barandilla y me la tiende. Yo me enrollo la toalla a la cintura y, por fin, logro serenarme.

Canturreando en voz baja, pone agua a calentar, saca de la mochila un paquete con un preparado a base de harina, huevos y leche, pone la sartén al fuego y hace panqueques. Los unta con mantequilla y jarabe. Saca una lechuga, tomates y cebollas. Prepara una ensalada tomando infinitas precauciones con el cuchillo. Nos lo comemos todo como almuerzo.

- ¿Cómo te has sentido durante estos tres días? —me pregunta Oshima mientras corta su panqueque.

Le explico lo mucho que me he divertido viviendo aquí. Pero no le explico lo que hice en el bosque. No sé por qué, me da la sensación de que es mejor no contárselo.

- ¡Qué bien! —exclama Oshima—. Ya me parecía que te iba a gustar. —¿Pero nos volvemos a la ciudad ahora?
- Sí. Ahora regresamos los dos a la ciudad.

Preparamos las cosas para la vuelta. Ordenamos la cabaña con rapidez y eficacia. Lavamos los platos y los guardamos en la alacena, vaciarnos la estufa. Tiramos el agua del depósito, cerramos la llave de la válvula del gas propano. Guardamos en el armario los alimentos que no caducan y tiramos los que se pasan. Barremos el suelo con la escoba, pasamos un paño por encima de la mesa y de las sillas. Hacemos un hoyo fuera y enterramos la basura. Doblamos a pequeños pliegues las bolsas de plástico y nos las llevamos.

Óshima cierra la cabaña con llave. Me vuelvo y le dedico una tima mirada. Pese a haber vivido en ella hasta hace unos instantes, todo lo referente a la cabaña me parece ahora una fantasía. Me basta con dar unos pasos para que todas las cosas que contiene dejen de parecerme reales. Incluso esa parte de mi propia persona que había estado allí hasta hace unos instantes se me antoja un ser imaginario. Tardamos una media hora en llegar, a pie, hasta el lugar donde Óshima ha dejado el coche. Descendemos por el camino de montaña sin hablar apenas. Óshima canturrea una melodía. Yo me pierdo en pensamientos deshilvanados.

Custodiado a sus espaldas por los altos árboles, el pequeño descapotable aguarda el regreso de Óshima. Para evitar que algún desconocido se cuele por error (o a propósito), Óshima cierra la verja con dos vueltas de cadena y el candado.

¡gual que a la ida, atamos mi mochila al portaequipajes del automóvil con una cuerda. La capota desciende, el coche se abre.

Y, ahora, de vuelta a la ciudad —dice él.

Yo asiento.

Vivir solo inmerso en la naturaleza es algo realmente fabuloso, pero hacerlo por mucho tiempo no resulta nada fácil —declara Óshima. Se pone las gafas de sol, se abrocha el cinturón de seguridad.

Me siento a su lado y me abrocho también el cinturón de seguridad.

En teoría no tiene por qué ser imposible. En la práctica hay gente que lo hace. Pero la naturaleza, en cierto sentido, es muy antinatural. Y la paz, en cierto sentido, puede llegar a ser muy amenazadora. Para poder sobrellevar estas contradicciones hace falta preparación y experiencia. Así que tú y yo, ahora, nos volvemos a la ciudad. De vuelta a los asuntos del hombre en sociedad.

Óshima pisa el acelerador y emprende el descenso por el camino de montaña. A diferencia del otro día, conduce despacio. Sin prisas.

Disfruta del paisaje que se extiende a su alrededor, saborea la caricia del viento. El viento ondea su largo flequillo, se lo echa hacia atrás. Pronto acaba el sendero sin pavimentar y entramos en un camino asfaltado aunque estrecho. Aldeas y campos de cultivo van apareciendo ante nuestros ojos.

- Hablando de contradicciones —dice Óshima como si se acordara de repente—. La primera vez que te vi me dio esa impresión. Que tú, pese a buscar algo desesperadamente, lo estabas rehuyendo a la vez con todas tus fuerzas. Ésa es la impresión que me diste.
- ¿Y qué estoy buscando?

Óshima sacude la cabeza. Mira por el espejo retrovisor, hace una mueca.

¿Qué es? Pues eso yo no lo sé. Sólo te cuento la impresión que me diste.

Permanézco en silencio.

Por la experiencia que tengo, cuando una persona busca algo desesperadamente, no lo encuentra. Y cuando alguien lo rehúye, ese algo le llega de manera espontánea. Claro que eso no es más que una teoría general.

¿Y cómo aplicarías esa teoría general a mi caso? Si, tal como dices, estoy buscando algo desesperadamente, pero a la vez lo estoy rehuyendo.

Una cuestión difícil —contesta Óshima y sonríe. Hace una pausa y, luego, prosigue—: Pero si tuviera que decirte algo, te diría lo siguiente. Quizás ese algo que buscas, mientras lo estés buscando, no lo encuentres en la forma en que lo estás buscando.

- ¡Caramba! Eso suena a una profecía funesta.

Casandra.
¿Casandra? —pregunto yo.

- Es de una tragedia griega. Casandra era una profetisa. Una princesa de Troya. Era sacerdotisa vestal del templo de Apolo y éste le otorgó el don de la profecía. Pero, a cambio, Apolo pretendía obligarla a mantener relaciones carnales con él y Casandra se negó. Entonces Apolo montó en cólera y le lanzó una maldición. Los dioses griegos pertenecen más al ámbito de la mitología que al de la religión. Total, que tienen las mismas debilidades que los seres humanos. Son irascibles, lujuriosos, celosos, olvidadizos.

Saca una cajita de caramelos de limón de la guantera y se mete uno en la boca. Me ofrece uno a mí. Lo tomo y me lo meto en la boca.

¿Y cuál fue la maldición?
¿La maldición que le lanzó a Casandra?
Asiento.

Que sus profecías siempre serían ciertas, pero que nadie las cree. ría. Ésa fue la maldición de Apolo. Además, no sé por qué, sus profecías siempre eran desfavorables: traiciones, errores, muertes, la ruina del país. Por lo tanto, no sólo no la creían, sino que la escarnecían y la odiaban. Si todavía no las has leído, tienes que leer las obras de Eurípides y Esquilo. En ellas están descritos de una manera muy vivida los problemas esenciales de la sociedad actual. A través del coro.

¿El coro?

Se llama coro a eso, o sea, al coro que aparece en escena. Están todos de pie, al fondo del escenario, y declaman al unísono. Explican la situación, hablan en nombre de los personajes, de sus motivaciones profundas. Incluso, a veces, intentan convencerlos con vehemencia. Algo muy práctico, eso del coro. A veces pienso que me gustaría tener uno detrás de mí.

- Óshima, ¿tú tienes la facultad de predecir el futuro?

No —contesta—. Por suerte, o por desgracia, no la tengo. Y si parezco un pájaro de mal agüero es porque soy una persona muy realista, con mucho sentido común. Parto de teorías generales, sigo un método deductivo para sacar mis conclusiones. Y pueden sonar a predicciones funestas, pero esto es así porque la realidad no es más que un cúmulo de profecías desfavorables que se han cumplido. Cualquiera puede verlo si coge un periódico, no importa del día que sea, lo abre y pone en un platillo de la balanza las buenas noticias y, en el otro, las malas.

Cuando viene una curva, Óshima reduce a una marcha más corta con precaución. Y lo hace de una manera tan suave y refinada que ni siquiera el cuerpo lo percibe. Únicamente un cambio en el ronroneo del motor.

- Pero hay una buena noticia —dice Óshima—. Y es que te damos la bienvenida. Formarás parte de la Biblioteca Conmemorativa Kómura. Creo que reúnes las condiciones.

De forma automática se me van los ojos al rostro de Óshima. —¿Significa eso que voy a trabajar en la biblioteca?

- Para ser más exactos, pasarás a formar parte de la biblioteca. Dormirás allí y allí vivirás. Cuando sea hora de abrir la biblioteca la abrirás y cuando llegue la hora del cierre la cerrarás. Tú llevas una vida muy ordenada y tienes mucha fuerza. No creo que ese trabajo represente para ti un gran esfuerzo. Y vas a sernos de gran utilidad a la señora Saeki [y a] mí, que no somos nada fuertes. Aparte de eso, te encargarás de algunos pequeños quehaceres. Nada complicado. Prepararme un buen café, por ejemplo, o ir a comprar alguna cosilla... Hay una habitación lista para ti. Es una habitación anexa a la biblioteca, incluso tiene ducha. En principio la construyeron como cuarto de invitados, pero aquí nadie viene a pasar la noche y no se utiliza. Total, que tú podrás vivir allí. Y lo mejor de todo: estando dentro de la biblioteca podrás leer cuanto te apetezca.
- Pero ¿por qué...? —empiezo a decir antes de quedarme sin palabras.
- ¿Que por qué te lo permitimos? —responde Óshima cediéndome sus palabras—. Se explica por un principio muy simple. Yo te comprendo a ti , la señora Saeki me comprende a mí. Yo te acepto a ti, ella me acepta a mí. Que seas un chico desconocido de quince años que se ha escapado de casa no representa ningún problema. Pero, bueno, ¿qué te parece esto de formar parte de la biblioteca?

Reflexiono unos instantes. Luego contesto:

Yo buscaba un techo. Sólo eso. Es en lo único en lo que puedo pensar ahora. Formar parte de la biblioteca todavía no sé qué puede significar. Si quiere decir que me dejáis vivir allí, os estoy muy agradecido. Así tampoco tendré que coger el tren y desplazarme hasta allí.

Decidido, pues —dice Óshima—. Y ahora voy a llevarte a la biblioteca. Y pasarás a formar parte de ella.

Cogimos la carretera nacional, atravesamos varios pueblos. Un enorme cartel publicitario de una empresa de financiación, una gasolinera adornada exageradamente, un comedor acristalado, un *love hotel* con la forma de un castillo occidental, un videoclub del que, tras quebrar, sólo queda el rótulo, un *pachinko** con un gran aparcamiento... Uno tras otro van apareciendo ante mis ojos. Y un McDonald, un Family Mart, un Lawson y un Yoshinoya... La ruidosa realidad nos está cercando. Los frenos neumáticos de un camión de gran nelaje, los cláxones, los tubos de escape. Y las íntimas llamas de la estufa, el titilar de las estrellas, la paz del interior del bosque, todo lo que me acompañó hasta el día de ayer se va alejando y desaparece en la distancia.

Hay algo que debes saber sobre la señora Saeki —me dice Oshima—. Mi madre, de pequeña, fue compañera suya de clase, las dos eran muy buenas amigas. Según mi madre, la señora Saeki era una niña muy inteligente. Sacaba muy buenas notas, escribía muy bien, era una excelente deportista, tocaba muy bien el piano. Era la mejor en cualquier cosa que hiciera. Además, era muy hermosa. Claro que eso aún lo sigue siendo. —Asiento—. Todavía estaba en primaria y ya tenía novio. Era el primogénito de la familia Kómura. Los dos tenían la misma edad, ella era una muchacha hermosa, él, un chico muy guapo. Vamos, como Romeo y Julieta. Eran parientes lejanos. Sus casas estaban una al lado de la otra y, cualquier cosa que hicieran, la hacían juntos; a cualquier parte adonde fueran iban juntos. Es natural que se sintieran atraídos el uno por el otro y que, al crecer, se amasen como hombre y mujer. Casi formaban un solo cuerpo y una sola alma... Eso me contó mi madre. —Mientras espera a que cambie el semáforo, Oshima mantiene la vista clavada en el cielo. Cuando se pone el semáforo en verde, pisa el acelerador y adelantamos un camión cisterna—. ¿Te acuerdas de lo que te hablé un día en la biblioteca? ¿Lo de que las personas erraban en busca de la mitad que les faltaba?

¿Lo de los hombres—hombres, mujeres—mujeres y hombres—mujeres?

Sí, lo de la historia de Aristófanes. La mayor parte de nosotros se pasa la vida buscando desesperadamente su otra mitad. Pero la señora Saeki y su novio no tenían ninguna necesidad de buscarla. Porque ellos, en el momento de nacer, ya la habían encontrado.

Eran muy afortunados.

Oshima asiente.

Sí, mucho. No podían quejarse. Al menos hasta que llegó cierto momento.

Oshima se pasa la mano por las mejillas como si quisiera comprobar el afeitado. Pero en sus mejillas no hay ni rastro de barba. Son lisas como la porcelana.

- A los dieciocho años, él se fue a Tokio, a la universidad. Sacaba muy buenas notas, quería seguir unos estudios especializados. También le apetecía irse a la gran ciudad. Ella se quedó aquí, ingresó en el Conservatorio y se especializó en piano. Esta región es muy conservadora, su familia también lo era. Era hija única y sus padres no querían que fuera a Tokio. Total, que resultó que ellos dos, por primera vez en su vida, se separaron. Fue como si los dioses los hubieran partido, de un corte limpio, por la mitad.

»Por supuesto, se escribían todos los días. "Tal vez sea conveniente que, al menos una vez, vivamos separados", le escribió él. "De este modo comprobaremos si de verdad somos importantes el uno para el otro, si nos necesitamos de verdad el uno al otro." Pero ella no pensaba de la misma manera. El amor que se profesaban era tan verdadero que no había ninguna necesidad de ponerlo a prueba. Ella lo sabía. El destino los había unido con un lazo tan fuerte que sólo es posible encontrar uno igual entre un millón. Y aquél era un lazo imposible de romper. Ella lo sabía. Él no lo sabía. O, si lo sabía, no podía aceptarlo sin más. Por eso se fue a Tokio. Porque quería que su lazo se estrechara todavía más al someterlo a prueba. Los hombres, a veces, piensan así.

»A los diecinueve años, ella escribió un poema. Le puso música y lo cantaba acompañándose del piano. Era una melodía melancólica, inocente, llena de una belleza pura. La letra, en comparación, era simbólica, reflexiva, más bien difícil de entender. Ese contraste la hacía muy fresca. Ni que decir tiene que tanto en la poesía como en la música se condensaba su corazón, un corazón que decía que lo necesitaba a él, tan lejos. Ella la cantó varias veces en público. De ordinario era una chica tímida, pero le gustaba cantar, incluso había formado, en su época de estudiante, una banda de música folk. Una de las personas que la escucharon quedó maravillada por la canción, grabó una sencilla cinta de muestra y se la envió a un conocido suyo, director de una empresa discográfica. Al director también le gustó la canción y la invitó a sus estudios, a Tokio, para grabarla.

»Ella fue a Tokio por primera vez en su vida y allí se reencontró con su novio. Sacaron tiempo, entre sesión y sesión de estudio, y los dos se amaron íntimamente como solían hacer antes. Según me contó mi madre, debían de mantener relaciones sexuales con regularidad desde los catorce años. Ambos eran precoces. Y, como suele suceder con los muchachos precoces, no aceptaban bien el paso del tiempo. Se quedaron siempre en los catorce o quince años. Abrazándose con todas sus fuerzas, comprobaron cuánto se necesitaban. Ninguno de los dos se había sentido atraído nunca por otra persona. Pese a haber estado separados, entre ambos no había espacio para nada más, este cuento de hadas *Love Story* casi parece aburrido, ¿no crees? Sacudo la cabeza.

Me da la impresión de que más adelante se producirá un gran cambio.

¡Exacto! —dice Oshima—. Ésta es la génesis de cualquier historia. Un gran cambio. Una inflexión inesperada. En cuanto a la felicidad, sólo existe de un tipo, pero si hablamos de infortunios, los hay de mil tipos distintos. Tal como dijo Tolstói, la felicidad es una alegoría; la desdicha, una historia. Total, que el disco salió a la venta y fue un éxito. No un éxito pequeño, no. Un éxito espectacular. Se vendieron un millón, dos millones de copias. No recuerdo la cifra exacta. En cualquier caso, eso, en aquella época, representaba un récord de ventas. En la funda del disco salía una fotografía de la señora Saeki ante el piano de cola del estudio, el rostro de medio perfil, sonriente.

»Como no tenía ninguna otra canción preparada, en la cara B del *single* grabaron la versión instrumental de la misma melodía. Orquesta y piano. Lo tocaba ella. También era una hermosa interpretación. Esto pasó hacia 1970. Por entonces, sintonizaras la emisora que sintonizases, sonaba esa melodía. Me lo contó mi madre. Yo no lo sé porque entonces aún no había nacido. En todo caso, fue lo único que ella hizo como cantante profesional. No sacó ningún LP, y tampoco otro single.

- Me pregunto si la habré oído alguna vez.

  ¿Escuchas mucho la radio?
  Sacudo la cabeza. Apenas la pongo.

Pues entonces no debes de haberla oído. Como no sea en algún especial de música de aquellos años, pocas oportunidades hay hoy en día de escucharla. Pero es una canción preciosa. Yo tengo un disco compacto donde sale y la escucho a veces. Cuando no está la señora Saeki, claro. No se puede tocar este tema en su presencia. No soporta oír hablar de esa canción. Claro que ella odia que se mencione cualquier tema relacionado con el pasado.

¿Y cómo se llamaba la canción?
Kafka en la orilla del mar —dice Oshima.

¿Kafka en la orilla del mar?
Sí, Kafka Tamura. El mismo nombre que tú. Una curiosa coincidencia.
No es mi nombre real. Aunque Tamura sí que lo es.
Pero has sido tú quien lo ha elegido, ¿no es así?
Asiento.

He sido yo quien lo ha elegido y, además, hacía mucho tiempo que había decidido llamar así a mi nuevo yo.

- Y esto es lo que importa —dice Oshima.

El novio de la señora Saeki murió a los veinte años. Justo cuando *Kafka en la orilla del mar* estaba siendo un gran éxito. La universidad donde él estudiaba había sido ocupada por los huelguistas. Atravesó una barricada para ir a llevar víveres y otras cosas a un amigo que se alojaba en el campus. Aún no eran las diez de la noche. Los que habían ocupado el edificio lo confundieron con un dirigente de una facción contraria (se le parecía mucho), lo cogieron, lo ataron a una silla y lo «interrogaron» como sospechoso de espionaje. Él intentó explicarles que se confundían de persona, pero cada vez que lo hacía lo golpeaban con una tubería de hierro o con un palo cuadrado de madera. Cuando se desplomó sobre el suelo, lo patearon con las suelas de sus botas. Poco antes del amanecer ya había expirado. Fractura craneal, fractura de costillas, desgarro pulmonar. Su cadáver fue arrojado a un lado de la calle, como un perro muerto. Dos días después, a petición de la universidad, las fuerzas antidisturbios penetraron en el recinto universitario y, transcurridas unas cuantas horas, ya habían puesto fin al encierro y habían arrestado a varios estudiantes como sospechosos de aquel asesinato. Ellos reconocieron su culpabilidad y fueron juzgados, pero como se consideró que no había habido intención de matar, a dos de ellos se les consideró culpables sólo de homicidio involuntario y se les condenó a cortas penas de prisión. Fue una muerte que para nadie tuvo sentido.

Ella no volvió a cantar jamás. Se encerró con llave en su habitación, no quería hablar con nadie. Tampoco se ponía al teléfono. Ni siquiera asistió al funeral. Dejó el Conservatorio. Pasaron unos meses y, en cuanto la gente se dio cuenta, ya no estaba en la ciudad. Adónde había ido la señora Saeki o qué estaba haciendo, eso era algo que nadie sabía. Sus padres callaban. Es posible que tampoco ellos lo supieran. Se esfumó como el humo. Ni siquiera la madre de Oshima, que era su mejor amiga, conocía su paradero. Había quien decía que se había intentado suicidar en los bosques que rodean el monte Fuji, pero que había fracasado en la tentativa y que ahora estaba internada en un hospital psiquiátrico. Otra persona dijo que un conocido se había topado con ella por las calles de Tokio. Según esa persona, ella estaba realizando un trabajo relacionado con la escritura en Tokio. También había quien afirmaba que se había casado y que tenía hijos. Pero todos éstos eran rumores sin fundamento. Y así pasaron más de veinte años.

Lo que sí está claro es que, adondequiera que hubiese ido y hubiera hecho lo que hubiese hecho, no debió de tener problemas económicos. En su cuenta tenía ingresados los derechos de autor de *Kafka en la orilla del mar*. Y representaban una cantidad considerable incluso una vez deducidos los impuestos. Cada vez que se emitía la canción por la radio o se incluía en algún CD compilatorio de la música de aquellos años, ella cobraba una cantidad, aunque no ascendiera a mucho, de derechos de autor o de usufructo de la canción. Y ese dinero le permitía llevar una vida tranquila e independiente en cualquier lugar lejano. A eso tenemos que añadirle que era la única hija de una familia adinerada.

Pero, veinticinco años después, la señora Saeki regresó de repente a Takamatsu. La razón última de su vuelta era asistir al funeral de su madre (a pesar de que cinco años atrás no había ido al de su padre). Presidió un funeral sencillo y, cuando todo hubo acabado, vendió la gran mansión donde había crecido. Compró un apartamento en una zona tranquila dentro de la ciudad de Takamatsu y se estableció allí. Al parecer, con la intención de quedarse. Poco después habló con la familia Kómura (el actual cabeza de la familia Kómura era el hermano que seguía al primogénito fallecido, tres años menor que éste). La señora Saeki y él hablaron a solas. Nada se sabe del contenido de su conversación. Pero, como resultado de ésta, la señora Saeki empezó a encargarse de la administración de la biblioteca.

Ella sigue siendo hermosa, esbelta. Conserva la sencillez intelectual de la fotografía de la funda del disco. Pero de su rostro ha desaparecido aquella sonrisa pura e incondicional. Sigue sonriendo a veces. Su sonrisa está llena de

encanto, pero se limita a unos momentos y a unos ámbitos concretos. A su alrededor se levanta un alto muro invisible. Su sonrisa no va dirigida a nadie en particular. Cada mañana conduce su Volkswagen Golf desde la ciudad hasta la biblioteca y, después, conduce de vuelta a casa. Había regresado a su ciudad, pero apenas se relacionaba con sus viejos amigos o con sus parientes. Si coincidían alguna vez, mantenía con ellos una conversación educada pero intrascendente. Los temas sobre los que hablaban eran limitados.

Cuando salía a colación algún acontecimiento del pasado (especialmente si tenía que ver con ella), desviaba la conversación de inmediato, aunque con naturalidad, por otros derroteros. Las palabras que se desprendían de sus labios eran siempre corteses y cariñosas, pero carecían del eco de la curiosidad o de la sorpresa que debían de poseer. Sus verdaderos sentimientos —si es que los tenía— no los mostraba jamás. Excepto cuando se le pedía un juicio concreto sobre algo, jamás exponía sus opiniones personales. Hablaba poco, solía dejar hablar a su interlocutor y ella se limitaba a asentir afablemente. Y, la mayor parte de las veces, llegados a cierto punto, a su interlocutor lo embargaba una vaga inquietud. La de si no estaría haciendo malgastar a la señora Saeki sus horas de silencio, la de si no estaría invadiendo su mundo, perfectamente ordenado. Y esa impresión era bastante exacta.

Pese a haber regresado, para la gente continuaba siendo un enigma. Tras su estilo refinado, ella seguía bajo el velo del misterio. Y eso hacía que resultara difícil aproximarse a ella. Incluso sus superiores nominales, la familia Kómura, que era quien le ofrecía empleo, reconocían su superioridad y lo que decían frente a ella se lo pensaban dos veces.

Poco después, Óshima empezó a trabajar en la biblioteca como ayudante. En aquella época, Óshima no estudiaba, tampoco trabajaba, se pasaba el día encerrado en casa leyendo o escuchando música. Aparte de algunas personas con las que intercambiaba mensajes por correo electrónico, apenas tenía amigos. También influía lo de su enfermedad, la hemofilia; y excepto cuando iba a hospitales especializados, conducía sin rumbo su Road Star, se dirigía periódicamente al Hospital Universitario de Hiroshima o cuando se encerraba de vez en cuando en la cabaña de Kóchi, apenas se alejaba de la ciudad. Y Óshima no se sentía muy satisfecho con su vida. Un día, casualmente, su madre se lo presentó a la señora Saeki y a ella Óshima le gustó de inmediato. A él le pasó lo mismo y se sintió interesado por el trabajo en la biblioteca. Así se convirtió en la única persona con la que la señora Saeki tenía contacto y hablaba habitualmente.

- Por lo que cuentas, parece como si la señora Saeki hubiese vuelto con el propósito de administrar la biblioteca Kómura —digo yo.
- Pues sí, yo también tengo esa impresión. Creo que el funeral de su madre no fue más que un pretexto. Para decidir volver a su ciudad natal, tan llena de recuerdos del pasado, le hacía falta un motivo así.

¿Y por qué es tan importante la biblioteca para ella?

En primer lugar, porque él vivía allí. Él, el novio muerto de la señora Saeki, vivía en lo que es ahora la biblioteca. Vaya, en lo que antes era la biblioteca de la familia Kómura. Él era el primogénito y, tal vez por cuestión genética, lo cierto es que leer era lo que más le gustaba en este mundo. Además, lo que también parece ser una característica de la familia, le encantaba la soledad. Así que cuando empezó el instituto, insistió en tener una habitación para él solo, alejada del edificio principal, en la biblioteca, y sus padres satisficieron sus deseos. Era una familia que adoraba los libros y eso podían entenderlo. «¡Vaya! ¿Así que quieres vivir rodeado de libros? Pues muy bien», le dirían. Y él pudo vivir aparte, sin que nadie lo molestara, y sólo se dirigía al edificio principal a la hora de las comidas. La señora Saeki lo visitaba todos los días. Estudiaban juntos, escuchaban música juntos, tenían conversaciones interminables. Y posiblemente se acostaran juntos. La biblioteca fue un paraíso para ellos.

Óshima, con ambas manos sobre el volante, me mira a la cara.

- Y ahora tú vivirás allí, Kafka Tamura. Y en aquella habitación, además. Tal como te he dicho antes, cuando reformaron la biblioteca hicieron diversos cambios. Pero la habitación sigue igual.

Permanezco en silencio.

- La vida de la señora Saeki, fundamentalmente, se detuvo a los veinte años, la edad que tenía cuando él murió. No, quizás a los veinte años no, sino mucho antes. Yo eso no puedo precisarlo. Pero tú esto debes comprenderlo. Las agujas del reloj sepultado dentro del alma de la señora Saeki se detuvieron justo alrededor de aquel punto. Por supuesto, el tiempo fuera de su alma ha seguido

su marcha y su efecto real la ha alcanzado también a ella. Pero este tiempo no significa nada para ella.

¿Que no significa nada para ella?
Óshima asiente.
Es como si no existiera.

- Es decir, que la señora Saeki vive siempre en aquel tiempo que quedó detenido.
- Exacto. Lo que no quiere decir que sea, bajo ningún concepto, una muerta viviente. Cuando la conozcas, tú también lo comprenderás.

Óshima aparta las manos del volante y las apoya sobre las rodillas. Un gesto muy natural.

- Kafka Tamura, en la vida de los hombres hay un punto a partir del cual ya no podemos retroceder. Y, en algunos casos, existe otro a partir del cual ya no podemos seguir avanzando. Y, cuando llegamos a ese punto, para bien o para mal, lo único que podemos hacer es callarnos y aceptarlo. Y seguir viviendo de esta forma.

Cogemos la autopista. Antes, Óshima ha detenido el coche y subido la capota. Luego vuelve a poner música de Schubert.

- Hay otra cosa que quiero que sepas —dice Óshima—. Y es que la señora Saeki, en cierta manera, tiene el corazón herido. Ya sé que esto también se nos puede aplicar a ti y a mí. En mayor o menor medida, seguro. Pero, en el caso de la señora Saeki, esta afirmación va más allá de lo que se entiende en general por tener el corazón herido. El suyo está herido de una manera *particular*. Posiblemente pudiera decirse que su alma funciona de manera distinta a la de los demás. Lo que no quiere decir que ella esté en peligro. Por lo que se refiere a la vida cotidiana, Saeki es una persona muy normal. En cierto sentido, la persona más normal que conozco. Es profunda, inteligente, encantadora. Sólo que no quiero que te preocupes si descubres algo raro en ella.
- ¿Algo raro? —repito de manera automática.

Óshima sacude la cabeza.

- Me gusta la señora Saeki. Y también la respeto. Estoy seguro de que tú sentirás lo mismo por ella.

Esto no es una respuesta directa a mi pregunta. Pero Óshima no añade nada más. Y, en el momento preciso, pone una marcha más corta, pisa el acelerador, adelanta a una camioneta justo antes de entrar en un túnel.

18

Nakata se encontró tumbado boca abajo entre la maleza. Al recobrar el sentido, abrió los ojos. Era de noche. No había estrellas. Ni luna. A pesar de ello, el cielo mostraba una tonalidad pálida. Percibe el fuerte olor de las plantas del verano. Oye los chirridos de los insectos. Por lo visto, se encontraba en el descampado que vigilaba a diario. Notaba cómo algo le frotaba la cara. Algo rasposo y cálido. Movió ligeramente la cabeza y vio cómo dos gatos se afanaban en lamerle ambas mejillas con sus pequeñas lenguas. Eran Goma y Mimí. Se sentó despacio, alargó los brazos y las acarició.

- ¿Estaba dormido Nakata? —les preguntó a las gatas.

Las dos gatas maullaron. Parecían pedir algo. Pero Nakata no logró descifrar aquellos sonidos. Fue totalmente incapaz de entender lo que le estaban diciendo. Aquello eran simples maullidos.

- Lo siento mucho. Nakata no puede entender qué le están diciendo.

Nakata se incorporó, se miró de arriba abajo y comprobó que su cuerpo no presentaba anomalía alguna. No le dolía nada. Podía mover brazos y piernas. Estaba muy oscuro y sus ojos tardaron un tiempo en acostumbrarse a las tinieblas, pero vio con seguridad que no tenía ni las manos ni la ropa manchadas de sangre. Lo que llevaba puesto seguía tal como estaba al salir de casa. Ningún desorden. La bolsa con el termo y la fiambrera continuaba a su lado. La gorra también seguía en el bolsillo de su pantalón. Nakata no lograba entenderlo.

Hacía apenas un instante, había cogido un gran cuchillo y había matado a Johnnie Walken, el «asesino de gatos», para salvar a Mimí y a Goma. Esto Nakata lo recordaba claramente. Aún notaba el cuchillo en la mano. No había sido un sueño. Cuando se lo clavó, la sangre manó del cuerpo de Johnnie Walken y lo empapó a él. Y Johnnie Walken cayó al suelo, murió hecho un ovillo. Es cuanto lograba recordar. Luego Nakata se hundió en un sillón, perdió el [co]nocimiento. Después se encontró tumbado entre la maleza en el descampado. ¿Cómo había conseguido volver? Si él ni siquiera conocía el camino. Además, en su ropa no se veía una sola gota de sangre. Que no había sido un sueño lo probaba la presencia de Mimí y de Goma, una a cada lado. Pero él era incapaz de comprender una palabra de lo que le decían.

Nakata suspiró. No conseguía pensar con claridad. Qué podía hacer. Ya pensaría después. Se colgó la bolsa al hombro, cogió un gato en cada mano y salió del descampado. Al cruzar la valla, Mimí empezó a mover la cola con desasosiego e hizo amagos de querer bajar. Nakata la depositó en el suelo.

Señorita Mimí, ya puede volver sola a su casa, ¿verdad? Está aquí mismo —dijo Nakata.

Mimí movió enérgicamente la cola como diciendo: «¡Sí, sí!».

Nakata no tiene la menor idea de lo que ha ocurrido. Además, ya no puede hablar con usted, señorita Mimí, aunque tampoco sabe por qué. Pero lo cierto es que he encontrado a Goma. Voy a llevarla ahora mismo a casa de los señores Koizumi. Allí, todos están esperando que regrese. Señorita Mimí, muchas gracias por todo.

Mimí maulló, agitó el rabo de nuevo y desapareció rauda y veloz tras una esquina. Tampoco en su cuerpo había huellas de sangre. Nakata grabó ese hecho en su memoria.

La familia Koizumi se sorprendió y alegró de ver a Goma. Ya eran más de las diez de la noche, pero las niñas aún se estaban lavando los dientes. El matrimonio Koizumi, que estaba tomando un té mientras miraba las noticias de la televisión, recibió afectuosamente a Nakata. Las dos niñas, en pijama, se pelearon para ver quién era la primera en abrazar a la gatita a rayas blancas, negras y marrones. Goma, por su parte, se arrojó sobre la leche y la comida de gato que le dieron.

- Siento mucho molestarles a estas horas de la noche. Hubiese querido traérsela antes, pero no estaba en mi mano elegir.
- No se preocupe por la hora. ¡Faltaría más! —dijo la señora Koizumi.

La hora es lo de menos. Este gato es como un miembro más de la familia. Le agradezco mucho que lo haya encontrado. ¿No le apetece entrar un momento? Tómese una taza de té con nosotros —dijo *el* marido.

- No, muchas gracias. Tengo que irme enseguida. Sólo quería entregarles a Goma lo antes posible.

La señora Koizumi se metió en la casa y preparó un sobre con el estipendio. Su marido se lo entregó a Nakata.

- Es sólo una pequeña muestra de agradecimiento por haber encontrado a Goma. Por favor, acéptelo.
- Muchísimas gracias —dijo Nakata al tomar el sobre e inclinando la cabeza.
- Debe de haberle costado mucho encontrarla, estando todo tan oscuro.
- Sí, es una historia un poco larga. Y no me veo capaz de contarla. Nakata no es muy inteligente y le cuesta explicar historias largas.

No se preocupe. No sabemos cómo darle las gracias —dijo la señora—. Perdone, no son más que las sobras de la cena, pero si le apetecen berenjenas asadas y pepinillos en vinagre, podría llevarse un poco a casa.

Muchísimas gracias, señora. Me encantaría. Las berenjenas asadas y los pepinillos en vinagre son uno de los platos favoritos de Nakata.

Nakata se guardó en la bolsa un *tupperzvare* con berenjenas asadas y pepinillos en vinagre, también el sobre con el dinero, y salió de casa de los Koizumi. Se dirigió a la estación a paso rápido y fue hasta el puesto de policía que se encontraba cerca del barrio comercial. Allí había un joven policía sentado frente a la mesa rellenando unos papeles. Llevaba la cabeza descubierta y la gorra descansaba sobre la mesa.

Nakata abrió la puerta corrediza de cristal, entró y dijo: —Buenas noches. Con su permiso.

- Buenas noches —dijo a su vez el policía. Levantó la vista de los documentos y estudió el aspecto de Nakata. Lo catalogó como un viejo tranquilo e inofensivo. «Debe de querer preguntarme el camino a alguna parte», pensó el joven policía.

Plantado junto a la puerta, Nakata se quitó la gorra de la cabeza y se la metió en el bolsillo del pantalón. Luego se sacó un pañuelo del otro bolsillo y se sonó la nariz. Dobló el pañuelo y volvió a guardárselo en el bolsillo.

- ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el policía.

Pues, mire, Nakata acaba de matar a un hombre.

El policía dejó caer el bolígrafo sobre la mesa sin darse cuenta y se lo quedó mirando boquiabierto. Por unos instantes no le salieron las palabras.

¿Que ha...? Siéntese —dijo el policía, incrédulo, señalándole la silla que tenía delante. Luego se llevó la mano a la cintura para comprobar que la pistola, la porra y las esposas seguían en su sitio.

Sí —respondió Nakata tomando asiento. Enderezó la espalda, depositó ambas manos sobre las rodillas, miró de frente al policía. —O sea, que has matado a un hombre.

- Sí. Nakata ha matado a un hombre con un cuchillo. Hace apenas un rato —afirmó Nakata categóricamente.

El policía tomó el bloc de notas, echó una ojeada al reloj de pared y registró en el papel la hora y la palabra «apuñalamiento». —Dame tu nombre y dirección.

Sí. Me llamo Satoru Nakata. Y mi dirección es...

- Espera. ¿Con qué caracteres se escribe Satoru Nakata?

Nakata no conoce las letras. Mil perdones, pero no sé escribir. Tampoco sé leer.

El policía hizo una mueca.

¿Me estás diciendo que no sabes leer ni escribir? ¿Ni siquiera tu nombre?

Sí. Por lo visto, hasta los nueve años, Nakata sabía leer y escribir, pero tuvo un accidente y dejó de saber. Nakata tampoco es inteligente.

El policía lanzó un suspiro y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

Pues, si no sabes escribir tu nombre, entonces no podremos escribir el informe.

- Mil perdones.

¿No vives con alguien? ¿Con algún familiar?

Nakata vive solo. No tiene familia. Tampoco trabaja. Vive del subsidio que le da el señor gobernador.

- Es tarde, mejor que regreses a tu casa. Duerme bien. Y mañana, si te acuerdas de algo, vienes aquí y me lo cuentas.

Se acercaba el cambio de turno y, para entonces, el policía quería dejar listos unos documentos. Había quedado con un compañero de trabajo para ir a tomar algo a un local que había cerca del puesto de policía al acabar su turno. No tenía tiempo que perder con aquel viejo chiflado. Pero Nakata sacudió la cabeza mirándolo con severidad.

- No, señor policía. Nakata quiere contárselo todo mientras lo recuerde bien. Mañana, quizás ya lo haya olvidado todo.

»Nakata estaba en un descampado que hay en el 2—chóme. Se encontraba allí buscando a Goma, tal como la señora Koizumi le había pedido. Entonces apareció de repente un perro negro enorme y condujo a Nakata hasta una casa. Una casa muy grande, con un gran portal y un gran coche negro. No sé la dirección. No había estado nunca por aquella zona. Pero creo que era el distrito de Nakano. Allí había un señor que se llamaba Johnnie Walken y que llevaba un sombrero negro muy extraño. Un sombrero de copa. Dentro de la nevera de la cocina guardaba muchas cabezas de gato. Habría unas veinte. Aquel señor cazaba gatos, les cortaba la cabeza con una sierra y se comía su corazón. Porque hacía una flauta especial con el alma de los gatos. Y luego, con esa flauta, pensaba recolectar almas de personas. Delante de Nakata, el señor Johnnie Walken mató al señor Kawamura con un cuchillo. También mató a unos cuantos gatos más. Les abrió la barriga con un cuchillo. También iba a matar a Mimí y a Goma. Así que Nakata agarró un cuchillo y mató a Johnnie Walken.

»El señor Johnnie Walken le había pedido a Nakata que lo matase, ¿sabe? Pero Nakata no quería hacerlo. No, no quería. Porque Nakata jamás había matado a alguien. Nakata sólo quería decirle al señor Johnnie Walken que dejara de matar a los gatos. Pero el cuerpo no hizo caso de las palabras de Nakata. El cuerpo se movió a su antojo. Y Nakata cogió un cuchillo que había allí y lo clavó una, dos, tres veces en el pecho de Johnnie Walken. Johnnie Walken cayó al suelo cubierto de sangre y se murió. Nakata también se llenó de sangre de los pies a la cabeza. Entonces, Nakata se dirigió tambaleante a un sillón, se sentó y se durmió. Cuando se despertó, ya era de noche y se hallaba en un descampado. Mimí y Goma estaban a su lado. Esto ha pasado hace muy poco. Primero, Nakata ha ido a llevar a Goma a casa de los señores Koizumi y la señora le ha dado a Nakata berenjenas asadas y pepinillos en vinagre. Luego he venido aquí enseguida. Porque he creído que debía notificarlo al señor gobernador.

Cuando acabó de decir esto de corrido, con la espalda erguida, Nakata suspiró. Era la primera vez que explicaba una historia tan larga. Sentía como si la mente se le hubiera quedado en blanco.

- Notifíquelo al señor gobernador.

El joven policía había escuchado el relato de Nakata con cara de estupor. Lo cierto es que no entendía qué le estaban contando. ¿¡El señor Johnnie Walken!? ¿¡Goma!?

De acuerdo. Voy a notificárselo al gobernador.
Espero que no me retire el subsidio.
El policía puso cara de pocos amigos y fingió que tomaba nota.

De acuerdo. Así voy a hacerlo constar. «El interesado solicita que no le sea retirado el subsidio.» ¿Está bien así?

- Muy bien, señor policía. Muchas gracias por haberme dedicado parte de su tiempo. Transmítale mis saludos al señor gobernador.

Así lo haré. Tranquilo. Y descansa. —Y el policía agregó un último comentario—: Por cierto, para haber quedado cubierto de sangre de los pies a la cabeza cuando mataste a aquel hombre, no tienes una sola gota de sangre en la ropa.

Sí, en efecto. A decir verdad, esto también le parece extraño a Nakata. No cuadra. Yo diría que quedé cubierto de sangre, pero, a la que me di cuenta, la sangre había desaparecido. Es extraño.

Mucho —admitió el policía, y en su voz quedó patente todo el cansancio de la jornada.

Nakata abrió la puerta corredera y, cuando ya se disponía a salir, se detuvo, se volvió y dijo:

- Por cierto, ¿mañana al atardecer estará usted aquí?

Sí —respondió el policía con precaución—. Mañana por la tarde trabajo. ¿Por qué?

Aunque esté despejado, cuando salga, por si acaso, será mejor que coja el paraguas.

El policía asintió. Se giró y miró el reloj de pared. Pronto lo llamaría su compañero para invitarlo a tomar algo.

- De acuerdo. Cogeré el paraguas.

Es que van a caer peces del cielo, como si lloviera. Muchos peces. Creo que sardinas. Y tal vez también haya mezclada alguna caballa.

- ¡Sardinas y caballas! —se rió el policía—. En ese caso mejor que ponga el paraguas del revés, pesque unas cuantas y las ponga en vinagre.
- La caballa en vinagre también es uno de los platos favoritos de Nakata —dijo Nakata con expresión seria—. Pero mañana, a estas horas, posiblemente yo ya no esté aquí.

Y cuando, al atardecer del día siguiente, cayó en efecto del cielo una tromba de sardinas y caballas en aquella esquina del distrito de Nakano, el policía empalideció. Sin previo aviso, alrededor de unos dos mil peces cayeron de entre las nubes. La mayoría reventó al precipitarse contra el suelo, pero los que sobrevivieron se quedaron saltando y coleando en el suelo del barrio comercial. Tal como se podía apreciar a simple vista, estaban frescos y aún despedían olor a mar. Los peces se precipitaban ruidosamente sobre la gente, los coches y los edificios, aunque como al parecer no caían desde una gran altura, por fortuna no hirieron gravemente a nadie. Lo peor fue el fuerte impacto psicológico que ocasionaron. Una enorme cantidad de peces cayendo del cielo como el granizo. Una escena que parecía sacada del Apocalipsis.

Más tarde, la policía abriría una investigación, pero jamás logró aclararse desde dónde ni cómo habían transportado tantos peces al cielo. Ningún mercado de pescado, ningún barco pesquero había denunciado la desaparición de tan ingente cantidad de peces. Tampoco había constancia de que, en aquellos momentos, algún avión o helicóptero hubiera sobrevolado la zona. No había noticia de que se hubiera producido algún torbellino, y era inimaginable que se tratase de una gamberrada. Demasiado trabajo para que fuera una simple broma. A petición de la policía, el centro de Sanidad Pública del distrito de Nakano recogió y analizó muestras de los peces que habían caído del cielo, pero no hallaron nada anormal. Sólo eran sardinas y caballas normales y corrientes. Frescas, posiblemente buenas al paladar. Sin embargo, la policía, sirviéndose de coches con servicio de megafonía, advirtió a la población que no comiese aquellos peces porque se desconocía su procedencia y podían contener algún elemento tóxico.

Las camionetas de las emisoras de televisión acudieron en tropel. Aquél era realmente un acontecimiento digno de ser transmitido. Los reporteros invadieron el barrio comercial e informaron a todo el país sobre aquel misterioso suceso. Recogían los peces del suelo a paletadas y los mostraban. Emitieron la declaración de un ama de casa a la que las sardinas y caballas habían golpeado en la cabeza. La aleta dorsal de una caballa le había herido en una mejilla.

- Y menos mal que eran sardinas y caballas. Porque, si llegan a ser atunes, hubiese podido ser mucho peor —argumentó la mujer presionándose un pañuelo contra la mejilla. La observación tenía fundamento, pero la gente que miraba la televisión se echó a reír. Un reportero intrépido tuvo la osadía de coger sardinas y caballas del suelo, asarlas allí mismo y comérselas delante de la cámara.
- ¡Buenísimas! —fanfarroneó—. Muy frescas y con la cantidad de grasa justa. ¡Lástima que no tenga nabo ni un poco de arroz hervido recién hecho!

El joven policía no sabía qué hacer. Aquel extraño viejo —del que, por cierto, ni recordaba el nombre— le había pronosticado que por la tarde caería del cielo una gran cantidad de peces. Sardinas y caballas, había dicho. Y así había sucedido... Pero él se lo había tomado a risa y ni siquiera había apuntado su nombre y su dirección. ¿Debería presentar ahora un informe a sus superiores? Posiblemente eso fuera lo correcto. ¿Pero qué utilidad tendría presentarlo en aquellos momentos? Nadie había resultado herido, no había ninguna prueba de que se hubiese cometido un crimen. Sólo habían caído peces del cielo.

Además, ¿le creerían sus superiores si les contaba una historia absurda según la cual un extraño viejo había ido al puesto de policía y había pronosticado que, al día siguiente, caerían sardinas y caballas del cielo? ¿No era normal acaso que creyeran que se había vuelto loco? Y puede que la historia trajese cola y él se convirtiese en el hazmerreír de la comisaría.

Y una cosa más. Aquel viejo había ido al puesto de policía a informar de que había cometido un asesinato. Es decir, a entregarse. Y no le había hecho caso. Ni siquiera lo había registrado en el cuaderno de incidencias del día.

Eso iba claramente contra el reglamento y podía ser motivo de sanción. Pero es que la historia de aquel viejo no tenía ni pies ni cabeza. Ningún policía que se hubiese encontrado allí de servicio lo habría tomado en serio. Entre un asunto y otro, la jornada laboral en un puesto de policía es muy ajetreada y el trabajo burocrático se acumula. El mundo está lleno de chiflados que acuden en tropel a la comisaría, todos juntos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, a decir sandeces. Uno no puede tomarse en serio todo lo que le cuentan.

Sin embargo, puesto que la predicción de que caerían peces del cielo se había cumplido (¡y mira que era estúpido eso también!), él ya no podía afirmar categóricamente que aquella historia increíble según la cual el viejo habría matado a cuchilladas a un individuo —a un tal Johnnie Walken había dicho— fuera una invención de cabo a rabo. Y suponiendo que fuera cierta, podría verse en una situación apura da. Porque había enviado a casa a un hombre que le había dicho: «Acabo de cometer un asesinato» sin informar siquiera del hecho.

Pronto llegaron los camiones de la limpieza y se llevaron los peces desparramados por las calles. El joven policía controló el tráfico. Cerró la entrada del barrio comercial para que no pasaran los coches. El pavimento de las calles del barrio comercial estaba lleno de escamas adheridas que los encargados de la limpieza intentaban desprender, sin conseguirlo, con los chorros de agua de las mangueras. El suelo permaneció resbaladizo durante un tiempo y hubo varias amas de casa a las que, yendo en bicicleta, los neumáticos les resbalaron y acabaron por el suelo. El olor a pescado no se iba y los gatos del barrio estuvieron toda la noche presos de una gran excitación. Acosado por semejante multitud de problemas, el joven policía no tuvo tiempo de pensar en el enigmático viejo.

Pero al día siguiente, cuando descubrieron el cadáver de un hombre apuñalado en una zona residencial del barrio, el joven policía se quedó sin aliento. El hombre asesinado era un famoso escultor y el cadáver lo descubrió la mujer de la limpieza, que iba a la casa cada dos días. La víctima, no se sabe por qué razón, estaba completamente desnuda y tendida sobre un mar de sangre. Se estimaba que la hora de su muerte había sido dos días antes al atardecer. El instrumento del crimen era un cuchillo de trinchar la carne que se había encontrado en la cocina. «¡Todo lo que me contó el viejo era cierto!», pensó el policía. «¡Qué horror! ¿Qué hago yo ahora? Si hubiese avisado a la central, se lo habrían llevado en un coche patrulla y listos. Una cosa así, una confesión de asesinato, tendría que habérsela pasado a los de arriba. Y que decidieran ellos si el viejo estaba loco o no. Y yo habría cumplido con mi deber. Pero no lo hice. Y, ahora, lo mejor que puedo hacer es seguir callando.» Ésa fue la decisión del policía.

Por entonces, Nakata ya había abandonado la ciudad.

19

Es lunes y la biblioteca está cerrada. De ordinario, en la biblioteca reina el silencio, pero los días de descanso el silencio resulta incluso excesivo. Parece que el tiempo se haya olvidado de ella. O bien, que esté conteniendo el aliento para que el tiempo no la descubra. Al final de un pasillo que nace en la sala de lectura puede verse un rótulo que dice: PERSONAL, tras él hay un fregadero y un mostrador donde los empleados pueden prepararse alguna infusión o calentar algo. También hay un microondas. Al fondo está el cuarto de invitados. Anexo a la habitación hay un baño sencillo. También un armario ropero. Una cama individual y, en la mesita que se encuentra junto a la cabecera, una lamparilla y un reloj despertador. Un escritorio y una lámpara. Un antiguo tresillo cubierto con una funda de color blanco y una cómoda donde meter la ropa doblada. Una pequeña nevera de uso individual y, encima, platos y una alacena. Uno se puede preparar algo sencillo para comer en el mostrador al otro lado de la puerta. En el cuarto de baño hay jabón y champú, secador de pelo y toallas. Contiene todo lo que una persona puede necesitar para llevar una vida cómoda durante un periodo no muy largo de tiempo. Por la ventana orientada al oeste se ven los árboles del jardín. Cae la tarde y los rayos del sol poniente centellean al otro lado de las ramas de los cedros.

- Aparte de mí, que me he quedado a dormir aquí alguna vez cuando me daba pereza volver a casa, nadie utiliza nunca esta habitación —dice Óshima—. La señora Saeki, que yo sepa, no la usa jamás. O sea, que no molestas a nadie alojándote aquí.

Deposito la mochila en el suelo y echo una mirada a la habitación.

- Hay sábanas limpias y te he llenado la nevera con lo más básico. Leche; fruta, verdura, mantequilla, jamón, queso... Aquí, platos elaborados no te los podrás preparar, pero sí hacerte sándwiches, puedes pedir que te la traigan o salir a comer fuera. La colada puedes hacerla en el cuarto de baño. En fin, no creo que se me olvide decirte nada. — ¿Dónde trabaja habitualmente la señora Saeki?

Óshima señala el techo.

En el estudio del primer piso. Supongo que ya lo viste el día de la visita guiada. La señora Saeki siempre está allí escribiendo. Cuando tengo que dejar mi puesto por algo, ella baja y me sustituye detrás del mostrador. Pero si no hay nada en la planta baja que requiera su presencia, siempre se queda arriba.

Asiento.

- Mañana llegaré a eso de las diez y te explicaré, más o menos, en qué consiste tu trabajo. Hasta entonces descansa.
- Muchas gracias por todo —le digo.

My pleasure —me responde en inglés.

Cuando Óshima se va, deshago la mochila. Guardo en la cómoda la poca ropa que llevo, cuelgo las camisas y las chaquetas en las perchas, pongo la libreta y los utensilios para escribir encima de la mesa, mis enseres de aseo los llevo al cuarto de baño y guardo la mochila en el armario.

En la habitación no hay elementos decorativos, sólo un pequeño cuadro en la pared. Un retrato, realista, de un niño en la orilla del mar. El cuadro no es malo. Tal vez sea de algún pintor famoso. El niño debe de tener unos doce años. Lleva un sombrero blanco para el sol y está sentado en una pequeña tumbona. Hinca el codo en un brazo de la tumbona y tiene la mejilla apoyada en la palma de la mano. Su rostro expresa algo de melancolía pero, también, cierta altivez. Un pastor alemán de color negro está sentado a su lado con aire protector. Al fondo, reluce el mar. También aparecen otras personas en el cuadro, pero las figuras son demasiado pequeñas para que se puedan distinguir las facciones. Mar adentro hay una isla. Sobre el mar flotan algunas nubes de forma parecida a puños cerrados. Es una escena veraniega. Me siento frente a la mesa y me quedo mirando el cuadro. Me da la impresión de estar oyendo el rumor de las olas, de percibir el olor del agua de mar.

El niño del cuadro posiblemente sea el muchacho que vivió antes en esta habitación. El muchacho de su misma edad a quien la señora Saeki amó. El muchacho que a los veinte años se vio involucrado en una lucha entre facciones contrarias en las revueltas estudiantiles y que murió de forma absurda. No tengo ninguna evidencia, pero me da la impresión de que es así. También el paisaje me recuerda las playas de los alrededores. Y, si así

fuera, resultaría que en el cuadro figura una escena de hace alrededor de cuarenta años. Y, a mí, cuarenta años me parecen una eternidad. Intento imaginarme a mí mismo dentro de cuarenta años. Pero es igual que imaginar el fin del universo.

A la mañana siguiente, Óshima llega y me explica todos los pasos que he de seguir para abrir la biblioteca. Quitarles *el* cerrojo a las ventanas, abrirlas y ventilar las estancias, pasar un momento el aspirador, limpiar las mesas con un paño, cambiar el agua de los floreros, encender las luces, regar con un poco de agua el jardín si hace falta y, cuando llega la hora, abrir la puerta principal. Al cerrar, más o menos lo mismo pero a la inversa. Cerrar las ventanas con llave, volver a pasar un paño por encima de las mesas, apagar las luces, cerrar el portal.

No creo que haya peligro de que entren a robar aquí, así que tampoco te preocupes demasiado por cerrar la puerta —dijo Óshima—. Pero ni a la señora Saeki ni a mí nos gusta la dejadez. Así que haz bien tu trabajo. Ésta es nuestra casa. Y la tratamos con respeto. Espero que tú hagas lo mismo.

Asiento.

Luego me da instrucciones sobre el trabajo en la recepción. Qué debo hacer una vez me siente detrás del mostrador. Qué debo explicarles a los lectores.

Quédate un rato conmigo y mira cómo lo hago. Así aprenderás. No es muy difícil. Y, si surge alguna complicación, ve al primer piso y avisa a la señora Saeki. Déjalo en sus manos, ella lo resolverá.

La señora Saeki llega poco antes de las once. Adivino que es ella por el sonido del motor de su Volkswagen Golf, un ruido muy especial. Deja el coche en el aparcamiento, entra por la puerta trasera y nos saluda a Óshima y a mí. «Buenos días», dice ella. «Buenos días», contestamos Óshima y yo. Éstas son las únicas palabras que cruzamos. La señora Saeki lleva un vestido azul marino de manga corta y una chaqueta de algodón en la mano. Le cuelga un bolso del hombro. Casi no se pone adornos y apenas va maquillada. Con todo, su apariencia es deslumbrante. Me mira a mí, que estoy de pie al lado de Óshima, y parece que quieta decirme algo, pero finalmente desiste. Me dirige una pequeña sonrisa y luego sube despacio las escaleras hasta el primer piso.

- Tranquilo —me dice Óshima—. Lo tuyo ya está arreglado. No hay ningún problema. Simplemente no le gusta malgastar palabras. Eso es todo.

A las once, Oshima abre la biblioteca. De momento no acude nadie. Oshima me enseña cómo buscar los libros con el ordenador. En la biblioteca tienen un modelo IBM y yo ya estoy acostumbrado a utilizarlo. Luego me enseña cómo ordenar las fichas catalográficas. Otro trabajo que me corresponderá hacer es rellenar a mano las fichas de los libros recién publicados que cada día llegan a la biblioteca.

A las once y media aparecen dos mujeres juntas. Las dos llevan pantalones tejanos de diseño y color idénticos. La más baja tiene el pelo tan corto como una nadadora, la más alta se lo ha recogido en una trenza. Ambas calzan zapatillas de deporte, una Nike, la otra Asics. La alta aparenta unos cuarenta años; la baja, unos treinta. La alta lleva puesta una camisa a cuadros y usa gafas; la baja, una blusa blanca. Las dos acarrean una pequeña mochila a la espalda y la expresión de sus caras es tan sombría como un cielo nublado. Son de pocas palabras. A la entrada, Oshima les guarda las pequeñas mochilas y ellas, con cara de pocos amigos, extraen de su interior los utensilios para escribir.

Examinan una tras otra las estanterías, pasan febrilmente las fichas catalográficas. De vez en cuando apuntan algo en el cuaderno. No leen ningún libro. Tampoco se sientan. Más que usuarios de la biblioteca parecen inspectores de Hacienda realizando un inventario. Ni Oshima ni yo logramos adivinar quiénes son ni qué diablos están haciendo aquí. Oshima me dirige una mirada significativa y se encoge ligeramente de hombros. Yo diría que, siendo optimistas, cabe augurar lo peor.

A mediodía, mientras Oshima almuerza en el jardín, yo lo sustituyo detrás del mostrador.

Me gustaría hacerles algunas preguntas —dice una de las mujeres. La alta. Su tono de voz es duro y tenso. Me recuerda un mendrugo de pan olvidado en el fondo del armario.

- ¿De qué se trata?

Ella frunce el ceño y se me queda mirando enarcando las cejas. —¿No serás por casualidad estudiante de bachillerato?

Sí. Estoy aquí haciendo un cursillo —le respondo.
¿Puedes llamar a alguien con más responsabilidad?
Voy al jardín en busca de Oshima.

Él toma despacio un sorbo de café para tragar lo que tiene en la boca, se sacude las migas de pan de las rodillas y acude.

- ¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta Óshima afablemente.
- Trabajamos para un organismo que se encarga de investigar sobre *el* terreno, desde el punto de vista de la mujer, diversas instalaciones culturales públicas de todo el país para evaluar la facilidad de uso y la equidad en el acceso a éstas. Es decir, facilidad de acceso de las mujeres a las instalaciones —dice la mujer—. Es un estudio que estamos llevando a cabo durante un año, a lo largo del cual visitamos cada uno de los centros y estudiamos sus instalaciones para luego publicar un informe con el resultado de nuestras investigaciones. En este trabajo colaboran muchas mujeres y nosotras somos las encargadas de esta zona.

¿Le importaría decirme cómo se llama ese organismo? —pregunta Óshima.

La mujer saca una tarjeta y se la entrega. Oshima, sin cambiar la expresión del rostro, la lee con suma atención, la deposita sobre el mostrador, luego levanta la cabeza, clava la mirada en su interlocutora y le dedica una deslumbrante sonrisa. Una sonrisa tan magnífica que, de tratarse de una mujer más normal, habría enrojecido. Pero ella ni siquiera arquea una ceja.

- En conclusión, lo que quería comunicarle es que en esta biblioteca hemos detectado, por desgracia, algunos problemas —dice ella.

¿Se refiere usted a problemas desde el punto de vista de la mujer? —pregunta Oshima.

- Así es. *Desde el punto de vista de la mujer* —responde ella. Luego carraspea—. Y nos gustaría conocer la opinión de la administración de la biblioteca sobre estas cuestiones.
- En el caso que nos ocupa, la palabra administración es casi un poco exagerada, pero, si yo puedo serles de alguna utilidad, estoy a su disposición.

Bien. En primer lugar, ustedes no tienen lavabos de mujeres, ¿cierto?

- Sí. En esta biblioteca no hay lavabo de mujeres. Los lavabos son de uso compartido.
- Por mucho que ésta sea una entidad privada, al tratarse de una biblioteca abierta al público, ¿no cree usted que, ya por principio, los lavabos deberían estar separados?
- ¿Por principio? —Óshima repite las palabras de su interlocutora como para cerciorarse.
- Sí. Los lavabos compartidos facilitan diversos tipos de acoso. Según nuestros estudios, la mayoría de mujeres se manifiesta terminantemente contraria al uso de lavabos compartidos. Éste es un caso claro de desatención hacia sus usuarias.

¿Desatención? —cuestiona Oshima. Y, por la expresión de su cara, parece que se haya tragado, por error, algo amargo. [Evi]dentemente, las connotaciones de esa palabra no le gustan.

Falta de atención deliberada.

¿Falta de atención deliberada? —vuelve a repetir él. Y reflexiona unos instantes sobre la brusquedad de esa frase.

En fin, ¿y qué opina usted al respecto? —pregunta la mujer conteniendo a duras penas la irritación.

Tal como puede usted observar, esta biblioteca es muy pequeña —dice Oshima—. Y, por desgracia, no tenemos suficiente espacio para construir unos lavabos para hombres y otros lavabos separados para mujeres. Posiblemente, sería deseable que los hubiera, pero por el momento ninguna de nuestras usuarias se ha quejado. Por suerte o por desgracia, a nuestra biblioteca no acude tanta gente. Y si ustedes defienden el uso de lavabos separados, les sugiero que se dirijan a la empresa Boeing en Seattle y les expongan el tema de los lavabos en los Jumbo. Los Jumbo son mucho más grandes que esta biblioteca, están mucho más llenos de gente y, por lo que sé, a bordo los lavabos son de uso compartido.

La mujer alta entorna los ojos con expresión severa y se queda mirando a Oshima a la cara. Al entornar los ojos se le pronuncian los pómulos de ambas mejillas. Al mismo tiempo, las gafas se le deslizan por la nariz hacia arriba.

- El objeto de la investigación que nos ocupa no son los medios de transporte. ¿A qué viene mencionar ahora los Jumbo?

Dado que los lavabos de los Jumbo son de uso común y los de la biblioteca también lo son, si pensamos en términos de principios, los problemas derivados de este uso compartido son los mismos, ¿no es cierto?

Nosotros estudiamos las instalaciones de cada una de las instituciones. No hemos venido hasta aquí para hablar de principios.

De los labios de Oshima no se borra la plácida sonrisa.

- ¿Ah, no? Creía que estábamos hablando de *principios.*

Al parecer, la mujer alta se da cuenta de que ha metido la pata. Sus mejillas enrojecen un poco. Pero no se deben al *sex appeal* de Oshima. Ella intenta recuperar posiciones.

En estos momentos no es el problema de los Jumbo el que nos ocupa. No confunda usted las cosas sacando a colación lo que no tiene nada que ver.

- De acuerdo. Dejemos el tema de los aviones —dice Óshima—. Mantengamos los pies en el suelo.

Ella dirige una mirada hostil a Oshima. Toma una bocanada de aire y prosigue:

- Otra cosa de la que quería hablarle es de la clasificación de los autores por sexos.
- Sí, efectivamente. Este catálogo lo hizo mi predecesor y, no sé por qué razón, llevó a cabo una clasificación por sexos. Tengo intención de rehacerlo, pero aún no he podido disponer del tiempo necesario para ello.
- A esto nosotras no tenemos nada que objetarle —dice ella. Óshima ladea ligeramente la cabeza.
- Sin embargo, el problema es que, en todas las materias, los autores masculinos van delante de las autoras femeninas —explica ella—. Y a nosotras eso nos parece una injusticia, algo que va contra el principio de igualdad entre los sexos.

Oshima coge la tarjeta, la lee, vuelve a depositarla sobre el mostrador.

- Señora Soga —dice Oshima—. En la escuela, cuando pasaban lista, Soga iba delante de Tanaka y detrás de Sekine. ¿Puso usted alguna objeción a esto? ¿Exigió alguna vez que lo leyeran al revés? ¿Se enfada porque en el alfabeto la «ge» va detrás de la «efe»? ¿Piensa hacer la revolución porque la página 68 del libro va detrás de la 67?
- Esto es diferente —replica airada elevando el tono de voz—. Usted está todo el rato confundiendo las cosas de manera deliberada.

Al oírlo, la Mujer baja que sigue tomando notas ante la estantería se acerca corriendo.

- *Confundiendo las cosas de manera deliberada* —Oshima repite las palabras de su interlocutora como si las subrayara.
- ¿Lo niega acaso?
- *Red herring* —dice Oshima. La mujer llamada Soga se queda con la boca abierta, muda—. En inglés hay una expresión que se llama *red herring.* Se refiere a algo que capta el interés y que desvía la atención del terna central. Un arenque rojo. Lo que no puedo explicarle, sin embargo, con mis pobres conocimientos, es de dónde viene esta expresión.
- Sean caballas o arenques, usted está intentando eludir la cuestión.

O—Hablando con propiedad, lo que yo hago es una analogía Óshima—. Según Aristóteles, se trata de uno de los más eficaces métodos en el arte de la oratoria. Los ciudadanos de la antigua Atenas utilizaban y disfrutaban cotidianamente de este engaño intelectual. Claro que es una verdadera lástima que, en la Atenas de aquella época, la definición de ciudadano no incluyera a las mujeres.

- ¿Se está burlando de nosotras?
- A lo que yo me refiero es a lo siguiente. Si ustedes tienen tiempo para ir a una pequeña biblioteca de una pequeña ciudad, husmear por todas partes y tratar de poner pegas a cómo están los lavabos y las fichas catalográficas, también podrían encontrar otras maneras más efectivas de defender los justos derechos de las mujeres de este país. Nosotros nos desvivimos para que esta biblioteca sea de alguna utilidad en la región. Hemos reunido una excelente colección de textos para gente que ama los libros. Ponemos todo nuestro corazón en el trato con el público. Quizás ustedes no lo sepan, pero nuestra colección de estudios y

documentos sobre poesía, que abarca desde la era *Taisho* hasta mediados de *Shówa,* goza de una gran reputación en todo el país. Tenemos defectos, por supuesto. Y también limitaciones, eso ni siquiera hace falta decirlo. Pero hacemos cuanto podemos. Fíjense más en lo que hemos conseguido y menos en lo que no hemos podido conseguir. ¿Acaso no reside en esto la justicia?

La mujer alta mira a la baja y la baja alza la vista hacia la alta. Entonces la baja habla por primera vez. Su voz es aguda y chillona.

Lo que usted está haciendo, en definitiva, es eludir la cuestión empleando argumentos vacíos para no tener que asumir la responsabilidad que le toca. *En realidad,* lo que está usted llevando a cabo no es más que un pobre intento de autojustificación. Usted es un patético ejemplo histórico de macho falócrata.

Patético ejemplo histórico —repite Oshima impresionado. Por el tono de su voz, parece que le gusta bastante cómo suena la frase.

Es decir, que usted es el típico macho machista —dice la alta, incapaz de contener la ira.

Macho machista —repite de nuevo Oshima.

La baja, ignorándolo, prosigue:

Usted esgrime pretextos machistas baratos formulados para seguir manteniendo inalteradas sus prerrogativas sociales, rebaja usted a la mujer como género a una ciudadanía de segunda categoría y pretende despojar a las mujeres de sus derechos legítimos. Quizá su postura sea más inconsciente que deliberada, pero este hecho, a mi parecer, agrava todavía más su delito. Usted quiere preservar sus privilegios como macho a costa del sufrimiento de la mujer. Y esta falta de conciencia inflige un perjuicio indecible tanto a la mujer como a la sociedad en su conjunto. El tema de los lavabos y de la catalogación de las fichas no es más que un pequeño detalle, por supuesto. Pero donde no existen los detalles no existe el todo. Y empezar por los detalles es la única forma posible de erradicar de esta sociedad la falta de conciencia que la lastra. Éste es nuestro principio de actuación.

- Y así es como siente cualquier mujer bien nacida —añade la otra con semblante inexpresivo.

—« ¿Cualquier mujer bien nacida no actuaría así, al comprobar las desgracias paternas, las que compruebo yo de día y de noche que se acrecientan más que menguan?» —dijo Oshima.

Las dos, una junto a la otra, permanecen mudas como un iceberg.

- *Electra,* de Sófocles. Una obra maravillosa. La he releído muchas veces. A propósito, la palabra «género» es, ante todo, un término gramatical. Para expresar la diferencia física entre hombres y mujeres, creo que sería más exacta la palabra «sexo». En este caso, se hace un uso erróneo de la palabra «género». Son unos pequeños detalles lingüísticos, claro está. —A esto le sigue un silencio gélido—. Sea como sea, lo que dicen ustedes está equivocado de base —comenta Oshima con tono calmado pero tajante—. Yo no soy un patético ejemplo histórico de macho machista.

¿Y podría explicarnos de una forma fácil de entender dónde reside esta equivocación de base? —pregunta la mujer baja con aire desafiante.

Sin analogías ni *alardes* intelectuales, por favor —agrega la alta.

De acuerdo. Voy a explicárselo de una manera sincera y fácil de entender, sin analogías ni *alardes* intelectuales —dice Oshima.

Se lo ruego —dice la alta. Y la otra asiente con un conciso gesto afirmativo.

- Pues, en primer lugar, porque yo no soy un hombre —declara Oshima.

Las dos se quedan sin palabras, perplejas. También yo contengo el aliento y le echo una mirada rápida a Oshima, a mi lado.

- No haga bromas estúpidas —replica la mujer baja tras un intervalo. Pero da la impresión de que lo dice sólo por decir algo. Sin convicción.

Oshima se saca la cartera del bolsillo de sus pantalones, extrae de ésta un carnet plastificado y se lo da. El carnet incluye una fotografía. Al parecer, es el carnet de identificación personal de algún hospital. La mujer baja lee lo que pone en el carnet, frunce el ceño y se lo entrega a la alta. Ésta lo lee a su vez y, tras dudar unos instantes, se lo devuelve a Óshima con cara de estar pasándole un mal naipe.

¿Quieres verlo tú también? —me pregunta Oshima. Sacudo la cabeza en ademán negativo. Él introduce el carnet en la cartera y se la guarda de nuevo en el bolsillo de los chinos. Luego, deposita ambas manos sobre el mostrador.

Por lo tanto, como ustedes han podido comprobar, tanto desde el punto de vista biológico como desde el punto de vista legal, yo soy, sin ningún género de dudas, una mujer. Lo que significa que sus afirmaciones están equivocadas de *base.* Es evidente que yo no puedo ser el típico macho machista.

- Pero... —La mujer alta empieza a hablar, pero no logra encontrar las palabras para proseguir. La baja mira al frente con los labios apretados, dándose tirones a la manga de la blusa con la mano derecha.

Sin embargo, aunque tenga un cuerpo de mujer, mi mente es totalmente masculina —prosigue Oshima—. Yo, desde el punto de vista psicológico, vivo como un hombre. Por lo tanto, podría ser cierto aquello que ha dicho usted del *ejemplo histórico.* Tal vez yo sea un redomado sexista. Pero, aunque tenga este aspecto, no soy lesbiana. Mis preferencias sexuales se decantan por los hombres. Es decir, que aunque sea una mujer, soy *gay.* Jamás he usado la vagina, siempre practico el sexo anal. Mi clítoris es sensible, pero mis pezones no demasiado. No tengo la menstruación. ¿Qué voy a discriminar yo? ¿Me lo pueden explicar?

Los tres nos volvemos a quedar sin palabras. Enmudecemos. Alguien carraspea y el sonido resuena por la estancia de un modo improcedente. El tictac del reloj de pared suena más fuerte y más seco que nunca.

Lo siento en el alma, pero antes me he quedado a media comida —dice Oshima risueño—. Estaba comiéndome un rollito de atún y espinacas. A medio rollito, ustedes me han llamado y yo he venido. Si lo dejo mucho rato, tal vez aparezca algún gato del vecindario y se lo coma. En esta zona hay muchísimos gatos. Porque mucha gente abandona a los gatitos en un pinar que hay en la playa. Así que, si no les importa, voy a seguir con mi almuerzo. Ustedes procedan como si estuviesen en su casa. Esta biblioteca tiene las puertas abiertas a todos los ciudadanos. Mientras no incumplan las normas de la biblioteca ni molesten a los lectores, son libres de hacer lo que deseen. Observen lo que quieran y todo el tiempo que quieran. Son libres de escribir lo que deseen en su informe. Claro que, posiblemente, a nosotros nos traiga sin cuidado. Jamás hemos recibido subvención ni indicación alguna. Siempre hemos hecho las cosas de la manera que nos ha parecido más acertada. Y es lo que, además, pretendemos seguir haciendo.

Al irse Oshima, se miran la una a la otra en silencio y, a continuación, las dos me miran a mí. Tal vez piensan que soy el novio de Óshima. Yo sigo ordenando las fichas catalográficas sin decir nada. Las dos susurran un rato junto a las estanterías, pero pronto recogen sus cosas y se van. La expresión de sus rostros es muy dura. Al recoger las mochilas en el mostrador ni siquiera me dan las gracias.

Poco después, Oshima vuelve de almorzar. Me da dos rollos de espinacas. Una especie de tortillas de color verde, en salsa bechamel, rellenas con verduras y atún. Me los como de almuerzo. Caliento agua y me preparo un Earl Grey.

Todo lo que he dicho antes es cierto —declara Oshima al regresar de almorzar.

¿Es a eso a lo que te referías cuando decías que eras una persona especial? —pregunto yo.

- No es que me enorgullezca de ello, pero supongo que comprendes que no estaba exagerando, ¿verdad?

Asiento, en silencio.
Oshima sonríe.

No cabe duda de que pertenezco al sexo femenino, pero apenas me han crecido los pechos y la menstruación no me ha venido una sola vez. Sin embargo, tampoco tengo pene, ni testículos, ni me crece la barba. En resumen, que no tengo nada de nada. Vaya, ligero y sin cargas sí que estoy. Claro que, posiblemente, tú no puedas comprender cómo me siento.

- Posiblemente no —admito yo.
- A veces no lo comprendo ni yo. «¿Pero qué diablos soy?», me pregunto. « ¿Pero qué diablos soy yo?»

Sacudo la cabeza.
¿Sabes, Oshima? A veces yo tampoco sé quién soy.
La típica crisis de identidad.

Asiento.

Pero tú al menos tienes algún *indicio.* Y yo no.

Oshima, seas lo que seas, a mí me gustas, ¿sabes? —le digo. Es la primera vez en mi vida que pronuncio unas palabras parecidas. Me sonrojo.

Gracias —dice Oshima. Luego me pone con suavidad una mano en el hombro—. Es cierto que soy *un poco* diferente a los demás. Pero, *fundamentalmente,* yo también soy un ser humano. Me gustaría que lo tuvieras claro. No soy ningún fantasma. Soy un hombre normal. Y siento lo mismo que los demás, actúo igual que ellos. Sin embargo, a veces esta pequeña diferencia me parece un abismo insalvable. Claro que esto no tiene solución, lo mires como lo mires.

Alcanza el largo y afilado lápiz de encima del mostrador y se lo queda contemplando. El lápiz parece una extensión de sí mismo.

Esto quería confesártelo lo antes posible. Quería que lo oyeras directamente de mis labios antes de que te lo dijera otra persona. Así que hoy..., en fin, ésta ha sido una buena ocasión. Claro que no puede decirse que haya resultado muy agradable, ¿no?

Asiento.

Pero, tal como puedes ver, también soy un ser humano y también me he sentido discriminado en diversas ocasiones —explica Óshia—. Y sólo una persona que haya sido discriminada sabe lo que eso representa y lo profundamente que hiere. La herida es diferente en cada persona y en cada persona deja una huella distinta. Así que a mí nadie me gana en lo que se refiere a pedir justicia o equidad. Sólo que ya estoy más que harto de la gente sin imaginación. De ese tipo de gente que T.S. Eliot llama «hombres huecos». Personas que suplen su falta de imaginación, esa parte vacía, con filfa insensible y que van por el mundo sin percatarse de ello. Personas que intentan imponer a la fuerza a los demás esa insensibilidad soltando, una tras otra, palabras huecas. Personas, en definitiva, como esa pareja de antes. —Oshima suspira y hace girar entre sus dedos el largo lápiz—. Sean *gays,* lesbianas, heterosexuales, feministas, cerdos fascistas, comunistas, Hare Krishnas. A mí tanto me da. A mí no me importa la bandera que enarbolen. Lo que yo no puedo soportar es a esos tipos *huecos.* Y cuando se me pone uno delante no me puedo aguantar. Acabo soltando más cosas de la cuenta. Antes, por ejemplo, hubiera podido dejar que hablasen. O llamar a la señora Saeki y permitir que ella se encargara del asunto. Ella lo hubiera solucionado con cuatro sonrisas. Pero yo soy incapaz de hacerlo. Acabo diciendo cosas que no debería decir, haciendo cosas que no debería hacer. No puedo controlarme. Ése es mi punto débil. ¿Y sabes por qué?

¿Porque si te tomaras en serio a cada una de las personas sin imaginación que se te pusieran delante no darías abasto? —pregunto.

Exacto —dice Oshima. Y con la goma del lápiz se aprieta suavemente la sien—. En realidad, es eso. Pero quiero que recuerdes una cosa, Kafka Tamura. Y es que los que mataron al novio de adolescencia de la señora Saeki no fueron otros que esa clase de sujetos. Sujetos estrechos de miras, intolerantes y sin imaginación. Tesis desconectadas de la realidad, terminología vacía, ideales usurpados, sistemas inflexibles. Son estas cosas las que a mí, realmente, me dan miedo. Son estas cosas las que yo temo y odio con todo mi corazón. Es importante saber qué es correcto y qué no lo es, por supuesto. Sin embargo, los errores de juicio personales pueden corregirse en la mayoría de los casos. Si uno tiene la valentía de reconocer su error, las cosas, generalmente, se pueden arreglar. Pero la estrechez de miras y la intolerancia de la gente sin imaginación son igual que parásitos. Provocan cambios en el cuerpo que les acoge y, mudando de forma, se reproducen hasta el infinito. Y eso no hay manera de detenerlo. Y yo, semejantes sujetos, no quiero que entren *aquí.* —Oshima señala las estanterías con la punta del lápiz. Se refería, por supuesto, a la totalidad de la biblioteca—. Yo no puedo tomarme a risa a gente como ésa.

20

Ya eran más de las ocho de la noche cuando el conductor del enorme camión frigorífico dejó a Nakata en el aparcamiento del área de servicio Fujigawa de la autopista Tómei. Nakata descendió del alto asiento del copiloto con la bolsa de lona y un gran paraguas en la mano.

- Aquí te podrá coger otro vehículo —le dijo el conductor sacando la cabeza por la ventanilla—. Si vas preguntando, seguro que encontrarás alguno.

Muchas gracias. Me ha sido usted de gran ayuda.

¡Buen viaje! —gritó el conductor. Se despidió con la mano y se fue.

«Fujigawa», le había dicho el conductor. Pero Nakata no sabía dónde se encontraba Fujigawa. Lo único que sabía es que debía alejarse de Tokio y dirigirse, poco a poco, hacia el oeste. No tenía brújula, no sabía leer un mapa, pero que debía ir en esa dirección lo sabía instintivamente. Ahora le bastaba con subirse a otro vehículo que fuera hacia el oeste.

Nakata tenía el estómago vacío, así que decidió ir al restaurante a comer unos *raamen.* Los *onigiri* y el chocolate que llevaba en la bolsa los guardaría para un caso de emergencia. Como no sabía leer, le llevó tiempo entender cómo funcionaban las cosas. Antes de entrar en el comedor debía comprar el tíquet de la consumición. Y el tíquet lo expendía una máquina. Nakata, que no sabía leer, tuvo que pedir ayuda.

- Tengo la vista débil y no veo bien —le dijo a una mujer de mediana edad, y ésta introdujo las monedas en la ranura, pulsó el botón, recogió el cambio y se lo entregó. Nakata había aprendido por experiencia que, a según quién, era mejor ocultarle que no sabía leer. Porque se habían dado casos en los que se lo habían quedado mirando como si se tratara de una aparición.

Luego se colgó la bolsa de lona del hombro, cogió el paraguas y se dirigió hacia los hombres que tenían aspecto de camioneros. «Voy hacia el oeste», explicaba, «¿serían ustedes tan amables de llevarme?» Éstos miraban a Nakata a la cara, luego echaban una ojeada a su indumentaria y después hacían un gesto negativo con la cabeza. Era algo muy infrecuente ver a un anciano haciendo autoestop y un hecho tan inusitado como ése los hacía desconfiar. «La empresa nos prohíbe coger a gente», decían. «Lo siento.»

Había tardado mucho tiempo en ir desde el distrito de Nakano hasta el acceso a la autopista Tómei. En primer lugar, Nakata apenas había salido del distrito de Nakano. Desconocía, además, dónde estaba el acceso a la autopista Tómei. Podía subir al autobús urbano cuyo uso cubría el pase especial, pero nunca había cogido solo el metro o el tren porque era necesario comprar un billete.

Eran las diez de la mañana cuando, tras embutir en la bolsa de lona unas mudas de ropa, artículos de aseo y algo de comer, y guardar con cuidado el dinero escondido bajo el tatami en una riñonera, Nakata cogió un gran paraguas y dejó su apartamento.

- ¿Qué tengo que hacer para ir a la autopista Tómei? —le preguntó al conductor del autobús urbano. Pero lo único que consiguió fue que éste se riera.
- Este autobús sólo llega hasta la estación de Shinjuku. El autobús urbano no circula por la autopista. Tendrás que coger un autocar de alta velocidad.
- ¿Y de dónde sale ese autocar de alta velocidad que va a la autopista Tómei?
- De la estación de Tokio —dijo el conductor—. Tienes que ir en este autobús hasta Shinjuku, en la estación de Shinjuku coger un tren para la estación de Tokio y, una vez allí, sacarte un billete de asiento reservado y coger el autocar. Así podrás llegar a la autopista Tómei.

Nakata no acabó de entenderlo, pero decidió coger el autobús y dirigirse a Shinjuku. Se encontró en un barrio gigantesco. Una multitud de personas iba y venía por las calles, Nakata a duras penas podía andar. Por la estación de Shinjuku circulaban muchos tipos diferentes de trenes y él no tenía la menor idea de qué diantres de tren tenía que coger para dirigirse a la estación de Tokio. Encima, no podía leer los letreros indicadores. Preguntó el camino a varias personas, pero las explicaciones que le daban eran demasiado rápidas, demasiado complicadas, llenas de nombres propios que jamás había oído, y Nakata era incapaz de retener tanta información en su cabeza. «Es igual que cuando hablaba con el gato Kawamura», se dijo Nakata. Habría podido dirigirse a un puesto de policía y preguntar, pero corría el riesgo de que lo tomaran por un anciano con demencia senil y que lo retuvieran allí (de hecho, ya le había sucedido una vez). Y mientras se encontraba vagando sin rumbo por la estación, ya sea porque el

aire estaba contaminado o porque se oía mucho ruido, empezó a sentirse mal. Nakata se encaminó entonces hacia una zona poco transitada, descubrió una especie de parque pequeño entre los altos rascacielos y se sentó en un banco.

Nakata permaneció allí mucho tiempo completamente perdido. De vez en cuando musitaba algo para sí, se acariciaba la cabeza de cortos cabellos con la palma de la mano. En el parque no había ningún gato. Se acercaron unos cuervos a rebuscar entre las basuras. Nakata alzó varias veces la vista al cielo y dedujo la hora más o menos por la posición del sol. El cielo presentaba una tonalidad extraña a causa del humo de los tubos de escape de los coches.

Pasado mediodía, las personas que trabajaban en los edificios cercanos salieron al parque a comer sus *bentó.* Nakata también se tomó los bollos que llevaba y se bebió el té del termo. Sentadas en el banco, a su lado, había dos jóvenes y Nakata decidió abordarlas. « ¿Cómo se va a la autopista Tómei?», les preguntó. Las dos le explicaron lo mismo que el conductor del autobús urbano. Que tenía que coger la línea Chúo, ir hasta la estación de Tokio y, una vez allí, coger el autocar para la autopista Tómei.

- Lo he intentado hace un rato, pero no lo he conseguido —les confesó con sinceridad—. Hasta ahora, Nakata no había salido nunca del barrio de Nakano. Así que tampoco sabe coger un tren. Sólo sabe ir en el autobús urbano. Como no sabe leer, no puede comprar el billete. He venido hasta aquí en el autobús urbano, pero no puedo seguir adelante.

Al oírlo, las dos se quedaron atónitas. ¿Que no sabía leer? Sin embargo, tenía pinta de ser un viejo inofensivo. Sonriente, pulcro y aseado."Chocaba un poco que llevara un paraguas tan grande en un día soleado, pero no parecía un vagabundo. Sus facciones eran agradables, sobre todo los ojos, tan claros y transparentes.

- ¿De verdad es la primera vez que sales de Nakano? —le preguntó una de las chicas, la del pelo negro.

Sí. Intentaba no salir jamás de Nakano. Porque si Nakata se perdía, nadie lo buscaría.
Y no sabes leer —dijo la otra chica, la que llevaba el pelo teñido de color castaño.
No. No sé leer ni una letra. Pero los números sencillos sí los conozco, aunque no sé contar.
¡Vaya! Pues entonces te resultará difícil coger el tren.
Sí, muy difícil. Es que no puedo comprar el billete.

Si nos quedara tiempo, te llevaríamos a la estación y te diríamos en qué tren tienes que subir, pero dentro de poco debemos estar de vuelta en la empresa donde trabajamos. No tenemos tiempo de ir hasta la estación. Perdona, ¿eh?

¡Oh, no! No se disculpe, por favor. Nakata ya se las apañará.

¡Ya sé! —dijo la de pelo negro—. ¿Tógeguchi, el del departamento comercial, no decía que tenía que ir hoy a Yokohama?

Sí, ahora que lo dices, sí. Y si nosotras se lo pedimos, él lo llevará. Es un poco tristón, pero no es mal tipo —dijo la de pelo castaño.

Oye, si no sabes leer, ¿por qué no haces autoestop? —preguntó la de pelo negro.

- ¿Autoestop?

Una vez allí, si se lo pides a alguien, seguro que te llevan. Hay muchos camiones de largo recorrido. Mejor que preguntes a éstos. Los turismos no suelen coger a nadie.

Camiones de largo recorrido, turismos. Nakata no entiende bien estas palabras tan difíciles.

Si vas, ya verás cómo lo consigues. Hace tiempo, cuando estudiaba en la universidad, hice autoestop una vez. Los camioneros fueron todos muy amables.

Por cierto, ¿hasta dónde vas de la autopista Tómei? —preguntó la del pelo castaño.
No lo sé.
¿Que no lo sabes?

No lo sé. Pero, en cuanto llegue, lo sabré. De momento debo ir por la autopista Tómei en dirección al oeste. Lo demás ya lo pensaré más adelante. En principio, Nakata tiene que dirigirse hacia el oeste.

Las dos jóvenes se miraron, pero las palabras de Nakata poseían un extraño poder de persuasión. Y ellas sintieron una simpatía natural hacia él. Acabaron de comer el *bentó*, tiraron las cajas a la papelera y se levantaron del banco.

- ¡Vamos! Ven con nosotras. Algo podremos hacer, ya lo verás —dijo la del pelo negro.

Nakata entró detrás de las dos chicas en uno de los grandes rascacielos cercanos. Era la primera vez que traspasaba las puertas de un edificio tan enorme. Las dos le pidieron a Nakata que se sentara en un banco en recepción y, tras dirigir unas palabras a la chica que se encontraba allí, le dijeron a él: «Espéranos un momento». Luego desaparecieron dentro de uno de los muchos ascensores que se alineaban uno junto al otro. Por delante de Nakata, que permanecía sentado en el banco con el enorme paraguas en una mano y la bolsa de lona en el regazo, iban pasando los oficinistas que volvían de almorzar. Otra escena que él no había presenciado jamás. Todos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, iban elegantemente vestidos. Corbatas, maletines relucientes, zapatos de tacón. Todos andaban a paso rápido y todos se dirigían hacia el mismo lugar. Qué debía de estar haciendo allí tantísima gente junta, eso Nakata no logró entenderlo.

Pronto volvieron las dos chicas acompañadas de un señor alto y delgado que llevaba una camisa blanca y una corbata a rayas. Las dos chicas le presentaron a aquel hombre.

Éste es el señor Tógeguchi. Ahora mismo sale para Yokohama en coche. Dice que te llevará. Te dejará en el área de servicio de Tóhoku, en la autopista Tómei. Tú, desde allí, puedes subir a otro vehículo. Vas diciendo que quieres ir al oeste y, a los que te lleven, como agradecimiento los invitas a comer cuando os paréis en algún sitio. ¿Entiendes? —dijo la de pelo castaño.

¿Tienes bastante dinero para eso? —preguntó la de pelo negro.
Sí, Nakata tiene bastante dinero para eso.

- Oye, Tógeguchi, el señor Nakata es un conocido nuestro, así que trátalo bien.
- Si vosotras me tratáis bien a mí... —replicó el joven tímidamente.
- ¡Vale! Cualquier día de estos... —dijo la de pelo negro.

Al despedirse, las dos chicas le dijeron a Nakata: «Toma, un regalo de despedida. Por si tienes hambre durante el viaje», y le entregaron unos *bnigiri* y chocolate que habían comprado en una tienda abierta las veinticuatro horas.

Nakata les dio reiteradamente las gracias.

- Muchísimas gracias. No sé cómo agradecerles su amabilidad. Rezaré con todo mi corazón para que les sucedan cosas buenas a las dos.
- ¡0jalá surtan efecto tus plegarias! —exclamó la de pelo castaño, y la de pelo negro soltó una risita sofocada.

El tal Tógeguchi le dijo a Nakata que se sentara en el asiento del copiloto de un Hi—Ace, y pasó de la autopista Metropolitana a la Tómei. La carretera iba llena, así que tuvieron tiempo de hablar. Tógeguchi era un chico más bien tímido y, al principio, apenas abrió la boca. Pero en cuanto se acostumbró a la presencia de Nakata ya no la cerró. Tenía muchas cosas que contar y, además, a una persona como Nakata, a quien no volvería a ver en su vida, posiblemente era fácil abrirle el corazón y contarle cualquier cosa. Hacía unos meses que había roto con su prometida. Ella tenía otro novio. Durante mucho tiempo había estado saliendo a sus espaldas con los dos. No se llevaba bien con sus superiores, incluso se planteaba la posibilidad de dejar la empresa. Cuando estudiaba bachillerato, sus padres se separaron. Su madre se volvió a casar enseguida, pero su marido era un sinvergüenza. Vamos, era poco menos que un estafador. Por su parte, Tógeguchi había prestado unos ahorros que había logrado reunir a un íntimo amigo suyo, pero no había trazas de que éste se los fuera a devolver. Los estudiantes que vivían en el piso de al lado se pasaban la noche escuchando música a todo volumen y a él no lo dejaban dormir.

Nakata escuchaba con atención lo que le iba contando su interlocutor, asintiendo de vez en cuando y haciendo pequeñas observaciones. Cuando el automóvil entró en el área de servicio de Tóhoku, Nakata ya casi lo sabía todo de la vida del joven. Muchas cosas no alcanzaba a entenderlas, pero, en líneas generales, había comprendido que Tógeguchi era un chico desgraciado que, pese a sus ansias de vivir, veía su existencia lastrada por una infinidad de adversidades.

- Muchas gracias. Me ha sido usted de gran ayuda trayéndome hasta aquí.

- ¡Qué dice! A mí también me ha gustado mucho viajar con usted. Gracias a usted, señor Nakata, ahora me siento mejor. Me ha ido muy bien contárselo todo a alguien. Espero no haberle aburrido hablando de tantas desgracias.
- ¡0h, no! En absoluto. Yo también me alegro mucho de haber podido hablar con usted. No me ha aburrido lo más mínimo. No se preocupe. Estoy seguro de que a partir de ahora le irán mejor las cosas.

El joven sacó una tarjeta telefónica del bolsillo, se la entregó a Nakata.

- Tenga, para usted. Es una de las tarjetas que fabricamos en la empresa. Me sabe mal ofrecerle una cosa tan insignificante, pero le ruego que la acepte como regalo de despedida.
- Muchas gracias —dijo Nakata, la cogió y la introdujo con cuidado en la cartera. Nakata no tenía a nadie a quien llamar, ni siquiera sabía cómo se utilizaba la tarjeta, pero pensó que era mejor no rechazarla. Eran las tres de la tarde.

Nakata tardó casi una hora en encontrar a un camionero que lo llevara hasta Fujigawa. Transportaba pescado fresco en un camión frigorífico. Era un hombre corpulento de unos cuarenta y cinco años. Tenía los brazos gruesos como troncos y una barriga prominente.

- ¿No te molesta la peste a pescado? —le preguntó el camionero.

El pescado es uno de mis platos favoritos —respondió Nakata. El camionero se rió.

- Tú eres un poco raro, ¿eh?

Sí. A veces me lo dicen.

A mí me gusta la gente rara —dijo el camionero—. De los tipos que tienen una cara normal, que parece que lleven una vida normal, yo, mira por dónde, no acabo de fiarme.

¿Ah, no?
Pues no. Al menos, yo opino eso.
Nakata no tiene muchas opiniones. Pero le gusta la anguila.
Pues eso ya es una opinión. Que la anguila te gusta.
¿La anguila también es una opinión?

- Claro. Decir que la anguila te gusta es una opinión notable.

De esta guisa, fueron hasta Fujigawa. El camionero se llamaba Hagita.

Nakata, ¿y tú adónde crees que irá a parar el mundo? —le preguntó ‘el camionero.

- Mil perdones. Pero Nakata es tonto y esas cosas no las sabe —dijo Nakata.
- Opinar no tiene nada que ver con ser listo o tonto.
- Sí, pero ¿sabe usted, señor Hagita?, si uno es tonto, no puede pensar en las cosas.

Pero a ti te gusta la anguila, ¿no es así?

Sí, la anguila es uno de los platos favoritos de Nakata. —¿Ves? Eso es una conexión.

¿Te gusta el *oyakodon?*

Sí. El *oyakodon* es otro de los platos favoritos de Nakata.

¿Ves? Ésa es otra conexión —dijo el camionero—. Y, si seguimos así, sumando unas con otras, pues, de golpe, van cobrando sentido. Y cuantas más se juntan, más profundo es el sentido que adquieren. Tanto da que sea anguila, como *oyakodon,* como pescado a la plancha. Cualquier cosa sirve. ¿Lo captas?

No, no lo entiendo muy bien. ¿Es que la comida relaciona las cosas?

- No sólo la comida. También los trenes, o el emperador. Cualquier cosa sirve.

Nakata no coge nunca el tren.

Muy bien. ¿Ves? Lo que yo quiero decir, en pocas palabras, es que, puesto que una persona está viviendo, la relación entre ésta y todo lo que la rodea, no importa lo que sea, cobra sentido de una manera natural. Y lo más

importante es si esto sucede de una manera espontánea o no. No se trata de ser inteligente o tonto. La cuestión es si ves las cosas con tus propios ojos o no las ves.

Usted, señor Hagita, es muy inteligente.

Hagita soltó una carcajada.

¡Bah! No se trata de ser inteligente o no. Yo no lo soy demasiado. Sólo que tengo mis propias ideas. Y por eso los demás me encuentran pesado. «Ya está éste liando las cosas», dicen. Porque, ¿sabes?, si intentas pensar por ti mismo, te quedas solo.

Lo que yo todavía no entiendo es si hay una conexión entre que me guste la anguila y me guste el *oyakodon.*

Pues, simplificando, sí la hay. Entre tú, Nakata, como ser humano, y las cosas relacionadas contigo, seguro que hay una conexión. De la misma manera que la hay entre la anguila y el *oyakodon.* Y *si* este esquema de conexiones lo vamos ampliando y ampliando, irá surgiendo de forma natural tu relación con el capitalismo, tu relación con *el* proletariado.

- Pro...
- Proletariado —repitió Hagita y apartó sus grandes manos del volante y se las mostró a Nakata. A Nakata le parecieron guantes de béisbol. El proletariado somos la gente que trabajamos duro, que nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente. Y los que están sentados en una silla sin mover un dedo, que van mandando a los demás que hagan esto y aquello y que ganan cien veces más que yo, pues ésos son los capitalistas.
- A los capitalistas, yo no los conozco. Nakata es pobre y no conoce a la gente importante. De la gente importante, Nakata sólo conoce al señor gobernador de Tokio. ¿El señor gobernador es un capitalista?

Pues, sí, más o menos. Los gobernadores son los perros de los capitalistas.

- ¿El señor gobernador es un perro? —preguntó Nakata recordando el enorme perro negro que lo había llevado a casa de Johnnie Walken. Y su siniestra imagen se sobrepuso a la del gobernador.

El mundo está lleno de ese tipo de perros. Claro que no responden más que a la voz de su amo.
¿La voz de su amo?
Perros que corren a hacer lo que les dice su dueño.

- ¿Y no hay gatos capitalistas? —preguntó Nakata.

Al oírlo, Hagita soltó una carcajada.

¡Mira que eres raro, Nakata! ¡Ostras! Me encanta la gente como tú. ¿Que si hay gatos capitalistas? ¡Jo! Ésa sí que es una opinión original.

Oiga, señor Hagita.

- ¿Qué?
- Nakata es pobre y cada mes recibía un subsidio del señor gobernador. ¿Estaba eso mal?
- ¿Y cuánto te daban cada mes?

Nakata se lo dijo. Hagita sacudió la cabeza, pasmado.

- Pues hoy en día debe de ser difícil vivir con semejante miseria, ¿no?
- No. tanto. Es que Nakata gasta poco dinero. Además, Nakata buscaba los gatos del barrio que se habían perdido y los dueños le daban un estipendio.

¡Vaya! Así que eres un buscador de gatos profesional —dijo Hagita admirado—. ¡Eres verdaderamente único!

A decir verdad, Nakata puede hablar con los gatos —se decidió a confesarle Nakata—. Nakata entiende el lenguaje de los gatos. Así que es capaz de encontrar los gatos perdidos.

Hagita asintió.

Ya veo. ¿Sabes hacer todo eso? Me dejas de piedra.

- Pero hace poco, de repente, Nakata perdió la facultad de hablar con los gatos. ¿A qué pudo deberse?

El mundo cambia a diario, Nakata. Cada día, al llegar la hora, anochece. Pero el mundo ya no es el mismo que el día anterior. Tú, Nakata, no eres el mismo que ayer. ¿Me captas?

Sí.

- También las conexiones cambian. Quién es capitalista y quién es proletario. Dónde está la derecha y dónde está la izquierda. La revolución informática, las opciones en la compra de acciones, la fluctuación de capitales, la reestructuración laboral, las empresas multinacionales... Lo que está bien y lo que está mal. La línea divisoria entre las cosas se ha ido borrando gradualmente. Que tú hayas dejado de hablar con los gatos tal vez se deba a eso.

La diferencia entre derecha e izquierda Nakata sí la entiende. Mira, ésta es la derecha y ésta la izquierda. ¿Está bien?

Sí —asintió Hagita—. Está bien.

Al final, los dos entraron en el restaurante de un área de servicio y Hagita pidió dos raciones de anguila y pagó la cuenta. Nakata argumentó que él quería pagar como agradecimiento por llevarlo en el camión, pero Hagita sacudió la cabeza.

- ¡Ni hablar! Tú no eres rico. ¿Con la miseria que te da el gobernador de Tokio quieres alimentarme a mí?

Muchas gracias. Muy agradecido por su amabilidad —dijo Nakata aceptando su gentileza.

Nakata se pasó alrededor de una hora preguntando a los conductores que había en el área de servicio de Fujigawa, pero no encontró uno solo que quisiera llevarlo. A pesar de ello, ni se impacientó ni se desanimó. En su mente, el tiempo transcurría muy despacio. O no transcurría, simplemente.

Con la intención de tomar un poco el aire, Nakata salió afuera y empezó a vagar sin rumbo por los alrededores. El cielo estaba despejado, incluso se distinguía con toda claridad la superficie de la luna. Nakata recorrió el aparcamiento dando al andar golpecitos en el suelo con la punta del paraguas. Había innumerables camiones de gran tonelaje que parecían estar tomándose un respiro, hombro con hombro, igual que ganado. Algunos podían llegar a tener veinte ruedas de la altura de un hombre. Nakata se quedó contemplando toda aquello durante unos instantes. Tantos vehículos, tan enormes, circulando por la autopista. ¿Qué debían de transportar? Nakata era incapaz de imaginárselo. Si pudiera ir leyendo, letra a letra, lo que ponía en los contenedores, ¿podría adivinar qué había dentro?

Llevaba un rato andando cuando descubrió en un extremo del aparcamiento, en una zona donde apenas había coches, unas diez motos aparcadas. Cerca de las motos había un grupo de jóvenes que gritaban. Formaban un círculo, parecía que estaban rodeando algo. Nakata sintió curiosidad y decidió ir a mirar. Puede que hubiesen encontrado algo extraño. Al acercarse descubrió que los jóvenes estaban pegando y pateando, hiriendo en definitiva, a otro que yacía en el centro del círculo. La mayoría no tenía nada en las manos, pero había uno que llevaba una cadena. Otro sostenía un bastón negro parecido a una porra de policía. La mayoría iba con el pelo teñido de rubio o de color castaño. En cuanto a la ropa, llevaban camisas de manga corta desabrochadas, camisetas o camisetas sin mangas. Algunos lucían tatuajes en los hombros. Y el hombre derribado en el suelo al que estaban pegando y pateando era, evidentemente, otro individuo de la misma calaña. Cuando oyeron acercarse a Nakata acompañado por los golpecitos de su paraguas, algunos de ellos se volvieron y le lanzaron una mirada acerada. Al darse cuenta de que era un viejo inofensivo bajaron la guardia.

- ¡ Eh, tío! Lárgate —gritó uno.

Nakata siguió adelante, ignorándolo. El hombre tendido en el suelo escupía sangre por la boca.
Sale sangre. Se va a morir —dijo Nakata.
Los hombres enmudecieron.
Oye, tío, ¿quieres que de pasada te matemos a ti también? —preguntó el que llevaba la cadena.

- Total da el mismo trabajo cargarse a uno que a dos.
- No se debe matar a nadie sin tener una razón —comentó Nakata.

—«No se debe matar a nadie sin tener una razón» —repitió uno mofándose, y los otros rieron.

- Nosotros tenemos nuestras razones. Y si nos lo cargamos o no, a ti eso no te importa. Así que abre esta mierda de paraguas y lárgate antes de que llueva —dijo otro.

El hombre tirado en el suelo empezó a arrastrarse y uno de cabeza rapada le dio con todas sus fuerzas una patada en el costado con sus pesadas botas de trabajo.

Nakata cerró los ojos. Sentía cómo en su interior algo empezaba a brotar en silencio. Algo que ni él mismo podía controlar. Lo asaltaron unas ligeras náuseas. Las imágenes de cuando había matado a Johnnie Walken afloraron de repente a su memoria. La sensación de cuando le había clavado el cuchillo seguía intacta en su mano. «Conexión», pensó Nakata. ¿Sería eso también una de las conexiones de las que hablaba Hagita? Anguila = cuchillo = Johnnie Walken. Las voces de los hombres le llegaban distorsionadas, no podía distinguirlas bien. Se mezclaban con el sonido de las ruedas sobre el asfalto que llegaba sin interrupción de la autopista, formando un rumor extraño. El corazón se le contraía con fuerza y expedía la sangre hasta el último rincón de su cuerpo. La noche lo envolvía.

Nakata alzó la vista al cielo, abrió despacio el paraguas, se lo puso sobre la cabeza. Luego retrocedió unos pasos con infinitas precauciones. Dejó un espacio entre los hombres y él. Miró a su alrededor y volvió a dar unos pasos atrás. Al verlo, los hombres se rieron.

- ¡Cómo se pasa este tipo! —exclamó uno—. Ha abierto el paraguas de verdad.

Pero no rieron por mucho tiempo. Porque del cielo empezaron a caer, de pronto, unos extraños objetos viscosos. Se estrellaban contra el suelo, a sus pies, con extraños chasquidos. Los hombres dejaron de patear a su presa acorralada y, uno tras otro, fueron alzando la vista al cielo. En el cielo no se veían nubes. Pero aquello seguía precipitándose desde lo alto. Al principio era uno, luego otro, pero la cantidad fue aumentando gradualmente y, al final, se convirtió en un diluvio. Aquello que caía del cielo medía unos tres centímetros. Era negrísimo. A la luz del alumbrado del aparcamiento se veía como una nieve de un reluciente color negro. Esa especie de nieve siniestra les daba en los hombros, en los brazos, en la nuca, se les iba quedando adherida a —¡Son sanguijuelas! —gritó alguien.

Ésa fue la señal para que todos echaran a correr por el aparcamien[to], gritando a todo pulmón, en dirección a los lavabos. A medio camino, uno de ellos chocó contra un pequeño vehículo que circulaba, pero el coche avanzaba a muy poca velocidad y el hombre, al parecer, no resultó herido. Era un joven que iba teñido de rubio, al incorporarse, empezó a golpear con todas sus fuerzas el capó del coche con la palma de la mano mientras, a voz en grito, echaba maldiciones al conductor. Luego, al ver que apenas podía hacer nada más, se precipitó hacia los lavabos renqueando.

La lluvia de sanguijuelas siguió cayendo con fuerza durante un rato, pero luego empezó a amainar y, al final, cesó. Nakata cerró el paraguas, sacudió las sanguijuelas que había encima y fue a ver cómo se encontraba el hombre tendido en el suelo. A su alrededor había montones de sanguijuelas retorciéndose y no se acercó demasiado. Por supuesto, el hombre derribado estaba sepultado en sanguijuelas. Al fijar la vista, vio que tenía el párpado partido y que le chorreaba sangre. También parecía tener varios dientes rotos. Nakata no podía hacer nada. Tendría que pedir ayuda. Volvió andando al restaurante y comunicó a los empleados que en un rincón del aparcamiento había un joven herido tendido en el suelo.

- Si no llama usted a la policía puede morir —advirtió Nakata.

Poco después encontró a un camionero que prometió llevarle hasta Kóbe. Un hombre de unos veinticinco años y ojos somnolientos. Llevaba cola de caballo, un pendiente en una oreja, una gorra de béisbol de los Chúnichi Dragons." Estaba solo, leyendo un comic y fumándose un cigarrillo. Vestía una llamativa camisa hawaiana y calzaba unas grandes zapatillas Nike. No era muy alto. Arrojaba sin vacilar la ceniza de su cigarrillo en el caldo de los *raamen* que había dejado en el bol. Clavó la mirada en Nakata y asintió con desgana.

- Vale. Te llevaré. Te pareces a mi abuelo. En la pinta y en la manera de hablar... Al final chocheaba. Se murió hace poco.

Le explicó que llegaría a Kóbe antes de que amaneciera. Transportaba muebles para unos grandes almacenes de esa ciudad. Al salir del aparcamiento se encontraron con que varios vehículos habían co[l]isionado. Unos cuantos coches de la policía habían acudido. Las luces rojas de emergencia giraban, algunos policías, con luces de señalización en la mano, dirigían los coches que entraban y salían del área de servicio. No se trataba de un accidente grave. Sin embargo, eran varios los vehículos que habían chocado en cadena. Había una camioneta con la carrocería abollada, un turismo con las luces de posición rotas. El camionero, sacando la cabeza por la ventanilla abierta, se puso a hablar con un policía. Luego cerró la ventanilla.

Por lo visto, han caído montones de sanguijuelas del cielo —dijo sin inmutarse—. Las ruedas de los coches las han aplastado, el camino ha quedado muy resbaladizo y algunos conductores han perdido el control de sus vehículos. Me ha dicho que conduzca despacio, con mucho cuidado. Aparte de eso, se ve que una banda motorizada de la zona la ha armado gorda y que ha habido un herido. Sanguijuelas y bandas motorizadas. ¡Vaya combinación! La policía va a estar pero que muy ocupada.

Redujo la velocidad, se encaminó con precaución a la salida. A pesar de ello, los neumáticos patinaron en varias ocasiones. Cada vez que ocurría, agarraba con fuerza el volante y reconducía el camión.

- ¡Vaya, vaya! Por lo visto han caído a montones —dijo—. Todo esto está muy resbaladizo. ¡Pero qué siniestro es ese bicho! Oye, ¿se te ha pegado alguna vez una sanguijuela?

No, por lo que recuerda Nakata, nunca se le ha pegado ninguna.

Yo crecí en las montañas de Gifu y se me han pegado muchas veces. Cuando andas por el bosque, a veces te caen desde lo alto encima de la cabeza. Y, cuando entras en el río, se te agarran a las piernas. Conozco muy bien las sanguijuelas. Y tanto que sí. Y una vez que se te enganchan, ya no te sueltan. Si intentas arrancarte las gordas a lo bruto, te llevas la piel y luego te queda una cicatriz. La mejor manera de quitártelas de encima es quemándolas. ¡Qué bichos tan malos! ¡Cómo se te enganchan a la piel y te chupan la sangre! Y cuando se han llenado de sangre quedan todas fofas. Repugnantes, ¿verdad?

- Sí, mucho —asintió Nakata.
- Pero las sanguijuelas no caen en medio del aparcamiento de un área de servicio. No caen como la lluvia. ¡Nunca había oído una tontería semejante! Los tipos de por aquí no saben lo que son las sanguijuelas. Las sanguijuelas no caen del cielo, ¿verdad que no?

Nakata no respondió, permaneció callado.

- Hace unos cuantos años, en Yamanashi, salieron muchísimos ciempiés y, claro, las ruedas los aplastaron. ¡La que se armó! El suelo resbalaba, igual que ahora, y hubo muchos accidentes de tráfico.

La vía del tren no se podía usar, se cortó el tráfico ferroviario. Pero los ciempiés no cayeron del cielo. Salieron reptando de alguna parte. Eso cualquiera puede entenderlo.

Hace tiempo, Nakata estuvo una vez en Yamanashi. Fue durante la guerra.

- ¿Ah, sí? ¿Qué guerra? – pregunto el camionero.

21

HALLADO MUERTO EN SU ESTUDIO EL ESCULTOR KÓICHI TAMURA YACÍA APUÑALADO EN MEDIO DE UN MAR DE SANGRE «El escultor de reconocida fama internacional Kóichi Tamura, de 5* años, fue hallado muerto, el pasado día 30 por la tarde, en el estudio de su domicilio particular de Nógata, en el distrito de Nakano, Tokio, por la empleada del hogar que acudía con regularidad al domicilio. Kóichi Tamura, completamente desnudo, yacía tumbado en el suelo, boca abajo, en medio de un mar de sangre. Había señales de lucha y todos los indicios apuntan hacia el asesinato. Junto al cadáver fue hallada el arma del crimen, un cuchillo de trinchar carne que faltaba en la cocina.

»La hora estimada del crimen se sitúa el día 28 al atardecer, pero, dado que en la actualidad el señor Tamura vivía solo, no se halló su cadáver hasta dos días después. El cuerpo presentaba diversas cuchilladas de gran profundidad en el corazón y los pulmones. Se estima que el señor Tamura murió en el acto debido a la masiva pérdida de sangre. También presentaba fractura múltiple de costillas, lo que hace suponer que las cuchilladas le fueron asestadas con gran violencia. Hasta el momento la policía no ha efectuado declaración alguna sobre el posible hallazgo de huellas dactilares u objetos olvidados en el lugar del crimen. No parece haber testigos oculares.

»El interior de la—casa no presentaba señales de haber sido revuelta. Tampoco hubo sustracción de objetos de valor. Incluso se halló la cartera junto al cadáver. De hecho, todos los indicios apuntan a un móvil de agresión personal. El domicilio del señor Tamura se encuentra en una tranquila zona residencial del distrito de Nakano, pero nadie oyó nada a la hora del crimen. Los vecinos no pudieron ocultar su sorpresa al conocer el suceso. Al parecer, el señor Tamura llevaba una vida solitaria y se relacionaba poco con sus vecinos. Nadie se percató de que sucediera algo anormal.

»El señor Tamura vivía con su hijo primogénito de quince arios, quien, sin embargo, y según declaraciones de la empleada del hogar, había desaparecido diez días antes de los hechos. Tampoco asistió a las clases de Secundaria que cursa durante ese mismo periodo de tiempo. La policía intenta ahora localizar su paradero.

»Aparte de la vivienda, el señor Tamura poseía una oficina—taller en Musashino y, según las declaraciones de su secretaria, el señor Tamura estuvo trabajando en el taller hasta el día anterior al asesinato. El día del suceso, la secretaria intentó ponerse en contacto con él por un asunto urgente y le llamó en varias ocasiones a su domicilio, pero el contestador automático estuvo conectado todo el día.

»El señor Tamura nació el año 2* de *Shówa,** en Kokubunji, Tokio. Ingresó en el Departamento de Escultura de la Facultad de Arte de Tokio. Ya desde su época de estudiante, lo personal e innovador de su trabajo llamó la atención dentro del mundo de la escultura. El tema recurrente de su obra es la materialización del mundo del subconsciente. La originalidad de su estilo, que superaba las concepciones habidas hasta aquel momento en el mundo de la escultura, le hizo acreedor de fama internacional. La serie "Laberinto", una obra a gran escala en la que aborda, a través de su libre imaginación, la inspiración y belleza que poseen las formas del laberinto, posiblemente sea la más conocida por el gran público. En la actualidad, el señor Tamura era profesor invitado en la Universidad de Bellas Artes de * y, hace dos años, con motivo de la exposición de sus obras en el Museo de Arte Moderno de Nueva York...»

Dejo de leer aquí. En la página del periódico aparece una fotografía del portal de casa. También hay otra fotografía de mi padre, de cuando era más joven. Ambas confieren una impresión funesta a la página. Doblo el periódico en cuatro y lo deposito sobre la mesa. Sentado en la cama, sin decir nada, me presiono los oídos con la punta de los dedos. Un zumbido sordo, de frecuencia constante, atraviesa mis tímpanos. Sacudo la cabeza varias veces. Pero no puedo ahuyentar el zumbido.

Estoy en mi habitación. Son alrededor de las siete de la tarde. Óshima y yo acabamos de cerrar la biblioteca. Hace poco que la señora Saeki ha regresado a su casa envuelta en el ronroneo del motor *de* su Volkswagen. Dentro de la biblioteca sólo quedamos Óshima y yo. Y este irritante zumbido que continúa resonando en mis oídos.

- Es el periódico de anteayer. El artículo salió cuando estabas en la montaña. En cuanto lo leí pensé que ese tal Kóichi Tamura podía ser tu padre. Eran tantas las coincidencias. La verdad es que tendría que habértelo enseñado ayer, pero pensé que era mejor esperar a que te instalaras aquí..

Vuelvo a presionarme los oídos. Óshima se sienta en la silla giratoria frente al escritorio, cruza las piernas y mira hacia donde yo me encuentro. No dice nada.

- Yo no lo he matado.
- Pues claro que no —dice Óshima—. Tú, aquel día, estuviste en la biblioteca hasta el anochecer, leyendo. No te dio tiempo de ir a Tokio, matar a tu padre y regresar a Takamatsu. Es totalmente imposible.

Pero yo no estoy tan seguro. Hago cálculos en mi cabeza y compruebo que el día que mataron a mi padre es el mismo en que me desperté con la camisa empapada en sangre.

Pero, según dice este artículo, la policía te está buscando. Como testigo importante, seguramente.

Asiento.

Si te presentas ante la policía y dejas bien claro que tienes una coartada, no te hará falta ir huyendo, las cosas te serán mucho más fáciles. No necesitas que te diga que yo puedo testificar a tu favor.

- Pero, si lo hago, me llevarán de vuelta a Tokio.

Es posible. A tu edad, aún no has terminado la enseñanza obligatoria. No puedes hacer lo que se te antoje. En principio, todavía necesitarías un tutor.

Sacudo la cabeza.

- Yo no quiero explicarle nada a nadie. No quiero volver a mi casa de Tokio, ni tampoco a la escuela.

Óshima, con la boca cerrada, me mira de frente.

- Eso es algo que debes decidir tú —me dice finalmente con tono calmado—. Creo que tienes todo el derecho a vivir como te plazca.

Tengas quince o cincuenta y un años. La edad no influye en absoluto. que me esfuerce, todo es inútil. Al contrario, cuanto más lo intento, más siento que estoy dejando de ser rápidamente yo. Que me estoy alejando de mi propia órbita. Y esto es muy duro. No, quizá sería más exacto decir que esto *me da miedo.* Al pensar en ello, a veces siento que el terror me paraliza.

Óshima alarga una mano y la apoya sobre mi hombro. Noto la calidez de la palma.

Aunque sea así, es decir, aunque estés predestinado a que lo que elijas y el esfuerzo que inviertas no sirva de nada, a pesar de ello, tú eres una entidad definida, tú sólo eres tú. Y no hay duda alguna de que tú, como ser independiente, sigues avanzando hacia delante. No tienes por qué preocuparte.

Alzo la mirada y la clavo en el rostro de Óshima. Sus palabras poseen un extraño poder de convicción.

¿Por qué piensas eso?
Porque ahí reside la ironía.
¿La ironía?
Óshima me mira fijamente a los ojos.

- ¿Sabes, Kafka Tamura? Lo que tú estás sintiendo ahora no es otra cosa que el conflicto central de la tragedia griega. No es la persona la que elige su destino, sino el destino el que elige a la persona. Ésta es la concepción del mundo en la que se fundamenta la tragedia griega. Y la tragedia, según la define Aristóteles, irónicamente, no surge de los defectos del protagonista, sino de sus virtudes. ¿Entiendes a qué me refiero? Son las cualidades, no los defectos, las que arrastran al hombre a la tragedia. *Edipo rey*, de Sófocles, es un ejemplo remarcable de ello. En el caso de Edipo, no son la indolencia y la estupidez las que originan la tragedia, sino su valentía y su honestidad. Y de ahí nace, inevitablemente, la ironía.
- Pero no se puede hacer nada.
- Depende —dice Óshima—. Hay casos en los que no puede hacerse nada. Pero, a pesar de ello, la ironía hace más profundo al hombre, lo obliga a crecer. Y se convierte en una puerta de acceso a una solución de una dimensión mayor. Y en ella puedes encontrar una esperanza

universal. Ésta es la razón por la que hoy en día tanta gente sigue leyendo la tragedia griega; por la que la tragedia se ha constituido en uno de los prototipos del arte. Y antes ya he comentado esto, pero, en la vida, todo es una metáfora. En realidad, nadie va matando a su padre ni acostándose con su madre. ¿No te parece? En resumen, nosotros aceptamos la ironía a través de un mecanismo que se llama metáfora. Y esto nos convierte, a nosotros, en hombres más sabios.

Permanezco en silencio. Estoy sumido en mis propios pensamientos.

¿Quién sabía que venías a Takamatsu? —me pregunta Óshima. Sacudo la cabeza.

- Lo decidí yo solo y vine solo. No se lo dije a nadie. No creo que nadie lo supiera.

Entonces lo mejor será que permanezcas escondido durante un tiempo en esta habitación de la biblioteca. No te encargues siquiera del trabajo de recepción. No creo que la policía consiga dar contigo. Y, si las cosas se complicaran, podrías volver a adentrarte en las montañas de Kóchi.

Miro a Óshima a la cara y digo:

- Si no te hubiera conocido, seguro que me sentiría completamente perdido. No tengo a nadie en esta ciudad, nadie que pueda ayudarme.

Óshima sonríe. Aparta la mano de mi hombro y se queda contemplándola.

No, seguro que no. Si no me hubieras conocido a mí, habrías encontrado otro camino. No sabría decirte por qué, pero tú me induces a pensar así. —Luego, Óshima se levanta y coge otro periódico de encima de la mesa—. Por cierto, el día antes salió esta otra noticia en el periódico. Es un artículo pequeño, pero me he acordado de él porque es muy interesante. Tal vez sea una simple coincidencia, pero esto también ocurrió cerca de tu casa.

Y me entrega el periódico.

¡CAE UNA LLUVIA DE PECES DEL CIELO!

2000 SARDINAS Y CABALLAS CAEN SOBRE UN BARRIO COMERCIAL DEL DISTRITO DE NAKANO «Alrededor de las seis de la tarde del pasado día 29 cayó del cielo una lluvia de sardinas y caballas sobre un barrio comercial del * *chóme* de Nogata, en el distrito de Nakano, que sorprendió a sus habitantes. Dos amas de casa que realizaban la compra en el barrio comercial resultaron levemente heridas al golpearlas los peces en el rostro, pero no cabe lamentar daños de consideración. En aquel momento, el cielo estaba despejado, apenas había nubes, tampoco soplaba el viento. La mayoría de los peces todavía estaba viva y se quedo coleando por el suelo...»

Leo este breve artículo, se lo devuelvo a Óshima. En el artículo se esgrimen diversas hipótesis sobre la posible causa del incidente, pero todas son muy poco convincentes. Las líneas de la investigación policial apuntan al robo de pescado o a una gamberrada. El centro de meteorología afirma que no había ninguna condición atmosférica especial para que llovieran peces del cielo. El portavoz del Ministerio de Agricultura, Silvicultura y Pesca todavía no se ha pronunciado.

- ¿Se te ocurre alguna idea de lo que pudo haber sucedido? —me pregunta Ósima..

Sacudo la cabeza. No tengo la menor idea.

- Al día siguiente de que asesinaran a tu padre caen del cielo dos mil sardinas y caballas justo al lado de tu casa. Debe de ser una coincidencia, supongo.
- Probablemente.
- Y en el periódico hay otro artículo que dice que, ese mismo día, a altas horas de la noche, cayó una lluvia de sanguijuelas en la autopista Tómei, en el área de servicio de Fujigawa. Sucedió en una zona muy localizada y provocó una serie de pequeñas colisiones entre vehículos. Por lo visto eran sanguijuelas muy grandes. Nadie se explica cómo pudo caer del cielo una legión de sanguijuelas. Apenas soplaba el viento. Era una noche despejada. ¿Tampoco tienes alguna pista sobre esto?

Sacudo la cabeza.

Y antes de cerrar el periódico y doblarlo dice Óshima:

- El hecho es que han sucedido varios incidentes que nadie se explica. Es posible que no exista conexión alguna, por supuesto. Es posible que sean puras coincidencias. Pero a mí, no sé por qué, hay algo que me preocupa. Algo que no acaba de convencerme.
- Tal vez esto sea también una metáfora —digo.
- Quizá. Pero ¿qué diablos de metáfora puede ser que caigan sardinas y caballas del cielo?

Por unos instantes, enmudecemos los dos. Intento traducir en palabras algo que durante mucho tiempo he sido incapaz de formular.

- ¿Sabes, Óshima? Mi padre, hace muchos años, me hizo una profecía.

¿Una profecía?

Esto no se lo he contado a nadie. A decir verdad, no lo hacía porque dudaba de que me creyeran.

Óshima calla. Pero su silencio me alienta a proseguir.

Más que una profecía —digo—, tal vez fuera una maldición. Mi padre me la repetía una y otra vez. Como si grabara en mi mente con el cincel cada una de las palabras. —Respiro hondo. Y repaso una vez más las palabras que he de pronunciar. Claro que no necesito repasarlas, porque las palabras están ahí. Siempre lo han estado. Pero yo siento que debo calibrar una vez más su peso—. La profecía era: «Tú algún día matarás a tu padre con tus propias manos, algún día te acostarás con tu madre».

En el instante en que lo formulo en palabras, en el preciso instante en que éstas salen de mis labios, siento un gran vacío en mi interior. Y en este vacío imaginario mi corazón late con un sonido metálico y hueco. Óshima, sin alterar la expresión, se me queda mirando durante mucho tiempo.

Que tú algún día matarías a tu padre con tus propias manos y que algún día te acostarías con tu madre. ¿Eso es lo que te dijo tu padre? Asiento varias veces.

Es exactamente la misma profecía que le hicieron a Edipo. Claro que tú esto ya lo sabías, ¿verdad?

Asiento de nuevo.

- Pero esto no es todo. Hay algo más. Tengo una hermana seis años mayor que yo, mi padre me dijo que, algún día, también me acostaría con ella.
- ¿Y tu padre te hizo a ti esta profecía?
- Sí, pero yo entonces aún estaba en primaria y no entendí a qué se refería exactamente con «acostarse». No lo comprendí hasta unos años después.

Óshima no dice nada.

Mi padre también me dijo que, por mucho que lo intentara, jamás podría escapar a mi destino. Que la profecía estaba sepultada entre mis genes como un mecanismo de relojería y que nada de cuanto yo hiciera podía cambiarla. *Yo mataría a mi padre y me acostaría con mi madre y con mi hermana.*

Óshima se sume de nuevo en un largo silencio. Parece estar analizando cada una de mis palabras, como si quisiera descubrir en ellas alguna clave.

- ¿Y por qué diantres te haría tu padre una profecía tan terrible? —pregunto.

No lo sé. No me explicó nada más. —Sacudo la cabeza—. Quizá quería vengarse de mi madre y de mi hermana por haberlo abandonado. Quizá quería castigarlas a ellas. A través de mí.

¿Aunque, al hacerlo, te hiciera daño a ti?

Asiento.

Yo, para mi padre, tal vez no fuera más que otra de sus obras. Igual que una escultura. Que él era libre de demoler o destruir.

Hay que tener una mente muy retorcida para hacerlo. Vamos, eso me parece a mí —dice Óshima.

¿Sabes, Óshima? En el lugar donde he crecido yo, todo era retorcido. Tanto, que eran las cosas rectas las que, por el contrario, acababan pareciendo retorcidas. Hace mucho que lo comprendí. Pero era un niño y no tenía otro lugar adonde ir.

Yo he visto la obra de tu padre en varias ocasiones —dice Óshima—. Sus esculturas son geniales, muestran un gran talento. Son originales, provocativas, sin concesiones, llenas de fuerza. Lo que tu padre crea, sin duda, está lleno de autenticidad.

- Tal vez. Pero ¿sabes, Óshima?, el poso que le quedaba tras extraer todo eso que creaba, esa especie de veneno, mi padre lo iba esparciendo a su alrededor y no había manera de escapar de ello. Mi padre ensuciaba a todos cuantos le rodeaban, los destruía. Si lo hacía intencionadamente o no, yo eso lo ignoro. Quizá no pudiese evitarlo. Quizás él estuviese hecho así, ya desde el principio. Pero, sea como sea, tengo la sensación de que mi padre estaba relacionado con *algo* especial. ¿Entiendes a qué me refiero?

Creo que sí —contesta Óshima—. Y ese *algo*, probablemente, fuera algo que trascendía el Bien y el Mal Tal vez podría llamarse fuente de energía.

Y la mitad de mis genes proviene de ahí. Quizá sea ésa la razón por la cual me abandonó mi madre. Porque, al haber nacido de una fuente tan funesta, yo estaba manchado, destruido, y ella quiso romper los lazos conmigo y me abandonó.

Óshima reflexiona presionándose suavemente la sien con las puntas de los dedos. Y me mira con los ojos entrecerrados.

También existe la posibilidad de que tú no seas hijo verdadero de tu padre. En sentido biológico, claro está.

Sacudo la cabeza.

Hace algunos años me hicieron unos análisis en el hospital. Fui al hospital con mi padre, nos extrajeron sangre y nos hicieron unos análisis genéticos. Y resultó que había un cien por cien de probabilidades de que fuéramos biológicamente padre e hijo. Mi padre me enseñó el resultado de los análisis.

¡Vaya! Estaba en todo.

Mi padre quiso mostrármelo. Que yo era su obra. Como si estampara su firma en mí.

Oshima continuaba presionándose las sienes con los dedos.

Pero, en realidad, la profecía de tu padre no se ha cumplido. Porque tú no has matado a tu padre. Tú entonces estabas en Takamatsu. A él lo mató otra persona, en Tokio. ¿No es así?

Abro las manos en silencio, me las miro. Son las mismas manos que, en las profundas tinieblas de la noche, estaban cubiertas de funesta sangre negra.

A decir verdad, yo no estoy tan seguro —declaro.

Se lo confieso todo a Oshima. Que aquella noche, a la vuelta de la biblioteca, perdí la conciencia y que, al recuperarla unas horas más tarde entre los árboles del santuario, llevaba la camisa empapada en sangre. Que me lavé la sangre en el lavabo del santuario. Que tengo un lapsus de unas horas en la memoria. La historia es muy larga y decido obviar la parte que pasé en el piso de Sakura. Oshima pregunta de vez en cuando algo, confirma pequeños detalles, lo graba todo en su cabeza. Sin embargo, no expresa su opinión.

No tengo la menor idea de dónde me pude manchar de sangre ni tampoco de quién podía ser. No me acuerdo de nada —digo—. Pero ¿sabes?, y esto no es una metáfora, quizá sí maté a mi padre con mis propias manos. Lo presiento. Es cierto que no regresé a Tokio aquel día. Tal como dices, estuve todo el tiempo en Takamatsu. Eso es cierto. Pero «la responsabilidad empieza en los sueños», ¿no es así?

- Un verso de Yeats —dice Oshima.

Quizás yo maté a mi padre a través de un sueño. Quizá fui a matar a mi padre pasando a través del circuito de algún sueño especial.

Esto es lo que tú piensas. Y para ti, en cierto sentido, tal vez sea verdadero. Pero la policía, la policía y cualquier otra persona, no te exigirá responsabilidades poéticas. Una persona no puede estar en dos lugares a la vez. Einstein lo probó científicamente. La ley, además, así lo reconoce.

Pero yo ahora no estoy hablando ni de ciencia ni de leyes.

- Escucha, Kafka Tamura —dice Óshima—: lo que tú estás diciendo, en definitiva, no es más que una hipótesis. Una hipótesis audaz y surrealista. Suena a argumento de novela de ciencia ficción.
- Claro que es una mera suposición. Lo sé perfectamente. Y no creo que nadie llegara a creerse esta historia descabellada. Pero mi padre siempre decía que sin pruebas que refuten una teoría no existe avance en la ciencia. Su expresión favorita era: «Una hipótesis es un campo de batalla en tu cerebro». Y, en este momento, no se me ocurre ninguna prueba que refute mi hipótesis.

Óshima enmudece.

A mí no se me ocurre nada más que decir.

En todo caso, ésta es la razón por la que has venido a Shikoku desde tan lejos. Huir de la maldición de tu padre —deduce Oshima. Asiento. Señalo el periódico doblado.

Pero al parecer no he podido huir, tal como era de esperar.

Me da la impresión de que no hay que confiar demasiado en la distancia, dice el joven llamado Cuervo.

Lo cierto es que necesitas una casa donde esconderte —comenta Óshima—. Es lo único que puedo decirte de momento.

Me doy cuenta de que estoy exhausto. De repente me fallan las fuerzas. Me apoyo en el brazo de Óshima, que está sentado junto a mí. Oshima me abraza. Apoyo la cabeza en su pecho plano.

¿Sabes, Oshima? Yo no quiero hacer estas cosas. Yo no quería matar a mi padre. Y no quiero acostarme con mi madre ni con mi hermana.

Claro que no —dice Óshima. Y peina con los dedos mis cortos cabellos—. Claro que no. Pero eso es imposible.

¿Ni siquiera en sueños?

Ni en metáforas —responde Oshima—. Ni en alegorías, ni en analogías.

»Si quieres, esta noche puedo quedarme aquí, contigo —propone Oshima un poco después—. Yo puedo dormir en este sillón. Le digo que no. Que prefiero estar solo.

Oshima se echa hacia atrás el flequillo que le cae sobre la frente. Tras dudar unos instantes, dice:

- Ya sé que soy una asexuada tarada mujer gay y, si esto te molesta...
- ¡Pero qué dices! —exclamo—. En absoluto. Sólo que esta noche quiero estar solo y reflexionar. Porque me han sucedido muchas cosas de golpe. Sólo es eso.

Óshima apunta un número de teléfono en la hoja de un bloc. —Si por la noche te entran ganas de hablar con alguien, llámame. Déjate de cumplidos. Tengo el sueño muy ligero.

Le doy las gracias.

Aquella noche, yo vi un espectro.

22

El camión que llevaba a Nakata entró en las calles de Kóbe pasadas las cinco de la mañana y, aunque ya había amanecido, aún no estaba abierto el almacén donde tenían que descargar la mercancía. Detuvieron el vehículo en una calle ancha, cerca del puerto, y decidieron descabezar un sueñecito. El joven abatió su asiento y se durmió, entre sonoros ronquidos, con expresión de felicidad. Nakata se despertaba de vez en cuando a causa de los ronquidos, pero enseguida volvía a sumirse en un sueño agradable. El insomnio era uno de los fenómenos que Nakata jamás había experimentado hasta el momento.

Ya eran casi las ocho de la mañana cuando, con un enorme bostezo, el joven se incorporó.

¿Qué, abuelo? ¿Tienes hambre? —preguntó el joven a Nakata mientras se afeitaba con una maquinilla eléctrica mirándose en el espejo retrovisor.

Sí, Nakata también tiene un poco de hambre.
Pues vayámonos a desayunar por aquí cerca.

Nakata, desde que salieron de Fujigawa hasta que llegaron a Kóbe, estuvo durmiendo casi todo el rato dentro del camión. El joven, entretanto, había conducido sin abrir apenas la boca mientras escuchaba por la radio un programa de madrugada. De vez en cuando tarareaba al compás de la música. No había una sola melodía que Nakata conociera. Aquello debía de ser japonés, claro está, pero Nakata no conseguía entender la letra de las canciones. Lo único que lograba pillar era alguna palabra, aquí y allá, de modo fragmentario. En cierto momento, Nakata sacó de la bolsa el chocolate y los *onigiri* que le habían regalado las dos secretarias el día anterior en Shinjuku y los compartió con el joven.

El joven, además, no dejó de fumar ni un instante. Para despejar se, decía. Por esa razón, al llegar a Kóbe, las ropas de Nakata apestaban a tabaco.

Nakata bajó del camión con la bolsa y el paraguas.

- ¡Eh! Todo eso tan pesado puedes dejarlo dentro del camión. Vamos aquí cerca, volveremos enseguida después de desayunar —dijo el joven.

Sí, tiene usted razón, pero Nakata, si no lo lleva consigo, no se sentirá tranquilo. ¡Vaya! —dijo el joven entrecerrando los ojos—. Bueno, haz lo que quieras. Total, vas a llevarlo tú.

Muchas gracias.

Oye, me llamo Hoshino. Se escribe con los mismos caracteres que el Hoshino que antes entrenaba a los Chúnichi Dragons. Pero no somos parientes.

- Señor Hoshino, ¿verdad? Mucho gusto. Yo me llamo Nakata.

¡ Vamos, hombre! i Que eso ya lo sabía! —exclamó Hoshino.

El joven parecía conocer muy bien la zona y avanzaba a grandes zancadas. Nakata lo seguía medio corriendo. Ambos entraron en un pequeño restaurante situado en un callejón. La clientela del local la componían los camioneros y los estibadores del puerto. No se veía a nadie con corbata. Todos los clientes desayunaban, en silencio, con cara de concentración, como si repostaran gasolina. El entrechocar de los platos, los gritos de los camareros recitando los pedidos, la voz del locutor de las noticias de NHK, los ruidos, en general, resonaban dentro del restaurante.

El joven señaló el menú pegado en la pared.
Abuelo, pide lo que quieras. Aquí la comida es buena y barata.

- Sí —dijo Nakata, y tal como le decía, se quedó contemplando unos instantes el menú de la pared, pero de pronto recordó que no sabía leer.
- Mil perdones, señor Hoshino. Pero Nakata no es inteligente y no sabe leer.

¿¡Qué!? —exclamó Hoshino con asombro—. ¿Que no sabes leer? Pues hoy en día esto es muy raro, ¿no? ¡Bueno! Da igual. Yo voy a tomar pescado a la plancha y tortilla, ¿te va bien lo mismo?

- Sí, el pescado a la plancha y la tortilla son dos de los platos favoritos de Nakata.
- Fantástico.
- Y también me gusta la anguila.
- Sí. La anguila también me gusta a mí. Pero la anguila no es algo que se coma por la mañana, ¿no te parece?
- Sí. Además, anoche, un señor que se llamaba Hagita invitó a Nakata a comer anguila para cenar.
- Pues mira qué bien —se alegró el joven. Y le gritó a un camarero—: ¡Dos de pescado a la plancha con tortilla y un bol grande de arroz!
- i Dos de pescado a la plancha con tortilla y un bol grande de arroz! —repitió éste a voz en grito.
- Pues eso de no saber leer debe de resultar un problema, ¿no? —le preguntó el joven a Nakata.
- Sí, no saber leer me coloca a veces en situaciones muy apuradas.

Cuando estaba en el distrito de Nakano, en Tokio, no era tan problemático, pero ahora que estoy fuera de Nakano, todo lo encuentro muy difícil.

Pues claro. Kóbe está muy lejos de Nakano.

Sí. Y yo no distingo el norte del sur. Lo único que conozco es la derecha y la izquierda. Y, entonces, me pierdo y tampoco puedo comprar un billete.

- Lo que es alucinante es que, de esta manera, hayas podido llegar hasta aquí.

Sí. Muchas personas han tenido la amabilidad de ayudar a Nakata. Y usted, señor Hoshino, es una de ellas. No sé cómo darle las gracias.

- Jo! Debe de ser muy difícil eso de ir por ahí sin saber leer. Mi abuelo chocheaba, pero leer, al menos, sí sabía.

Sí. Es que Nakata es especialmente tonto.
¿En tu familia sois todos así?

No, no lo somos. El mayor de mis hermanos pequeños es jefe de departamento de un sitio que se llama Itóchú, el menor trabaja en unas oficinas gubernamentales llamadas Tsúsanshó.

¡Jo! —exclamó el joven admirado—. ¡Vaya intelectuales del copón!

O sea, que sólo tú, abuelo, eres un poco raro.

Sí, sólo Nakata tuvo un accidente de pequeño y se quedó tonto. Así que siempre me avisan de que no moleste ni a mis hermanos, ni a mis sobrinas ni a mis sobrinos, y que intente que no me vea demasiado la gente.

¡Ya! — Supongo que a mucha gente le da vergüenza mostrar a alguien como tú a los demás.

Nakata no entiende las cosas complicadas, pero, cuando vivía en el distrito de Nakano, no se perdía nunca. El señor gobernador me ayudaba y yo me llevaba bien con los gatos. Una vez al mes iba a cortarme el pelo y, alguna vez que otra, incluso podía comer anguila. Pero apareció Johnnie Walken y Nakata ya no puede permanecer más en Nakano.

¿Johnnie Walken?

Sí, un hombre que llevaba unas botas altas y un sombrero negro de copa. Llevaba chaleco y también un bastón. Recogía gatos y les arrancaba el alma.

¡Va! ¡Déjalo! —dijo Hoshino—. A mí tampoco me van las historias largas. Vamos, que tú, por lo que sea, te has marchado de Nakano.

Sí, Nakata se ha marchado de Nakano.
¿Y adónde vas a ir ahora?

- Nakata todavía no lo sabe. Pero de lo que me he enterado al llegar aquí es que ahora tengo que cruzar un puente. Un gran puente que está por aquí cerca.

O sea, que te vas a Shikoku.

- Disculpe, señor Hoshino, pero es que Nakata no sabe nada de geografía. ¿Shikoku está al cruzar el puente?

¡Pues claro! Todos los puentes grandes que hay por aquí llevan a Shikoku. Hay tres. Uno va de Kóbe a Awajishima y, luego, a Tokushima. Otro cruza desde más abajo de Kurashiki a Sakaide. Y el tercero une Onomichi y Imabari. Con un solo puente hubiera habido bastante, pero los políticos metieron las narices y acabaron construyendo tres.

El joven vertió agua del vaso sobre la mesa de tablas de resina sintética y dibujó un esquemático mapa de Japón con el dedo. Luego trazó los tres puentes entre Honshú y Shikoku.

¿Son muy grandes estos puentes? —preguntó Nakata.

- Enormes. Y no es broma.
- ¿Ah, sí? Entonces, lo primero que Nakata debe hacer es cruzar uno de esos puentes. Probablemente el que esté más cerca. Lo que viene luego ya lo pensaré más adelante.
- O sea, que no tienes a ningún conocido que te espere en un sitio determinado ni nada por el estilo.

No. Nakata no tiene a ningún conocido.

- O sea, que cruzarás el puente, llegarás a Shikoku y, luego, ya verás para *dónde* te vas.
- Sí, en efecto.
- ¿Y este *dónde* no sabes dónde es?
- No. Nakata no sabe nada. Pero creo que lo sabrá cuando llegue.
- iMe rindo! —dijo Hoshino. Se alisó el pelo revuelto, comprobó si la cola de caballo seguía en su sitio y volvió a ponerse la gorra de los Chúnichi Dragons.

Pronto les sirvieron el pescado asado con tortilla y ambos empezaron a comer en silencio.

¡Jo! i Qué buena, la tortilla! —exclamó Hoshino.

Sí. Está muy buena. Es totalmente distinta a la que Nakata comía en Tokio.

Es que ésta es tortilla de Kansai." La hacen de una manera muy distinta a aquella especie de suela de zapato reseca que te dan en Tokio.

Los dos enmudecieron, comieron la tortilla, comieron la caballa asada a la sal, tomaron los *misoshiru* de marisco, comieron el nabo macerado, comieron las espinacas hervidas sazonadas con bonito y salsa de soja, no dejaron ni un solo grano de aquel arroz recién cocido. Nakata masticaba cada bocado exactamente treinta y dos veces, por lo cual, le llevó bastante tiempo comérselo todo.

- ¿Estás lleno?
- Sí, Nakata está lleno. ¿Y usted, señor Hoshino?

Pues a reventar. Claro. ¿Qué? ¿A que uno se siente feliz habiendo comido tanto, y, además, cosas tan buenas?

Sí. Muy feliz.
¿Qué? ¿Te han entrado ganas de cagar?

- Sí. Ahora que lo dice, Nakata ya está en disposición de hacerlo. —Pues hazlo. El váter está allí.
- ¿Y usted, señor Hoshino?
- Yo me acercaré luego y me tomaré mi tiempo. Así que ve tú primero.

Sí, muchas gracias. Nakata se va a cagar.

- Oye, no lo repitas a grito limpio, que te van a oír. Y están comiendo.

Sí, mil perdones. Es que Nakata no es muy inteligente.
Vale, vale. No pasa nada. Vete ya.
¿Le importaría que me lavara los dientes de paso?

- No. Lávatelos. Tenemos tiempo de sobra. Haz lo que quieras. Pero, oye, ¿no podrías dejar al menos el paraguas? Si sólo vas al lavabo. —Sí. Dejaré el paraguas.

Cuando Nakata volvió del lavabo, Hoshino ya había pagado la cuenta.

Señor Hoshino. Nakata también tiene dinero, déjele al menos pagar el desayuno.

El joven sacudió la cabeza.

¡Que no, hombre! Si no es nada. Que yo, a mi abuelito, le debo mucho. De cuando era un golfo, hace tiempo.

Sí, pero Nakata no es el abuelito del señor Hoshino.

El problema es mío. Tú no te preocupes. Y no seas pesado. Cállate y déjate invitar.

Nakata, tras pensárselo unos instantes, decidió aceptar la gentileza del joven.

Muchas gracias. Acepto con mucho gusto su invitación. —Que sólo es caballa y tortilla en un restaurante de mala muerte. No hace falta que me hagas tantas reverencias.

- Pero es que, señor Hoshino, pensándolo bien, todos ustedes han sido tan amables conmigo que, desde que he salido de Nakano, apenas he gastado dinero.

Pues fantástico. ¡No te digo! —exclamó Hoshino admirado. Nakata le pidió a un camarero que le llenara de té caliente el pequeño termo que llevaba. Y, luego, se lo guardó con cuidado en la bolsa.

Los dos volvieron andando a donde habían estacionado el camión.

Oye, eso de que te vas a Shikoku...

- ¿Sí? —preguntó Nakata.

¿Y qué vas a hacer allí?
Eso, ni siquiera Nakata lo sabe.

- Vamos, que no sabes lo que vas a hacer y tampoco sabes adónde vas. Pero, de momento, te vas a Shikoku.
- Sí. Nakata cruzará el gran puente.
- Y, una vez hayas cruzado el puente, verás las cosas más claras. —Sí. Posiblemente sí. Pero, mientras no cruce el puente, yo no sabré nada.
- iJo! —dijo el joven—. Pues sí que es importante cruzar el puente. —Sí. Cruzar el puente es lo más importante del mundo. —Me rindo! —exclamó Hoshino rascándose la cabeza.

El joven se puso al volante del camión y se dirigió al depósito de los grandes almacenes para descargar los muebles que llevaba. Mientras, Nakata se sentó en el banco de un pequeño parque que había cerca del puerto y se dispuso a matar el tiempo.

- i Eh, abuelo! No te muevas de aquí —le dijo el joven—. Aquí hay un váter y una fuente para beber agua. O sea, que aquí tienes todo lo que necesitas. Si te alejas demasiado, te perderás y no sabrás volver.

Sí. Porque esto no es el distrito de Nakano.

Exacto. Esto no es Nakano. Así que quédate aquí quieto y no te muevas.

- Sí, de acuerdo. Nakata no se moverá de aquí.

Vale. Yo voy a descargar y vuelvo.

Nakata, tal como le había dicho el joven, no se alejó un paso del banco. Ni siquiera fue al lavabo. Quedarse quieto en un lugar y matar el tiempo no representaba ningún esfuerzo para él. De hecho, era una de las cosas que mejor hacía.

Desde el banco se veía el mar. Hacía muchísimo tiempo que Nakata no veía el mar. Cuando era pequeño, había ido en varias ocasiones a bañarse con su familia. Jugaba en la arena, en bañador. También había ido alguna que otra vez a recoger conchas cuando la marea estaba baja. Pero los recuerdos de aquella época eran terriblemente confusos. Todo parecía haber sucedido en otra vida. Luego, no recordaba haber vuelto a ver el mar.

Después del extraño incidente en las montañas de la prefectura de Yamanashi, Nakata volvió a la escuela de Tokio. Había recobrado la conciencia y las aptitudes físicas, pero había perdido por completo la memoria y ya no fue capaz de leer y escribir. No podía leer el libro de texto, no podía hacer los exámenes. Los conocimientos adquiridos con anterioridad al incidente se habían borrado del todo de su memoria y su capacidad de razonamiento abstracto se había visto mermada en gran manera. A pesar de ello, dejaron que se graduara. Apenas entendía las asignaturas que se impartían en clase y lo único que podía hacer era permanecer callado, sentado en un rincón. Seguía las instrucciones del profesor al pie de la letra. No molestaba a nadie. De modo que el profesor apenas recordaba su presencia. Digamos que era un «invitado», pero no una «carga».

¡ncluso todos olvidaron enseguida que antes del extraño «suceso» él había sido un estudiante que sobresalía en todo. Los actos y acti vidades de la escuela se realizaban sin él. Tampoco tenía amigos. Pero eso no le importaba. Al contrario. Gracias a que nadie le hacía caso, él podía sumergirse a gusto en su propio mundo. De las actividades de la escuela le fascinaba cuidar de los pequeños animales (conejos o cabras) que tenían en el recinto, cuidar las flores de los parterres o hacer la limpieza del aula. Y estas tareas las realizaba sin cansarse, siempre con una sonrisa en los labios.

Pero no sucedía sólo en la escuela, también en su hogar solían olvidarse de que existía. Los padres, unos fanáticos de la educación, tan pronto como comprendieron que su hijo primogénito no podría volver a leer y que no sería capaz de proseguir los estudios con normalidad, se volcaron en sus hijos menores, muy buenos estudiantes ambos, y prácticamente dejaron de hacer caso a Nakata. Al graduarse, como no podía continuar los estudios en el instituto público, lo enviaron a la prefectura de Nagano, a casa de unos parientes. A la casa paterna de su madre. Allí asistió a una escuela de prácticas agrícolas. Como no sabía leer, le costaban todas las asignaturas, pero los ejercicios prácticos en el campo le encantaban. De no haber sufrido agresiones en la escuela, posiblemente Nakata hubiera acabado dedicándose a la agri cultura. Sin embargo, sus compañeros de clase no perdían la oportunidad de golpear al elemento extraño, al niño que venía de la capital. Las heridas que le infligieron llegaron a ser tan graves (una vez le aplastaron el lóbulo de una oreja) que sus abuelos decidieron sacarlo de la escuela. Y, a partir de entonces, se quedó en casa ayudando en las faenas domésticas. Como era un niño tranquilo y obediente, sus abuelos lo adoraban.

En aquella época aprendió a hablar con los gatos. En la casa tenían algunos y Nakata acabó haciéndose muy amigo de ellos. Al principio sólo sabía unas cuantas palabras, pero fue desarrollando sus capacidades poco a poco, con paciencia, como cuando se aprende una lengua extranjera, y al final logró mantener conversaciones bastante lar gas con ellos. En cuanto tenía un rato libre se sentaba en el corredor exterior de la casa y hablaba con los gatos. Ellos le enseñaron muchas cosas sobre la naturaleza y la sociedad. De hecho, casi todos los conocimientos básicos que tenía Nakata sobre el funcionamiento del mundo los había aprendido de los gatos.

A los quince años empezó a trabajar la madera en una fábrica de muebles cercana. En realidad, más que una fábrica, era un taller artesanal donde se trabajaba la madera y se hacían muebles de artesanía popular japonesa; y las sillas, mesas y estanterías que construían se enviaban a Tokio. A Nakata le gustó enseguida trabajar la madera. Siempre había tenido muy buenas manos y, como jamás descuidaba las tareas más pesadas y minuciosas, y trabajaba sin quejarse ni pronunciar una palabra de más, el dueño del taller pronto le cobró aprecio y cariño. Leer un dibujo o hacer cálculos matemáticos no era lo suyo, pero las demás tareas las desempeñaba a la perfección. Una vez grababa un patrón en su cabeza, era capaz de repetirlo indefinidamente sin cansarse. Tras dos años de trabajar como aprendiz, pasó a ser oficial de plantilla.

Nakata llevó este género de vida hasta pasados los cincuenta años. Jamás tuvo un accidente, jamás se puso enfermo. No bebía, no fumaba, no trasnochaba, no comía en exceso. Nunca veía la televisión; por la radio, sólo escuchaba el programa matutino de gimnasia. Únicamente hacía muebles, día tras día. Mientras tanto, murieron sus abuelos, murieron sus padres. Todo el mundo lo apreciaba, pero nunca tuvo un verdadero amigo. Podía decirse que era inevitable. A una persona normal, a los diez minutos de estar hablando con él, se le acababan los temas de conversación.

Nakata no encontraba esta vida especialmente solitaria o infeliz. No sentía deseo sexual, ni tampoco la necesidad de estar con alguien. Nakata sabía que él era diferente a los demás. Se había dado cuenta de que la sombra que su cuerpo proyectaba en el suelo era más clara y ligera que la de los demás (aunque nadie más se había percatado de

ello). Los gatos eran los únicos a quienes podía abrir su corazón. Los días de fiesta se iba a un parque cercano y se pasaba el día entero sentado en un banco hablando con los gatos. Y, cosa extraña, cuando hablaba con los gatos, jamás se le agotaban los temas de conversación.

Cuando Nakata tenía cincuenta y dos años, murió el dueño de la empresa de muebles—y el taller fue cerrado poco después. Aquellos muebles tradicionales de tonos tan lóbregos ya no se vendían tanto como antes. Los artesanos iban ya de camino a la vejez y la gente joven no sentía ningún interés hacia esos trabajos de artesanía tradicional. El taller mismo, que antes se encontraba en mitad de los prados, estaba ahora rodeado de urbanizaciones y las quejas de los vecinos por el ruido del taller y por el humo que se producía al quemar las virutas se sucedían sin interrupción. El hijo del dueño, que tenía un bufete de asesor fiscal en la ciudad, no tenía ningún interés en continuar el negocio que había caído en sus manos de repente y, poco después de morir su padre, cerró el taller y lo vendió a un agente inmobiliario. El agente lo derribó, allanó el terreno y lo vendió a un constructor de pisos. El constructor levantó allí una casa de seis plantas. Los apartamentos se vendieron todos el mismo día en que fueron puestos a la venta.

De esta forma, Nakata perdió su empleo. La empresa había dejado deudas, de modo que la indemnización por el despido no fue muy alta. Después, Nakata no volvió a encontrar trabajo. Era casi imposible que un hombre de más de cincuenta años que no sabía leer ni escribir, sin otra formación profesional que construir muebles de artesanía, pudiera recolocarse.

Nakata había trabajado en el taller durante treinta y siete años sin faltar un solo día, así que tenía algunos ahorros en la oficina de Correos local. Nakata gastaba muy poco en su vida diaria y aquellos ahorros podían proporcionarle una vejez sin privaciones aunque no volviese a trabajar. Como él no sabía leer ni escribir, era un amable primo suyo que trabajaba en el ayuntamiento quien le administraba los ahorros. Sin embargo, el primo, aunque simpático, era un poco irreflexivo y, engatusado por un corredor de bolsa sin escrúpulos, invirtió mucho dinero en un complejo turístico cerca de unas pistas de esquí y se cargó de deudas. Y, de manera casi simultánea a la pérdida del empleo de Nakata, el primo desapareció con toda su familia. Al parecer, lo perseguían unos gánsteres vinculados al mundo de las finanzas. Nadie conocía su paradero. Ni siquiera si estaban vivos o muertos.

Cuando Nakata fue a Correos, acompañado de un conocido, y miró el saldo de su cuenta, apenas le quedaban unas pocas decenas de miles de yenes. Incluso la indemnización que le acababan de transferir se había esfumado. Únicamente se puede decir que Nakata tuvo muy mala suerte. Al tiempo que perdía su empleo, se quedaba sin blanca. Sus parientes se compadecieron de él, pero todos habían sido esquilmaldos, en mayor o menor medida, por el primo. Algunos se quedaron sin recuperar el dinero que le habían prestado, otros lo habían avalado. Ninguno de ellos estaba en condiciones de ayudar a Nakata.

Finalmente, el mayor de sus hermanos menores se hizo cargo de Nakata y le prestó ayuda. El hermano poseía un pequeño bloque de apartamentos unipersonales en el distrito de Nakano (lo había heredado de sus padres) y cedió una habitación a Nakata. Él administraba el dinero —aunque no ascendía a mucho— que sus padres le habían dejado como herencia a Nakata y, además, consiguió que el gobierno metropolitano de Tokio le asignara un subsidio como discapacitado mental. A esto se redujo la «ayuda» del hermano. Nakata no sabía leer ni escribir, pero era perfectamente capaz de desempeñar las tareas de la vida cotidiana por sí solo y, mientras contara con una vivienda y con dinero para gastos, no necesitaba que nadie lo cuidara.

Sus hermanos apenas se relacionaban con él. Sólo se vieron, al principio, en algunas ocasiones. Nakata había vivido separado de sus hermanos durante más de treinta años y, además, llevaban vidas completamente diferentes. No existía entre ellos el afecto normal entre consanguíneos y, aunque hubiese existido, sus hermanos estaban demasiado ocupados con sus asuntos como para perder el tiempo con un discapacitado mental.

Pero la frialdad con que lo trataron sus hermanos no afectó especialmente a Nakata. Se había acostumbrado a estar solo y que alguien se preocupara por él y le expresara su amabilidad más bien lo incomodaba. Tampoco se enojó cuando su primo desapareció con los ahorros que él había atesorado, moneda a moneda, a lo largo de toda su vida. Por supuesto, comprendía que aquello lo colocaba en una situación «apurada», pero tampoco se sintió especialmente decepcionado por su comportamiento. Qué era un complejo turístico, qué significaba la palabra «inversión», eso Nakata no podía entenderlo. Por cierto, ni siquiera comprendía lo que implicaba la palabra «deudas». Nakata vivía en un mundo de vocabulario reducido en extremo.

Su percepción real del dinero se extendía a la suma de 5000 yenes. Las cifras más altas, fueran 100.000, 1.000.000 o 10.000.000 de yenes ; para él representaban lo mismo. Eso era «mucho dinero». Aunque tuviera

ahorros, nunca había tocado ese dinero. Le anunciaban: «El saldo asciende a» y le decían la cantidad. Sólo eso. Pero para él no era más que un concepto abstracto. De modo que, aunque le anunciaran que ese dinero había desaparecido de pronto, él no experimentaría la sensación real de *haber perdido algo.*

Por esta razón, los días de Nakata transcurrían apaciblemente, viviendo en el apartamento que le había cedido su hermano, recibiendo el subsidio del ayuntamiento, cogiendo el autobús urbano con el pase especial y hablando con los gatos en el parque del barrio. Aquel rincón de Nakano se había convertido en su nuevo mundo. Al igual que los gatos y los perros, él había marcado su territorio, un área por la que podía moverse con entera libertad y de la que no salía a no ser que pasara algo extraordinario. Allí dentro podía vivir seguro. Sin insatisfacción ni ira. Sin soledad ni incertidumbre acerca del futuro, sin carencias. Limitándose a saborear despreocupadamente los preciosos días que se sucedían uno tras otro. Nakata llevó esta vida durante más de diez años.

Hasta que apareció Johnnie Walken.

Nakata no había visto el mar en años. Porque ni en la prefectura de Nagano ni en el distrito de Nakano hay mar. Y Nakata, en aquel instante, se dio cuenta por primera vez de que se había perdido aquello, el mar, durante un largo periodo de tiempo. En realidad, ni siquiera se había parado a pensar alguna vez en el mar. Lo corroboró dirigiéndose a sí mismo varios movimientos afirmativos de cabeza. Se quitó el sombrero y acarició sus cortos cabellos con la palma de la mano. Volvió a ponerse el sombrero y miró hacia el mar. Lo único que él sabía del mar era que es terriblemente extenso, que allí viven los peces y que el agua es salada.

Sentado en el banco olió la brisa que soplaba desde el mar, contempló las gaviotas que volaban por el cielo, contempló un barco que estaba atracado a lo lejos. No se hubiera cansado nunca de mirarlo todo. De vez en cuando se acercaba al parque alguna gaviota blanquísima y se posaba sobre el verde césped de principios de verano. La combinación de los dos colores era hermosa. Para probar, Nakata le dirigió la palabra a una gaviota que se paseaba por el césped, pero la gaviota se limitó a lanzarle una mirada helada, sin responderle. No había ningún gato. Los únicos animales presentes en el parque eran las gaviotas y los gorriones. Estaba bebiendo té del termo cuando empezó a lloviznar y Nakata abrió su precioso paraguas.

Cuando, poco antes de las doce, volvió Hoshino, ya había dejado de llover. Nakata estaba sentado en el banco, con el paraguas cerrado, mirando el mar exactamente en la misma posición que antes. El joven llegó en taxi. Al parecer, había dejado el camión en alguna parte.

- ¡Perdona!, ¿eh? Es que se me ha hecho tardísimo —se disculpó el joven. Llevaba una bolsa de viaje de plástico colgada al hombro—. Tenía que haber acabado mucho antes, pero se me ha liado el asunto. Cuando descargas en los grandes almacenes, siempre hay, como mínimo, un pelmazo que te amarga el día.
- A Nakata no le ha importado en absoluto. Ha estado todo el rato aquí sentado, mirando el mar.

¡Ah! —exclamó el joven. Y dirigió la vista hacia donde Nakata había estado mirando. Allí sólo había un muelle decrépito y en el mar flotaban grandes manchas de aceite.

- Hacía mucho tiempo que Nakata no veía el mar.
- ¿De veras?
- La última vez que Nakata lo vio fue cuando estaba en primaria.

  Fue a la playa de Enoshima.
  De eso hace mucho tiempo, ¿eh?
  En aquella época, los americanos habían ocupado Japón y la playa de Enoshima estaba llena de americanos.
  ¡Qué! Te lo estás inventando, ¿verdad?
  No. No me lo he inventado.
  ¡Pero qué dices! —dijo el joven—. ¿Cómo van a ocupar Japón los americanos?

Nakata no sabe de cosas complicadas. Pero América tenía unos aviones que se llamaban B-29. Y arrojaron bombas muy grandes sobre Tokio. Por eso se fue Nakata a la prefectura de Yamanashi. Y allí se puso enfermo.

- ¡Vale, vale! Que a mí no me van las historias largas. Además, nos tenemos que ir. Es tarde. Si seguimos así, se nos va a hacer de noche.
- ¿Y adónde vamos?
- Pues a Shikoku. ¿Adónde si no? A cruzar el gran puente. Ahora toca ir á Shikoku, ¿no?
- Sí. Pero ¿y su trabajo, señor Hoshino?
- No pasa nada. Con el trabajo ya me las apañaré. Últimamente he trabajado una barbaridad y, mira, justo estaba pensando que me iría bien tomarme unas vacaciones. La verdad es que nunca he viajado a Shikoku. No estará mal dejarse caer por allí. Además, abuelo, tú no sabes leer, te irá mejor que te acompañe para comprar el billete, ¿no? ¿O te molesta que vaya contigo?
- ¡Oh no! A Nakata no le molesta lo más mínimo ir con usted.
- Decidido entonces, Ya he mirado los horarios del autobús. Así pues, ¡nos vamos a Shikoku!

23

Aquella noche, yo vi un espectro.

No sé si la palabra «espectro» es la correcta. Pero, como mínimo, aquello no era un *ser* vivo. No pertenecía a este mundo... Se apreciaba de una sola ojeada.

De pronto algo me despierta, abro los ojos y veo a aquella jovencita. Pese a ser medianoche, en la habitación reina una extraña claridad. Es la luz de la luna, que penetra a través de la ventana. Antes de acostarme había corrido las cortinas, pero ahora están abiertas de par en par. La silueta de la niña se recorta limpiamente en el claro de luna, bañada por una luz de una blancura ósea.

Debe de tener la misma edad que yo, unos quince o dieciséis años. Seguro que son quince, decido. Hay una gran diferencia entre los quince y los dieciséis años. Es menuda y delicada, pero yergue la espalda y no ofrece una impresión de fragilidad. Tiene el pelo liso, hasta los hombros, y el flequillo le cae sobre la frente. Lleva un vaporoso vestido de color azul claro. Ni largo ni corto. No lleva zapatos ni calcetines. Los botones de los puños están cuidadosamente abrochados. El escote del vestido, gránde y redondo, le realza la bella línea de la nuca.

Está sentada frente a la mesa, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y la vista clavada en un punto de la pared. Está pensando en algo. Nada complicado, al parecer. Más bien diría que se halla sumida en algún agradable recuerdo no muy lejano. De vez en cuando, una especie de sonrisa, aunque muy tenue, aflora a sus labios. Pero, oculta a la sombra de la luz de la luna, desde donde yo estoy, no puedo °apreciarlo al detalle. Finjo dormir. No quiero estorbarla, esté haciendo lo que esté haciendo. Contengo el aliento, trato de pasar inadvertido.

Es evidente que se trata de un «espectro». En primer lugar, es demasiado hermosa. No se trata sólo de que posea bellas facciones. Toda ella es demasiado perfecta para ser real. Parece salida de un sueño. Su belleza pura me provoca un sentimiento de tristeza. Un sentimiento muy natural. Pero, por más natural que sea, es una sensación que nada normal y corriente podría despertar.

Me acurruco entre las sábanas, contengo la respiración. Ella sigue con el codo hincado en la mesa, sin cambiar de postura. De vez en cuando desplaza un poco la barbilla dentro de la palma de la mano, y el ángulo de su cabeza cambia de forma casi inapreciable. Es el único movimiento que se percibe en el interior de la habitación. La gran planta que hay junto a la ventana brilla en silencio bañada por la luz de la luna. No corre aire. A mis oídos no llega sonido alguno. Me siento como si, sin darme cuenta, me hubiese muerto. He muerto y me he hundido con ella en el fondo de un lago volcánico.

De improviso, ella aparta el codo de encima de la mesa y apoya ambas manos sobre las rodillas. Por el dobladillo asoman un par de rodillas blancas. Y ella, como si se le hubiese ocurrido de súbito una idea, deja de contemplar la pared, cambia de posición y mira hacia donde yo me encuentro. Se lleva la mano a la frente y se toca el flequillo. Sus dedos delgados, tan juveniles, se posan un instante sobre su frente como si rebuscasen algún recuerdo en la memoria. Me está mirando. Mi corazón late con un sonido seco. Pero, cosa extraña, no tengo la sensación de ser yo el observado. Tal vez no me esté mirando a mí, sino más allá de mí.

En el fondo del lago volcánico donde ella y yo nos hemos hundido todo es silencio. El volcán hace mucho tiempo que está inactivo. Capas de soledad se acumulan en su fondo como un suave lodo. La tenue luz que penetra en las profundidades irradia una luz blanca que induce a pensar en reminiscencias de recuerdos lejanos. En el abismo no hay señales de vida. ¿Cuánto tiempo permaneció la niña mirándome —a mí o al lugar donde me encontraba yo? Me doy cuenta de que he perdido la noción del tiempo. Aquí, a instancias de las necesidades de la mente, el tiempo se expande, o bien se contrae. Pero ella, al final, sin previo aviso, se levanta de la silla y se encamina hacia la puerta con pasos silenciosos. La puerta no se abre. Pero ella desaparece, sin hacer ruido, a través de ella.

Permanezco inmóvil entre las sábanas. Los ojos entreabiertos, inmóvil. *Ella aún puede volver.* Pienso. iNo! Lo que yo quiero es que vuel va. Pero, por más que la espero, no regresa. Levanto la cabeza y miro las agujas fosforescentes del despertador. Son las tres y veinticinco. Salto de la cama y palpo la silla donde ha estado sentada. No queda rastro de calor. Miro encima de la mesa. ¿No habrá dejado tras de sí aunque sólo sea un cabello? No encuentro nada. Me siento en la silla, me froto la mejilla con la palma de la mano y exhalo un largo suspiro.

No puedo dormir. Dejo la habitación a oscuras y me escurro entre las sábanas. Pero no logro conciliar el sueño. Comprendo que la enigmática niña ejerce un extraño poder de atracción sobre mí. Jamás había experimentado nada parecido. Tengo la sensación real de que *algo* que posee un poder salvaje ha brotado en mi corazón, ha echado raíces en él y ahora está creciendo con fuerza. Encerrado en la jaula de mi caja torácica, un corazón ardiente se dilata y se contrae desvinculado de mi voluntad.

Vuelvo a encender la luz y, sentado en la cama, espero a que amanezca. No puedo leer, no puedo escuchar música. *No puedo hacer nada.* Lo único que puedo hacer es quedarme así, aguardando a que llegue la mañana. Una vez que el cielo se ha teñido de una tonalidad lechosa, logro, finalmente, dormir un poco. Por lo visto, he llorado en sueños. Al despertarme, la almohada estaba mojada y fría. Pero no sé por qué razón he vertido esas lágrimas.

A las nueve pasadas llega Óshima acompañado del ronroneo del motor de su Road Star y, juntos, hacemos los preparativos para abrir la biblioteca. Al terminar le preparo un café. Él me enseña cómo hacerlo. Se muele el grano en un molinillo, se calienta el agua en una cafetera especial, de pitón muy estrecho, se deja reposar unos instantes y, a continuación, se va vertiendo el agua muy despacio a través de un filtro. Al café recién hecho Óshima le echa un poco de azúcar. Apenas una pizca, casi como de muestra. Y ni una gota de crema de leche. Es la mejor manera de tomarse el café, me explica. Yo me bebo un té Earl Grey. Óshima lleva una camisa brillante de color marrón de manga corta y unos pantalones de lino blanco. Se limpia los cristales de las gafas con un pañuelo novísimo que se saca del bolsillo y vuelve a mirarme.

- Tienes cara de sueño —me dice.
- He de pedirte un favor —le digo.
- Lo que sea.

Quiero escuchar *Kafka en la orilla del mar.* ¿Hay manera de conseguir el disco?

¿No te va bien el cedé?

A ser posible, preferiría el disco antiguo. Es que quiero oírlo tal como sonaba entonces. Claro que también necesitaré un tocadiscos.

Oshima reflexiona unos instantes apoyando los dedos sobre las sienes.

- Pues, ahora que lo dices, creo que hay uno en el trastero. Aunque no estoy muy seguro de que funcione.

El trastero es un pequeño cuarto que da al aparcamiento con una única ventana que, en realidad, es un tragaluz alto. En el trastero se acumulan, sin orden ni concierto, objetos de diversas épocas que, por una u otra razón, han caído en desuso. Muebles, vajilla, revistas, ropa, cuadros... Tal vez haya algún objeto que posea cierto valor, pero los otros (la mayor parte de ellos, en realidad) no valen nada.

- Un día, alguien tendría que arreglar un poco todo esto, pero no hay nadie que tenga el valor necesario para hacerlo —dice Oshima con voz sombría.

En esta habitación, donde el tiempo se ha detenido, encontramos un viejo equipo de música Sansui. Es un aparato de fabricación muy buena, pero deben de haber transcurrido unos veinticinco años desde que salió al mercado este modelo. Una fina capa de polvo blanco cubre el aparato. Hay auriculares, amplificador, plato giratorio y altavoces. Junto con el aparato encontramos una vieja colección de LP. Los Beatles, los Rolling Stones, los Beach Boys, Simon y Garfunkel, Stevie Wonder... Todo música de los 60. Habrá unos treinta discos. Los saco de la funda. Al parecer, los cuidaron bien, no están rayados. Tampoco están cubiertos de moho.

En el trastero también se ve una guitarra. Como mínimo tiene todas las cuerdas. También hay una pila de revistas antiguas cuyo título no había oído nunca, y también una vieja raqueta. Todo esto parecen las ruinas de un pasado reciente.

- Los discos, la guitarra y la raqueta debían de pertenecer al novio de la señora Saeki —comenta Oshima—. Tal como te dije, él vivía en este edificio. Por lo visto, dejaron todas sus pertenencias aquí. Claro que el estéreo es de una época más reciente.

Llevamos el equipo y la colección de discos a la habitación. Le quitamos el polvo, lo enchufamos, conectamos el plato al amplificador, apretamos el interruptor. Se enciende la luz verde del piloto del amplificador y el plato empieza a girar suavemente. El estroboscopio que marca las revoluciones también vacila unos instantes, pero, pronto, como si hubiera tomado una determinación, se queda fijo. Después de comprobar que la aguja está en, más o menos, buen estado, pongo sobre el plato un disco de vinilo rojo de *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band.* Por los altavoces suena la familiar entrada de guitarra. El sonido es mucho más límpido de lo que esperaba.

- Nuestro país tendrá muchos problemas, pero, al menos, en lo que se refiere a la tecnología merece un respeto —dijo Oshima admirado—. Pensar que suena tan bien un aparato que lleva tanto tiempo fuera de uso. Escuchamos *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band.* Es tan diferente del *Sergeant Pepper's* que había escuchado en disco compacto que diría que es otra música.

Bueno, ya tenemos aparato reproductor. Ahora nos falta el *single* de *Kafka en la orilla del mar*. Y creo que nos va a ser difícil encontrarlo. Hoy en día es una especie de reliquia. Le preguntaré a mi madre. Quizás ella lo tenga. Y, si ella no lo tiene, quizá conozca a alguien que sí lo tenga.

Asiento.

Y Oshima, con el dedo índice levantado como un maestro que llama la atención a un alumno, me dice:

Sólo que, y creo que ya te lo he advertido antes, no quiero que pongas, bajo ningún concepto, este disco cuando se encuentre aquí la señora Saeki. ¿Te ha quedado claro?

Asiento.

Esto es como *Casablanca* —dice Oshima. Y tararea los primeros compases de *As Time Goes by*—. Ésta no la toques.

Oye, Oshima, ¿puedo hacerte una pregunta? —me decido a preguntarle—. ¿Hay alguna niña de unos quince años que venga por aquí a menudo?'

¿*Por aquí* te refieres a la biblioteca?

Asiento. Oshima ladea ligeramente la cabeza y reflexiona sobre ello.

- Que yo sepa, por aquí no hay ninguna niña de unos quince años —responde. Y me clava una mirada como si estuviera atisbando hacia el interior de una habitación a través de la ventana—. ¿Por qué me preguntas una cosa tan rara?

Es que me ha parecido verla últimamente —digo.

- *¿Últimamente? ¿Cuándo?*
- Anoche.

¿Anoche viste por aquí a una niña de unos quince años? —Sí.

- ¿Y cómo era?

Me ruborizo un poco.

- Pues era una niña normal. Con el pelo hasta los hombros. Llevaba un vestido azul.

¿Era bonita?
Asiento.

Tal vez fuera una fantasía erótica —dice Oshima sonriendo—. En este mundo suceden cosas muy extrañas. Y, además, algo así, en un chico de tu edad, sano y heterosexual, tampoco es tan raro.

Me acuerdo de que Oshima me vio desnudo aquel día en la montaña y vuelvo a ruborizarme.

Durante el descanso del mediodía, Oshima me entrega a escondidas un *single* de *Kafka en la orilla del mar* metido en un sobre cuadrado.

- Tal como pensaba, mi madre lo tenía. Y cinco copias más, por añadidura. Es muy cuidadosa con las cosas. Mi madre nunca tira nada. Es una mala costumbre, según como lo mires, pero ahora nos ha ido la mar de bien.
- Gracias —digo.

Regreso a mi habitación y saco el disco del sobre. El disco está sorprendentemente nuevo. Es muy posible que lo hubieran guardado en algún sitio sin escucharlo ni una sola vez. Primero miro la fotografía de la funda. Es una fotografía de la señora Saeki a los diecinueve años. Está sentada ante el piano del estudio de grabación, mirando hacia la cámara. Tiene el codo hincado en el atril, el mentón apoyado en la mano, la cabeza ligeramente ladeada y esboza una sonrisa algo tímida pero natural. Los labios cerrados se extienden hacia los lados con agradable expresión y, en las comisuras, se le dibujan unas finas arrugas llenas de encanto. No parece maquillada. Lleva el flequillo sujeto con un pasador de plástico para que no le caiga sobre la frente. A través del pelo le asoma un poco la oreja derecha. Lleva un vestido suelto, cortito, de color azul claro. En la muñeca izquierda luce un fino brazalete de plata, el único adorno. Tiene los boni tos pies desnudos. Junto a las patas de la banqueta, un par de ligeras sandalias.

Parece el símbolo de algo. Lo que simboliza probablemente sea cierto lugar, cierto momento. O cierta manera de ser. Parece un hada surgida de un feliz encuentro casual. Pensamientos llenos de ingenuidad e inocencia, que jamás serán defraudados, flotan a su alrededor como las esporas en primavera. En la fotografía, el tiempo se ha detenido en un punto. 1969... Mucho antes de nacer yo.

Claro que yo ya sabía desde el principio que la jovencita que me visitó anoche era la señora Saeki. No me cabía la menor duda. Sólo quería asegurarme.

La joven Saeki de diecinueve años tiene unas facciones un poco más adultas. Los contornos del rostro —hilando muy fino— tal vez sean más definidos. Tal vez haya desaparecido aquella ligera sensación de desvalimiento que ofrecía a los quince años. Pero, en líneas generales, es casi idéntica, a los quince y a los diecinueve. La sonrisa de la fotografía es la misma que vi anoche en labios de la niña, también la manera de apoyar la barbilla en la mano y la manera de ladear la cabeza son idénticas. Y, tanto sus facciones como la atmósfera que la envuelve son, cosa natural donde la haya, casi idénticas a las de la señora Saeki del presente. En la señora Saeki actual puedo descubrir la expresión y los gestos de cuando tenía quince y diecinueve años. Sigue poseyendo aquella correcta fisonomía y aquella magia desvinculada de la realidad. Tampoco su figura ha cambiado apenas. Y yo me siento feliz por ello.

Con todo, en la fotografía de la funda del disco se trasluce algo que la señora Saeki actual ha perdido. Y no es más que una especie de fluido de energía. Nada llamativo. Algo puro y natural que se clava directamente en el corazón de las personas, algo incoloro y transparente como un manantial de aguas límpidas que brota escondido entre las rocas. Esta fuerza se materializa en una luz especial que emana de todo el cuerpo de la Saeki de quince años sentada frente al piano. Sólo con contemplar la sonrisa que aflora a sus labios puedes trazar el hermoso camino que seguiría un corazón feliz. Al igual que puedes inmovilizar en el fondo de tus pupilas el rastro de luz que ha dejado una luciérnaga en la oscuridad.

Permanezco unos instantes sentado a los pies de la cama con la funda del disco en la mano. Dejo transcurrir el tiempo sin pensar en nada. Abro los ojos, me acerco a la ventana, lleno los pulmones de aire fresco. El viento huele a mar. Es un viento que atraviesa el bosque de pinos. La que vi anoche en esta habitación es, sin ningún género de dudas, la señora Saeki cuando tenía quince años. La señora Saeki real está viva, por supuesto. Es una mujer de más de cincuenta años que lleva una vida real en un mundo real. Ahora debe de estar trabajando frente a su mesa en una habitación del primer piso. Si saliera de mi cuarto y subiera las escaleras podría verla. Podría hablar con ella. Pero, *a pesar de ello,* lo que yo vi aquí fue su «espectro». «Una persona no puede estar en dos lugares a la vez», me dijo Oshima. Pero hay casos en que sí es posible. Yo lo he comprobado. Una persona puede convertirse en un espectro a pesar de estar viva.

Y existe otro hecho crucial: yo me siento atraído por este espectro. Me siento atraído, no por la señora Saeki que está aquí ahora, sino por la Saeki de quince años que *no está aquí ahora.* Y la atracción es fortísima. Tanto que no logro expresarla con palabras. Y éste sí es un hecho real. Aquella jovencita quizá no sea real. Pero lo que late con violencia dentro de mi pecho, eso sí es mi corazón real. Igual que era real la sangre que empapaba mi pecho aquella noche.

Se acerca la hora de cerrar la biblioteca y la señora Saeki baja. Sus tacones resuenan con el sonido acostumbrado por el hueco de la escalera. Al contemplar su rostro, mi cuerpo se paraliza por completo y

los latidos de mi corazón resuenan con fuerza en mis oídos. Acabo de descubrir en la señora Saeki a la niña de quince años. Duerme acurrucada en un pequeño hoyo, como un animalito hibernando dentro del cuerpo de la señora Saeki. Lo veo.

La señora Saeki me pregunta algo. No logro responder. Ni siquiera he entendido la pregunta. Las palabras han llegado a mis oídos, por supuesto. Han hecho vibrar mis tímpanos, la vibración se ha transmitido al cerebro y se ha traducido en lenguaje. Pero no se ha producido la relación entre palabra y significado. Me desconcierto, me sonrojo, digo algo que no viene a cuento. Oshima le responde por mí. Y yo asiento. La señora Saeki sonríe, se despide de nosotros y se va. Del aparcamiento llega el ruido del motor del Volkswagen Golf El ruido se aleja y, al final, desaparece. Oshima se queda y me ayuda a cerrar la biblioteca.

- ¿Estás enamorado o qué? —pregunta Oshima—. Tienes la cabeza en las nubes.

Como no sé qué responderle, me quedo callado. Y le pregunto a mi vez:

- Oye, Óshima. Voy a hacerte una pregunta muy extraña. ¿Crees que una persona que está viva puede transformarse en un espectro? Óshima deja de ordenar el mostrador y me mira.
- Una pregunta muy interesante. Te refieres al espíritu del hombre en sentido literario, metafórico, supongo. ¿O quieres decir en la realidad? —Más bien en la realidad.
- Esto, dando por supuesto que los espectros existan, claro. —Sí.

Óshima se quita las gafas, se las limpia con un pañuelo y se las vuelve a poner.

A eso lo llaman «espíritus vivos». No sé en la literatura extranjera, pero en la japonesa salen de vez en cuando. El *Genji Monogatari,* por ejemplo, está lleno de espíritus vivos. En la época *Heian,"* o al menos en la mentalidad de la gente de la época *Heian,* era posible que una persona viva se convirtiera en un espectro y se desplazara por el espacio para realizar su misión. ¿Has leído el *Genji Monogatari?*

Sacudo la cabeza.

Léelo. En esta biblioteca hay varias versiones actualizadas. La dama Rokujó, por ejemplo, sentía unos violentos celos por la esposa principal del príncipe Genji, la dama Aoi, y, convertida en un espíritu maligno, la atormentó. Noche tras noche la atacaba en su lecho hasta que acabó con su vida. La dama Aoi esperaba un hijo del príncipe Gen—ji y la noticia despertó el odio de Rokujó. Hikaru Genji reunió a monjes budistas para que, a través de las plegarias, ahuyentaran a aquel espíritu maligno, pero el odio era demasiado intenso y todo fue inútil.

»Pero el punto más interesante del relato es que la dama Rokujó no era consciente de que se había convertido en un espíritu vivo. Cuando despierta atormentada por las pesadillas y descubre que su larga cabellera negra huele a incienso, no entiende por qué, se muestra confusa. Era el olor del incienso que quemaban para rezar por la dama Aoi. Ella, sin saberlo, se había desplazado por el espacio, se había sumergido hasta los más profundos estratos de la consciencia y había viajado, una y otra vez, hasta el lecho de Aoi. Éste es uno de los episodios más siniestros y emocionantes del *Genji Monogatari.*

Cuando Rokujó se entera de lo que ha hecho sin saberlo, se siente horrorizada ante la monstruosidad de su pecado, se corta la cabellera y entra en un convento.

»El mundo fantástico son las tinieblas que hay en el interior de nuestra mente. Antes de que en el siglo XIX Freud y Jung arrojaran luz sobre todo esto con sus análisis del subconsciente, la correlación entre ambas tinieblas era, para la mayoría de personas, un hecho tan obvio que no valía la pena pararse a reflexionar sobre él. Ni siquiera era una metáfora. Y si nos remitimos a épocas anteriores, ni siquiera era una correlación. Hasta que Edison inventó la luz eléctrica, la mayor parte del mundo vivía, literalmente, envuelto en unas tinieblas tan negras como la laca. Y no existía frontera alguna entre las tinieblas físicas del exterior y las tinieblas interiores del alma, ambas se entremezclaban. Más aún, se confundían en una. De esta manera. —Y Óshima aprieta la palma de una mano contra la otra—. En la época en que vivía Murasaki Shikibu, los espíritus vivos eran a la vez un fenómeno fantástico y una disposición del espíritu de lo más normal, algo que estaba allí. Pensar en estas dos clases de oscuridad como algo separado era algo que, probablemente, no pudiera hacer la gente de aquella época. Pero para nosotros, que estamos en el mundo actual, las cosas son distintas. Las tinieblas del mundo exterior han desaparecido, pero las tinieblas de nuestra alma continúan inalteradas. Una gran parte de lo que llamamos yo o consciencia permanece oculta en el reino de las tinieblas, como un iceberg. Esta disociación, en algunos casos, crea en nosotros confusión y grandes contradicciones.

Alrededor de tu cabaña hay una oscuridad casi total.

- Sí, exacto. Allí todavía hay auténticas tinieblas. A veces voy allí sólo para verlas —dice Óshima.

¿La gente se convierte en espíritus vivos impulsada sólo por sentimientos negativos? —pregunto.

- No tengo suficientes elementos de juicio para sacar una conclusión. Pero por lo que yo sé, dentro de mis limitaciones intelectuales, en la mayoría de los casos eso parece. Las pasiones que sienten los hombres son, por lo general, individuales y negativas. Y los espíritus vivos surgen espontáneamente de las pasiones. Por desgracia, no hay una sola persona que se haya convertido en un espíritu vivo en aras de la consecución de la paz entre los hombres o del triunfo de la lógica.

¿Y por amor?
Óshima se sienta en un sillón y reflexiona.

- Es una pregunta dificil. No sabría responderte. Lo único que puedo asegurarte es que no conozco ni un solo caso concreto. En *Cuentos de la lluvia y de la luna** hay una historia llamada «La promesa del crisantemo». ¿Los has leído?
- No.
- Los *Cuentos de la lluvia y de la luna* fueron escritos por Ueda Akinari a finales de la época *Edo,* pero la obra se sitúa en el periodo *Sengoku* En este sentido, Ueda Akinari era un autor de tendencias algo nostálgicas, románticas.

»Dos guerreros se hacen amigos y juran ser hermanos de por vida. Entre samurais, este juramento era muy importante. Hacer esta promesa equivalía a poner la vida en manos del otro, a entregarla gustosamente por el otro de ser necesario. Eso significaba.

»Los dos viven en regiones muy alejadas y sirven a dos señores diferentes. "Cuando el crisantemo esté en flor, iré a visitarte", le anuncia uno al otro. "Te espero", responde el otro. Sin embargo, el samurái que tenía que ir a visitar a su amigo se ve envuelto en problemas en su señorío y es arrestado. No puede salir. Tampoco le está permitido escribir una carta. Pronto acaba el verano, avanza el otoño y llega la estación en que florecen los crisantemos. El samurái no puede cumplir la promesa que le ha hecho a su amigo. Para un samurái, una promesa tiene una importancia capital. La fidelidad tiene más valor que la propia vida. El samurái se suicida abriéndose el vientre y su espíritu recorre una larga distancia para reunirse con su amigo. Ambos, ante las flores del crisantemo, hablan hasta la saciedad, y luego el espíritu desaparece de la faz de la Tierra. Es una historia preciosa.

Pero, para convertirse en espíritu, el samurái tuvo que morir.

Cierto —dice Óshima—. Parece ser que las personas no se convierten en espíritus vivos por sentimientos como la fidelidad, el amor o la amistad. Para ello tienen que morir primero. Quitarse la vida y convertirse en fantasmas. Para pasar a ser un espíritu estando vivo, por lo que sé, siempre es necesario el mal. Un sentimiento negativo. —Reflexiono sobre ello—. Pero es posible que haya algún caso en que una persona se transforme en un espíritu vivo impulsada por un amor constructivo. Yo tampoco he seguido tanto este tema. Quizás exista —dice Oshima—. El amor puede reconstruir el mundo. El amor lo puede todo.

- Oye, Oshima —le pregunto—. ¿Has estado enamorado alguna vez? Oshima se me queda mirando con pasmo.

¡Pero, vamos! ¿Tú de qué te crees que está hecha la gente? No soy ni una estrella de mar, ni un árbol de la pimienta. Soy un ser humano con sangre en las venas. Pues claro que sí. Hasta ahí llego.

- No lo decía en ese sentido —me disculpo enrojeciendo.

Ya lo sé —me dice. Y me sonríe con cariño.

Cuando Oshima se va a su casa, vuelvo a mi habitación, aprieto el interruptor del estéreo y coloco el disco de *Kafka en la orilla del mar* sobre el plato giratorio. Lo pongo a cuarenta y cinco revoluciones, hago descender la aguja. Escucho la canción mientras leo la letra.

Kafka en la orilla del mar Cuando tú estás en el borde del mundo Yo estoy en el cráter de un volcán muerto A la sombra de la puerta Se yerguen las palabras que han perdido sus letras Al dormir, la luna ilumina

las sombras Pececillos caen del cielo Al otro lado de la ventana Hay soldados con el corazón endurecido *(Estribillo)*

Kafka está sentado en una silla a la orilla del mar Pensando en el péndulo que hace oscilar el mundo Cuando el círculo del mundo se cierra La sombra de la esfinge sin destino Se convierte en cuchillo Cuando tú estás en el borde del mundo Yo estoy en el cráter de un volcán muerto A la sombra de la puerta Se yerguen las palabras que han perdido sus letras Al dormir, la luna ilumina las sombras Pececillos caen del cielo Al otro lado de la ventana Hay soldados con el corazón endurecido *(Estribillo)*

Kafka está sentado en una silla a la orilla del mar Pensando en el péndulo que hace oscilar el mundo Cuando el círculo del mundo se cierra La sombra de la esfinge sin destino Se convierte en cuchillo Los dedos de la niña ahogada Buscan la piedra de la entrada Alza las mangas de su vestido azul Y mira a *Kafka en la orilla del mar*

Escucho el disco tres veces seguidas. Me asalta una duda. ¿Cómo pudo convertirse una canción con una letra así en un gran éxito y llegar a vender un millón de copias? La letra, sin llegar a ser difícil de entender, es bastante simbólica, su contenido puede calificarse, incluso, de surrealista. Como mínimo, no es el tipo de letra que la gente se aprende y tararea enseguida. Pero, conforme la escucho, va cobrando un eco familiar. Las palabras van hallando, una a una, su lugar dentro de mi corazón. Es una sensación extraña. Imágenes que trascienden su propio significado se van poniendo en pie, como dibujos recortables, y empiezan a caminar por sí mismas. Como cuando estás inmerso profundamente en un sueño.

Ante todo, la melodía es maravillosa. Una música hermosa, carente de artificios. Pero, a la vez, nada convencional. Y la voz de la señora Saeki se sume en ella con naturalidad. Comparada con una cantante profesional, le falta potencia vocal, y técnica. Pero su voz va lavando la mente con suavidad como la lluvia de primavera humedece las piedras planas de un camino en un jardín. Primero, ella cantaba y tocaba el piano y, luego, le añadieron un pequeño acompañamiento de cuerda y oboe. Es muy posible que influyeran cuestiones de presupuesto, pero los arreglos son muy sobrios, incluso para la época. Sin embargo, esta falta de artificiosidad consigue un efecto muy natural.

Luego, en el estribillo aparecen dos acordes muy extraños. El resto de acordes son normales y corrientes, sin particularidad alguna, sólo éstos dos son inesperados y distintos. No son de los que, al poco de escuchar la melodía, ya sabes cómo están hechos. Pero yo, al escucharlos por primera vez, me siento confuso por un instante. Exagerando un poco, diría que me siento traicionado. La heterogeneidad inesperada de aquellos sonidos me agita, me provoca desazón. Como cuando se filtra de un modo inesperado una corriente de aire frío por una rendija. Pero el estribillo acaba, vuelve la hermosa melodía y yo me siento transportado de nuevo a un mundo de armonía y de intimidad. La corriente de aire deja de soplar. Finalmente, la letra acaba, el piano teclea la nota final, las cuerdas desgranan los últimos [a]cordes y el oboe concluye la canción dejando una ligera reverberación en el aire.

Conforme la escucho, voy entendiendo, más o menos, por qué esta canción gustó a tanta gente. Porque era la *combinación* franca y dulce de un corazón desinteresado y, a la vez, lleno de talento natural. Una combinación tan acertada que casi podía calificarse de "milagrosa». Una tímida jovencita de diecinueve años de una ciudad de pro. vincias escribe un poema pensando en su novio que está muy lejos, se sienta al piano, le pone música y la canta sin presunción alguna. Ella ha compuesto la música para sí misma, no para que la escuchen los demás. Para caldear, aunque sólo sea un poco, su corazón. Y esta inocencia va asestando a los corazones golpes silenciosos pero certeros.

Me preparo una cena sencilla con lo que encuentro en la nevera. Luego vuelvo a poner el disco de *Kafka en la orilla del mar* en el plato. Sentado en la silla, cierro los ojos y me represento la imagen de la señora Saeki, cuando tenía diecinueve años, en el estudio de grabación, tocando el piano y cantando la canción. Pienso en los dulces sentimientos que debían de embargarla. Y cómo éstos se vieron interrumpidos de modo inesperado por una violencia gratuita.

La canción acaba, la aguja asciende y el brazo vuelve a su sitio.

La señora Saeki debió de escribir la letra de la canción en este cuarto. A medida que voy escuchando el disco una y otra vez me convenzo de ello. Y *Kafka en la orilla del mar es el muchacho que está retratado en la pintura al óleo que está colgada en la pared.* Me siento en la silla, hinco el codo sobre la mesa tal como lo hizo ella anoche y, desde el mismo ángulo, me pongo a observar. Ante mis ojos está el cuadro. No hay duda. La señora Saeki escribió la letra de *Kafka en la orilla del mar* en esta habitación, mirando el cuadro y pensando en el muchacho. Posiblemente a altas horas de la noche, cuando las tinieblas son más profundas.

Me planto ante el cuadro, lo contemplo desde muy cerca. El muchacho mira a lo lejos. Sus ojos rebosan de una misteriosa profundidad. En un punto del cielo que él contempla flotan algunas nubes de contornos definidos. Según cómo lo mires, la nube más grande re cuerda a una esfinge acurrucada. *Esfinge*... rebusco en mi memoria... ¿*No* era la esfinge el enemigo que Edipo derrotó? Edipo resolvió el enigma que la esfinge le había planteado. Cuando ella comprendió que había perdido, se suicidó arrojándose por un barranco. Y Edipo consiguió, de esta forma, el trono de Tebas y se casó con su propia madre.

Con respecto al nombre de Kafka... Deduzco que la señora Saeki debió de relacionar el aura de enigmática soledad que envuelve al muchacho del cuadro con el mundo kafkiano. Por eso lo llamó *Kafka en la orilla del mar*. Un alma solitaria errando por la orilla donde rompen las olas del absurdo. Quizás eso explique el título de la canción.

Y no sólo es el nombre de Kafka y lo de la esfinge, voy descubriendo otras coincidencias entre la situación en la que yo me encuentro y algunos de los versos de la canción. El trozo que dice: «Pececillos que caen del cielo» puede aplicarse, tal cual, a la lluvia de sardinas y caballas sobre el barrio comercial del distrito de Nakano. Y el trozo que dice: «La sombra se convierte en cuchillo y atraviesa tus sueños» puede referirse al asesinato de mi padre a cuchilladas. Anoto la letra de la canción, línea a línea, en un cuaderno y la releo una vez tras otra. Subrayo con lápiz los trozos que me llaman la atención. Pero es demasiado críptica y acabo sintiéndome completamente desconcertado.

«A la sombra de la puerta / Se yerguen las palabras que han perdido sus letras»

«Al otro lado de la ventana / Hay soldados con el corazón endurecido»

"Los dedos de la niña ahogada / Buscan la piedra de la entrada»

¿Qué significado pueden tener estas líneas? O no se trata más que de una simple coincidencia con visos de ser algo más. Me acerco a la ventana y contemplo el jardín. Una tenue oscuridad empieza a caer sobre el exterior. Me siento en un sofá de la sala de lectura y abro la versión actualizada que hizo Tanizaki del *Genji Monogatari.* A las diez me meto en la cama, apago la luz de la lamparilla, cierro los ojos. Y espero que la señora Saeki, la de quince años, *regrese* a la habitación.

24

Eran ya alrededor de las ocho de la noche cuando el autocar de Kóbe se detuvo delante de la estación de Tokushima.

- i Bueno! ¡Ya estamos en Shikoku!
- Sí. El puente es magnífico. Nakata nunca había visto un puente tan grande —dijo Nakata.

Ambos se apearon del autocar, se sentaron en un banco del parque y permanecieron allí unos instantes contemplando las vistas.

¿Has tenido ya alguna especie de revelación de adónde tenemos que ir ahora? —preguntó el joven.

- No. Nakata sigue sin saber nada.

¡Pues sí que estamos apañados!
Nakata permaneció largo tiempo acariciándose la cabeza con la palma de la mano, como si reflexionara.
Señor Hoshino —dijo.
¿Qué?

- Lo siento muchísimo, pero querría dormir. Tengo muchísimo sueño. Tanto que me parece que voy a quedarme dormido aquí mismo.

¡Eh! Espera un poco, hombre —saltó el joven precipitadamente—. Me vas a poner en un aprieto. Aguántate un poco, que enseguida te encuentro alojamiento.

Sí. Nakata intentará aguantar un poco más sin dormirse. —Oye, ¿y comer qué?

No necesito tomar nada. Sólo quiero dormir.

El joven Hoshino buscó deprisa y corriendo una oficina de turismo, encontró una habitación con desayuno incluido, no muy cara, en un ryokan y telefoneó para ver si había habitaciones libres. Como el *iyokañ quedaba* un poco lejos de la estación, se dirigieron allí en taxi. En cuanto entraron en el cuarto, la camarera le extendió el futón sobre el tatami. Nakata se desnudó, se escurrió dentro sin bañarse siquiera y, un instante después, ya dejaba oír la acompasada respiración del sueño.

Nakata cree que dormirá mucho, así que no se preocupe usted. Sólo dormiré —dijo Nakata antes de sumirse en el sueño.

Vale, yo no te molestaré. Duerme tanto como quieras —repuso el joven, pero Nakata ya estaba inmerso en un profundo sueño.

Hoshino se bañó con calma y luego salió solo. Tras vagar un rato por los alrededores para ver el ambiente de la ciudad entró en una *sushi—ya,* se tomó una cerveza y cenó. El joven no era un gran bebedor y, tras acabarse una botella de medio litro de cerveza ya estaba achispado y con las mejillas enrojecidas. Luego se metió en un *pachinko,* jugó alrededor de una hora y se gastó unos tres mil yenes. Llevaba puesta la gorra de los Chúnichi Dragons, por lo que mucha gente lo miraba con curiosidad. «Debo de ser el único que anda por ahí con la gorra de los Chúnichi Dragons», se dijo a sí mismo.

Al volver al *ryokan* encontró a Nakata profundamente dormido, en la misma posición en que lo había dejado. La luz de la habitación estaba encendida, pero eso no parecía afectar en lo más mínimo al durmiente. «¡ Qué feliz es el tipo este!», pensó. Se quitó la gorra de la cabeza, la camisa hawaiana, los tejanos y se metió en el futón sólo con la ropa interior. Apagó la luz. Pero, quizá debido a la excitación del viaje, no consiguió dormirse. «iUff! ¡Ojalá me hubiera agenciado una puta para echar un clavo!», pensó. Pero conforme iba escuchando la acompasada respiración del sueño de Nakata, empezó a parecerle algo terriblemente impropio sentir deseo sexual. Ni él mismo sabía por qué se sintió avergonzado de haber querido ir de putas.

Mientras contemplaba desvelado el negro techo de la habitación, empezó a abrigar dudas acerca de sí mismo por hallarse en un ryokan de la ciudad de Tokushima compartiendo habitación con un viejo extraño que ni sabía de dónde venía. En principio, aquella noche él tendría que haber estado conduciendo, con un servicio, de vuelta a Toldo. En ese preciso instante debería encontrarse a la altura de Nagoya. A él no le disgustaba su trabajo, y en Tokio, sólo con hacer un par de llamadas, podría haber quedado con unas amigas.

En cambio, después de entregar la mercancía en los grandes almacenes, casi por un impulso se había puesto en contacto con un compañero de trabajo que estaba en Kóbe y le había pedido que lo sustituyera aquella noche en el viaje de vuelta a Tokio. Había llamado a la compañía, había exigido que le dieran tres días de fiesta y se había ido con Nakata, sin más, a Shikoku. Llevándose sólo una pequeña bolsa con una muda de ropa y objetos de aseo.

Al principio, Hoshino había sentido interés por Nakata porque tanto en el aspecto físico como en la manera de hablar le había recordado a su *abuelito* muerto. Pero, poco después, esa impresión se desvaneció y fue la propia personalidad de Nakata la que empezó a atraer al joven. Nakata hablaba de una manera muy extraña y lo que decía era más raro todavía. Pero esa rareza poseía algo que cautivaba el corazón de las personas. Y Hoshino se encontró a sí mismo interesándose por el lugar adonde iría y por lo que haría Nakata a continuación.

Hoshino había nacido en una familia campesina, era el tercero de cinco hermanos, todos varones. Hasta acabar la enseñanza media, se había portado más o menos bien, pero después, en la Escuela de Formación Profesional, empezó a frecuentar malas compañías y a hacer salvajadas. Incluso la policía lo detuvo en varias ocasiones. Consiguió graduarse, mas luego, sin un trabajo decente y, por añadidura, metido en líos con una mujer, no tuvo más remedio que enrolarse en las Fuerzas Armadas de Autodefensa. Lo que él quería de verdad era conducir un tanque, pero como no logró sacarse la licencia mientras estuvo en el ejército, se dedicó principalmente a conducir vehículos de transporte pesado. A los tres años dejó el Ejército y encontró trabajo en una empresa de transporte. Y ya hacía seis años que conducía camiones de transporte de mercancías de largo recorrido.

Conducir camiones iba mucho con su carácter. Las máquinas le gustaban y, por otro lado, cuando se sentaba en el asiento del conductor y agarraba el volante, se sentía como un señor parapetado en su castillo. Claro que el trabajo era duro. Nunca sabía cuántas horas tendría que estarse pegado al asiento, pero él jamás hubiese podido soportar trabajar en una oficina miserable, desempeñando un trabajo miserable, controlado por un jefe miserable.

Había sido pendenciero toda su vida. Como era pequeño y delgaducho no parecía que fuera a tener mucha fuerza, pero la tenía. Además, una vez que se enfadaba ya no tenía freno, ponía unos ojos de loco que, por lo general, amedrentaban a sus contrincantes. Tanto en el ejército como después de empezar a trabajar como camionero había tenido broncas con frecuencia. Y no hace falta decir que algunas veces había ganado y que otras había perdido. Pero tanto en unas ocasiones como en otras, las peleas no *le* habían llevado a ningún sitio. Eso lo había comprendido recientemente. Y él mismo se admiraba de no haber salido peor parado.

En su salvaje e indómita época de estudiante, cuando tenía problemas con la policía siempre era su abuelito quien lo iba a buscar. Su abuelo se inclinaba ante la policía, asumía la responsabilidad. A la vuelta lo llevaba a un restaurante a hacer una buena comida. Ni siquiera entonces lo sermoneaba. Los padres jamás habían dado un solo paso por su hijo. Eran pobres y bastante tenían con asegurarse el sustento. No les sobraba tiempo para perderlo con su descarriado tercer hijo. «De no ser por el abuelito, ¿qué diablos habría sido de mí?», se preguntaba a veces. Su abuelo, como mínimo, se acordaba de que exis. tía, se preocupaba por él. No obstante, él jamás le había dado las gracias. No había sabido cómo hacerlo y, además, en aquella época tenia toda la atención puesta en su propia supervivencia. Poco después de su ingreso en el Ejército, su abuelo enfermó de cáncer y murió. Al final chocheaba, ni siquiera lo reconocía. Después de la muerte de su abuelo, ya no regresó a casa.

Cuando Hoshino se despertó, a las ocho de la mañana del día siguiente, Nakata aún seguía profundamente dormido, sin cambiar de postura. Tanto la potencia como el ritmo de su respiración eran también los mismos de la víspera. El joven bajó y desayunó con otros huéspedes en una amplia sala. Un desayuno sencillo, pero se podía tomar tanto *misoshiru* y arroz hervido como se quisiera.

¿Su acompañante no desayuna? —preguntó la camarera.

Todavía duerme. No parece que vaya a comer nada. Me sabe mal, pero, de momento, deja el fotón tal como está —dijo el joven.

A mediodía, Nakata todavía seguía durmiendo, por lo que el joven tuvo que alargar la estancia en el *iyokan* una noche más. Luego salió, entró en una *soba—ya* y se comió un *oyakodon.* Después dio un paseo por los alrededores, entró en una cafetería, se tomó un café, fumó unos cigarrillos y leyó unos cuantos *manga.*

Al volver al *iyokan,* Nakata aún dormía. Ya eran cerca de las dos de la tarde. Preocupado, el joven le puso una mano sobre la frente.

No parecía haber nada anormal. La frente no estaba ni caliente ni fría. La respiración seguía siendo pausada y regular, las mejillas mostraban un saludable color sonrosado. No parecía encontrarse mal. Sólo que continuaba durmiendo. Sin haberse dado la vuelta siquiera una vez.

- ¿No habrá problema con que duerma tanto? ¿No estará enfermo? —preguntó preocupada la camarera que había entrado en la habitación.
- Estaba muy cansado —comentó Hoshino—. Dejémosle dormir tanto como quiera.
- Sí, claro. Pero es la primera vez que veo a alguien dormir tanto tiempo.

A la hora de la cena, Nakata seguía durmiendo. El joven salió, entró en una *karee ya*, se comió una gran ración de carne con curry y una ensalada. Fue al mismo *pachinko* que la víspera y volvió a jugar durante una hora. Pero, esta vez, por menos de mil yenes consiguió llevarse dos cartones de Marlboro. Eran ya las nueve y media de la noche cuando volvió al *iyokan* con los cartones de tabaco. Y, cosa sorprendente, Nakata seguía durmiendo.

El joven calculó el tiempo. Nakata llevaba durmiendo más de veinticuatro horas. Le había dicho que no se preocupara aunque durmiera mucho, pero aquello era demasiado. Sintió inquietud, algo infrecuente en él. ¿Qué diablos debía hacer si Nakata no se despertaba?

¡Me rindo! —exclamó sacudiendo la cabeza.

Sin embargo, cuando al día siguiente, a las siete de la mañana, el joven se despertó, Nakata ya estaba en pie, mirando por la ventana.

¡Eh, abuelo! iPor fin te has despertado! —dijo el joven con alivio.

Sí. Me he despertado hace poco. No sé cuánto tiempo, pero tengo la impresión de que Nakata ha dormido mucho. Me siento como si hubiera vuelto a nacer.

Mucho es decir poco. Has dormido desde poco después de las nueve de la noche de anteayer. O sea, unas treinta y cuatro horas seguidas. Vamos, como la Bella Durmiente.

- Sí. Nakata tiene apetito.
- iPués claro! Como que llevas casi dos días sin comer.

Los dos bajaron a la amplia sala debajo de la planta baja y desayunaron. Nakata comió tanto arroz que la camarera no salía de su asombro.

Este hombre duerme mucho, pero, a la que se despierta, no para de engullir. Ha comido para dos días —dijo.
Sí. Nakata tiene que comer mucho.
Usted goza de muy buena salud, ¿verdad?

Sí. Nakata no sabe leer, pero no tiene una sola caries y nunca *ha* necesitado gafas. Tampoco ha ido jamás al médico. No le duele la espalda y caga, como es debido, todas las mañanas.

¿Ah, sí? Pues no es poco —dijo la camarera impresionada—. ¿Y qué harán hoy durante todo el día?

Nos dirigiremos al oeste —respondió Nakata resueltamente.

¿Ah, sí? ¿Van al oeste? —preguntó la camarera—. Pues, desde aquí..., eso será hacia Takamatsu, ¿no?

Nakata es tonto y no sabe geografía.

¡Bueno! Pues de momento nos vamos a Takamatsu, ¿verdad, abuelo? —dijo Hoshino—. Y luego ya veremos.

Sí. De momento nos vamos a Takamatsu. Y luego ya veremos.

Vuestro viaje es muy original, ¿verdad? —dijo la camarera. —Pues la verdad es que sí —admitió el joven.

Al volver a la habitación, Nakata se fue enseguida al lavabo. Mientras tanto, Hoshino se tumbó sobre el tatami boca abajo *en yukata*, y estuvo mirando las noticias de la televisión. No había nada interesante. Nada nuevo sobre el caso del famoso escultor apuñalado en el distrito de Nakano. No había testigos, no habían dejado huellas, y tampoco pistas. La policía buscaba al hijo de la víctima, de quince años de edad, que había desaparecido poco antes del crimen.

«¡Jo! ¡Otro angelito de quince años!», pensó Hoshino. ¿Por qué últimamente siempre eran críos de quince años los que perpetraban esos crímenes atroces? Cuando él tenía quince años, robó una moto de un aparcamiento y se montó en ella sin licencia de conducir, así que no tenía derecho a criticar. «i Claro que no es lo mismo coger una moto sin permiso que matar a tu padre!», se dijo. «Por cierto, debió de ser cuestión de suerte que yo no acabara rajando al mío. ¡No había día que no me moliera a palos!»

Justo acababan de dar las noticias cuando Nakata volvió del lavabo.

- Oiga, señor Hoshino. ¿Puedo hacerle una pregunta?
- ¿Cuál?
- Señor Hoshino, ¿a usted no le dolerá la espalda, por casualidad?
- iPues claro que me duelen los riñones! Hace años que soy conductor. No hay un solo tío que conduzca largas distancias al que no le duelan los riñones. Como no hay ningún lanzador de béisbol al que no le duelan los hombros —dijo el joven—. ¿Por qué me preguntas eso ahora?
- Porque a Nakata, al verle la espalda, le ha dado esa impresión.
- ¿Ah, sí?
- ¿Puedo tocársela un momento?
- Haz lo que quieras.

Nakata se puso a horcajadas sobre Hoshino, que seguía tumbado de bruces. Le posó ambas manos sobre las vértebras de la zona de la cintura y se quedó inmóvil. Mientras tanto, el joven miraba un programa de chismorreos sobre el mundo del espectáculo. Una actriz muy famosa se había comprometido en matrimonio con un joven escritor que no lo era tanto. No es que a Hoshino le interesase de forma especial la noticia, pero no daban nada mejor. Los ingresos de ella eran diez veces superiores a los de él. El novelista no era especialmente guapo, tampoco parecía particularmente inteligente. Hoshino sacudió la cabeza.

¡Jo! Eso no puede funcionar. Seguro que hay algún malentendido.

Señor Hoshino. Tiene usted la columna un poco desviada.

Durante años he llevado una vida torcida. No me extraña que mi espalda también lo esté —dijo el joven bostezando.

- Si lo deja así, las consecuencias pueden ser graves.
- ¿Ah, sí?
- Puede tener dolores de cabeza, lumbago, no cagar bien. —iJo! i Qué palo!
- Dolerá un poco. ¿Le importa?
- Me da igual.
- A decir verdad, le dolerá *bastante.*
- Mira, abuelo. A mí, desde que nací, me han atizado de lo lin do. En casa, en la escuela, en el ejército. Y aquí estoy. No es que vaya a fardar de ello, pero se pueden contar con los dedos de una mano los días en que no me han zurrado. Y, ahora, tanto me dan el dolor, el calor, el picor, las cosquillas, lo dulce o lo salado. Así que, tú mismo.

Nakata entornó los ojos, se concentró y comprobó con extremo cuidado que sus dos pulgares estuvieran colocados en el lugar exacto de la espalda de Hoshino. Cuando halló el punto justo, primero fue incrementando poco a poco, muy despacio, la presión de los dedos, inspeccionando el terreno. De pronto tomó una bocanada de aire, lanzó un gritito, como el de un pájaro de invierno, hizo acopio de todas sus fuerzas y le clavó los dedos entre el hueso y el músculo. El dolor que experimentó el joven fue espantoso, más allá de toda lógica. Un enorme relámpago le atravesó la cabeza, la mente se le quedó en blanco. Se sintió como si lo hubiesen arrojado, de golpe, desde lo alto de una torre a las profundidades del infierno. Ni siquiera pudo soltar un alarido. Tan intenso era el dolor que no podía ni pensar. Todas las ideas se le calcinaron y desaparecieron, todas sus sensaciones quedaron condensadas en el dolor. Tuvo la impresión de que su cuerpo había sido despedazado. Ni siquiera la muerte debía de ser tan atroz. No podía abrir los ojos. Se quedó de bruces contra el tatami, tal como estaba, incapaz de hacer un solo movimiento,

babeando. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Hoshino permaneció en esa lamentable situación durante casi treinta segundos.

Luego, finalmente, el joven aspiró una bocanada de aire, hincó los codos sobre el tatami y se incorporó tambaleante. El tatami oscilaba de una manera funesta, como el mar antes de una tormenta.

- Le ha dolido, ¿verdad?

El joven, como si intentara comprobar que seguía con vida, sacudió varias veces la cabeza, despacio.

- Eso no es dolor. Eso es como si te despellejaran vivo, te clavaran en una broqueta, te molieran y, luego, te soltaran por encima al galope un rebaño de vacas cabreadas. ¿Pero qué diablos me has hecho?
- He vuelto a colocarle el hueso en su sitio. Probablemente, a partir de ahora, todo vaya bien. Ya no le dolerá la cabeza. Y podrá cagar sin problemas.

En efecto, cuando el intenso dolor remitió, como si se retirara la marea, el joven se dio cuenta de que sentía una inusual ligereza en la zona de la cintura. Aquel dolor sordo y pesado de siempre había desaparecido. Notaba, además, una claridad nueva alrededor de las sienes. Su respiración era más pausada. Incluso le entraron ganas de hacer de vientre.

- Jo, pues sí! Parece que, por aquí y por allá, todo anda mejor.
- Sí. Todo era culpa de un hueso de la cintura —dijo Nakata. —Pero ha dolido mucho, i eh! —suspiró Hoshino.

Cogieron un tren expreso en la estación de Tokushima y se dirigieron a Takamatsu. Tanto el alojamiento como el billete del tren los pagó el joven Hoshino de su propio bolsillo. Nakata insistió en pagar él, pero el joven no quiso ni escucharlo.

- Mira, de momento, pago yo. Y luego ya pasaremos cuentas. No me gusta eso de que los hombres adultos vayan pagando a medias. Sí. Nakata no se aclara mucho con el dinero, así que lo dejo en sus manos, señor Hoshino —dijo Nakata.
- Pero escucha, gracias a tu *shiatsu* me siento muchísimo mejor.

Déjame que te pague algo al menos. Hace mucho tiempo que no me encontraba tan bien. Me siento un hombre nuevo.

- Esto es fantástico. El *shiatsu* no sé muy bien qué es, pero los huesos son algo muy importante.
- *Shiatsu*, o recolocación de las vértebras, o quiropráctica, no sé cómo llamarle. Lo que sí sé es que tienes muchísimo talento. Si te dedicaras a eso, te forrarías. Te lo garantizo. Sólo con que te enviara a mis amigos camioneros ya harías una pequeña fortuna.
- Al mirar la espalda, Nakata se ha dado cuenta de que el hueso estaba desviado. Y lo ha puesto otra vez en su sitio. He hecho muebles durante mucho tiempo y, cuando veo algo torcido, me entran ganas de ponerlo recto. Soy así desde siempre. Pero es la primera vez que enderezo huesos.

Pues eso es talento natural —dijo el joven admirado.
Antes podía hablar con los gatos.
¡Caray!
Pero hace poco, de repente, dejé de poder. Posiblemente, fuera culpa de Johnnie Walken.

- Ya.
- Tal como usted sabe, Nakata no es inteligente, así que no entiende de cosas difíciles. Pero, últimamente, pasan cosas difíciles. Por ejemplo, llueven peces y sanguijuelas del cielo.

Ya.

De todas formas, me alegro mucho de que haya mejorado su espalda, señor Hoshino. Si usted se siente bien, Nakata se siente bien.

Yo también me alegro mucho.
¡Oh! Muy bien.

- Pero eso del otro día..., lo de las sanguijuelas del área de servicio de Fujigawa...

Sí, Nakata también se acuerda de lo de las sanguijuelas.
¿No tendrá por casualidad algo que ver contigo?
Nakata se quedó reflexionando unos instantes, cosa que muy pocas veces hacía.

Eso Nakata tampoco lo sabe. Pero cuando Nakata abrió el paraguas, cayeron muchas sanguijuelas del cielo.

Ya.

Se mire como se mire, es malo matar a alguien —dijo Nakata. Y asintió con un categórico movimiento de cabeza.

Pues claro. Matar a alguien es malo —convino el joven.
Sí —asintió Nakata con otro categórico movimiento de cabeza.

Se apearon en la estación de Takamatsu. Entraron en una *udon—ya* que había delante de la estación y cada uno se tomó un bol de *udon* para almorzar. Por la ventana se veían varias grúas grandes en el puerto. En las grúas había posadas muchas golondrinas. Nakata se comió los fideos saboreándolos equitativamente, uno tras otro.

Estos *udon* están buenísimos —dijo Nakata.

¡Qué bien! —exclamó Hoshino—. ¿Qué tal, pues? ¿Te parece bien este sitio?

Sí, señor Hoshino. Está bien. Nakata tiene esa impresión. —O sea, que es el lugar correcto. ¿Y qué haremos ahora?

Debemos encontrar la piedra de la entrada.
¿La piedra de la entrada?
Sí.

¡Caray! —dijo el joven—. Seguro que es una historia muy larga. Nakata inclinó el bol y se bebió hasta la última gota del caldo de los fideos.

- Sí, es una historia muy larga. Pero es demasiado larga y Nakata no la conoce bien. Aunque creo que, una vez vayamos allí, lo sabremos.

Como siempre. Una vez vayamos, lo sabremos.

- Sí. Exactamente.
- y antes de ir no sabremos nada.
- Sí. Antes de ir, Nakata tampoco sabe nada.
- ¡En fin! i Qué más da! Las historias largas no me van. Total, que ahora tenemos que encontrar la *piedra de la entrada.*
- Sí. Exactamente.
- ¿Y dónde está?
- Nakata tampoco tiene ni idea.
- i No sé por qué pregunto! —dijo el joven sacudiendo la cabeza.

25

Duermo un rato, me despierto, vuelvo a dormirme, me despierto de nuevo. Esto se repite una y otra vez. Quiero sorprenderla en el instante en que aparezca. A la que me doy cuenta, la jovencita ya está sentada en la misma silla de anoche. Las agujas fosforescentes del reloj, en la cabecera de la cama, señalan poco más de las tres. Las cortinas, que estoy seguro de haber corrido antes de acostarme, han sido descorridas en algún instante. Como anoche. Pero hoy no hay luna. Ésta es la única diferencia. Gruesos nubarrones cubren el cielo, incluso es posible que esté lloviznando. En la habitación reina una oscuridad mucho más profunda que anoche, matizada solamente por las luces del jardín que, desde lo lejos, llegan a través de los árboles. Pasa cierto tiempo hasta que mis ojos se acostumbran a la oscuridad.

La jovencita está con el codo hincado en la mesa, la barbilla apoyada en la palma de la mano, mirando el óleo de la pared. El vestido que lleva también es el mismo que la víspera. Debido a la oscuridad de la habitación no logro distinguir sus facciones por mucho que fije la vista. Pero, por el contrario, los contornos del rostro y del cuerpo destacan en las tinieblas, llenos de volumen, con una nitidez asombrosa. La que está ahí es, sin duda alguna, la señora Saeki cuando era joven.

Parece hallarse sumida en profundas reflexiones. O tal vez sólo esté en medio de un largo y profundo sueño. No, quizás ella *sea*, en sí misma, el largo y profundo sueño de la señora Saeki. En todo caso, permanezco inmóvil, conteniendo el aliento, para no romper el equilibrio de la escena. No hago un solo movimiento. Únicamente lanzo de vez en cuando una mirada al reloj para comprobar la hora. El tiempo va transcurriendo despacio, aunque uniforme y certero.

De repente, sin previo aviso, el corazón me empieza a latir desacompasado. Con un latido duro y seco, como si alguien estuviera golpeando la puerta sin cesar. Y este sonido, dueño de una especie de determinación, resuena con fuerza en la silenciosa estancia durante madrugada. La persona más asustada por el ruido soy yo mismo y punto estoy de saltar temerariamente de la cama.

La negra silueta de la niña oscila un poco. Levanta la cabeza, aguza el oído en las tinieblas. Los latidos de mi corazón han llegado sus oídos. Ladea un poco la cabeza, como un animal del bosque que, concentra toda su atención en un ruido extraño. Luego se vuelve hacia mi cama. Pero mi figura no se reflejará en sus pupilas. Lo sé. Porque yo no formo parte de su sueño. Ella y yo pertenecemos a dos mundos distintos, separados por una línea divisoria.

Poco después, los furiosos latidos de mi corazón remiten tan deprisa como se han desbocado. El ritmo de mi respiración vuelve a la normalidad. Me hago invisible de nuevo. Y la jovencita deja de aguzar el oído. Vuelve a dirigir la mirada a *Kafka en la orilla del mar*. Con el codo hincado en la mesa, su corazón vuela hacia el muchacho en el verano del cuadro.

Tras permanecer unos veinte minutos en la misma posición, la hermosa niña desaparece. Como anoche, se levanta descalza de la silla, se encamina en silencio hacia la puerta y, sin abrirla, desaparece al trasponerla. Dejo pasar un rato, me incorporo, salto de la cama. Sin encender la luz, rodeado de tinieblas, me siento en la silla donde estaba sentada la niña. Poso ambas manos sobre la mesa, me sumerjo en la resonancia que ha dejado en la habitación. Cierro los ojos, capto el temblor que allí queda del corazón de la niña y lo hago mío. Permanezco con los ojos cerrados.

Al menos, aquella jovencita y yo tenemos algo en común. Caigo en la cuenta. Sí, es cierto. Los dos estamos enamorados de alguien que ya no está en este mundo.

Poco después me duermo. Mi sueño es inestable. Mi cuerpo reclama un sueño profundo, mi mente se lo niega. Y yo oscilo entre ambos como un péndulo. Al acercarse el alba, los pájaros del jardín empiezan su frenética actividad y sus trinos acaban por despejarme del todo.

Me pongo unos tejanos, una camisa de manga larga sobre la camiseta y salgo afuera. Son poco más de las cinco de la mañana, todavía no hay nadie por los alrededores. Atravieso la hilera de casas antiguas, el bosque de protección contra el viento, cruzo el rompeolas, salgo a la playa. El viento apenas me acaricia la piel. El cielo está cubierto por una capa uniforme de nubes grises, pero no parece que vaya a llover. Una mañana silenciosa. Las nubes absorben los diversos ruidos de la superficie de la tierra.

Mientras camino por el paseo que bordea la costa, me pregunto si aquel muchacho recorrería el mismo camino que yo, si más adelante sacaría la silla de lona y se sentaría en algún punto de la playa. Sin embargo, no puedo precisar dónde. En el fondo del cuadro sólo aparecen la arena, el horizonte, el cielo y las nubes. Y una isla. Pero islas hay varias, no logro recordar con exactitud qué forma tenía la del cuadro. Me siento en la arena, miro hacia el mar y trazo con el dedo, a mi capricho, un marco. Coloco dentro del marco la figura del muchacho sentado. Y un cielo sin viento, una golondrina que lo cruza sin decisión. Y pequeñas olas que rompen en la playa a intervalos regulares, que dibujan suaves curvas en la arena y se retiran dejando un pequeño rastro de espuma.

Me doy cuenta de que tengo celos del muchacho.

- Tienes celos del chico del cuadro —cuchichea el joven llamado Cuervo.

Tienes celos de un desgraciado muchacho que apenas había cumplido los veinte años –y de eso, encima, han pasado treinta años–, lo asesinaron de una forma absurda, confundiéndolo con otra persona. Unos celos tan violentos que te quitan la respiración. Es la primera vez que envidias a alguien. Ahora, por fin, has comprendido qué son los celos. Y ahora abrasan tu corazón como el fuego en el campo.

Jamás en la vida habías envidiado a nadie, jamás habías querido ser otra persona. Pero tú, ahora, envidias con todas tus fuerzas a ese muchacho. Si te fuera posible, te cambiarías por él. Aunque supieras que a los veinte años ibas a ser torturado, golpeado hasta la muerte con una tubería de hierro. Ni siquiera así te importaría. Serías él y, de los quince a los veinte años, amarías sin reservas a la señora Saeki de carne y hueso, y tú, a tu vez, serías amado sin reservas por ella. Te unirías a ella libremente, haríais el amor una y otra vez. Tus dedos recorrerían cada rincón de su cuerpo, los suyos recorrerían cada rincón del tuyo. E, incluso después de muerto, vuestro amor seguiría vivo en su corazón como una historia, como una imagen. Y tú serías amado por ella noche tras noche en sus recuerdos.

Sí, te encuentras en una situación muy curiosa. Tú te has enamorado de una muchacha que ya no existe, estás celoso de un muchacho que ya ha muerto. Con todo, estos sentimientos son los más reales que has experimentado en toda tu vida, y los más dolorosos. Y no hay salida. No hay posibilidad alguna de hallar una salida. Estás perdido en el laberinto del tiempo. Y el problema más grave es que tú no tienes ganas en absoluto de encontrar la salida. ¿Me equivoco?

Ôshima llega más tarde que ayer. Antes de que lo haga he pasado la aspiradora por la planta baja y por el primer piso, he fregado las mesas y las sillas, he abierto las ventanas y las he limpiado, he hecho la limpieza de los lavabos, he vaciado las papeleras, he cambiado el agua de los jarrones. He encendido las luces, conectado los ordenadores. Sólo falta abrir la puerta. Oshima lo inspecciona todo, una cosa tras otra, y asiente satisfecho.

- Aprendes enseguida. Y, además, trabajas rápido.

Caliento agua y le preparo un café. Yo me tomo un té Earl Grey, como ayer. Fuera, ya ha empezado a llover. Bastante fuerte. A lo lejos se oye un trueno. Aún no es mediodía, pero está tan oscuro como al anochecer.

Oshima, me gustaría pedirte un favor.
¿De qué se trata?

- ¿Crees que podría conseguir la partitura de *Kafka en la orilla del mar?* Ôshima piensa unos instantes.
- Quizá puedas encontrarla en internet. Si estuviera en el catálogo de la *web* de algún editor de partituras, pagando una tarifa te la podrías bajar. Luego te lo miro.

Gracias.

Oshima se sienta en un extremo del mostrador, se pone un minúsculo terrón de azúcar en el café, luego lo remueve cuidadosamente con una cucharilla.

¿Qué? ¿Te ha gustado la canción?
Mucho.

- A mí también. Es preciosa y, a la vez, original. Sencilla, pero profunda. Dice mucho de la persona que la ha compuesto.

Claro que la letra es muy simbólica —digo.

- La poesía y el simbolismo siempre han estado indivisiblemente unidos. Como los piratas y el ron.
- ¿Crees que la señora Saeki comprendía el significado de los versos? Oshima alza la cabeza, aguza el oído para escuchar un trueno que retum[ba] a lo lejos, calcula la distancia y, luego, me mira.
- No necesariamente. El simbolismo y el significado son dos cosas distintas. Es posible que ella lograra encontrar las palabras precisas sin usar procedimientos redundantes como el significado y la lógica. Debió de capturar las palabras de los sueños, como si agarrara suavemente por las alas una mariposa que volara por el espacio. Los artistas son capaces de evitar la redundancia.
- O sea, que crees que la señora Saeki encontró las palabras en una dimensión distinta, un sueño, por ejemplo.
- En los grandes poemas siempre sucede más o menos de esa forma. Si las palabras que contiene el poema no logran encontrar un túnel profético que las conecte con el lector, el poema no cumple su función como tal.
- Pero hay muchos poemas que se limitan a fingirlo —digo. —Exacto. Fingirlo es fácil. Basta con aprenderse el truco. Se utilizan palabras que parecen simbólicas y ya se tiene algo que se parece a un poema.

Pero en la poesía de *Kafka en la orilla del mar* puedo percibir algo sincero.

Soy de la misma opinión. Las palabras de ese poema no son palabras vacías. Claro que ya no puedo calibrar con exactitud el poder de persuasión que poseen las palabras del poema por sí solas. Porque, dentro de mi cabeza, la letra y la melodía ya se han fundido en una sola cosa —dice Oshima—. En fin, sea como sea, la señora Saeki poseía un enorme talento natural y, a la vez, un gran sentido musical. También tenía el suficiente sentido práctico como para saber aprovechar la oportunidad cuando se le presentó. Si no hubiera sucedido aquel desgraciado suceso que la dejó fuera de circulación, su talento se habría manifestado en toda su amplitud. Aquello representó, en diferentes sentidos, una gran pérdida.

- ¿Y ese talento adónde ha ido a parar? —pregunto.

Oshima me mira.

Me estás preguntando que adónde ha ido a parar el talento de la señora Saeki después de la muerte de su novio. ¿Es eso? Asiento.

Si consideramos que el talento es energía natural, alguna salida deberá de encontrar, ¿no crees?

- No lo sé —dice Ôshima—. Nadie puede predecir adónde se dirigirá el talento. A veces desaparece sin más. Otras, al igual que una corriente subterránea, se hunde en las profundidades de la tierra y fluye, tal cual, hacia otra parte.

Quizá la señora Saeki haya encauzado su talento hacia otra cosa diferente de la música —digo.

- ¿Otra cosa? —dice Oshima intrigado frunciendo el entrecejo—. ¿Como qué?

No se me ocurre nada.

Pues no lo sé. Sólo me ha dado esa impresión. No sé, en algo..., algo que no tiene forma.

- ¿En algo que no tiene forma?

O sea, algo que no se puede ver, una búsqueda personal. Tal vez se la podría llamar una labor interna.

Oshima se lleva la mano a la frente y se echa el pelo para atrás. Algunos mechones asoman entre sus finos dedos.

Una opinión muy interesante. Es muy posible que, después de abandonar la ciudad, en algún lugar que desconocemos, la señora Saeki encauzara su talento, su capacidad hacia eso que tú dices, hacia *algo que no tiene forma.* Pero ella permaneció fuera ni más ni menos que veinticinco años, o sea, que a menos que se lo preguntes a ella, no hay manera de saber qué estuvo haciendo o dónde.

Tras dudar unos instantes, me lanzo.
Oye, ¿puedo preguntarte algo terriblemente estúpido? —¿Algo terriblemente estúpido?
Me sonrojo.
Una cosa absurda.

- No importa. Yo no tengo nada en contra de las estupideces absurdas.
- ¿Sabes, Oshima? Ni yo mismo acabo de creerme que vaya a preguntarle esto a alguien.

Oshima ladea un poco la cabeza.

- ¿Crees que hay alguna posibilidad de que la señora Saeki sea mi madre? —digo.

Oshima enmudece. Apoyado en el mostrador, busca las palabras despacio. Mientras tanto, yo sólo escucho el tictac del reloj. Él dice:

- A lo que tú te refieres, en resumen, es lo siguiente: la señora Saeki, a los veinte años, desesperada, se va de Takamatsu y lleva una vida solitaria en alguna parte, pero, por casualidad, conoce a tu padre, el señor Kóichi Tamura, se casan y naces felizmente tú. Sin embargo, cuatro años después, por una razón u otra, ella se marcha de casa y te abandona. Luego, tras un misterioso vacío, ella regresa a su tierra, a Shikoku. Viene a ser eso, ¿no?
- Sí.
- Imposible no es. Quiero decir que, en el punto donde nos encontramos, no tengo ningún fundamento para rebatir tu hipótesis. Eso es todo. Gran parte de su vida está envuelta en el misterio. Había rumores de que estaba viviendo en Tokio. Además, tiene la misma edad aproximadam[ente] que tu padre. Sólo que ella volvió sola a Takamatsu. Claro que también existe la posibilidad de que tenga una hija y de que ésta lleve una vida independiente en alguna parte. Por cierto, ¿qué edad tendría tu hermana?
- Veintiún años.
- Como yo —dice Ôshima—. Pero yo, por lo que parece, no soy tu hermana. Tengo padres, y un hermano mayor. Todos son de mi sangre, una familia demasiado buena para mí.

Ôshima se cruza de brazos y se me queda mirando unos instantes.

- Por cierto, yo también quiero preguntarte una cosa —dice Oshima—. ¿Has mirado en el registro civil? Si lo haces, enseguida podrás saber cómo se llama tu madre y la edad que tiene.
- Pues claro que lo he mirado.

¿Y cuál era el nombre de tu madre?
No constaba ningún nombre —digo.
Oshima se sorprende al oírlo.
¿Que no constaba ningún nombre? ¡Pero si eso es imposible!

Pues no había ninguno. *De verdad.* Por qué no lo había, eso yo no lo sé. Pero, según el registro civil, yo no tengo madre. Ni tampoco hermana mayor. Allí sólo aparecen el nombre de mi padre y el mío. Es decir, que legalmente yo soy hijo natural. Hijo ilegítimo, vamos.

- Pero tú, en realidad, tenías madre y una hermana.

Asiento.

- Hasta los cuatro años yo tenía, en efecto, una madre y una hermana. Vivíamos los cuatro, como una familia, en la misma casa. Lo recuerdo muy bien. No son imaginaciones mías ni nada parecido. Y, justo después de cumplir yo los cuatro años, ellas dos se marcharon.

Saco de mi cartera la fotografía en la que aparecemos mi hermana y yo jugando en la playa. Ôshima la contempla unos instantes, sonríe y me la devuelve.

- *Kafka en la orilla del mar* —me dice Oshima.

Asiento y vuelvo a guardar la vieja fotografía en la cartera. El viento danza lanzando ráfagas de lluvia contra los cristales. Las luces del techo proyectan nuestras sombras en el suelo. Parece que las dos mantengan una funesta conversación secreta en un mundo invertido.

- ¿Recuerdas la cara de tu madre? —pregunta Oshima—. Si viviste con ella hasta los cuatro años, debes de acordarte aunque sólo sea un poco de su rostro, ¿no?

Sacudo la cabeza.

Por más que lo intento no logro acordarme. No sé por qué, pero en mi memoria sus rasgos están teñidos de negro, como una sombra. Oshima reflexiona un poco sobre ello.

- Oye, ¿podrías explicarme con un poco más de detalle en qué te basas para suponer que la señora Saeki es tu madre?
- Ya basta, Oshima —digo—. Cambiemos de tema. Seguro que estoy yendo demasiado lejos.

No importa. Saca todo lo que tienes en la cabeza —dice Oshima—. Después ya decidiremos entre los dos si estás yendo demasiado lejos o no.

La sombra de Ôshima que se refleja en el suelo se mueve al menor movimiento de su dueño. Pero lo hace de forma un poco más exagerada que el original.

Es que entre la señora Saeki y yo hay un número increíblemente grande de coincidencias —digo—. Son como piezas de un rompecabezas que van encajando a la perfección. Lo comprendí escuchando *Kafka en la orilla del mar*. Mira, en primer lugar, yo vine a esta biblioteca arrastrado por el destino. Casi en línea recta, del distrito de Nakano a Takamatsu. Esto, pensándolo bien, es muy, muy extraño.

Sí, la verdad es que parece el conflicto de una tragedia griega —comenta Ôshima.

Entonces digo:

Y creo que estoy enamorado de ella.
¿De la señora Saeki?
Sí, quizá sí.

¿Quizá? —pregunta Oshima frunciendo el entrecejo—. ¿Quieres decir que la persona de quien estás enamorado es *quizá la señora Saeki?* ¿O que *quizá estas enamorado* de la señora Saeki?

Me sonrojo.

- No sé explicarme bien —digo—. Es todo muy complicado, hay muchas cosas que no entiendo todavía.
- ¿Pero tú quizá estás enamorado de la señora Saeki?
- Sí —digo—. Muchísimo. —¿*Quizás,* pero muchísimo?

Asiento.

- A pesar de que, al mismo tiempo, creas que es posible que ella @sea tu madre.

Asiento una vez más.

- Estás acarreando solo un fardo demasiado pesado para un niño @de quince años al que aún no le ha salido el bigote. —Oshima bebe con cuidado un sorbo de café, deja la taza en el platillo—. No digo que esté mal. Pero todas las cosas tienen un límite.

Permanezco en silencio.

Ôshima se queda reflexionando unos instantes con los dedos posados en las sienes. Luego cruza los finos dedos sobre el pecho.

- Intentaré conseguirte lo antes posible la partitura de *Kafka en la orilla del mar.* A partir de ahora ya me encargaré yo del trabajo. Tú mejor que vuelvas a tu habitación.

A la hora del almuerzo sustituyo a Ôshima detrás del mostrador. A causa de la lluvia hay menos visitantes de lo habitual. Al volver del descanso, Oshima me entrega un sobre de gran tamaño con una copia de la partitura. Dice que la ha impreso directamente desde el ordenador.

- ¡Qué práctico es este mundo! —exclama Ôshima.
- Gracias —le digo.
- Si no te importa, ¿podrías llevar una taza de café arriba? Haces un café muy bueno.

Vuelvo a preparar café, lo pongo en una bandeja y se lo llevo a la señora Saeki al primer piso. Sin azúcar ni crema de leche. La puerta está abierta de par en par, como de costumbre. Ella se encuentra sentada frente a la mesa escribiendo. Cuando le dejo el café sobre la mesa, alza la cabeza y me sonríe. Luego le pone el capuchón a la estilográfica, la deja sobre el papel.

- ¿Qué tal? ¿Te vas acostumbrando a la biblioteca?
- Sí, poco a poco —contesto.

¿Tienes un momento?

- Sí, sí que lo tengo —digo.

Entonces, siéntate aquí —me indica la señora Saeki señalando una silla de madera que está al lado de la mesa—. Hablaremos un rato.

Vuelven a oírse truenos. Aún retumban a lo lejos, pero parece que se van acercando. Me siento en la silla, tal como me ha dicho.

- Por cierto, ¿cuántos años tenías? ¿Dieciséis?

La verdad es que tengo quince. Acabo de cumplirlos —respondo. —Y te has escapado de casa, ¿verdad?

- Sí, así es.

¿Y tenías alguna razón concreta para hacerlo? Sacudo la cabeza. ¿Qué diablos debería decirle?
La señora Saeki coge la taza y, mientras espera mi respuesta, toma un sorbo de café.
Es que tenía la sensación de que, si me quedaba, acabaría perdiéndome sin posibilidad de retroceder —digo.
¿Perderte? —pregunta la señora Saeki entornando los ojos.
Sí —digo.

Ella hace una pequeña pausa, luego dice:

Me resulta extraño oír la palabra ‟perdido» en boca de un chico de tu edad. Podríamos decir que me intriga... ¿A qué te refieres concretamente con ese «perdido»?

Busco las palabras. Ante todo, reclamo la presencia del joven llamado Cuervo. Pero él no aparece por ninguna parte. Debo hallar las palabras por mí mismo. Tardo tiempo. Pero la señora Saeki espera pacientemente. Centellea un relámpago y, poco después, retumba un trueno a lo lejos.

- Pues que harían que fuera como no debo ser.

La señora Saeki me mira con interés.

Pero, en la medida en que el tiempo exista, todo el mundo irá perdiéndose al fin, pasando a ser algo distinto. Antes o después.

Sin embargo, aunque acabes perdiéndote alguna vez, necesitas un lugar al que poder retroceder.

- ¿Un lugar al que poder retroceder?

Un lugar al que valga la pena volver.
Me mira de frente, con fijeza.

Me sonrojo. Pero me armo de valor y alzo la cara. La señora Saeki lleva un vestido de manga corta de color azul marino. Al parecer, tiene vestidos de diferentes tonalidades de azul. Un fino collar de pla312tay un reloj de pulsera con la correa de piel de color negro son sus únicos adornos. Busco en ella a la jovencita de quince años. Enseguida la descubro. Está oculta en el bosque de su corazón como un dibujo de «buscar la figura escondida», durmiendo en secreto. Pero, si fijo la mirada, puedo distinguir su figura. Mi corazón vuelve a latir con un sonido seco. Alguien está clavando un largo clavo con un martillo en las paredes de mi corazón.

- Para tener quince años recién cumplidos, hablas con mucha sensatez. —No sé qué responderle. Permanezco callado—. Yo también, cuando tenía quince años, quería irme a un mundo distinto —dice la señora Saeki sonriendo—. A un lugar donde nadie pudiera encontrarme. A un lugar donde no transcurriera el tiempo.
- Pero, en este mundo, no existe ningún lugar así.
- Exacto. Por eso vivo aquí. En un mundo donde las cosas no dejan de perderse, los sentimientos no dejan de cambiar, donde el tiempo transcurre sin pausa. —Y, como si quisiera aludir al paso del tiempo, permanece unos instantes en silencio—. Pero, a los quince años, yo estaba segura de que en este mundo existía un lugar así. De que la entrada a un mundo distinto estaba escondida en alguna parte y de que yo podría encontrarla.
- ¿Estaba usted sola a los quince años?

En cierto sentido sí. Lo estaba. No es que no tuviera a nadie a mi lado, pero me encontraba terriblemente sola. Y era porque sabía que jamás volvería a ser tan feliz como lo estaba siendo entonces. Era lo único que sabía con certeza. Por eso quería encontrar un lugar donde aquellos momentos se hicieran eternos, donde el tiempo no transcurriese.

Lo que yo quiero es crecer lo más rápido posible.

La señora Saeki se echa un poco para atrás para leer la expresión de mi cara.

Tú eres más fuerte de lo que yo era entonces, y eres independiente. Yo, a tu edad, tenía la cabeza llena de fantasías, quería evadirme de la realidad, y tú, en cambio, miras la realidad de frente y luchas. Hay una gran diferencia.

Yo no soy fuerte, ni tampoco independiente. Sólo que la realidad me ha empujado, a la fuerza, hacia delante. Sin embargo, no digo nada.

- Me recuerdas a un chico de quince años a quien yo conocía.
- ¿Se parecía a mí? —pregunto.

Saeki lleva un vestido de manga corta de color azul marino. Al parecer, tiene vestidos de diferentes tonalidades de azul. Un fino collar de pla312tay un reloj de pulsera con la correa de piel de color negro son sus únicos adornos. Busco en ella a la jovencita de quince años. Enseguida la descubro. Está oculta en el bosque de su corazón como un dibujo de «buscar la figura escondida», durmiendo en secreto. Pero, si fijo la mirada, puedo distinguir su figura. Mi corazón vuelve a latir con un sonido seco. Alguien está clavando un largo clavo con un martillo en las paredes de mi corazón.

- Para tener quince años recién cumplidos, hablas con mucha sensatez. —No sé qué responderle. Permanezco callado—. Yo también, cuando tenía quince años, quería irme a un mundo distinto —dice la señora Saeki sonriendo—. A un lugar donde nadie pudiera encontrarme. A un lugar donde no transcurriera el tiempo.
- Pero, en este mundo, no existe ningún lugar así.
- Exacto. Por eso vivo aquí. En un mundo donde las cosas no dejan de perderse, los sentimientos no dejan de cambiar, donde el tiempo transcurre sin pausa. —Y, como si quisiera aludir al paso del tiempo, permanece unos instantes en silencio—. Pero, a los quince años, yo estaba segura de que en este mundo existía un lugar así. De que la entrada a un mundo distinto estaba escondida en alguna parte y de que yo podría encontrarla.
- ¿Estaba usted sola a los quince años?

En cierto sentido sí. Lo estaba. No es que no tuviera a nadie a mi lado, pero me encontraba terriblemente sola. Y era porque sabía que jamás volvería a ser tan feliz como lo estaba siendo entonces. Era lo único que sabía con certeza. Por eso quería encontrar un lugar donde aquellos momentos se hicieran eternos, donde el tiempo no transcurriese.

Lo que yo quiero es crecer lo más rápido posible.

La señora Saeki se echa un poco para atrás para leer la expresión de mi cara.

Tú eres más fuerte de lo que yo era entonces, y eres independiente. Yo, a tu edad, tenía la cabeza llena de fantasías, quería evadirme de la realidad, y tú, en cambio, miras la realidad de frente y luchas. Hay una gran diferencia.

Yo no soy fuerte, ni tampoco independiente. Sólo que la realidad me ha empujado, a la fuerza, hacia delante. Sin embargo, no digo nada.

- Me recuerdas a un chico de quince años a quien yo conocía.
- ¿Se parecía a mí? —pregunto.
- Tú eres más alto y más fuerte. Pero sí, en algo te pareces. Él no tenía mucho que decirles a los otros chicos de su edad y siempre estaba solo en su habitación, leyendo y escuchando música. Cuando hablaba de algún tema complicado, se le marcaba una arruga en el entrecejo, como a ti. Y me han dicho que también a ti te gusta mucho leer.

  Asiento.
  La señora Saeki mira el reloj.

- Gracias por el café.

Me levanto y me dispongo a salir de la habitación. La señora Saeki coge la estilográfica de color negro, le quita el capuchón y empieza a escribir de nuevo. Al otro lado de la ventana centellea un relámpago y, por un instante, la habitación se tiñe de un color irreal. Tras una breve pausa retumba el trueno. El intervalo entre ambos parece haberse reducido.

Oye, Tamura —me llama la señora Saeki. Ya en el umbral, me detengo y me doy la vuelta—. Me acaba de venir algo a la cabeza. Hace tiempo escribí un libro sobre rayos.

Permanezco en silencio. ¿Un libro sobre rayos?

Busqué a personas que hubieran sufrido la descarga de un rayo y que hubiesen sobrevivido. Recorrí el país entero, entrevistando a la gente. El trabajo me llevó años. Llegué a reunir un gran número de entrevistas, todos los testimonios eran muy interesantes. El libro lo publicó una pequeña editorial, pero apenas se vendió. No tenía conclusión. Y nadie quiere leer un libro que no tenga conclusión. A pesar de que a mí me parecía muy normal que no la tuviera.

Un pequeño martillo va golpeando algún cajón dentro de mi cabeza. Con perseverancia. Estoy a punto de recordar algo de importancia crucial. Pero ni yo mismo sé de qué se trata. La señora Saeki vuelve a sus escritos y yo me resigno y regreso a mi habitación.

La fuerte tormenta de rayos, truenos y lluvia duró alrededor de una hora. Los truenos retumbaban con tanta fuerza que temí que los cristales de la biblioteca quedaran reducidos a añicos. Cada vez que un relámpago rasgaba el cielo, la vidriera del descansillo de la escalera arrojaba una luz espectral sobre la pared blanca. Sin embargo, antes de las dos de la tarde dejó de llover, los elementos se reconciliaron y la luz amarillenta del sol empezó a brillar a través de las nubes. Dentro de esa suave luz, sólo los goterones de agua que caían del tejado siguieron oyéndose hasta la eternidad.

Pront^{o} llega la tarde, hago los preparativos para cerrar la biblioteca. La señora Saeki se despide de Oshima y de mí y regresa a casa. Se oye el motor de su Volkswagen Golf. Me la imagino en el asiento del conducto, dando la vuelta a la llave de contacto. Le digo a Oshima que puedo acabar de ordenar yo solo. Él se lava las manos y la cara en el lavabo canturreando el aria de una ópera. Y se marcha. Se oye el ronroneo de su Road Star, disminuye el volumen, se apaga. Y la biblioteca es toda mía. Reina en ella un silencio más profundo que de costumbre.

Vuelvo a mi habitación, miro la partitura de *Kafka en la orilla del mar* que me ha impreso Oshima. Tal como imaginaba, la mayoría de acordes son muy sencillos. Y en el estribillo hay dos que son increíblemente complicados. Voy a la sala de lectura, me siento ante el piano vertical, pulso las teclas. La digitación es dificilísima. Practico una vez tras otra, domo los músculos de los dedos, al final logro reproducir un sonido similar. Primero, los acordes suenan todos mal, parece que me haya equivocado. Me pregunto incluso si no habrá algún error de impresión. O si, tal vez, el piano está desafinado. Pero a fuerza de ir escuchando con gran atención, una y otra vez, el eco de los acordes de forma alternativa me convenzo de que es justo en estos dos acordes donde reside el interés de la canción. Son estos dos acordes los que confieren a *Kafka en la orilla del mar* una profundidad de la que

carecen las canciones *pop* más normales. Pero ¿cómo diablos se le pudieron ocurrir a la señora Saeki unos acordes tan fuera de lo común?

Vuelvo a mi habitación, caliento agua en la tetera eléctrica, me preparo un té, me lo tomo. Luego voy poniendo en el plato del tocadiscos, uno tras otro, los discos que me traje del trastero. *Blonde on Blonde,* de Bob Dylan; *White Album,* de los Beatles; *Dock of the Bay,* de Otis Redding; *Getz/Gilberto,* de Stan Getz. Todos, música que triunfó a finales de los 60. El chico que estaba en esta habitación —junto al cual, con toda seguridad, debía de encontrarse la señora Saeki— ponía estos discos en el plato, igual que estoy haciendo yo ahora, bajaba la aguja y escuchaba la música que salía por los altavoces. Esta música traslada la habitación entera, incluyéndome a mí, a un tiempo extraño. A un mundo de cuando yo aún no había nacido.

Escuchando esta música, intento reproducir en mi mente, con la mayor exactitud posible, la conversación que he tenido esta tarde con la señora Saeki en el primer piso.

«Pero, a los quince años, yo estaba segura de que en este mundo existía un lugar así. De que la entrada a un mundo distinto estaba escondida en alguna parte y de que yo podría encontrarla.»

Puedo oír su voz junto a mi oído. Algo vuelve a golpear la puerta que hay en mi cabeza. Con fuerza, insistentemente.

- ¿La entrada?

Los dedos de la niña ahogada Buscan la piedra de la entrada Alza las mangas de su vestido azul Y mira a Kafka en la orilla del mar «La niña que visita mi habitación posiblemente haya descubierto *piedra de la entrada»,* pienso. Ella permanece en este otro mundo como era a los quince años y, al llegar la noche, viene a esta habitación Con su vestido azul celeste contempla a Kafka en la orilla del mar.

Sin más, lo recuerdo de súbito. Que mi padre decía que una y había recibido la descarga de un rayo. No lo oí directamente de s labios. Lo leí por casualidad en una entrevista que le hicieron para alguna revista. Cuando mi padre aún estudiaba Bellas Artes, tenía trabajillo de media jornada como cadi en un campo de golf. Una tarde de julio, cuando recorría los campos detrás de dos golfistas, de repe te el aspecto del cielo cambió y se desató una fuerte tormenta. Se refugiaron de la lluvia bajo un árbol que recibió la descarga de un rayo. El enorme árbol se partió en dos y los dos golfistas que acompañaban a mi padre perdieron la vida, pero él tuvo una especie de premonición, saltó de debajo del árbol justo antes de que cayera el rayo y logró salvar la vida. Sólo sufrió quemaduras leves, se le incendió el pelo y, al salir despedido por el impacto, se golpeó fuertemente la cabeza contra una piedra y perdió el conocimiento. Era eso. Aún conservaba una pequeña cicatriz en la frente. Era eso lo que intentaba recordar esta tarde, en el umbral de la puerta de la habitación de la señora Saeki, mientras ella me hablaba de los rayos. Tras recuperarse de aquellas heridas, mi padre inició una carrera seria en el mundo de la escultura.

Quizá la señora Saeki conociera a mi padre cuando estaba reuniendo testimonios para escribir su libro sobre los rayos. Existe la posibilidad. No hay tanta gente en este mundo que haya sobrevivido a la descarga eléctrica de un rayo.

Contengo la respiración, espero a que avance la noche. Las nubes están rasgadas en grandes jirones y la luz de la luna baña los árboles del jardín. Son demasiadas las coincidencias. Son muchas las cosas que empiezan a confluir deprisa en el mismo punto.

26

Como ya era entrada la tarde, lo primero que hicieron fue buscar alojamiento. El joven Hoshino se dirigió a la oficina de turismo de Takamatsu y pidió que les reservaran una habitación en un r*yokan* que le pareció adecuado. Entre los que tenían la ventaja de estar cerca de la estación, no había ninguno que valiera gran cosa, pero ni al joven Hoshino ni a Nakata les importó. Mientras tuviera futón donde acostarse y poder dormir, cualquier lugar les parecía bien. Igual que en el ryokan anterior, el desayuno estaba incluido, pero la cena no. Claro que, en el caso de Nakata, que podía caer dormido en cualquier instante, esto era lo mejor.

Al entrar en la habitación, Nakata hizo que el joven se tendiera sobre el tatami boca abajo, se le subió encima y le puso los pulgares de ambas manos sobre las vértebras de la parte baja de la espalda. Fue resiguiendo la espina dorsal, a partir de la zona de la cadera, arriba y abajo, inspeccionando detalladamente cada uno de los músculos y de las articulaciones. Esta vez, apenas hizo presión con la punta de los dedos. Se limitó a comprobar la forma de los huesos, la elasticidad de los músculos.

- ¡Eh! ¿Algún problema? —preguntó el joven con inquietud. Tenía miedo de que empezara aquel dolor de improviso.

No, no hay ningún problema. Nada. Todos los huesos ya están en su sitio —respondió Nakata.

- ¡Menos mal ¡La verdad, no querría que volvieras a hacerme semejante daño —dijo el joven.

Lo siento muchísimo. Pero usted me dijo que no le importaba que le doliera, así que Nakata apretó con todas sus fuerzas.

Sí, ya sé que dije eso. Lo dije, pero escucha, abuelo, todo tiene un límite. Un poco de sentido común, hombre. Claro que me arreglaste la espalda y no tengo ningún derecho a quejarme. Pero es que aquello fue espantoso. ¡Horrible! No me lo podía ni imaginar. Fue como si me hubieran hecho picadillo. Sentí que me había muerto, después que resucitaba.

Nakata, una vez, estuvo muerto durante tres semanas.

- ¡Vaya! —exclamó el joven. Tendido aún de bruces sobre el tata tomó un sorbo de té y siguió picando pipas y cacahuetes que había comprado en una de esas tiendas que no cierran nunca—. Así que abuelo, estuviste muerto durante tres semanas.
- Sí.

Y, mientras tanto, ¿dónde estabas?

- Eso Nakata no lo recuerda bien. Me da la impresión de que fui a alguna parte y de que allí hice algo distinto. Pero la cabeza me flotaba y no logro recordar nada. Luego regresé aquí, me volví tonto y dejé de saber leer y escribir.
- La facultad de leer y escribir debiste de dejártela allí. Seguro.

Es posible.

Por unos instantes, ambos enmudecieron. Había llegado un punto en que el joven Hoshino sentía que lo mejor era creer, en principio, cualquier cosa que le dijera el anciano, por estrafalaria e insólita que fuera. Pero, en algún rincón de su corazón, anidaba la inquietud al imaginar a qué terreno caótico y fuera de control podía llevarlo abundar en aquello de que «una vez estuve muerto durante tres semanas». Así que cambió de tema y trató de reconducir la conversación a un campo más cotidiano y realista.

¿Qué, Nakata? Ya nos encontramos en Takamatsu. ¿Y ahora qué piensas hacer?
No lo sé —dijo—. Nakata no sabe qué tiene que hacer.
Pero ¿no teníamos que encontrar la «piedra de la entrada»?

Sí, en efecto. Nakata lo había olvidado por completo. Debemos buscar esa piedra. Pero Nakata no sabe adónde tiene que ir para encontrarla. Siento como si la cabeza *me flotase.* Yo, en principio, no soy inteligente, y con la cabeza así no puedo hacer nada.

¡Pues bonita situación!

- Sí. No es una situación bonita.
- Estar aquí parados, mirándonos las caras, no es muy divertido que digamos. Y además no nos llevará a ninguna parte.
- Tiene usted razón.
- Entonces, vaya, ¿por qué no se lo preguntamos a la gente? Si por aquí se encuentra la piedra esa.
- Si usted lo dice, Nakata también quiere hacerlo. Iré preguntan do a la gente. No es que me enorgullezca de ello, pero, como Nakata no es inteligente, está acostumbrado a preguntar a los demás.
- Sí. Mi abuelo acostumbraba decir: «Preguntar es vergüenza de un instante; no preguntar es vergüenza de una vida».
- Exacto· Tiene usted razón. Cuando te mueres, todo lo que sabes desaparece.
- Bueno, no significa exactamente eso —dijo el joven rascándose la cabeza—. Pero en fin... Por cierto, no hace falta que seas muy preciso, pero ¿tienes más o menos una idea de cómo es esa piedra? ¿De qué tipo de piedra se trata, qué tamaño tiene, qué forma, qué color, *o,* si no, cuáles son los efectos que produce? Si no tenemos cierta idea, de nada nos servirá ir preguntándole a la gente. Si sólo les decimos: « ¿Hay por aquí una piedra de entrada?», no nos entenderán y, encima, a lo mejor nos toman por locos. ¿No te parece?
- Sí. Nakata es tonto, pero no está loco.
- Claro
- La piedra que Nakata está buscando es una piedra especial. No es muy grande. Es de color blanco, no huele. Sobre sus efectos, no sé mucho. Y tiene la forma de un *mochi* redondo.

Nakata dibujó con los dedos de ambas manos un círculo del tamaño de un LP.

- ¡Vaya! Y si la vieras, ¿crees que la reconocerías? ¿Crees que dirías: « ¡Oh! Ésta es la piedra»?
- Sí, la reconocería nada más verla.

Debe de ser una piedra *con historia*, con una tradición. Seguro que es una piedra famosa, que está adornando algún santuario sintoísta como objeto de exposición o algo así.

Tal vez. Nakata no lo sabe bien, pero quizá sea así.

- O, si no, tal vez se halle en alguna casa y la utilicen como peso en los barriles para conservar cosas en adobo.

No, eso no.
¿Y tú cómo lo sabes?

- Porque esa piedra no la puede mover cualquiera.
- Pero tú sí puedes moverla.
- Sí, yo, posiblemente, pueda moverla.
- ¿Y qué pasará entonces?

Nakata reflexionó, cosa infrecuente en él. O, al menos, puso cara de estar reflexionando. Mientras tanto, se acariciaba los cortos cabellos canos con la palma de la mano.

Eso no lo sé muy bien. Lo único que Nakata sabe es que ha IIegado el momento de que alguien la mueva.

El joven reflexionó.
¿Y ese *alguien* eres tú? Ahora, al menos.

- Sí, en efecto.

¿Y esa piedra se halla sólo en Takamatsu? —preguntó.

No, no. Yo diría que el lugar no importa. Si ahora está aquí sólo por casualidad. Claro que habría sido mucho más cómodo que estuviera más cerca, en el distrito de Nakano.

¿Y no puede ser peligroso mover así, por las buenas, una piedra tan especial?

- Sí, señor Hoshino, tiene usted razón. Puede ser muy peligros ¡Me rindo! —dijo el joven sacudiendo despacio la cabeza. Luego se puso la gorra de los Chúnichi Dragons e hizo pasar su cola de caballo por la abertura de detrás—. Esto se parece a una película de Indiana Jones.

Al día siguiente por la mañana, los dos se dirigieron a la oficina de turismo de la estación y preguntaron si en la ciudad de Takamatsu, o en sus alrededores, había alguna piedra famosa.

¿Una piedra? —dijo la joven del mostrador haciendo una pequeña mueca. Se había quedado perpleja, a todas luces, ante aquella pregunta tan concreta. Ella no había recibido más que una pequeña preparación para informar a los turistas sobre breves visitas a las ruinas históricas de la zona.

- ¿Una piedra? ¿Y qué clase de piedra?

Una piedra redonda de este tamaño —dijo el joven, y dibujó con ambas manos un círculo del tamaño de un LP, tal como había hecho Nakata—. Se la conoce como «la piedra de la entrada».

¿La piedra de la entrada?

Sí, así se llama. Creo que es una piedra bastante famosa. —¿Entrada? ¿Entrada adónde?

- Si lo supiéramos, se nos habrían acabado los problemas.

La chica del mostrador estuvo reflexionando unos instantes. Hoshino no apartó la mirada de su rostro. No era nada fea, pero tenía los ojos demasiado separados. Eso le confería un aspecto de herbívoro cauteloso. Llamó a diferentes sitios y preguntó si alguien conocía una piedra llamada «la piedra de la entrada». Pero no logró recabe ninguna información válida.

- Lo siento mucho, pero nadie ha oído hablar de una piedra que se llam[e] de ese modo —dijo la chica.
- ¿Nadie?

Ella sacudió la cabeza.

- No, lo siento mucho. Disculpe, pero ¿han venido ustedes de lejos expresamente para buscar esa piedra?
- Sí, bueno, no sé si expresamente, pero yo vengo de Nagoya. Y el abuelo, aquí donde lo ves, pues él viene, ni más ni menos, que del distrito de Nakano, Tokio.
- Sí, Nakata ha venido desde el distrito de Nakano, Tokio —afirmó Nakata—. Han tenido la amabilidad de llevarlo en camión y, a medio camino, lo han invitado a comer anguila. Nakata ha llegado hasta aquí sin gastarse ni un céntimo.
- ¿Ah, sí? —musitó la chica.
- En fin, dejémoslo. Si nadie conoce la piedra, qué le vamos a hacer. No es culpa tuya, guapa. Pero, suponiendo que no se llamara «la piedra de la entrada», ¿sabes si hay alguna piedra famosa por aquí? Una piedra con historia, una piedra que tenga tradición, que sea parte del folclore, una piedra que goce del favor divino, ¡yo qué sé!, cualquier cosa nos vale.

La joven del mostrador recorrió medrosamente, con aquel par de ojos demasiado separados, la gorra de los Chúnichi Dragons, la cola de caballo, las gafas de sol de cristales verdes, el pendiente, la camisa hawaiana de rayón.

- Lo siento mucho, pero ¿por qué no se dirigen ustedes a la biblioteca municipal y lo consultan allí? Si lo desean, les indico el camino. Es que yo no sé nada de piedras.

Tampoco en la biblioteca recolectaron una buena cosecha. En la biblioteca municipal no había un solo libro especializado en las piedras de los alrededores de la ciudad de Takamatsu. El bibliotecario encargado de las consultas les dijo: «Es posible que en algún lugar haya alguna descripción de las piedras esas. Búsquenlo ustedes mismos», y les plantó delante un montón de libros del tipo *Leyendas de la prefectura de Kagawa, Leyendas de Kóbó Daishi en Shikoku, Historia de Takamatsu* y otros similares. El joven Hoshino los estuvo hojean do, entre hondos suspiros, hasta última hora de la tarde. Mientras tanto, Nakata, como no sabía leer, estuvo estudiando aplicadamente cada una de las páginas de un álbum de fotografías titulado Piedras *famosas de Japón.*

- Como Nakata no sabe leer, es la primera vez que entra en u biblioteca —explicó Nakata.

- Pues yo, aunque sepa leer, también es la primera vez que en Y no es que me enorgullezca de ello —dijo el joven Hoshino.

A mí me parece un lugar muy entretenido.

- ¿Ah, sí? Pues me alegro.
- En el distrito de Nakano también hay una biblioteca. A partir de ahora iré de vez en cuando. Lo principal es que no hay que pagar entrada. Nakata no sabía que también podían entrar las personas que no supieran leer ni escribir.

Pues mi primo es ciego de nacimiento, pero va mucho al *cine.* Claro que no tengo ni puñetera idea de qué gracia le debe de encontrar.

¿Ah, sí? Nakata no es ciego, pero no ha ido nunca al cine.

¡No me digas! Pues entonces te llevaré un día de estos.

El bibliotecario se acercó para advertirles de que en el interior de la biblioteca no se podía hablar en voz alta, y los dos dejaron de *hablar* y se concentraron cada uno en su libro. Nakata, al terminar de mirar las *Piedras famosas de Japón,* devolvió el libro a la estantería y cogió un volumen titulado *Gatos del mundo.* El joven, a su vez, fue hojeando las páginas de aquel enorme montón de libros sin dejar de refunfuñar ni un instante. Por desgracia, no abundaban las referencias a las piedras famosas. Había diversos textos sobre la muralla del castillo de Takamatsu, pero era obvio que a Nakata no le resultaría fácil levantar una de aquellas grandes piedras. También había diversas leyendas de Kóbó Daishi relacionadas con las piedras. Una de ellas relataba cómo Kóbó Daishi levantó una piedra de un erial y cómo, de debajo, empezó a manar agua a chorros, de modo que el erial se convirtió en un fértil campo de arroz. En un templo budista había una piedra llamada «Piedra de la bendición de los hijos», pero ésta medía alrededor de un metro de alto y tenía forma fálica, por lo que no podía ser «la piedra de la entrada» a la que se refería Nakata.

Desanimados, el joven y Nakata salieron de la biblioteca, se dirigieron a un sitio cercano de comidas y cenaron. Los dos comieron *gtendon.* El joven pidió, además, unos *kakeudon.*

- La biblioteca es un lugar muy interesante —dijo Nakata—. En el mundo hay muchas fisonomías diferentes de gato. Nakata eso no lo sabía.
- No hemos conseguido descubrir nada sobre la piedra, pero ¡qué le vamos a hacer! Acabamos de empezar —dijo el joven—. Esta noche dormiremos bien y, mañana, ¡ya veremos!

A la mañana siguiente, los dos volvieron a la biblioteca. El joven Hoshino, al igual que el día anterior, eligió algunos libros que podían tener algo que ver con piedras, los amontonó sobre la mesa y empezó a hojearlos. Era la primera vez en su vida que leía tanto. Gracias a eso, acabó conociendo bastante bien la historia de Shikoku y se enteró de que, en la antigüedad, muchas piedras eran objeto de culto. Pero no encontró nada sobre «la piedra de la entrada» en cuestión. Por la tarde empezó a dolerle la cabeza por leer demasiado. Nada extraño. Salieron de la biblioteca, se tendieron sobre el césped del parque y se quedaron un buen rato contemplando las nubes que pasaban. El joven Hoshino se fumó un cigarrillo y Nakata tomó té caliente del termo.

Mañana habrá muchos truenos y relámpagos —dijo Nakata. —¿A ésos también vas a llamarlos tú?

No, Nakata no va a llamar a los truenos y relámpagos. Nakata no tiene ese poder. Vendrán por sí solos.

¡Menos mal! —exclamó el joven.

Tras volver al hotel y tomar un baño, Nakata se acostó en el Putón y se quedó dormido al instante. Hoshino miró, por televisión, un partido de béisbol a bajo volumen, pero, como los Kyojin le estaban dando una paliza al equipo de Hiroshima, se puso de malhumor y apagó el televisor. Aún no tenía sueño y le apetecía tomarse una cerveza, así que decidió salir del *ryokan.* Entró en la primera cervecería que encontró y se pidió una cerveza pequeña y una ración de aros de cebolla. Pensó en abordar a una chica que había por allí, pero no le pareció el lugar indicado y desistió. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, tenían que reemprender la búsqueda de la piedra.

Cuando acabó de tomarse la cerveza, salió del local y empezó a vagar, sin rumbo, luciendo la gorra de los Chúnichi Dragons en la cabeza. Aquel barrio no tenía un gran interés. Pero callejear solo por una ciudad

desconocida no está nada mal. Además, a él le gustaba andar. Con un Marlboro en la comisura de los labios y las manos hundidas en los bolsillos, el joven fue pasando de una calle principal a otra calle principal, de una callejuela a otra callejuela. Cuando no fumaba, silbaba. Había zonas concurridas y zonas silenciosas donde no se veía un alma. Pero se tratara de una calle u otra, avanzaba sin alterar el paso. Era joven, libre, estaba sano, no tenía por qué temerle a nada. Cruzó una callejuela donde se alineaban varios karaoke y algunos bares (todos ellos locales de ésos que cambian de nombre cada medio año) y, ya en un paraje oscuro donde no se veía un alma, oyó que alguien le gritaba a sus espaldas: «¡Hoshino! ¡Hoshino!».

Al principio, el joven no creyó que lo estuvieran llamando a él. En Takamatsu no conocía a nadie. Tenía que tratarse de otro Hoshino. Su apellido no era de los más frecuentes, pero tampoco podía considerarse raro. Así que siguió andando sin volverse.

Sin embargo, ese alguien, corriendo detrás de él, seguía gritando con insistencia a sus espaldas: «¡Hoshino! ¡Hoshino!».

El joven, finalmente, se detuvo y se dio la vuelta. Se encontró con un anciano de baja estatura que vestía un traje blanco. Tenía el pelo blanco, llevaba unas gafas serias y tenía barba, evidentemente también de color blanco. Bueno, en realidad, bigote y perilla. Camisa blanca y corbata de lazo negra. Por las facciones parecía japonés, pero su apariencia recordaba a la de un hacendado de Sudamérica. No debía de medir más de metro y medio de estatura, pero, mirando las proporciones de todo su cuerpo, más que bajo, parecía la miniatura de un hombre, un hombre hecho a escala reducida. Tendía ambas manos hacia delante, como si sostuviera una bandeja.

¡Hoshino! —llamó el anciano. Tenía la voz clara y aguda. Con un poco de acento.
Hoshino se lo quedó mirando, atónito.
Tú...
Sí. Soy el coronel Sanders.

- ¡Eres clavado! —exclamó Hoshino con admiración.
- No soy clavado. *Soy* el Colonel Sanders.
- El del pollo frito...

El anciano asintió con gravedad.

- Efectivamente.
- ¡Jo! ¿Y cómo es que me conoces?
- Yo, a todos los hinchas del Chúnichi Dragons los llamo Hoshino**.** Si fueras de los Kyojin, te llamaría Nagashima. Pero, como eres de los Chúnichi Dragons, pues Hoshino.
- Sí, pero ¿sabes, abuelo? Yo me llamo Hoshino de verdad.
- Esto es pura coincidencia. ¡Qué culpa tengo yo! —dijo el Colonel Sanders con altivez.
- ¿Y qué quieres de mí?
- Tengo una chica fantástica para ti.

¡Ah! ¡Era eso! —dijo Hoshino—. Entiendo. Tú, abuelo, haces de reclamo. Te encargas de pescar clientes. Y por eso te vistes de esta manera.

- Hoshino, te lo repetiré las veces que haga falta. Yo no voy disfrazado. *Soy* el Colonel Sanders. No te confundas.

¡Caray! Pero si eres el verdadero Colonel Sanders, ¿qué coño estás haciendo en un callejón de Takamatsu buscando clientes para una tía? Una persona famosa en todo el mundo como tú, con lo forrado que debes de estar por lo de las licencias, debería estar retirada, tumbada junto a la piscina de una mansión alucinante, tan feliz, en algún lugar de América.

- ¿Sabes? En este mundo hay una especie de distorsión.

¿Cómo?

Tú quizá no lo sepas, pero en este mundo hay una especie de *distorsión.* Por eso el mundo ha logrado tener, al fin, la profundidad de las tres dimensiones. Si quieres que todo esté recto, deberás vivir en un mundo hecho con escuadra.

- ¡Eh, abuelo! Dices unas cosas muy raras —exclamó Hoshino admirado—. ¡Jo! No me lo puedo creer. Últimamente, parece que mi destino sea ir encontrándome viejos estrafalarios. Si esto continúa así por mucho tiempo, voy a acabar viendo el mundo del revés.
- Y, eso qué más da. ¿Qué, Hoshino? ¿Quieres una chica?

¿Es una fashion health?

- ¿Y qué es eso de la *fashion health?*
- Pues, vamos, que no entra el número principal. Que si lame—lame, que si frota—frota, y tú te corres. Pero nada de mete—mete.
- ¡En absoluto! —dijo el Colonel Sanders sacudiendo la cabeza irritado— ¡En absoluto! ¡En absoluto! Eso no. No se trata sólo de lame—lame y de frota—frota. Aquí se hace de todo. También hay mete—mete.

O sea, que es un *soapland.*

- ¿Un soapland?
- Oye, abuelo. Deja de tomarme el pelo. Mira, voy acompañado. Y mañana debo levantarme temprano. Así que no tengo ganas de juergas nocturnas raras.
- ¿Entonces no quieres una chica?

Esta noche no quiero ni chicas ni pollo frito. Me voy a dormir.

- ¿Crees que podrás dormir así como así? —preguntó el Colonel Sanders con una voz llena de misterio—. Cuando no se encuentra lo que se busca, Hoshino, no es tan fácil dormir a pierna suelta.

Hoshino se quedó boquiabierto mirando a su interlocutor.

¿Lo que se busca? Oye, abuelo, ¿y cómo sabes tú que estoy buscando algo?

Lo llevas escrito en el rostro. Tú, Hoshino, en el fondo, eres una persona honesta. Y estas cosas..., uno lo lleva escrito en el rostro todo. Veo lo que hay en el interior de tu cabeza tan claramente como si fueras una caballa abierta y puesta a secar.

El joven Hoshino, en un acto reflejo, levantó la mano derecha y se frotó la mejilla. Luego se miró la palma de la mano. Pero allí no había nada. *¿Escrito en el rostro?*

- Entonces —dijo el Colonel Sanders levantando un dedo en el aire—, lo que tú buscas, ¿no será, por casualidad, duro y redondo? Hoshino hizo una mueca.
- Oye, abuelo. ¿Quién demonios eres? ¿Cómo sabes estas cosas?

Ya te lo he dicho. Lo llevas escrito en la cara. Es que tú no entiendes nada, ¿verdad? —dijo el Colonel Sanders blandiendo el dedo—. Escucha, yo no llevo tantos años en este negocio porque sí. Entonces, ¿seguro que no quieres una chica?

Oye, estoy buscando una piedra. Una piedra que se llama «la piedra de la entrada».

- ¡Ah, sí! La conozco.
- Yo no miento. Ni bromeo. Yo soy, de nacimiento, una persona muy consecuentemente directa, que no se anda con tonterías.
- Y tú, abuelo, ¿sabes dónde está la piedra?
- Sí, sé muy bien dónde está.
- ¿Y me puedes decir dónde?

El Colonel Sanders se toca con un dedo la montura negra de las y carraspea.

- ¡De verdad no quieres una chica?.
- Si me dices dónde está la piedra, me lo pensaré —respondió Hoshino sin convicción.
- De acuerdo. Vamos allá.

El Colonel Sanders, sin esperar respuesta, empezó a andar a grandes zancadas por el callejón. Hoshino lo siguió precipitadamente.

- ¡Eh, abuelo! Coronel... Que yo sólo llevo veinticinco mil yenes en el bolsillo.

El Colonel Sanders, andando a paso rápido, chasqueó la lengua.

- Por ese dinero, será de primera clase. Una chica rebosante de vida, una belleza de diecinueve años. Te hará un servicio especial. Lamelame, frota—frota, mete—mete. Entra todo. Y, luego, de premio, te enseñaré dónde está la piedra.
- ¡Me rindo! —dijo Hoshino.

27

Ya son las dos y cuarenta y siete minutos cuando descubro que la niña ya está aquí. Lanzo una ojeada al reloj, a la cabecera de la cama, y grabo la hora en mi memoria. Hoy ha venido un poco antes que ayer. Esta noche la he esperado despierto. No he cerrado los ojos ni un instante, salvo para parpadear. Con todo, no he podido sorprender el instante exacto de su aparición. A la que me he dado cuenta, ya estaba aquí. Como si se hubiera deslizado por un ángulo muerto de mi conciencia.

Lleva el mismo vestido azul celeste de siempre. Con el codo hincado en la mesa y la mejilla apoyada en la palma de la mano contempla el cuadro de Kafka en la orilla del mar, y yo, inmóvil, contengo la respiración y la contemplo a ella. El cuadro, la niña, yo. Estos tres puntos dibujan un triángulo estático en el interior de la habitación. Y, del mismo modo que la jovencita no se cansa de contemplar el cuadro, yo no me canso de contemplarla a ella. El triángulo está fijo, nada se mueve. Pero, en aquel instante, sucede algo imprevisto.

- Señora Saeki —digo yo sin pensar. No tenía intención de llamarla. Pero los sentimientos que colman mi corazón se han desbordado y convertido en palabras. Sólo es un susurro. Pero llega a oídos de la niña. Y uno de los vértices de aquel triángulo estático se desmorona. Tanto si en mi fuero interno era eso lo que yo deseaba que sucediera como si no.

Ella mira hacia donde yo estoy. No clava la vista en mí, no aguza la mirada. Todavía acodada en la mesa, se limita a volver en silencio el rostro hacia mí. Como si hubiera percibido una tenue vibración en el aire y no supiera de qué se trata. No sé si ella me puede ver o no. Pero yo quiero que me vea. Deseo que se dé cuenta de que existo, de que estoy aquí.

- Señora Saeki —repito. No logro refrenar el fuerte impulso de pronunciar su nombre en voz alta. Es posible que se asuste, que se ponga en guardia, que se vaya de la habitación. Y que no regrese jamás Si esto sucediera, me sentiría terriblemente decepcionado. No, no sería una mera decepción. Para mí, todo perdería su significado, todo perdería su rumbo. A pesar de ello, no he podido evitar [l]lamarla. Mi lengua y mis labios, sin conexión alguna con mi cerebro, han [arti]culado su nombre.

Ella ya no mira el cuadro. Me mira a mí. Al menos su mirada se dirige al punto del espacio donde yo me encuentro. Desde aquí no puedo interpretar bien la expresión de su rostro. Las nubes se [d]esplazan y, simultáneamente, oscila la luz de la luna. Debe de hacer viento, pero no me llega el rumor a los oídos.

- Señora Saeki —repito una vez más. Un sentimiento de urgencia me arrastra de forma irresistible.

Ella aparta la barbilla de la palma de la mano y se lleva la mano derecha a la boca. Como si me dijera: «No digas nada». Pero ¿es eso realmente lo que ella está queriendo comunicarme? ¡Ojalá pudiera atisbar de cerca el fondo de sus pupilas! ¡Ojalá pudiera leer en ellas lo que está pensando, lo que ella está sintiendo en estos momentos! ¡Ojalá pudiera comprender qué trata de comunicarme, qué intenta insinuarme con esta secuencia de acciones! Pero todas las respuestas parecen confundirse en las pesadas tinieblas de la hora, poco antes de las tres de la madrugada. Se me hace terriblemente difícil respirar, cierro los ojos. Noto en el pecho una compacta masa de aire. Como si hubiese absorbido las nubes cargadas de lluvia. Cuando, segundos después, abro los ojos, la niña ya ha desaparecido. Sólo queda la silla desierta. La sombra de una nube se desliza con sigilo a través de la superficie de la mesa.

Salto de la cama, voy junto a la ventana, levanto la vista al cielo. Pienso en el tiempo que no ha de volver. Pienso en el río, pienso en la marea. Pienso en el bosque, pienso en el manantial. Pienso en la lluvia, pienso en los rayos. Pienso en las rocas. Pienso en las sombras. Todo ello se encuentra dentro de mí.

Al día siguiente, pasado mediodía, un policía de paisano viene a la biblioteca. Como estoy encerrado en mi habitación, ni me entero. El policía le hace preguntas a Oshima durante unos veinte minutos y luego se va. Entonces viene Oshima a mi cuarto y me lo cuenta.

- Ha venido un oficial de la policía local. Me ha estado haciendo preguntas sobre ti.

Oshima saca una botella de Perrier de la nevera, desenrosca el ta[p]ón, se sirve el agua en un vaso y bebe.

- ¿Cómo se han podido enterar de que estaba aquí?
- Usaste el teléfono móvil. El de tu padre.

Rebusco en mi memoria. Asiento. La noche en que me desperté tumba[do] entre los árboles del santuario sintoísta con la camisa manchada de sangre llamé a Sakura con el teléfono móvil.

- Sólo una vez —digo.
- La policía ha descubierto que estabas en Takamatsu por el registro de conferencias. No suelen dar tantos detalles, pero el policía me lo ha contado charlando, de pasada. Porque yo, cuando quiero ser simpático, lo soy de veras. Total, que, por lo que me ha dicho, no han podido descubrir al titular del número del teléfono móvil al que llamaste. Debe de tratarse de un móvil de los que pagas las llamadas por adelantado. Sin embargo, averiguaron que estabas en Takamatsu y, por lo visto, la policía local ha ido inspeccionando, uno a uno, todos los hoteles y albergues de la zona. Y han descubierto que en un hotel que tiene un contrato especial con el YMCA estuvo alojado hasta el día veintiocho de mayo un joven que se parecía mucho a ti, o sea, hasta el día en que asesinaron a tu padre.

Es una suerte que al menos la policía no haya descubierto la identidad de Sakura por el número de teléfono. No quiero ocasionarle más quebraderos de cabeza.

- El director del hotel se acordaba de que una vez solicitaron información sobre ti a la biblioteca. Cuando llamaron del hotel para confirmar si venías aquí todos los días a leer. Te acuerdas, ¿verdad?

Asiento.

- Por eso ha venido la policía. —Ôshima bebe un sorbo de Perrier—. Yo he mentido, por supuesto. Le he dicho que, después del día veintiocho, no te había vuelto a ver más. Que hasta entonces habías venido todos los días, pero que desde el veintiocho habías dejado de venir.
- Pero tú puedes verte metido en un lío por mentirle a la policía. —En un lío mucho más gordo te habrías metido tú si yo no llego a mentir—Pero yo no quiero causarte ninguna molestia.

Oshima sonríe entrecerrando los ojos.

¿Es que no lo entiendes? Tú ya hace tiempo que me estás causando molestias.

Sí, eso ya lo sé, pero...

Así que dejemos las molestias en paz. No es nada nuevo. Hablar de eso ahora no nos lleva a ninguna parte.

Asiento en silencio.

En fin, que el policía ha dejado la tarjeta. Me ha dicho que, si volvías por aquí, lo llamara enseguida.

¿Crees que sospechan de mí?

Oshima sacude despacio la cabeza varias veces.

No, no creo que sospechen de ti. Pero deben de creer que puedes aportarles información muy valiosa sobre el asesinato de tu padre. Voy siguiendo el curso de las investigaciones por los periódicos y parece que se hallan en un punto muerto. La policía debe de estar perdiendo la paciencia. No tienen huellas dactilares. Ni pistas. Ni testigos. Tú eres lo único que les queda. Por eso están haciendo lo imposible por encontrarte. Debemos tener en cuenta que tu padre era un hombre famoso y que el crimen está teniendo una gran repercusión a través de la televisión y la prensa. La policía no puede quedarse de brazos cruzados.

Pero, Oshima, si se enteran de que has mentido a la policía, tu testimonio dejará de ser válido y yo me quedaré sin coartada. Y quizás acaben acusándome del crimen.

Oshima sacude la cabeza una vez más.

- Kafka Tamura, la policía japonesa no es tan estúpida. Posiblemente no estén dotados de una gran imaginación, pero al menos no son unos incompetentes. La policía ya debe de haber inspeccionado de cabo a rabo los registros de pasajeros de todos los vuelos entre Shikoku y Tokio. Además, quizá tú no lo sepas, pero en todas las puertas de embarque de los aeropuertos hay cámaras de vídeo que van grabando a todos los pasajeros que embarcan y desembarcan. Ya deben de haber comprobado que tú no volviste a Tokio. En Japón es muy fácil obtener información pormenorizada de este tipo. Así que la policía ya sabe que tú no eres el culpable. Si creyeran que lo eres, no habrían enviado a un oficial de la policía de aquí. Habrían hecho venir directamente a un detective de la Jefatura Superior de Policía. Y, de ser así, el interrogatorio hubiera

sido mucho más serio y yo no habría podido escabullirme tan fácilmente. Lo único que en estos momentos quieren de ti es que les ofrezcas información de antes del crimen.

Pensándolo bien, seguro que Ôshima tiene razón.

- En todo caso, durante un tiempo lo mejor será que no te vea nadie —dice—. Es posible que la policía patrulle por los alrededores vigilando. Llevaban una fotografía tuya. Es una copia de la fotografía de tu ficha escolar de secundaria, pero no se puede decir que se parezca mucho al original. No sé... Tienes cara de estar furioso.

Es la única fotografía que he dejado tras de mí. Siempre evitaba que *me* hicieran fotografías. Pero en esta ocasión no pude evitarlo.

- El policía me ha contado que tú, en la escuela, eras un chico problemático. Que habías ocasionado varios incidentes violentos entre tus compañeros y que te habían expulsado temporalmente tres veces.
- Dos veces. Además, no se trataba de una expulsión temporal, sino de un confinamiento domiciliario —aclaro. Aspiro una gran bocanada de aire y la expulso despacio—. Me pasaba *a veces.*
- Que no te podías controlar —dice Ôshima.

Asiento.

¿Y hacías daño a los demás?

Yo no quería. Pero a veces me sentía como si, en mi interior, hubiera una persona distinta. A la que me daba cuenta me descubría a mí mismo haciéndole daño a alguien.

¿Cuánto daño? —pregunta Oshima.

Lanzo un suspiro.

Nada grave. Nunca he llegado a romperle un hueso a alguien, ni a partirle los dientes, por ejemplo.

Oshima está sentado en la cama con las piernas cruzadas. Levanta una mano, se echa el flequillo para atrás. Lleva unos pantalones chinos de color azul marino, unas zapatillas Adidas de color blanco. Un polo negro.

Parece que tienes que superar un montón de cosas —dice. ¿Superar un montón de cosas?», pienso. Luego levanto la cabeza. —¿Y tú, Oshima, no tienes nada que superar?

Oshima levanta ambos brazos en el aire.

Llámalo superar o como te plazca. En mi caso se trata de una única cosa. Y no es otra que la de ir sobreviviendo, día tras día, dentro de este recipiente defectuoso que es mi cuerpo. Según lo mires, puede ser una labor muy sencilla o, por el contrario, puede ser muy complicada. Sea como sea, aunque consiga tirar hacia delante, nadie va a reconocerme que esto sea un gran logro. Nadie va a ponerse en pie y a aplaudirme calurosamente.

Me mordisqueo los labios durante unos instantes.

¿No piensas en salir de ese recipiente? —pregunto.

- ¿En abandonar mi cuerpo?

Asiento.

- ¿En sentido simbólico o real?

De cualquier modo.

Oshima se aguanta el flequillo hacia atrás con la mano. Me muestra su frente de piel blanca y me parece ver cómo, detrás, funciona toda máquina las ruedas dentadas de su pensamiento.

¿Tú querrías hacerlo? —me pregunta a su vez, sin responderme Aspiro una bocanada de aire.

La verdad, Oshima, si te soy sincero, a mí no me gusta en absoluto el recipiente actual que me contiene. No me ha gustado nunca, ni un solo instante desde el día en que nací. Más acertado se decir que lo detesto. Mi cara, mis manos, mi sangre, mis genes... M repugna todo cuanto he heredado de mis padres. Si pudiera de prenderme de todo eso, lo haría sin pensármelo dos veces. Al igual que me fui de casa.

Oshima me mira a la cara y luego sonríe.

- Tienes un cuerpo maravillosamente esculpido. Y, las hayas heredado de quien las hayas heredado, las facciones de tu rostro son hermosas. Bueno, quizá sean demasiado personales para poder llamarlas así, pero no están nada mal. Al menos a mí me gustan. El cerebro te funciona bien. Y tu pene es magnífico. Ojalá tuviera yo uno igual. En el futuro harás perder la cabeza a montones de chicas. No entiendo por qué diablos no estás contento con tu *recipiente actual.*

Me sonrojo.

- En fin, dejémoslo. Seguro que ése no es el problema. A mí no me gusta en absoluto el *recipiente actual* que soy yo mismo. Lógico, ¿no? Lo mires como lo mires, no es más que un pobre sucedáneo. Y si me preguntas si es práctico o incómodo, te diré que es la cosa menos práctica que existe. Sin embargo, en mi fuero interno pienso: si consideramos la cáscara y la sustancia a la inversa, es decir, si consideramos que la cáscara es la sustancia y la sustancia es la cáscara, el sentido de nuestras vidas es entonces mucho más fácil de entender, ¿no te parece?

Vuelvo a mirarme las manos. Pienso en la gran cantidad de sangre que las cubría. Recuerdo vivamente su tacto húmedo y pegajoso. Pienso en mi sustancia y en mi cáscara. En la esencia que soy envuelta por la cascara que soy. Pero en definitiva, el tacto de la sangre es cuanto acude a mi pensamiento.

- ¿Y la señora Saeki? —digo.
- La señora Saeki, ¿qué?
- Me pregunto si tendrá problemas que superar.
- Eso deberías preguntárselo directamente a ella —dice Oshima.

A las dos le llevo un café en una bandeja a la señora Saeki. Está sentada ante la mesa de su estudio en el primer piso. La puerta permanece abierta. Sobre la mesa descansa la pluma estilográfica junto a alguna[s] hojas de papel de borrador, como de costumbre. La pluma tiene el capuchón puesto. Con ambas manos sobre la mesa, la señora Saeki observa algún punto del espacio. No mira nada. Sólo contempla un lugar que no existe. Parece algo cansada. A sus espaldas, la ventana está abierta de par en par, el vientecillo de principios de verano hace danzar las blancas cortinas de encaje. Esta escena recuerda un cuadro alegórico bellamente pintado.

- Gracias —me dice cuando le dejo el café sobre la mesa. —Parece cansada.

Ella asiente.
Sí. Debo de parecer más vieja cuando estoy cansada.
En absoluto. Se la ve a usted tan maravillosa como siempre —le digo con sinceridad.
La señora Saeki sonríe.
Para ser tan joven, sabes cómo tratar a las mujeres.
Me ruborizo.

La señora Saeki me señala una silla. Es la misma en la que me senté ayer, se encuentra exactamente en el mismo lugar. Tomo asiento. —Yo me canso a menudo. Supongo que tú no.

- No, no mucho.

No, claro. Yo tampoco me cansaba a los quince años. La señora Saeki coge la taza de café y toma un sorbo con calma. —Tamura, ¿qué ves al otro lado de la ventana?

Miro hacia fuera, detrás de ella.

- Árboles, el cielo, las nubes. También se ven unos pájaros posados en las ramas de los árboles.
- O sea, una escena normal que podrías ver en cualquier parte. —Sí.
- Pero si de pronto supieras que mañana ya no podrías volver a contemplarla, esta escena se convertiría en algo precioso, en algo especial, ¿no es cierto?
- Supongo que sí.

¿Has pensado antes alguna vez de este modo?
Sí.
La señora Saeki pone cara de extrañeza.

¿Cuándo?
Cuando me enamoro —digo.

La señora Saeki sonríe débilmente. Su sonrisa permanece unos instantes asomando en las comisuras de sus labios. Me trae a la memoria el agua que, tras regar una mañana de verano, permanece sin evaporarse en una pequeña concavidad.

¿Tú estás enamorado? —quiere saber.
Sí.

- O sea, que su rostro y su figura son para ti, día tras día, cada vez que la ves, algo precioso, algo especial.

Sí. Porque puedo perderla en cualquier instante.

La señora Saeki se me queda mirando. No queda rastro de la sonrisa en sus labios.

¡magina un pájaro posado en una rama delgada —dice—. La rama oscila fuertemente al viento. Y, a cada ráfaga, el campo visual del pájaro, a su vez, va fluctuando. ¿No es así?

Asiento.
¿Y, cuando esto sucede, cómo crees que el pájaro estabiliza su campo visual?
Sacudo la cabeza.
No lo sé.

El pájaro sube y baja la cabeza y se ajusta a la oscilación de la rama. La próxima vez que sople un viento fuerte observa bien a los pájaros. Yo me paso mucho tiempo mirando por la ventana. ¿No te parece que debe de ser agotadora una vida así? Vivir moviendo el cuello a cada oscilación de la rama en la que estás posado. Pero los pájaros están acostumbrados. Para ellos eso es lo más natural. Pueden hacerlo sin ser conscientes de ello. Por eso no les resulta tan cansado como nos parece a nosotros. Pero yo soy un ser humano y, a veces, me canso.

¿Está usted posada en una rama?

- Según como lo mires —dice—. Y, a veces, sopla un viento fuerte.

Deposita la tacita en el plato y le quita el capuchón a la estilográfica. Es hora de retirarse. Me levanto de la silla.

- Señora Saeki, hay algo que me gustaría preguntarle —le digo con audacia.
- ¿Se trata de algo personal?
- Sí, lo es. Tal vez sea una descortesía preguntárselo.
- Pero, al parecer, es una pregunta muy importante.
- Sí, para mí lo es.

Vuelve a dejar la estilográfica sobre la mesa. En sus ojos brilla una luz neutral.

- De acuerdo. Hazla.
- Señora Saeki, ¿tiene usted hijos?

La señora Saeki respira y hace una pequeña pausa. La expresión de su rostro parece ir retrocediendo despacio hacia un lugar lejano. Luego regresa. Igual que un desfile que, poco después de haber desaparecido calle abajo, vuelve a marchar por la misma calle.

- ¿Por qué quieres saberlo?

Se trata de una cuestión personal. No es algo que se me haya pasado ahora mismo por la cabeza.

Ella alcanza su Montblanc, observa cuánta tinta le queda. Experimenta el grosor y el tacto de la pluma. Vuelve a dejarla sobre la mesa, alza la cabeza.

- Oye, Tamura. Me sabe mal, pero no puedo contestarte ni sí ni no. Al menos ahora. Estoy cansada y el viento es fuerte.

Asiento.

Lo siento. No debería habérselo preguntado.

- No importa. No has hecho nada malo —dice la señora Saeki con voz cariñosa—. Gracias por el café. Haces un café muy bueno.

Cruzo el umbral, bajo las escaleras. Vuelvo a mi habitación. Me siento en la cama, abro un libro. Pero las frases no me entran en la cabeza. Me limito a seguir con los ojos las letras que se alinean en él. Igual que si mirara la tabla de números aleatorios. Dejo el libro, me acerco a la ventana y contemplo el jardín. Veo los pájaros en las ramas de los árboles. Pero no hay viento. ¿Estoy enamorado de la señora Saeki cuando era una jovencita de quince años? ¿O lo estoy de la señora Saeki actual, con más de cincuenta años? Ya no lo sé. La frontera que debería existir entre ambas fluctúa, se desvanece, no logra ligar bien ambas imágenes. Y esto me llena de turbación. Cierro y busco una especie de eje dentro de mis sensaciones. Pero, sí. Es tal como dice la señora Saeki. Su rostro y su fisonomía para mí, día tras día, cada vez que la veo, algo precioso, algo especial.

28

El Colonel Sanders era muy ágil para su edad y avanzaba a paso rápido. Parecía un corredor veterano de marcha atlética. Además daba la impresión de que se conocía aquellas callejuelas al dedillo. Para atajar el camino subió por unas escaleras estrechas y oscuras, se escurrió entre los edificios ladeando el cuerpo. Saltó una zanja y reprendió con un grito conciso a un perro que ladraba detrás de un seto. La espalda de su traje blanco de talla pequeña se desplazaba rauda y veloz por las callejas de la ciudad como un alma presurosa en busca de dueño. Hoshino lo seguía a duras penas intentando no perderlo de vista. Pronto se le entrecortó la respiración y el sudor empezó a manar de sus axilas. El Colonel Sanders no se volvió ni una sola vez para comprobar si el joven lo seguía.

¡Eh, abuelo! ¿Todavía no llegamos? —gritó Hoshino a sus espaldas cuando se sintió desfallecer.

- ¡Vamos, jovencito! No me digas que ya no puedes más —dijo el Colonel Sanders sin volverse, como de costumbre.

Pero oye, abuelo, que yo soy el cliente. Si me haces andar tanto, vas a dejarme hecho polvo y se me quitarán las ganas.

- ¡Vaya piltrafa estás hecho! ¿Y tú eres un hombre? Si por esa ridiculez pierdes las ganas, mejor habría sido dejarlo correr desde el principio.
- ¡Jo! —dijo el joven.

El Colonel Sanders cruzó un callejón, atravesó una calle grande ignorando el semáforo y siguió andando un poco más. Luego cruzó un puente y penetró en el recinto de un santuario sintoísta. Era un santuario bastante grande, pero a esas horas de la noche no se veía ni un alma en su interior. El Colonel Sanders le señaló a Hoshino un banco que estaba delante de las oficinas del santuario y le indicó que se sentara. Junto al banco se erguía una gran lámpara de mercurio y los alrededores estaban tan iluminados que parecía de día. El joven se sentó en el banco, tal como se le había indicado, y el Colonel Sanders tomó asiento a su lado.

- Oye, abuelo. No me digas que tendré que hacerlo por aquí —so saber el joven Hoshino alarmado.

¡No digas tonterías! Ni que fueras un ciervo de Miyajima.* ¿Cómo se te ocurre hacer un mete—mete en el recinto de un santuario? ¡Vaya sandez! ¿Pero quién te crees que soy?

El Colonel Sanders se sacó del bolsillo un teléfono móvil plateado y pulsó un corto número de tres dígitos.

Oye, soy yo —le dijo a alguien el Colonel Sanders—. Sí, en el lugar de costumbre. En el santuario. Aquí tengo a un tipo que se llama Hoshino. Sí... Exacto. Como siempre. De acuerdo. Ven enseguida.

El Colonel Sanders apagó el móvil y se lo guardó en el bolsillo de la americana blanca.

¿Siempre haces venir a las chicas a este santuario? —preguntó joven Hoshino.

¿Y qué hay de malo en ello?

No, nada. Pero me parece que hay sitios más apropiados, más comunes... No sé. Por ejemplo, una cafetería o la habitación de un hotel. Sitios así.

Un santuario es más tranquilo. Es mejor. Y el aire es más puro Sí, en eso tienes razón. Pero lo de estar esperando a una chica en plena noche en un santuario, no sé... No estoy muy tranquilo. Tengo sensación de que, de un momento a otro, va a venir un zorro con la in tención de engañarme o algo por el estilo.

¿Pero qué dices? ¿Te estás burlando de Shikoku o qué? Takamatsu es una ciudad decente, toda una capital de provincia. Por aquí no aparecen los zorros.

Bueno, lo de los zorros era una broma. Pero oye, abuelo, en el sector servicios es aconsejable cuidar un poco el ambiente. Se necesita algo de lujo, algo que te ponga a tono. Claro que quizás esté hablando más de la cuenta.

- Estás hablando más de la cuenta —dijo el Colonel Sanders tajante—. ¿Y qué? ¿Qué hay de la piedra?
- ¡Ah, sí! Quiero que me cuentes cosas de la piedra.
- Primero haz el mete—mete. Y luego ya hablaremos.
- El mete—mete es muy importante, ¿no?

El Colonel Sanders asintió varias veces con gravedad. Luego se acarició la perilla adoptando un aire misterioso.

- Sí, es importante hacer primero el mete—mete. Es una especie de ritual. Primero, el mete—mete. Luego hablamos de la piedra. Hoshino, seguro que la chica te gusta. Es la número uno. Y no exagero. Pecho turgente, piel como la seda, curvas generosas, la cosita húmeda. Una buena máquina sexual. Si la comparáramos con un coche, te diría: en la cama, propulsión total; pisas el acelerador y turbo de pasión; dedos que rodean el cambio de marchas; tomas la curva; delicioso cambio de velocidad; sobrepasas la línea discontinua, aceleras, aceleras y llegas, llegas, llegas... ¡Ya has llegado! Hoshino ha alcanzado el paraíso.
- Abuelo, eres un personaje de lo más original, ¿lo sabías? —dijo el joven admirado. —Escucha, que este negocio me da de comer, ¿eh? Quince minutos más tarde apareció la chica. Tal como había anunciado el Colonel Sanders, era una belleza de cuerpo escultural. Llevaba un mini vestido ceñido de color negro, zapatos de tacón también de color negro y un pequeño bolso de charol negro colgado al hombro. No hubiera desmerecido como modelo. El abundante pecho le asomaba por el generoso escote.

¿Qué, Hoshino? ¿Te gusta? —preguntó el Colonel Sanders. Boquiabierto, Hoshino asintió con un movimiento de cabeza. No le salían las palabras.

Una máquina sexual de primera, Hoshino. i Que disfrutes! –dijo el Colonel Sanders, sonrió por primera vez y pellizcó a Hoshino en el trasero.

La mujer condujo a Hoshino fuera del santuario y lo llevó a un *love hotel* cercano. Una vez allí llenó la bañera de agua, se despojó primero de sus ropas y luego desnudó a Hoshino. Dentro de la bañera lo lavó con cuidado, lo lamió por todas partes y, después, le hizo una felación de tan alto nivel artístico que Hoshino jamás había visto ni oído nada similar. Hoshino eyaculó sin que le diera tiempo a que se le cruzase un solo pensamiento por la cabeza.

- ¡Caramba! Es la primera vez en mi vida que me hacen algo fantástico —dijo Hoshino y se sumergió dentro de la bañera.

Esto es sólo el principio —dijo la mujer—. Ahora viene lo bueno Pero yo me he sentido muy bien.

- ¿Como cuánto?
- Tanto que no podía pensar ni en el pasado ni en el futuro.

«El puro presente no es sino el fugitivo progreso del pasado yendo el futuro. A decir verdad, toda percepción ya es memoria.» Hoshino alzó la cabeza y miró a la mujer boquiabierto.

¿Y eso qué es?

- Henri Bergson —dijo ella tomando el glande entre los labios los restos de esperma—. *Mafeeda y memooya.*

No te entiendo.

- *Materia y memoria.* ¿Lo has leído?

Creo que no —dijo el joven Hoshino tras pensar unos instante Aparte del *Manual de conducción de vehículos especiales del Ejército Tierra de Autodefensa* que le habían obligado a leer en su época de so dado (y descontando sus investigaciones de los últimos días en la biblioteca sobre la historia de Shikoku y su clima), Hoshino no recordaba haber leído en su vida otra cosa que *manga.*

¿Y tú lo has leído?

La mujer asintió.

- He tenido que leerlo. Estoy estudiando filosofía en la universidad. Y pronto hay exámenes.

¡Ah, ya! —exclamó el joven admirado—. ¿Y esto que haces es un trabajillo de media jornada?

- Sí. Hay que pagarse la matrícula.

Después condujo a Hoshino a la cama, recorrió todo su cuerpo con las yemas de los dedos y con la lengua y consiguió que él tuviera enseguida otra erección. Una erección tan firme como la Torre de Pisa en tiempos de Carnaval.

- Mira, ya vuelves a estar en forma —dijo la mujer. Y, despacio, pasó a la siguiente secuencia de acciones—. Por cierto, ¿tienes alguna petición especial? Algo que quieres que te haga. El Colonel Sanders me lo ha dicho: que te haga lo que tú desees.
- No se me ocurre ninguna petición, pero podrías decirme otra cita de esas, de filosofía. No sé, pero me da la impresión de que eso hará que aguante un poco más. Porque, si seguimos así, volveré a eyacular en un santiamén.
- Vamos a ver... Es un poco viejo, pero a lo mejor Hegel funciona. —Tanto me da uno como otro. El que más te guste a ti. —Te recomiendo a Hegel. Es un poco viejo, pero, ita—ta—chan! *Oldiesbut Goodies!*
- iAh! Muy bien.

—«El yo es el contenido de la relación y, al mismo tiempo, la relación en sí misma.»

- iAh!
- Hegel estipula la llamada «conciencia del yo». Piensa que el hombre no sólo tiene conciencia de que el yo y el objeto son entidades separadas, sino que, a través de la proyección del yo en el objeto que desempeña la función de mediador, puede llegar activamente a una comprensión más profunda de sí mismo. Esto es, en definitiva, la conciencia del yo.
- No he entendido nada.
- A ver. Mira lo que te estoy haciendo yo a ti. Desde mi punto de vista, yo soy el yo y tú eres el objeto. Y, desde tu punto de vista, por supuesto, es al revés. Para ti, tú eres el yo, y yo soy el objeto. Y nosotros, en consecuencia, vamos intercambiándonos, el uno al otro, el yo y el obj eto, nos proyectamos el uno en el otro y establecemos la conciencia del yo. De una manera activa. Dicho de una manera fácil de entender. —Sigo sin enterarme demasiado, pero me da la impresión de que debe de ser estimulante.
- Ahí está la gracia —dijo ella.

Cuando, tras acabar y despedirse de la mujer, volvió solo al santuario, se encontró al Colonel Sanders esperándolo sentado en el mismo banco de antes.

- ¡Eh, abuelo! ¿Me has estado esperando aquí todo el rato? —le preguntó Hoshino.

El Colonel Sanders sacudió la cabeza irritado.

- ¡No digas tonterías! ¿Crees que me sobra el tiempo como para quedarme aquí plantado esperándote? ¿Tan poco trabajo te crees que tengo? Mientras tú, Hoshino, alcanzabas en alguna cama el paraíso, el destino ha hecho que yo me matara trabajando por estas callejuelas. Cuándo la chica me ha llamado para avisarme de que ya habíais terminado, he venido corriendo. ¿Qué? ¿Verdad que es fenomenal mi máquina sexual?

Sí, muy buena. Nada que objetar. Algo fuera de serie. Activamente hablando, me he corrido tres veces. Me da la sensación de haber perdido unos dos kilos.

Fantástico, entonces. Por cierto, la piedra de la que hablábamos —Sí, eso es importante.

- Pues la verdad es que la piedra se encuentra entre los árboles este santuario.
- Hablo de la «piedra de entrada», ¿eh?
- Sí, exacto. La «piedra de entrada».

Oye, abuelo. No estarás, por casualidad, diciéndome lo prime que se te pasa por la cabeza, ¿no?

Al oírlo, el Colonel Sanders levantó la mirada con resolución.

¿Pero qué dices? ¡Idiota! ¿Acaso te he mentido una sola vez? ¿Has oído un solo disparate de mis labios? Te he hablado de una preciosa máquina sexual y era una preciosa máquina sexual. ¿O no?

Además, te he ofrecido un servicio a un precio tan bajo que he perdido dinero. Y tú, por unos miserables quince mil yenes, tienes el morro de eyacular ni más ni menos que tres veces. Y encima desconfías de mí.

No, no. No es que no te crea. No te pongas así. No es eso. Pero, entiéndeme. Todo ha resultado demasiado fácil y he pensado más de la cuenta. Es que, mira, voy andando por la calle, se me acerca un tipo con una pinta muy extraña, me dice que me enseñará dónde está la piedra y, encima, me ofrece a una tía estupenda para echar un clavo...

¡Tres! Han sido tres.

Eso es lo de menos. Bueno, sí, para echar tres clavos, y, al final, va y me dice que la piedra que he estado buscando se encuentra aquí. Sinceramente, esto desconcertaría a cualquiera, ¿no?

Tú no entiendes nada de nada. Una revelación es así —dijo el Colonel Sanders haciendo chasquear la lengua—. Una revelación trasciende los límites de lo cotidiano. Y una vida sin revelaciones no es vida. Lo importante es pasar de una razón que sólo observa a una razón que actúa. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, pedazo de alcornoque?

- La proyección y el intercambio del objeto y del yo... —dijo Hoshino medrosamente.
- Eso es. Con que entiendas eso, basta. Ahí está el secreto. Tú, sígueme. Y te dejaré adorar realmente tu preciosa piedra. Un buen servicio, ¿eh, Hoshino?

29

Llamo a Sakura desde el teléfono público de la biblioteca. Pensándolo bien, no me había puesto en contacto con ella desde la noche en que me alojé en su apartamento. Me fui dejándole una simple nota. Me siento avergonzado por ello. En cuanto abandoné su casa me vine a la biblioteca, Oshima me llevó en coche a su cabaña, pasé unos días solo en el corazón de las montañas, desde donde era imposible telefonear. Después volví a la biblioteca, inicié aquí una vida nueva, un trabajo nuevo, empecé a ver por las noches el espíritu vivo (o algo parecido) de la señora Saeki. Y, luego, me he enamorado locamente de aquella jovencita de quince años. Son tantas las cosas que se han ido sucediendo sin interrupción. Pero esto, claro, no es ninguna excusa.

Llamo poco antes de las nueve de la noche. Al sexto tono, Sakura se pone al teléfono.

- ¿Dónde diablos te has metido? ¿Qué estás haciendo? —me pregunta Sakura con voz dura.

Todavía estoy en Takamatsu.

Ella enmudece por unos instantes. De fondo, se oye algún programa de música en la televisión.

He sobrevivido, más o menos —continúo.

Se produce otro corto silencio y, luego, Sakura lanza un suspiro de resignación.

¿Crees que fue correcto lo que hiciste, salir corriendo en mi ausencia? Yo, ¿sabes?, estaba preocupada por ti. Aquel día salí del trabajo antes que de costumbre. Me vine a casa cargada con un montón de comida.

Lo siento de veras. Sí que me porté fatal. Pero en aquel momento no tuve más remedio que marcharme. Me sentía muy confuso, necesitaba ordenar mis ideas. Reflexionar con tiempo. Y, a tu lado, ¡uff!, no sé... ¿Cómo te lo diría...?

¿Que los estímulos eran demasiado fuertes?
Sí. Yo, hasta entonces, no había estado nunca tan cerca de mujer.

- ¡No me digas!

Y ya sabes. El olor de una mujer, esas cosas. Y, además... —Qué duro es ser joven, ¿eh?

- Pues sí. Tal vez —digo—. ¿Estás muy ocupada?

Sí, muchísimo. Pero, en fin, no me quejo. Mi idea en estos momentos es trabajar y ahorrar, así que ya me va bien.

Hago una pequeña pausa. Luego digo:

Oye, Sakura. La verdad es que la policía me está buscando. Ella enmudece por un instante, luego pregunta con tono precavida —¿No tendrá algo que ver con aquella sangre?

De momento, decido mentirle.

No, ¡qué va! No tiene nada que ver con aquello. Me buscan porque soy un menor que se ha fugado de casa. Si me encuentran, me pondrán bajo tutela y me mandarán a Tokio. Sólo eso. Pero, escucha, es posible que la policía se ponga en contacto contigo. Hace días, la noche que pasé en tu casa, te llamé con mi móvil, la policía se ha enterado así de que estoy en Takamatsu, por el registro de la compañía telefónica. También conocen tu número de teléfono móvil.

¡Ostras! —dice—. Pero, por lo de mi número, no tienes por qué preocuparte. Es un número de prepago, así que no consta el titular, De hecho, en principio, el móvil era de mi novio y se lo cogí prestado, así que ni yo ni mi dirección figuramos por ninguna parte. Puedes estar tranquilo.

¡Uff! —suspiré—. Es que no quería ocasionarte más molestias. — ¡Cuánta consideración! Mira, se me saltan las lágrimas.

Lo digo en serio —replico.

Ya lo sé, hombre —dice ella con tono renuente—. Y qué, señor menor que se ha fugado de casa, ¿dónde te alojas ahora?

En casa de un conocido.
Creía que aquí no conocías a nadie, ¿o sí?

No puedo responder adecuadamente a su pregunta. ¿Cómo diablos podría explicarle, de manera concisa, todo lo que me ha ocurrido estos últimos días?

Es una historia muy larga —digo.
Todas tus historias lo son.
Sí. No sé por qué, pero siempre lo acaban siendo.

- ¿Tienes tendencia a ello?
- Probablemente —respondo—. Un día, con tiempo, te lo explicaré todo con pelos y señales. No es que ahora quiera ocultártelo. Sólo que, por teléfono, no te lo podría explicar bien.
- No es preciso que me cuentes nada. Pero, dime, no te habrás metido en nada peligroso, ¿verdad?
- En absoluto. No corro ningún peligro. Tranquila.

Lanza otro suspiro.

- Ya sé que eres una persona muy independiente y que tú solo te las apañas muy bien, pero lo mejor es no tener líos con la justicia, ¿sabes? En primer lugar, porque siempre sales perdiendo. Eso fijo. Recuerda que Billy el Niño murió antes de cumplir los veinte.
- Billy el Niño no murió antes de cumplir los veinte —corrijo—.

Mató a veintiuno y murió a los veintiuno.

- ¿Ah, sí? —dijo—. En fin, dejémoslo correr. ¿Querías algo?
- Sólo darte las gracias. Tú te portaste muy bien conmigo y yo, a cambio, me fui de tu casa a la francesa. La verdad es que estaba preocupado.
- Eso ya ha quedado aclarado. Olvídalo.

También quería escuchar tu voz —digo.

Me alegra que digas eso, pero no creo que te sirva de gran cosa, ¿no?

- ¿Cómo te lo diría?... Quizá te suene extraño, pero es que tú vives en un mundo real, respiras un aire real, pronuncias palabras reales. Y, cuando hablo contigo, comprendo que todavía sigo, de momento, ligado al mundo real. Y para mí eso es muy importante.

¿Y la gente que te rodea *no es así?*

Pues, quizá no —respondo.

No sé si lo he entendido bien. ¿Tú estás en un lugar alejado de la realidad, con unas personas alejadas de la realidad? ¿Es eso?

Pienso en ello.

- Según cómo te lo mires, sí.

Oye, Tamura —dice Sakura—. Ya sé que se trata de tu vida, y yo no quiero entrometerme. Pero, mira, escuchándote, no sé, tengo la impresión de que lo mejor sería que te fueras inmediatamente de ese sitio. Ignoro qué tipo de lugar debe de ser, pero me da mala espina. Llámalo ‘Presentimiento si quieres. Así que vente enseguida a casa. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

- Oye, Sakura. ¿Por qué eres tan buena conmigo?
- ¿Tú eres tonto o qué? — ¿Por qué?
- ¿No está ya claro que te tengo cariño? Fijo que soy una persona muy curiosa, pero esto no lo haría por cualquiera. Pero a ti te tengo cariño, me caes muy bien. No sé cómo explicarlo, pero me da la sensación de que eres mi hermano de verdad.

Me quedo mudo ante el auricular. ¿Qué diablos debo hacer? Por un instante, dejo de saberlo. Me asalta un ligero vértigo. Jamás en la vida, desde que nací, me había dicho nadie nada parecido.

¿Me oyes? —pregunta Sakura.
Estoy aquí —contesto.
Pues si estás ahí, di algo.
Ordeno mis ideas. Respiro hondo.

Digo:

Sakura, ojalá pudiera hacerlo. Hablo en serio. Lo deseo de todo corazón. Pero ahora no puedo. Tal como te he dicho antes, no puedo dejar este sitio. En primer lugar, porque estoy enamorado.

¿De una persona complicada que no se puede decir que sea real?
Más o menos.
Sakura vuelve a lanzar otro suspiro ante el auricular. Un suspiro hondo, profundo.

Escúchame. Cuando un chico de tu edad se enamora, por lo general ya tiene tendencia a huir de la realidad; si ella, encima, es una persona alejada de la realidad, la cosa puede ser un poco complicada. ¿Lo tienes en cuenta?

- Sí, ya lo sé.

Oye, Tamura.
¿Sí?

- Si me necesitas, llámame cuando quieras. No importa la hora que sea, no te lo pienses dos veces y llama.

Gracias.

Corto la comunicación. Vuelvo a mi cuarto, pongo en el plato el *single* de *Kafka en la orilla del mar*, hago descender la aguja. Y me siento arrastrado de nuevo a *aquel lugar.* A *aquel tiempo.*

Me despierto al notar una presencia. Está oscuro. Las agujas fosforescentes del reloj, a la cabecera de la cama, señalan poco más de las tres. Debo de haberme dormido sin darme cuenta. A la tenue luz de los focos del jardín que penetra por la ventana la veo a *ella.* Como de costumbre, la niña está sentada frente a la mesa, contemplando el cuadro en la misma posición de siempre. Con el codo hincado en la mesa y la barbilla apoyada en la palma de la mano, inmóvil. Tendid$_o$ en la cama, contengo la respiración, como de costumbre, contemplo su silueta con los ojos entreabiertos. Fuera, la brisa que llega del mar mece silenciosamente las ramas de los árboles.

Pronto me doy cuenta de que el aire contiene un elemento distinto a lo habitual. *Algo* extraño que turba levemente, aunque de modo decisivo, la armonía, que debería ser perfecta, de aquel pequeño mundo. Fijo la mirada en la penumbra. ¿Qué diablos es lo que ha cambiado? Por un instante, el viento de la noche sopla con más fuerza, la sangre que corre por mis venas empieza a adquirir un peso y un espesor extraños. Las ramas de los árboles del jardín dibujan un nervioso laberinto en el cristal de la ventana. Pronto lo descubro. Aquélla no es la silueta de la niña. Se le parece mucho. Casi podría decirse que es idéntica. Pero no es *exactamente* igual. Como si, al dibujo original, le hubieran superpuesto una copia ligeramente poco lograda, las diferencias van saltando, una tras otra, a mis ojos. El peinado es distinto, por ejemplo. Y también el vestido. Pero, sobre todo, su presencia es distinta. Me doy cuenta. Sacudo la cabeza con un gesto inconsciente. Allí hay *alguien* que no es la niña. ¿Qué está ocurriendo? Debe de tratarse de algo importante. Sin pensar, me aprieto las manos con fuerza dentro de la cama. Mi corazón, incapaz de resistir más, empieza a latir con un sonido duro y seco. Empieza a marcar un tiempo distinto.

Y, como si ese sonido fuera una señal, la silueta de la silla se pone en movimiento. El cuerpo cambia lentamente de ángulo, como un gran barco virando a golpe de timón. Aparta la barbilla de la palma de la mano, mira hacia donde yo me encuentro. Y descubro que se trata de la señora Saeki. Ni siquiera soy capaz de expulsar el aire que he aspirado. La que está aquí es la señora Saeki *actual.* En otras palabras, es la señora Saeki *real.* Ella permanece unos instantes mirándome. En silencio, con toda su atención, como cuando contemplaba el cuadro de *Kafka en la orilla del mar*. Pienso en el eje del tiempo. Quizá, sin saberlo yo, en algún lugar le ha sucedido algo extraño al tiempo. Y, en consecuencia, los sueños se confunden con la realidad. Igual que se mezcla el agua del río con el agua del mar. Me devano los sesos buscándole un sentido. Pero no le encuentro el sentido por ninguna parte.

Poco después, la señora Saeki se levanta y se me acerca despacio.

Con su manera de andar característica, erguida, con la espalda bien recta. No lleva zapatos. Va descalza. El entarimado cruje levemente bajo sus pies. Se sienta en silencio a los pies de la cama, permanece unos instantes allí, inmóvil. Su cuerpo posee una densidad y un p evidentes. La señora Saeki lleva una blusa blanca de seda y una falda de color azul marino hasta las rodillas. Alarga la mano, me acaricia pelo. Sus dedos juguetean con mis cortos

cabellos. Sin duda, la más real. Los dedos son reales. Luego se pone en pie y, bañada por le pálida luz que llega del exterior, empieza a desnudarse, como si eso fuera lo más natural. No se apresura, pero tampoco vacila. Con movimientos suaves, llenos de naturalidad, se va desabrochando, uno a uno, los botones de la blusa, se quita la falda, se baja las bragas. Su ropa va deslizándose hacia el suelo por orden, en silencio. Las suaves prendas no hacen ningún ruido al caer. Está dormida. Lo sé. Tiene los ojos abiertos. Pero la señora Saeki *está dormida.* Y todas sus acciones las está realizando en sueños.

Una vez desnuda, se mete en la pequeña cama. Su blanco brazo rodea mi cuerpo. Siento su aliento cálido en el cuello. Siento cómo su vello púbico roza mis muslos. Posiblemente, la señora Saeki piense que soy su novio muerto hace años. Tal vez esté repitiendo las mismas acciones que realizaba, años atrás, en esta misma habitación. Con toda naturalidad, como si fuera lo más normal, dormida. En sueños.

Pienso que debo despertarla. Hacer que abra los ojos. Se está confundiendo. Debo decirle que aquí hay un gran error. Que esto no es un sueño. Que es el mundo real. Pero todo va demasiado rápido. No tengo fuerzas para detener el flujo de los acontecimientos. Me siento terriblemente confuso. Yo mismo estoy siendo engullido por esta distorsión temporal.

Y tú mismo estás siendo engullido por esta distorsión temporal. Sus sueños te envolverán antes de que te des cuenta. Te envolverán cálida y suavemente, como el líquido amniótico. La señora Saeki te quita la camiseta, los bóxers. Te besa una y otra vez en el cuello; después alarga la mano, toma tu pene. Tu pene ya está erecto, duro como la porcelana. Ella envuelve tus testículos con sus manos. Y, sin una palabra, conduce tu mano hasta su vello púbico. Su sexo está húmedo y cálido. Besa tu pecho. Te lame los pezones. Tus dedos van hundiéndose, despacio, dentro de su cuerpo, como succionados.

¿Dónde diablos empieza tu responsabilidad? Mientras intentas despejar la nebulosa del campo visual de tu conciencia, intentas con todas tus fuerzas localizar tu posición actual. Intentas descubrir la dirección de la corriente. Intentas atrapar el verdadero eje del tiempo. Pero no logras hallar la línea que separa los sueños de la realidad. Ni siquiera encuentras la frontera entre los hechos reales y las posibilidades. Lo único que sabes es que, ahora, tú te encuentras en una posición delicada. En una posición delicada y, al mismo tiempo, peligrosa. Te están arrastrando hacia delante, sin haber llegado a dilucidar los principios de la profecía o su lógica. Igual que una ciudad que se encuentra junto a un río se ve inundada por la riada. Todos los caminos y postes indicadores se han quedado sumergidos bajo el agua. Lo único que se ve son los tejados anónimos de las casas.

Poco después, la señora Saeki se sube encima de ti, tú estás boca arriba. Abre las piernas, conduce tu pene erecto, duro como una piedra, hacia su interior. Tú no puedes elegir nada. Es ella quien elige. Su cintura se retuerce con profundos movimientos serpenteantes, como si trazara un dibujo con su cuerpo. Su pelo liso se derrama sobre tu hombro y tiembla, mudo, como las ramas del sauce. Sientes cómo un cálido lodo te va absorbiendo poco a poco. Este mundo es, en su totalidad, un magma cálido, húmedo, indistinto; tu pene, rígido y bruñido, es todo cuanto existe. Cierras los ojos, te sumerges en tu propio sueño. El paso del tiempo es terriblemente incierto. La marea avanza, la luna asciende en el cielo. Poco después eyaculas. Eyaculas con fuerza, una y otra vez, en su interior. Ella se contrae, recibe tu semen con dulzura. Con todo, sigue dormida. Con los ojos abiertos, duerme. Ella se encuentra en otro mundo. Tu semen está siendo engullido por un mundo distinto.

Ha transcurrido mucho tiempo. No puedo moverme. Todo mi cuerpo está paralizado por igual. Pero ni siquiera yo soy capaz de dilucidar si se trata de una verdadera parálisis o si lo que ocurre es que no siento ningún deseo de mover mi cuerpo. Ella se separa de mí, se tiende a mi lado en silencio. Luego se levanta, se pone las bragas, se abrocha los botones de la blusa. Alarga la mano con dulzura, vuelve a tocarme el pelo. Todo ello en silencio. Pensándolo bien, desde que ha aparecido no ha pronunciado ni una sola palabra. Lo único que llega a mis oídos es el leve crujido del entarimado, el susurro incesante del viento. El hálito que exhala la habitación, la leve vibración de los cristales de las ventanas. Ése es el único coro que hay a mis espaldas.

Dormida, cruza la habitación, se dispone a salir. Entreabre la puerta, se desliza por la estrecha rendija como un pequeño pez que se moviera en sueños. Cierra la puerta sin ruido. Desde la cama la veo salir. Sigo paralizado. No puedo mover ni un solo dedo. Mis labios están firmemente sellados. Las palabras duermen en un bache del tiempo.

Todavía sin poder moverme, aguzo el oído. Imagino que el ronroneo del motor del Volkswagen Golf de la señora Saeki llegará a mis oídos de un momento a otro desde el aparcamiento. Sin embargo, por más tiempo que espero, no oigo nada. Las nubes de la noche van desapareciendo arrastradas por el viento. Las ramas de los árboles se mecen levemente y una multitud de cuchillos brillan en la oscuridad. Esta ventana es la ventana de mi corazón, esta puerta es la puerta de mi corazón. Permanezco despierto en la misma postura hasta la mañana. Contemplando eternamente la silla vacía.

30

Los dos cruzaron un seto bajo y entraron en el bosquecillo del santuario sintoísta. El Colonel Sanders se sacó una pequeña linterna del bolsillo y dirigió el haz de luz hacia el suelo. Había un sendero estrecho. No era un bosquecillo muy grande, pero los árboles eran todos, sin excepción, viejos, grandes, con tupidas ramas entrelazadas que formaban una oscura techumbre sobre sus cabezas. El suelo despedía un intenso olor a hierba.

El Colonel Sanders iba delante, pero, a diferencia de antes, en ese momento avanzaba muy despacio. Daba un paso y otro paso con precaución, a la luz de la linterna, mirando atentamente dónde ponía los pies. Hoshino lo seguía.

¡Eh, abuelo! ¿Y esto qué es? ¿Una machada o qué? —dijo el joven hacia la blanca espalda del Colonel Sanders—. ¡Aaah! ¡Un fantasma!

- ¿No piensas parar de decir tonterías? ¿Por qué no te callas un poquito para variar? —dijo el Colonel Sanders sin volverse.

Vale, vale.

« ¿Qué estará haciendo Nakata en este momento?», pensó el joven. «Seguro que aún debe de estar metido en el futón, durmiendo a pierna suelta. El tío, una vez que se duerme, ya no hay quien lo despierte. Desde luego, la expresión "dormir como un tronco" debieron de inventarla pensando justamente en él.» Pero lo que Nakata soñaba durante las largas horas que permanecía dormido, eso el joven no podía ni imaginarlo.

- ¡Eh, abuelo! ¿Falta mucho?
- Ya estamos llegando —respondió el Colonel Sanders.
- Oye, abuelo —dijo el joven.
- ¿Qué?
- ¿Eres el Colonel Sanders de verdad?

El Colonel Sanders carraspeó.
No. Pero he adoptado su aspecto por el momento.
Ya me parecía a mí —dijo el joven—. Entonces, abuelo, ¿quién eres en realidad?

- No tengo nombre.
- ¿Y no tienes problemas, así, sin nombre?

Ningún problema. Yo, en principio, no tengo ni nombre ni forma.

¡Anda! Como un pedo.

Pues, según cómo te lo mires, sí. Como no tengo forma, pues puedo convertirme en cualquier cosa.

- ¡Jo!
- De momento he tomado prestada la forma del Colonel Sanders. Un icono de la empresa capitalista fácil de reconocer. No habría estado mal convertirme en Mickey Mouse, pero los de Disney son muy quisquillosos en lo que respecta a los derechos de sus dibujos. Y yo no quería verme metido en pleitos.

A mí, la verdad, no me habría hecho mucha gracia que fuera Mickey Mouse el que me hubiera proporcionado una mujer. —Sí, también tienes razón.

Además, abuelo, me da la impresión de que el aspecto del Colonel Sanders cuadra más con tu carácter.

- Yo no tengo carácter ni sentimientos. «Os hablo bajo esta forma, pero no soy un dios, ni tampoco soy Buda, y siendo, como soy, un ser desprovisto de sentimientos, mi corazón difiere del de cualquier hombre.»

¿Y eso qué es?

- Unas líneas de *Cuentos de la lluvia y de la luna*, de Ueda Akinari. Supongo que no lo habrás leído.

No quisiera fardar, pero no.

Dice que ha tomado la forma de un hombre y que ahora está aquí, pero que no es ni un dios ni Buda. Es algo que no tiene sentimientos y, por eso, su corazón funciona de manera distinta al corazón de la gente. Eso es lo que quiere decir.

¡Ahh! —dijo el joven—. No lo acabo de entender, pero vendría a ser que tú, abuelo, no eres un hombre, ni tampoco un dios, ni Buda. ¿Es eso?

—«No soy ni un dios, ni tampoco Buda, sólo un ser desprovisto de sentimientos. No inquiero acerca del Bien y del Mal humanos, ni debo, por lo tanto, actuar en consecuencia.»

No lo entiendo.

- Quiere decir que, como no soy un dios, ni tampoco soy Buda, no necesito juzgar el Bien y el Mal del hombre. Tampoco tengo ninguna necesidad de actuar conforme a los principios basados en el Bien y el Mal.
- Es decir abuelo, que tú estás por encima del Bien y del Mal.
- Hoshino, me sobrevaloras. No es que esté por encima del Bien y del Mal. Simplemente, no tengo nada que ver con ello. No sé lo que está bien ni lo que está mal. Lo único que deseo es realizar a la perfección el cometido que llevo entre manos. Sólo eso. Soy un ser terriblemente pragmático. Un objeto neutral, por decirlo así.
- ¿Qué quieres decir con eso de realizar a la perfección tu cometido?
- ¿Tú no has ido a la escuela o qué?
- A la escuela sí he ido, pero era un instituto de formación profesional y me pasaba el día de aquí para allá en moto.
- Pues lo que yo debo hacer es controlar que las cosas desempeñen su papel original. Mi función es supervisar la correlación entre mundos distintos. Vigilar que las cosas estén ordenadas a la perfección. Que la causa preceda a la consecuencia. Que no se confundan los significados. Que el pasado preceda al presente. Que el futuro vaya detrás del presente. Aunque las cosas no estén ajustadas al milímetro, no importa. En este mundo no existe la perfección. Con que las cuentas salgan, Hoshino, yo me doy por satisfecho. Aquí donde me ves, yo, a veces, también hago las cosas a ojo de buen cubero. En términos técnicos, eso vendría a ser «omisión del proceso intuitivo de información continua», pero si empiezo a darte pormenores sobre esto, la cosa se alargará mucho y, además, me da la impresión de que tú tampoco lo entenderías. Así que abreviemos. Lo que quiero decirte es que yo no le voy buscando el pelo a un huevo. Pero, eso sí, el balance ha de cuadrar. Porque ésa es mi responsabilidad.
- Lo que no entiendo, abuelo, es qué hace una persona como tú, alguien con una misión tan importante, de chulo por los callejones.
- Yo no soy una persona. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?
- Sí, vale.
- Si he hecho de chulo, ha sido únicamente para traerte hasta aquí. Tienes que ayudarme en algo. Así que he dejado que, como recompensa, te divirtieras un rato. Es una especie de formulismo.
- ¿Ayudarte?
- Sí. Tal como te he dicho hace un rato, yo no tengo forma. En sentido estricto, soy un ente conceptual, metafísico. Puedo adoptar la forma que quiera, pero no tengo sustancia. Y, para desempeñar una acción real, es imprescindible tener sustancia.
- O sea, que, en este caso, yo soy la sustancia.
- Exacto —dijo el Colonel Sanders.

Avanzaron poco a poco por el sendero del oscuro bosque hasta encontrar una pequeña capilla sintoísta debajo de un grueso roble. La capilla era vieja, estaba medio podrida, no tenía ofrendas ni ornamentación de ningún tipo. Se limitaba a permanecer allí, abandonada, a la intemperie, olvidada de todos. El Colonel Sanders la iluminó con la luz de la linterna.

- La piedra está dentro. Abre la puerta.
- ¡Ni hablar! —exclamó el joven Hoshino sacudiendo la cabeza—. Una capilla de un santuario no puede abrirse cuando a uno le da la gana. No quiero que caiga sobre mí ninguna maldición, y que se me caigan la nariz o las orejas.

No te pasará nada. Te lo digo yo. ¡Ábrela! No caerá sobre ti ninguna maldición ni nada por el estilo. Ni se te caerán la nariz o las orejas. ¡Vaya con lo que me sales tú ahora! No seas arcaico, hombre.

¿Y por qué no la abres tú mismo, abuelo? Yo no quiero verme metido en estas cosas.

Tú no entiendes nada, ¿eh? Te lo acabo de explicar hace un momento. Resulta que yo no tengo sustancia. Yo no soy más que un concepto abstracto. Soy incapaz de hacer algo por mí mismo. Por eso te he traído hasta aquí. Y por eso te lo he dejado hacer tres veces por una tarifa irrisoria.

Sí, la verdad es que ha estado muy bien, pero... Mira, es que no me apetece. A mí, desde niño, mi abuelo siempre me decía que, al menos en los santuarios, no hiciera barbaridades.

- Olvida a tu abuelo. No me vengas ahora con la moral autóctona de la prefectura de Gifu. No tenemos tiempo para eso.

Refunfuñando, Hoshino abrió medrosamente la puerta de la capilla. El Colonel Sanders dirigió hacia el interior el haz de luz de la linterna. Allí había, en efecto, una vieja piedra redonda. Tal como había dicho Nakata, tenía forma de un *mochi* redondo. El tamaño vendría a ser el de un LP, y era blanca y plana.

- ¿Es ésta?
- Sí —dijo el Colonel Sanders—. Sácala.
- ¡Eh! ¡Espera, abuelo! Que eso es robar.
- ¡Qué más da! Aunque la piedra desaparezca, nadie se va a dar cuenta. Nadie va a echarla en falta.
- Pero es que esta piedra es de Dios. Y si la cogemos, así por las buenas, se enfadará.

El Colonel Sanders se cruzó de brazos y clavó la mirada en el rostro de Hoshino.

- ¿Y qué es Dios?

El joven se sumió en profundas cavilaciones.

¿Qué cara tiene Dios? ¿Qué hace? —le acució el Colonel Sanders. —Pues no lo sé. Pero Dios es Dios. Está en todas partes. Todo lo ve. Y juzga lo que está bien y lo que está mal.

- Vamos, como un árbitro de fútbol.
- Pues, quizá sí.

O sea, que Dios lleva pantalones cortos, un pito en la boca y va cronometrando el tiempo que falta para finalizar el partido. —¡Qué pesado eres, abuelo! —dijo el joven Hoshino.

- ¿Y el Dios japonés y el Dios extranjero son parientes? ¿O son enemigos?

¡Y yo qué sé!

¿Sabes, Hoshino? Dios sólo existe en la mente de los hombres. Y especialmente en Japón, para bien o para mal, en lo que respecta a Dios somos muy flexibles. Una prueba de ello es que el emperador, que era Dios antes de la guerra, al recibir del comandante del ejército de ocupación, el general Mac Arthur, la orden: « ¡Deja ya de ser Dios!», le contestó: « ¡Vale! Ya sólo soy una persona normal», y, desde 1946, dejó de ser Dios. El Dios de Japón era así de fácil de ajustar. Viene un militar norteamericano con gafas de sol y una pipa barata entre los dientes, le da una simple orden y Él cambia de naturaleza. Eso es el no va más de la posmodernidad. Si crees que existe, existe. Si crees que no existe, no existe. Yo jamás me he preocupado por esos detalles.

- ¡Aah!

Así que saca la piedra. Yo asumo toda la responsabilidad. Yo no soy un dios, ni soy Buda, pero algunas influencias sí que tengo. Te garantizó que no caerá sobre ti ninguna maldición.

- ¿De veras asumes tú toda la responsabilidad?
- Yo no soy hombre de dos palabras —dijo el Colonel Sanders.

El joven Hoshino alargó el brazo y, como si estuviera viéndose con una mina, levantó con cuidado la piedra del suelo.

¡Cómo pesa!

Pues claro que pesa. Las piedras pesan. No son de *tófu.*

No, ésta pesa mucho, incluso para ser una piedra —dijo el joven Hoshino—. ¿Y ahora qué hago?

- Pues bastará con que te la lleves a casa y la dejes junto a tu almohada. Luego las cosas ya marcharán solas.

¿Tengo que llevármela al *gokan?*

- Si pesa demasiado, coge un taxi —dijo el Colonel Sanders. —Pero ¿no pasará nada si, así por la cara, me llevo la piedra t lejos?
- Mira, Hoshino. Todos los objetos se encuentran en constante movimiento. La tierra, el tiempo, los conceptos, el amor, la vida, la fe, la justicia, el mal. Todas las cosas fluyen, son transitorias. Nada permanece indefinidamente en el mismo lugar ni con la misma forma. El universo es un enorme Kuroneko Takkyúbin.*
- ¡Aah!

La piedra sólo está aquí, de momento, en forma de piedra. No porque tú, Hoshino, la hayas ayudado a desplazarse un poco va a cambiar nada.

Oye, abuelo, ¿por qué es tan importante esta piedra? La verdad, no tiene una pinta muy lucida.

Para ser exactos, la piedra en sí misma no tiene sentido. Las cosas cobran significado en un contexto concreto y, ahora, casualmente, le ha tocado a esta piedra. El escritor ruso Anton Chejov decía algo interesante: «Si en un relato sale una pistola, ¿hay que dispararla?». Se trata de eso. ¿Comprendes?

- No.

¿No? ¡No me digas! —dijo el Colonel Sanders—. Ya lo suponía, hombre. Sólo te lo he preguntado por cortesía.

- Muchísimas gracias.

Chejov quiere decir lo siguiente. La inevitabilidad es un concepto independiente. Su mecanismo es distinto al de la lógica, al de la moral o al del significado. Su función está comprendida en el papel que desempeña. Aquello cuya función no es estrictamente necesaria no debe existir. Y lo que la necesidad requiere debe existir. Eso es dramaturgia. La lógica, la moral o el significado no existen por si mismos, sino que nacen dentro de una relación. Chejov entendió muy bien qué es la dramaturgia.

- Pues yo no entiendo nada. Demasiado complicado para mí.
- La piedra que llevas en brazos es la pistola a la que se refiere Chejov. Y esta pistola hay que dispararla. En este sentido, la piedra cobra una gran importancia. Es una piedra especial. Pero no es ninguna piedra sagrada ni nada por el estilo. Así que no tienes por qué temer una maldición divina.

El joven Hoshino hizo una mueca.

- ¿Esta piedra es una pistola?
- En un sentido metafórico sí lo es. Pero no puede disparar balas.

Tranrilo El Colonel Sanders se sacó un gran *furoshiki* del bolsillo de la americana y se lo entregó al joven Hoshino.

- Toma. Envuelve la piedra con esto. Es mejor que no la vea nadie. —O sea, que sí que es un robo.
- ¡No digas cosas tan feas! Nosotros no estamos robando nada. Sólo la estamos tomando prestada para un cometido muy importante.
- Vale, vale. Ya lo entiendo. De acuerdo con la dramaturgia, ahora sentimos la inevitabilidad de desplazar la materia.
- Exactamente —asintió el Colonel Sanders—. ¿Ves como lo has entendido?

Hoshino volvió al sendero que discurría entre los árboles con la piedra que llevaba envuelta en el *furoshiki* azul marino sujeta entre los brazos. El Colonel Sanders le iluminaba con la linterna el suelo donde pisaba. La piedra pesaba mucho más de lo que parecía y el joven tuvo que detenerse varias veces para recobrar el aliento. Al salir del bosquecillo cruzaron a toda velocidad el recinto iluminado para que no los viera nadie y salieron a una calle ancha. El Colonel Sanders levantó la mano, paró un taxi, hizo montar al joven con la piedra.

- ¿Y, ahora, basta con ponerla junto a la almohada? —preguntó el joven.

- Sí, con eso es suficiente. Y no le des más vueltas. Lo importante es que la piedra esté allí —dijo el Colonel Sanders.
- Bueno, abuelo. Te tengo que dar las gracias. Gracias por haberme enseñado dónde estaba la piedra.

El Colonel Sanders sonrió.

- No hay de qué. Yo me he limitado a cumplir con mi deber. Simplemente he realizado a la perfección mi cometido. ¿Y qué, mujer? Estaba bien, ¿eh, Hoshino?
- ¡Jo! Fuera de serie, abuelo.
- Eso es lo principal.
- Pero, dime. Esa mujer era real, ¿verdad? No sería un zorro, abstracción, algún mal rollo de esos, ¿verdad?
- No. No era ningún zorro ni ningún ente abstracto. Es una genuina máquina sexual. Propulsión de pura pasión. Me costó mucho encontrarla. Así que tú tranquilo.
- ¡Uff! Menos mal —dijo el joven.

Pasaba de la una de la madrugada cuando Hoshino depositó piedra envuelta en el *furoshiki* junto a la almohada de Nakata. Pensó que era más fácil evitar la maldición divina dejándola junto a la almohada de Nakata que junto a la suya propia. Nakata dormía como un tronco, tal como había supuesto. El joven desenvolvió el *furos ki*, descubrió la piedra. Luego se puso el pijama, se escurrió den del futón extendido junto al futón de Nakata y se durmió en un santiamén. Tuvo un breve sueño en el que un dios con pantalones cortos, por los que asomaban unas piernas velludas, corría por el campo haciendo sonar el silbato.

Cuando Nakata se despertó, a las cinco de la mañana, descubrí la piedra junto a su almohada.

31

Poco después de la una, subo un café recién hecho al estudio del primer piso. La puerta está abierta, como de costumbre. La señora Saeki se encuentra junto a la ventana y mira hacia fuera. Tiene una mano apoyada en el alféizar. ¿Qué estará pensando? Quizá de modo inconscient[e] mantiene la otra mano, inmóvil, junto a los botones de su blusa. Sobre la mesa no veo la pluma, tampoco el papel. Dejo la taza de café sobre la mesa. Una fina capa de nubes cubre el cielo, no se oye el canto de los pájaros.

De repente, la señora Saeki advierte mi presencia, se aparta de la ventana, vuelve a sentarse frente a la mesa, toma un sorbo de café. Me señala la misma silla de ayer. Me siento. Con la mesa de por medio, observo cómo se toma el café. ¿Se acordará, aunque sólo sea un poco, de lo sucedido anoche? No sabría decirlo. Puede que se acuerde de todo, o que no sea consciente de nada. Yo recuerdo su cuerpo desnudo. Recuerdo el tacto de cada una de las partes de su cuerpo. Pero ni siquiera estoy seguro de que se tratara del cuerpo de *esta* señora Saeki. Aunque, en aquel momento, lo hubiera jurado.

La señora Saeki lleva una blusa brillante de color verde pálido y una falda de tubo beige. Por el cuello de la blusa asoma un fino collar de plata. Muy elegante. Sus delgados dedos están bellamente entrelazados sobre la mesa como si fueran una obra de artesanía.

- ¿Te va gustando el lugar? —me pregunta.
- ¿Se refiere a Takamatsu? —pregunto a mi vez.
- Sí.
- No lo sé. Apenas lo conozco. Sólo he visto los lugares por donde he pasado por casualidad. Esta biblioteca, el gimnasio, la estación, el hotel...
- ¿Te parece un lugar aburrido?

Sacudo la cabeza.

Pues, no lo sé. A decir verdad, no he tenido tiempo de aburrirme, y me da la impresión de que todas las ciudades se parecen... ¿c usted que éste es un lugar aburrido?

Ella se encoge un poco de hombros.

Al menos a mí, cuando era joven, me lo parecía. Quería marcharme. Salir de aquí, ir a lugares donde hubiera cosas especiales, personas más interesantes.

¿Personas más interesantes?

La señora Saeki sacude levemente la cabeza.

- Era joven —explica—. Cuando se es joven, se suele pensar de ese modo. ¿Tú no?

No. Yo jamás he pensado así. Nunca he creído que, yéndome otra parte, pudiera encontrar algo especialmente interesante. Lo único que yo quería era irme a otro lugar. No estar *allí.*

- ¿Allí?
- En Nogata, en el distrito de Nakano. En el barrio donde nací y crecí.

Al oír el nombre del lugar percibo que algo se cruza por sus pupilas. Al menos eso me parece.

Y bastaba con salir de allí. No te importaba demasiado adónde pudieras dirigirte, ¿no es así? —dice la señora Saeki.

- Exacto —contesto yo—. Eso no tenía mucha importancia. Era necesario que me alejara de allí, para no perderme. Por eso quería irme.

La señora Saeki contempla sus manos, que descansan sobre la mesa, con una mirada muy objetiva. Después dice con calma:

Yo, una vez, pensé lo mismo que tú. Fue a los veinte años, fue cuando me marché de aquí —me cuenta ella—. Me decía a mí misma que, a menos que me marchara, no podría sobrevivir. Estaba firmemente

convencida de que jamás volvería a ver este lugar. Y la idea de regresar jamás se me pasó por la cabeza. Hasta que sucedieron diversas cosas y tuve que hacerlo. Como si tornara al punto de partida.

La señora Saeki se vuelve hacia la ventana abierta y mira hacia fuera. La tonalidad de las nubes que cubren el cielo no ha cambiado. No sopla el viento. La escena es tan estática como el telón de fondo de una película.

- La vida depara muchas sorpresas —dice la señora Saeki.
- ¿Se refiere a que es posible que yo también vuelva al punto de partida?
- ¿Acaso yo puedo saberlo? Es tu vida y, por otro lado, es algo que tal vez suceda mucho más adelante. Lo que yo creo es, sin embargo, que el lugar donde se nace y el lugar donde se muere son muy importantes para una persona. El lugar donde se nace no se puede elegir, claro está. Pero el lugar donde se muere, hasta cierto punto, sí.
- Habla en voz baja, con la cara vuelta hacia fuera. Como si se dirigiera a una persona imaginaria que estuviese al otro lado de la ventana. Luego, como si recordara de improviso que yo estoy allí, se vuelve hacia mí.
- ¿Por qué te confesaré tantas cosas?
- Porque no soy de aquí, porque tenemos edades muy diferentes —digo.
- Sí, tal vez sí —admite ella.

Luego cae el silencio. Veinte o treinta segundos. Y, mientras tanto, ambos vagamos, probablemente, en nuestras propias cavilaciones. Ella levanta la taza, toma un sorbo de café.

Me decido a hablar.

- Señora Saeki, yo también tengo algo que confesarle.

Ella me mira a la cara. Sonríe.

¡Vaya! Así que vamos a intercambiar nuestros secretos. —En mi caso no se trata de un secreto. Es una simple hipótesis. —¿Una hipótesis? —repite la señora Saeki—. ¿Vas a confesarme una hipótesis?

- Sí.

Suena interesante.

Tiene que ver con lo que hablábamos antes —digo—. Entonces, señora Saeki, ¿volvió usted a esta ciudad para morir?

Ella esboza una tranquila sonrisa parecida a la luna blanca del amacer.

- Tal vez sí. Pero, en cualquier caso, y por lo que respecta al día a día, tanto si has ido a un lugar para sobrevivir como para hallar la muerte las cosas nunca son muy distintas. Acabas haciendo prácticamente lo mismo.
- Señora Saeki, ¿usted desea morir?

¿Que si lo deseo? —dice ella—. Ni yo misma lo sé.

- Mi padre deseaba la muerte.
- "¿Y murió?
- Hace poco —digo—. *Hace muy poco.*
- ¿Y por qué deseaba tu padre la muerte?

Respiro hondo.

- Yo nunca logré comprender la razón. Pero ahora creo que sí. Q la he descubierto, por fin, al venir aquí.
- ¿Por qué?
- Creo que mi padre estaba enamorado de usted. Pero él no lo que usted volviera a su lado. Y es que, en primer lugar, jamás ha conseguido tenerla a usted *de verdad.* Y mi padre lo sabía. Por eso deseaba morir. Además, quería que fuera yo, su hijo y, a la vez, el de usted, quien lo matara. Mi padre

también quería que hiciera el con usted y con mi hermana. Ésa era su profecía, su maldición me programó para eso.

La señora Saeki deja en el plato la tacita de café. Con un sonido neutro. Me clava la mirada en el rostro. Pero no es a mí a quien está mirando. Contempla el vacío que hay en alguna parte.

Me pregunto si yo he conocido a tu padre.
Sacudo la cabeza.

Tal como le he dicho antes, es sólo una hipótesis. La señora Saeki deposita sus manos, una sobre otra, encima de 1 mesa. En sus labios permanece todavía una pálida sonrisa.

Y, en esa hipótesis, yo sería tu madre.

- Sí —digo—. Usted vivió con mi padre, me tuvo a mí y, luego me abandonó. El verano en que yo acababa de cumplir cuatro años. —¿Ésta es tu hipótesis?

Asiento.
Es por esto por lo que me preguntaste ayer si tenía hijos. Asiento.
Y yo te dije que no podía responderte a eso. Que no podía d un sí o un no.
Sí.
Así pues, tu hipótesis todavía se mantiene.
Asiento una vez más.
Sí, todavía se mantiene.

- Entonces... ¿Cómo murió tu padre?

Alguien lo asesinó.
Pero no fuiste tú, ¿verdad?
No, no fui yo. No fue mi mano la que lo mató. Y con respecto a los hechos, tengo una coartada.
Pero, a pesar de ello, no estás muy convencido.
Sacudo la cabeza.

- No, no estoy muy convencido.

La señora Saeki vuelve a coger la tacita de café y toma un sorbo.
Como si no le encontrara el sabor.

- ¿Por qué tendría que haberte lanzado tu padre una maldición así?
- Quizá deseara que yo heredase su voluntad —contesto. —¿Desearme a mí, quieres decir?
- Sí.

La señora Saeki atisbó dentro de la taza de café que sostenía en la mano y, luego, volvió a alzar la mirada.

- Entonces..., ¿me deseas?

Asiento con un único y claro movimiento de cabeza. Ella cierra los ojos. Me quedo contemplando sus párpados cerrados. A través de ellos puedo ver las tinieblas que ella está contemplando. Extrañas figuras se dibujan en la oscuridad. Emergen y desaparecen. Luego abre los ojos.

- ¿Te estás refiriendo a tu hipótesis?
- No. No tiene nada que ver con ninguna hipótesis. Yo la deseo a usted y eso va más allá de cualquier teoría.
- ¿Y quieres hacer el amor conmigo?

Asiento.
Ella entorna los ojos como si algo la deslumbrara.
¿Has hecho alguna vez el amor con una mujer?

Asiento de nuevo. «Anoche. Con usted», pienso. Pero no puedo decírselo. Ella no se acuerda de nada.

La señora Saeki exhala una especie de suspiro.

Tamura, ya debes de saberlo, pero tú tienes quince años, yo paso de los cincuenta.

No es una cuestión tan simple. Nosotros, ahora, no nos estamos refiriendo a esa clase de tiempo. Yo la conozco a usted a los quince años. Estoy enamorado de usted *a los quince años*. Locamente enamorado. Y, a través de esa niña, la amo a usted. Esa niña, aún ahora, está dentro de usted. Permanece siempre dormida en su interior. Pero, cuando usted duerme, la niña se pone en movimiento. Yo la he visto.

La señora Saeki vuelve a cerrar los ojos. Miro cómo un tenue temblor agita sus párpados.

- Estoy enamorado de usted, y esto es muy importante. Usted debe entenderlo.

Ella, como quien emerge del fondo del mar, toma una gran bocanada de aire. Busca las palabras adecuadas. Pero no las encuentra.

- Tamura, lo siento, pero ¿podrías salir de la habitación? Quiero estar sola —me pide—. Y, cuando salgas, cierra la puerta.

Asiento, me levanto de la silla y me dispongo a salir de la habitación. Pero algo me retiene. Me detengo en el umbral, me vuelvo a la habitación, me acerco a ella. Acaricio sus cabellos. Mis dedos tocan sus pequeñas orejas a través de su pelo. No puedo contenerme. La señora Saeki alza la mirada con sorpresa y, tras vacilar unos instan pone su mano sobre la mía.

En cualquier caso, tú y tu hipótesis habéis lanzado una piedra una diana que está muy lejos. ¿Eres consciente de ello? Asiento.

Lo sé. Pero, gracias a las metáforas, la distancia se hará mucho corta.

- Pero ni tú ni yo somos una metáfora.

Por supuesto que no —digo—. Pero las metáforas pueden eliminar en gran medida lo que nos separa a ambos.

Todavía con la cara vuelta hacia arriba, esboza de nuevo una tenue sonrisa.

Son las palabras de seducción más estrafalarias que he oído en mi vida.

- ¡Hay tantas cosas a mi alrededor que se han ido haciendo tan estrambóticas! Pero creo que me estoy acercando poco a poco a la verdad.
- ¿Acercándote realmente a una verdad metafórica? ¿O acercándote de manera metafórica a una verdad real? ¿O, tal vez, se van aproximando la una a la otra para complementarse?
- En cualquier caso, no creo que pueda soportar la tristeza que, en estos momentos, hay aquí.

Ni yo tampoco.

- Entonces, ¿volvió usted a esta ciudad con la intención de morir?

En realidad, no es que esté intentando morir. Sólo me limito a esperar la muerte. Como quien se sienta en un banco de la estación a esperar el tren.

¿Y sabe cuándo llegará ese tren?

Ella separa su mano de la mía, se toca los párpados con las yemas de los dedos.

Tamura, la vida, hasta ahora, me ha desgastado mucho. Mi propio cuerpo está agotado. Cuando tenía que haber dejado de vivir, no pude hacerlo. No fui capaz de renunciar a la vida pese a saber que vivir no tenía ningún sentido. En consecuencia, he estado haciendo 368una cosa absurda tras otra durante toda mi vida, únicamente para ir pasando los días. Y, de este modo, me he herido a mí, e, hiriéndome a mí, he herido a los demás. Y ahora estoy recibiendo el castigo. Llámalo maldición, si quieres. Hubo una época en que alcancé algo demasiado perfecto. Y luego no me quedó otra cosa más que despreciarme a mí misma. Esa es mi maldición. Una maldición de la que no podré escapar mientras viva. Por eso no le temo a la muerte. Y, si esto responde a tu pregunta, sé más o menos cuándo llegará.

Vuelvo a cogerle la mano. El fiel de la balanza oscila. Por poco peso que añada, vencerá hacia un lado u otro. Tengo que pensar. Tengo que juzgar. Tengo que dar un paso adelante.

- Señora Saeki, ¿quiere acostarse conmigo? —pregunto.

- ¿A pesar de que yo, en tu hipótesis, sea tu madre?
- A mí alrededor, todo está en constante movimiento. Todo tiene un doble sentido.

La señora Saeki reflexiona sobre lo que le digo.

- Pero, en mi caso, tal vez no sea así. En mi caso, las cosas no están tan escalonadas. Quizá sean: o bien al cero o bien al cien por cien. —¿Y usted sabe cuál de los dos es?

Asiente.
Señora Saeki, ¿puedo hacerle una pregunta?
¿De qué se trata?
¿Dónde descubrió usted aquellos dos acordes?
¿Dos acordes? —Los acordes de *Kafka en la orilla del mar*.

- ¿Te gustan?

Asiento.
Los hallé en una vieja habitación que se encuentra muy lejos.

Entonces la puerta de entrada estaba abierta —dice ella en voz baja—. Es una habitación que se encuentra muy, muy lejos.

La señora Saeki cierra los ojos y vuelve a sus recuerdos. —Tamura, cuando salgas, cierra la puerta —dice.

Hago lo que me indica.

Tras cerrar la biblioteca, Ôshima me invita a subir a su coche y me lleva a cenar a un restaurante de pescado que se encuentra en un lugar un poco alejado. A través de los grandes ventanales del restaurante se ve el mar de noche. Pienso en los seres vivos que lo habitan.

- De vez en cuando va bien que salgas y tomes una comida decente, que te alimentes bien —dice Oshima—. No creo que la policía merodeando por aquí. No tienes por qué estar en guardia. Distráete poco.

Comemos una gran ensalada, pedimos una paella y nos la repartimos.

- Algún día quiero ir a España —dice Oshima. —¿Por qué?

Quiero luchar en la guerra civil española.

La guerra civil española ya acabó hace mucho tiempo. —Ya lo sé. Lorca murió y Hemingway sobrevivió —dice Oshima Pero yo también tengo derecho a ir a España a luchar. —Metafóricamente hablando.

Pues claro —dice haciendo una mueca—. ¿Cómo crees, si no va a ser capaz de ir hasta España, a luchar, un hemofílico de sexualidad incierta que, en toda su vida, apenas ha salido de Shikoku?

Nos comemos una enorme paella y bebemos agua Perrier.
¿Hay alguna novedad en el caso de mi padre? —pregunto.

No creo que la cosa haya avanzado mucho. Los periódicos, de momento, no hablan de ello. Lo único que sale es algún artículo necrológico sobre tu padre, y siempre publicado en la sección de cultura. La investigación debe de encontrarse en punto muerto. Es una pena, pero el caso debe de estar haciendo bajar el índice de arrestos de la policía japonesa. En la bolsa, si la policía tuviese acciones, su manera de actuar haría que éstas cayesen en picado. Como que ni siquiera son capaces de localizar el paradero de su hijo.

- Un niño de quince años.
- Un niño de quince años, de carácter agresivo, con una notoria obsesión por escaparse de casa —añade Oshima.

O —¿Y no ha caído nada más del cielo? ¿No dicen nada sobre eso? Ôshima sacude la cabeza.

Por ahora, vacaciones. Por lo visto no ha vuelto a caer nada digno de mención. Exceptuando los horrorosos rayos y truenos del otro día, que deberían formar parte del Tesoro Nacional.

O sea, que todo está en calma.

Parece que sí. O quizás estemos en el ojo del huracán. Asiento, tomo un mejillón con la mano, saco la carne con el tenedor y me la como. Dejo la concha en un recipiente junto con otras ya vacías.

- ¿Y tú, sigues enamorado? —me pregunta Oshima. Asiento.
- ¿Y tú, Oshima?
- ¿Si yo estoy enamorado? ¿Es eso lo que me estás preguntando?

Asiento.

- ¿O sea, que te atreves a hacerme una pregunta indiscreta sobre los amores ilícitos que alegran mi pervertida vida, a mí, un homosexual que no es más que una asexuada tarada?

Asiento. Él asiente a su vez.

- Sí, hay alguien en mi vida —dice Oshima. Come el marisco con cara seria—. No es un amor apasionado, de esos que se encuentran en las óperas de Puccini. ¿Cómo te diría? No estamos ni demasiado cerca ni demasiado lejos. Sólo nos vemos de vez en cuando. Pero, básicamente, nos comprendemos muy bien el uno al otro.
- ¿Os comprendéis muy bien?
- Haydn, cuando componía, se vestía siempre de gala y se ponía una magnífica peluca. Al parecer, incluso se la empolvaba. Sorprendido, miro a Oshima a la cara.
- ¿Haydn?
- Si no lo hacía, no podía componer bien.
- ¿Y por qué?
- No lo sé. Era una cuestión entre él y su peluca. Nadie más puede entenderlo. Quizá ni siquiera haya explicación posible.

Asiento.

¿Sabes, Oshima? ¿Te has puesto triste alguna vez pensando en él cuando estás solo?

Pues claro —dice Oshima—. A menudo. Especialmente en la estación en que la luna aparece azulada. O en la estación en que los pájaros emigran hacia el sur. O...

¿Y por qué dices *claro?* —pregunto.

- Porque, cuando nos enamoramos, todos buscamos en la persona amada una parte de nosotros que nos falta. Por eso, al pensar en esa persona, siempre nos ponemos en mayor o menor medida tristes. Nos sentimos como si volviéramos a pisar una habitación añorada que habíamos perdido hace muchísimo tiempo. Es natural. Esa sensación no la has descubierto tú. Así que mejor que no intentes patentarla.

Dejo el tenedor y alzo la mirada.

- ¿Una vieja habitación añorada que está lejos?
- Exacto —dice Oshima. Y levanta el tenedor en el aire—. Es una metáfora, claro.

Pasadas las nueve de la noche, la señora Saeki viene a mi habitación. Yo estoy sentado en una silla, leyendo, cuando llega a mis oídos desde el aparcamiento, el ronroneo del motor de su Volkswagen G El ronroneo se extingue. Oigo cómo se cierra la puerta del coche. Unos zapatos con suela de goma cruzan despacio el aparcamiento. Poco después oigo cómo llaman a mi puerta. La puerta se abre, aparece señora Saeki. Hoy no está dormida. Lleva una camisa a rayas de seda y unos tejanos finos. Zapatos blancos de lona. Es la primera vez q la veo con pantalones.

- Mi querida habitación. ¡Hacía tanto tiempo que no entraba ella! —exclama. Luego se planta ante el cuadro, lo contempla—. Y aquí está mi querido cuadro.
- El lugar que representa el cuadro, ¿se encuentra por aquí cerca? Le pregunto.

¿Te gusta el cuadro?
Asiento.
¿Quién lo pintó?

Un joven pintor que pasó aquel verano por casa de la familia Kômura. No era un pintor famoso. Al menos no lo era entonces. Incluso se le olvidó firmar el cuadro. Pero era muy buena persona y creo que este cuadro está muy bien pintado. Posee, no sé, fuerza. Mientras é pintaba el cuadro, yo permanecí todo el rato a su lado. No dejé de mirarlo en ningún momento y, medio en broma, tampoco paré de pedirle cosas. Los dos nos llevábamos muy bien. El pintor y yo. Aquel verano, hace tantos años. Yo tenía entonces doce años —dice ella—. Y el niño del cuadro también.

- La playa que aparece en el cuadro induce a pensar que se trata de alguna playa de por aquí.
- Ven —dice ella—. Paseemos un rato. Te llevaré al lugar exacto.

Vamos andando hasta la playa. Cruzamos el pinar, caminamos por la orilla. La luz de la luna, que asoma a duras penas entre los jirones de nubes, ilumina las olas. Unas olas que dibujan una leve cresta antes de romper en la orilla con suavidad. Ella se sienta en la arena. Yo tomo asiento a su lado. La arena aún está tibia. Ella me señala un lugar donde rompen las olas como si calculara el ángulo.

- Es allí —dice—. Pintó el cuadro desde este ángulo. Puso la tumbona ahí e hizo que él se sentara. Luego plantó el caballete por aquí.

Lo recuerdo perfectamente. ¿Ves como la posición de la isla es la misma que la del cuadro?

Miro hacia donde señala la punta de su dedo. En efecto, la posición de la isla parece ser la correcta. Pero, lo mire como lo mire, aquél no *me* parece el lugar que figura en el cuadro. Se lo digo.

- Es que ha cambiado mucho —dice la señora Saeki—. Piensa que han pasado cuarenta años. Y eso es mucho tiempo. La configuración del terreno va cambiando de forma natural. Las olas, el viento, los tifones, son muchos los elementos que van modificando la línea de la costa. Erosionan la arena, la transportan de un lugar a otro. Pero no hay ninguna duda. Es aquí. Aún hoy me acuerdo de aquella época a la perfección. Además, aquel verano tuve mi primera regla.

La señora Saeki también se queda contemplando el paisaje sin decir palabra. Las nubes cambian de forma, la luz de la luna alumbra ahora la playa a trozos. El viento cruza, a ráfagas, el pinar: suena como si una multitud de personas estuviera barriendo el suelo con una escoba. Cojo un puñado de arena, dejo que los granos se vayan escurriendo, despacio, entre mis dedos. Los granos de arena caen y, como si fueran el tiempo perdido, se mezclan y confunden con la otra arena de la playa. Lo repito una y otra vez.

¿En qué estás pensando? —me pregunta la señora Saeki.
En ir a España —digo.

- ¿Para qué?

A comerme una buena paella.
¿Y nada más?
Para luchar en la guerra civil española.

Pero si la guerra de España terminó hace más de sesenta años. —Ya lo sé —digo—. Lorca murió, Hemingway sobrevivió.

Pero tú quieres participar, ¿no?
Asiento.

- Y también volar puentes.
- Y enamorarte de Ingrid Bergman.
- Pero, en realidad, estoy en Takamatsu y estoy enamorado de usted.
- ¡Qué mala suerte tienes!

Le paso un brazo alrededor de los hombros.
Le pasas un brazo alrededor de los hombros.

Ella se recuesta en ti. Pasa un largo intervalo de tiempo. —¿Sabes? Hace muchísimo tiempo yo hice exactamente lo mismo que estoy haciendo ahora. En este Ya lo sé —dices tú.

¿Y cómo lo sabes? —pregunta la señora Saeki. Luego te clava la. mirada.
Porque yo, entonces, estaba aquí.
Estabas aquí volando puentes, ¿no?

- Estaba aquí volando puentes.

Metafóricamente.
Por supuesto.
La rodeas con tus brazos, la estrechas contra tu pecho, la besas. Sientes cómo ella se abandona.
Todos nosotros estamos soñando —dice la señora Saeki. Todos nosotros estamos soñando.
¿Por qué tuviste que morir?
No pude evitarlo —dices tú.

Tú y la señora Saeki volvéis a la biblioteca caminando por la playa. Encendéis la luz de la habitación, corréis las cortinas, os abrazáis en silencio entre las sábanas. Repetís casi lo mismo que la noche anterior. Pero hay dos diferencias. Después de hacer el amor, ella llora. Ésa es la primera. Hunde la cara en la almohada y llora largo rato en silencio. Tú no sabes qué hacer. Depositas con dulzura una mano sobre su hombro desnudo. Piensas que deberías decirle algo. Pero no sabes qué. Las palabras se hallan muertas en un hoyo del tiempo. Se acumulan sin ruido en el oscuro fondo de un lago volcánico. Ésa es la primera. Luego, cuando se va, esta vez sí, oyes el motor de su Volkswagen Golf. Ésa es la segunda. Ella pone en marcha el motor, lo detiene, lo mantiene parado durante unos instantes, como si estuviera reflexionando, lo vuelve a poner en marcha, sale del aparcamiento y se va. Aquel vacío, el intervalo de tiempo desde que ella para el motor hasta que vuelve a ponerlo en marcha te produce una infinita tristeza. Aquel vacío se filtra en tu corazón como la niebla que viene del mar. Y permanece largo tiempo en tu corazón. Y pronto pasa a formar parte de ti.

Al desaparecer, la señora Saeki te ha dejado la almohada húmeda con sus lágrimas. Vas palpando la humedad con la mano mientras contemplas cómo, al otro lado de la ventana, el cielo va adquiriendo gradualmente una tonalidad lechosa. Desde la lejanía te llegan los graznidos de los cuervos. La Tierra continúa rotando sobre su eje. Y, sin ninguna relación con ello, todos nosotros vivimos dentro de un sueño.

32

Nakata se despertó a las cinco de la madrugada y descubrió la gran piedra junto a su almohada. Hoshino dormía a pierna suelta en el Putón de al lado. La boca entreabierta y los cabellos revueltos. La gorra de los Chúnichi Dragons tirada por el suelo. En el rostro del joven se leía la fuerte determinación de «no me despertéis, pase lo que pase». Nakata no se sorprendió al ver la piedra, ni tampoco le extrañó demasiado. Su mente se hizo enseguida a la idea de la existencia de la piedra, la aceptó sin más, ni siquiera se preguntó por qué se encontraba allí. Reflexionar sobre la relación causal entre los hechos iba, muchas veces, más allá de sus posibilidades.

Nakata se sentó junto a su almohada con mucha corrección, la espalda recta, las piernas dobladas bajo el cuerpo, y se quedó mirando la piedra con profundo interés. Luego alargó la mano, la tocó con suavidad, como si estuviera acariciando un gran gato dormido. Al principio la palpó medrosamente, con la punta de los dedos, pero una vez que comprendió que no había ningún peligro empezó a acariciar, con osadía, toda la superficie de la piedra con la palma de la mano. Mientras, no paró de reflexionar. O al menos en su rostro se pintaba una expresión meditabunda. Su mano iba memorizando, centímetro a centímetro, el áspero tacto de la piedra, igual que si estuviera leyendo un mapa, grabando en su mente a través de los sentidos cada una de sus cavidades y protuberancias. Luego, como si se le hubiera ocurrido de repente, se llevó la mano a la cabeza y se frotó los cortos cabellos. Como si estuviera buscando la correlación que tenía que existir entre la piedra y su propio cráneo.

Después exhaló una especie de suspiro, se levantó, abrió la ventana, se ʿasomó. Desde allí no se veía más que la parte trasera de la casa vecina. Un edificio miserable en grado sumo.

Un edificio mísero habitado por personas míseras que tenían un trabajo mísero y Ilevaban una vida mísera. En cualquier ciudad hay un edificio así, olvidado por la fortuna. Charles Dickens hubiera podido extenderse die páginas en su descripción. Las nubes que flotaban por encima par cían la borra polvorienta de una aspiradora que no se hubiera vaciad en años. O, quizá, las múltiples contradicciones sociales surgidas d la tercera revolución industrial condensadas en formas diversas que flotaran en el cielo. En cualquier caso, estaba a punto de llover. Nakata miró hacia abajo y descubrió un gato, negro y flaco, que rondaba con el rabo erguido por encima de una estrecha tapia que separaba dos edificios.

- Hoy vendrán los truenos y relámpagos —le dijo Nakata al gato. Pero sus palabras, por lo visto, no llegaron a oídos del animal. Y el gato, sin detenerse ni volverse siquiera, siguió avanzando con elegancia y desapareció tras un edificio.

Nakata cogió la bolsa de plástico con sus artículos de aseo, fue al cuarto de baño comunitario que estaba al fondo del pasillo y se lavó la cara con jabón, se lavó los dientes y se afeitó con una maquinilla de seguridad. Tardó su tiempo. Se lavó minuciosamente la cara, invirtiendo en ello mucho tiempo; se lavó minuciosamente los dientes, invirtiendo en ello mucho tiempo; se afeitó minuciosamente la barba, invirtiendo en ello mucho tiempo. Se cortó los pelos de la nariz con unas tijeritas, se arregló las cejas, se limpió las orejas. Ya de por sí, era una persona que solía tardar mucho tiempo en realizar cualquier acción, pero hoy obraba con una lentitud deliberada. A aquellas horas de la mañana no había nadie más que quisiera lavarse la cara y aún faltaba mucho para que el desayuno estuviese preparado. Tampoco parecía que Hoshino estuviera en disposición de levantarse. Y, de ese modo, mientras Nakata se acicalaba frente al espejo, a su aire, con calma y sin molestar a nadie, iba recordando las diferentes fisonomías de los gatos que había visto dos días antes en el libro de la biblioteca. Como no sabía leer, no conocía las razas. Pero recordaba a la perfección el rostro de cada uno de los gatos que figuraban en el libro.

« ¡Y pensar que en este mundo hay tantos gatos distintos!», se dijo limpiándose las orejas con un bastoncito. Haber ido a la biblioteca por primera vez en su vida le había hecho adquirir una viva conciencia de las cosas que ignoraba. El número de cosas que desconocía era ilimitado. Sin embargo, pensar en el infinito le produjo a Nakata un ligero dolor de cabeza. No deja de ser lógico, pues el infinito no tiene límite. Por eso mismo dejó de pensar en el infinito y volvió a recordar los gatos que salían en el álbum *Gatos del mundo.* « ¡Ojalá pudiera hablar con cada uno de ellos!, pensó Nakata. Había muchísimos gatos en el mundo, cada uno con su propia manera de

pensar, su manera de hablar. «Claro que los gatos extranjeros deben de hablar algún idioma extranjero», se hizo notar a sí mismo. Había dado con otra cuestión problemática y a Nakata volvió a dolerle la cabeza.

Cuando acabó de acicalarse, se dirigió al retrete e hizo sus necesidades, como siempre. En este quehacer no empleó tanto tiempo. Luego cogió la bolsa con sus enseres y volvió a la habitación. Hoshino seguía durmiendo a pierna suelta, exactamente en la misma postura. Nakata recogio del suelo la camisa hawaiana y los tejanos, los dobló con cuidado, pliegue con pliegue. Luego apiló las prendas de ropa junto a la almohad[a] del joven y, como si resumiera en un título una gran diversidad de conceptos, depositó, encima de todo, la gorra de los Chúnichi Dragons. Se quitó *el yukata*, se puso los pantalones y la camisa de siempre, se frotó las dos manos con fuerza y respiró hondo.

Después volvió a sentarse de forma ceremoniosa junto a la piedra, la contempló unos instantes, alargó medrosamente la mano y palpó por encima.

- Hoy vendrán los truenos y relámpagos —dijo Nakata al vacío. O quizá se dirigiera a la piedra. Y se dedicó a sí mismo varios gestos afirmativos con la cabeza.

Cuando Hoshino se despertó por fin, Nakata se encontraba haciendo gimnasia junto a la ventana. Nakata se movía al ritmo de la melodía del programa de gimnasia de la radio mientras la tarareaba en voz baja. El joven Hoshino entreabrió los ojos y miró su reloj de pulsera. Eran alrededor de las ocho de la mañana. Luego irguió el cuello y se cercioró de que la piedra seguía junto a la almohada del futón de Nakata. La piedra le pareció mucho más grande y rugosa que cuando la vio envuelta por la oscuridad.

- Así que no lo he soñado —dijo el joven.
- ¿A qué se refiere? —preguntó Nakata.
- A la piedra —respondió el joven—. La piedra sigue aquí. No ha sido un sueño.
- La Piedra está aquí —dijo Nakata lacónicamente mientras proseguía con la gimnasia radiofónica. Sus palabras sonaron a una valiosa [p]roposición de algún filósofo alemán del siglo XIX.

Oye, abuelo, ¿sabes que la historia que *explica por qué la piedra está aquí* es una historia muy larga?

Sí. A Nakata también le ha dado la impresión de que debía de tratarse de una historia muy larga.

En fin, dejémoslo —dijo el joven incorporando la parte superior del cuerpo y lanzando un profundo suspiro—. Es igual. Resulta que piedra está aquí, y así se resume la larga historia.

La piedra está aquí —dijo Nakata—. Y eso es lo importante.

Hoshino quiso añadir algo, pero se dio cuenta de que tenía un hambre feroz.

¡Eh, abuelo! Lo primero, ¡desayunar! —Sí. Nakata también tiene apetito.

Después del desayuno, mientras tomaban té, el joven le preguntó a Nakata:

¿Y qué tenemos que hacer ahora con la piedra?

- Sí. Me pregunto qué deberíamos hacer.

¡Eh, eh! ¡No te embales! —dijo el joven Hoshino sacudiendo la cabeza—. Tú decías que teníamos que encontrar la piedra, ¿no? Pues yo, anoche, fui y te la traje. Así que ahora no me vengas con que «me pregunto qué deberíamos hacer», ¿vale?

Sí. Tiene usted razón, señor Hoshino. Pero, a decir verdad, Nakata todavía no sabe lo que hay que hacer.

Pues, no es por nada, pero tenemos un problema.

- Sí. Tenemos un problema —dijo Nakata, aunque, a juzgar por la expresión de su rostro, nadie hubiera dicho que lo tuviera.

Pero si te tomas tu tiempo y piensas, lo irás viendo cada vez más claro, ¿no?

Sí. Nakata también es de la misma opinión. Es que Nakata tarda más tiempo que la otra gente en hacer las cosas.

- Pero, Nakata...

¿Sí, señor Hoshino?

No sé quién coño le pondría ese nombre, pero la piedra se llama «piedra de la entrada», ¿no? Pues digo yo que debe de ser porque, hace tiempo, la piedra era la entrada de algún sitio, ¿no? Entonces, seguro que debe de haber algún tipo de leyenda o de ditirambo de esos.

- Sí. Nakata también es de la misma opinión.
- Pero tú no sabes qué entrada es, ¿no?
- No. Nakata todavía no lo sabe. Con los gatos hablaba mucho, pero con las piedras no he hablado nunca. —¡Jo! Pues no parece fácil eso de hablar con las piedras, ¿eh? —Sí. Es muy diferente a hablar con los gatos.
- Ya, pero ¿sabes?, lo que pasa es que yo esta piedra tan importante la he cogido con toda la jeta de una capilla de un santuario, y ahora, la verdad, me pregunto si no me caerá encima alguna maldición. Cada vez estoy más acojonado, en serio. Ya sé que la traje, pero ahora me da miedo todo lo que viene detrás. El Colonel Sanders me dijo que no me pasaría nada, pero yo de ese tío no me acabo de fiar.
- ¿Colonel Sanders?
- Sí, hay un viejo que se llama así. Es el abuelo que sale en los carteles que ponen delante de los Kentucky Fried Chicken. Un tipo con un traje blanco, perilla, unas gafas sosainas... ¿No te suena?
- Lo siento mucho, pero Nakata no lo conoce.
- ¿No conoces el Kentucky Fried Chicken? ¡No me lo puedo creer! En fin, dejémoslo. En primer lugar, el viejo ese es un concepto en sí mismo. No es un hombre, ni tampoco es un dios, ni tampoco es Buda. Como es un concepto abstracto, no tiene forma. Y, como le hacía falta una apariencia, pues tomó ésa por casualidad.

Nakata puso cara de apuro y se frotó los cortos cabellos canosos con la palma de la mano.

- Nakata no lo entiende.
- Si te soy sincero, ni yo mismo sé lo que me digo —reconoció el joven—. Pero, sea como sea, el abuelo ese tan raro salió de alguna parte y me fue soltando todas esas cosas de corrido. Entonces, abreviando, pasaron un montón de cosas y resultó que el abuelo me ayudó y yo encontré la piedra y me la traje a cuestas hasta aquí. No es que busque tu compasión, pero ha sido una noche muy arrastrada. Así que me gustaría que, a partir de ahora, te encargaras tú de la piedra, dejarlo todo en tus manos si se puede. Hablando con franqueza es eso lo que me gustaría.
- Sí, Nakata se hará cargo de la piedra.

¡Vaya! —dijo el joven Hoshino—. A eso se le llama ponerse rápidamente de acuerdo.

- Señor Hoshino —dijo Nakata.

  ¿Qué?
  Pronto llegarán los truenos y relámpagos. Esperémoslos.
  ¿Qué? ¿Me estás diciendo que los rayos nos servirán de ayuda con lo de la piedra?
  Nakata tampoco sabe los detalles, pero tiene esa impresión.

Rayos... En fin, dejémoslo. Parece interesante. Esperemos a los truenos y relámpagos. Y así veremos qué ocurre.

Al volver a su cuarto, Hoshino se tumbó boca abajo sobre el tatami, encendió el televisor. En todos los canales daban *magazines* dirigidos a amas de casa. A Hoshino no le apetecía lo más mínimo ver,

los, pero, como no se le ocurría otra manera de matar el tiempo, se quedó mirando la televisión, criticando sin cesar el contenido del programa.

Mientras tanto, Nakata se sentó ante la piedra y se dedicó a contemplarla, palparla. De vez en cuando se le oía rezongar, como si hablara consigo mismo. Pero Hoshino no pudo descifrar qué decía. Supuso que debía de estar hablando con la piedra.

A mediodía, por fin, se escuchó el primer trueno.

Antes de que empezara a llover, Hoshino había ido a una tienda de conveniencia cercana y había vuelto con una bolsa llena de bollos y tetra briks de leche. Los dos se los tomaron como almuerzo. Mientras comían apareció la camarera que tenía que limpiar la habitación, pero el joven la despidió diciendo: «Ya está bien así».

¿Vosotros no vais a ninguna parte? —preguntó la camarera.

No, no vamos a ninguna parte. Tenemos cosas que hacer aquí —respondió el joven.

- Es que pronto vendrán los truenos y relámpagos —dijo Nakata.

Los truenos y relámpagos, ¿eh? —dijo la camarera, con cara de desconfianza, y se marchó. Tenía toda la pinta de estar pensando que, en lo posible, no quería tener nada que ver con aquella habitación.

Poco después se oyó en la distancia el sordo retumbar de un trueno y, como si eso sirviera de señal, empezó a lloviznar. Los truenos no eran espectaculares. Más bien parecía que un enano perezoso estuviese pataleando sobre un gran tambor. Pero, en un santiamén, la llovizna se transformó en grandes goterones y empezó a llover a cántaros. Un sofocante olor a lluvia envolvió la tierra.

Cuando empezaron a retumbar los truenos, se encontraban sentados frente a frente, piedra de por medio, en ademán de estar a punto de fumarse la pipa de la paz. Nakata seguía murmurando palabras 380ininteligibles mientras acariciaba la piedra y se frotaba la cabeza. El joven lo miraba fumándose un Marlboro.

- Señor Hoshino.
- ¿Qué?
- Durante un rato permanezca, por favor, al lado de Nakata.
- ¡Ah, vale! Con esta lluvia, no saldría ni aunque me lo pidieran. —Pero quizá pasen cosas extrañas.
- Si puedo dar mi más sincera opinión —dijo el joven—, hace tiempo que no dejan de pasar cosas raras.
- Señor Hoshino.
- ¿Qué?
- Se me acaba de ocurrir de repente, pero ¿qué es Nakata? Hoshino reflexionó.
- Abuelo, vaya pregunta más difícil que me haces. Pues, así, de repente, no sé qué contestar. Si ni siquiera sabría decirte lo que soy yo. Y a alguien como yo mejor no preguntarle. No es por fardar, pero lo de pensar no es lo mío. Claro que si te digo lo que siento, pues creo que eres una buena persona. Bastante rara, eso sí. Pero alguien en quien puedes confiar. Por eso me he venido contigo hasta Shikoku, ¿no? Muy listo no soy, pero no tengo mal ojo con la gente.
- Señor Hoshino.
- ¿Qué?
- Nakata no sólo no es inteligente. Nakata está vacío. Acabo de comprenderlo. Nakata es como una biblioteca sin libros. Hace tiempo no era así. Yo tenía libros dentro. Lo había olvidado durante años, pero ahora sí me acuerdo. Antes, Nakata era como todo el mundo. Pero un día ocurrió algo y Nakata se convirtió en un recipiente vacío.
- Pero oye, Nakata, si te lo miras así, todos estamos más o menos vacíos, ¿no? ¡Ya me dirás! Comemos, cagamos, cobramos un sueldo de mierda por un trabajo estúpido, follamos de vez en cuando y ¡se acabó! ¿Qué más hay aparte de eso? Pero, con todo, vivir tiene su gracia, ¿no? Como nosotros, ahora. No sé por qué, pero la tiene. Mi abuelo lo decía siempre: «Las cosas de este mundo siempre te salen por donde menos te esperas. Precisamente por eso es interesante vivir».

Es un punto de vista. Si los Chúnichi Dragons ganaran siempre, ya me dirás quién se miraría los partidos de béisbol.

- Usted, señor Hoshino, quería mucho a su abuelo, ¿verdad?
- Sí, mucho. Si no hubiera sido por el abuelo, no sé qué habría sido de mí. Gracias a que estaba él me decidí a llevar una vida algo más decente. No sé cómo expresarlo, pero tenía la sensación de que

estaba ligado a algo. Así que dejé la banda de las motos y entré en el ejército. Acabé harto de hacer gamberradas.

- Sí, pero ¿sabe, señor Hoshino?, Nakata no tiene a nadie. No tiene nada. No tiene ningún vínculo con nada. Ni siquiera sabe leer. Incluso su sombra es la mitad de grande que la de los demás.
- Todos tenemos defectos.
- Señor Hoshino.
- ¿Qué?
- Si Nakata hubiera sido el Nakata normal, habría llevado una vida muy distinta. Seguro que habría ido a la universidad, como mis dos hermanos, y que ahora estaría trabajando en una empresa. Me habría casado, tendría hijos, un coche grande, los días de fiesta jugaría al golf. Pero Nakata no era el Nakata normal, así que ha vivido siempre como el Nakata de ahora. Ya sé que es demasiado tarde para arreglarlo. Soy consciente de ello. Con todo, aunque sólo fuera por un breve periodo de tiempo, a Nakata le gustaría volver a ser el Nakata normal. A decir verdad, Nakata, hasta ahora, nunca había sentido deseos de hacer nada en especial. Siempre se ha limitado a llevar a cabo, lo mejor que sabía, lo que los demás le decían que hiciera. O, tal vez, se ha acostumbrado a que sean los demás los que decidan por él. Pero ahora es distinto. Nakata tiene muy claro que desea volver a ser el Nakata normal. Un Nakata con una manera de pensar y un significado propios.

Hoshino exhaló un suspiro.

Si eso es lo que deseas, espero que lo consigas. Que vuelvas a ser el Nakata de antes. Claro que no tengo ni idea de cómo serás tú en normal.

Sí. Nakata tampoco tiene ni idea.

- Ojalá vaya todo bien. Yo me esforzaré en lo que pueda para que vuelvas a ser una persona normal.

Pero antes de volver a ser el Nakata normal, Nakata tiene que solucionar varias cosas.

Por ejemplo, ¿qué?

Por ejemplo, lo de Johnnie Walken.

¿Johnnie Walken? —preguntó el joven—. Ahora que lo dices, abuelo, antes ya me has hablado de ese tipo. El tal Johnnie Walken, ¿es el Johnnie Walken del whisky?

Sí. Nakata fue enseguida a la comisaría, les contó lo de Johnnie Walken. Porque el gobernador tenía que saber lo que había pasado. Pero no me hicieron caso. Así que no me queda más remedio que solucionar las cosas por mí mismo. Y después de resolver este problema intentaré, en lo posible, volver a ser el Nakata normal.

- No acabo de entender de qué va la cosa, pero parece que, para hacer todo eso, es necesaria la piedra. ¿Lo capto?
- Sí. Exactamente. Nakata tiene que recuperar la media sombra que *le* falta.

El retumbar de los truenos había ido en aumento hasta hacerse ensordecedor. Los relámpagos rasgaban el cielo trazando numerosos zigzags, seguidos, segundos después, de truenos tan potentes que entraban ganas de taparse las orejas. El aire vibraba, los cristales de la ventana, aflojados, castañeteaban con nerviosismo. Una negra capa de nubes cubría el cielo, que se oscureció de tal forma que, en el interior de la habitación, Nakata y Hoshino apenas podían verse las caras. Con todo, no encendieron la luz. Siguieron sentados uno enfrente del otro, con la piedra de por medio. Al otro lado de la ventana el cielo vertía ríos de lluvia con tanta violencia que, sólo con verlo, producía angustia. Cada vez que un relámpago rasgaba el cielo, la estancia se iluminaba unos instantes. Durante un tiempo, ni siquiera pudieron oírse el uno al otro.

Pero ¿por qué tienes que usar esta piedra? ¿Y por qué tienes que ser justamente tú quien lo haga? —preguntó el joven Hoshino en un momento en que no se oía ningún trueno.

- Porque Nakata es un hombre que ha hecho *salida y entrada.* —¿Salida y entrada?

Sí. Una vez, Nakata salió de aquí, y luego volvió a entrar. Era la época en que Japón se encontraba metido en una gran guerra. En aquel momento, por casualidad, la tapa se abrió y Nakata se fue de aquí. Luego, también por casualidad, regresó otra vez. Por eso Nakata dejó de ser una persona normal. También la sombra se le quedó reducida a la mitad. A cambio, y aunque últimamente parece que ya no sepa hacerlo, adquirí la facultad de hablar con los gatos. Es posible que también la de hacer caer cosas del cielo.

Como las sanguijuelas del otro día.

Sí, en efecto.

- ¡Jo! Eso no puede hacerlo cualquiera.
- Exacto. Eso no puede hacerlo cualquiera.

Y todas esas cosas empezaste a hacerlas después de tu *salida y entrada*, ¿me equivoco? En ese sentido, tú no eres una persona normal.

Sí, tiene usted razón. Nakata dejó de ser el Nakata normal. A cambio, dejó de saber leer. Y jamás ha tocado a una mujer.

¡Alucinante!

- Señor Hoshino.

¿Qué?

Nakata tiene miedo. Tal como le he dicho, Nakata está completamente vacío. ¿Sabe usted, señor Hoshino, lo que esto significa? Hoshino sacudió la cabeza.

No, creo que no.

- Una persona vacía es igual que una casa deshabitada. Una casa deshabitada cuya puerta no esté cerrada con llave. Cualquier persona es libre de entrar en ella, cualquier cosa que desee hacerlo. Y eso le mucho miedo a Nakata. Por ejemplo, Nakata puede hacer caer cosas del cielo. Pero, en la mayoría de los casos, Nakata no tiene la menor idea de lo que hará llover del cielo a continuación. ¿Y qué haría Nakata si cayeran diez mil cuchillos, una gran bomba o gas tóxico? No será algo que pudiera solucionar pidiendo disculpas.
- No. La verdad es que tienes razón. No es algo que pueda solucionarse pidiendo disculpas —asintió Hoshino—. Lo de las sanguijuelas ya fue bastante gordo, pero ¡la que se armaría si cayera algo peor!
- Johnnie Walken entró dentro de mí. Me hizo hacer cosas que yo no quería hacer. Johnnie Walken utilizó a Nakata. Pero Nakata no pudo oponerle resistencia. Nakata no tenía bastante fuerza. Porque Nakata no tiene contenido.
- Por eso quieres volver a ser el Nakata normal. Y tener un contenido como debe ser.
- Sí, exactamente. Como Nakata no es inteligente, sólo sabía hacer muebles, y por eso estuvo día tras día haciendo muebles. A Nakata le gustaba hacer mesas y sillas y estanterías. Está muy bien hacer cosas que tengan forma. Durante decenas de años jamás deseé volver a ser el Nakata normal. Entonces, a mi alrededor, no había nadie que intentara entrar dentro de mí. Y yo nunca había sentido miedo. Pero, desde que apareció Johnnie Walken, Nakata no puede dejar de tener miedo.
- Y cuando Johnnie Walken se metió dentro de ti, ¿qué diablos te obligó a hacer?

De repente, un ruido ensordecedor rasgó el aire. Al parecer acababa de caer un rayo cerca de allí. A Hoshino le vibraron los tímpanos y sintió dolor. Nakata ladeó un poco la cabeza, aguzando el oído al retumbar del trueno, siguió acariciando lentamente la superficie de la piedra.

- Me hizo derramar una sangre que no debía ser derramada.
- ¿Sangre?
- Sí. Pero aquella sangre no manchó las manos de Nakata.

El joven permaneció pensativo unos instantes. No logró entender lo que Nakata le estaba diciendo.

- ¡En fin! Sea como sea, en cuanto abramos la piedra de la entrada, todas las cosas irán asentándose por sí mismas en el lugar que les corresponde, ¿no es así? Como el agua cuando pasa de un sitio alto a otro bajo, ¿correcto?

Nakata reflexionó unos instantes. O puso cara de estar reflexionando.

- Quizá no sea tan sencillo. No lo sé. Lo que Nakata tenía que hacer era buscar la piedra de la puerta de entrada y abrirla. A decir verdad, Nakata tampoco sabe lo que sucederá después.
- Sí, pero escucha, ¿por qué diablos tiene que estar en Shikoku la piedra esa?
- La piedra se halla en cualquier parte. No tiene por qué estar sólo aquí. Además, tampoco tiene por qué tratarse de una piedra.
- Pues ahora sí que no lo entiendo. Si dices que puede estar en cualquier parte, podrías estar haciendo toda esta operación en el distrito de Nakano, ¿no? Te habrías ahorrado la tira de trabajo.

Durante un tiempo, Nakata estuvo pasándose la palma de la mano por sus cortos cabellos.

- Es una cuestión muy complicada. Nakata ha estado todo el rato escuchando lo que decía la piedra, pero aún no ha logrado entenderla bien. Pero lo que Nakata cree es que los dos, tanto el señor Hoshino como Nakata, teníamos que venir a Shikoku. Era necesario que viniéramos cruzando un gran puente. En el distrito de Nakano no creo que la cosa hubiese funcionado.
- ¿Puedo preguntarte otra cosa?
- Sí. ¿De qué se trata?
- Suponiendo que consigues abrir aquí la piedra de la entrada, ¿eh? ¿Pasará algo gordo, entonces? No sé, algo espectacular. Que aparezca un genio como aquel..., *no sé cómo coño se llamaba*, aquel de *Aladino y la lámpara maravillosa.* O que salga pegando brincos un príncipe convertido en rana y nos dé un beso de tornillo. O que acabemos los dos convertidos en merienda para marcianos.
- Puede que ocurra algo, puede que no ocurra nada. Nakata no abierto nunca una cosa así y tampoco él tiene claro qué puede suceder. No lo sabrá hasta que lo intente.

¿Y es posible que eso sea peligroso?
Sí. En efecto.

- ¡Caray! —exclamó el joven Hoshino. Se sacó un Marlboro bolsillo y le prendió fuego con el encendedor—. Ya me lo decía abuelo: «Tu problema es que te vas detrás del primero que pasa pensártelo dos veces». Por lo visto, he sido igual desde pequeño lo dicen: «Genio y figura hasta la sepultura». En fin, dejémoslo. ¡Qué le vamos a hacer! He venido hasta aquí y he conseguido la piedra. No me voy a echar atrás a estas alturas. Es peligroso, vale, ¿y qu Pues nos la jugamos y a ver qué pasa. Y quizá dentro de muchos ah tenga una bonita historia que contarles a mis nietos.

Entonces, quisiera pedirle un favor.
¿Qué favor?
¿Puede levantar la piedra?

- Claro.

Ahora pesa mucho más que antes.

No soy Arnold Schwarzenegger, pero tengo los brazos más fu tes de lo que parece. Cuando estaba en el Ejército de Autodefens quedé semifinalista en los campeonatos de pulso de mi unidad. Y ah ra que tú me has arreglado la espalda, ¡no te cuento!

Hoshino se puso en pie, agarró la piedra con ambas manos, intentó levantarla. Pero la piedra no se movió ni un centímetro.

¡Joder! iPues sí que pesa la condenada! —dijo el joven con un suspiro—. Ayer la traje sin problemas. Pero ahora parece que esté clavada en el suelo.

Sí. Es una entrada muy importante. Es lógico que no pueda moverse así como así. Sería un problema que cualquiera pudiera abrirla sin más.

Sí, ya.

En aquel instante rasgaron el cielo infinitos fucilazos, uno tras otro. La posterior cadena de truenos hizo temblar la tierra hasta el centro mismo. «iJo! Parece que hayan levantado la tapa del infierno», pensó el joven Hoshino. Al final cayó un rayo muy cerca de allí, y luego se hizo el silencio. Un silencio denso, sofocante. El aire húmedo que se estancaba pesadamente en la habitación parecía cargado de recelos e intrigas. Era como si incontables orejas, de

diversos ta maños flotaran su alrededor, inmóviles, espiándolos. Rodeados de tinieblas en pleno día, los dos permanecían helados, mudos. De rito, como si se acordara de repente, sobrevino una ráfaga de viento que lanzó de nuevo grandes goterones de lluvia contra la ventana, y luego los truenos volvieron a retumbar de nuevo, aunque sin la violencia de antes. El corazón de la tormenta se estaba alejando de la ciudad. El joven Hoshino alzó la cabeza, barrió la habitación con la mirada. La estancia mostraba una indiferencia extraña, las cuatro paredes parecían más inexpresivas todavía que antes. Un Marlboro que se había ido consumiendo en el cenicero aún conservaba, convertido en ceniza, su forma. El joven tragó saliva, ahuyentó aquel pesado silencio de sus oídos.

- i Eh! Nakata.
- ¿Qué sucede, señor Hoshino?
- Siento como si hubiera tenido una pesadilla.
- Sí. Pero, suponiendo que se haya tratado de una pesadilla, los dos hemos tenido la misma.
- Claro —dijo el joven Hoshino. Y se rascó el lóbulo de la oreja con aire resignado—. Sí, claro.

El joven volvió a ponerse en pie con la intención de levantar la piedra. Respiró hondo, retuvo el aire, hizo acopio de todas sus fuerzas, las concentró en los brazos, y levantó la piedra mientras se le escapaba un gruñido de entre los labios. Había logrado moverla unos centímetros.

- La ha movido un poco —dijo Nakata.
- Al menos ya sabemos que no está clavada en el suelo. Pero no basta con moverla un poco, digo yo.

  No. Tiene que darle la vuelta.

  Vamos, como si fuera una tortilla.

  Exactamente —asintió Nakata—. La tortilla es uno de los platos favoritos de Nakata.
- ¡Pues mira qué bien! ¿Sabes que en el infierno también hay tortillas? Voy a intentarlo otra vez. Y esta vez podré con ella.

El joven Hoshino cerró los ojos, concentró la fuerza de todo su cuerpo en un solo punto. «i Ahora o nunca!», se dijo. Esa vez sería la decisiva: Si fracasaba, ya podía dejarlo correr.

Puso las manos sobre la piedra, buscó con extrema atención un asidero, fijó las manos en él, acompasó la respiración. Primero respiró hondo y, mientras sonaba el silbido del aire que salía del fondo de su estómago, levantó la piedra de golpe. La alzó hasta formar ángulo de cuarenta y cinco grados. *Se* hallaba al límite de sus zas. Logró, sin embargo, mantenerla en esa posición. Al expuls aire, con la piedra bien sujeta, su cuerpo crujió dolorosamente. como si sus huesos, sus músculos, sus nervios soltaran alaridos. p justo entonces no podía rendirse. Volvió a tomar una gran bocanada de aire y lanzó un grito de guerra. Pero el grito no llegó a sus oíd Ni siquiera logró entender lo que él mismo estaba diciendo. Toda con los ojos cerrados, sacó fuerzas de flaqueza. De un lugar que principio no debía de existir en su interior. La falta de oxígeno en cerebro hizo que todo se volviese blanco. Uno tras otro, sus nervios se fueron soltando con un chasquido, como cuando saltan los fusibles. No veía nada. No oía nada. No podía pensar en nada. Le fal ba el aire. Pero, a pesar de todo, el joven Hoshino pudo mantener vantada la piedra, aunque a duras penas, hasta que al fin la volcó tiempo que exhalaba otro grito. En cierto momento, la piedra perd de repente su punto de apoyo, se derrumbó del lado contrario y ca por su propio peso. Al caer a plomo, con estrépito, una fuerte sac dida hizo temblar la habitación. Parecía que el edificio entero se biera estremecido de arriba abajo.

La fuerza de retroceso tumbó al joven de espaldas. Cayó sobre tatami boca arriba, jadeando penosamente. Dentro de su cabeza, u especie de lodo blanquecino giraba sin cesar. «¡Jamás en mi puñetera vida volveré a levantar una cosa tan pesada!», se dijo el joven. (aquel momento, Hoshino no tenía por qué saberlo, pero sus pronósticos pecaban de optimismo, tal como él mismo descubriría momentos mas adelante.)

Señor Hoshino.

- ¿Qué?
- Gracias a usted, la entrada está abierta.

- iEh, abuelo!

¿Qué sucede?

El joven Hoshino, todavía boca arriba y con los ojos cerrados, volvió a tomar una gran bocanada de aire que, a continuación, expulsó de sus pulmones.

- Pues mejor que se haya abierto. Porque si todo esto no llega a servir para nada, a mí me da algo.

33

Antes de que llegue Ôshima lo dejo todo preparado para abrir la biblioteca. Paso la aspiradora, limpio los cristales de las ventanas, hago la limpieza de los lavabos, paso un paño por las mesas y las sillas. Saco brillo a la barandilla de la escalera con un *espray* abrillantador. Paso con cuidado el plumero por la vidriera del descansillo. Barro el jardín, enciendo el aire acondicionado de la sala de lectura y el aparato humidificador de las estanterías. Preparo café, afilo los lápices. La biblioteca desierta posee algo que me conmueve. Todas las palabras, todas las ideas descansan allí en silencio. Siento deseos de mantenerla tan hermosa, limpia y tranquila como pueda. De vez en cuando me detengo y contemplo los libros mudos que se alinean en las estanterías. Acaricio los lomos de algunos de ellos. A las diez y media llega del aparcamiento, como siempre, el ronroneo del motor del Mazad Road Estar, luego aparece Ôshima con rostro ligeramente soñoliento. Charlamos un rato hasta la hora de apertura de la biblioteca.

- Si no te importa, me gustaría salir un rato —le digo a Ôshima después de abrir la biblioteca.
- ¿Y adónde vas a ir?
- Al gimnasio del palacio de deportes, a hacer un poco de ejercicio. Últimamente apenas me muevo.

Por supuesto, no se trata sólo de eso. Es que no quiero encontrarme con la señora Saeki cuando, poco antes del mediodía, venga a trabajar. Prefiero verla una vez que se me hayan serenado los ánimos. Ôshima me mira fijamente a la cara y, tras una pequeña pausa, asiente.

- Pero ten muchísimo cuidado. No soy ninguna gallina clueca y no querría ponerme pesado, pero, en tu situación, toda precaución es poca.
- Tranquilo. Tendré cuidado —le digo.

Subo al tren con la mochila a la espalda. Me apeo en la estación de Takamatsu y me dirijo en autobús al gimnasio de siempre. En vestuarios me pongo la ropa de deporte, empiezo a realizar el circuito de ejercicios mientras escucho a Prince por el *discman.* Como pasado tanto tiempo sin hacer deporte, mi cuerpo suelta, al principio, alaridos de dolor. Pero yo sigo adelante. Mi cuerpo está reaccionando de manera normal, protestando, resistiéndose a la carga, que yo debo hacer es engatusar esa reacción, derribarla. Y, mientras escucho *Little Red Corvette*,. Respiro hondo, retengo el aire, lo expulso. Lo repito metódicame varias veces. Arrastro mis músculos, uno tras otro, hasta rozar la frontera del dolor. Sudo a mares; la camiseta, empapada, pesa cada más. No paro de ir al surtidor de agua a reponer líquido.

Mientras sigo en el mismo orden de siempre el circuito de aparatos, no se me va de la cabeza la señora Saeki. Las relaciones sexuales que mantuvimos. Me esfuerzo en no pensar en nada. No es tarea difícil. Me concentro en los músculos. Ahogo mi yo en aquella serie movimientos rutinarios. Los aparatos de siempre, la carga de siempre el mismo número de vueltas de siempre. Prince va desgranándome oído *Sexy Motherfucker.* Tengo la punta del pene ligeramente resentida. Al orinar me escuece la uretra. El glande está enrojecido. Mi pene que acaba de asomar del prepucio, es todavía joven y sensible. Mi cabeza, repleta de densas obsesiones sexuales, de la voz escurridiza Prince y de citas de tal libro o tal otro, está a punto de estallar.

Me libero del sudor bajo la ducha, me cambio la ropa interior vuelvo a coger el autobús, regreso a la estación. Tengo hambre, entro en el primer establecimiento que encuentro, un comedor que hay frente a la estación, tomo una comida ligera. Mientras como me doy cuenta de que es el mismo local al que fui justo el día en que llegué a Tak matsu. Por cierto, ¿cuántos días deben de haber transcurrido desde entonces? Hace alrededor de una semana que vivo en la biblioteca. De de hacer, pues, unas tres semanas en total. Saco el diario de la mochila y lo compruebo en un instante al hojearlo. De memoria me es difícil calcular los días con exactitud.

Después de la comida, mientras me tomo el té, contemplo a gente que va y viene con aire atareado por el recinto de la estación. Todos se dirigen a alguna parte. Si yo quisiera, podría convertirme en *uno* de ellos. Podría subirme a algún tren y dirigirme a un lugar distinto. Lo pienso. Dejar todo lo que tengo aquí, abandonarlo todo, ir a una ciudad desconocida, volver a empezar de cero. Como quien abre las páginas en blanco de un cuaderno. Podría irme a Hiroshima. O a Fukuoka. Nada me ata. Soy libre al cien por cien. La mochila que llevo a la espalda contiene

cuanto necesito para vivir. Mudas de ropa, neceser, saco de dormir. Aún conservo casi todo el dinero que cogí del escritorio de mi padre.

Pero no puedo irme a ninguna parte y eso lo sé yo muy bien.

- Pero no puedes irte a ninguna parte y eso lo sabes tú muy bien —me dice el joven llamado Cuervo.

Tú has tomado a la señora Saeki entre tus brazos, has eyaculado en su interior. Muchas veces. La señora Saeki ha acogido tu semen cada vez. Todavía sientes escozor en el pene. Tu pene recuerda aún el tacto de su vagina. Uno de los lugares que te pertenecen. Tú piensas en la biblioteca. Piensas en los libros que se alinean sin palabras en las silenciosas estanterías durante las primeras horas de la mañana. Piensas en Ôshima. En tu habitación, en *Kafka en la orilla del mar* colgado en la pared, en la niña de quince años que viene a contemplar el cuadro. Sacudes la cabeza. No puedes marcharte de aquí. No eres libre. Además, ¿de verdad quieres serlo?

En el recinto de la estación me cruzo varias veces con policías que están haciendo su ronda. Pero no me prestan ninguna atención. Por todas partes hay chicos bronceados con una mochila a la espalda. Yo debo de confundirme en el paisaje, como si fuera uno de ellos. No tengo miedo. Me basta con actuar con naturalidad. Si lo hago, nadie se fijará en mí.

Me subo a un pequeño tren de dos vagones y vuelvo a la biblioteca.

- ¡Bienvenido! —me dice Ôshima. Luego mira la mochila y me dice con pasmo—: ¡Ostras! ¿No me digas que siempre vas por ahí con eso cargado a la espalda? Pero si pareces el niño ese que sale en las tiras de Charlie Brown, el que siempre lleva consigo la manta.

Caliento agua, me bebo un té. Ôshima le da vueltas, como de costumbre, a un largo lápiz recién afilado que tiene en la mano. (¿Adónde irán a parar sus lápices cuando se quedan cortos?)

Esta mochila, para ti, simboliza la libertad, seguro —dice Ôshima Tal vez —digo.

- Quizá se experimente una felicidad mayor al poseer algo que simbolice la libertad que poseyendo la libertad en sí misma. —A veces —digo.

A veces —repite—. Si se celebrara un concurso de respuestas ves, seguro que tú te llevarías la palma.

Puede —digo.

Puede —dice Oshima con pasmo—. Oye, Kafka Tamura. Puede que la mayoría de personas de este mundo no deseen, en realidad, libres. Sólo están convencidos de que lo desean. Todo es una fan sí. Si realmente consiguieran la libertad, la mayoría de la gente encontraría con graves problemas. No lo olvides. A la gente, de he le gusta la falta de libertad.

¿A ti también?

Sí. A mí también. Hasta cierto punto, claro —dice Oshima Jean—Jacques Rousseau afirmaba que la civilización nació cuando especie humana empezó a levantar barreras. Es una observación m perspicaz. En efecto. Todas las civilizaciones son producto de la falta de libertad en parcelas. Sólo hay una excepción: los aborígen australianos. Ellos preservaron hasta el siglo XVII una civilización sin barreras. Eran libres hasta la raíz. Podían ir a donde les apeteciese cuando les apeteciera, hacer lo que les apeteciera. Su vida era, literalmente, un constante ir de aquí para allá. Y andar de un lado p otro era, para ellos, una profunda metáfora de la vida. Cuando llegaron los ingleses y construyeron cercas para encerrar a los animales domésticos, ellos no podían entender de ninguna manera qué significaba aquello. Y, como eran incapaces de comprender aquel principio, los tacharon de seres peligrosos, antisociales, los expulsaron al desierto. Así que también te recomiendo a ti, Kafka Tamura, que tengas cuidado. Al fin y al cabo, los que mejor sobreviven en este mundo son los que levantan barreras altas y fuertes. Y si te opones a ellos, te expulsarán al desierto.

Vuelvo a mi habitación y dejo la mochila. Después me dirijo a la cocina a preparar un café y se lo llevo a la señora Saeki, como de costumbre. Sujetando la bandeja con una mano, subo con precaución un

escalón tras otro. El viejo entarimado cruje levemente. La vidriera del descansillo proyecta su brillante colorido en el suelo. Pongo los pies dentro de ese abanico de colores.

La señora Saeki está frente a la mesa escribiendo. Dejo la taza de café. Ella alza la vista y me indica que me siente en la silla de costumbre. La señora Saeki lleva una camiseta negra y, por encima de los hombros, una camisa de color café con leche. Se ha echado el flequillo hacia atrás, sujeto con un pasador, y en las orejas luce un par de pequeñas perlas.

Por unos instantes no dice nada. Está estudiando lo que acaba de escribir. La expresión de su rostro es la habitual. Le pone el capuchón a la pluma, la deja sobre el papel. Abre las manos, comprueba que no tiene los dedos manchados de tinta. A través de la ventana penetran los rayos de sol de una tarde de domingo. En el jardín, alguien está conversand[o] de pie.

- Ôshima me ha contado que estabas en el gimnasio —dice mirándome fijamente.
- Sí —digo.

¿Qué tipo de ejercicios haces en el gimnasio?

- Aparatos y pesas —respondo.
- ¿Y aparte de eso?

Sacudo la cabeza.
Deportes solitarios, ¿no?
Asiento.

- Debes de querer ser más fuerte, imagino.

Si no eres fuerte, no puedes sobrevivir. Particularmente en mi caso.

¿Porque estás solo?

Nadie va a ayudarme. Al menos hasta ahora nadie me ha ayudado. He tenido siempre que apañármelas por mí mismo. Así que debo ser fuerte. Como un cuervo abandonado. Por eso me he

puesto el nombre de Kafka. Porque Kafka, en checo, significa cuervo.

- ¡Caramba! —exclama ella con cierta admiración—. Así que tú eres cuervo.
- Sí, en efecto —digo.

Sí, en efecto —dice el joven llamado Cuervo.

- Pero esa forma de vida tiene sus límites. No puedes utilizar esa fuerza para levantar una muralla a tu alrededor. Con la fuerza Buce de lo siguiente: que siempre puede venir alguien más fuerte que t derribarla. Es lo que suele ocurrir.
- Es que la fuerza acaba convirtiéndose en fortaleza moral. La señora Saeki sonríe.
- Eres muy rápido en captar las cosas. Entonces yo digo:
- Lo que yo deseo, la fuerza que yo busco, no es aquella que lleva a ganar o a perder. Tampoco quiero una muralla para repeler fuerzas que lleguen del exterior. Lo que yo deseo es una fuerza q me permita ser capaz de recibir todo cuanto proceda del exterior resistirlo. Fortaleza para resistir en silencio cosas como la injusticia, infortunio, la tristeza, los equívocos, las incomprensiones.
- Posiblemente sea ésa la fuerza más difícil de alcanzar. —Ya lo sé.

Su sonrisa se hace más amplia.

- Al parecer, lo sabes todo.

Sacudo la cabeza.

- En absoluto. Sólo tengo quince años, hay un montón de cosas que no sé. Cosas que no sé y que debería saber. Por ejemplo, no nada acerca de usted.

La señora Saeki toma la taza de café y bebe un sorbo. —Cosas que tengas que saber sobre mí, en realidad, no hay ninguna. Es decir, que entre las cosas que tú deberías saber, no hay ninguna relacionada conmigo.

- ¿Se acuerda todavía de la hipótesis?
- Por supuesto —dice—. Pero la hipótesis es tuya, no he sido yo quien la ha formulado. Así que no tengo ninguna responsabilidad con res pecto a ella. ¿No es así?
- Sí, en efecto. Es quien ha formulado la hipótesis quien tiene que demostrarla —digo—. Querría preguntarle una cosa.
- ¿De qué se trata?

Usted, hace tiempo, escribió y publicó un libro sobre personas que habían recibido la descarga de un rayo, ¿no es cierto? —Sí.

¿Podría conseguir un ejemplar?
Sacude la cabeza.

- Para empezar, se publicaron pocos ejemplares. Además, hace mucho que se editó e imagino que debieron de saldar los era una recopilación de entrevistas a personas que habían sobrevivido a la descarga de un rayo, y eso no interesó a nadie.
- ¿Y cómo es que usted se interesó por ello?
- Pues no sé a qué se debió. Tal vez encontrara en ello algo simbólico. O, tal vez, con la finalidad de mantenerme ocupada, me buscara un objetivo cualquiera para mantener el cuerpo y la mente en movimiento. Cuál pudo ser el motivo último, eso ahora mismo ya no lo recuerdo. Sea como fuere, cierto día, de repente, se me ocurrió la idea y empecé la investigación. En aquella época yo escribía, pero ya que económicamente tenía mis necesidades cubiertas, podría disponer de tiempo libre y hacer, hasta cierto punto, lo que quisiera. Pero el trabajo en sí mismo fue muy interesante. Conocí a mucha gente, puede escuchar muchas historias diferentes. Si no hubiera realizado aquel trabajo, tal vez me hubiese ido alejando cada vez más de la realidad, encerrándome, más y más, en mí misma.
- Mi padre, cuando era joven, trabajó a media jornada como cadi en un campo de golf y también recibió la descarga de un rayo. Se salvó de milagro. Pero las personas que iban con él murieron.
- Hay mucha gente que ha muerto en campos de golf a consecuencia de la descarga de un rayo. Son lugares grandes, llanos, con pocos sitios para guarecerse. Los rayos adoran los clubes de golf. El apellido de tu padre debía ser Tamura, claro.
- Si, y creo que tenía, más o menos, la misma edad que usted.

Ella sacude la cabeza.

No recuerdo a ningún Tamura. Entre la gente a la que entrevisté no había nadie que se llamara así.

Permanezco en silencio.

Eso también era parte de tu hipótesis, ¿verdad? Que cuando yo estaba escribiendo el libro sobre los rayos conocí a tu padre y que, como resultado, naciste tú.

ha nombrado el apellido Tamuq
se llamara así. Sin pensárse-

- En efecto.

Pues, entonces, aquí acaba la historia. Este suceso no se produjo nunca. O sea, que tu hipótesis no tiene fundamento alguno.

No lo creo —digo.
¿No lo crees?
No me creo lo que me está diciendo —¿Y por qué?

- Por ejemplo, porque en cuanto he nombrado el apellido Tamura, me ha dicho que no había nadie ha nombrado el apellido Tamura que se llamara así. Sin pensárselo dos veces. Usted entrevistó a mucha gente y de eso ya hace de veinte años. ¿Cómo se iba a acordar al instante de que no ha ninguno entre ellos que se llamara Tamura?

La señora Saeki sacude la cabeza. Bebe otro sorbo de café. Esboza una pálida sonrisa.

Oye, Tamura. Yo... —empieza a decir, pero se detiene. Busca palabras.

Espero a que las encuentre.

Tengo la impresión de que, a mi alrededor, las cosas han empezado a transformarse —dice la señora Saeki.

¿Qué cosas?

- No sabría decirte. Pero lo sé. La presión del aire, la reverberación del sonido, el reflejo de la luz, el movimiento de los cuerpos el flujo del tiempo. Todo ello está cambiando poco a poco. Es como si una acumulación de incesantes cambios diminutos fuera formando una gran corriente. —La señora Saeki toma su Montblanc negra la contempla, vuelve a dejarla en su sitio. Luego me mira de frente Lo que pasó anoche entre nosotros, en tu habitación, creo que también es uno de esos cambios. No sé si lo que hicimos está bien no. Pero yo, en aquel momento, decidí no obligarme a mí misma a juzgar. Pensé que, si fluía la corriente, dejaría que me arrastrara también a mí.
- ¿Puedo decirle lo que pienso de usted? —Pues, claro.

Lo que está haciendo es, tal vez, recuperar el tiempo perdido. La señora Saeki reflexiona unos instantes sobre ello.

Quizá sí —dice—. Pero ¿cómo lo sabes?

- Porque yo tal vez esté haciendo lo mismo.
- ¿Recuperar el tiempo perdido?
- Sí —digo—. A mí, desde que era pequeño, me han ido robando muchas cosas. Muchas cosas *valiosas.* Y ahora tengo que recuperarlas, aunque sólo sea una parte de ellas.
- Para seguir viviendo.

Asiento.

- Debo hacerlo. Para una persona es importante tener algo así como un lugar al que poder volver. Ahora tal vez esté todavía a tiempo. Posiblemente. Yo, y también tú.

La señora Saeki cierra los ojos, une los dedos de ambas manos sobre la mesa. Después vuelve a separarlos, resignada.

_ ¿.Quién eres? —Pregunta la señora Saeki—. ¿Cómo sabes tantas cosas y las sabes tan bien?

«Quién soy yo, seguro que tú también lo sabes», le dices a la señora Saeki. Yo soy *Kafka en la orilla del mar.* Tu amado, tu hijo. El joven llamado Cuervo. Ninguno de los dos puede ser libre. Estamos siendo engullidos por un remolino. A veces nos encontramos fuera del tiempo. En algún lugar fuimos alcanzados por un rayo. Por un rayo que no tenía ni sonido ni forma.

Esa noche volvéis a hacer el amor. Tú escuchas cómo se va llenando el vacío que hay dentro de ti. Es un sonido tan leve como el de la fina arena de la playa desmenuzándose bajo la luz de la luna. Contienes el aliento, aguzas el oído. Estás dentro de una hipótesis. Estás fuera de ella. Estás dentro. Estás fuera. Inspiras, .retienes el aire, espiras. Inspiras, retienes el aire, espiras. Prince canta sin descanso, como un molusco, dentro de tu cabeza. La luna asciende en el cielo, la marea avanza. El agua del mar se vierte en el río. Las ramas del árbol que hay junto a la ventana tiemblan nerviosamente. Tú la abrazas. Ella esconde la cara en tu pecho. Tú percibes su aliento en tu pecho desnudo. Ella palpa cada uno de tus músculos. Lame dulcemente tu pene enrojecido como si lo aliviara. Eyaculas una vez más en su boca. Ella traga tu semen como si fuera algo precioso. Besas su sexo. Lo recorres con la punta de la lengua. Te conviertes ahí en otra persona, en otra cosa. Estás en otro lugar.

- Dentro de mí no hay una sola cosa que tengas que saber —dice ella. Hacéis el amor hasta que llega la mañana del lunes, aguzáis el oído al tiempo que pasa.

34

Los negros y gigantescos nubarrones cruzaron la ciudad con lentitud y, como si quisieran averiguar los entresijos de una moralidad perdida, soltaron todos los relámpagos en rápida sucesión, de tal forma que, pronto, sólo quedaron unos pálidos ecos de la ira que llegaba desde el cielo del este. Al mismo tiempo, la violenta lluvia cesó de repente. Siguió una extraña calma. El joven Hoshino se levantó, abrió la ventana para que entrara un poco de aire fresco. Ya no quedaba ni rastro de los oscuros nubarrones, el cielo volvía a estar cubierto por una membrana de tonalidad pálida. Todos los edificios que aparecían ante sus ojos estaban empapados de lluvia, las grietas que recorrían las paredes estaban ennegrecidas, como las venas de un anciano. Los postes de la electricidad goteaban, se habían formado charcos por doquier. Los pájaros que huyendo de la lluvia se habían refugiado en alguna parte empezaban a salir de nuevo y trinaban buscando los insectos que la lluvia había empapado.

El joven Hoshino giró varias veces la cabeza de un lado a otro, comprobó en qué estado se encontraban sus huesos. Luego se desperezó tanto como pudo. Se sentó junto a la ventana, permaneció unos instantes contemplando el paisaje tras la lluvia, se sacó un Marlboro del bolsillo, le prendió fuego con el mechero.

- Pero oye, Nakata, yo casi me mato dándole la vuelta a la piedra para abrir la «entrada» esa, y ¿qué ha pasado? Pues nada. Ni ranas, ni demonios ni cosas raras. Nada. Con todos esos truenos terroríficos reventando por ahí, el decorado era cojonudo, pero luego va y no hay espectáculo. Si te digo la verdad, me he quedado con las ganas.

No hubo respuesta. Al volverse vio a Nakata sentado todavía sobre sus piernas, pero en ese momento estaba inclinado hacia delante, tenía ambas manos apoyadas en el suelo y los ojos cerrados. Parecía un insecto mojado por la lluvia.

- ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? —preguntó entonces el oven Hoshino.

Disculpe, pero Nakata está cansado. No se encuentra muy bien A ser posible, le gustaría acostarse y dormir un rato.

Ciertamente, la sangre parecía haber huido del rostro de Nakata, que estaba blanco como una sábana. Tenía los ojos hundidos, incluso le temblaban un poco los dedos. Tenía aspecto de haber envejecido años en cuestión de unas pocas horas.

Vale. Ahora mismo te extiendo el futón y te acuestas. Y duerme tanto como quieras —dijo Hoshino—. Pero ¿estás bien? No te dolerá la cabeza, o tendrás vómitos, o te silbarán los oídos, o querrás hacer caca... ¿Nada de eso? ¿No? ¿Quieres que llame a un médico? ¿Tienes cartilla del seguro?

- Sí. El señor gobernador me dio una cartilla de la sanidad pública, la tengo guardada dentro de la bolsa.

¡Ah, muy bien! Sin embargo, ya sé que no es el momento de andarse con estas chorradas, pero las cartillas del seguro no las da el gobernador. La sanidad pública es para todos los japoneses, es el gobierno japonés quien da las cartillas. No conozco muy bien el tema, pero es así como creo que va. No tiene por qué ser el gobernador quien siempre te lo esté dando todo. Así que intenta olvidarte un poco de él, ¿vale? —dijo el joven sacando el futón del armario empotrado y tendiéndolo en el suelo.

Sí. De acuerdo. La cartilla sanitaria no la da el gobernador. Y yo intentaré olvidarme un poco del gobernador. Pero, señor Hoshino, en cualquier caso, Nakata no necesita ningún médico. Sólo con acostarse y dormir se pondrá bien.

Escucha, Nakata. ¿Vas a dormir tanto como el otro día? ¿Treinta y seis horas seguidas o así?

Mil perdones, pero Nakata no puede responderle a esto. Es que Nakata no decide de antemano cuánto tiempo va a dormir.

- Sí, claro. Tienes razón —dijo el joven—. La gente no calcula lo que podrá dormir. Vale, vale. Duerme tanto como quieras. Hoy ha sido —un día muy duro. Con todos esos truenos y, además, la historia de la piedra. Pero, bueno, hemos abierto *la piedra esa.* Y una cosa así no pasa todos los días, ¿no? Has hecho trabajar

mucho la cabeza y ahora debes de estar hecho polvo. Así que no te preocupes por nada y duerme hasta que el corazón te diga basta. Del resto ya me encargaré yo solito. Tú duerme tranquilo.

- Muchas gracias, señor Hoshino. No he dejado de ocasionarle molestias ni un solo instante. Por más que se lo agradezca, nunca se lo agradece[ré] bastante. Si no hubiera sido por usted, Nakata se habría encontrado completamente perdido. Teniendo en cuenta, además, que usted tiene un trabajo importante que hacer.
- ¡Jo! ¡Pues sí! —exclamó el joven con voz fúnebre. Habían sucedido tantas cosas, sin tregua entre una y otra, que Hoshino había olvidado por completo su trabajo—. Ahora que lo dices, es cierto. Ya va siendo hora de que vuelva al trabajo. El patrón debe de estar hecho una furia. Le solté de repente por teléfono que tenía un compromiso, que me cogía dos o tres días de fiesta. Y no me ha vuelto a ver el pelo. Cuando regrese, me va a pegar una bronca descomunal.

Hoshino se encendió otro Marlboro. Exhaló el humo despacio. Luego le hizo muecas a un cuervo que estaba posado en lo alto de un poste eléctrico.

- ¡En fin! Que diga el patrón lo que le venga en gana. Y si quiere explotar de la rabieta, pues que explote. Ya llevo demasiados años sacándole las castañas del fuego y trabajando como un burro. « ¡Eh, Hoshino! Que falta personal. ¿Podrías ir tú esta noche a Hiroshima?" «Sí, patrón. Ahora voy.» Haciendo siempre lo que me dice, sin rechistar. Así he acabado con la espalda hecha polvo. Suerte que el otro día me la arreglaste tú, que si no... ¡Ya me dirás por qué tengo que arruinarme la salud, a los veinticinco años, por un trabajo de mierda! No se va a hundir el mundo porque me tome unas vacaciones, digo yo. Pero, escucha, Nakata...

Al decir eso, el joven se dio cuenta de que Nakata ya estaba profundamente dormido. Con los ojos cerrados con fuerza, la cara vuelta hacia el techo, los labios apretados formando una línea horizontal, respiraba apaciblemente por la nariz. Junto a su almohada permanecía la piedra vuelta del otro lado.

- ¡Caray! Éste se duerme en un periquete —dijo el joven admirado. Sin saber qué hacer, se quedó un rato tumbado viendo la televisión, pero los programas de la tarde eran todos tan aburridos que Hoshino no los pudo soportar y decidió salir. Además se había quedado sin una sola muda de ropa interior, ya iba siendo hora de renovar existencias. Nada se le daba peor a Hoshino que hacer la colada. Antes que lavarse los calzoncillos prefería comprarse unos calzoncillos nuevos baratos.

Fue á 1á recepción del hotel, pagó el alojamiento del día siguiente, les dijo que su compañero estaba muy cansado y que dormía, que no lo molestaran.

- Claro que, aunque intentarais despertarlo, no lograríais — añadió.

Hoshino recorrió las calles sin rumbo, aspirando el olor a lluvia. Con su gorra de los Chúnichi Dragons, sus Ray—ban de cristales verdes y su camisa hawaiana. Fue a parar delante de la estación, compró el periódico en el quiosco. En la sección de deportes miró cómo iba el Chúnichi Dragons (había perdido en el campo del Hiroshima), y luego echó una ojeada a la cartelera de cine. Daban la última película protagonizada por Jackie Chan y decidió ir a verla. La hora del pase le iba de maravilla. En el puesto de policía preguntó dónde estaba el cine y, como resultó que se encontraba muy cerca *de* la estación, decidió ir andando. Compró la entrada, entró en el local, vio la película mientras se comía unos cacahuetes tostados con mantequilla.

Cuando acabó la película, al salir del cine, anochecía. No tenía mucho apetito, pero, ya que no se le ocurría nada mejor, decidió ir a comer algo. Entró en una *sushi—ya* que vio por las inmediaciones, pidió una ración de *nigirizush* y una cerveza. Apenas pudo beberse media. Debía de estar más cansado de lo que se pensaba.

«Es normal. La piedra pesaba como un muerto. Pues claro que estoy cansado», se dijo el joven. «Me siento como aquella porquería de casa que hizo el mayor de *Los tres cerditos.* Al primer soplo del malvado lobo feroz me iría a parar a Okayama.»

Al salir de la *sushi—ya* vio un *pachinko* y entró. Perdió dos mil yenes en un abrir y cerrar de ojos. Por lo visto no estaba en forma. Resignado, salió del *pachinko,* empezó a vagar de nuevo por las calles. Mientras andaba, recordó de repente que aún no había comprado la ropa interior. «¡Qué va! desastre! Pero si he salido justamente para eso», se dijo. Entró en una tienda del barrio comercial que anunciaba grandes descuentos, compró calzoncillos, camisetas de color blanco y calcetines. Por fin podría tirar la ropa sucia. También iba siendo hora de cambiarse la camisa hawaiana, pero, tras husmear por varias tiendas, llegó a la conclusión de que en Takamatsu no le iba a ser fácil encontrar una camisa que le gustara. Tanto en verano como en invierno solía llevar camisas hawaianas, pero eso no quería decir que se conformara con cualquiera.

Entró en una panadería del barrio comercial y, barajando la posibilidad de que Nakata se despertara a medianoche con hambre, compró algunos panecillos. También compró un pequeño tetra brik de zumo de naranja. Luego entró en el banco, retiró cincuenta mil yenes del cajero automático y se los metió en la cartera. Al mirar el saldo comprobó que aún le quedaba bastante dinero. Durante los últimos años había estado tan ocupado que apenas había tenido tiempo de gastarse el sueldo.

Ya había anochecido por completo. De repente, le entraron ganas de tomarse un café. Buscando por los alrededores, descubrió el letrero de una cafetería en una zona un poco apartada del barrio comercial. Se trataba de una cafetería antigua, de esas que apenas se ven hoy en día. Entró, se sentó en un sillón mullido y confortable, pidió café. Por unos altavoces de fabricación inglesa de madera de nogal sonaba música de cámara. Hoshino era el único cliente. Apoltronado en el sillón, el joven se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía completamente en paz. La calma y la naturalidad que emanaban de todas las cosas del local le producían una sensación muy placentera. El café, servido en una preciosa taza, era espeso y exquisito. Con los ojos cerrados y la respiración tranquila aguzó el oído para escuchar aquel antiguo entrelazado. Apenas había escuchado música clásica a lo largo de su vida, pero aquella melodía, no sabía por qué, lo relajaba. Incluso se podía decir que lo invitaba a reflexionar.

Hundido en el mullido sillón, mientras escuchaba la música con los ojos cerrados, dejó correr sus pensamientos. Se centró básicamente en su persona. Pero, cuantas más vueltas le daba, más carente de sustancia se encontraba a sí mismo. Le dio la impresión de no ser más que un apéndice sin sentido en relación con lo que allí había.

«Por ejemplo, yo, hasta ahora, he sido un gran hincha de los Chúnichi Dragons. Pero ¿qué son, para mí, en realidad, los Chúnichi Dragons? ¿Seré mejor persona si ganan a los Yomiuri Giants? ¡Qué va!», pensó el joven. «Entonces, ¿por qué, hasta ahora, los he apoyado como si formaran parte de mí mismo?

»Nakata dice que está vacío. Tal vez sea cierto. *Pero, en ese caso, ¿que diablos soy yo?* Nakata dice que se quedó vacío a raíz de un accidente que tuvo cuando era niño. Pero a mí no me ha pasado nada. Si Nakata tiene la mente vacía, yo, lo mire como lo mire, la tengo mucho más vacía. Nakata, como mínimo... Nakata, como mínimo, posee ese *algo* que me hizo seguirlo expresamente hasta Shikoku. Algo especial. Algo que ni yo mismo acabo de entender de qué se trata.»

El joven pidió otro café.

- ¿Le gusta nuestro café? —le preguntó el dueño, de pelo canoso acercándosele. (Hoshino, por supuesto, no lo sabía, pero era un antiguo funcionario del Ministerio de Educación que, al jubilarse, había vuelto a su Takamatsu natal y había abierto una cafetería donde se servía buen café y se podía escuchar música clásica.)
- ¡Mmm! Muy bueno. Y tiene muy buen aroma.
- El grano lo tuesto yo mismo. Selecciono los granos a mano, uno a uno.
- Ah! Así se entiende que sea tan bueno. —¿Le molesta la música?
- ¿La música? ¡Ah, no! Es muy buena. No me molesta. ¡Qué va! Para nada. ¿Quién toca?
- Un trío compuesto por Rubinstein, Heifetz y Feuermann. En su época los llamaban el «Trío del millón de dólares». Eran grandes artistas. La grabación es de 1941, pero su brillo no se ha apagado en absoluto.
- Sí, eso me parece a mí. Las cosas buenas no envejecen.

También hay quien prefiere una versión del *Trío del archiduque* un poco más estructurada, más clásica, más ortodoxa. Como la de Oistrach, por ejemplo.

¡Qué va! Ésta está bien —dijo el joven—. Tiene algo, no sé, algo dulce.

- Muchas gracias —dijo el dueño, agradeciéndoselo educadamente en nombre del Trío del millón de dólares.

Al retirarse el dueño, Hoshino prosiguió su labor introspectiva mientras saboreaba una segunda taza de café.

«Pero yo, ahora, a Nakata le sirvo para algo. Puedo leer por él. Fui yo, además, quien encontró la piedra. La verdad es que, ayudando a la gente, uno se siente pero que muy bien. Es la primera vez en la vida que me pasa algo así. He dejado el trabajo tirado, he venido expresamente hasta Shikoku, me he visto involucrado en una locura tras otra, pero, a pesar de todo, no me arrepiento.

»No sabría explicarlo, pero es como si ahora tuviese la sensación real de estar en el lugar correcto. La pregunta esa ”pero *quién diablos soy yo”*, cuando estoy junto a Nakata deja de tener importancia. Si he de compararlo con

algo, tal vez sea un poco exagerado, pero es como se debían de sentir los discípulos de Buda o Jesucristo. “Cuando estoy con Buda, me siento así”, y todo eso. Antes que hablar de dogmas, verdades y cosas complicadas, tal vez se diera eso.

»Cuando era pequeño, mi abuelo me contaba historias de los discípulos de Buda. Había uno que se llamaba Myóga. Era tan tonto, que ni siquiera podía aprenderse bien los sutras más sencillos. Por eso los otros discípulos se reían de él. Un día, Buda le dijo: “¡Eh, Myóga! Como tú eres tonto, no hace falta que te aprendas los sutras. A cambio te sentarás en la entrada y limpiarás los zapatos de todos nosotros”. Corno Myóga era obediente, no le replicó: “¡No me fastidies, tío! ¡Límpialos tú!”. Y durante diez, veinte años, estuvo limpiando como una hormiguita los zapatos de todos, tal como le había dicho Buda. Hasta que un día, de repente, alcanzó la Verdad Absoluta y llegó a ser uno de los discípulos más destacados de Buda.»

Hoshino recordaba esa historia. La razón por la cual la recordaba tan bien era porque siempre había pensado que limpiar durante diez o veinte años los zapatos de los demás era, lo miraras por donde lo mirases, una mierda de vida. «Será broma, ¿no?», se había dicho siempre. Pero, ahora, al volver a pensar en la historia, se dio cuenta de que despertaba un eco distinto en su corazón. «La vida siempre es una mierda», pensó el joven. Lo que pasaba era que él, de niño, no lo sabía.

Eso fue lo que pensó antes de que finalizara el *Trio del archiduque*. Aquella música le ayudaba a pensar. Cuando se disponía a salir de la cafetería, llamo al dueño ¡Eh, oye! ¿Cómo se llamaba , me lo has dicho antes, pero ya no me acuerdo —El *Trío del archiduque,* de Beethoven.

¿Trío de archi—buque? ¿De la marina de guerra?

- No, no se trata del *Trío del archi—buque* sino del *Trío del archiduque.* Beethoven compuso esta melodía para el archiduque Rodolfo de Austria. Por eso la obra es vulgarmente conocida como *Trío del archiduque,* aunque el título de verdad sea otro. El archiduque Rodolfo era hijo del emperador Leopoldo II, o sea, que pertenecía a la familia imperial. Era un muchacho muy dotado para la música y, desde los dieciséis años, fue discípulo de Beethoven, de quien aprendió piano y teoría musical. Y llegó a sentir un profundo respeto por su maestro. Pero el archiduque no fue nunca un pianista excelente o un gran compositor, sin embargo, en el terreno práctico le tendió una mano a Beethoven, que se manejaba mal en la vida, y le prestó ayuda tanto en lo público corno en lo privado. Si no hubiera sido por el archiduque, las penalidades de Beethoven hubieran sido mucho mayores.
- La verdad es que, en este mundo, también es necesario ese tipo de personas.
- En Efecto —Si el mundo estuviera compuesto sólo de sabios y genios, andaría muy mal. Hace falta alguien que esté alerta y que despache los asuntos.
- Tiene usted toda la razón. Si todos fuéramos sabios y genios, el mundo se encontraría en una situación muy apurada.
- Es buena esa melodía.
- Es una pieza maravillosa. No te cansas nunca de escucharla. Es el más logrado, el más exquisito terceto para piano que Beethoven escribió jamás. Lo terminó a los cuarenta años y jamás volvió a componer otro terceto para piano. Es posible que él mismo sintiera que con ese terceto había llegado a la cima de la perfección formal.
- Me parece que lo entiendo. Todas las cosas deben tener una cima. – dijo el joven Hoshino.
- Visítenos de nuevo.
- Sí, volveré.

De regreso a la habitación, Nakata seguía durmiendo, tal como Hoshino había previsto. Como era la segunda vez que ocurría, el joven no se extrañó demasiado. Bastaba con dejarlo dormir cuanto quisiera. La piedra continuaba en la misma posición, junto a su almohada. El joven dejó la bolsa del pan al lado de la piedra. Luego se metió en el baño y se cambió de ropa interior. Embutió la que había llevado puesta hasta entonces en una bolsa de papel y la tiró a la basura. Se tumbó en el futón y se quedó dormido al instante.

A la mañana siguiente se despertó poco antes de las nueve. En el futón de al lado, Nakata seguía durmiendo sin cambiar de postura. Respiraba de forma tranquila y acompasada. Estaba profundamente

dormido. Hoshino desayunó solo y le dijo a la camarera del ryokan que su compañero aún estaba durmiendo, que no lo despertara.

No hace falta que retires el futón —le dijo.

¿No hay problema con que duerma tanto tiempo? —preguntó la camarera.

Tranquila, tranquila. No se nos va a morir. No te preocupes. Tiene que dormir para recuperar las fuerzas. Me lo conozco bien al tipo este.

En la estación compró el periódico, se sentó en un banco y leyó la cartelera. En el cine que se encontraba cerca de la estación pasaban una sesión retrospectiva de François Truffaut. No tenía la menor idea de quién era (ni siquiera si se trataba de un hombre o de una mujer), pero la sesión era doble, ideal para matar el tiempo hasta el anochecer, así que decidió ir a verla. Pasaban *Los cuatrocientos golpes* y *Tirad sobre el pianista.* Los espectadores se podían contar con los dedos de una mano. A Hoshino no se le podía considerar un gran aficionado al cine. Pisaba los cines en raras ocasiones y lo único que veía eran películas de kung—fu o de acción. Así que era lógico que hubiera muchas partes o situaciones de aquellas obras del primer Truffaut que le resultaran un poco difíciles de entender, y que encontrara terriblemente lento el tempo de aquellas películas viejas. Sin embargo, disfrutó con la particular atmósfera de la película, con la tonalida[d] de las imágenes, con los sugestivos retratos psicológicos de los personajes. Al menos no se aburrió ni se le pasó por la cabeza que estarse mirando aquello fuese una pérdida de tiempo. Al contrario. Al acabar de ver la película casi se sentía en disposición de ver otra del mismo director.

Después de salir del cine caminó hasta el barrio comercial y se dirigió a la cafetería de la noche anterior. El dueño se acordaba de él. El joven se sentó en el mismo sillón y pidió un café. También ese día era el único cliente. Por los altavoces sonaba un concierto de violonchelo.

- Un concierto de Haydn. El número uno. El violonchelo es Pierre Fournier —le dijo el dueño al traerle el café.
- Suena como muy natural —dijo el joven Hoshino.
- Tiene usted toda la razón —convino el dueño de la cafetería—. Pierre Fournier es uno de mis músicos favoritos. Es como un buen vino. Tiene aroma, tiene cuerpo, caldea la sangre, te alienta en silencio. Yo siempre le llamo «maestro Fournier». Por supuesto, no lo conozco personalmente, pero para mí se ha convertido en una especie de maestro vital.

Aguzando el oído al fluido y exquisito violonchelo de Fournier,

el joven se acordó de su niñez. De cuando iba todos los días a un río cercano a pescar peces, especialmente lochas. «En aquella época, yo no tenía por qué pensar en nada», se dijo el joven. «Había bastante con ir viviendo. Sólo por el simple hecho de vivir, yo ya era *alguna cosa.* Era algo espontáneo. Pero, en un momento dado, dejó de ser así. Vivir me fue convirtiendo en nada. ¡Qué va! cosa tan extraña! La gente nacemos para vivir, ¿verdad? ¿Cómo es que yo, conforme he ido viviendo, he ido perdiendo contenido hasta convertirme en una persona **va**cía? Y además, de aquí en adelante, a medida que vaya viviendo posiblemente siga convirtiéndome en una persona más vacía aún, que**,** valga menos todavía. Aquí hay un error. No puede pasar una cosa tan extraña. En alguna parte debe de poder cambiarse la dirección de la corriente.

¡Eh! ¡Oye! —El joven llamó al dueño, que se encontraba [j]unto a la caja registradora.

- ¿Qué desea?

Si tienes tiempo y no te molesta, te vienes aquí y charlamos un rato, ¿vale? Me gustaría saber cosas de ese Haydn que ha compuesto la melodía.

El dueño se acercó y empezó a hablar con fervor de Haydn y de su música. El dueño era una persona más bien reservada, pero cuando se trataba de música clásica se volvía muy locuaz. Explicó cómo Haydn se había convertido en un músico contratado, cómo había servido a diferentes monarcas a lo largo de su vida y la gran cantidad de obras que, a sus órdenes, había compuesto por encargo de éstos. Habló de lo realista, afable, humilde y magnánimo que era. De cómo, al mismo tiempo, era una persona compleja, con silenciosas tinieblas en su interior.

- En cierto sentido, Haydn es un enigma. A decir verdad, nadie puede comprender el violento *pathos* que, en su fuero interno, escondía Haydn. Pero en la época feudal en la que nació no le quedaba más remedio que ocultar hábilmente su personalidad bajo una capa de sumisión y vivir de manera alegre y elegante. Si no lo hubiera hecho así, seguro que habría sido aplastado. Mucha gente lo infravalora al compararlo con Bach o con Mozart. Tanto en lo que respecta a su música como en lo que respecta a su vida. Si bien es cierto que, a través de su larga vida, fue moderadamente reformista, jamás se situó en la vanguardia. Pero si se le escucha con amor, y con gran atención, en sus notas puede descubrirse un anhelo oculto hacia un yo moderno. Éste siempre permanece escondido en la música de Haydn como un eco lejano lleno de contradicciones. Escuche, por ejemplo, este acorde. ¡Mire! Es muy suave, pero posee un espíritu obstinado y centrípeto, lleno de una curiosidad abierta como la de un muchacho.
- Como una película de François Truffaut.
- ¡Exacto! —exclamó el dueño, y le dio sin pensar un golpecito en el hombro—. ¡Tiene usted toda la razón! También podemos encontrarlo en las obras de Truffaut. Un espíritu obstinado y centrípeto, llego de una curiosidad abierta como la de un muchacho.

Cuando terminó la música de Haydn, el joven le pidió que le dejara escuchar de nuevo la versión de Rubinstein, Heifetz y Feuermann del *Trío del archiduque*. Mientras aguzaba el oído para percibir la música, volvió a sumirse en largas reflexiones.

«De momento, voy a seguir a Nakata mientras pueda. ¡Y lo del trabajo, ya se andará!», decidió Hoshino.

35

A las siete de la mañana, cuando suena el teléfono, estoy profundamente dormido. Sueño que me encuentro en el fondo de una caverna, linterna en mano, agachado, buscando algo en la oscuridad. Luego oigo que me llaman desde la entrada de la cueva. Pronuncian mi nombre. En la distancia. Débilmente. Respondo a voz en grito desde donde estoy. Pero ese alguien no me oye. Continúa llamándome con insistencia. No tengo más remedio que incorporarme y dirigirme hacia la entrada. «¡Qué va! ¡Lástima! Un poco más y lo habría encontrado», pienso. Pero, al mismo tiempo, en mi fuero interno me siento aliviado por no haber podido encontrar ese algo. En ese punto abro los ojos. Miro a mí alrededor, voy recogiendo despacio los fragmentos de mi conciencia. Comprendo que está sonando el teléfono. Es el aparato que hay en el pupitre de la biblioteca. La luz brillante de la mañana penetra a través de las cortinas y veo que la señora Saeki ha desaparecido. Estoy solo en la cama.

Salto de la cama en camiseta y bóxers y me dirijo al lugar donde se halla el teléfono. Tardo bastante tiempo en llegar, pero el teléfono sigue sonando incansable.

- Diga.
- ¿Estabas durmiendo? —pregunta Ôshima.
- Sí —respondo.
- Me sabe mal haberte despertado tan temprano en un día de fiesta pero tenemos problemas.
- ¿Problemas?
- Luego te lo explicaré todo, ahora debes marcharte de ahí por un tiempo. Recoge tus cosas deprisa, que nos vamos de ahí. En cuanto llegue al aparcamiento, ven enseguida y sube al coche sin decir nada. ¿Comprendido?
- Comprendido —digo.

Vuelvo a mi habitación y recojo todas mis cosas tal como me dicho. No hace falta apresurarse. Me bastan cinco minutos. Con coger la colada puesta a secar en el lavabo y embutir en la mochila el neceser, mis libros y el diario, ya tengo listo el equipaje. Me vis arreglo la cama. Aliso las arrugas de las sábanas, ahueco la almohada coloco bien el edredón. Borro todas las huellas de mi paso por Luego me siento en una silla y pienso en la señora Saeki que debe de encontrarse aquí hasta hace sólo unas horas.

Veinte minutos después, antes de que el Mazda Road Star en en el aparcamiento, ya me he tomado un ligero desayuno consiste te en leche y cereales. Friego los platos y los guardo. Me lavo los dientes y la cara. Estudio mi rostro frente al espejo. Y, en aquel preciso instante, llega a mis oídos el ronroneo de un motor procedente del aparcamiento.

Pese al buen tiempo, el coche lleva bajada la capota de color tostado. Con la mochila a la espalda, me acerco al coche a paso rápido y me acomodo en el asiento junto al conductor. Oshima ata con mano diestra la mochila al portaequipajes, igual que la otra vez. Lleva unas gafas oscuras tipo Armani, una camiseta blanca con el cuello de pico y una camisa de lino a cuadros por encima de los hombro& Unos tejanos también blancos y unas zapatillas Converse de color azul marino de corte bajo. Un atuendo informal para un día de fiesta. Me pasa una gorra de color azul marino. Lleva el logo de North Face.

- Decías que habías perdido la gorra por alguna parte, ¿verdad? Entonces, ponte ésta. Para taparte la cara cualquiera te servirá.
- Gracias —digo. Me la pongo. Oshima estudia cómo me queda y asiente satisfecho.

Gafas de sol sí tienes, ¿verdad?
Asiento, me saco las Revo de color azul celeste del bolsillo y me las pongo.
Muy *cool* —dice Oshima mirándome—. A ver..., sí, ponte la gorra del revés.
Me echo la visera hacia atrás, tal como me dice.
Oshima vuelve a asentir.

- Perfecto. Pareces un cantante de *rap* de buena familia.

Luego pone la primera marcha, pisa despacio el acelerador, suelta *el* embrague.

¿Adónde vamos? —pregunto.

- Al mismo sitio de la otra vez.
- ¿A las montañas de Kóchi?

Ôshima asiente.

- Sí. Otro largo viaje en coche —dice. Conecta el equipo estéreo, suena una alegre pieza para orquesta de Mozart. Recuerdo haberla escuchado antes. ¿Será la *Serenata de Posthorn,* tal vez?
- ¿Acabaste harto de las montañas?
- No. Aquel lugar me gusta mucho. Es tranquilo, puedo leer tanto como quiera.
- Perfecto —dice Oshima.
- Bueno, ¿y de qué problemas hablabas?

Ôshima dirige una mirada seria al espejo retrovisor. Luego me lanza una rápida ojeada y vuelve la vista al frente.

- En primer lugar, la policía ha vuelto a ponerse en contacto conmigo. Anoche me llamaron a casa. Parece que ahora te están buscando en serio. Esta vez me dieron una impresión completamente distinta.
- Pero yo tengo una coartada. ¿No es cierto?
- Por supuesto. Tú tienes una coartada sólida. El día en que se cometió el crimen, tú estabas en Shikoku. Y ellos no tienen ninguna duda al respecto. Pero podía tratarse de un caso de confabulación. También existe esa posibilidad.

¿Confabulación?
Tú podrías tener un cómplice. A eso se refieren.
¿Un cómplice? Sacudo la cabeza.

- ¿Y de dónde han sacado esa historia?

Ayer, a diferencia de la otra vez, la policía no me contó gran cosa. Suelen ser muy pródigos preguntando, pero muy parcos en explicaciones. Así que me he pasado toda la noche buscando información por internet. ¿Y sabes? Incluso hay algunas *website* especializadas en el caso. Te has convertido en un personaje muy famoso. El príncipe vagabundo en cuyas manos está la clave del caso.

Me encojo ligeramente de hombros. *¿Príncipe vagabundo?*

Lo que es una lástima es que este tipo de información nunca sabes con seguridad hasta qué punto es cierta y dónde empiezan las simples conjeturas. Pero, en síntesis, vendría a ser lo siguiente. Ahora la policía está buscando a un hombre. Un hombre de unos sesenta y pico. Ese hombre, después del crimen, fue al puesto de policía que hay cerca del barrio comercial de Nogata y confesó que acababa de matar a alguien del vecindario. A puñaladas. Pero, por lo visto, soltó un montón de insensateces, y el joven oficial que estaba de servicio lo tomó por un viejo chiflado, no le hizo caso y, sin escucharle apenas, lo envió a casa. Cuando se descubrió el crimen, el policía se acordó del anciano, claro. Y comprendió que había cometido un error grave. Ni siquiera le había pedido el nombre o la dirección, sus superiores se enteraban, le caería una buena. Y se calló. Sin embargo, no sé por qué razón, no daban muchos detalles al respecto, acabó descubriendo el pastel. Contra el policía, evidentemente, han tomado medidas disciplinarias. El pobre no volverá a levantar cabeza en toda su vida. —Oshima cambia de marcha, adelanta a un Toyota Tercel blanco que circula delante de nosotros y vuelve, veloz, carril—. La policía se ha empleado a fondo para descubrir la identidad del anciano. No conozco muy bien su historial, pero parece que trata de un discapacitado mental. No es un retrasado propiamente dicho, sólo tiene algún problema de capacidad intelectual. Vive de ayuda de sus parientes y de un subsidio. Vive solo. Pero en su apartamento no hay nadie. Siguiéndole la pista, la policía ha descubierto que se ha dirigido a Shikoku haciendo autoestop. El conductor del autocar de larga distancia recuerda haberlo llevado desde Kóbe. Se acuerda de él por la manera tan peculiar que tenía de hablar y por las cosas tan extrañas que decía. Por lo visto, viajaba con un joven de unos veinticinco años. Ambos se apearon del autobús delante de la estación de Tokushima. La

policía también ha conseguido descubrir en qué ryokan se alojaron. Según una empleada del ryokan, los dos cogieron un tren para Takamatsu. En definitiva, que su pista y la tuya se superponen. Tanto uno como otro habéis venido derechitos del barrio de Nogata, en Nakano, a Takamatsu. Demasiadas coincidencias. Es normal que la policía piense que hay algo más. Que sospeche, por ejemplo, que planeasteis el crimen juntos. Esta vez han venido detectives de la Jefatura Superior de Policía. Están buscando por toda la ciudad. Y es muy posible que no podamos seguir ocultándote en la biblioteca. Así que he decidido llevarte a la montaña.

¿Y el discapacitado mental que vivía en Nakano?
¿Te suena de algo?
Sacudo la cabeza.
De nada.

- Por lo visto vivía bastante cerca de tu casa. A unos quince minutos a pie más o menos.
- Vamos, Ôshima. En el distrito de Nakano vive muchísima gente. Ni siquiera sé quién vive al lado de casa. —y la historia continúa —dice Oshima y me lanza una rápida ojeada. *Él* fue quien hizo llover caballas y sardinas sobre el barrio comercial *de* Nakano. O, como mínimo, el día anterior le predijo al policía que lloverían una gran cantidad de peces.
- ¡Increíble! —exclamo.
- ¡Y que lo digas! —está de acuerdo Ôshima—. Y aquel mismo día por la noche cayeron del cielo una gran cantidad de sanguijuelas en el aparcamien[to] del área de servicio Fujigawa, en la autopista Tómei. ¿Lo recuerdas?
- Sí.
- La policía, por supuesto, ha relacionado ambos incidentes. Se han preguntado si habría alguna conexión entre esos extraños sucesos y el misterioso anciano. Y resulta que coinciden.

La melodía de Mozart termina, empieza otra.

Con las manos en el volante, Oshima sacude la cabeza varias veces.

¡Qué curso tan extraño ha tomado esta historia! Ya de buenas a primeras era rara, pero cada vez lo es más. No me atrevo a hacer ningún pronóstico. Pero hay una cosa que no se puede negar. Que todas las líneas acaban confluyendo *aquí*. Tu camino y el de ese enigmático anciano están a punto de cruzarse por aquí.

Cierro los ojos y me concentro en el ronroneo del motor.

Oshima, ¿no sería mejor que me fuera a otra ciudad? —pregunto—. Tenga que ocurrir lo que tenga que ocurrir, no quiero ocasiona—ros más molestias a ti y a la señora Saeki.

¿Y adónde irías, por ejemplo? —No lo sé. Si me llevas a la estación, lo decidiré allí. En realidad, tanto da un sitio como otro.

Oshima exhala un suspiro.

No creo que sea una buena idea. En primer lugar, la estación debe de estar llena de policías en busca de un chico de quince años alto y *cool* cargado con una mochila y un montón de obsesiones.

- Entonces, podrías llevarme más lejos, a una estación que no estuviese vigilada.
- Tanto da. Te cogerían igual.

Enmudezco.

- Mira. No ha salido ninguna orden de detención. Tú no estás bajo orden de búsqueda y captura, ¿no es verdad? —dice Oshima Asiento.
- Entonces, de momento, eres libre. Y a donde te lleve yo es al que sólo a mí me atañe. No estoy contraviniendo la ley. En realidad ni siquiera sé tú auténtico nombre, Kafka Tamura. No te

preocupes por mí. Soy más precavido de lo que parece. No dejo traslucir fácilmente lo que estoy tramando.

Ôshima —digo.

- ¿Qué sucede?

Yo no me he confabulado con nadie. Aunque hubiera temido que matar a mi padre, yo no le habría pedido a nadie que lo hiciera —Lo sé perfectamente.

Oshima se detiene ante un semáforo y ajusta el espejo retrovisor.

Se mete en la boca un caramelo de limón y me ofrece otro a mí. Cojo uno y me lo llevo también a la boca.

- ¿Y?
- ¿Y qué? —me pregunta a su vez.
- Antes has dicho «en primer lugar» refiriéndote a las razones por las que debía esconderme en la montaña. Y, tras la razón número uno, supongo que vendrá la razón número dos.

Oshima no aparta la vista del semáforo. Le cuesta mucho cambiar a verde.

- La segunda razón no es muy importante. Comparada con la primera, claro.
- Pero la quiero conocer.

Tiene que ver con la señora Saeki —dice Oshima. El semáforo finalmente cambia a verde y él pisa el acelerador—. Te estás acostando con ella, ¿verdad?

No sé qué responder.

No hay ningún problema en ello. No te preocupes. Lo he descubierto porque tengo mucha intuición. Sólo eso. Es una persona maravillosa y, como mujer, es muy atractiva. Ella es... especial, en diferentes sentidos. Es cierto que la diferencia de edad es muy grande, pero tampoco eso tiene mucha importancia. Entiendo que te sientas atraído por la señora Saeki. Tú quieres hacer el amor con ella, pues vas y lo haces. Ella quiere hacer el amor contigo, pues va y lo hace Es muy sencillo. Yo no tengo nada que objetar al respecto. Si eso es bueno para vosotros, también lo es para mí.

Oshima da vueltas en el interior de su boca al pequeño caramelo de limón.

- Pero creo que es mejor que permanezcáis un tiempo alejados el uno del otro. Y no tiene nada que ver con el sangriento suceso del barrio de Nogata, en Nakano.
- ¿Entonces por qué?
- Es que ella se encuentra ahora en una situación muy delicada. —¿Una situación delicada?
- La señora Saeki... —dice Oshima y, luego, se detiene a buscar las palabras—. Simplificando, la señora Saeki se está muriendo. Lo sé. Hace un tiempo que lo noto.

Me levanto las gafas de sol y miro a Ôshima a la cara. Ôshima conduc[e] con la vista clavada al frente. Acabamos de entrar en la autopista que se dirige a Kóchi. Aunque no suele hacerlo, Oshima circula a la velocidad permitida. Con un silbido que corta el aire, un Toyota Supra adelanta a nuestro Road Star.

- ¿Que se está muriendo...? —pregunto—. ¿Tiene alguna enfermedad incurable: cáncer, leucemia o algo por el estilo?

Ó shima sacude la cabeza. —Quizá sí. O quizá no. Yo no conozco su estado de salud. Es posible que padezca una enfermedad de esas. No se puede descartar la posibilidad. Pero yo, más bien, me decanto por algo psicológico. Por la voluntad de vivir... Me pregunto si no tendrá algo que ver con eso.

- ¿Con que haya perdido la voluntad de vivir?
- Exactamente. Que haya perdido la voluntad de *seguir viviendo.* —¿Crees que la señora Saeki se suicidará?

- Creo que no —dice Oshima—. Ella se está dirigiendo a la muerte de una manera abierta, natural y tranquila. O quizá debería decir que la muerte se está dirigiendo a ella.
- ¿Como un tren que se dirige a la estación?
- Tal vez. —Oshima enmudece, aprieta los labios hasta que forman una línea horizontal—. Y entonces apareciste tú, Kafka Tamura. *Cool* como un pepino, misterioso como Kafka. Y los dos os sentisteis atraídos el uno por el otro y enseguida, para utilizar una expresión típica, entablasteis una relación.
- ¿Y?

Por un instante, Ôshima aparta la mano del volante.

- Y nada más.

Sacudo lentamente la cabeza.

- Y *yo soy el tren ese*. O al menos eso es lo que yo diría que estás pensando.

Ôshima se sume en un largo silencio. Luego abre la boca. —Exacto —reconoce—. Tienes razón. Eso es lo que pienso. —¿Que estoy llevando a la señora Saeki hacia la muerte?

Pero yo no te lo estoy reprochando —dice—. Más bien creo que eso sería lo mejor.

¿Por qué?

Oshima no me responde. «Eso es algo que debes pensar tú», me dice sin palabras. O tal vez: «Esto no hace falta ni pensarlo», "Es tan obvio que no hay necesidad de que pienses en ello».

Me hundo en el asiento, cierro los ojos. Dejo que me abandonen las fuerzas.

- Dime, Oshima.

¿Qué?

- Ya no sé qué debo hacer. No sé hacia dónde debo dirigirme. Qué es lo correcto. Qué es lo equivocado. Si debo seguir adelante. O si debo, por el contrario, retroceder.

Oshima continúa en silencio. No me responde.
¿Qué diablos debo hacer? —pregunto.
No debes hacer nada —me responde de forma concisa.
¿Absolutamente nada?
Oshima asiente.

- Por eso te llevo a las montañas de Kóchi.

¿Y allí qué debo hacer?

Te bastará con escuchar el susurro del viento —responde—. Es lo que hago yo siempre.

Pienso un poco sobre ello.

Oshima alarga el brazo y pone dulcemente una mano sobre la mía.

- Tú no tienes la culpa de todo. Tampoco la tengo yo. Tampoco es culpa de la profecía, ni de la maldición. No es culpa del ADN, ni del absurdo. No es culpa del estructuralismo, ni de la tercera revolución industrial. Que nosotros vayamos decayendo y perdiéndonos se debe a que el mecanismo del mundo, en sí mismo, se basa en la decadencia y en la pérdida. Y nuestra existencia no es más que la silueta de este principio. El viento sopla. Podrá ser un viento violento que asole los campos o una brisa agradable. Pero ambos irán perdiéndose, desapareciendo. El viento no tiene cuerpo. No es más que el término genérico del desplazamiento del aire. Tú aguzarás el oído. Entenderás la metáfora.

Yo, en respuesta, le cojo también la mano a Ôshima. Su mano es blanda y cálida. Suave, asexuada, fina y elegante.

- Ôshima —digo—. Por ahora es mejor que permanezca alejado de la señora Saeki, ¿verdad?

- Sí, Kafka Tamura. Es mejor que permanezcas un tiempo alejado de ella. Al menos eso es lo que me parece. Déjala sola. Ella es inteligente, fuerte. Ha soportado durante largos años una soledad cruel, ha vivido cargada de recuerdos penosos. Sola y tranquila será capaz de toma[r] las decisiones que haya de tomar.
- Total, que yo soy un chiquillo y que estorbo.
- No, no es eso —dice Oshima con voz suave—. No es eso. Tú has hecho lo que tenías que hacer, has desempeñado tu papel. Has hecho algo que tiene sentido para ti, y que tiene sentido para ella. El resto déjaselo a ella. Mis palabras pueden parecerte frías, pero, en este momento, no hay nada que puedas hacer por ella. Adéntrate en las montañas y haz tus cosas. También para ti ha llegado el momento.
- ¿Mis cosas?
- Bastará con que aguces el oído, Kafka Tamura —dice Oshima—. Aguza el oído. Estate alerta, como una almeja.

36

Cuando volvió al *ryokan,* se encontró con que Nakata seguía profundamente dormido, tal como había supuesto. Junto a su almohada, el pan y el zumo de naranja seguían allí, tal cual, intactos. Ni siquiera se había dado la vuelta. Posiblemente no había abierto los ojos ni una sola vez. El joven Hoshino calculó el tiempo. Se había dormido a las dos del mediodía del día anterior, de modo que ya llevaba unas treinta horas durmiendo sin parar. « ¿.Y a qué día de la semana debemos de estar?», pensó el joven. Había perdido por completo la noción del tiempo. Sacó una agenda de la bolsa de viaje y lo comprobó. «A ver... Fuimos de Kóbe hasta Tokushima en autobús el sábado, y, entonces, Nakata estuvo durmiendo como un tronco hasta el lunes. El lunes mismo nos vinimos desde Tokushima a Takamatsu, el jueves hubo aquel follón de la piedra y los truenos, y, esa misma tarde, el tío se volvió a quedar dormido. Una noche de por medio y... sí, hoy debe de ser viernes. ¡Caramba! Pensándolo bien, el tío parece que haya venido a Shikoku a dormir como un lirón.»

Al igual que la víspera, el joven se dio un baño y, después de ver un rato la televisión, se escurrió dentro del futón. En aquel momento se seguía oyendo la acompasada respiración de Nakata al dormir. «¡En fin! ¡Qué va! le vamos a hacer!», se dijo Hoshino. «Que duerma tanto como le dé la gana. No sirve de nada darle más vueltas.» Y se sumió en el sueño él también. Eran las diez y media de la noche.

A las cinco de la mañana empezó a sonar el teléfono móvil que llevaba en la bolsa. Hoshino se despertó de inmediato y cogió el móvil. Nakata seguía durmiendo apaciblemente a su lado.

- ¡Diga!
- ¿Hoshino? —preguntó una voz masculina.
- ¿El Colonel Sanders? —dijo el joven.
- El mismo. ¿Estás bien?
- Pues, más o menos —respondió el joven—. Pero, abuelo, ¿cómo has sabido mi número de móvil? Yo no te lo di, seguro. Además he tenido apagado todo este tiempo. Es que no quería que me llamaran del trabajo. ¿Cómo te lo has montado para llamar? ¡Qué raro Esto no puede ser normal!
- ¿Acaso no te lo dije, Hoshino? ¿Que yo no era un dios, ni Buda, ni tampoco un ser humano? Yo soy algo especial. Soy un concepto. Así que para mí conseguir que tu móvil haga ring—ring es pan comido. Coser y cantar, vamos. Esté apagado o encendido. Eso me da igual. Y deja de asombrarte por cada menudencia, hombre. De hecho, habría podido presentarme ahí personalmente, pero he pensado que, si al despertarte me encontrabas junto a tu almohada, te pegarías un susto.

Pues, sí. Y un susto gordo además.

- Por eso te he llamado por teléfono. Soy una persona bien educada.

Eso es lo principal —dijo el joven—. Escucha, abuelo. ¿Qué hacemos con la piedra? Nakata y yo le dimos la vuelta, ¡y mira que nos costó!, y conseguimos abrir la puerta de entrada. Eso, en medio de unos rayos y truenos tremebundos. No veas cómo pesaba la piedra.

¡Joder! ¡Pero si todavía no te he hablado de Nakata! Nakata es el hombre que viaja conmigo y...

Ya sé quién es Nakata —dijo el Colonel Sanders—. No hace falta que me expliques nada.

¡Aah! —exclamó Hoshino—. ¡En fin! Da igual. Luego Nakata entró en una especie de hibernación y aún sigue durmiendo como un bendito. La piedra todavía está aquí. ¿No va siendo hora de que la devolvamos al santuario? Nos la llevamos así, con toda la cara del mundo, y temo la maldición divina.

¡Qué pesado! Pero ¿cuántas veces tengo que decirte que no habrá ninguna maldición? —dijo el Colonel Sanders con estupor—. La piedra la guardarás tú por un tiempo. Vosotros la habéis abierto. Y una vez que se ha abierto algo, es necesario volver a cerrarlo. Y después de que la hayamos cerrado la devolveremos a su sitio. Todavía no es hora de devolverla. ¿Lo has entendido? ¿Estás de acuerdo?

- ¡De acuerdo! —respondió el joven—. Las cosas abiertas tienen que cerrarse. Lo que he traído, lo dejaré en su sitio tal como estaba. ¡Vale! ¡Vale¡ Ya lo he entendido. Así lo haré. ¿Sabes, abuelo? Yo he dejado de darle vueltas a las cosas. No sé la razón, pero lo haré todo tal como tú me dices. Anoche lo comprendí muy bien. Pensar seriamente sobre las cosas que no son serias es pensar por pensar. Una pérdida de tiempo vamos.
- Una sabía conclusión. Ya lo dicen: «Pensar mucho y mal equivale a no pensar»
- Una buena frase.
- Una frase muy significativa.
- También hay otra que dice lo siguiente: «Hitsujidoshi no shitsuji wa shujutsu no hitsujuhin da».
- ¿Y eso qué coño es?
- Un trabalenguas. Me lo he inventado yo.
- ¿Crees que había alguna necesidad de sacar eso ahora? —Pues, no. Sólo quería decirlo.
- Hoshino, te lo ruego. No digas sandeces de ese estilo. O harás que me vuelva loco. No soporto las chorradas que no llevan a ninguna parte —Pues sí que lo siento —dijo Hoshino—. Pero, abuelo, ¿no querías decirme algo? Si no, no me habrías llamado tan pronto, ¿no?

¡Ah, sí! Lo había olvidado por completo —dijo el Colonel Sanders—. Se trata de algo muy importante. Escucha, Hoshino. Tenéis que salir inmediatamente de ese *ryokan.* No hay tiempo que perder, así que ni desayunéis siquiera. Despierta a Nakata, toma la piedra, sal y coge un taxi. No pidas que te llamen un taxi desde el ryokan. Sal a la calle ancha y para uno de los que pasen por allí. Y al conductor le das la siguiente dirección. ¿Tienes a mano papel y lápiz?

Sí, sí que tengo —dijo el joven y sacó de la bolsa la agenda y un bolígrafo—. Ya he preparado la escobilla y el recogedor.

¿No te he dicho que no hagas bromas estúpidas? —bramó el Colonel Sanders por teléfono—. Esto es muy serio. No podéis perder ni un minuto.

¡Vale! ¡Vale! Aquí tengo la agenda y el bolígrafo.

El Colonel Sanders le dictó la dirección, el joven la apuntó y después se la leyó por teléfono para confirmarla.

—** chóme, 16—15, Takamatsu Park Heights. Apartamento número 308. ¿Correcto?

Muy bien —dijo el Colonel Sanders—. Delante de la puerta hay un paragüero negro y debajo se encuentra la llave. Cógela y entra. Podéis estaros allí todo el tiempo que queráis. Dispone de todo lo necesario para que no tengáis que salir a la calle.

¿Es tuya la casa, abuelo?

- Sí. Es mía. Es decir, la he alquilado. Así que estáis en vuestra casa. Lo he preparado todo para vosotros.
- ¡Eh, abuelo! —dijo el joven. —¿Qué?

Abuelo, tú no eres un dios, ni Buda, ni tampoco un ser humano.

Eres algo que, en principio, no tiene forma. Eso es lo que decías, ¿no? —Exacto.

Y no eres de este mundo. —En efecto.

- Entonces, ¿cómo te lo has montado para alquilar un apartamento? Oye, abuelo, si tú no eres un ser humano, no debes de tener ni libro de familia, ni cédula del registro civil, ni sello registrado, ni autorización del sello, ni debes de hacer la declaración de la renta. Y, sin todo eso, ¿cómo has podido alquilar un apartamento? ¿No habrás hecho trampas, tal vez? ¿No habrás convertido una hoja de árbol en una autorización del sello y habrás engañado a alguien? Porque yo no quiero verme metido en más líos.
- ¡No entiendes nada! —exclamó el Colonel Sanders haciendo chasquear la lengua—. ¡Qué tipo más idiota! Tus sesos deben de estar hechos de agaragar. ¡Cretino! ¡Qué hoja ni qué puñetas! Yo no soy un zorro. Soy

un concepto. Y los zorros y los conceptos funcionan de manera muy distinta. ¿Pero qué sandeces estás diciendo? ¿Supones que he ido a una inmobiliaria y que he hecho todos esos estúpidos trámites? ¿Acaso me imaginas diciendo: «Oiga, ¿no podría rebajarme un poco el alquiler?»? ¡Gilipollas! Yo esas cosas terrenales se las hago hacer a mi secretaria. Y ella tiene todos los documentos necesarios. Lógico, ¿¡no!?

- ¡Vaya! ¿Tú también tienes secretaria, abuelo?
- Lógico. ¿Pero por quién me has tomado? Te estás pasando de la raya. Soy un hombre muy atareado. ¿Qué hay de extraño en que tenga una secretaria?
- ¡En fin! ¡Dejémoslo! De acuerdo. No te excites tanto, abuelo. Sólo te estaba tomando un poco el pelo. Pero ¿por qué tenemos que salir de aquí tan deprisa y corriendo? ¿No podemos ni siquiera desayunar tranquilamente primero? Es que tengo un hambre... Además, Nakata está durmiendo como un tronco. Y a ése no lo despierta quien quiere.
- Escúchame, Hoshino. Y no es ninguna broma. La policía os está buscando por todas partes. Y mañana por la mañana lo primero que harán será empezar a recabar información por todos los hoteles y ryokan de la ciudad. Ya tienen vuestra descripción física. Así que, a la que empiecen a buscar, os encontrarán enseguida. Para empezar, tanto el aspecto de uno como el del otro es más bien peculiar. No hay tiempo que perder.
- ¿La policía? —gritó el joven—. ¡Eh! ¡No te embales, abuelo! Que yo no he hecho nada ilegal. Ya sé que en el instituto cogía de vez en cuando alguna moto, pero eso era sólo para divertirme un rato. No para venderlas ni nada parecido. Y después de dar unas vueltas siempre las devolvía. Luego ya no he vuelto a cometer ningún otro delito. Si me apuras mucho, hasta el otro día cuando me llevé la piedra del santuario. Pero eso fue porque tú me lo dijiste...
- No tiene nada que ver con la piedra —le espetó el Colonel Sanders—. Es que no entiendes nada. Te dije que te olvidaras de lo de la piedra, ¿no? Los policías no saben lo de la piedra y, aunque lo supieran, no les importaría. Vamos, ten la seguridad de que por una piedra mañana no estaría el cuerpo de policía en pleno poniendo la ciudad patas arriba desde primeras horas de la mañana. Se trata de algo muchísimo más grave.

¿Algo muchísimo más grave?

Algo por lo que la policía persigue a Nakata.

- Pero, escucha, abuelo. No lo entiendo. Nakata es la persona de este mundo que menos se parece a un criminal. ¿A qué diablos te refieres con *muy grave?* ¿De qué delito se trata? ¿Por qué está relacionado Nakata con eso?
- Ahora, por teléfono, no tengo tiempo de darte más detalles. Lo fundamental es que protejas a Nakata y para ello debéis salir corriendo de ahí. Todo recae sobre tus hombros. ¿Comprendido?
- Pues no —dijo Hoshino sacudiendo la cabeza ante el auricular—. No entiendo de qué va la historia. Si hago lo que me dices, ¿no voy a acabar siendo yo cómplice de algo?
- De complicidad no te van a acusar. Pero interrogarte, seguro que sí. De todos modos, ahora no hay tiempo que perder. Así que trágate tus dudas, cállate y haz lo que te digo.
- ¡Eh, tú! Sin atosigar. Que yo, abuelo, a la poli no la soporto. Los odio. Ésos tienen más mala uva aún que los *yakuza.* Y que los militares. Juegan sucio, nada les gusta más que andar jodiendo a los pobres desgraciados. Tanto en el instituto como haciendo de conductor de camiones me las he tenido que ver varias veces con ellos. Y te aseguro que son los únicos con los que no me pelearía ni borracho. Con ellos siempre tienes las de perder. Y, luego, las cosas siempre traen cola. ¿Me entiendes? Pero ¿por qué me habré metido yo en este lío? La verdad es que...

La comunicación se cortó.

¡Joder! —exclamó el joven. Y, con un profundo suspiro, guardó el teléfono móvil en la bolsa de viaje. Luego intentó despertar a Nakata—. ¡Nakata! ¡Eh! ¡Abuelo! ¡Fuego! ¡Una inundación! ¡Un terremoto! ¡La revolución! ¡Que viene Godzilla! ¡Vamos, despierta! ¡Arriba! ¡Plisa!

Tardó bastante tiempo en despertar a Nakata.

Ya he terminado el biselado. La madera sobrante la he empleado como astillas. No, no. Los gatos no se bañan. Es Nakata el que ha tomado un baño —dijo Nakata. Parecía encontrarse en un tiempo distinto, en otro mundo. El joven lo sacudió por los hombros, le pinzó la nariz, le estiró las orejas. Con eso logró que Nakata volviera finalmente en sí.

¿Es usted, señor Hoshino? —preguntó Nakata.
Sí, soy yo —dijo el joven—. Me sabe mal despertarte.

- No tiene importancia. Ya iba siendo hora de que me levantara. No se preocupe. Ya he dejado listo lo de las astillas.
- Fantástico. ¡Oye, mira! No sé qué coño ha pasado, pero resulta que tenemos que salir pitando de aquí.
- ¿Es por lo del señor Johnnie Walken?

Ni yo sé muy bien de qué va la cosa. Pero he recibido información privilegiada. Resulta que tenemos que largarnos. Es que la poli nos está buscando.

¿Ah, sí?

- Eso me han dicho. Pero ¿qué diablos pasó entre tú y ese Johnnie Walken?

¿No se lo he contado ya, señor Hoshino?

- Pues, no. No me lo has contado.
- Tenía la impresión de que sí.

Pues no. Lo principal aún tienes que contármelo.

- A decir verdad, Nakata mató al señor Johnnie Walken.

¿¡En serio!?
Sí, lo maté en serio.
¡Joder! —exclamó el joven.

El joven embutió sus cosas en la bolsa y envolvió la piedra con el *furoshiki.* La piedra había vuelto a su peso original. No era liviana, pero tampoco tan pesada como para no poder transportarla. Nakata también recogió sus cosas. El joven se dirigió a recepción y anunció que tenían que marcharse enseguida por un asunto urgente. Como ya había pagado la habitación por adelantado, le llevó muy poco tiempo ajustar la diferencia. Nakata se tambaleaba a cada paso que daba, pero podía andar.

- ¿Cuánto ha dormido Nakata?
- A ver... —dijo el joven e hizo un cálculo mental de las horas—.

Pues, unas cuarenta horas.

- Me da la sensación de haber dormido bien.
- ¡Ya! Si con lo que has dormido, no te diera la sensación de haber dormido bien, i ya me dirás de qué diablos serviría dormir. ¿Y qué abuelo, tienes hambre?

Sí, tengo mucha hambre.

- ¿Puedes aguantar un poquito más? Primero tendríamos que alejarnos de aquí. Luego ya comeremos.

De acuerdo. Nakata todavía puede aguantar un rato. Sosteniendo a Nakata, Hoshino salió a la calle ancha y paró uno de los taxis que pasaban. Le dio al taxista la dirección que el Colonel Sanders le había dictado. El taxista asintió y los llevó hasta allí. Tardaron unos veinticinco minutos en llegar. El coche atravesó la ciudad, circuló por la carretera nacional, entró en una urbanización de las afueras. Una zona elegante y tranquila, muy distinta de los alrededores del *ryokan* donde se habían alojado hasta entonces.

La casa era el típico edificio de cinco plantas, bonito y pulcro, que se puede encontrar en cualquier parte. Se llamaba Takamatsu Park Heights, pero se levantaba en una explanada y alrededor no se veía ningún parque. Subieron en ascensor hasta el segundo piso y el joven Hoshino localizó la llave debajo del paragüero. Se trataba de un piso normal de dos habitaciones. Dos dormitorios, un salón, una cocina—comedor y un cuarto de baño completo. Todo limpio y nuevo. Los muebles parecían casi por estrenar. Un televisor enorme y un pequeño equipo de música. Un tresillo. Dos dormitorios, cada uno con una cama. La cama, lista para ser usada. En la cocina, instalación completa de agua y gas, y en las alacenas, los cacharros de cocina y la vajilla básicos. De las paredes colgaban elegantes grabados. El apartamento

parecía un piso de muestra que hubiera preparado el promotor inmobiliario de una urbanización de primera categoría, listo para enseñar a posibles futuros compradores.

- No está nada mal, ¿eh? —dijo Hoshino—. Personalidad no se puede decir que tenga, pero al menos está limpio.
- Es un lugar muy bonito —dijo Nakata.

Abrió el refrigerador de color hueso y vio que estaba atiborrado de alimentos. Sin dejar de murmurar, Nakata inspeccionó detenidamente todo lo que contenía y, al final, se decidió por unos huevos, pimientos y mantequilla. Lavó los pimientos, los cortó en trozos pequeños, los salteó. Luego cascó unos huevos dentro de un bol, los batió con los palillos. Eligió una sartén del tamaño adecuado y, con mano experta, hizo dos tortillas con pimientos. Tostó pan de molde, preparó un desayuno para dos, lo llevó todo a la mesa. Calentó agua e hizo té inglés.

¡Qué bien se te da! —exclamó el joven Hoshino con admiración—. ¡Increíble!

He vivido siempre solo, así que estoy acostumbrado a cocinar. —Yo también vivo solo y no sé ni freír un huevo.

- Nakata siempre ha dispuesto de mucho tiempo libre. No tiene otra cosa que hacer.

Los dos comieron el pan, comieron la tortilla. Y, como se habían quedado con hambre, Nakata preparó un salteado de *komatsuna* con bacon. Y tostó dos rebanadas más de pan. Con eso se sintieron, al fin, reanimados.

Después se sentaron en el sofá y se tomaron la segunda taza de té.

- Vamos —empezó el joven Hoshino—. Que tú, abuelo, has matado a un hombre.
- Sí. Nakata ha matado a un hombre —dijo Nakata. Y le contó los pormenores del asesinato a cuchilladas de Johnnie Walken.
- ¡Alucinante! —exclamó el joven Hoshino—. ¡Vaya cosa más rara! Esta historia, por muy cierta que sea, la policía no se la va a creer. Yo, ahora, sí que me la creo aunque me cueste. Pero hasta hace poco tampoco me la habría tragado.
- Tampoco Nakata entiende qué pasó.
- Sea como sea, has matado a un hombre. Y, en un caso de asesinato, la cosa no se acaba diciendo «¡Qué cosa tan rara!». La policía se lo está tomando muy en serio y te persigue, abuelo. Ya los tienes en Shikoku.
- También a usted, señor Hoshino, le estoy ocasionando problemas.
- ¿No tienes intención de entregarte?
- No —dijo Nakata con voz resuelta, cosa nada frecuente en él—. Antes sí la tenía, pero ahora no. Nakata tiene otra cosa que hacer. Si Nakata se entrega a la policía, no podrá realizarla. Y, entonces, no habría servido de nada venir hasta Shikoku.
- Debes cerrar la entrada que está abierta.
- Sí, exacto, señor Hoshino. Lo que se ha abierto tiene que cerrarse. Después, Nakata volverá a ser el Nakata normal. Pero antes tiene que hacer todavía algunas cosas.
- El Colonel Sanders parece que nos esté ayudando —dijo el joven—. El tío me enseñó dónde se encontraba la piedra y ahora nos está dando refugio. ¿Por qué lo hará? ¿Habrá entre él y Johnnie Walken alguna relación?

Pero cuanto más pensaba más se le embrollaban las ideas. «Es una pérdida de tiempo intentar encontrarle un sentido a las cosas que no lo tienen», se dijo. «Pensar mucho y mal equivale a no pensar», resolvió cruzándose de brazos.

- Señor Hoshino —dijo Nakata.
- ¿Qué?
- Huele a mar.

El joven se acercó a la ventana, la abrió, salió a la estrecha veranda y respiró profundamente. Pero no logró percibir el olor a mar. En la lejanía se vislumbraba el verde de los pinos. Por encima flotaban unas nubes blancas de principios de verano.

- Pues yo no huelo nada —dijo el joven.

Nakata se acercó y husmeó el aire como una ardilla.

- Huelo el mar. Está muy cerca —afirmó señalando hacia los pinos.

¡Caramba, abuelo! ¡Qué va! olfato más fino tienes. —dijo el joven—. Yo tengo un principio de sinusitis y no huelo nada.

Señor Hoshino, ¿vamos paseando hasta la playa?
El joven se lo pensó un momento. ¡Bah! Por ir hasta la playa, ¿qué puede pasar?
Sí: Vamos —accedió.
Pero antes a Nakata le gustaría ir a cagar, si no le importa.

¡Qué va! No tenemos prisa. Tómate todo el tiempo que quieras Mientras Nakata estaba en el váter, el joven recorrió la habitación, examinándolo todo al detalle. El Colonel Sanders, tal corno había prometido, les había preparado todo lo que podían necesitar. En el cuarto de baño encontró todos los artículos básicos, desde espuma de afeitar, cepillos de dientes nuevos, bastoncitos para limpiar las orejas y tiritas, hasta cortaúñas. Incluso había plancha y tabla de planchar.

«Aunque deje estos pequeños detalles en manos de la secretaria,

desde luego, el tío está en todo. No falta de nada», se dijo el joven.

Dentro del armario descubrió, incluso, diversas prendas de vestir y también mudas de ropa interior. No había ninguna camisa hawaiana, sólo camisas a cuadros, normales y corrientes, y algunos polos. Todo de la marca Tommy Hilfiger, y por estrenar.

- El Colonel Sanders parecía una persona muy atenta, pero ya veo que no lo es —rezongó el joven sin dirigirse a nadie en particular—. Cualquiera se habría dado cuenta, de una ojeada, que me pirran las camisas hawaianas, que yo no me pongo más que camisas hawaianas. Habiéndose tomado tantas molestias, podía haberme traído una, ¿no?

Pero, como la camisa hawaiana que llevaba ya olía, como es lógico, a sudor, no le quedó otro remedio que meterse por la cabeza un polo. Era de su talla.

Los dos caminaron hacia el mar. Cruzaron el pinar, atravesaron el rompeolas y bajaron a la playa. Allí estaba el tranquilo mar Interior. Se sentaron en la arena, uno al lado del otro, y permanecieron largo tiempo sin decirse nada, contemplando cómo las pequeñas olas se alzaban, igual que una sábana henchida por el viento, y rompían en la playa con un suspiro. En alta mar se veían varias islas pequeñas. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a ver el mar y, por más que lo miraban, no se aburrían.

- Señor Hoshino —dijo Nakata.

¿Qué?
¡Qué cosa tan grande es el mar! ¿Verdad?

- Sí. Mirándolo, uno se siente en paz.
- ¿Y por qué será que mirándolo uno se siente en paz?

Quizá porque es muy grande y porque no hay nada —dijo el joven señalando la extensa superficie del mar—. Suponte que por allá hubiera un 7—Eleven, por el otro lado unos Grandes Almacenes Seiyú, más allá un Pachinko, y más allá todavía una casa de empeños Yoshi430kawa, Entonces uno ya no se sentiría tan en paz. Está muy bien eso de que no haya absolutamente nada hasta donde alcanza la vista.

- Sí, tal vez —dijo Nakata y reflexionó unos instantes—. Señor Hoshino.
- ¿Podría hacerle una pregunta?
- Dime ¿Que hay en el fondo del mar?

- En el fondo del mar está el mundo del fondo del mar y en él viven muchos bichos. Peces, mariscos, algas. ¿No has ido nunca al acuario? —Nakata no ha ido nunca, en toda su vida, al acuario. Nakata antes vivía en Matsumoto y allí no había acuarios.
- ¡Ya me dirás cómo los va a haber! Matsumoto está entre las montañas. Y allí, como no monten un museo de la seta... —dijo el joven—. En fin, lo que te explicaba: en el fondo del mar viven muchos bichos diferentes. La mayoría de ellos respira tomando el oxígeno del agua. Por eso pueden vivir allí aunque no haya aire. No son como nosotros. Hay unos que son muy bonitos, otros que dan ganas de comértelos, otros que son peligrosos, otros que tienen muy mala pinta. ¡Uff! La verdad es que me resulta muy difícil explicar cómo es el fondo del mar a alguien que no lo haya visto nunca. Vamos, que es otro mundo. En las profundidades del mar apenas penetra la luz del sol. Y allí viven unos bichos con unos caretos horrorosos. ¿Sabes, Nakata? Cuando acaben todos estos líos de ahora, nos iremos los dos juntos al acuario. Yo hace mucho tiempo que no voy. Es un sitio divertido, no creas. Quizás, al estar tan cerca de la playa, en Tadimatsu haya uno.

Sí. A Nakata también le gustaría mucho ir al acuario.
Por cierto, Nakata...
Sí, señor Hoshino. ¿Qué sucede?
Nosotros, anteayer a mediodía, levantamos la piedra y abrimos la entrada, ¿no?
Sí, el señor Hoshino y Nakata abrieron la piedra de la entrada.

Exacto. Y, luego, Nakata se quedó profundamente dormido. —Entonces, lo que yo quiero saber es si pasó algo cuando abrimos la entrada.

Nakata asintió dando una cabezada.

- Sí, ocurrió.
- ¿Pero aún no sabes qué?

Nakata negó categóricamente con la cabeza. —No. Todavía no lo sé.

- Pues, entonces..., quizás, en algún lugar, esté ocurriendo algo.
- Sí, creo que sí. Tal como dice usted, señor Hoshino, por lo to todavía ocurre algo. Y Nakata está esperando a que eso acabe *ocurrir*.
- Y entonces, es decir, cuando eso acabe de ocurrir, todo queda solucionado de la mejor de las maneras.

Nakata volvió a negar categóricamente con la cabeza.

- No, señor Hoshino. Eso Nakata no lo sabe. Nakata hace lo que *tiene que hacer*. Pero qué ocurrirá cuando él lo haga, eso Nakata no sabe. Nakata es tonto y esas cosas tan complicadas no las puede entender. No sabe qué sucederá en el futuro.

Pero, por lo visto, aún falta tiempo, ¿verdad? Hasta que todo acabe de ocurrir y lleguemos a una especie de conclusión, ¿no? —Sí. En efecto.

Y nosotros, mientras tanto, debemos evitar que nos pille la poicía. Porque aún tenemos cosas que hacer.

- Sí, señor Hoshino. De eso se trata. A Nakata no le importa ir a donde los guardias y hacer lo que le diga el señor gobernador. Pero, de momento, no puede ser.
- Oye, abuelo —dice el joven—. Si ésos escucharan tu historia, pasarían de ella y te obligarían a hacer una declaración en regla. O sea, que montarían la historia como a ellos les conviniera. Por ejemplo, que entraste a robar y que en la casa había alguien, que tú cogiste un cuchillo, se lo clavaste y lo mataste. Lo convertirían en una historia apañadita, fácil de entender. La verdad, la justicia y demás, eso a ellos se la trae floja. Lo único que quieren es pescar a todos los delincuentes que puedan para incrementar el índice de arrestos. Y luego te meterían en la cárcel, o en un psiquiátrico de esos cerrados a cal y canto. Lugares horribles, tanto el uno como el otro. Y no saldrías de allí en toda tu vida. Porque tú no tienes dinero para pagarte un buen abogado y te tocaría uno de esos abogados de oficio que hace lo justito por cumplir con el expediente. Como si lo estuviera viendo.
- Nakata no entiende esas cosas tan complicadas.

- Vamos, que eso es lo que hace la policía. Los conozco muy bien o el joven—. Por eso, Nakata, no quiero tener tratos con ellos. La policía y yo nos llevamos mal.
- Si, señor Hoshino. Le estoy ocasionando problemas.

El joven Hoshino exhaló un profundo suspiro.

- Pero ¿sabes, abuelo?, ya lo dicen: «Si quiere veneno, trágate el bote».
- ¿Y eso qué significa?
- Que si tomas veneno, pues, ya puestos, hazla gorda y trágate el bote y todo a los dientes y además, le dolerá la garganta.
- Pues sí. Tienes razón —dijo el joven ladeando la cabeza—. ¿Por qué debería tragarse alguien el bote?
- Nakata es tonto y no lo entiende bien. El veneno ya es malo, pero es que los botes están demasiado duros para tragárselos.
- Sí. Exacto. Ahora ya no lo entiendo ni yo. Es que yo también soy bastante zote, la verdad. No es por fardar, pero es así. ¡En fin! Lo que quería decirte es que, habiendo llegado hasta aquí, ya puestos, voy a protegerte y a ayudarte a escapar. No puedo creer de ninguna de las maneras que hayas hecho nada malo. Abuelo, no pienso dejarte tirado. Yo también sé lo que es la lealtad, ¿sabes?

Muchísimas gracias, señor Hoshino. Gracias de corazón. No sé cómo agradecérselo —dijo Nakata—. En este caso, abusando de su amabilidad, Nakata querría pedirle un favor.

Di.

- Es probable que necesitemos un coche.
- ¿Un coche? ¿Va bien uno de alquiler?
- Nakata no sabe qué es eso, pero sirve cualquier coche. Da igual grande o pequeño, conque sea un coche es suficiente.

¡Hecho! Lo de los coches es lo mío. Luego voy a buscar uno. Entonces, ¿vamos a ir a alguna parte?
Sí. Quizá vayamos a alguna parte.
¡Caray! Nakata, abuelo.
¿Sí, señor Hoshino?

- Contigo no me aburro nunca. No paran de pasar cosas raras, pero al menos, eso sí puedo decirlo, cuando estoy contigo, abuelo, no me aburro nunca.
- Muchas gracias. Cuando me dice eso, Nakata se queda tranquilo. Pero, señor Hoshino...
- ¿Qué?
- Si te soy sincero, Nakata no está muy seguro de lo que significa «aburrirse».
- Tú, abuelo, no te habrás aburrido nunca de nada, ¿verdad? —No. A Nakata no le ha sucedido eso nunca.
- No, ¿verdad? Eso me parecía a mí.

37

Detenemos el coche en una ciudad que hay a mitad de camino, tomamos un almuerzo ligero, entramos en el supermercado y, como la otra vez, nos abastecemos de comida y agua mineral, luego, ya en las montañas, circulamos por el camino sin asfaltar y llegamos a la cabaña. El interior de ésta permanece tal como lo dejé hace una semana. Abro las ventanas para airearla y eliminar el olor ha cerrado. Saco de las bolsas la comida que hemos traído.

- Voy a echar una cabezadita —dice Ôshima. Y da un gran bostezo cubriéndose la cara con ambas manos—. Es que esta noche apenas he dormido.

Debe de tener mucho sueño, en efecto, porque nada más echar el edredón sobre la cama se mete dentro, se vuelve hacia la pared y se duerme en un santiamén. Le preparo café con agua mineral, se lo guardo en un termo. Luego cojo dos garrafas de plástico, me dirijo al riachuelo del bosque a buscar agua. El escenario del bosque continúa igual que la última vez que lo vi. El olor a hierba, el gorjeo de los pájaros, el murmullo del riachuelo, el susurro del viento soplando a través de los árboles, las sombras vacilantes de las hojas. Las nubes que discurren sobre mi cabeza se ven terriblemente cercanas. Me siento como si volviera a formar parte de todo ello tras haberlo añorado durante largo tiempo.

Mientras Ôshima duerme, salgo al porche, me siento en una silla y leo mientras me tomo un té. Leo un libro sobre la campaña de Rusia que Napoleón llevó a cabo en el año 1812. Cuatrocientos mil soldados franceses perdieron la vida en una tierra enorme y desconocida por culpa de una guerra a gran escala que apenas tenía un objetivo real. No hace falta decir que las batallas fueron crueles, espantosas. No había suficientes médicos, las medicinas escaseaban, la mayoría de los soldados que sufrió heridas graves murió entre sufrimientos atroces. Una agonía horrible. Sin embargo, la mayor parte de las muertes se debieron al hambre y al frío. Y ésa fue una agonía igualmente cruel espantosa. En aquel porche perdido entre las montañas, mientras cucho los trinos de los pájaros y me tomo una infusión, intento presentar en mi cabeza las imágenes del campo de batalla ruso azotado por la ventisca.

Llevo leída una tercera parte del libro cuando me asalta una in, quietud, dejo el libro y voy a ver cómo está Ôshima. Por muy profundamente que duerma, el silencio me parece excesivo. No se oye nada. Pero, bajo el edredón, Ôshima respira de manera apacible. Al acercarme puedo comprobar cómo sus hombros suben y bajan dulcemente al compás de la respiración. De pie, junto a la cama, permanezco unos instantes contemplando sus hombros. De improviso, recuerda que Ôshima es una mujer. No suelo acordarme de este hecho real. Casi siempre obro como si Ôshima fuese un hombre. Y eso debe de ser, por supuesto, lo que él desea que haga. Pero, cosa extraña, Ôshima, dormido, da la impresión de que *ha vuelto* a ser mujer.

Vuelvo a salir al porche, continúo leyendo. Mi mente regresa a los caminos llenos de cadáveres congelados de las afueras de Smolensk.

Ôshima se levanta tras dormir unas dos horas. Sale al porche, come prueba que su coche sigue allí. Como ha corrido por el polvoriento camino sin asfaltar, el Road Star verde parece casi blanco. Ôshima se despereza, se sienta en una silla a mi lado.

- Para ser la estación de las lluvias, este año llueve poco —dice Ôshima frotándose los ojos—. Mala cosa. Cuando llueve poco en la estación de las lluvias, en Tadimatsu nos falta agua en verano.

Pregunto:

¿La señora Saeki sabe dónde estoy?
Ôshima sacude la cabeza.

A decir verdad, no le he contado nada de lo de hoy. Ni siquiera creo que sepa que tengo una cabaña aquí. Lo cierto es que hay muchas cosas que creo que es mejor que ella no sepa. Si no las sabe, no tendrá que ocultarlas. Y así no se verá metida en problemas.

Asiento. Es lo que yo deseaba.

- Es que ella, hasta ahora, ya se ha visto metida en demasiados problemas —dice Ôshima.

- El otro día le conté que mi padre había muerto hace poco —digo—. Y también que alguien lo había asesinado. Pero no le dije que la policía me estuviese buscando a mí.
- Sí, pero me da la sensación de que ella está, más o menos, al corriente de todo, aunque ni tú ni yo se lo hayamos dicho. Es una persona muy inteligente, y si yo mañana por la mañana, cuando me la encuentre en la biblioteca, le digo, por ejemplo: «Tamura ha tenido que irse por unos días. Me ha dicho que me despida de su parte», no creo que me haga ninguna pregunta. No será necesario que le explique nada más, ella se limitará a asentir con un movimiento de cabeza y lo aceptará sin más.

Asiento.

- Pero a ti te gustaría verla, ¿verdad?

Emnudezco, No sé cómo expresarlo. Pero la respuesta me parece muy clara.

- Lo siento mucho por ti, pero tal como te he dicho antes, es mejor que estéis un tiempo separados – dice Ôshima.
- Pero es que tal vez no pueda volver a verla jamás.
- Es posible —reconoce Ôshima tras reflexionar unos instantes—. Pero, aunque sea una verdad de Perogrullo, hasta que las cosas no ocurren por primera vez no han ocurrido nunca. A menudo, las cosas no son lo que parecen.
- ¿Pero cómo diablos debe de sentirse la señora Saeki?

Ôshima entrecierra los ojos y me mira a la cara.
¿Con respecto a qué?

Es decir..., si ella supiera que ya no volveremos a vernos jamás, ¿sentiría por mí lo mismo que yo estoy sintiendo ahora por ella? Ôshima sonríe.

- ¿Y por qué me preguntas esto?

Es que yo no tengo la menor idea. Por eso te lo pregunto a ti. Porque es la primera vez en mi vida que quiero a alguien y que lo necesito. Tampoco a mí me había querido o necesitado alguien antes.

Y, por lo tanto, estás confuso y te sientes desconcertado. Asiento.

- Estoy confuso y me siento desconcertado.
- Y no sabes si este sentimiento fuerte y puro que abrigas hacia ella lo abriga también ella hacia ti — dice Ôshima.

Sacudo la cabeza.

- Y cuando empiezo a pensar en ello, sufro.

Ôshima enmudece, contempla el paisaje que nos rodea con los ojos entrecerrados. Los pájaros saltan de rama en rama. Él mantiene ambas manos cruzadas detrás de la nuca.

- Entiendo muy bien cómo te sientes —dice Ôshima—. Sin embargo, esto debes pensarlo por ti mismo, juzgarlo por ti mismo. Nadie puede pensarlo por ti. El amor es así, KafkaTamura. Si son tan sólo tuyos esos maravillosos sentimientos que casi te impiden respirar también debes ser tú quien vague perdido por las profundas tinieblas.

Y tienes que ser tú quien debe soportar esas tinieblas con tu cuerpo y con tu corazón.

A las dos y media, Ôshima sube al coche y se dispone a recocer el camino de descenso de la montaña.

- Si economizas un poco las provisiones, tendrás bastante para una semana, más o menos. Para entonces yo ya estaré de vuelta. Si algo me impidiera venir, enviaría a mi hermano con comida. Él vive a una hora de aquí. Ya le he contado que estás en la cabaña. Así que no te preocupes. ¿De acuerdo?

De acuerdo —digo.

Ah! Y, tal como te dije la otra vez, ten muchísimo cuidado al adentrarte en el bosque. Si te perdieras, nunca encontrarías la salida.

Tendré cuidado.

¿Sabes? Poco antes de estallar la segunda guerra mundial, una unidad del ejército imperial hizo unas maniobras a gran escala por la zona. Un simulacro de batalla contra el ejército soviético en los bosques de Siberia. ¿No te lo había contado nunca?

No —digo.

- Por lo visto, me pasa con frecuencia, me olvido de contar cosas importantes —dice Ôshima apretándose las sienes con las puntas de los dedos.

Pero este bosque no recuerda a los de Siberia.

No, tienes razón. Por aquí, los árboles son de hoja caduca, en Siberia hay coníferas. En fin, los militares no debieron de dar importancia a este detalle. Total, que se adentraron en el bosque con todo su armamento y empezaron las prácticas. —Ôshima se sirve del termo el café que le he preparado, en la taza sólo pone un poco de azúcar, se lo bebe con aire satisfecho—. Mi abuelo recibió una solicitud del Ejército con una petición para usar la montaña y él se lo concedió. ¡Adelante! Utilícenla a su gusto», les dijo. Total, Total, nadie la usaba. La unidad del Ejército llegó marchando por el camino que hemos recorrido nosotros esta mañana en coche. Luego penetraron en el bosque. 438pero cuando unos días después finalizaron las maniobras y pasaron revista a la tropa, comprobaron que habían desaparecido dos soldados. En el momento en que se desplegó la unidad por el interior del bosque, ambos soldados se esfumaron con todo el equipo a cuestas. Ambos eran reclutas recién incorporados a filas. Por supuesto, el Ejército llevó a cabo una búsqueda exhaustiva. Pero no logró dar con ellos. —Ôshima toma otro sorbo de café—. Todavía no se sabe si se extraviaron por el bosque o si desertaron. Pero, por estos parajes, el bosque es muy denso y en la espesura apenas se encuentra algo comestible.

Asiento.

- Junto al mundo que habitamos existe otro mundo paralelo. Hasta cierto punto es posible penetrar en él y regresar después sano y salvo. Si prestas la debida atención. Pero, a la que trasciendes cierto lugar, entonces ya es imposible el retorno. Pierdes el camino. Es el laberinto. ¿Sabes quién inventó el laberinto?

Sacudo la cabeza.

- Según los conocimientos actuales, los primeros que imaginaron el concepto de laberinto fueron los antiguos mesopotámicos. Éstos les arrancaban las tripas a los animales, o, a veces, los intestinos a los seres humanos, y, según la forma que tuvieran, predecían el futuro. Sentían admiración por lo complejos que eran. Así que la forma del laberinto remite a las entrañas. Es decir, que el principio del laberinto reside en tu propio interior. Y éste se corresponde con el laberinto exterior.

Una metáfora —digo.

Exacto. Una metáfora recíproca. Lo que existe fuera de ti es una proyección de lo que existe en tu interior, lo que hay dentro de ti es una proyección de lo que existe fuera de ti. Por eso, a veces, puedes hollar el laberinto interior pisando el laberinto exterior. Aunque eso, en la mayoría de los casos, es muy peligroso.

- Como Hánsel y Gretel en el interior del bosque.
- Exacto. Como Hánsel y Gretel. El bosque te tiende una trampa. Y, por más precauciones que tomes, por más cosas que te ingenies, siempre vendrá un pájaro espabilado y se te comerá las migas de pan con las que has señalado el camino.
- Me andaré con cuidado.

Ôshima levanta la capota del Road Star, monta en el asiento del conductor. Se pone las gafas de sol, apoya la mano en el pomo de la palanca del cambio de marchas. Y el familiar ronroneo del motor resuena por el bosque. Oshima se echa el flequillo hacia atrás, sacudo ligeramente la mano para despedirse. Se va. Por unos instantes, polvo permanece danzando en el aire, luego es arrastrado por una ráfaga de viento.

Entro en la cabaña, me acuesto en la cama donde ha dormido Oshima, cierro los ojos. Pensándolo bien, yo tampoco he dormido mucho esta noche. Percibo la presencia de Oshima en la almohada y el edredón. No, más que la presencia de Oshima, debería decir la presencia que ha dejado el sueño de Oshima. Sumerjo todo mi cuerpo... en ella. Llevo unos treinta minutos durmiendo cuando oigo, fuera de la cabaña, el ruido de un cuerpo pesado al caer. Como si las ramas se hubieran roto bajo el peso de algo que sostenían y ese algo se hubiera precipitado al suelo. El ruido me despierta. Me levanto, salgo al porche, lanzo una mirada a mi alrededor, pero no hay nada extraño, al menos hasta donde me alcanza la vista. Quizá sea uno de los enigmáticos sonidos que, de vez en cuando, produce el bosque. O quizá forme parte de mi sueño. No sabría hallar la frontera entre lo uno y 7 lo otro.

Me siento en el porche y permanezco allí leyendo hasta que el sol se pone en el horizonte.

Me preparo una comida sencilla y me la como solo y en silencio.

Después de lavar los cacharros me hundo en el viejo sofá y pienso en la señora Saeki.

- Tal como ha dicho Oshima, la señora Saeki es una mujer muy inteligente. Y tiene su propia personalidad —dice el joven llamado Cuervo.

Se encuentra a mi lado, sentado en el sofá. Como cuando estábamos en el estudio de mi padre.

- Ella es muy distinta a ti —dice.

Ella es muy distinta a ti. La señora Saeki ha pasado, hasta el presente, por todo tipo de situaciones –y no se trata de situaciones que se puedan llamar normales–. Ella sabe muchas cosas que tú no sabes, ella ha experimentado muchas sensaciones que tú todavía no has podido experimentar. Las personas aprenden con el paso de los años a discernir entre lo que es importante y lo que no lo es. Ella ha tomado, a lo largo de su vida, muchas decisiones cruciales y ha podido apreciar las consecuencias de su juicio. Pero tú no. ¿Verdad? Tú, en definitiva, no eres más que un niño cuyas experiencias se circunscriben a un mundo muy pequeño. Te has esforzado mucho en ser fuerte. Y, en efecto, algunas partes de ti lo son. Tengo que reconocerlo. Pero ahora, en estas circunstancias nuevas de este mundo nuevo, tú te encuentras completamente perdido. Porque todas estas cosas las experimentas ahora por primera vez.

Te encuentras perdido. Una de las cosas que no acabas de entender es si las mujeres tienen deseo sexual. En teoría deben de tenerlo, claro. Hasta aquí llegas. Pero no tienes la menor idea ni de cómo surge ni de cómo es en realidad su deseo sexual. El tuyo es fácil de comprender. Es muy simple. Pero sobre el deseo de las mujeres, en especial sobre el de la señora Saeki, no sabes absolutamente nada. Cuando hacíais el amor, ¿sentía ella el mismo placer carnal que tú mismo sentías? ¿O se trataba de algo de una naturaleza muy distinta?

Cuanto más lo piensas, más te hastía la idea de que sólo tienes quince años. Te sientes incluso desesperado. Si tuvieras veinte años, o incluso dieciocho —con tal de que no fueran quince—, podrías entender mucho mejor a la señora Saeki, el sentido de sus palabras, de sus actos. Podrías reaccionar de manera más apropiada. Tú ahora estás inmerso en algo maravilloso. Quizá no vuelvas a experimentar algo semejante en toda tu vida, de lo maravilloso que es. Pero, sin embargo, ahora eres incapaz de apreciar esta maravilla en todo lo que vale. Y la inquietud que te produce el ser incapaz de comprenderlo te conduce, a su vez, a la desesperación.

¡maginas qué debe de estar haciendo ella ahora. Es lunes y la biblioteca está cerrada. ¿En qué diablos debe emplear la señora Saeki los días de descanso? Te la imaginas sola en su apartamento. Lavando la ropa¸ preparando la comida, haciendo la limpieza, yendo de compras: imaginas estas escenas, una tras otra. Cuanto más lo imaginas, más agobiante te parece estar aquí. Piensas que eres un cuervo intrépido y

que te escapas de la cabaña de las montañas. Vuelas por el cielo, cruzas los montes, te detienes junto a su ventana, te quedas mirándola eternamente.

O, quizá, la señora Saeki va a la biblioteca, visita tu habitación Llama a la puerta. No hay respuesta. La puerta no está cerrada c llave. Descubre que no te encuentras dentro. Tus cosas han desparecido. La cama está hecha. Se pregunta adónde habrás ido. Tal aguarde un poco a que regreses. Y, mientras tanto, probablemente siente ante la mesa, apoye el mentón en la palma de la mano y c temple *Kafka en la orilla del mar*. Y piense en el pasado que se plasman en el cuadro. Pero, por más tiempo que espere, tú no vuelves. P después, resignada, sale de la habitación. Se dirige al aparcamiento monta en el Volkswagen Golf, pone en marcha el motor. Tú no desearías que se fuera de este modo. Tú querrías estar allí cuando ella, llegara, abrazarla con fuerza contra tu pecho, conocer el sentido de cada uno de sus movimientos. Pero tú no estás allí. Tú estás completamente solo, en un lugar apartado de todo.

Te metes en la cama, apagas la luz, deseas que la señora Saeki se presente en tu habitación. No hace falta que sea la señora Saeki actual. Podría aparecer bajo la forma de la niña de quince años. Quieres verla; cualquiera que sea su forma, espíritu vivo o ilusión. Deseas que esté a tu lado. Tu cabeza, repleta de deseos, va a estallar. Tu cuerpo va a romperse en pedazos. Pero, por más que ruegues, por más que esperes, **ella** no vendrá. Al otro lado de la ventana no se oye más que el susurro del viento. De vez en cuando un ave nocturna deja oír su voz grave. Contienes el aliento, fijas la mirada en las tinieblas. Aguzas el oído al susurro del viento. Intentas descifrar el mensaje que se oculta en él. Des abanico de tinieblas. Resignado, poco después, cierras los ojos y concilias el sueño.

38

Hoshino buscó en una guía telefónica que había en la habitación algunas agencias de alquiler de coches, eligió la que le pareció más apropiado y llamó.

- Quiero alquilar un coche para dos o tres días. Me basta con un sedán normal y corriente. Que no sea muy grande y, sobre todo, que no llame la atención.
- Nosotros sólo trabajamos con coches de Mazda —le dijo su interlocutor—. En nuestras agencias no tenemos ni un solo sedán que llame la atención. No se preocupe usted por eso.
- Bien.
- ¿.Qué le parece un modelo Familia? Se trata de un coche seguro y le garantizo que es muy discreto.
- Sí, de acuerdo. Que sea un Familia.

La agencia quedaba cerca de la estación.

- En una hora paso a recogerlo —les dijo el joven.

Cogió un taxi él solo, fue hasta la agencia, mostró la tarjeta de crédito y el permiso de conducir, alquiló el coche, de momento, para dos días nada más. El Familia blanco estacionado en el aparcamiento era discreto de verdad. Parecía la máxima expresión del anonimato. Una vez que apartabas la vista de él, te resultaba imposible recordar cómo era.

De vuelta a casa al volante del Familia se detuvo en una librería que había a mitad de camino, compró un plano de la ciudad de Takamatsu y un mapa de carreteras de la isla de Shikoku. Cerca de allí descubrió una tienda de discos compactos, así que se acercó para buscar el *Trío del archiduque* interpretado por el Trío del millón de de dólares no era, desgraciadamente, el que ejecutaba la pieza, el joven adquirió el CD por mil yenes.

De regreso a casa se encontró a Nakata en la cocina preparando con mano experta, un *Kimono* de *daikon* y *aburaage.** Un olor exquisito flotaba por el apartamento.

Nakata no tenía nada que hacer, así que ha preparado algo para el almuerzo —dijo Nakata.

¡Qué bien! Estoy harto de comer por ahí. A mí ya me apetecía un plato casero, sencillo. Uno de ésos, vamos —dijo el joven—. Ah, abuelo. Ya he alquilado el coche. Lo he dejado a la puerta. ¿Vamos a necesitarlo enseguida?

No, podemos esperar hasta mañana. Hoy quiero hablar un poco más con la piedra.

- ¡Ah, buena idea! Hablar es bueno. Es mucho mejor hablar que no hablar. Sea con quien sea. O con lo que sea. Yo, ¿sabes?, cuando conduzco el camión, le hablo mucho al motor. Al escuchar con la oreja bien abierta me entero de muchas cosas.

Sí. Nakata también opina lo mismo. Nakata no puede hablar con los motores, pero cree que hablar es bueno, no importa con quién.

Y, con la piedra esa, ¿os habéis llegado a entender?

Sí. Tengo la impresión de que, poco a poco, nos vamos comprendiendo.

- Pues eso es lo principal. Entonces dime, Nakata, ¿crees que la piedra está enfadada, o disgustada, porque la hayamos traído hasta aquí así por las buenas?

No, en absoluto. Nakata diría que a la piedra le da igual el lugar donde esté.

- ¡Off! ¡Menos mal! —exclamó el joven, aliviado de escucharlo—.

Sólo faltaría que ahora nos cayera encima una desgracia por culpa de la piedra esa.

El joven estuvo escuchando hasta el atardecer el *Trío del archiduque* que había comprado. La interpretación no era tan bonita, tan ágil como la del Trío del millón de dólares. Era más sobria y sólida, pero no estaba mal. Se sentó en el sofá, aguzó el oído a los ecos del piano y de la cuerda. Aquella bella y profunda melodía se infiltró en su corazón y el exquisito entrelazado de la fuga avivó sus sentidos.

«Hace una semana quizá no hubiera entendido una mierda de esta música», se dijo el joven. Probablemente, ni siquiera se habría molestado en intentarlo. Pero había entrado en una cafetería que había encontrado por casualidad, se había sentado en un cómodo sofá, se había tomado un buen café y, gracias a ello, había aprendido de manera espontánea a apreciar esa música. Se trataba de un acontecimiento que tenía una gran significación para él.

Como si quisiera poner a prueba una capacidad recién adquirida, escuchó el CD una y otra vez. Aparte del *Trío del archiduque* contenía un trío de piano del mismo compositor, se llamaba *Trío de los espíritus.* Tampoco esa melodía estaba nada mal. Pero el joven prefería el *Trío del archiduque.* Le encontraba una mayor profundidad. Mientras tanto, Nakata permanecía sentado en un rincón de la habitación, rezongándole algo a la piedra blanca y redonda. De vez en cuando asentía y se acariciaba la cabeza con la palma de la mano. Nakata y Hoshino se hallaban en la misma habitación, absortos cada uno en una actividad distinta.

- ¿No te molesta la música para hablar con la piedra? –preguntó el joven a Nakata.
- No, no se preocupe. La música no me molesta. La música es para mí como el viento.
- Ah! —exclamó el joven—. ¿Como el viento?

A las seis, Nakata empezó a preparar la cena. Salmón a la plancha y ensalada. Además sirvió en platitos diversos *nimono* que él mismo había preparado. Hoshino puso la televisión en marcha, estuvo mirando las noticias. Quería comprobar si la investigación del asesinato del distrito de Nakano del que acusaban a Nakata había experimentado algún avance, pero no dijeron ni una sola palabra sobre el suceso. El rapto de una niña, las mutuas represalias entre israelíes y palestinos, un accidente de tráfico de grandes proporciones en la región de Chúgoku, el robo de coches perpetrado por una banda compuesta por extranjeros, la discriminatoria metedura de pata de un ministro, el despido temporal de obreros de una gran empresa relacionada con la industria de la información. Sólo eso. Ni una sola noticia alegre.

Ambos cenaron, mesa de por medio. ¡Joder! ¡Qué va! bueno. —dijo Hoshino admirado—. Abuelo, tienes un gran talento, ¿eh?, para esto de la cocina.

- Muchas gracias. Es la primera vez que alguien come lo que Nakata prepara.

¿No había nadie que pudiera comer contigo, abuelo? ¿Ningún amigo o pariente?

No. Tenía un gato, pero Nakata y el gato comían cosas muy diferentes.

- Sí, ¡ya! —dijo el joven—. En fin, que está muy bueno. Sobre todo los *nimono.*

Me alegro mucho de que le guste, señor Hoshino. Como no sabe leer, Nakata hace a veces disparates. Y entonces puede salir cualquier cosa rara. Así que Nakata tiene que utilizar siempre los mismos ingredientes y hacer la comida de la misma forma. Si supiera leer, podría cocinar una variedad mucho mayor de platos.

Pero a mí me da lo mismo.
Señor Hoshino —dijo Nakata con voz seria, enderezando la espalda.
¿Qué?
No saber leer es algo muy duro, ¿entiende?

- Sí, lo supongo —respondió el joven—. Pero, según las explicaciones del CD, Beethoven era sordo. Beethoven era un gran compositor y, de joven, llegó a ser considerado el mejor pianista de Europa. También tenía una merecida reputación como intérprete. Sin embargo, cierto día, a causa de una enfermedad, se quedó sordo. Apenas podía oír. Y, para un compositor, quedarse sordo es algo muy jodido. ¿No te parece?
- Sí, creo que puedo imaginármelo.

Para un compositor no poder oír debe de ser como para un cocinero perder el olfato. O, para una rana, quedarse sin membrana interdigital. O, para un conductor de camiones de largo recorrido, que le retiren el permiso de conducir. Cualquier persona vería cómo se vuelve todo negro ante sus ojos. ¿No crees? Pero

Beethoven no. Él no se rindió. Bueno, un poco sí que se deprimió al principio, pero no se rindió ante el infortunio. « ¿Un problema? ¿Eso?», se dijo. Y, a pesar de todo, siguió componiendo una obra tras otra, creando melodías fabulosas, mejores incluso, de un contenido todavía más profundo que antes. ¡Qué va! grande era Beethoven. Sin ir más lejos, la obra que he puesto antes, el *Trío del archiduque*, la compuso cuando ya no podía oír nada. Así pues, abuelo, no poder leer es un gran inconveniente y debe de ser muy duro, pero hay más cosas en este mundo. Porque tú no sabrás leer, pero hay cosas que sólo tú, abuelo, eres capaz de hacer. Y es en eso en lo que te tienes que fijar. Por ejemplo, tú, Nakata, puedes hablar con la piedra.

- Sí. Es cierto que Nakata puede hablar un poco con la piedra. Y antes también podía hablar con los gatos.
- Pues eso son cosas que probablemente sólo tú sepas hacer. Por más libros que lean, las personas normales nunca podrían hablar con las piedras ni con los gatos.
- Sí, pero ¿sabe, señor Hoshino? Últimamente, Nakata tiene a menudo un sueño. En el sueño, Nakata sabe leer. No sabe qué ha pasado, pero ya puede leer. Y tampoco es tan tonto. Nakata está muy, muy contento, va a la biblioteca y lee muchos libros. Piensa en lo maravilloso que es poder leer. Y devora un libro y otro libro. Sin embargo, de repente, la luz se apaga de golpe y la habitación queda a oscuras. Alguien ha apagado la luz. No se ve nada. Ya no puedo leer más. En ese punto me despierto. Aunque sólo sea un sueño, saber leer es algo fabuloso.
- ¡Mira por dónde! —dice el joven—. Yo sé leer, pero nunca cojo un libro. Qué mal repartido está el mundo.

Señor Hoshino —dice Nakata.
¿Qué?
¿Qué día de la semana es hoy?
Sábado.
Entonces, ¿mañana será domingo?
Bueno, eso sería lo normal.
¿Le importaría conducir ya temprano por la mañana?
No. ¿Adónde vamos?
Eso Nakata tampoco lo sabe. Una vez que Nakata haya subido al coche lo pensará.

Es posible que no me creas —dijo el joven Hoshino—, pero habría jurado que ibas a responderme así la mañana siguiente, Hoshino se despertó pasadas las siete. Nakata ya se había levantado, estaba de pie en la cocina y preparaba el desayuno. El joven fue al lavabo, se lavó la cara con abundante agua fría, se afeitó con una maquinilla eléctrica. El desayuno consistió en arroz recién hervido, *misoshiru* con berenjena, jurel seco y *tsukemono.* El joven repitió de arroz.

Después del desayuno, mientras Nakata fregaba los cacharros, Hoshino volvió a mirar la televisión. Esa vez dieron una breve información sobre el asesinato del distrito de Nadino. «Ya han transcurrido diez días desde que tuvo lugar el crimen, pero la policía no posee todavía ninguna pista importante», decía con desapego el locutor de NHK. En la pantalla aparecía una imagen del fabuloso portal de la casa. Delante del portal acordonado había un policía de guardia. «Continúa la búsqueda del hijo de la víctima, de quince años de edad y desaparecido poco antes del crimen, aunque sin resultado hasta el momento. Se está investigando a su vez el paradero de un hombre de sesenta a setenta años, vecino del barrio, que poco después del crimen se personó en comisaría para ofrecer información sobre el suceso. Aún no se ha podido establecer la posibilidad de que exista relación alguna entre ambos. La ausencia de signos de violencia en la casa hace pensar que el móvil del crimen pueda ser la venganza, y, por este motivo, la policía está llevando a cabo una investigación exhaustiva entre los amigos y conocidos de la víctima. Por otra parte, en el Museo Nacional de Arte Moderno de Tokio se efectuará, en homenaje a la contribución del señor Tamura al mundo del arte a lo largo de su vida...»

¡Eh, abuelo! —llamó el joven a Nakata que estaba trasteando en la cocina.

¿Sí? ¿Qué sucede?

Abuelo, ¿no conocerás por casualidad al hijo del hombre asesinado en Nadino? Dicen que tiene quince años.

Nakata no conoce al hijo. A los únicos que conoce Nakata, tal como le dije el otro día, son al señor Johnnie Walken y al perro.

- ¡Humo! —dijo Hoshino—. Aparte de buscarte a ti, abuelo, la policía está buscando también al hijo. Por lo visto es hijo único y no tiene hermanos. Tampoco tiene madre. El chico se escapó de casa antes del crimen y nadie sabe dónde está.

¿Ah, sí?

¡Qué va! caso tan raro! —exclamó el joven—. Pero la policía seguro que sabe mucho más de lo que dice. Siempre dan la información con cuentagotas. Según el Colonel Sanders, ya saben que estás en Takamatsu. Y también deben de haberse enterado de que vas por ahí con un atractivo joven igualito que yo que te trajo hasta Tadimatsu. Pero esa información no se la pasan a los medios de comunicación. Porque si se hiciera público que estamos en Tadimatsu, nosotros pondríamos pies en polvorosa. Así que hacen ver que no saben dónde estamos ¡Mala gente!

A las ocho y media, los dos montaron en el Familia estacionado delante del apartamento. Nakata había preparado té y había llenado el termo. Con la arrugada gorra de alpinista de siempre en la cabeza, el paraguas y la bolsa de lona en la mano, se dejó caer en el asiento del copiloto. El joven Hoshino iba a ponerse la gorra de los Chúnichi Dragons, pero, al lanzar una mirada casual al espejo del recibidor, cayó en la cuenta. La policía quizás haya descubierto también que hay un «hombre joven» que lleva una gorra de los Chúnichi Dragons, unas Ray—Ban verdes y una camisa hawaiana. En la prefectura de Kagawa no debía de haber mucha gente que llevara esa gorra, y, si le añadías las Ray—Ban verdes y la camisa hawaiana, componían un retrato muy peculiar. «El Colonel Sanders se dio cuenta. Por eso no me preparó ninguna camisa hawaiana, sino polos azul marino de lo más discreto. ¡El tío está en todo!», pensó. Y dejó las Ray—Ban y la gorra en su cuarto.

¿Qué? ¿Adónde vamos? —preguntó el joven.

- No importa adónde. Vaya dando vueltas por la ciudad, por favor.

¿Por cualquier sitio?

Sí. Por donde usted prefiera. Nakata irá mirando todo el rato por la ventanilla.

Off! —gruñó Hoshino—. Llevo conduciendo toda la vida y tanto en el Ejército de Autodefensa como después en la empresa de transporte siempre me he sentido seguro en carretera: pero cada vez que agarro el volante es para dirigirme a algún lugar. Directo al objetivo. Es mi costumbre. Nunca me habían dicho nada parecido a: «No importa adónde. Ve a donde quieras». Y es que yo, al oír eso, me siento perdido.

- Mil perdones.

En fin. Es igual. No tienes por qué disculparte. Haré lo que pueda —dijo el joven Hoshino. E introdujo el CD del *Trío del archiduque* en el estéreo del coche—. Yo iré dando vueltas por la ciudad, por donde me dé la gana, y tú, abuelo, irás mirando por la ventanilla. ¿Va bien así?

- Sí. Perfecto Cuando encuentres lo que buscas, pararé el coche. Y entonces la historia tomará un rumbo distinto. ¿Va por ahí la cosa?

Sí. Quizá sea como usted dice —respondió Nakata.

¡i0jalá! —dijo el joven Hoshino y extendió el plano de la ciudad sobre sus rodillas.

Los dos empezaron a dar vueltas por la ciudad de Tadimatsu. El joven Hoshino iba marcando el plano con un rotulador. Cuando acababan de recorrer una barriada entera y él se había asegurado de no haber. Se dejado ni una sola calle, pasaban a la siguiente barriada. De vez en cuando detenía el coche, tomaba un poco de té, se fumaba un Malboro. Escuchaba, una y otra vez, el *Trío del archiduque.* A mediodía entraron en una casa de comidas y pidieron arroz con curry.

Nakata, ¿podrías decirme qué coño estamos buscando? —le preguntó el joven después de la comida.

- Eso, Nakata tampoco lo sabe. Eso...

Lo sabrás cuando lo veas. Hasta que no lo veas, no lo sabrás.
Sí. Exactamente.
El joven sacudió la cabeza sin energía.
Ya conocía la respuesta de antemano. Sólo quería asegurarme.
Señor Hoshino.

- ¿Qué?

Es posible que tardemos en encontrarlo.

En fin. ¡Qué más da! Una vez que te embarcas en algo, pues llegas hasta el final.

¿Vamos a subir a un barco ahora? —preguntó Nakata. —De momento, no —respondió el joven.

A las tres de la tarde entraron en una cafetería y Hoshino se tomó un café. Tras mucho dudar, Nakata pidió leche helada. En aquellos instantes, Hoshino estaba tan exhausto que no tenía ni ganas de abrir la boca. También estaba harto ya del *Trío del archiduque,* cosa que, por otro lado, no era de extrañar.

Conducir sin parar dando vueltas casi por el mismo sitio no iba con su carácter. Era aburrido, no podía correr, debía mantenerse continuamente en guardia. De vez en cuando se cruzaban con un coche de la policía, pero Hoshino hacía todo lo posible para que sus miradas no se encontrasen. También evitaba pasar por delante de las comisarías. Por más discreto que fuera aquel Mazda Familia, a la que los vieran demasiadas veces probablemente les pidieran los papeles de identificación. Además tenía que estar más alerta que de costumbre para no topar con otro coche.

Mientras Hoshino conducía estudiando el plano, Nakata miraba hacia fuera sin cambiar de posición, apoyando ambas manos en el borde de la ventanilla como lo haría un niño o un perro bien adiestrado. Realmente parecía estar buscando algo muy en serio. Casi sin intercambiar ni una palabra, ambos se centraron en su labor respectiva hasta el atardecer.

- ¿Qué estás buscando? —Mientras conducía, el joven, presa de la desesperación, empezó a cantar una canción de Yósui Inoue. Y como no se acordaba de la letra, se la inventó.

No, no. Todavía no lo encuentras.
Pronto la noche caerá.
Hoshino de hambre morirá.
Gira y gira, todo me da vueltas...
A las seis, los dos volvieron al apartamento.

- Señor Hoshino, mañana continuaremos —dijo Nakata.

Ya llevamos recorrida una buena parte de la ciudad. Creo que mañana podremos acabar de ver el resto —dijo el joven Hoshino—. Pero hay algo que me gustaría preguntarte.

- ¿Sí, señor Hoshino? ¿De qué se trata?

Pues de que si no encontramos eso en Takamatsu, ¿qué se supone entonces que tendremos que hacer?

Nakata se frotó la cabeza con la palma de la mano.

Pues si no lo encontramos en la ciudad de Takamatsu, creo que, en ese caso, debemos buscar dentro de un círculo más amplio.

Ya veo —dijo el joven—. Y si seguimos sin encontrarlo, ¿qué haremos entonces?

Pues, si seguimos sin encontrarlo, creo que tendremos que ampliar el círculo un poco más —dijo Nakata.

- O sea que, hasta que lo encontremos, debemos ir buscando dentro de un territorio cada vez mayor. ¡Uff! Ya lo dicen: «A la que el perro— anda, topa con la estaca».
- Sí. Creo que de eso se trata —dijo Nakata—. Pero oiga, señor Hoshino. Nakata no lo acaba de entender. ¿Cómo es que si el perro anda topa con la estaca? A mí me da la sensación de que si el perro ve que hay una estaca delante de él, pues evitará chocar con ella, ¿no cree? Al oírlo, Hoshino torció la cabeza.
- Pues, ahora que lo dices, sí. Tienes razón. Nunca había caído. ¿Por qué tendrá que topar el perro con la estaca?
- ¡Qué extraño! ¿No?

¡En fin! Dejémoslo. —dijo Hoshino—. Cuantas más vueltas le demos, más se complicará el asunto. Olvidémonos ahora del perro y de la estaca. Lo que a mí me gustaría saber es hasta dónde tenemos que

llegar. Porque, con eso de los círculos cada vez más grandes, al final acabaremos en la prefectura de Ehime o en la de Kóchi. Pasará el verano y llegará el invierno.

Es posible. Pero ¿sabe, señor Hoshino? Sea otoño o invierno, Nakata no puede dejar de buscar. Por supuesto, no puedo contar con su ayuda indefinidamente. Después, Nakata buscará solo.

Bueno, eso ya se verá... —balbuceó el joven—. Pero si la piedra fuese tan amable de darnos alguna información un poco más detallada... De dónde está eso, más o menos. Con que nos diera una idea *aproximada* bastaría.

Lo siento mucho, pero es que la piedra es muy callada.

- Vaya! Conque la piedra es callada... Sí. Por la pinta que tiene ya me lo imaginaba —dijo Hoshino—. Que sería poco habladora y que no se le daría muy bien la natación. En fin. Da igual. Dejémoslo por hoy. Ahora durmamos largo y tendido y mañana continuaremos buscando.

A la mañana siguiente repitieron lo mismo. Hoshino condujo el coche por la mitad oeste de la ciudad, siguiendo el mismo procedimiento que el día anterior. El mapa de Tadimatsu iba llenándose, barriada tras barriada, de marcas amarillas de rotulador. La única diferencia respecto al primer día es que aumentó de forma sensible el número de bostezos del joven. Nakata seguía literalmente pegado a la ventana, buscando algo con expresión seria. Los dos apenas intercambiaron palabra. Hoshino agarraba el volante intentando no llamar la atención de la policía, Nakata proseguía la búsqueda sin desmayo. Pero no logró encontrar nada.

- Hoy estamos a lunes, ¿verdad? —preguntó Nakata.
- Sí. Ayer era domingo, así que hoy es lunes —respondió el joven y medio desesperado, puso la melodía que le apeteció a una letra que se había inventado.

  Si hoy estamos a lunes,
  seguro que mañana será martes.
  Trabajador como una hormiguita,
  siempre elegante como una golondrina. Las chimeneas son altas, rojo es el ocaso.

- Señor Hoshino —dijo Nakata un poco después.
- ¿Qué?
- Uno no se cansa nunca de ver cómo trabajan las hormigas, ¿verdad? —Pues, no. Tienes razón —reconoció el joven.

A mediodía, los dos fueron a un restaurante especializado en anguila y comieron el *unadon* incluido en el menú del día. A las tres entraron en una cafetería y uno tomó café y el otro té. Antes de las seis de la tarde, el mapa acabó lleno de marcas amarillas y no quedaba ningún rincón de la ciudad que no hubieran recorrido los excelentes y anónimos neumáticos del Mazda Familia. Pero seguían sin encontrar nada.

- ¿Qué estás buscando...? —Con voz desmayada, Hoshino volvió a cantar otra canción sin pies ni cabeza No, no. Todavía no lo encueeentras. Ya nada nos queda por recorreeer. El culo me empieza a doleeer.

Ya a casa es hora de volveeer... ye, ye!

Como esto continúe, me voy a convertir en un auténtico letrista de canciones.

- ¿De verdad? —preguntó Nakata.
- No, hombre, no. Era sólo una pequeña broma.

Resignados, abandonaron Tadimatsu y volvieron al apartamento circulando por la carretera nacional. Sin embargo, Hoshino, distraído en sus propios pensamientos, se saltó un cruce donde debía girar a la izquierda. Luego intentó volver como fuera a la autopista, pero el camino empezó a hacer unos meandros de extraño trazado, la mayoría de calles eran de sentido único y Hoshino acabó por no saber dónde estaba. A la que se dieron cuenta, se encontraron en una zona residencial que no les resultaba familiar. En ella se sucedían hileras de elegantes casas antiguas rodeadas de cercas altas. Las calles estaban extrañamente tranquilas, no se veía un alma.

- Nuestro apartamento no creo que se halle muy lejos, pero no tengo ni idea de dónde estamos ahora. —El joven detuvo el coche en un solar, paró el motor, puso el freno de mano, extendió el mapa. Leyó el nombre de la barriada y los números escritos en el poste de la electricidad, luego los buscó en el plano. Tal vez fuera porque tenía los ojos cansados, pero el caso es que no pudo localizarlos.
- Señor Hoshino —lo llamó Nakata.

¿Qué?

Siento distraer su atención, pero ¿podría decirme qué pone en el letrero que cuelga de aquel portal?

Hoshino levantó los ojos del plano, miró hacia donde le señalaba Nakata. Una cerca alta, un portal de estilo antiguo, un gran letrero de madera que colgaba a un lado del portal. La puerta negra estaba firmemente cerrada.

Biblioteca Conmemorativa Kómura... —leyó el joven—. ¡Qué raro! Una biblioteca en un lugar tan tranquilo, tan apartado como éste. Nadie diría que es una biblioteca. Parece una mansión.

¿Biblioteca Conmemorativa Kómura?

Sí. La biblioteca debieron de fundarla en conmemoración de ese tal Kómura. Claro que yo no tengo la menor idea de quién coño era ese tío.

Señor Hoshino.
¿Qué? —respondió Hoshino mirando todavía el mapa.
Es aquí.
¿Aquí? ¿El qué?
El lugar que Nakata ha estado buscando hasta ahora.
Hoshino apartó la vista del mapa y miró a Nakata a los ojos.

Luego, frunciendo las cejas, dirigió la mirada hacia el portal de la biblioteca. Volvió a leer el cartel despacio. Sacó un Marlboro del paquete, se lo puso entre los labios, le prendió fuego con el encendedor de plástico. Inhaló despacio una bocanada de humo, lo expulsó a través de la ventanilla abierta.

- ¿Be verdad?
- Sí. Sin ninguna duda.
- El azar es algo pavoroso, ¿no crees? —Tiene usted toda la razón —asintió Nakata.

39

Mi segundo día en la montaña transcurre, como siempre, de una manera lenta y continua. El tiempo es casi lo único que diferencia un día del día anterior. Si la meteorología fuera la misma, perdería en un instante la noción del paso del tiempo. Dejaría de poder distinguir el día de hoy del de ayer, el día de hoy del de mañana. El tiempo parecería un barco que, una vez perdida el ancla, vaga a la deriva por la extensa superficie del mar.

Cuento los días. Estamos a martes. Hoy, la señora Saeki –si hay algún visitante, por supuesto– efectuará la pequeña visita guiada por el interior de la biblioteca, igual que siempre. Como el día que crucé por primera vez el portal de la Biblioteca Conmemorativa Kómura. Ella sube las escaleras sobre sus finos tacones. El eco de sus pasos resuena por el interior de la biblioteca. Las medias brillantes, la blusa inmaculada, el pequeño par de perlas en sus orejas, la Montblanc sobre el escritorio. Su sonrisa plácida (aunque proyecte la larga sombra de la resignación). Todo eso queda muy lejos ahora. Nada me parece siquiera real.

En el sofá de la cabaña, aspirando el olor de la tela descolorida, pienso de nuevo en nosotros dos, en la señora Saeki y en mí haciendo el amor. Resigo mis recuerdos, uno tras otro, voy evocando aquellas imágenes. Ella se desnuda despacio. Luego se mete en la cama. Ni que decir tiene que mi pene empieza a ponerse de nuevo en erección. Duro como una roca. Pero ya no me duele como ayer. El enrojecimiento del glande también ha desaparecido.

Harto de encontrarme inmerso en fantasías sexuales, salgo afuera y realizo mi programa gimnástico. Hago ejercicios para fortalecer los músculos del abdomen utilizando la barandilla del porche. Acometo una tanda de abdominales a ritmo acelerado, luego, una dura tanda de estiramientos. Sudo tan profusamente que voy al bosque, empapo la toalla en el arroyo y me friego todo el cuerpo con ella. El agua está fría. Apacigua un poco mi exaltación. Luego me siento en el porche escucho Radiohead en el *discman.* Desde que me escapé de casa he' estado escuchando reiteradamente la misma música. *Kid A,* de Radio— head; *Greatest Hits,* de Prince. Y, de vez en cuando, *My Favorite Things,* de John Coltrane.

A las dos de la tarde —justo a la hora en que empieza la visita guiada—, vuelvo a internarme en el bosque. Sigo el mismo camino que la otra vez y, tras andar un trecho, llego al mismo claro en la espesura. Me siento sobre la hierba. Me apoyo en el tronco de un árbol y miro el cielo a través de la redonda abertura que hay entre las ramas. Alcanzo a ver los extremos de las blancas nubes veraniegas. Me encuentro en zona segura. Desde aquí puedo regresar sin problemas a la cabaña. Enigma para principiantes, «Nivel 1» de un videojuego fácil de ejecutar. Pero, si sigo adelante, pondré los pies en un laberinto mucho más intrincado, desafiante. El camino se irá estrechando cada vez más hasta fundirse en la ambigüedad de un mar de helechos.

A pesar de ello, decido proseguir un poco más.

Quiero comprobar hasta dónde soy capaz de penetrar en la profundidad del bosque. Sé que entraña peligro. Pero quiero ver con mis propios ojos, quiero sentir en mi propia piel, qué tipo de peligro entraña, cuál es el alcance del peligro. No puedo refrenarme. Algo me impele a avanzar.

Con extremas precauciones, voy siguiendo una especie de camino. Los árboles son cada vez más imponentes, el aire se vuelve más denso y pesado. Sobre mi cabeza, las ramas estrechamente entrelazadas me impiden ver el cielo. Los signos del verano, ostensibles hasta hace unos instantes, se han desvanecido ya. Aquí jamás han existido las estaciones. Pronto me asalta la duda de que lo que estoy pisando sea realmente un camino. Parece un camino, pero también podría ser algo que sólo tiene la apariencia de un camino sin llegar a serlo. La definición de todas las cosas, envuelta en el asfixiante olor de la vegetación, se vuelve ambigua. Lo razonable se confunde con lo irrazonable. Sobre mi cabeza, un cuervo suelta un agudo graznido. Muy estridente. Quizá sea una advertencia. Me detengo, lanzo una mirada alrededor. Es peligroso seguir adelante sin llevar el equipo apropiado. «Tengo que retroceder», me digo.

Pero no es tan sencillo. Tal vez sea más difícil todavía que avanzar. Como las tropas de Napoleón, batiéndose en retirada. El camino es incierto, a mi alrededor los troncos de los árboles se superponen unos a otros hasta formar una muralla intrincada y negra. Junto a mis oídos resuena con una fuerza inusitada el eco de mi respiración. Como si fuera una corriente de aire que procediese de algún rincón del mundo. Una mariposa negra, tan grande como la palma de mi mano, se me cruza aleteando por delante de los ojos. Su forma me recuerda aquella mancha de sangre en mi camiseta. La mariposa surge de detrás de la sombra de un árbol, se desplaza lentamente por el aire y desaparece detrás de otro árbol. Al desaparecer la mariposa, el bosque se muestra más opresivo aún, el aire se hiela un poco más todavía. El pánico a pensar que quizá me haya perdido hace que me sobrecoja. Sobre mi cabeza, el cuervo vuelve a lanzar su agudo graznido. Parece el mismo pájaro de antes, el mismo mensaje. Me detengo, vuelvo a levantar la vista. No veo ningún pájaro. Un viento, esta vez real, sopla a ráfagas intermitentes, como si de pronto se acordara de hacerlo, y unas hojas de tonalidad oscura susurran de modo amenazador bajo mis pies. Percibo cómo corren veloces unas sombras a mis espaldas. Me doy la vuelta de golpe, pero las sombras ya se han ocultado en algún lugar.

Con todo, consigo regresar a la placita redonda —a mi secreta zona de seguridad—. Vuelvo a sentarme sobre la hierba, respiro hondo. Alzo la vista hacia el claro cielo real, recortado en círculo, y me cercioro, una y otra vez, de que he regresado al mundo verdadero. Aquí se percibe el verano añorado. La luz del sol me envuelve como una película, me da su calor. Sin embargo, la sensación de pánico que he experimentado en el camino de regreso permanece largo tiempo en mi cuerpo como copos de nieve sin fundirse en un rincón del jardín. De vez en cuando el corazón me late de forma irregular, aún tengo la piel erizada por el terror.

Aquella noche me acuesto en la oscuridad y, conteniendo la respiración y con los ojos bien abiertos, espero a que surja alguna figura de entre las tinieblas. Ruego para que aparezca alguien. No sé si mis súplicas surtirán algún efecto. Pero concentro todos mis sentimientos con la esperanza de que *eso* ocurra, lo deseo fervientemente. Ruego que mi deseo se cumpla a fuerza de anhelarlo con la máxima intensidad.

Pero mis plegarias no han sido oídas. Mis peticiones han sido rechazadas. La señora Saeki no aparece, igual que ayer. Ni la señora Saeki real, ni la señora Saeki en forma de ilusión, ni la señora Saeki con aspecto de la niña de quince años. Las tinieblas siguen siendo tinieblas. Antes de dormirme me atormenta una violenta erección. Más vigorosa, más firme que nunca. Pero no me masturbo. Decido mantener intactos los recuerdos de mis relaciones sexuales con la señora Saeki. Me duermo apretando ambas manos. Espero soñar con la señora Saeki.

Pero es Sakura quien aparece en mis sueños.

O tal vez no sea un sueño. Todo es demasiado real y coherente, No hay ni un ápice de ambigüedad. No sé cómo llamarlo. Pero, como fenómeno, no tiene más denominación que ésta, o sea, sueño Yo me encuentro en el apartamento de Sakura. Ella duerme en su cama. Yo estoy tendido dentro de mi saco de dormir. Igual que cuando pasé la noche en su casa. El tiempo ha retrocedido y yo me encuentro ahora en una encrucijada.

A medianoche me despierto con una sed terrible, salgo del saco y bebo agua. Varios vasos. Cinco o seis. Una ligera película de sudor cubre mi piel, tengo una violenta erección. En la parte delantera de mis bóxers se aprecia una protuberancia rígida. Mi pene parece un ser vivo, poseedor de una conciencia distinta, que funciona según un sistema distinto. Bebo agua y, automáticamente, él recibe su parte. Puedo oír el tenue ruido que hace al tragarse el agua.

Dejo el vaso en el fregadero y me apoyo unos instantes en la pared. Quiero saber la hora, pero no veo ningún reloj. Deben de ser altas horas de la madrugada. Horas en que incluso los relojes se esfuman en alguna parte. Me acerco a la cama de Sakura. Las luces de la calle penetran en la habitación a través de las cortinas. Ella está profundamente dormida y me da la espalda. Las plantas de sus pequeños y bonitos pies asoman por debajo del ligero edredón. Parece que a mi espalda alguien ha encendido furtivamente la luz. Se ha oído el chasquido del interruptor. Los troncos superpuestos de los árboles obstruyen mi campo visual. Aquí no hay estaciones. Tomo la determinación de acostarme junto a Sakura. La pequeña cama individual cruje bajo el peso de los dos cuerpos. Aspiro el olor de su nuca. Huele un poco a sudor. Le rodeo suavemente la cintura por detrás. Sakura lanza un

pequeño suspiro, casi inaudible, pero no se despierta. El cuervo lanza su agudo graznido. Alzo la vista. Pero no veo ningún pájaro. Ni siquiera puedo vislumbrar el cielo.

Levanto la camiseta de Sakura, acaricio sus suaves senos. Pellizco sus pezones con la punta de los dedos, como si sintonizara una emisora de radio. Mi pene erecto presiona con fuerza la parte posterior de su muslo. Pero ningún sonido escapa de sus labios. Su respiración no se agita. «Debe de estar profundamente dormida», pienso. El cuervo vuelve a graznar. El pájaro vuelve a mandarme algún mensaje, pero yo no soy capaz de descifrarlo.

El cuerpo de Sakura es cálido y, al igual que el mío, está cubierto de sudor. Me decido a cambiarla de posición. Despacio, la atraigo hacia mí y la coloco boca arriba. Ella espira con fuerza. Aun así, no hay signos de que vaya a despertarse. Aplico el oído a su vientre liso como un papel de dibujo e intento descifrar los ecos del sueño dentro del laberinto que hay debajo.

Mi erección permanece. Se diría que va a durar eternamente. Le quito las pequeñas bragas de algodón. Me lleva cierto tiempo deslizarlas por sus piernas y sacar los pies. Luego deposito la mano en su vello púbico y deslizo suavemente un dedo hacia su interior. Está cálido, tentadoramente húmedo. Muevo el dedo despacio. Sakura sigue sin despertarse. Se limita a lanzar en sueños otro profundo suspiro.

Al mismo tiempo, en una especie de hueco que hay en mi interior, algo se dispone a salir de su cáscara. En algún instante han surgido un par de ojos vueltos hacia mi interior. Por lo tanto, puedo observar toda la escena. Yo aún no sé si ese *algo* es bueno o malo. Pero, en cualquier caso, no puedo detenerlo. Es algo resbaladizo, que aún no tiene rostro. Y pronto saldrá de su cáscara, adquirirá un rostro, su cuerpo acabará desprendiéndose de esta especie de gelatina que lo envuelve. Y entonces sabré de qué se trata. Pero, de momento, no pasa de ser una especie de *señal* amorfa. Alarga unas manos que no son manos e intenta romper la cáscara por el lugar más débil. Y yo miro sus movimientos fetales.

Tomo una decisión.

No, no es cierto. En realidad, yo no tomo ninguna decisión. Porque no tengo posibilidad de elegir. Me bajo los bóxers, el pene se yergue liberado. Cojo a Sakura, le abro las piernas, la penetro. No es difícil. Ella está muy blanda y yo muy duro. Ya no siento dolor en el pene. Mi glande se ha robustecido en cuestión de días. Sakura aún está inmersa en sus sueños. Yo me hundo en ellos.

Sakura se despierta de repente. Ve que estoy dentro de ella. —¡Tamura! ¿Qué diablos estás haciendo?

Pues, al parecer, estoy dentro de ti —respondo.

- ¿Y por qué? —dice Sakura con una voz terriblemente seca—, y dije que no lo hicieras, ¿no?

No he podido aguantarme.

Pues, ahora, para y saca enseguida *eso* de ahí.

No puedo sacarlo —digo. Y sacudo la cabeza. —Tamura, escúchame. En primer lugar, yo tengo novio formal. En segundo lugar, tú has penetrado por las buenas en mi sueño y eso no está bien.

- Ya lo sé.
- Aún no es demasiado tarde. Es cierto que tú estás dentro de mí pero aún no te has movido y no has eyaculado. Sólo estás ahí, tranquilo. Como si reflexionaras. ¿Verdad?

Asiento.

- Sal —dice ella, como si expusiera una argumentación—. Y olvidemos lo ocurrido. Yo lo olvidaré y tú también. Yo soy tu hermana mayor, tú eres mi hermano pequeño. Aunque no nos unan los lazos de la sangre, somos hermanos, eso sin ninguna duda. Ya lo sabes, ¿no? Que nosotros somos una familia, y que no podemos hacer estas cosas.

Ya es demasiado tarde —digo yo.
¿Por qué?

- Porque así lo he decidido yo —digo.
- Porque así lo has decidido tú —dice el joven llamado Cuervo.

Ya estás harto de que las cosas te manejen a su antojo. No quieres que te vuelvan a sumir en la confusión jamás. Tú ya has matado a tu propio padre. Ya has violado a tu propia madre. Y ahora estás dentro de tu hermana. Si ésa es la maldición, la vas a cumplir. Vas a seguir con diligencia, punto por punto, todo el programa que han diseñado para ti. Quieres descargarte lo antes posible ese peso que acarreas a la espalda y empezar a vivir siendo tú mismo, no alguien atrapado en las obsesiones de otro. Esto es lo que deseas.

Ella se cubre la cara con ambas manos, llora un poco. Lo sientes por ella. Pero tú, ahora, no puedes salir de su cuerpo.

Tu pene crece más y más en su interior, se endurece. Es como si hubiera echado raíces.

- De acuerdo. No diré nada más –comenta ella–. Pero recuérdalo bien. Esto es una violación. Yo te quiero, pero no deseaba que las cosas ocurriesen, de este modo. Quizá no volvamos a vernos jamás, por mucho que podamos llegar a desearlo en el futuro. ¿Me has entendido?

Tú no sabes qué responderle a eso. Apagas el interruptor de tus pensamientos. Atraes su cuerpo hacia ti y empiezas a mover las caderas. Despacio, con precaución, después violentamente. Para poder volver has intentado memorizar la forma de todos los árboles del camino, pero se parecen tanto que pronto te ves engullido por un mar anónimo. Sakura cierra los ojos y se abandona a tus movimientos. No dice nada. No ofrece resistencia. Borra toda expresión de su rostro, vuelve la cara hacia un lado. Pero tú puedes sentir el placer carnal que ella experimenta como una prolongación del tuyo. Tú, ahora, lo sabes. Los troncos de los árboles se superponen los unos a los otros y forman una negra muralla que obstruye tu campo visual. El pájaro ya no envía ningún mensaje. Y tú eyaculas.

Yo eyaculo.

Me despierto. Estoy en la cama, a mi alrededor no hay nadie. Es medianoche. Las tinieblas se expanden hasta el infinito, todos los relojes se han perdido. Salto de la cama, me quito la ropa interior, me limpio el esperma con el agua de la cocina. Es blanco, denso y pesado como un hijo natural nacido de las tinieblas. Me bebo varios vasos de agua seguidos. Pero, por más que beba, no puedo saciar mi sed. Me siento desesperadamente solo. Dentro de las profundas tinieblas de la noche, rodeado de los árboles del bosque, me siento lo más solo que alguien pueda llegar a sentirse. Aquí no hay estaciones, ni luz. Vuelvo a la cama, me siento en ella, respiro hondo. Las tinieblas me abrazan.

Ese *algo* de tu interior ya se manifiesta con toda claridad. Permanece ahí, latente, como una sombra negra. No se ve la cáscara por ninguna parte. Se ha quebrado por completo y ha sido desechada. Tienes algo espeso adherido en las manos. Tal vez se trate de sangre humana. Te acercas las manos a los ojos y las examinas. Pero la luz es insuficiente para ver. Hay demasiada oscuridad, tanto dentro como fuera.

40

Al lado del letrero donde podía leerse BIBLIOTECA CONMEMORATIVA KÓMURA había un cartel que indicaba que el lunes era el día de descanso de la biblioteca, que estaba abierta de once de la mañana a cinco de la tarde, que la entrada era gratuita y que, si alguien así lo deseaba, todos los martes solía efectuarse una visita guiada por el interior del edificio. Hoshino se lo leyó a Nakata.

- Hoy es lunes, justo el día de fiesta —dijo el joven. Luego consultó su reloj de pulsera—. Claro que tanto da. A esta hora siempre está cerrada.

Señor Hoshino.

- ¿Qué?
- Esta biblioteca es muy distinta a la que fuimos el otro día, ¿verdad? —dijo Nakata.

Sí. Aquélla era una gran biblioteca pública y ésta es una biblioteca privada. La envergadura es muy distinta.

Nakata no lo acaba de entender. ¿Qué es una biblioteca privada?

Pues que un hombre con patrimonio a quien le gustan los libros se busca un lugar y allí expone al público todos los libros que él tenía. Como si le dijera a la gente: «Leed, leed. Leed tanto como queráis», ¿entiendes? ¡Caramba! ¡Qué sitio! ¿Has visto el portal?

¿Qué es un hombre con patrimonio?

- Un hombre rico.

¿Y qué diferencia hay entre un hombre rico y un hombre con patrimonio?

Hoshino se quedó desconcertado.

Pues... ¡Uff! Yo tampoco lo tengo muy claro, pero, no sé, un hombre con patrimonio da más la impresión de tener cultura. Y un rico no tanto.

¿Cultura?

O sea, que cualquiera que tenga dinero puede ser rico. Tú o yo, sin ir más lejos. Sólo con que tuviéramos dinero, ya seríamos ricos Pero no podríamos convertirnos en hombres con patrimonio de noche a la mañana. Para eso hace falta un poco más de tiempo. —Ah! Es muy difícil serlo.

Pues sí. Claro que ni una cosa ni la otra tienen nada que ver con. migo. Yo ni siquiera tengo esperanzas de llegar a ser sólo rico. —Señor Hoshino.

¿Qué?

El día de cierre es el lunes, ¿no? Pues, entonces, si mañana venimos a las once, la biblioteca estará abierta, ¿verdad? —dijo Nakata.

Pues eso parece. Mañana es martes.
¿Nakata también podrá entrar en la biblioteca?

- ¿Y por qué no? En este cartel pone que cualquiera puede entrar. Así que tú también puedes, claro.

O sea, que podré entrar aunque no sepa leer.

- Claro, hombre. En la entrada no te van preguntando si sabes leer u otras chorradas por el estilo —dijo el joven.

En ese caso, a Nakata le gustaría entrar.

- Muy bien. Pues, entonces, mañana venimos a primera hora, entramos y en paz —dijo el joven—. Y, escucha, abuelo. Es sólo para aclararme. Éste es el lugar que estábamos buscando, ¿no? Y dentro de esta biblioteca hay algo, está la cosa esa tan importante que andamos buscando, ¿correcto?

Nakata se quitó la gorra de alpinista y se frotó repetidamente los cortos cabellos con la palma de la mano.

Sí, tiene que estar.
O sea, que no tendremos que seguir buscando, ¿no?
Sí. No tendremos que buscar más.
¡Qué bien! —dijo el joven Hoshino aliviado—. Ya me veía buscando hasta el otoño.

Volvieron a casa del Colonel Sanders, durmieron a pierna suelta y, al día siguiente, a las once de la mañana, salieron para la biblioteca. Estaba a unos veinte minutos a pie del apartamento, así que decidieron ir andando. Por la mañana, el joven había ido a devolver el Mazda Familia a la agencia de alquiler de coches que había delante de la estación.

Cuando llegaron a la biblioteca, el portal ya estaba abierto de par en par. Parecía que fuera a hacer un calor bochornoso. Alguien había regado el suelo de los alrededores. Al otro lado del portal se veía un jardín bien cuidado.

- ¡Eh, abuelo! —dijo Hoshino delante del portal.
- ¿Sí? ¿De qué se trata?
- ¿Qué debemos hacer una vez dentro de la biblioteca? Me da miedo que me vengas con la primera cosa absurda que se te pase por la cabeza, así que he preferido preguntártelo antes. Es que yo, primero, tengo que hacerme a la idea de las cosas.

Nakata reflexionó.

- Lo que haremos, una vez estemos dentro, eso Nakata tampoco lo sabe. Pero ya que es una biblioteca, por lo pronto podríamos leer. Nakata cogerá un libro de fotografías y usted, señor Hoshino, elija algún libro y léalo.
- De acuerdo. Ya que se trata de una biblioteca, por lo pronto leeremos. Lógico.
- Y luego ya iré pensando, poco a poco, lo que tenemos que hacer después.
- ¡Vale! Lo que viene después ya lo irás pensando poco a poco.

Otra idea sensata —dijo el joven.

Cruzaron el bello jardín cuidado con esmero y entraron en el antiguo vestíbulo. Justo a la entrada estaba el mostrador de recepción con un guapo y esbelto joven sentado detrás. Camisa blanca de algodón. Gafas pequeñas. Largo y elegante flequillo cayéndole sobre la frente. «El tío parece salido de una película en blanco y negro de François Truffaut», se dijo Hoshino. El guapo joven les sonrió al verlos.

¡Hola! —saludó Hoshino con voz alegre.
Buenos días —respondió su interlocutor—. Bienvenidos.
Pues..., querríamos leer.

Por supuesto —convino Oshima—. Por supuesto. Aquí ustedes pueden leer tanto como quieran. Esta biblioteca está abierta al público en general. Pueden coger libremente los libros que deseen de las estanterías. Para efectuar consultas bibliográficas pueden optar por un fichero manual, o bien utilizar el sistema informático. Para cualquier duda que tengan, no duden en consultarme. Les ayudaré con mucho gusto.

Gracias.

¿Les interesa algún tema específico o están buscando, quizás, algún libro en especial?

Hoshino sacudió la cabeza.

- .No, de momento no. Es decir, que a nosotros, más que los libros, lo que nos interesa es la biblioteca en sí. Hemos pasado por delante por casualidad, nos ha parecido interesante y hemos decidido echarle un vistazo. Es un edificio muy bonito.

Ôshima esboza una graciosa sonrisa, coge un largo lápiz de punta bien afilada.

- A muchas personas les sucede lo mismo.

- Ah! ¡Qué va! bien! —exclama Hoshino.
- Si disponen ustedes de tiempo, hoy a partir de las dos efectuaremos una pequeña visita guiada por el edificio. Siempre que haya alguien que lo desee. Las realizamos todos los martes. La directora de la biblioteca explica, entre otras cosas, los orígenes de esta biblioteca. Y hoy, casualmente, estamos a martes.
- ¡Anda! Pues la cosa parece interesante. ¿Qué, Nakata? ¿Nos apuntamos?

Mientras el joven y Ôshima hablaban, mostrador de por medio, Nakata miraba distraídamente a su alrededor agarrando con fuerza la gorra de alpinista, pero cuando oyó que Hoshino lo llamaba, volvió en sí.

¿Sí? ¿Qué sucede?

Pues que, por lo visto, a partir de las dos hay una visita guiada por la biblioteca, ¿qué?, ¿quieres verla?

Sí, señor Hoshino. Muchas gracias. A Nakata le gustaría visitar la biblioteca —dijo Nakata.

Ôshima escuchó el diálogo entre ambos con profundo interés. Nakata y Hoshino... ¿Qué diantre de relación los unía? No parecían parientes. Formaban una pareja extraña, tanto por la diferencia de edad como por su aspecto. No logró adivinar qué podían tener en común aquellos dos individuos. Además, el de mayor edad, el tal Nakata, hablaba de una manera rara. Había algo en él que le producía una impresión extraña. Pero no era nada desagradable.

- ¿Han venido ustedes de muy lejos? —les preguntó Ôshima.
- Sí. Venimos de Nagoya —respondió el joven precipitadamente antes de que Nakata pudiera abrir la boca. Si Nakata soltara lo de «vengo del distrito de Nadino» o algo similar, podían complicárseles las cosas. Ya había salido por televisión que un anciano parecido a Nakata estaba involucrado en el crimen del distrito de Nadino. Por suerte, todavía no habían publicado la fotografía de Nakata, al menos que él supiera.
- Muy lejos, ¿verdad? —dijo Ôshima.
- Sí. Hemos venido cruzando un puente. Un puente muy grande y bonito —dijo Nakata.
- Cierto. Es un puente enorme, ¿verdad? Yo todavía no lo he cruzado nunca —dijo Ôshima.
- Nakata no había visto nunca un puente tan grande.
- En construir el puente —explicó Ôshima— se invirtieron grandes cantidades de tiempo y de dinero. Según el periódico, el organismo semigubernamental encargado de la construcción del puente y de la autopis[t]a arrojó unas pérdidas anuales por valor de cien mil millones de yenes. Y la mayor parte se cubrió con nuestros impuestos.
- Nakata no acaba de entender lo que son cien mil millones.
- A decir verdad, yo tampoco —dijo Ôshima—. Cuando una cosa, se trate de lo que se trate, sobrepasa cierta cantidad, deja de parecer real. En resumen, es muchísimo dinero.
- Muchas gracias —dijo Hoshino, al lado de Nakata, intentando zanjar el tema. A Nakata, si se lo dejaba hablar, vete a saber lo que acabaría diciendo—. Así que para la visita tenemos que estar aquí a las dos, ¿verdad?
- Exacto. Estén aquí a las dos. Y la directora de la biblioteca les mostrará el edificio —confirmó Ôshima.
- Hasta entonces, estaremos allí leyendo —dijo el joven Hoshino. Ôshima, dándole vueltas al lápiz con la mano, los siguió con la mirada mientras se alejaban. Luego volvió a su trabajo.

Cogieron los libros que más les gustaron de las estanterías. Hoshino eligió *La vida de Beethoven y su época*. Nakata prefirió varios volúmenes de recopilaciones fotográficas de muebles tradicionales y los dejó sobre la mesa. Luego, como un perro cauteloso, inspeccionó minuciosamente el interior de la sala, tocando esto y lo otro, husmeando, quedándose quieto en algunos lugares concretos. Hasta pasadas las doce no apareció ningún otro lector y Nakata pudo obrar a sus anchas.

- ¡Eh, abuelo! —dijo Hoshino en voz baja.

- ¿Sí? ¿Qué sucede?

Te lo pido así, de repente, pero no quiero que digas que vienes de Nakano.

¿Por qué?

Es un poco largo de explicar. Mira, en resumen, porque yo creo que es mejor así. Si los demás saben que vienes de Nadino, pueden sentirse molestos.

Comprendo —dijo Nakata asintiendo con vigorosos movimientos de cabeza—. Molestar a los demás no es nada bueno. Nakata obrará como usted le dice y no le dirá a nadie que viene de Nadino.

Te lo agradeceré —dijo el joven—. Por cierto, ¿has encontrado cosa tan importante que andas buscando?

No, señor Hoshino. Todavía no he encontrado nada.

Pero seguro que está aquí, ¿no?

Nakata asintió.

Sí. Anoche, antes de acostarme, estuve hablando con la piedra. No hay ninguna duda de que éste es el lugar correcto.

¡De puta madre!

Hoshino asintió y volvió a la biografía. Beethoven era un hombre orgulloso que tenía una confianza absoluta en su talento y que jamás aduló a la nobleza. Creía que el arte, la correcta manifestación de las pasiones, era la cosa más sublime de este mundo, digna del mayor respeto, y que eran el poder político y económico los que debían estar a su servicio. Haydn, cuando vivía (más o menos) sujeto a la nobleza, comía con los criados. Los músicos, en la época en la que él vivió, eran considerados parte del servicio. (Claro que Haydn, que era un hombre franco y de buen carácter, debía de preferir comer con los criados que compartir las ceremoniosas comidas de la nobleza.)

Por el contrario, Beethoven se enfurecía ante cualquier trato insultante y llegó incluso a arrojar objetos contra las paredes. También insistió en sentarse a la mesa con la nobleza y en recibir un trato de igualdad. Beethoven era muy impaciente (casi colérico) y una vez que se enfadaba se volvía intratable. Políticamente tenía ideas radicales que no se molestaba en ocultar. Al perder el oído, su carácter fue empeorando más y más. Con el paso de los años, su música fue cobrando amplitud de vuelo y, al mismo tiempo, se volvió más densa e introspectiva. Sólo él fue capaz de conjugar esas dos cosas tan encontradas. Pero el extraordinario esfuerzo que llevaba a cabo fue destrozando su vida real. El cuerpo y el espíritu de los seres humanos tienen un límite, no están hechos para soportar una labor tan ardua.

« ¡Mira que los genios también lo pasan mal!», pensó Hoshino admirado, exhalando un profundo suspiro, y dejó el libro a medio leer encima de la mesa. En el aula de música de su escuela había un busto de bronce de Beethoven del que Hoshino únicamente recordaba su ceñuda expresión, pero por entonces el joven no sabía nada de la vida tan llena de sinsabores que el buen hombre había tenido que pasar. «Así se entiende que pusiera aquella cara tan seria.»

«Ya sé que esto no se puede decir, pero yo no creo que pueda llegar a ser alguna vez un genio», pensó Hoshino. Luego miró hacia Nakata. Éste, mientras miraba las fotografías de los muebles tradicionales, simulaba estar esculpiendo con el cincel o estar pasando un pequeño cepillo. Al ver los muebles, la fuerza de la costumbre hacía que su cuerpo se empezara a mover a su albedrío. «Él quizá sí llegue a serlo algún día», pensó el joven. «No es algo que esté al alcance de cualquiera.»

Pasadas las doce llegaron dos lectoras (dos mujeres de mediana edad), y ellos decidieron hacer un descanso y salir afuera. El joven, para comer, había traído pan. Nakata llevaba en la bolsa el pequeño termo lleno de té, como siempre. Hoshino se acercó al mostrador, le preguntó a Oshima si podían comer por allí cerca.

- Por supuesto —respondió Oshima—. En el corredor que da al exterior, allí podrán almorzar mirando al jardín. Después, si lo desean, pueden tomarse un café. Aquí hay café preparado. No duden en servirse.
- Muchas gracias —dijo Hoshino—. Esta biblioteca es como muy familiar, ¿verdad?

Oshima sonrió y se echó el flequillo para atrás.

- Sí, es algo distinta a otras bibliotecas. Se la puede llamar familiar, en efecto. Nosotros no deseamos otra cosa que crear un espacio íntimo y acogedor donde se pueda leer a gusto. «Muy simpático el chico

este», pensó Hoshino. Intelectual, atildado, con pinta de ser hijo de buena familia. Y además amable. «Debe de ser marica», pensó. Pero Hoshino no tenía prejuicios contra los homosexuales. Cada uno tiene sus preferencias. Hay quien puede hablar con las piedras. No es de extrañar, pues, que haya hombres que se acuesten con otros hombres.

Después de comer, Hoshino se levantó, se desperezó y luego se dirigió al mostrador a buscar un café caliente. Nakata, que no tomaba café, se quedó sentado en la galería tomando té y contemplando los pájaros que se acercaban al jardín.

¿Qué tal? ¿Ha encontrado algún libro interesante? —le preguntó Oshima a Hoshino.

Sí. Me he pasado todo el rato leyendo una biografía de Beethoven —dijo Hoshino—. Muy interesante el libro. La vida de Beethoven te da mucho que pensar.

Ôshima asintió.

Me atrevería a decir que la vida de Beethoven fue muy dura.

¡Pero que muy dura! —exclamó Hoshino—. Claro que a mí me parece que la culpa era en parte suya. Para empezar, Beethoven no era en absoluto una persona conciliadora. El hombre no pensaba más que en sí mismo. No tenía en la cabeza más que sus cosas y su música. Y no le importaba sacrificarlo todo a eso. Debía de ser insoportable tenerlo cerca, al pobre. Yo habría acabado diciéndole: «Oye, Ludwig, si me disculpas...». No es de extrañar que su sobrino terminara mal de los nervios. Pero su música es fantástica, ¿eh? Le llega a uno muy adentro. Qué raro, ¿no?

Exacto —asintió Ôshima.

Pero ¿por qué tuvo que llevar una vida tan dura? Me da la impresión de que hubiera podido vivir de una manera más normalita, como todo el mundo.

Oshima hizo rodar el lápiz entre los dedos.

Sí, pero tenga en cuenta que, en la época de Beethoven, se consideraba importante la manifestación del ego. En la época anterior, o sea, durante el absolutismo, un acto similar habría sido considerado inapropiado, una aberración social y, como tal, duramente reprimido. Pero a principios del siglo XIX, cuando la burguesía empezó a detentar el poder político, ese control desapareció. Y el ego se manifestó libremente en la mayoría de los campos. La libertad y la liberación del yo eran considerados una misma cosa. El arte, en especial la música, se hizo eco de esa nueva corriente. Los músicos posteriores a Beethoven que siguieron su legado, como Berlioz, Wagner, Liszt o Schumann, llevaron todos una vida excéntrica y accidentada. En aquella época se creía que la excentricidad era un requisito de la vida ideal. Simplemente. A esa época se la llama Romanticismo. Seguro que para ellos debía de ser muy duro, a veces, llevar ese tipo de vida —explicó Oshima—. ¿Le gusta la música de Beethoven?

No la conozco tanto como para decir si me gusta o no —reconoció el joven Hoshino con franqueza—. Vamos, que casi no he escuchado nada. Lo que a mí me gusta es el *Trío del archiduque.*

- A mí también me gusta.

Y el que me gusta más es el del Trío del millón de dólares —manifestó el joven.

- Yo, personalmente, prefiero el trío Suk —dijo Ôshima—. Es un trío checo. Mantienen un equilibrio rebosante de belleza. Al escucharlos, te parece estar oliendo el viento que cruza a través de la maleza. Pero también he escuchado al Trío del millón de dólares. Rubinstein, Heifetz y Feuerrnann. La suya también es una interpretación exquisita, de las que se te quedan en el corazón.
- Oye, Oshima —dijo el joven tras leer la cartulina con su nombre que había en el mostrador—. Tú sabes mucho de música, ¿no? Ôshima sonrió.
- No es que sepa mucho, pero me gusta y, cuando estoy solo, suelo escuchar música a menudo.
- Entonces me gustaría preguntarte una cosa. ¿Crees que la música posee el poder de cambiar a la gente? Es decir, que si, en un momento determinado, escuchas una música determinada, ésta puede hacer que se produzcan grandes cambios dentro de ti.

Oshima asintió.

- Por supuesto —dijo—. Eso sucede. Experimentamos *algo* y, como resultado, ocurre *algo*. Es una especie de reacción química. Luego nos examinamos a nosotros mismos y descubrimos que la gradación de todo lo que nos rodea ha ascendido un punto. Y que, a nuestro alrededor, el mundo se expande. Yo lo he experimentado. No sucede muy a menudo, pero a veces ocurre. Es como el amor.

Hoshino no se había enamorado nunca hasta ese punto, pero optó por asentir.

Y algo así es muy importante, ¿no? Para nuestras vidas, quiero decir.

Sí, eso creo —respondió Oshima—. Si no existiera, nuestras vidas serían más vacías, más áridas. Berlioz lo dice. Si terminas tu vida sin haber leído a *Hamlet*, es como si la hubieses pasado dentro de una mina de carbón.

- ¿Dentro de una mina de carbón?
- Sí, es una hipérbole del siglo XIX.

Gracias por el café —dijo Hoshino—. Me ha gustado mucho hablar contigo.

Oshima sonrió afablemente.

Nakata y Hoshino leyeron hasta las dos. Nakata estuvo devorando con la mirada la compilación de fotografías de muebles, y las fue subrayando con gestos. Aparte de las dos señoras, por la tarde acudieron tres lectores más. Pero Nakata y Hoshino eran los únicos que deseaban visitar el interior de la biblioteca.

- ¿No importa que seamos sólo dos? Me sabe mal que se tenga que tomar tanto trabajo sólo por nosotros —le dijo Hoshino a Oshima.
- No se preocupe. Aunque sólo hubiera una persona, la directora de la biblioteca se la mostraría encantada —dijo Oshima.

A las dos, una hermosa mujer de mediana edad descendió las escaleras. Andaba con la espalda erguida, con elegancia. Llevaba un traje azul marino de corte severo y zapatos negros de tacón. El pelo se lo había recogido atrás y en el amplio escote lucía un fino collar de plata. Muy refinada, de buen gusto, sin nada superfluo.

Buenas tardes. Me llamo Saeki. Soy la directora de la biblioteca —dijo. Y sonrió plácidamente—. Aunque lo cierto es que sólo trabajamos en ella Oshima y yo.

Yo me llamo Hoshino —se presentó el joven.

Nakata ha venido del distrito de Nadino —dijo Nakata agarrando con fuerza la gorra de alpinista.

Bienvenido. Gracias por visitarnos desde tan lejos —dijo la señora Saeki.

Al oír a Nakata, Hoshino sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal, pero la señora Saeki no pareció concederle la menor importancia. Y Nakata tampoco.

Sí. Nakata ha venido cruzando un gran puente.

¡Qué hermoso edificio! —A su lado, Hoshino metió baza con precipitación. Si empezaba con lo de los puentes, la historia podía alargarse de manera indefinida.

Sí. El edificio fue construido a principios de la época Meiji por la familia Kómura con el fin de albergar la biblioteca y las habitaciones destinadas a los huéspedes. Muchos artistas y hombres de letras visitaron en aquellos tiempos el lugar y se alojaron en él largas temporadas. El edificio ha pasado a formar parte del patrimonio cultural de la ciudad de Tadimatsu.

¿Artistas y hombres de letras? —preguntó Nakata.

La señora Saeki sonrió.

Personas que se dedican a las artes y a la literatura. Personas que escriben, recitan poesías, escriben novelas. Antes, los hombres de patrimonio de la región amparaban a los artistas. Porque los artistas, a diferencia de ahora, no podían vivir de su arte. Los Kómura fueron unos de esos hombres de patrimonio que protegieron la cultura en la región a lo largo de los años. Esta biblioteca se construyó como legado de la historia para las generaciones venideras.

- Nakata sabe lo que es un hombre de patrimonio —dijo Nakata—. Se tarda mucho tiempo en serlo.

La señora Saeki asintió con una sonrisa en los labios.

- Sí, se tarda mucho tiempo. Por más dinero que tengas, lo que no puedes comprar es el tiempo. Voy a mostrarles, en primer lugar, el primer piso.

Recorrieron por orden las estancias del primer piso. La señora Saeki les iba explicando, como de costumbre, cosas sobre los artistas y hombres de letras que se habían alojado en cada una de aquellas habitaciones, les mostraba los escritos y las obras que habían dejado. Encima del escritorio del estudio que la señora Saeki utilizaba como despacho se encontraba, como de costumbre, su pluma estilográfica. Durante la visita, Nakata inspeccionó con gran interés todos y cada uno de los objetos que se encontraban allí. No parecía estar enterándose de nada de lo que le decían. Hoshino era el único que iba asintiendo ante las explicaciones de la señora Saeki. Mientras tanto, aterrado, miraba con el rabillo del ojo a Nakata, temiéndose que empezara a hacer alguna de las suyas. Sin embargo, Nakata se limitó a ir inspeccionando detalladamente todo lo que veía. Por su parte, la señora Saeki apenas prestaba atención a las evoluciones de Nakata. Los fue guiando con habilidad por el interior del edificio. « ¡Qué persona tan serena!», se admiró Hoshino.

La visita duró unos veinte minutos. Los dos le dieron las gracias a la señora Saeki. Mientras los conducía de una habitación a otra, la señora Saeki no había dejado de sonreír ni un instante. Sin embargo, cuanto más la observaba, más extraña le había ido pareciendo a Hoshino. «Nos mira sonriente», se había dicho, «pero, al mismo tiempo, no nos mira. O sea, que ella nos está mirando a nosotros, pero, al mismo tiempo, está mirando otra cosa distinta. Mientras habla, piensa en otra cosa distinta. Es muy educada y muy amable. Si le preguntas algo, te responde de una manera amable y fácil de entender. Pero parece qua su cabeza se halle en otro lugar. No es que lo haga con desgana. En parte, parece incluso contenta al desempeñar su trabajo con tanta meticulosidad. Sólo que su mente se halla en otro lugar.»

Los dos regresaron a la sala de lectura, se sentaron en el sofá y se sumergieron cada uno, en silencio, en las páginas de sus respectivos libros. Mientras volvía las páginas del suyo, Hoshino no podía quitarse de la cabeza a la señora Saeki. Aquella hermosa mujer poseía algo extraño. Pero él no sabía traducir en palabras de qué se trataba. El joven desistió y volvió a la lectura.

A las tres, Nakata, sin previo aviso, se levantó. Con una ʳesolución y una energía infrecuentes en él. Agarrando con firmeza la **gorra** de alpinista.

- ¡Eh, abuelo! ¿Adónde vas ahora? —le preguntó Hoshino en voz baja. Pero Nakata no respondió. Con los labios tan firmemente cerrados que formaban una línea horizontal, se dirigió a paso rápido hacia el vestíbulo, tras dejar la bolsa a los pies del sofá. Hoshino cerró el libro, se puso en pie. Aquello era muy extraño.
- ¡Eh! ¡Espera! —le llamó. Y al ver que Nakata no se detenía, lo siguió precipitadamente. Los otros lectores levantaron la vista y los miraron.

Poco antes de llegar al vestíbulo, Nakata giró hacia la izquierda, empezó a subir las escaleras sin titubear ni un instante. Al pie de las escaleras había un cartel donde se leía: PRIVADO, pero Nakata lo ignoró —de hecho, no sabía leer—. La gastada suela de goma de sus zapatillas de tenis rechinaba sobre el entarimado.

- Disculpe —alzó Ôshima la voz, inclinándose sobre el mostrador, a la espalda de Nakata—. Ahora está cerrado al público.

Pero su voz no pareció llegar a los oídos de Nakata. Hoshino subió las escaleras en pos del anciano.

- ¡Abuelo! Está cerrado. No se puede entrar ahí.

Ôshima salió de detrás del mostrador y siguió a Hoshino escaleras arriba.

Nakata, sin vacilar, avanzó por el pasillo, entró en el estudio. La puerta estaba abierta, como de costumbre. La señora Saeki se encontraba de espaldas a la ventana, sentada ante el escritorio, leyendo. Al oír los pasos levantó la cabeza y miró a Nakata. Éste llegó hasta la mesa, se detuvo, miró de frente, desde su altura, a la señora Saeki. Nakata no le dijo ni una palabra a la señora Saeki, ella tampoco habló. Justo después entró el joven Hoshino. Ôshima apareció detrás.

- ¡Abuelo! —exclamó Hoshino. Y, por la espalda, le puso a Nakata una mano en el hombro—. No se puede entrar aquí por las buenas. Son las normas. Volvámonos abajo.

- Nakata tiene algo que decir —le dijo Nakata a la señora Saeki. —¿De qué se trata? —preguntó la señora Saeki con voz calmada. —Tengo que hablarle de la piedra. Tengo que hablarle de la *piedra de la entrada.*

La señora Saeki se quedó mirando unos instantes a Nakata, sin decir palabra. En sus ojos brillaba una luz neutra. Luego parpadeó varias veces, cerró el libro que estaba leyendo. Depositó una mano sobre la otra encima de la mesa, levantó de nuevo la vista hacia Nakata. Parecía estar dudando qué debía hacer, pero realizó un único y pequeño movimiento afirmativo con la cabeza. Miró a Hoshino y, a continuación, a Ôshima.

- ¿Nos dejáis a los dos solos, por favor? —le pidió a Ôshima—. Tengo que hablar con este caballero. Cierra la puerta al salir.

Ôshima vaciló un instante, pero al final asintió. Y, tomando suavemente a Hoshino del codo, salió al pasillo y cerró la puerta. —¿No hay problema? —preguntó Hoshino.

- La señora Saeki siempre sabe qué hay que hacer —le tranquilizó Ôshima conduciéndolo escaleras abajo—. Si ella dice que está bien, es que está bien. Por lo que respecta a la señora Saeki, no hay nada de qué preocuparse. Vayamos abajo a tomar un café.
- Pues por lo que respecta a Nakata, preocuparse no sirve de nada. Te lo aseguro yo —dijo el joven Hoshino sacudiendo la cabeza.

41

Esta vez, antes de penetrar en el bosque, me equipo bien. Brújula y cuchillo, cantimplora y comida de emergencia, guantes de trabajo, un aerosol de pintura de color amarillo que he encontrado en el cobertizo de herramientas, una podadera. Lo meto todo en una pequeña mochila de nailon (me la he encontrado también en el cobertizo) y me dirijo hacia el bosque. Me rocío con *spray* insecticida las partes del cuerpo que llevo al descubierto. Me pongo una camisa de manga larga, me enrollo una toalla alrededor del cuello, me pongo la gorra que me dio Ôshima. El cielo está cubierto de nubes plomizas, hace bochorno y parece que vaya a ponerse a llover de un momento a otro. Decido meter la capellina de plástico dentro de la mochila. Una bandada de pájaros cruza el cielo bajo y gris llamándose los unos a los otros.

Alcanzo el pequeño claro circular del bosque con la facilidad de siempre. Miro la brújula, compruebo que me he dirigido, por lo general, hacia el norte. Decido adentrarme un poco más en el corazón del bosque. Esta vez voy dejando a mi paso en los troncos una señal amarilla con el aerosol. Siguiéndola, podré regresar. A diferencia de las migas de pan que dejaron Hansel y Gretel, no hay de qué preocuparse, no es posible que los pájaros se me coman la pintura.

Voy bien equipado, así que no siento el pánico atroz que me asaltó la vez anterior. Estoy inquieto, por supuesto. Pero hoy mi corazón no late con aquella fuerza inusitada. Es la curiosidad lo que me mueve. Quiero saber qué hay más allá del camino. Y, si no hay nada, también quiero saberlo. *Tengo que saberlo*. Grabo en mi memoria el paisaje que me circunda, doy un paso tras otro, siempre hacia delante.

De vez en cuando se oyen ruidos de procedencia desconocida. El sonido que hace algo al caer al suelo, el sonido del suelo que cruje bajo un peso. También me llegan otros ruidos misteriosos que no sabría describir con palabras. No sé qué pueden significar. Incluso me resulta difícil imaginarlo. Son ruidos que proceden de muy lejos y, a la vez de muy cerca. La percepción de la distancia se expande y se contrae’

De vez en cuando oigo un batir de alas sobre mi cabeza. Resuena con

una potencia extraña, probablemente exagerada con respecto al sonido real. Cuando lo oigo, detengo mis pasos, aguzo el oído. Conteniendo el aliento, espero a que algo ocurra. Pero no pasa nada. Reemprendo la marcha.

Aparte de esos ocasionales ruidos repentinos, en el bosque reina, por lo general, el silencio. No hay viento, ni siquiera se escucha el susurro de las hojas. Lo único que llega a mis oídos es el ruido de mis pasos abriéndose paso a través de la maleza. Cuando la piso, la hojarasca exhala un crujido seco.

En la mano derecha llevo la podadera, cuyo filo acabo de repasar con una piedra de amolar. Percibo el rudo tacto del mango de la podadera en la palma de mi mano, no llevo guantes. Todavía no he tenido ocasión de utilizarla. Pero su peso rotundo me da seguridad. Me hace sentir protegido..., pero ¿de qué? En este bosque de Shikoku no debe de haber osos, ni lobos. Serpientes venenosas quizá sí haya alguna. Pero, pensándolo bien, el ser vivo más peligroso que se encuentra ahora en este bosque debo de ser yo. ¿No me estaré asustando, en definitiva, de mi propia sombra?

Con todo, mientras camino por el bosque me siento observado, parece que algo esté a la escucha de mis pasos. Algo me vigila desde algún lugar. Algo espía mis movimientos, conteniendo el aliento, ocultándose a mis espaldas. Algo aguza el oído al ruido que hago, en algún lugar, allá a lo lejos. Se pregunta adónde voy, con qué propósito. Pero yo me esfuerzo en no pensar en *ellos*. Tal vez sean alucinaciones, y las alucinaciones, cuanto más piensas en ellas, mayor es la dimensión que van cobrando, más definida es la forma que van tomando. Y, en un momento dado, acaban por dejar de ser una simple alucinación.

Silbo para llenar el silencio. Silbo la melodía del saxo soprano de *My Favorite Things*, de John Coltrane. Ni falta hace que diga que mi dudoso silbido no logra reproducir aquella complicada improvisación que cubre todas las notas musicales. Sólo añado algunos sonidos a los que me vienen a la cabeza. Mejor eso que nada. Miro el reloj. Son las diez y media de la mañana. Seguro que, ahora, Oshima debe de estar haciendo los preparativos para abrir la biblioteca. Hoy esta—480mos a... miércoles. Me lo imagino esparciendo agua por el jardín, pasando un trapo por las mesas, poniendo el agua a calentar para preparar el café. Labores que normalmente desempeñaba yo. Pero yo, ahora, estoy en el corazón del bosque. Y sigo adentrándome más y más. Nadie sabe que estoy aquí. Esto sólo lo sabemos *ellos* y yo.

Sigo el camino. Quizá no sea muy exacto llamar camino a esto. Posiblemente sea un corredor natural que las corrientes de agua han oído excavando a lo largo de los años. Al caer una gran cantidad de lluvia en el bosque, los rápidos torrentes de agua van arrastrando la tierra, la hierba, desentierran las raíces de los árboles. Si hay una roca grande, la rodean. Cuando deja de llover y se retiran las aguas, queda el cauce seco, que se puede seguir como si fuera un sendero. La mayor parte del cauce se encuentra cubierta de helechos y de hierba verde. Si no prestas atención, lo pierdes de vista en un santiamén. A trechos hay pendientes empinadas que subo agarrándome a las raíces de los árboles.

En cierto momento, John Coltrane termina de tocar su solo de saxo soprano. Ahora es el solo de piano de McCoy Tyner lo que resuena en mis oídos. La mano izquierda marca el monótono ritmo, la derecha acumula gruesos y oscuros acordes. La música describe vívidamente, con todo lujo de detalles, las circunstancias del tenebroso pasado de alguien (alguien sin nombre, alguien sin rostro) que van siendo arrancadas, como si fueran vísceras, del corazón de las tinieblas, tal como ocurriría en alguna escena de algún mito. Al menos así es como suena a mis oídos. Aquella música paciente y reiterativa va haciendo, poco a poco, que la realidad se desmorone y la va reconstruyendo de forma diferente. Desprende un hipnótico olor a peligro.

Como el bosque.

Sigo adelante, dejo a mi paso pequeñas señales amarillas en los troncos de los árboles. De vez en cuando me vuelvo para comprobar que las señales sean visibles. No hay problema. Las señales indicadoras del camino se van sucediendo de forma irregular como las boyas en la superficie del agua. Por si acaso voy haciendo con la podadera, aquí y allá, marcas en los troncos de los árboles. Otra señal. No puedo marcar todos los árboles. Mi pequeña podadera no es lo bastante grande. Cuando veo un árbol no muy grueso, de corteza blanda, hinco la podadera y dejo una herida reciente. El árbol soporta el tajo en silencio.

De vez en cuando se me acercan enormes mosquitos negros, como patrullas de reconocimiento. Buscan las zonas descubiertas de la piel alrededor de mis ojos. Los oigo zumbar junto a mis oídos. Los ahuyento con la mano, intento aplastarlos de un manotazo. Si el gol_ pe es certero, se oye un chasquido seco. A veces, el mosquito está lleno a reventar de la sangre que acaba de chuparme. El picor viene después. Me limpio la sangre de la mano en la toalla que llevo enrollada alrededor del cuello.

También los soldados que hace años marcharon por el bosque, si es que era verano, debieron de tener que soportar los mosquitos. ¿Cuánto debía de pesar el equipo completo? El antiguo fusil, esa especie de armatoste de hierro, municiones, bayoneta, el casco de hierro, algunas granadas de mano, por supuesto comida y bebida, la pala portátil para abrir trincheras, la olla para cocer el arroz..., unos veinte kilos más o menos. En todo caso, era un equipo muy pesado. Muy distinto de la mochila de nailon que yo llevo. Tengo la sensación de que voy a toparme con ellos detrás del siguiente arbusto. Pero hace más de sesenta años que los soldados desaparecieron de aquí.

Me acuerdo de la campaña napoleónica de Rusia sobre la que leí en el porche de la cabaña. En el verano de 1812, también los soldados franceses que recorrieron aquel largo camino hasta Moscú debieron de sufrir la plaga de los mosquitos. Por supuesto, pero la agresión de los mosquitos no fue lo único que tuvieron que padecer. Para sobrevivir, los soldados franceses tuvieron que luchar contra muchas otras cosas. El hambre, la sed, los malos caminos llenos de barro, las epidemias, el calor sofocante, las acciones rápidas de las tropas de cosacos que atacaban la larguísima línea de abastecimiento, la falta de medicinas y, por supuesto, las tropas regulares del ejército ruso contra las que se enfrentaron en grandes batallas. Cuando los soldados franceses lograron entrar finalmente en un Moscú desierto tras la huida masiva de sus habitantes, su número había descendido de quinientos mil a cien mil hombres.

Me detengo y apago la sed con el agua de la cantimplora. Los dígitos de mi reloj de pulsera señalan las once en punto.

Es la hora de apertura de la biblioteca. Imagino a Ôshima abriendo el portal, sentándose detrás del mostrador. Encima de la mesa debe de encontrarse, como de costumbre, su largo y afilado lápiz. Lo coge de vez en cuando, lo hace dar vueltas entre los dedos. Se presiona suavemente la sien con la goma del extremo. Estas escenas me acuden a la mente con enorme realismo. Pero pertenecen a un lugar muy lejano.

Es Ôshima quien lo dice. «Yo no tengo la menstruación. Mis pezones no son demasiado sensibles, pero mi clítoris sí. En mis relaciones sexuales jamás he usado la vagina, practico el sexo anal.»

Recuerdo a Ôshima durmiendo, de cara a la pared, en la cama de la cabaña. Recuerdo la presencia que de él/ella permaneció tras su marcha. Yo dormí en aquella cama intentando que su presencia me envolviera. Pero no quiero pensar más en ello.

A cambio, pienso en la guerra. Pienso en la guerra de Napoleón, pienso en la guerra en la que tuvieron que luchar los soldados japoneses. Noto en la palma de la mano el peso seguro de la podadera. Su blanca y cortante hoja recién afilada lanza destellos acerados ante mis ojos. Desvío inconscientemente la vista. ¿Por qué luchará la gente? ¿Por qué cientos de miles, por qué millones de individuos tendrán que matar en masa a los individuos del bando opuesto? ¿La guerra nace de la ira o del miedo? Tal vez la ira y el miedo no sean más que dos facetas diferentes de un mismo espíritu.

Clavo la podadera en el tronco del árbol. El árbol lanza un alarido que no se oye, vierte una sangre que no se ve. Continúo andando.

John Coltrane vuelve a tocar su saxo soprano. La repetición desmorona la realidad, la reconstruye de diferente forma. A partir de un momento dado, mi mente pisa el territorio de los sueños. Mis sueños van retornando en silencio. Abrazo a Sakura. Ella se halla entre mis brazos, yo estoy dentro de ella. Ya estoy harto de que las cosas me manejen a su antojo. No quiero que me vuelvan a sumir en la confusión jamás. Yo ya he matado a mi propio padre. Ya he violado a mi propia madre. Y ahora estoy dentro de mi hermana. Si ésta es la maldición, la voy a cumplir con prontitud. Quiero liberarme lo antes posible de este peso que acarreo sobre mis espaldas, quiero empezar a vivir por mí mismo, no como alguien atrapado en las obsesiones de otro. Esto es lo que yo deseo. Y entonces eyaculo dentro de ella.

- Ni siquiera en sueños deberías haber hecho una cosa así —me dice el joven llamado Cuervo.

Está a mis espaldas. Ha venido andando conmigo por el bosque.

- Hice todo lo que pude por detenerte. Debiste comprenderlo. Debiste oír claramente mi voz. Pero no escuchaste lo que te estaba diciendo. Y seguiste adelante.

Avanzo en silencio sin responderle, sin darme la vuelta siguiera. —¿Creías que obrando de ese modo podrías vencer la profecía, ¿no? es verdad? Pero ¿ha sido así realmente? —me pregunta el joven **lla**mado Cuervo.

Pero ¿ha sido así realmente? Has matado a tu verdadero padre, has violado a tu verdadera madre y a tu hermana. Has cumplido la profecía al pie de la letra. Con eso debía de acabar la maldición que lanzó sobre ti tu padre. Pero, en realidad, no ha terminado nada. Tú no has superado nada. Al contrario. La maldición imprime un tinte todavía más oscuro a tu espíritu. Ahora ya debes de saberlo. La maldición colma todos tus genes. Se ha convertido en el hálito que exhalas y, cabalgando en el viento que sopla desde los cuatro puntos cardinales, se propagará por el mundo. La oscura confusión de tu interior permanece inalterada. ¿No es cierto? No se han disipado ni tu miedo ni tu ira ni tu inseguridad. Siguen dentro de ti, torturando sin cesar tu corazón.

- No lo entiendes. En ningún lugar del mundo existe una lucha que acabe con las luchas —dijo el joven llamado Cuervo—. La guerra nace de la guerra misma. Se alimenta lamiendo la sangre vertida a causa de la violencia, comiendo la carne lacerada a causa de la violencia.

La guerra es un ser vivo perfecto. Y tú eso tienes que saberlo. Mi hermana, digo.

No debería haber violado a Sakura. *Ni siquiera en sueños.*

¿Qué tengo que hacer? —pregunto, todavía con los ojos clavados en algún punto frente a mí.

Pues, lo que debes hacer es, quizá, vencer el miedo y la ira que hay en ti —responde el joven llamado Cuervo—. Deja entrar dentro de ti una luz clara que vaya fundiendo el hielo de tu corazón. Eso es volverse fuerte de verdad. Sólo así lograrás ser el chico de quince años más fuerte del mundo. Entiendes lo que te estoy diciendo, ¿verdad? Todavía no es demasiado tarde. Aún estás a tiempo de recuperarte a ti mismo. Piensa con la cabeza. Piensa en lo que debes hacer. No tienes un pelo de tonto. Debes ser capaz de pensar.

- ¿De verdad he matado a mi padre? —le pregunto.

No hay respuesta. Me doy la vuelta. El joven llamado Cuervo ya no está ahí. Mi pregunta se hunde en el silencio.

Solo, en un bosque espeso, el ente llamado yo se siente terriblemente vacío. Tengo la impresión de haberme convertido en lo que Ôshima llamaba los «hombres huecos». Un gran vacío se abre en mi interior. Y ahora ese vacío se expande poco a poco, devora deprisa todo el contenido que quedaba dentro de mí. Puedo oírlo. He ido dejando de entender quién soy. Me siento perdido. Sin dirección, sin cielo, sin tierra. Pienso en la señora Saeki, pienso en Sakura, pienso *en* Ôshima. Parecen encontrarse a años luz de donde yo me encuentro. Como si estuviera mirándolos a través de unos binoculares puestos del revés, por muy lejos que tienda la mano, jamás podré tocarlos. Me siento solo, perdido dentro de un laberinto de tinieblas. «Escucha el viento», me dijo Oshima. Pero aquí ni siquiera sopla el viento. Y el joven llamado Cuervo también ha desaparecido.

Piensa con la cabeza. Piensa qué debes hacer.

Pero ya no puedo pensar en nada. Por más que piense, a fin de cuentas, acabaré en un callejón sin salida. Pero ¿a qué diablos le llamo yo mi propio contenido? ¿Qué es lo que se opone al vacío?

«Si pudiera, aquí y ahora, poner fin a mi vida», pienso con seriedad. «Entre la muralla de árboles, en mitad de un camino que no lo es, dejaría de respirar, mi conciencia se iría hundiendo silenciosamente en las tinieblas, vertería, hasta la última gota, esta sangre oscura llena de violencia, todos mis genes acabarían pudriéndose entre los arbustos. Así, por primera vez, mi lucha habría terminado.» Eso pienso. «De lo contrario estaré eternamente matando a mi propio padre, mancillando a mi propia madre, mancillando a mi propia hermana, perjudicando al mundo entero.» Cierro los ojos, contemplo mi interior. Las tinieblas que lo cubren son terriblemente irregulares, ásperas. Al abrirse las nubes, las hojas de los árboles brillan a la luz de la luna como mil cuchillos.

En aquel momento percibo cómo algo empieza a reconstruirse bajo mi piel. Oigo un clic dentro de mi cabeza. Cierro los ojos, respiro hondo. Dejo caer el aerosol de pintura a mis pies. Dejo caer la podadera, dejo caer la brújula. Todo cae al suelo. El ruido de los objetos al chocar contra el suelo resuena en la lejanía. Me siento terriblemente ligero. Me desprendo de la mochila, la dejo caer. Mi sentido del tacto es mucho más fino que antes. El aire que me envuelve es más transparente. Las sensaciones que emanan del bosque son más intensas. En el fondo de mis oídos, John Coltrane sigue con su solo laberíntico. Un solo sin fin.

Luego me lo pienso mejor, saco el cuchillo de monte de la mochila y me lo guardo en el bolsillo. Es un cuchillo afilado que cogí del escritorio de mi padre. Caso de que sea necesario, con él podré abrirme las venas de la muñeca y verter sobre el suelo toda mi sangre. Así podré destruir el mecanismo.

Penetro en el corazón del bosque. *Soy un hombre hueco.* Un vacío que va devorando la sustancia. Y, justo por eso, no debo temerle a nada absolutamente a nada.

Y penetro en el corazón del bosque.

42

Cuando se quedaron solos, la señora Saeki invitó a Nakata a tomar asiento. Tras pensárselo un poco, Nakata se sentó. Mesa de por medio, ambos permanecieron unos instantes sin decir nada, mirándose. Nakata puso la gorra de alpinista sobre sus rodillas, se frotó los cortos cabellos con la palma de la mano, tal como solía hacer. Con ambas manos descansando sobre la mesa, la señora Saeki observaba sus gestos en silencio.

Si no me equivoco, es a usted a quien yo estaba esperando —dijo ella.

- Sí. Nakata también lo cree —dijo Nakata a su vez—. Pero he tardado mucho tiempo. Me temo que la he hecho esperar demasiado tiempo. Nakata ha ido tan deprisa como ha podido, pero le ha sido muy difícil llegar hasta aquí.

La señora Saeki sacudió la cabeza.

- No se preocupe. Si hubiera llegado antes, o después, es posible que me hubiera sentido todavía más desconcertada. Para mí, éste es el momento ideal.

El señor Hoshino ha sido muy amable al ayudarme. De no ser por él, Nakata habría tardado mucho más tiempo en llegar él solo. Ante todo, Nakata no sabe leer.

El señor Hoshino es su amigo, ¿verdad?

- Sí —dijo Nakata. Asintió con un movimiento de cabeza—. Es posible que lo sea. Sin embargo, hablando con franqueza, Nakata no está muy seguro de ello. Porque, aparte de los gatos, Nakata no ha tenido un solo amigo en toda su vida.
- Yo tampoco he tenido amigos durante muchísimo tiempo —dijo la señora Saeki—. Aparte de los recuerdos.
- Señora Saeki.

¿Sí? —respondió la señora Saeki.

- A decir verdad, Nakata no tiene un solo recuerdo. Y esto es porque Nakata es tonto. ¿Cómo son los recuerdos?

La señora Saeki se miró las manos, que descansaban sobre la mesa, y luego volvió a mirar a Nakata.

- Un recuerdo es algo que te caldea el cuerpo por dentro, pero que, al mismo tiempo, te desgarra por dentro con violencia. Nakata sacudió la cabeza.
- Es una cuestión muy complicada, eso de los recuerdos. Nakata todavía no lo acaba de entender. Nakata sólo entiende bien el presente.

Mi caso es más bien el contrario —dijo la señora Saeki.

Un profundo silencio cayó sobre la habitación. Lo rompió Nakata. Con un ligero carraspeo.

- Señora Saeki.

  ¿Sí?
  Usted sabe lo de la puerta de entrada, ¿verdad?
- Sí, lo sé —respondió. Sus dedos acariciaron la estilográfica Montblanc que estaba sobre el escritorio—. Hace mucho tiempo la encontré casualmente en cierto lugar. Quizás hubiese sido mejor no haberla descubierto nunca. Pero yo ahí no pude elegir.

Nakata la abrió de nuevo hace unos días. Aquella tarde en que hubo tantos rayos y truenos. Cayeron muchos rayos en la ciudad.

Hoshino me ayudó. Nakata no habría podido hacerlo él solo. ¿Sabe a qué día me refiero?
La señora Saeki asintió.
Lo recuerdo.
Nakata la abrió porque tenía que abrirla.

- Ya lo sé. Y ahora muchas cosas volverán a ser como *debían ser*. Nakata asintió.

Exacto.

- Usted reúne todos los requisitos para hacerlo.

Nakata no entiende bien lo de los requisitos. Sin embargo, señora Saeki, yo no tuve elección. A decir verdad, Nakata mató a un hombre en el distrito de Nadino. Nakata no quería hacerlo. Pero instigado por el señor Johnnie Walken mató a un hombre, en vez del muchacho de quince años que debería haber estado en aquel lugar. Nakata tuvo que ocuparse de hacerlo.

La señora Saeki cerró los ojos, los abrió de nuevo, miró a Nakata. —¿Y todas estas cosas están sucediendo porque yo, hace mucho tiempo, abrí la puerta de entrada? ¿Siguen produciéndose distorsiones incluso ahora, aquí y allá, como consecuencia de aquello?

Nakata sacudió la cabeza.

- Señora Saeki.
- ¿Sí?
- Nakata no sabe tanto. El papel de Nakata consiste simplemente en devolver a su forma original todo lo que hay aquí y ahora. Por esta razón, Nakata ha dejado el distrito de Nadino, ha cruzado un gran puente, ha venido hasta Shikoku. Y aunque es posible que ya lo sepa, usted no puede quedarse por más tiempo aquí.

La señora Saeki sonrió.

- Ya lo sé —dijo—. Eso, señor Nakata, es algo que he estado esperando desde hace mucho tiempo. Lo he deseado en el pasado y lo deseo ahora. Pero por más que lo intenté jamás pude lograrlo. No me quedó más remedio que quedarme esperando pacientemente a que el momento, el momento presente, en definitiva, llegara. La espera me resultó a menudo insoportable. El sufrimiento, claro está, era una especie de responsabilidad que me era impuesta.

Señora Saeki —dijo Nakata—. Nakata sólo tiene la mitad de su sombra. A usted le sucede lo mismo, ¿verdad?

Sí.

Nakata la perdió durante la pasada guerra. Por qué ocurrió una cosa así, por qué tuvo que pasarme a mí, eso Nakata no lo sabe. En cualquier caso, ha transcurrido desde entonces mucho tiempo. Y *nosotros* tenemos que marcharnos de aquí.

Lo sé.

Nakata ha vivido durante mucho tiempo. Sin embargo, tal como le he dicho antes, no tiene recuerdos. Por eso Nakata no puede comprender el sufrimiento del que usted habla. Pero a Nakata le da la impresión de que, por más dolorosos que sean sus recuerdos, usted no ha querido desprenderse de ellos, ¿no es así?

- Sí —dijo la señora Saeki—. Exacto. Por más doloroso que me sea conservarlos, no quiero perderlos mientras viva. Porque son la única cosa con sentido que prueba que he vivido.

Nakata asintió en silencio.

Viviendo más de lo que debía vivir he destruido a mucha gente, muchas cosas —prosiguió ella—. He tenido relaciones sexuales con el muchacho de quince años del que usted ha hablado. Fue hace muy poco. En *aquella habitación* yo volví a ser una jovencita de quince años e hice el amor con él. Fuera correcto o no, no pude evitar hacerlo Pero, como consecuencia de mi acto, es posible que algo vuelva a resultar perjudicado. Mi única preocupación es ésa.

- Nakata no sabe qué es el deseo sexual —dijo Nakata—. Del mismo modo que no tiene recuerdos, Nakata tampoco tiene deseo sexual. Por lo tanto, tampoco comprende la diferencia entre el deseo sexual correcto y el que no es correcto. Sin embargo, lo que ha ocurrido, ha ocurrido. Nakata es lo que resulta de aceptar, tal cual fueron llegando, todas las cosas que le han ocurrido, las correctas y las incorrectas. Así es como Nakata lo ve.

Señor Nakata.
¿Sí?

Querría pedirle un favor. —La señora Saeki cogió el bolso que tenía a sus pies y sacó de su interior una llave pequeña. Luego abrió con ella un cajón del escritorio. Extrajo del cajón tres gruesas carpetas y las depositó sobre la mesa—. Desde que volví a esta ciudad he escrito todo lo que se ve aquí, sentada ante esta misma mesa —explicó—. Aquí está registrada mi vida entera. Yo nací muy cerca de aquí y amé profundamente al muchacho que vivía en esta casa. Lo amé tanto como es posible amar. Y él me amaba a mí de la misma forma. Vivíamos en el interior de un círculo perfecto. El interior de aquel círculo lo comprendía todo. Pero aquello no duró eternamente, claro está. Nos hicimos adultos, los tiempos cambiaban. El círculo empezó a abrirse, por aquí y por allá, y las cosas del exterior empezaron a anegar aquel paraíso, y las cosas que había dentro empezaron a desparramarse por fuera. Es algo natural. Pero a mí, entonces, no me lo pareció. De modo que para defenderme de aquella invasión, de aquel derramamiento, abrí la puerta de entrada. Ya no recuerdo bien cómo lo conseguí. Pero tomé la decisión de que lo único que podía hacer para no perderlo a él, para evitar que el exterior arruinara nuestro pequeño mundo, era abrir la puerta de entrada. Yo, entonces, no podía entender qué significaba aquello. Y, luego, no hace falta decir que tuve que pagar las consecuencias.

Llegado a este punto, la señora Saeki se interrumpió, cogió la pluma y cerró los ojos.

- Mi vida acabó a los veinte años. Después no fue más que un eterno epílogo. Un largo y tortuoso corredor sumido en la oscuridad que no llevaba a ninguna parte. Pero he tenido que recorrerlo. He visto llegar, uno tras otro, días vacíos, los he despedido inmersos en la misma vaciedad. A lo largo de esos días he cometido muchos errores. No, hablando con franqueza, me da la impresión de no haber hecho más que cosas erróneas. En cierta época viví sola encerrada en mí misma. Fue como si viviera sola en el fondo de un pozo profundo. Maldecía el mundo exterior, odiaba todo cuanto contenía. En otra época salí afuera e hice ver que vivía. Acepté todo lo que me venía, me sumergí en el mundo protegida por una coraza de insensibilidad. Me acosté con muchos hombres. Incluso llegué a casarme. Y..., en fin, todo era absurdo. Todo pasó de largo como una exhalación, sin dejar nada atrás. Sólo las cicatrices de las cosas que yo había despreciado o echado a perder. —Dejó caer las manos sobre las tres carpetas que estaban apiladas sobre la mesa—. Todos estos acontecimientos están explicados aquí con sumo detalle. Los he escrito para ordenar mis ideas. Porque quería reconsiderar una vez más quién era yo y cómo había vivido. No es que pueda reprochárselo a nadie, claro está, pero ha sido una tarea tan amarga que me ha desgarrado por dentro. Pero, al fin, puedo dar la labor por concluida. Ya he terminado de escribirlo todo. Ya no necesito proseguir. Además, no quiero que nadie lo lea. Porque si alguien posara los ojos en estos escritos, es posible que algo volviera a resultar dañado. Así que quiero que se queme todo esto, que se destruya por completo. Que no quede nada. Y de eso, señor Nakata, quiero que se encargue usted. Es la única persona en quien puedo confiar. Es muy egoísta por mi parte pedírselo, pero ¿lo hará?
- De acuerdo —dijo Nakata. Y luego asintió con unos contundentes movimientos de cabeza—. Si es eso lo que usted desea, le aseguro que lo haré. No se preocupe.
- Gracias —dijo la señora Saeki.
- Escribir ha sido muy importante para usted, ¿verdad?
- Sí. En efecto. El hecho de escribir ha sido importante. Aunque lo que haya escrito, como resultado, no tenga ningún sentido.
- Nakata no sabe ni leer ni escribir, así que no puede dejar nada escrito —dijo Nakata—. Nakata es como los gatos.
- Señor Nakata.
- ¿Sí?
- Tengo la sensación de conocerlo desde hace muchísimo tiempo —dijo l señora Saeki—. ¿Usted no estaba en el interior de *aquel cuadro?* ¿No era el hombre que estaba de espaldas al mar? ¿Aquel que estaba con los pantalones arremangados y los pies dentro del agua?

Nakata se levantó en silencio de la silla, se quedó de pie ante el escritorio de la señora Saeki y puso su mano, dura y bronceada, sobre las manos de la señora Saeki, que descansaban sobre las carpetas. d. con el mismo ademán de quien está aguzando el oído, Nakata tomó en la palma de su mano toda la calidez que las manos de la señora Saeki retenían.

- Señora Saeki.
- Sí.

Nakata también lo entiende un poco.
¿El qué?
Cómo deben de ser los recuerdos. Nakata lo ha podido percibir a través del contacto con sus manos.
La señora Saeki sonrió.

- Me alegro —dijo.

Nakata mantuvo todo el rato su mano sobre la de la señora Saeki. Ella cerró los ojos y se sumergió en sus recuerdos. En ellos ya no había dolor. Alguien había succionado, para siempre, todo el sufrimiento que contenían. El círculo volvía a cerrarse. Ella abría la puerta de una habitación lejana donde encontraba dos hermosos acordes que dormían, con la forma de dos lagartos, en la pared. Toca suavemente los lagartos. Puede sentir su sueño apacible en las yemas de los dedos. Sopla la brisa. Lo comprende por la leve oscilación de las viejas cortinas. Una oscilación llena de significados, como una *metáfora.* Ella lleva un largo vestido de color azul. Un vestido que llevó hace mucho tiempo en alguna otra parte. Al andar, los bajos del vestido hacen un suave frufrú. Al otro lado de la ventana está la playa. Se oye el rumor de las olas. Se alza la voz de alguien. El viento huele a mar. Es verano. Siempre es verano. En el cielo flotan unas pequeñas nubes blancas de nítidos contornos.

Nakata bajó las escaleras llevando en brazos las tres gruesas carpetas. Ôshima estaba sentado detrás del mostrador, atendiendo a un lector. Al ver a Nakata bajando las escaleras, le dirigió una simpática sonrisa. Nakata le devolvió —¡Hola! ¡Cuánto has tardado! ¿Has acabado lo que tenías que hacer? Sí. Con esto, Nakata ya ha terminado. Si a usted le parece bien, ya nos podemos ir.

- Sí. Por mí, sí, casi he terminado de leer este libro. Beethoven se acaba de morir. Ahora estoy en el funeral. ¡Y menudo funeral! Se ve que unos veinticinco mil vieneses se sumaron al cortejo fúnebre que iba hasta el cementerio, e incluso cerraron las escuelas.
- Señor Hoshino.
- ¿Qué?
- Me gustaría pedirle otro favor.

Di —Me gustaría quemar esto en alguna parte.
Hoshino miró las carpetas que Nakata llevaba en brazos.

¡Qué barbaridad! Una cantidad así de papelotes no se puede quemar en cualquier parte. Tendríamos que buscar el cauce seco de un río que fuera lo bastante ancho, o algún que otro lugar por el estilo.

Señor Hoshino.
¿Qué?
Vayamos a buscar el cauce seco de un río.

- Tal vez sea un poco zafio, pero ¿tan importantes son esos papeles? Porque, si los tiráramos a la basura, acabaríamos antes.

Sí, señor Hoshino. Son muy importantes. Se tienen que quemar. Tienen que convertirse en humo y alzarse hacia el cielo. d yo debo asegurarme de que eso suceda.

Hoshino se levantó y se desperezó.

De acuerdo. ¡A buscar el cauce seco de un río, pues! No tengo ni idea de por dónde empezar, pero, si buscamos bien, seguro que lo encontramos. Alguno tiene que haber en Shikoku, digo yo.

el saludo con una educada inclinación de cabeza. Ôshima reanudó el diálogo que mantenía con el lector. El joven Hoshino se encontraba en la sala de lectura leyendo con avidez.

- Señor Hoshino —dijo Nakata.

El joven dejó el libro sobre la mesa, levantó la vista hacia Nakata.

Aquella tarde hubo mucho más trabajo que de costumbre. Acudieron muchos lectores a la biblioteca y algunos de ellos hicieron preguntas específicas sobre alguna materia. Ôshima estuvo ocupado en responderlas y en reunir los documentos que le pedían. También tuvo que buscar diversos datos en el ordenador. De ordinario, le hubiese pedido' ayuda a la señora Saeki, pero aquel día no parecía que fuera a poder hacerlo. Tuvo que abandonar su puesto en varias ocasiones, de modo que no vio salir a Nakata. Cuando el trabajo decreció algo,

Ôshima miró a su alrededor y se dio cuenta de que aquellos dos habían desaparecido, subió al primer piso y se dirigió al estudio de la señora Saeki. Cosa extraña, la puerta estaba cerrada. Dio dos golpecitos en la puerta y esperó un poco. No hubo respuesta. Volvió a llamar a la puerta. «Señora Saeki», la llamó desde fuera. « ¿Está usted bien?»

Hizo girar suavemente el pomo de la puerta. No estaba cerrado con llave. Ôshima entreabrió la puerta, atisbó dentro. d vio a la señora Saeki desplomada sobre el escritorio. Los cabellos le caían hacia delante, tapándole la cara. Ôshima vaciló. Quizá sólo estuviese dormida. Pero él no la había visto ni una sola vez echando una cabezada. Tampoco era de esas personas que se duermen trabajando. Entró en la habitación, se acercó al escritorio. Se inclinó, la llamó por su nombre al oído. Ella no reaccionó. Ôshima le tocó suavemente el hombro, le cogió la mano, posó la yema de un dedo sobre su muñeca. No tenía pulso. Su piel aún conservaba algo de calor, pero incluso éste resultaba indiferente, uno no podía fiarse.

Ôshima le levantó el cabello, le miró la cara. Tenía los ojos entornados. La señora Saeki no dormía. Estaba muerta. Aunque, por la expresión de su rostro, parecía que se hallara inmersa en un apacible sueño. La sombra de una pálida sonrisa flotaba todavía en sus labios. «Incluso muerta es hermosa y digna», pensó Ôshima. Le dejó el cabello tal como estaba, descolgó el teléfono que había encima del escritorio.

Hacía tiempo que era consciente de que aquel día no tardaría en llegar. Pero al quedarse a solas con la señora Saeki muerta, en la misma estancia, se sintió desconcertado. Sentía una gran aridez en el corazón. «Yo *la necesitaba»,* pensó Ôshima. «Probablemente necesitaba su existencia para llenar el vacío que hay en mi interior. Pero yo no pude llenar el de ella. d, hasta el final, el vacío de la señora Saeki fue sólo suyo.»

Alguien lo estaba llamando abajo. Al menos le dio esa impresión. La puerta estaba abierta de par en par, se oía a la gente abajo ir y venir atareada. También sonó el teléfono. Pero Ôshima lo ignoró todo. Se sentó en una silla y se quedó contemplando a la señora Saeki. «Que me llamen si quieren, ya se cansarán de llamar. Que telefoneen si quieren, ya se cansarán de telefonear.» Poco después se oyó a lo lejos la sirena de una ambulancia. Parecía que se iba acercando. En pocos instantes llegarían y se la llevarían a alguna parte. Para siempre. Levantó el brazo izquierdo y miró el reloj. Eran las cuatro y treinta y cinco minutos. Las cuatro y treinta y cinco minutos del martes por la tarde. «Tengo que grabar esta hora en mi memoria», se dijo. «Tengo que acordarme siempre de esta tarde, de este día.»

- Kafka Tamura –susurró dirigiéndose a la pared de al lado–. Tengo que decírtelo. Si es que todavía no lo sabes, claro.

43

Tiro el equipaje y, aligerado del peso, sigo adentrándome en el bosque. Me concentro sólo en avanzar. Ya no tengo por qué dejar ninguna señal en el tronco de los árboles. Tampoco tengo por qué recordar el camino de vuelta. Incluso dejo de fijarme en lo que me rodea. Total, es la misma escena de siempre. Árboles que se yerguen superponiéndose los unos a los otros, helechos y maleza, hiedra colgante, raíces llenas de protuberancias, hojarasca podrida, mudas secas de insectos. Rígidas y pegajosas telarañas. Innumerables ramas —éste es el mundo de las ramas—. Ramas amenazadoras, ramas que se disputan el espacio, ramas que se ocultan con habilidad, ramas retorcidas, ramas pensativas, ramas secas y muertas. La escena se va repitiendo sin fin. Sólo que, cada vez que se repite, el bosque se va volviendo *más y más espeso.*

Con los labios apretados, sigo avanzando por el camino —o lo que parece un camino—. Aunque no deja de subir, la pendiente no es muy pronunciada. Al menos no es tan abrupta como para dejarme sin respiración. De vez en cuando parece que el sendero vaya a morir en un mar de helechos o de arbustos espinosos, pero, a la que avanzo un poco más, lo reencuentro. El bosque ya no me da miedo. Tiene sus reglas. O sus normas. A la que dejas de temerlo, empiezas a verlas delante de ti. Asimilo esta reiteración, la voy sintiendo como una parte de mí mismo.

Ya no llevo nada encima. Ni el aerosol amarillo que hasta hace poco agarraba firmemente con la mano, ni la podadera recién afilada. Tampoco llevo la mochila a la espalda. Ni comida ni bebida. Ni la brújula. Lo he arrojado todo a un lado del camino. Y, al hacerlo, le estoy comunicando al bosque de una manera muy visible que ya no le tengo miedo, que he sido yo quien ha optado por la completa indefensión. O tal vez me lo esté transmitiendo a mí mismo. Y yo, desprotegido de mi dura coraza, únicamente carne y sangre, me encamino solo hacia el centro del laberinto. Me dispongo a abandonarme al vacío que hay allí.

También la música que sonaba junto a mi oído ha cesado en algún instante. Sólo queda un ruido blanco, uniforme. Como una sábana inmaculada, extendida, sin una sola arruga, sobre una cama inmensa. Poso las manos en la sábana, recorro su blancura con las yemas de los dedos. Su blancura se extiende hasta el infinito. El sudor corre por mis axilas. El cielo que asoma de vez en cuando a través de las altas ramas de los árboles está cubierto por una capa uniforme y continua de nubes grises. Con todo, no parece que vaya a llover. Las nubes están inmóviles, preservando la escena tal cual está. Los pájaros posados en las ramas altas de los árboles emiten misteriosas señales a través de sus entrecortados gritos. Los insectos alzan un profético zumbido entre la maleza.

Pienso en la casa deshabitada de Nogata. Probablemente esté cenada. «No importa. Que siga cerrada», me digo. Que continúe empapada en sangre. A mí eso no me atañe. No pienso volver a pisarla jamás. Muchas cosas habían muerto ya en aquella casa antes del sangriento crimen. No, muchas cosas ya *habían sido asesinadas* allí.

A veces el bosque intenta amedrentarme por encima de la cabeza, y otras veces bajo mis pies. Exhala su hálito helado en mi nuca. Me clava mil ojos en la piel. Trata, de diversas maneras, de expulsar al intruso. Pero yo he ido aprendiendo a sobrellevar sus amenazas. ¿Acaso no es este bosque, en definitiva, una parte de mí? A partir de cierto punto he empezado a verlo de este modo. Estoy efectuando un recorrido dentro de mí, igual que la sangre a través de las venas. Lo que estoy viendo es mi propio interior, lo que parecen amenazas no son más que ecos del terror que anida en mi corazón. Las telarañas que se extienden en el bosque son las telarañas tendidas en mi corazón, los pájaros que gritan sobre mi cabeza son los pájaros que yo he criado. Esta imagen nace dentro de mí y va echando raíces.

Sigo avanzando, empujado, por detrás, por el latido de un corazón gigantesco. El camino me conduce a un lugar especial dentro de mi corazón. La fuente luminosa que hila la oscuridad, la génesis de los ecos mudos. Quiero ver con mis propios ojos qué hay allí. Soy mi propio emisario, custodio una importante carta personal, lacrada y sellada, que va dirigida a mí mismo.

Una pregunta. ¿Por qué ella no me quería?

¿Acaso yo no era digno de recibir el cariño de una madre?

A lo largo de muchos años esta pregunta ha abrasado como un hierro candente mi corazón, ha carcomido mi espíritu. ¿Que mi madre no me quisiera no se debía, tal vez, a un grave defecto que albergaba en mí? ¿No estaría

marcado yo, de nacimiento, por una especie de estigma? ¿Era, tal vez, un ser nacido sólo para que la gente apartara la vista de él?

Antes de irse, mi madre ni siquiera me estrechó entre sus brazos. Ni siquiera me dejó una palabra de despedida. Apartó de mí la mirada, se fue de casa sin decir ni una palabra, se llevó sólo a mi hermana. Se disipó de mi lado como una silenciosa columna de humo. Y el rostro que ella había apartado de mí se fue difuminando para siempre.

Sobre mi cabeza, un pájaro suelta un agudo graznido. Alzo la vista al cielo. Sólo hay unas nubes chatas de color gris. No sopla el viento. Continúo andando. Avanzo por la orilla de mi conciencia. Las olas de mi conciencia rompen en la orilla y se retiran. Dejan unas letras escritas y, luego, inmediatamente llega la siguiente ola y las borra. Tengo que leer aquel texto a toda prisa, en el intervalo entre una ola y la siguiente. Pero no es fácil. Antes de que pueda acabar de leerlo, se abate la siguiente ola y lo borra. Y en mi conciencia sólo quedan unas palabras inconexas y enigmáticas.

Mi mente vuelve a la casa de Nogata. Recuerdo con toda claridad el día en que mi madre se fue llevándose a mi hermana. Yo estoy sentado en el porche, mirando hacia el jardín. Es un atardecer de principios de verano, los árboles proyectan sus largas sombras sobre el suelo. Estoy solo en casa. No sé por qué, pero yo ya soy consciente de que me han abandonado, de que me he quedado solo. Soy consciente incluso de que aquel acontecimiento va a influir de manera decisiva en mi vida. Nadie me lo ha dicho. *Simplemente lo sé.* No hay nadie dentro de la casa, está desierta como una atalaya fronteriza que ha sido abandonada. Miro fijamente cómo se pone el sol, cómo las sombras de las cosas van cubriendo, de forma lenta y continua, la tierra. En un mundo donde existe el tiempo, nada puede volver atrás. Los tentáculos de las sombras avanzan erosionando capa a capa la superficie de la tierra; y, poco después, también el rostro de mi madre, que estaba aquí hasta hace poco, acaba siendo succionado hacia el interior de aquel territorio oscuro y frío. Su rostro, firmemente vuelto hacia otro lado, es arrancado de forma automática de mi memoria y va desapareciendo en la distancia.

Mientras camino por el bosque pienso en la señora Saeki. Recuerdo su rostro. Recuerdo su pálida y apacible sonrisa, recuerdo la calidez de sus manos. Trato de imaginármela como si fuera mi madre abandonándome poco después de cumplir yo los cuatro años. Sacudo la cabeza de forma irreflexiva. Aquí hay algo poco natural, poco pertinente. *¿Por qué tenía que hacer la señora Saeki algo así?* ¿Por qué tenía que infligirme una herida tan profunda? Debe de existir una razón de peso, una razón oculta, algo con una profunda significación.

¡ntento sentir lo mismo que ella debió de sentir en aquellos momentos. Ponerme en su situación. Ni que decir tiene que no resulta nada fácil. Yo soy la persona abandonada, ella es quien me abandonó. Pero, con un poco de tiempo, logro separarme de mí mismo. Mi alma se desprende de sus rígidas vestiduras, se convierte en un cuervo negro, se posa en una rama alta de un pino del jardín y, desde allí, me contempla a mí a los cuatro años.

Me convierto en un cuervo negro que esgrime diversas hipótesis.

No es que tu madre no te quisiera —me dice, a mis espaldas, el joven llamado Cuervo—. Para ser exactos, tu madre te amaba profundamente. Y tú eso tienes que creerlo. Ése es el punto de partida.

Pero ella me abandonó. Se fue y me dejó solo en el lugar erróneo. Y, al hacerlo, seguro que me infligió una herida profunda, un daño irreparable. Ahora lo sé. Si me quería de verdad, ¿cómo pudo hacerme algo así?

- Así han ido las cosas —dice el joven llamado Cuervo—. Te han herido profundamente, te han hecho mucho daño. Y es probable que sigas arrostrando esas heridas en el futuro. Eres digno de compasión, no te diré que no. Pero deberías pensar de este modo: aún estás a tiempo de recuperarte. Eres joven, eres fuerte. Tienes flexibilidad. Lograrás que cicatricen tus heridas, lograrás levantar la cabeza y seguir adelante. Pero ella ya no podrá. A ella no le quedará otra opción que la de ir diluyéndose. No se trata de quién es bueno y quién es malo. Tú eres quien tiene todas las ventajas reales. Es en eso en lo que debes pensar.

Permanezco en silencio.

- Escúchame. Eso sucedió hace mucho tiempo —continúa el joven llamado Cuervo—. Es algo irreversible. En aquel momento, ella no debió abandonarte y tú no debiste ser abandonado. Pero lo que ya ha sucedido es igual que un plato roto en mil pedazos. Por muy esforzadamente que lo intentes, ya no podrás devolverlo a su estado original. ¿No te parece?

Asiento. Por muy esforzadamente que lo intente, ya no podré devolverlo a su estado original. Tiene toda la razón.

El joven llamado Cuervo prosigue:

Escúchame. El corazón de tu madre estaba repleto de un miedo y de una ira espantosos. Igual que lo está el tuyo ahora. Por eso tuvo que abandonarte.

- ¿A pesar de quererme?

En efecto —dice el joven llamado Cuervo—. Tuvo que abandonarte a pesar de quererte. Lo que ahora debes hacer tú es tratar de comprender los sentimientos de tu madre y aceptarlos. No heredarlos y repetirlos. Dicho de otro modo, lo que ahora debes hacer es perdonarla. Ya sé que no es fácil. Pero debes hacerlo. Es tu única salvación. No hay otra.

Reflexiono sobre ello. Cuanto más lo pienso, más desconcertado me siento. Mi mente está confusa, me duele la piel como si me la estuviesen arrancando a tiras.

- Dime, ¿es la señora Saeki mi verdadera madre? —le pregunto. El joven llamado Cuervo responde:
- ¿No te lo dijo ella misma? ¿No te dijo que tu hipótesis todavía se mantiene? En definitiva, es de eso de lo que se trata. *Tu hipótesis todavía se mantiene.* Esto es todo cuanto puedo decir.
- Una hipótesis que todavía no ha encontrado una teoría válida que la refute.

Exacto —dice el joven llamado Cuervo.

- Y yo tengo que seguir seriamente esta hipótesis hasta el infinito.

Exacto —dice el joven llamado Cuervo con voz resuelta. Una hipótesis sin una teoría válida que la refute es una hipótesis que vale la pena seguir. Además, por el momento, seguirla es lo único que tienes que hacer. No te queda otra alternativa. Así que, por más que te sacrifiques a ti mismo, debes seguirla hasta el final.

¿Sacrificarme a mí mismo? —Estas palabras tienen una extraña resonancia. Soy incapaz de asimilar correctamente esa resonancia.

Pero no hay respuesta. Inquieto, me doy la vuelta. El joven llamado Cuervo está ahí. Anda detrás de mí, marcha al mismo paso que yo.

- ¿Qué clase de miedo y de ira sentía la señora Saeki en aquel tiempo? ¿De dónde procedían? —le pregunto sin dejar de caminar hacia delante.
- ¿Qué clase de miedo y de ira *crees tú* que sentía ella en aquel tiempo? —me pregunta, a su vez, el joven llamado Cuervo—. Piensa un poco. Eso lo tienes que discernir tú usando tu cabecita. Porque la cabeza sirve para eso.

Pienso. Debo comprenderlo, aceptarlo, antes de que sea demasiado tarde. Pero aún no puedo leer aquellas pequeñas letras dejadas en la orilla de mi conciencia. Porque, entre que una ola se retira de la playa y la siguiente se abate, el intervalo de tiempo es terriblemente breve.

- Estoy enamorado de la señora Saeki —digo. Estas palabras salen de forma espontánea de mis labios.

Ya lo sé —replica el joven llamado Cuervo con sequedad. —Nunca había experimentado un sentimiento igual. Es la cosa que mayor sentido tiene para mí en estos momentos —aclaro.

Por supuesto —dice el joven llamado Cuervo—. Eso no hace falta ni que lo digas. Claro que es algo que tiene sentido. Por eso has llegado hasta aquí, ¿no?

Sí, pero ¿sabes? Todavía no lo entiendo. Me siento desconcertado. Dices que mi madre me quería. Que me quería mucho. Y yo quiero creerte. Pero, si eso es verdad, entonces no lo entiendo de ninguna de las maneras. ¿Por qué querer mucho a alguien tiene que ser lo mismo que herirlo profundamente? Porque, si eso resultara ser así, ¿qué sentido tendría amar profundamente a alguien? ¿Por qué diablos tiene que suceder esto?

Espero la respuesta. Permanezco largo tiempo con la boca cerrada. Pero no hay respuesta.
Me doy la vuelta. Pero el joven llamado Cuervo ya no está. Sobre mi cabeza se oye un seco batir de alas.
Me siento completamente perdido.
Poco después aparecen los dos soldados.

Visten el traje militar de combate de la antigua infantería del Ejército Imperial. El uniforme de verano, de manga corta. Llevan polainas, una mochila a la espalda. En la cabeza, en vez de casco, una gorra con visera, sus rostros

aparecen tiznados de negro. Los dos soldados son jóvenes. Uno es alto, delgado, lleva gafas redondas de montura metálica. El otro es bajo, ancho de espaldas, de constitución robusta. Están sentados, uno al lado del otro, sobre una roca plana. No están en postura de combate. Han dejado los fusiles de infantería del 38 apoyados en la roca, a sus pies. El alto sostiene una hierba en la comisura de los labios con aire de aburrido. Están ahí con toda naturalidad, como si eso fuera lo más normal del mundo. Observan plácidamente cómo me acerco, sin asomo de duda.

Se encuentran en un claro del bosque, pequeño y llano. Parece el descansillo de una escalera.

¡Eh! —grita el soldado alto con voz alegre.

- ¡Hola! —saluda el soldado fornido, haciendo una pequeña mueca.

¡Hola! —digo a mi vez devolviéndoles el saludo. Quizá debería haberme sorprendido al verlos. Pero no he experimentado la menor sorpresa. Tampoco me ha extrañado. Es una cosa que puede ocurrir perfectamente.

Te estábamos esperando —dice el alto.

- ¿A mí? —pregunto.

Pues claro —responde—. De momento eres el único que puede aparecer por aquí.

- Hace mucho que esperamos —dice el robusto.

Bueno, tampoco es que el tiempo importe gran cosa —añade el soldado alto—. Pero, sí. Has tardado más de lo que creíamos.

- Vosotros sois los dos soldados que desaparecieron hace ya mucho tiempo por estas montañas, ¿verdad? Durante unas maniobras —pregunto.

El soldado fornido asiente.
Exacto.

- Por lo visto, os buscaron mucho —digo.

Sí, ya —dice el fornido—. Ya sabemos que todos nos estuvieron buscando. Nosotros sabemos todo lo que ocurre en este bosque. Pero, por más que nos busquen, a nosotros no hay quien nos encuentre.

A decir verdad, no es que nos perdiéramos —confiesa el alto en voz baja—. Nosotros, más bien, nos fugamos.

Bueno, más que fugamos, sería más exacto decir que encontramos este claro por casualidad y que decidimos quedarnos aquí —añade el fornido—. Pero, no. No nos perdimos.

- Este lugar no lo puede encontrar cualquiera —dice el soldado alto—. Pero nosotros sí pudimos. Tú también has podido. Y, al menos por lo que a nosotros respecta, fue una gran suerte.

Porque, de lo contrario, por el hecho de ser soldados, nos hubieran llevado al extranjero —dice el fornido—. Y hubiésemos tenido que matar a otra gente, o ellos nos hubiesen matado a nosotros. Nosotros no queríamos ir allí. Yo era campesino, él era un estudiante recién licenciado en la universidad. Ni él ni yo queríamos matar a nadie. Y menos aún que nos mataran a nosotros. Lógico, ¿no?

- ¿Y tú? ¿Quieres matar a alguien o que te maten a ti? —me pregunta el alto.

Sacudo la cabeza. No, no quiero matar a nadie. Ni quiero que me maten a mí.

- A todo el mundo le pasa lo mismo —dice el alto—. Bueno, a casi todo el mundo. Pero si dices que no quieres ir a la guerra, el Estado no te responde con amabilidad: « ¡Ah! ¿Así que no quieres ir a la guerra? Muy bien, de acuerdo. No hace falta que vayas». No, en absoluto. Y no puedes escaparte. En Japón no hay ningún lugar adonde puedas huir. Vayas a donde vayas dan contigo enseguida. Son unas islas pequeñas, ya ves. Así que nos quedamos aquí. Era el único sitio donde podíamos ocultarnos. —Sacude la cabeza y prosigue—: Aquí llevamos desde entonces. Y, tal corno tú has dicho, de eso hace *mucho tiempo.* Pero, como yo ya he dicho antes, el tiempo no tiene una gran importancia. Entre ahora y hace mucho tiempo no hay apenas diferencia.

No hay ninguna diferencia —dice el fornido. Y, con la mano, hace ademán de desechar algo.

- Vosotros sabíais que yo iba a venir, ¿verdad? —pregunto.

Claro —responde el fornido.

- Nosotros vigilamos constantemente, así que siempre sabemos quién se acerca. Porque nosotros formamos, de algún modo, parte del bosque —dice el otro.
- En resumen, que esto es la entrada —dice el fornido—. Y nosotros dos estamos aquí de guardia.
- Ahora, casualmente, la entrada está abierta —me explica el alto—. Pero no tardará mucho en volver a cerrarse. Así que si quieres entrar, aprovecha y hazlo ahora. No es muy frecuente que la entrada esté abierta.
- Si quieres entrar, nosotros te acompañaremos. El camino es difícil, es necesario un guía —se ofrece el fornido.
- Y, si no entras, puedes volverte por el mismo camino por el que has venido —dice el alto—. Desde aquí no es difícil regresar. No te preocupes. No te costará seguirlo. Y podrás continuar llevando la misma vida que hasta ahora en el mismo mundo. Tú eliges. Entrar o no entrar. Nosotros no te obligamos a nada. Pero, una vez entras dentro, es muy difícil retroceder.
- Llevadme dentro —respondo tras dudar un instante.
- ¿Seguro? —me pregunta el fornido.
- Tengo que ver a alguien que hay dentro. Al menos eso creo —contesto.

Sin decir una palabra, los dos se levantan despacio de la roca y cogen sus fusiles. Y, tras intercambiarse una mirada, empiezan a andar delante de mí.

- Te debe de parecer extraño que todavía tengamos que cargar con estos armatostes de hierro tan pesados, ¿verdad? —dice el alto volviéndose hacia mí—. No sirven para nada. Ni siquiera están cargados.
- Son sólo un signo —interviene el fornido sin mirarme—. Un signo de lo que hemos abandonado, de lo que hemos dejado atrás.

Los símbolos son importantes —dice el alto—. Ya ves. Como da la casualidad de que tenemos fusiles, de que vestimos uniforme, aquí volvemos a desempeñar el papel de centinelas. Es nuestra función. Los símbolos nos conducen a eso.

¿Tú tienes algo de esto? ¿Algo que pueda convertirse en un signo?

- pregunta el fornido.

Sacudo la cabeza.

- No. No llevo nada. Lo único que llevo son recuerdos.

Vaya —dice el fornido—. Conque recuerdos, ¿eh?

No importa —dice el alto—. Los recuerdos pueden ser un gran símbolo. Claro que los recuerdos nunca sabes hasta cuándo vas a tenerlos, y tampoco, ya de por sí, lo sólidos que son.

- A ser posible, es mejor algo que tenga forma —dice el fornido—.

  Es más fácil de entender.
  Como un fusil —dice el alto—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

- Kafka Tamura —respondo.

Kafka Tamura —repiten los dos. —¡Qué nombre tan raro! —dice el alto.

¡Y que lo digas! —dice el fornido. El resto del camino lo recorremos en silencio.

44

Quemaron las tres carpetas que la señora Saeki había confiado a Nakata en el cauce de un río seco que discurría a lo largo de la autopista. El joven Hoshino había comprado bencina para mecheros en una tienda abierta las veinticuatro horas, la esparció en abundancia por encima de las carpetas y le prendió fuego con el encendedor. De pie junto a la hoguera, los dos contemplaron en silencio cómo las llamas iban devorando, hoja tras hoja, los papeles. Apenas había viento. La columna de humo se alzaba recta hacia el cielo y se disipaba, sin un sonido, entre las nubes bajas de color gris que lo cubrían.

- Así que estos papeles que estamos quemando no se deben leer, ¿no es eso? —preguntó Hoshino.

No, no se deben leer —dijo Nakata—. Nakata ha prometido a la señora Saeki que arderían sin que nadie leyera ni una sola letra. Y Nakata tiene que cumplir la promesa.

Sí, claro. Es importante cumplir lo que se promete —dijo Hoshino sudando—. Se lo prometas a quien se lo prometas. Sólo que con una trituradora de papel habría sido más cómodo, más rápido, y habríamos tenido la tira de curro menos. Piensa que en cualquier foto copistería hay trituradoras, de esas grandes de alquiler. Y, encima, resulta barato. No es que me queje, pero eso de ir haciendo fueguecitos en esta temporada... Es que te achicharras, la verdad. En invierno, todavía, pero ¡ahora!

- Lo siento mucho, pero Nakata le prometió a la señora Saeki que *arderían.* Por eso se tenían que quemar.

¡En fin! Da igual. No hay para tanto. Tampoco es que tenga algo urgente que hacer. Y el calorcito este lo puedo aguantar. Yo, simplemente, ¿cómo te lo diría?, yo sólo estaba haciéndote una sugerencia.

Un gato que pasaba por allí, intrigado al ver a aquellos dos tipos haciendo una hoguera, cosa tan inapropiada en aquella — ¡Bueno! Entonces ya casi hemos acabado lo que nos traíamos entre manos, ¿no es así? — preguntó el joven.

- Sí. Ya casi hemos terminado todo lo que teníamos que hacer. Ahora sólo nos falta cerrar la puerta de entrada.
- Y eso es muy importante, ¿eh?
- Sí. Es algo muy importante. Lo que se ha abierto, es necesario cerrarlo.
- Entonces, vayamos a cerrarla enseguida. Ya se sabe, ¿no? Hacer el bien no admite demora. —Señor Hoshino.
- ¿Sí?
- Eso es imposible.
- ¿Por qué?
- Porque aún no ha llegado el momento —dijo Nakata—. Para cerrar la puerta de entrada debemos esperar a que llegue el momento oportuno para cerrarla. Y Nakata, antes, tiene que dormir bien. Nakata tiene ahora mucho sueño.

Hoshino clavó la mirada en el rostro de Nakata.

¿O sea que vas a pasarte otra vez días y días durmiendo como un bendito?

Sí. No estoy seguro, pero es muy posible que eso ocurra.

¿Y no podrías aguantarte un poquitín y acabar lo que tienes que hacer antes de irte a dormir? Porque tú, abuelo, una vez que entras en hibernación, todo se queda parado.

Señor Hoshino.
¿Qué?

Lo siento mucho. Si pudiera, lo haría con muchísimo gusto. Si estuviera en manos de Nakata, primero acabaría el asunto de la puerta de entrada. Pero, por desgracia, Nakata tiene que dormir antes. No puede mantener más tiempo los ojos abiertos.

- Esto debe de ser como si se te acabaran las pilas, ¿no?

Tal vez. Hemos tardado más de lo que pensaba. Nakata ha llegado al límite de sus fuerzas. ¿Podría usted llevarme a un sitio donde pueda dormir?

- Claro. Cogemos un taxi y nos volvemos enseguida a casa. Allí podrás dormir tanto como quieras.

Nada más sentarse en el taxi, Nakata empezó a dar cabezadas. —Abuelo, en cuanto lleguemos a casa podrás dormir tanto como quieras. Pero, mientras tanto, aguanta un poquito.

Señor Hoshino.
¿Sí?
Le he ocasionado a usted muchas molestias —dijo Nakata con voz somnolienta.

Sí, es verdad. A mí también me da esa impresión —admitió el joven—. Pero, si miramos cómo han ido las cosas realmente, fui yo quien tomó la determinación de irse contigo, abuelo. Dicho de otro modo, fui yo quien eligió de forma voluntaria ocuparse de ti. Nadie me lo pidió. Y, al fin y al cabo, sarna con gusto no pica. Así que tú, abuelo, no te preocupes por nada. Puedes estar tranquilo.

- De no haber sido por usted, Nakata se hubiera encontrado completamente perdido.

Bueno, me alegra haberte servido de algo. Eso está bien. —Nakata le está muy agradecido.

- Pero ¿sabes, Nakata?

  ¿Sí?
  Yo también tengo que darte las gracias a ti.
  ¿Ah, sí?

Nosotros ya llevamos más de diez días yendo juntos de aquí para allá —dijo el joven—. Durante todo este tiempo he faltado al trabajo. Los primeros días avisé a la empresa de que me tomaba un descanso, pero luego ha sido una ausencia injustificada tan grande como un piano. Es posible que ya no pueda volver a trabajar allí. Si me disculpara y me pusiera de rodillas, es posible que olvidaran lo ocurrido. No lo sé. Pero, mira, a mí ya me está bien. No es que quiera fardar, pero soy buen conductor. Y también soy muy trabajador. No creo que me cueste encontrar otro trabajo. Así que, por eso no me preocupo lo más mínimo, y tú tampoco debes preocuparte. ¡En fin! Lo que yo quería decir es que, pues eso, que yo no me arrepiento de nada. Durante estos diez días he tenido experiencias de lo más increíbles. La lluvia de sanguijuelas, el que apareciera el Colonel Sanders y yo pudiera echar aquel polvazo fenomenal con aquel pedazo de tía que estudiaba filosofía en la universidad, lo de que birláramos la piedra de la entrada del santuario. Un montón de cosas raras. Me da la sensación de que en estos diez días me han pasado tantas cosas raras como para llenar toda una vida. Ha sido igual que hacer un viaje de prueba por una montaña rusa de las largas.

El joven Hoshino se interrumpió en este punto pensando cómo proseguir.

- Pero ¿sabes, abuelo?
- ¿Sí?
- Sin embargo, a mí me parece que tú eres lo más extraordinario de todo, abuelo. Sí, sí, tú. Y si me preguntas por qué digo que lo más extraordinario eres tú, pues porque tú haces cambiar a las personas. Sí, hablo en serio. Tengo la sensación de haber cambiado muchísimo a lo largo de estos diez días. Es decir, que mi manera de ver las cosas no es en absoluto la misma. Sin ir más lejos, una música que antes no me decía nada, ahora, ¿cómo te lo explicaría?, pues ahora me llega hasta el fondo del corazón. Y, además, todas estas cosas, pues, no sé cómo decirlo, pienso que me gustaría hablarlas con alguien, con un tío que entendiera de eso. Y a mí algo así no me había pasado nunca en la vida, ¿sabes? Soy distinto. Y si me preguntas por qué me ha pasado eso, pues es porque he estado a tu lado, abuelo. Y porque he empezado a observar las cosas a través de tus ojos. Bueno, no es que lo mire todo, quiero decir absolutamente todo, con tus ojos, claro. A lo que me refiero es que me ha parecido algo muy natural, no sé, que he ido observando las cosas a través de tus ojos, todo como muy normal. Y si me preguntas por qué, pues es porque me gusta muchísimo la manera que tienes de ver el mundo. Y por eso te he seguido todo este tiempo hasta aquí, por eso no me he podido separar de ti. Se trata de una de las cosas más provechosas de toda mi vida. Y por eso pienso que debo ser yo quien te dé las gracias a ti, porque tú a mí no tienes

necesidad de agradecerme nada. Hombre, si me das las gracias, pues ¿a quién le amarga un dulce?, pero lo que yo quería decirte es que tú me has ayudado muchísimo a mí. ¿Me explico, abuelo?

Pero Nakata ya no lo escuchaba. Había cerrado los ojos y dejaba oír la acompasada y regular respiración del sueño.

- ¡Este tipo es la persona más feliz del mundo! —dijo Hoshino con un suspiro.

Hoshino condujo a Nakata dentro del apartamento y lo acostó enseguida en la cama. La ropa se la dejó puesta tal como estaba, sólo lo descalzó, y le echó un delgado edredón por encima. Nakata se revolvió unos instantes inquieto, pero acto seguido dejó de moverse por completo, con la cara vuelta hacia el techo, la respiración tranquila y acompasada.

«¡Jo! Seguro que éste, ahora, se estará dos o tres días durmiendo», pensó el joven.

Sin embargo, las cosas no fueron como Hoshino esperaba. Al mediodía del día siguiente, miércoles, Nakata estaba muerto. Había dejado de respirar mientras se hallaba inmerso en un profundo sueño. Su rostro mostraba la misma placidez que de costumbre, a simple vista parecía que estuviese dormido. Pero no respiraba. El joven lo sacudió por los hombros una y otra vez, lo llamó. Pero Nakata estaba muerto, sin duda. No tenía pulso y cuando Hoshino le puso por si acaso un espejito delante de la boca, éste no se empañó. Su respiración se había detenido. Al menos en este mundo, Nakata ya no volvería a despertarse jamás.

Cuando estás con un muerto en la misma habitación, te acabas dando cuenta de que todos los ruidos se van apagando sucesivamente. Los ruidos reales del mundo que te rodea van haciéndose más y más irreales. Los sonidos con sentido pronto se convierten en silencio. Y el silencio, igual que el lodo que se acumula en el fondo del mar, va ganando en espesor y profundidad. Te llega hasta los pies, te llega hasta la cintura, te llega hasta el pecho. A pesar de ello, el joven Hoshino permaneció largo tiempo con Nakata en la misma habitación, midiendo con la vista la profundidad del silencio que se iba acumulando en ella. Sentado en el sofá, contemplaba el rostro de Nakata intentando darse cuenta cabal de su muerte. Tardó mucho tiempo en asimilarlo todo. El aire había adquirido un peso especial y acabó por no saber si lo que creía que estaba sintiendo en aquel momento lo estaba sintiendo realmente él y en aquel mismo instante. A cambio, comprendió de forma espontánea varias cosas.

"Nakata, con su muerte, debe de haber podido volver a ser finalmente el Nakata normal», sintió el joven. Nakata había interiorizado hasta tal punto y durante tanto tiempo a Nakata que morir era la única manera de poder volver a ser el Nakata normal.

- iEh, abuelo! —lo llamó el joven—. Estas cosas no está bien decirlas, pero no has tenido una mala muerte.

Nakata había muerto inmerso en un profundo sueño, probablemente sin pensar en nada, en silencio. La expresión de su rostro era apacible y no había en ella huellas de sufrimiento, de arrepentimiento o de duda. «Una buena muerte, muy propia de él», se dijo Hoshino.

¿Qué diablos ha sido la vida de Nakata? ¿Qué sentido ha tenido? No lo sé. Pero si empezamos con éstas, búscame a alguien cuya vida tenga un sentido más claro. Para un ser humano, lo que realmente importa, lo que realmente confiere dignidad, es la forma de morir», pensó Hoshino. «Comparada con la forma de morir, la forma de vivir quizá no tenga tanta importancia. Pero, no obstante, lo que determina la forma de morir es la forma de vivir.» Éstos fueron los pensamientos del joven mientras contemplaba el rostro de Nakata.

Pero queda pendiente una cuestión importante. ¿Quién cerrará la piedra de la puerta de entrada? Nakata ha llevado a término casi todos sus asuntos. Esto era lo único que aún le quedaba por hacer. La piedra sigue a los pies del sofá. Cuando llegue el momento, tendré que darle la vuelta, cerrar la puerta. Pero, tal como dijo Nakata, según cómo la manejes, la piedra puede ser muy peligrosa. Seguro que hay una manera correcta de hacerlo. Y, si se le da la vuelta a lo bruto, de un modo incorrecto, todo en este mundo puede acabar manga por hombro.

- ¡Eh, abuelo! Ya sé que morirte no ha sido culpa tuya, pero en vaya embolado has acabado metiéndome — dijo Hoshino al muerto. Por supuesto, no hubo respuesta.

Otro problema era qué hacer con el difunto. El procedimiento habitual sería, por supuesto, llamar a la policía o al hospital y que ellos se encargaran de transportar el cadáver al depósito. Eso es lo que hubiera hecho el noventa y

nueve por ciento de la población. Incluido Hoshino, de haber podido. Pero Nakata era una persona involucrada en un asesinato, a quien la policía estaba buscando. Hoshino se había pasado diez días yendo de aquí para allá con Nakata y podía muy bien verse envuelto en una situación embarazosa. La policía lo arrestaría, lo sometería a un largo interrogatorio. Eso seguro que no podría ahorrárselo. A Hoshino le fastidiaba la idea de tener que explicar, punto por punto, todo lo ocurrido y, por otro lado, no se le daba bien eso de tratar con la policía. En definitiva, que prefería no verse involucrado en el asunto.

«Además», pensó, «¿cómo les explico yo lo del apartamento?» «Un viejo con la pinta del Colonel Sanders alquiló para nosotros este piso. Nos dijo que nos lo había dejado todo preparado y que podíamos quedarnos todo el tiempo que quisiéramos.» ¿Acaso podría convencer a la policía con esa historia? ¡Ni hablar! ¿Y quién es ese Colonel Sanders? ¿Es un oficial del Ejército americano? No, no. Mire, es el viejo de los carteles del Kentucky Fried Chicken. Usted, señor inspector, debe de haberlo visto alguna vez. Sí, exacto. Ese que lleva gafas, una perilla blanca... Sí. Pues mire, ese hombre trabaja de chulo en las callejuelas de Takamatsu. Así nos conocimos. Me trajo una mujer. A la que dijera eso me soltarían: «¡Idiota! ¡Deja de decir memeces!», y algún golpe caería de propina. Seguro. Ésos son una especie *de yakuza* que cobra del Estado.

El joven exhaló un hondo suspiro.

Lo que tengo que hacer es salir pitando de este piso e irme lo más lejos posible. Hacer una llamada anónima a la policía desde la estación. Darles la dirección del apartamento, decirles que dentro hay un cadáver. Subirme al primer tren que pase y volver a Nagoya. Así me quedaré al margen de todo este asunto. Como es evidente que ha sido una muerte natural, la policía no se complicará mucho la vida. Los parientes de Nakata se harán cargo del cadáver, y un funeral sencillo seguro que tendrá. Yo regresaré a la empresa, me inclinaré ante el patrón. «Perdóneme. A partir de ahora trabajaré de verdad.» Las aguas volverán a su cauce.

Preparó sus cosas. Embutió su ropa en la bolsa. Se puso la gorra de los Chúnichi Dragons, hizo pasar la cola de caballo por la abertura de atrás, se puso las gafas de sol de color verde. Como tenía sed, sacó una Pepsi Diet del refrigerador, se la bebió. Mientras se la bebía, apoyado contra el frigorífico, sus ojos se posaron en la piedra redonda que estaba a los pies del sofá. La «piedra de entrada» vuelta del revés. Luego fue al dormitorio y contempló una vez más a Nakata, que yacía sobre la cama. Nadie hubiera dicho que estaba muerto. Parecía que estuviese respirando apaciblemente. Parecía que fuera a decir de un momento a otro: «Señor Hoshino. No es cierto que Nakata haya muerto». Pero no, Nakata estaba bien muerto. No ocurriría ningún milagro. Él ya había pasado al otro mundo.

El joven, todavía con la Pepsi en la mano, sacudió la cabeza. «No puedo», pensó. «No puedo irme dejando aquí la piedra. Si lo hiciera, Nakata no podría descansar en paz. Era una persona que, hasta que las cosas no estaban completamente resueltas, hasta el final, no se quedaba convencido del todo. Pero se le acabaron las pilas. Por eso no pudo concluir esa misión tan importante.» Estrujó la lata con la mano, la tiró a la basura. Seguía teniendo sed, así que volvió a la cocina, sacó del refrigerador una segunda lata de Pepsi Diet y le arrancó la lengüeta de un tirón.

«Nakata me dijo que antes de morir, aunque sólo fuera una vez, quería volver a poder leer. Poder ir a la biblioteca y leer tanto como quisiera. Pero ha muerto sin ver cumplido su deseo. Claro que quizás, en el otro mundo, como Nakata normal, sí sepa leer. Pero mientras estuvo en éste, no logró jamás cumplir su deseo. De hecho, lo último que hizo Nakata fue, por el contrario, quemar montones de letras. Enviar a la nada la enorme cantidad de palabras que allí estaban escritas, sin dejar una sola. Qué ironía. Por eso mismo voy a hacer que se cumpla su último deseo. *Cerrar la puerta de entrada.* Es algo vital. Total, ni siquiera pude llevarlo al cine o al acuario.»

Cuando acabó de tomarse la segunda Pepsi Diet, se acercó al sofá, se agachó y levantó la piedra a modo de tanteo. No resultaba muy pesada. Tampoco era liviana, pero, a la que hicieras un poco de fuerza, podías levantarla sin problemas. Pesaba lo mismo que cuando Hoshino se la había llevado de la capilla del santuario sintoísta junto con el Colonel Sanders. Un peso manejable, como el de las piedras que se utilizan para mantener sumergidas las verduras cuando se preparan en adobo. «Lo que quiere decir que, de momento, es una piedra normal», se dijo el joven. «Cuando cumple la función de entrada, se vuelve tan pesada que apenas se puede levantar. Mientras no pese, no es más que una piedra. Primero pasa algo extraordinario, entonces la piedra adquiere un peso excepcional y cumple la función de "piedra de entrada". No sé, por ejemplo, que caigan rayos en la ciudad o algo por el estilo...»

El joven se dirigió a la ventana, descorrió las cortinas, alzó la vista al cielo. El cielo seguía cubierto por sombrías nubes grises, como el día anterior. Pero no parecía que fuera a llover. Tampoco había indicios de tormenta. Aguzó

el oído, olfateó el aire. No descubrió nada anormal. Por lo visto, el «mantenimiento del statu quo» debió de ser el tema central del mundo durante todo aquel día.

- ¡Eh, abuelo! —dijo, dirigiéndose a Nakata, muerto—. O sea, que me tengo que quedar aquí contigo, quietecito, esperando a que pase algo especial, ¿no? Pero esa cosa especial, ¿qué coño debe de ser? Yo no tengo ni idea. Y vete a saber cuándo va a suceder. Además, se trata de un asunto un poco asqueroso, porque estamos en junio y, a la que me descuide, tu cuerpo, abuelo, empezará a descomponerse. Y a apestar. Quizás, a ti, abuelo, no te guste escucharlo, pero eso es algo natural. Por otra parte, cuanto más tiempo pase, cuanto más tarde en avisar a la policía, en peor situación voy a encontrarme yo. ¡Ostras!

Mira, yo haré todo lo que pueda, pero al menos me gustaría enterarme de qué va la cosa.

Pero no hubo respuesta.

El joven empezó a dar vueltas por la habitación. ¡Claro! A lo mejor el Colonel Sanders se ponía en contacto con él. Seguro que el viejo estaba al tanto de lo que tenía que hacerse con la piedra. Quizá le daba algún consejo provechoso que le reconfortara. Pero, por más que lo estuvo contemplando, *el* teléfono no sonó. Guardó un silencio absoluto. Aquel aparato silencioso tenía un aire más introspectivo de lo normal. Tampoco se oyeron golpes en la puerta. Ni llegó ninguna carta. No ocurrió *nada especial*. Ninguna alteración meteorológica, ningún presentimiento. Sólo transcurrieron las horas inexpresivas, sucediéndose la una a la otra. Llegó mediodía, la tarde dio paso silenciosamente a la noche. Las agujas del reloj electrónico de la pared se deslizaban suavemente por la superficie del tiempo como un escribano del agua. Y Nakata seguía tendido en la cama, muerto. Hoshino no tenía apetito. Al atardecer se bebió tres refrescos de cola y mordisqueó unas galletas saladas, como por obligación.

A las seis, se sentó en el sofá, cogió el mando a distancia y encendió el televisor. Miró el noticiario de la noche de la NHK, pero no había una sola noticia que le llamara la atención. Había sido un día sin particularidad alguna. Al acabar las noticias apagó el televisor. La voz del locutor le pareció irritante. En el exterior crecía la oscuridad, pronto fue noche cerrada. La noche aportó mayor profundidad aún al silencio de la estancia.

- ¡Eh, abuelo! —le dijo el joven Hoshino a Nakata—. Despiértate, por favor, aunque sólo sea un momento. No sé qué hacer. Además, quiero oír tu voz, abuelo.

Pero Nakata, por supuesto, no le respondió. Nakata seguía al otro lado de la frontera, en el otro mundo. Mudo, muerto. El silencio se hizo más profundo, tanto que, si aguzabas el oído, podías oír incluso cómo la Tierra giraba alrededor de su eje.

Hoshino se fue al cuarto de estar, puso el CD del *Trío del archiduque.* Al escuchar el tema central del primer movimiento, sus ojos se anegaron en lágrimas. «¡Joder! ¿Cuándo fue la última vez que lloré?», se preguntó mientras las lágrimas corrían profusamente por sus mejillas. No logró recordarlo.

45

Efectivamente, a partir de la «puerta de entrada» el camino es mucho más intrincado. De hecho, el camino deja de existir por completo. El bosque se vuelve más profundo, se hace inmenso. A mis pies, las pendientes son más abruptas, el suelo está cubierto de arbustos y hierbajos. El cielo ha dejado de verse y está tan oscuro como al anochecer. Las telarañas son más espesas, las plantas despiden un olor más intenso. El silencio va haciéndose más y más denso, el bosque repudia con decisión al humano invasor. Pero los soldados, con el fusil en bandolera, siguen adelante, escurriéndose sin esfuerzo por cualquier vericueto del bosque. Avanzan sorprendentemente rápido. Se deslizan por debajo de las ramas colgantes, trepan por las rocas, sortean los huecos de un salto, cruzan los matorrales espinosos abriéndose camino entre la espesura con destreza.

Tengo que esforzarme mucho para no perderlos de vista. Los soldados ni siquiera comprueban si los estoy siguiendo. Es como si pusieran a prueba mis fuerzas. Están midiendo hasta dónde puedo resistir. Incluso (aunque no sé por qué) parece que estén enfadados conmigo. No se dirigen la palabra. No sólo no me hablan a mí, tampoco hablan entre sí. Avanzan obcecados. Se van alternando en el puesto de cabeza sin intercambiar ni una sola palabra. Ante mis ojos, los fusiles que cuelgan a sus espaldas se van balanceando rítmicamente de izquierda a derecha. Parecen dos metrónomos. Andar con la vista clavada en ellos me produce un efecto hipnótico. Siento cómo me abandona la conciencia, alejándose de mí como si resbalara por encima del hielo. Pero yo me concentro en no perder el paso y avanzo en silencio, con el sudor manando de mis axilas.

- ¿Vamos demasiado deprisa? —me pregunta, al fin, el soldado fornido tras volverse hacia mí. En su voz no se advierte el menor sofoco. —No —contesto—. No hay problema. Os voy siguiendo.

Eres joven, pareces fuerte —dice el alto sin dejar de mirar hacia delante.

Nosotros estamos acostumbrados a ir y venir por este camino y, sin darnos cuenta, quizás apretemos el paso —dice el soldado fornido en tono de disculpa—. Así que, si andamos demasiado deprisa, tú nos lo dices, ¿de acuerdo? No te lo pienses dos veces. Y reduciremos la marcha. Sólo es que, en principio, no queremos andar más despacio de la cuenta, ¿comprendes?

Si no puedo seguiros, ya os avisaré —respondo. Intento, sin conseguirlo, acompasar mi respiración para que no se den cuenta de que estoy sin aliento—. ¿Falta todavía mucho?

No, no mucho —dice el alto.
Llegamos enseguida —dice el otro.

Pero no me puedo fiar mucho de su opinión. Tal como ellos mismos han dicho, aquí el tiempo no es un factor importante. Caminamos durante un rato en silencio. Pero el ritmo no es tan agotador como antes. Al parecer, ya ha finalizado la prueba.

- ¿Hay serpientes venenosas en este bosque? —pregunto, porque es algo que me viene preocupando.

¿Serpientes venenosas? —repite, sin volverse, el soldado alto de las gafas. Siempre anda con la mirada clavada al frente, como si esperara que, ante él, algo importante se le fuera a aparecer de un salto—. Pues nunca me lo había preguntado, la verdad.

- Quizá sí las haya —dice el soldado fornido volviéndose—. Aunque yo nunca he visto ninguna. Claro que eso a nosotros no nos afecta.
- Lo que queremos decir —dice el alto con tono despreocupado—, es que este bosque no tiene ninguna intención de hacernos daño.

Así que no nos preocupan ni las serpientes venenosas ni nada por el estilo —dice el soldado fornido—. ¿Te has quedado tranquilo?

Sí —digo.

- Ni serpientes venenosas, ni arañas venenosas, ni insectos venenosos, ni setas venenosas. Aquí, nada ajeno nos va a hacer daño —aclara el soldado alto. Sin volverse, claro.

¿Nada ajeno? —repito. Posiblemente se deba al cansancio, pero me cuesta captar el sentido de las palabras.

- Nada ajeno. Lo que no somos nosotros —dice—. En resumen, que aquí nada ajeno nos va a hacer daño. Estamos en el punto más profundo del corazón del bosque. Nadie, ni siquiera tú mismo podrías hacerte daño.

Me esfuerzo en comprender sus palabras. Pero aquel reiterado efecto hipnótico ha mermado en gran manera mi capacidad de comprensión. Soy incapaz de hilvanar mis ideas.

Cuando éramos soldados, nos hicieron practicar con frecuencia la manera de abrirle el vientre a un enemigo en un ataque con bayoneta —dijo el soldado fornido—. ¿Sabes cómo se clava la bayoneta?

- No —digo.

Primero le clavas con todas tus fuerzas la bayoneta en el vientre al enemigo. Una vez está bien clavada, la empujas hacia un lado. Luego vas retorciéndola hasta hacerle trizas las vísceras. El enemigo morirá en medio de terribles sufrimientos. Es una muerte horrible. La agonía se prolonga y el sufrimiento es enorme. Pero sólo con clavarla no basta. El enemigo puede levantarse de golpe y ser tú quien acabe con la bayoneta clavada en el estómago. Éste es el mundo en el que hemos caído.

Las vísceras. Ôshima me explicó que son la metáfora del laberinto. Dentro de mi cabeza hay varias cosas que se van entrelazando y que acaban por embrollarse. Ya no sé discernir bien *lo que es* de lo que no es.

¿Sabes por qué una persona tiene que hacerle a otra cosas tan crueles? —pregunta el soldado alto.

- No lo sé —digo.

Yo tampoco —dice el soldado alto—. Me daba igual un soldado chino, que uno ruso o que uno americano. Yo no quería trincharle las tripas a nadie. Pero vivíamos en un mundo así. De modo que tuvimos que desertar. Pero no te equivoques. Nosotros no somos débiles. Éramos muy buenos soldados. Sólo que no podíamos soportar algo que conllevara tanta violencia. Tú tampoco eres débil, ¿verdad?

- No lo sé. Es difícil juzgarse a uno mismo —contesto con franqueza—. Pero durante toda mi vida me he esforzado en ser cada vez más fuerte, aunque sólo fuera un poco más.
- Eso es muy importante —dice el soldado fornido volviéndose hacia mí—. Muy importante. Eso de esforzarse en ser cada vez más fuerte.
- A ti no hace falta que te digan que eres fuerte. Ya se ve —dice el alto—. A tu edad, cualquiera no puede llegar hasta aquí.
- Muy recio, sí —dice el soldado fornido con admiración.

Por fin se detienen. El soldado alto se quita las gafas, se frota las aletas de la nariz, se vuelve a poner las gafas. Ninguno de los dos respira de forma entrecortada, ni siquiera sudan.

- ¿Tienes sed? —me pregunta el soldado alto.
- Un poco —admito. En realidad, me siento terriblemente sediento. Es que he tirado la mochila donde llevaba la cantimplora. El soldado alto coge la cantimplora de aluminio que lleva prendida a la cintura y me la ofrece. Tomo algunos sorbos de agua tibia. El agua apaga la sed de todos los rincones de mi cuerpo. Limpio el gollete de la cantimplora y se la devuelvo—. Gracias —digo.

El soldado alto asiente en silencio.

- Estamos en la cresta de estas montañas —me informa el soldado fornido.
- Bajaremos derechos hasta abajo, ve con cuidado para no resbalar —dice el soldado alto.

Y empezamos a descender la resbaladiza pendiente con gran precaución.

En medio de la empinada pendiente tomamos una gran curva y, tras cruzar un bosque, aquel mundo aparece de repente ante nuestros ojos.

Los dos soldados se detienen, se vuelven y me miran a la cara. No dicen nada. Pero sus ojos me transmiten un mensaje mudo. *Éste es el lugar. Tú vas a entrar en él.* Yo también me detengo y contemplo ese mundo.

Es una cuenca llana que se ha aprovechado utilizando la configuración original del terreno. No sé cuánta gente vivirá ahí, pero, a juzgar por las dimensiones, seguro que no mucha. Hay varias calles, a cuyos lados se levantan aquí y allá unos cuantos edificios. Las calles son pequeñas, los edificios también. No se ve un alma. Todos los

edificios son inexpresivos, parecen haber sido construidos pensando más en que sirvieran como protección frente a las inclemencias meteorológicas que en la belleza. El conjunto es demasiado pequeño como para adoptar *el* nombre de «pueblo». No hay tiendas ni edificios públicos. No hay ni carteles ni letreros. Sólo aquellos edificios sobrios, de idéntico tamaño e idéntica forma que se han agrupado, como si de pronto se le hubiera ocurrido a alguien, formando una población. Ningún edificio tiene jardín, en las calles no se ve un solo árbol. Como si hubiesen decidido que ya tienen bastante vegetación a su alrededor.

Sopla una ligera brisa. La brisa cruza el bosque y hace temblar las hojas de los árboles, aquí y allá, a mi alrededor. El anónimo susurro que produce deja ondas en la piel de mi corazón, como las dejaría el viento en la superficie de una duna. Apoyo una mano en el tronco de un árbol y cierro los ojos. Esta impronta del viento parece un signo. Pero yo aún no puedo descifrar su significado. Para mí es como un idioma extranjero que desconozco totalmente. Resignado, abro los ojos, vuelvo a contemplar este mundo nuevo que se abre ante mí. En mitad de la pendiente, con la vista clavada en ese lugar junto con los soldados, siento que la impronta del viento que se encuentra en mi interior se está desplazando. De manera simultánea, los signos se recomponen, las metáforas se transforman. Tengo la sensación de que me voy alejando de mí mismo, de que floto. Soy una mariposa que aletea en el borde del mundo. Más allá de la linde del mundo se encuentra un espacio donde el vacío y la sustancia se superponen a la perfección. Donde el pasado y el futuro forman un círculo continuo y sin límite. Por allí vagan los signos que nadie ha leído, los acordes que nadie ha escuchado jamás.

Acompaso mi respiración. Mi corazón todavía no ha acabado de adoptar una única forma. Pero ya no tengo miedo.

Los soldados, sin pronunciar palabra, vuelven a emprender la marcha y yo los sigo en silencio. Conforme vamos bajando la pendiente, el pueblo se acerca. Un riachuelo con un muro de protección de piedra fluye a lo largo de la calle. Se oye un agradable murmullo de agua. Un agua limpia, transparente. Aquí todo es sencillo y pequeño. Aquí y allá se levantan postes de la electricidad con hilos tendidos entre poste y poste. Es decir, que la electricidad llega hasta aquí. ¿La electricidad? Me produce cierta sensación de extrañeza.

La alta cresta verde de las montañas rodea el lugar por los cuatro costados. Una uniforme capa gris vuelve a cubrir el cielo. Mientras los soldados y yo andamos por las calles, no nos cruzamos con nadie. El lugar está silencioso y tranquilo, sin un ruido. Tal vez la gente esté encerrada dentro de sus casas, esperando, con el aliento contenido, a que pasemos de largo.

Los dos soldados me conducen hasta un edificio. Se parece muchísimo, en el tamaño y la forma, a la cabaña de Ôshima. Tanto que se podría pensar que uno ha estado hecho a imagen y semejanza del otro. En la fachada hay un porche y, en éste, una silla. Es una construcción de una sola planta, la chimenea de la estufa sale por el tejado. La diferencia es que aquí el dormitorio está separado de la salita de estar, que hay lavabo, que hay corriente eléctrica. En la cocina hay un refrigerador eléctrico. No muy grande, un modelo antiguo. Hay lámparas colgando del techo. Incluso hay un televisor. ¿Televisor?

En el dormitorio veo una sencilla cama individual, sin adornos, ya hecha.

De momento, quédate aquí y relájate —me indica el soldado fornido—. No por mucho tiempo. *De momento.*

- Tal como te hemos dicho antes, aquí el tiempo no es tan importante —dice el soldado alto.

No tiene ninguna importancia —conviene el soldado fornido. ¿De dónde viene la electricidad?

Los dos se miran.

- Hay una pequeña central eólica. Produce electricidad en el corazón de las montañas. Allá siempre sopla el viento —explica el soldado alto—. Uno no puede estar sin electricidad, ¿verdad?

Sin electricidad no hay neveras, y sin neveras no se pueden conservar los alimentos —me explica el soldado fornido.

No es que no puedas vivir sin nevera, claro —dice el soldado alto—. Pero es muy útil.

- Si tienes hambre, hay comida en la nevera. Come lo que quieras. Pero me temo que no habrá gran cosa —dice el soldado fornido.

Aquí no tenemos carne, ni pescado, ni café, ni alcohol —dice el soldado alto—. Al principio, es un poco duro, pero luego te acostumbras.

- Pero hay huevos, queso y leche —dice el soldado fornido—. Es que las proteínas de origen animal son, hasta cierto punto, necesarias.

Claro que, como aquí no producimos estas cosas, para conseguirlas tenemos que ir a donde los otros —dice el alto—. Y hacemos trueque.

¿Los otros?

El soldado alto asiente.

Pues, claro. Aquí no estamos aislados del mundo. Existen *los otros*. Faltaría más. Ya te irás enterando, poco a poco, de muchas cosas.

Al atardecer, alguien te preparará la comida —dice el soldado alto—. Hasta entonces, si te aburres, puedes ver la televisión. ¿Echan algún programa por la televisión?

Pues..., ¿qué deben de hacer? —dice el soldado alto con cara de apuro. Con la cabeza ladeada mira al soldado fornido.

El soldado fornido también ladea la cabeza, desconcertado. Pone cara seria.

- La verdad es que todo eso de la televisión yo no lo sé muy bien. Es que no la he visto nunca.
- La pusimos aquí porque pensamos que, a lo mejor, les sería útil a los recién llegados —dice el soldado alto.

Pero *algo* podrás ver, seguro —dice el soldado fornido.

- En fin, quédate aquí y descansa —dice el soldado alto—. Nosotros tenemos que volver a nuestro puesto.

Gracias por traerme.

- De nada. Ha sido muy fácil —dice el soldado fornido—. Tienes las piernas mucho más robustas que los demás. Hay un montón de gente que no puede seguirnos. Incluso alguna vez hemos tenido que llevar a alguno a cuestas.
- Decías que aquí había alguien a quien querías ver, ¿verdad? —dice el soldado alto.

Sí.

Seguro que no tardaréis mucho en encontraros —dice el soldado alto. Y hace varios movimientos afirmativos de cabeza—. Este mundo es muy pequeño.

Espero que te acostumbres pronto —dice el soldado fornido.

Una vez te acostumbras, todo es muy fácil —dice el soldado alto. Muchas gracias.

Los dos juntan los pies, se ponen en posición de firmes y hacen un saludo militar. Salen, de nuevo con el fusil en bandolera. Recorren la calle a paso rápido y vuelven a su puesto. Deben de pasarse día y noche haciendo guardia en la puerta de entrada.

Voy a la cocina y atisbo dentro del frigorífico. Hay un montón de tomates, hay queso. También hay huevos, nabos y zanahorias. Una gran jarra de porcelana llena de leche, y mantequilla. Encuentro pan dentro de una alacena, corto un trozo y lo mordisqueo. Está un poco duro, pero no sabe mal.

En la cocina hay un fregadero con agua corriente. Doy la vuelta al grifo, sale agua. Un agua límpida y helada. Teniendo electricidad, es posible que la bombeen de algún pozo. Lleno un vaso, me lo bebo.

Me acerco a la ventana y contemplo lo que hay al otro lado. El cielo sigue cubierto de nubes grises, pero no parece que vaya a llover. Permanezco largo rato mirando por la ventana pero no consigo ver a nadie. El pueblo parece estar completamente muerto. O, tal vez, la gente, por alguna razón que desconozco, se oculta para que no la vea.

Me aparto de la ventana, me siento en una silla. Una silla de madera, dura, de respaldo recto. Hay tres sillas en total y, delante de las sillas, una mesa. La mesa es cuadrada, parece que la han barnizado repetidas veces. En las paredes estucadas que circundan la habitación no hay colgado ningún cuadro, ninguna fotografía, ningún calendario. Sólo las paredes blancas, desnudas. Del techo pende una bombilla. La bombilla está cubierta por una sencilla pantalla de cristal. La pantalla amarillea a causa del calor.

La habitación está muy limpia. Deslizo un dedo por encima de la mesa, por los marcos de las ventanas, no hay ni una mota de polvo. Ninguna sombra empaña los cristales de las ventanas. Ni los cacharros, ni la vajilla, ni la instalación de la cocina son nuevos, pero todo está reluciente y bien cuidado. En un extremo del tablero de la cocina hay un par de hornillos eléctricos de aire anticuado. Aprieto el interruptor. La luz roja del piloto se enciende al instante.

Aparte de la mesa y de las sillas, el antiguo televisor en color metido en una gran caja de madera es el único mueble de la habitación. Debe de haber sido fabricado hace unos quince o veinte años. No tiene mando a distancia. Diría que lo han recogido de alguna parte. (De hecho, todos los electrodomésticos de la cabaña parecen haber sido rescatados de la basura. Están limpios y funcionan bien, pero todos son modelos antiguos y están descoloridos.) Al encender el televisor, veo que están pasando una película antigua. *Sonrisas y lágrimas.* En Primaria, el profesor nos llevó al cine, la vi en pantalla grande. Es una de las contadas películas que vi de pequeño (porque no tenía a ningún adulto que me llevara al cine). Al severo y testarudo padre, el coronel Trapp, lo envían a Viena y, mientras tanto, María, la institutriz, lleva a los niños de excursión a la montaña. Sentados en la hierba, todos cantan canciones inocentes al son de la guitarra. Una escena muy conocida. Tomo asiento frente al televisor y me quedo mirando la película como embrujado. Si hubiera tenido a mi lado a una María durante mi infancia, mi vida habría sido muy distinta. (Lo cierto es que pensé lo mismo la primera vez que vi la película.) Pero no hace falta decir que nunca apareció nadie así.

Vuelvo a la realidad. ¿Por qué me tengo que quedar aquí, ahora, mirando con tanta seriedad *Sonrisas y lágrimas?* En primer lugar, ¿por qué *Sonrisas y lágrimas?* ¿Tendrá esta gente una antena parabólica que esté captando las ondas de algún satélite? ¿O se trata de una cinta de vídeo que ha puesto alguien en alguna parte? Concluyo que es una cinta.

Porque, al cambiar de canal, veo que sólo pasan *Sonrisas y lágrimas.* En los otros canales, lo único que se ve en la pantalla es nieve. Esta inmaculada y áspera imagen, junto con los parásitos acústicos, me hace imaginar, literalmente, una tormenta de nieve.

En la escena en que cantan *Edelweis* apago el televisor. El silencio vuelve a la habitación. Como tengo mucha sed me dirijo a la cocina, saco la jarra de leche del frigorífico y bebo. Es una leche espesa y fresca. Su sabor es muy distinto al de la leche que venden en las tiendas abiertas las veinticuatro horas. Mientras bebo un vaso tras otro, me acuerdo de la película *Los cuatrocientos golpes,* de Francois Truffaut. En la película hay una escena en que un muchacho, Antoine, que se ha escapado de casa, tiene mucha hambre y, por la mañana temprano, roba una botella de leche que un repartidor acaba de dejar a la puerta de una casa y se la va bebiendo con ansia en plena huida. Es una botella muy grande y tarda mucho en acabársela. Se trata de una escena triste y angustiosa. Tanto, que cuesta creer que la acción de comer o beber pueda resultar tan desesperante. En quinto año de Primaria, otra de las películas que vi de niño fue *Los adultos no me comprenden,* atraído por el título. Fui a verla a un cine de arte y ensayo. Cogí el tren, me fui hasta Ikebukuro, vi la película, volví a coger el tren, regresé a casa. Al salir del cine, me compré enseguida una botella de leche y me la bebí. No pude evitarlo.

Al acabarme la leche, me entra un sueño espantoso. Es un sueño tan abrumador que casi me siento mareado. Mis pensamientos se hacen más lentos, como un tren que va reduciendo la velocidad al entrar en la estación y, al final, soy incapaz de hilvanar mis ideas. Es como si la médula de los huesos se me fuera endureciendo deprisa. Voy al dormitorio y, con movimientos confusos, me saco los pantalones, los calcetines, me acuesto sobre la cama. Hundo la cabeza en la almohada, cierro los ojos. La almohada huele como la luz del sol. Un olor añorado. Lo aspiro en silencio, lo espiro. El sueño acude en un instante.

Al despertarme, me hallo envuelto en la oscuridad. Abro los ojos, y, dentro de unas tinieblas desconocidas, me pregunto a mí mismo dónde estoy. Conducido por los dos soldados, he cruzado el bosque y he llegado a un pueblo donde hay un riachuelo. Poco a poco vuelvo a acordarme de las cosas. La escena queda enfocada. Una melodía familiar suena junto a mis oídos. Es *Edelweis.* Desde la cocina me llega amortiguado el familiar ruido de cazuelas. A través de la rendija de la puerta se filtra la luz de una lámpara, y dibuja una línea recta de luz amarillenta en el suelo. La luz parece antigua y está llena de polvo.

¡ntento incorporarme sobre la cama, pero mi cuerpo está rígido. Todos mis miembros están entumecidos por igual. Aspiro una gran bocanada de aire, contemplo el techo. Se oye un entrechocar de platos. Se oye cómo alguien se desplaza con aire atareado por el suelo de la estancia. Tal vez esté preparándome la comida. Logro bajar de la cama, me pongo los pantalones, invierto en ello mucho tiempo, me calzo los calcetines y los zapatos. Hago girar suavemente el pomo de la puerta, la abro.

En la cocina hay una jovencita preparando la comida. Está inclinada sobre la cazuela, cuchara en mano, paladeando un guiso, pero al oírme abrir la puerta levanta la cabeza y se vuelve hacia mí. Es la niña que en la biblioteca Kômura visitaba cada noche mi habitación y se quedaba contemplando el cuadro. Sí, la señora Saeki a los quince años. Lleva el mismo vestido que entonces. El vestido azul celeste de manga larga. La única diferencia es que ahora lleva el pelo sujeto con una horquilla. Me mira y esboza una pequeña y cálida sonrisa. Me asalta una emoción tan violenta que siento que el mundo ha cambiado de arriba abajo. En un instante, todas las cosas con forma se han descompuesto en pedazos y, luego, han vuelto a recuperar su forma. Pero la niña no es una ilusión, ni tampoco un fantasma. Es una jovencita de carne y hueso, tangible, que está allí. Al anochecer, en una cocina real, preparándome una comida real. El vestido ligeramente abultado por el pecho, la nuca blanca como la porcelana recién hecha.

- ¡Oh! Estás despierto —me dice.

No logro pronunciar palabra. Aún estoy intentando ordenar mis ideas.

Dormías como un lirón —dice. Después vuelve a darme la espalda y paladea el guiso—. Si no te hubieses despertado, te habría dejado la comida preparada y me habría ido.

No quería dormir tanto —digo recuperando al fin la voz. —Es que has cruzado el bosque —dice—. ¿Tienes hambre?

No lo sé. Probablemente sí.

Me gustaría tocarla. Sólo para comprobar si es algo tangible. Pero no me atrevo. Me quedo allí plantado, mirándola. Aguzando el oído al ruido que hace al moverse.

La jovencita sirve en un plato blanco, sin dibujo, el estofado que ha calentado en la cazuela y lo lleva a la mesa. Lo acompaña de un bol hondo con lechuga y tomate. Y un gran pan. En el estofado hay patata y zanahoria. Un olor que me trae gratos recuerdos. En cuanto ese olor inunda mis pulmones me doy cuenta de que estoy terriblemente hambriento. Tengo que llenar el vacío de mi estómago. Mientras como, sirviéndome de un tenedor y una cuchara viejos y desgastados, ella se sienta en una silla, un poco alejada de mí, y se me queda observando. Con una expresión muy seria, como si verme comer formara parte de su trabajo. De vez en cuando se lleva la mano al pelo.

Me han dicho que tienes quince años —dice.

Sí —digo untando el pan con mantequilla—. Quince años recién cumplidos.

- Yo también tengo quince años —dice.

Asiento. Estoy a punto de decirle: «Ya lo sé». Pero todavía es demasiado pronto para pronunciar estas palabras. Continúo comiendo en silencio.

- Pues resulta que, durante un tiempo, yo prepararé la comida aquí —dice la niña—. Haré la limpieza y la colada. En la cómoda del dormitorio tienes ropa para cambiarte, coge lo que quieras. La ropa sucia déjamela en la cesta del lavabo y yo la lavaré.

¿Y quién te ha asignado este trabajo?

La jovencita se me queda mirando fijamente. No responde. Mi pregunta, como si hubiera errado el circuito, ha sido absorbida por un espacio sin nombre y ha acabado desvaneciéndose.

¿Cómo te llamas? —cambio de pregunta.
Ella sacude un poco la cabeza.

- No tengo nombre. Aquí nadie tiene nombre.

Entonces, ¿cómo voy a llamarte?

No te hará falta —dice—. Cuando me necesites, aquí estaré. —Entonces, aquí yo tampoco necesitaré un nombre, supongo. Ella asiente.

Es que tú eres tú, y no otra persona. Porque tú eres tú, ¿verdad? —Creo que sí —digo. Pero no me siento muy seguro. ¿Seré yo verdaderamente yo?

Ella me mira a la cara.

¿Te acuerdas de la biblioteca? —me decido a preguntarle. —¿La biblioteca? —Ella sacude la cabeza—. No, no me acuerdo. La biblioteca está lejos. Muy lejos de aquí. Pero no está aquí.

- Entonces, ¿hay una biblioteca?
- Sí. Pero en esta biblioteca no hay libros.
- Y si no hay libros, ¿qué hay?

No responde. Sólo ladea ligeramente la cabeza. Esta pregunta ha vuelto a ser absorbida por un circuito erróneo.

- ¿Has ido allí alguna vez?

Hace muchísimo tiempo —dice.

- Pero no fuiste para leer libros, ¿verdad?

Asiente.
No, es que allí no hay libros.

Luego, durante un rato, sigo comiendo en silencio. Estofado, ensalada y pan. Ella me mira en silencio con expresión grave. —¿Te ha gustado la comida? —me pregunta cuando he acabado.

Mucho. Estaba muy buena.

- ¿Aunque no hubiera carne o pescado?

Le señalo el plato vacío.
Mira, no he dejado nada.
La he preparado yo.
Pues estaba buenísima —repito. Y es la verdad.

El hecho de tenerla delante hace que sienta un agudo dolor en el pecho, como si me clavaran un cuchillo congelado. Es un dolor muy intenso, pero yo más bien agradezco esta intensidad. Puedo solapar mi existencia con ese dolor helado. El dolor se convierte en un ancla que me mantiene firmemente amarrado *aquí*. Ella se levanta de la silla, pone agua a calentar, prepara un té. Y, mientras me lo bebo, sentado a la mesa, ella lleva los platos sucios al fregadero y los lava. No aparto la mirada de su espalda. Quiero decir algo. Pero me doy cuenta de que, en su presencia, todas las palabras pierden su función original. O tal vez es que el sentido que debe ligar una palabra a la otra acaba perdiéndose. Me contemplo las manos. Me acuerdo de los árboles del otro lado de la ventana que brillaban a la luz de la luna. Es allí donde está el cuchillo congelado que tengo clavado en el corazón.

¿Podré volver a verte? —le pregunto.

Claro —responde ella—. Tal como te he dicho antes, cuando me necesites, aquí estaré.

¿Y no desaparecerás de repente?

Ella no responde. Únicamente me mira con aire de extrañeza, sin responder. Como diciendo: «¿ Y *adónde quieres que vaya?*».

Yo ya te había visto antes —me aventuro a decir—. En otra tierra, en otra biblioteca.

Como si quisiera demostrarme que el tema, a ella, no le interesa lo más mínimo.

- Y he venido hasta aquí para volver a verte. Para verte a ti y a otra mujer.

Ella alza la cabeza y asiente con expresión grave.

- Cruzando un espeso bosque.
- Exacto. Porque yo tenía la absoluta necesidad de veros, a ti y a la otra mujer.
- Y tú me has visto aquí.

Asiento.

- Ya te lo he dicho, ¿no? —dice la jovencita—. Que cuando me necesites, aquí estaré.

Cuando acaba de lavar los platos, mete el recipiente en la bolsa de lona donde antes llevaba la comida y se la cuelga a la espalda.

- Hasta mañana por la mañana —me dice ella—. Espero que pronto te acostumbres a estar aquí.

Plantado en el umbral de la puerta la sigo con la mirada, su figura se va fundiendo en las tinieblas que hay un poco más allá. Me he quedado solo en la cabaña. Estoy dentro de un círculo cerrado. Aquí el tiempo no es un factor importante. Aquí nadie tiene nombre. Ella estará aquí mientras yo la necesite. Aquí ella tiene quince años. Probablemente hasta la eternidad. Pero ¿qué diablos pasará *conmigo?* ¿Permaneceré también yo sumido para siempre en los quince años? ¿O es que, tal vez, la edad tampoco es aquí un factor importante?

¡ncluso después de que ella haya desaparecido me quedo en el umbral de la puerta, mirando con ojos distraídos a mi alrededor. En el cielo no hay ni luna ni estrellas. Algunas casas tienen la luz encendida. La luz se derrama por las ventanas. Una luz tan amarillenta y anticuada como la que alumbra mi habitación. Pero sigue sin verse a nadie. Sólo las luces. Fuera de la cabaña reinan las sombras negras. Y yo sé que más allá se yergue, más negra todavía que la oscuridad, la cresta de las montañas, sé que los bosques circundan el pueblo como una espesa muralla.

46

Tras descubrir que Nakata estaba muerto, Hoshino no pudo abandonar el apartamento. La «piedra de la entrada» estaba allí, podía ocurrir algo en cualquier momento y, en cuanto ese *algo* ocurriera, tenía que hallarse cerca de la piedra y reaccionar de inmediato. Ése era el trabajo que le había sido asignado, pues había heredado la parte de Nakata. Puso el aire acondicionado de la habitación donde yacía Nakata a la temperatura más baja posible, con la ventilación al máximo, y se aseguró de que las ventanas estuvieran bien cerradas.

- iEh, abuelo! Espero que no pases frío —le dijo Hoshino a Nakata. Pero, por supuesto, Nakata no expresó opinión alguna al respecto. La presencia del cadáver confería un peso especial a la atmósfera de la estancia.

El joven se sentó en el sofá de la sala de estar y dejó pasar el tiempo sin hacer nada. No le apetecía escuchar música, no le apetecía leer. Ni siquiera se sentía con ánimos para levantarse a encender la luz de la habitación, en la que reinaba una oscuridad cada vez mayor. Las fuerzas lo habían abandonado por completo y, una vez tomó asiento, ya no pudo levantarse. Las horas tardaban en llegar, tardaban en pasar. Incluso daba la impresión de que retrocedían a escondidas.

«Cuando mi abuelo murió fue duro, pero no tanto», pensó el joven. «Mi abuelo estuvo enfermo durante mucho tiempo, todos sabíamos que, un día u otro, se iba a morir. Y, cuando por fin murió, todos nos habíamos hecho ya, más o menos, a la idea. Hay una gran diferencia entre estar preparado o no estarlo. Pero no es sólo esto», pensó. Porque en la muerte de Nakata había algo que le había hecho reflexionar muy seriamente.

Como le había entrado un poco de hambre fue a la cocina, sacó arroz frito del congelador, lo descongeló y se comió la mitad. Se bebió una lata de cerveza. Volvió a la habitación vecina a ver cómo estaba Nakata. Pensaba que, a lo mejor, había resucitado. Pero Nakata seguía muerto, por supuesto. La habitación estaba tan fría como una nevera. Allí dentro no se hubiera deshecho ni un helado.

Era la primera vez que pasaba la noche bajo el mismo techo que un cadáver. No acababa de sentirse tranquilo. «No es que me dé miedo», pensó el joven. «Ni tampoco asco. Sólo que no estoy acostumbrado a tratar con cadáveres. El flujo del tiempo transcurre de una manera muy distinta entre muertos y vivos. También la resonancia de los sonidos es diferente. No, no. No me acabo de encontrar a mis anchas. ¡Qué le vamos a hacer! Nakata ahora está en el mundo de los muertos y yo estoy en el mundo de los vivos. Hay una *diferencia*.»

Se deslizó a los pies del sofá y se sentó junto a la piedra. Empezó a acariciar la piedra redonda como si fuera un gato.

- ¿Qué diablos tengo que hacer? —le dijo a la piedra—. Me gustaría dejar a Nakata en buenas manos, pero, mientras me tenga que encargar de ti, no puedo. Si sabes qué debo hacer, dímelo.

Pero no hubo respuesta. De momento era una simple piedra. Eso lo sabía incluso Hoshino. No tenía muchas esperanzas de que le respondiera por más preguntas que le hiciese. Pero el joven permaneció sentado junto a la piedra y siguió acariciándola. Le formuló una pregunta tras otra, le expuso sus razones, intentó convencerla. Apeló a su compasión. De más está decir que se daba cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Pero tampoco se le ocurría nada mejor que hacer. Además, ¿acaso no solía hablarle Nakata a la piedra de una forma similar?

«Esto de intentar darle pena a una piedra resulta patético, la verdad», pensó el joven. «Ya lo dice la expresión, ¿no? “Es tan insensible como una piedra.”»

Se levantó del suelo con la intención de ver las noticias, pero cambió de idea y lo dejó correr. Volvió a sentarse junto a la piedra. Tuvo el presentimiento de que, en aquel momento, era necesario el silencio.

- Debo quedarme esperando con las orejas bien abiertas. Pero es que esperar no es precisamente lo mío —le dijo a la piedra.

Pensándolo bien, a Hoshino la impaciencia siempre le había acarreado problemas. Había cometido muchos errores al actuar siempre guiado por el primer impulso. «Eres inquieto como un gato a principios de primavera», solía decirle su abuelo. Pero ahora no podía hacer más que sentarse y esperar. «¡Aguanta, Hoshino!», se dijo el joven a sí mismo.

Reinaba el silencio, excepto el zumbido del aire acondicionado funcionando a toda máquina, no se oía nada. El reloj dio las nueve, luego las diez. Pero no ocurrió nada. Sólo transcurría el tiempo, la noche se adentraba. El joven

trajo una manta de su habitación, se acostó en el sofá, se cubrió con ella. Porque le daba la impresión de que, incluso mientras dormía, era mejor no alejarse demasiado de la piedra. Apagó la luz y, tendido sobre el sofá, cerró los ojos.

- iEh, piedrecita! Me voy a dormir —le dijo a la piedra, a sus pies—. Mañana continuaremos hablando. Hoy ha sido un día muy largo. Y yo también tengo sueño.

»iPues sí, señor! —se repitió a sí mismo—. Un día muy largo. Han pasado muchas cosas en un solo día.

»iEh, abuelo! —dijo en voz alta dirigiéndose a la habitación de al lado—. Nakata, ¿me oyes?

No hubo respuesta. Hoshino cerró los ojos con un suspiro, se colocó bien la almohada y concilió el sueño al instante. Durmió de un tirón, sin soñar nada, hasta la mañana siguiente. En la habitación vecina, Nakata dormía tan profundamente como una piedra, sin soñar nada.

Cuando se despertó, pasadas las siete de la mañana, Hoshino fue a la habitación de al lado a ver cómo seguía Nakata. El aire acondicionado zumbaba a toda máquina, enviando aire helado a la habitación. Y, envuelto en ese frío, Nakata continuaba sin vida. Los signos de la muerte eran mucho más visibles que la noche anterior. La piel estaba mucho más pálida, la manera de cerrar los ojos era más circunspecta. Resultaba impensable que Nakata volviera a respirar de nuevo, que se levantase y dijera: «Lo siento, señor Hoshino. Nakata estaba profundamente dormido. Mil perdones. A partir de ahora, Nakata se encargará de todo. Usted tranquilo», y que resolviera el asunto de la piedra de la entrada. Nakata había muerto, ése era un hecho definitivo que nadie podía cambiar.

Temblando de frío, Hoshino salió de la habitación y cerró la puerta. Luego fue a la cocina, cogió la cafetera, hizo café y se tomó dos tazas. Tostó pan, lo untó con mantequilla y mermelada, se lo comió. Cuando acabó de desayunar, se sentó en una silla de la cocina y se fumó varios cigarrillos mientras miraba por la ventana. Durante la noche las nubes habían desaparecido y, al otro lado de la ventana, se extendía un uniforme cielo estival. La piedra seguía a los pies del sofá. Al parecer se había limitado a permanecer allí desde la noche anterior, acurrucada, sin dormir, sin despertarse. Volvió a tratar de levantarla. Lo logró sin esfuerzo.

¡Eh! —le dijo alegremente a la piedra—. Soy yo, tu querido Hoshino. ¿Te acuerdas de mí? Por lo que parece, hoy volveremos a pasar el día juntos.

La piedra siguió muda.

¡En fin! Tanto da que no te acuerdes. Tenemos todo el tiempo del mundo para ir acostumbrándonos el uno al otro.

Hoshino se sentó y, mientras la acariciaba con la mano derecha, se devanó los sesos pensando de qué diablos podría hablarle. Era la primera vez que lo hacía, así que no le resultaba fácil encontrar temas de conversación. Tan temprano por la mañana, Hoshino decidió evitar los temas demasiado serios. El día era largo y la mejor manera de encontrar temas de conversación era hablar de la primera cosa que se le ocurriera.

Tras pensárselo unos instantes, decidió hablarle de mujeres. Hoshino decidió contarle cosas sobre las chicas con las que había mantenido relaciones sexuales. Si contaba sólo a las que sabía cómo se llamaban, no salían muchas. Las contó con los dedos, daban seis. Si incluía también a las que no sabía cómo se llamaban, la lista se volvía muy larga, pero, en esta ocasión, decidió obviarlas.

- Me parece que no tiene mucho sentido hablar contigo, piedrecita, de las tías con las que me he acostado —dijo el joven—. Y tal vez no te apetezca escuchar semejante rollo a estas horas. Pero es que no se me ocurre de qué hablarte. Además, por más piedra que seas, también se te puede hablar de vez en cuando de temas ligeros, ¿no? Para que te sirva de referencia en el futuro.

El joven fue resiguiendo sus recuerdos y le contó a la piedra anécdotas con toda la precisión y exactitud de que fue capaz. La primera vez fue cuando estudiaba en el instituto. La época en que montaba en moto e iba haciendo locuras por ahí. Ella tenía tres años más que él. Era una chica que trabajaba en un bar de la ciudad de Gifu. Incluso llegaron a vivir juntos, aunque no por mucho tiempo. Ella se tomó la relación demasiado en serio e incluso decía que no podía vivir sin él.

- Llamó a mi casa, mis padres se quejaron, las cosas empezaron a embrollarse y, como estaba a punto de graduarme en el instituto, para librarme de todo aquel embolado decidí ingresar en el Ejército de Auto—

defensa. Inmediatamente después de enrolarme, me enviaron a una guarnición en Yamanashi y allí acabó nuestra relación. No volvimos a vernos.

»"¡Pero qué fastidio!" es quizá la expresión que define mi vida —le explicó Hoshino a la piedra—. En cuanto la historia se complica un poco, voy y pongo pies en polvorosa. Sin ánimo de fardar, soy de los que huyen más veloces que un rayo. Nunca he conseguido llevar nada hasta el final. Ése es mi problema.

A la segunda chica, Hoshino la conoció cerca del cuartel de Yamanashi. Un día que estaba de permiso, la ayudó en la carretera a cambiar un neumático que se le había pinchado a su Suzuki Alto, y congeniaron. Era un año mayor que él y estudiaba enfermería.

- Era muy buena chica —le contó a la piedra—. Tenía las tetas gordas y era muy cariñosa. Además, le gustaba *hacerlo*. Yo sólo tenía diecinueve años y, en cuanto nos veíamos, acabábamos en la cama. Pero todo se pifió por unos celos de lo más tontos. Los días que yo tenía permiso, a la que no nos veíamos un día, ella ya estaba con aquello de adónde había ido, qué había hecho, a quién había visto y toda la pesca. Me cosía a preguntas. Yo le decía la verdad, pero ella no me creía. Aquello era muy jodido y, al final, acabamos separándonos. Salimos un año más o menos... Tú, piedrecita, no sé cómo lo llevas, pero yo no soporto los interrogatorios. Se me corta la respiración, me deprimo. Y me largo. Lo del ejército es un chollo. A la que hay algún follón te puedes refugiar en el cuartel. Y esperar a que se calmen los ánimos. Basta con no poner los pies fuera. Porque allí dentro nadie te puede echar el guante. Tenlo presente, piedrecita. Claro que lo de cavar trincheras y apilar sacos de arena tampoco es ninguna ganga.

Mientras le decía a la piedra lo primero que se le pasaba por la cabeza, el joven tuvo conciencia real de que en toda su vida no había hecho nada más que estupideces. De las seis chicas con las que había salido, al menos a cuatro cabía calificarlas de buenas chicas (las otras dos le daba la impresión de que, objetivamente hablando, tenían un carácter un poco problemático). Por lo general lo habían tratado bien. No habían sido bellezas de esas que quitan el hipo, pero ninguna carecía de encanto. Hoshino se acostó con ellas tanto como quiso. No se quejaban si se saltaba los preliminares, que le parecían un engorro, e iba directo al grano. Los días de fiesta le preparaban la comida, le hacían regalos por su cumpleaños, le prestaban dinero antes de la paga sin pedirle a cambio garantía alguna (apenas recordaba habérselo devuelto alguna vez). Y él no se lo había agradecido jamás. Porque eso le parecía lo más natural del mundo.

Mientras salía con una chica no se acostaba con otras. Jamás había sido infiel. Al menos, en este punto, se había portado decentemente. Sin embargo, a la que ellas formulaban la mínima queja, a la que se empecinaban en convencerlo en alguna discusión, a la que se mostraban celosas, a la que le sugerían que ahorrara, a la que tenían un pequeño ataque de histeria periódico o a la que empezaban a expresarle su preocupación por el futuro, lo perdían de vista. Siempre había creído que lo esencial en una relación amorosa era que no creara complicaciones. En cuanto surgía una molestia se iba. Se buscaba otra mujer, volvía a empezar desde el principio. Hoshino siempre había creído que ése era el modo normal de proceder.

- iAy, piedrecita! Si yo hubiera sido una mujer y me hubiese topado con un cerdo egoísta como yo, me habría cabreado muy, pero que muy en serio —le confesó Hoshino a la piedra—. Ahora, incluso yo mismo me doy cuenta. Pensándolo bien, ellas me aguantaron mucho tiempo, ¿eh? Ni yo mismo logro comprenderlo.

Encendió un Marlboro y, mientras exhalaba lentamente el humo, siguió acariciando la piedra.

- ¿No es verdad? Mírame. No se me puede llamar guapo y, en la cama, tampoco soy nada del otro jueves. No tengo dinero. No tengo buen carácter. No soy inteligente... Un desastre tras otro. Soy hijo de unos campesinos pobres de Gifu, he pasado de soldado a conductor de camiones de largo recorrido. Con todo, volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que siempre he tenido mucha suerte con las mujeres. No es que arrasara entre las tías, pero nunca me ha faltado una. Podía follar, me hacían la comida, incluso me dejaban dinero. Pero ¿sabes, piedrecita?, las cosas buenas no duran eternamente. Desde hace un tiempo que me viene dando cada vez más esa impresión. Es como si alguien me dijera: «iAy, Hoshino! Muy pronto tendrás que pagar por ello».

El joven continuó hablándole de esta guisa a la piedra, mientras la acariciaba. Se había acostumbrado hasta tal punto a acariciarla que cada vez le era más difícil dejar de hacerlo. A mediodía oyó el timbre de una escuela cercana. Fue a la cocina, se preparó unos *udon* y se los comió. Les había añadido cebolleta tierna picada y un huevo.

Después de la comida volvió a escuchar el *Trío del archiduque.*

- iEh, piedrecita! —le dijo a la piedra al final del primer movimiento—. ¿Qué? Bonita música, ¿eh? Al escucharla te da la sensación de que se te ensancha la mente, ¿no te parece?

La piedra callaba. Tampoco estaba claro si escuchaba la música o no la escuchaba. Pero el joven, sin concederle importancia a ese detalle, continuó hablando.

Tal como te vengo diciendo desde esta mañana, yo he hecho muchas guarradas a lo largo de mi vida. He ido siempre a la mía. Pero ya es demasiado tarde para volver atrás. ¿No te parece? Sin embargo, al estar así, escuchando la música, me da la impresión de que Beethoven viene y me dice: «Hoshino, déjalo correr. La vida es así. Yo también hice cosas intolerables mientras vivía. ¡Qué le vamos a hacer! Así son las cosas. Tú, i ánimo y adelante!». Claro que, siendo Beethoven como era, no creo que me dijera eso. Pero, con todo, lo cierto es que me ha ido transmitiendo poco a poco algo parecido a través de su música. ¿No te da esa impresión?

La piedra callaba.

¡En fin! Es igual —exclamó Hoshino—. En definitiva, ésta no es más que mi opinión personal. Bueno, me callo para que podamos escuchar la música.

Pasadas las dos, al mirar por la ventana, Hoshino vio un gato negro y gordo que estaba subido a la barandilla de la veranda y atisbaba hacia el interior de la habitación. El joven abrió la ventana y, aburrido, le dirigió la palabra al gato.

- iEh, gatito! Qué buen tiempo hace, ¿eh?

En efecto, Hoshino —le respondió el gato.

- i Me rindo! —dijo el joven. Y sacudió la cabeza.

El joven llamado Cuervo El joven llamado Cuervo volaba despacio por encima del bosque trazando grandes círculos. Cuando terminaba un círculo, se alejaba un poco y volvía a dibujar otro círculo perfecto sobre la siguiente zona. Diversos anillos se perfilaban en el cielo para, acto seguido, borrarse. Su mirada convergía en algún punto muy abajo, como si se tratara de un avión de reconocimiento que sobrevolara la zona. Parecía estar buscando algo. Pero no le resultaba fácil localizarlo. Bajo sus ojos, el bosque se extendía serpenteando y formaba grandes curvas como un mar sin tierra. El bosque vestía su verde y anónimo manto de ramas verdes que se entrelazaban y se superponían las unas a las otras. El cielo estaba cubierto de nubes grises, no soplaba el viento. La anhelada luz no se hallaba en ninguna parte. En aquellos instantes, el joven llamado Cuervo tal vez era el pájaro más solo del universo. Pero no tenía tiempo de reparar en ello.

Finalmente descubrió lo que parecía una abertura en el mar de vegetación y descendió en picado hacia aquel punto. Era un claro de bosque similar a una pequeña plaza. En aquel reducido espacio, hasta donde llegaba la luz del sol, crecía, como un símbolo de algo, la hierba verde. En un extremo del claro del bosque había una gran piedra plana y, sobre la piedra, un hombre sentado. Llevaba un chándal de color rojo brillante y, en la cabeza, un sombrero de copa negro. Calzaba botas de alpinista de suela gruesa, a sus pies descansaba una bolsa de lona de color caqui. La indumentaria era bastante estrafalaria, pero eso al joven llamado Cuervo tanto le daba. Era la persona a quien estaba buscando. Y la apariencia era lo último que le importaba.

Al oír el batir de alas, el hombre levantó la vista y vio al joven llamado Cuervo posado en una gran rama cercana.

- ¡Hola! —le dijo el hombre al joven con voz alegre.

El joven llamado Cuervo no respondió. Posado en la rama miraba fijamente, sin pestañear y con ojos inexpresivos, al hombre. Sólo ladeaba un poco, de vez en cuando, la cabeza.

- Sé quién eres —dijo el hombre. Alargó una mano, alzó ligeramente el sombrero de copa y se lo volvió a poner—. Ya suponía que aparecerías de un momento a otro.

El hombre carraspeó, hizo una mueca, escupió al suelo. Luego restregó la suela del zapato, por encima del escupitajo, contra el suelo.

- Estaba descansando y me aburría un poco al no tener a nadie con quien hablar. ¿Qué? ¿Te vienes a mi lado? Podemos charlar un rato. Es la primera vez que te veo, pero no se puede decir que entre nosotros dos no haya nada —dijo el hombre.

El joven llamado Cuervo siguió con la boca firmemente cerrada. Incluso las alas las mantenía pegadas al cuerpo.

El hombre del sombrero de copa sacudió un poco la cabeza.

- ¡Ah, claro! Ya comprendo. Es que tú no puedes hablar. Bueno, no importa. Permíteme que diga yo unas palabras. Aunque tú no puedas articular palabra, yo ya sé a qué has venido. En resumen, lo que tú no quieres es que yo siga adelante, ¿verdad? ¿No es cierto? Eso lo sé incluso yo. Lo preveía. Tú no quieres que prosiga. Pero yo, sin embargo, quiero avanzar. Y, si me preguntas por qué, pues te diré que es porque ésta es una de esas ocasiones que no se presentan todos los días. Y no quiero dejarla escapar. Porque ésta es una de esas oportunidades que se dan una sola vez en la vida.

Se propinó un golpe seco en la bota de alpinista a la altura del tobillo.

- Si empiezo por la conclusión, te diré que tú no podrás detenerme, porque tú no reúnes los requisitos para hacerlo. Yo, por ejemplo, puedo tocar la flauta. Y en cuanto lo haga, tú ya no podrás acercarte a mí. Así son mis flautas. No sé si lo sabes, pero son un tipo de flautas muy especial. Muy distintas a las flautas normales y corrientes. Y tengo la bolsa llena de ellas.

El hombre alargó la mano y dio un golpecito a la bolsa que descansaba a sus pies. Luego volvió a levantar la vista hacia la gran rama donde estaba posado el joven llamado Cuervo.

- He hecho estas flautas con almas de gatos. Las he construido reuniendo las almas que les arrancaba mientras todavía estaban vivos. No es que no sintiera pena por los pobres animales, pero no podía hacer otra cosa. Estas flautas se encuentran más allá de principios vulgares como pueden ser el bien y el mal, el amor y el

odio. Mi misión a lo largo de mucho tiempo ha sido construir estas flautas. Y yo he desempeñado bien mi trabajo, he cumplido mi papel. He llevado una vida de la que no debo avergonzarme ante nadie. Me casé, tuve un hijo, he hecho una cantidad de flautas suficiente. Y ahora ya no tengo que hacer más. Entre nosotros, hablando en confianza, te diré que voy a usar estas flautas que llevo aquí para hacer otra flauta más grande. Una flauta mucho más grande, más poderosa. Una flauta de grandes proporciones que será un sistema en sí misma. Ahora voy camino del lugar idóneo para construirla. Si esta flauta ha de servir para hacer el bien o para hacer el mal, eso, al fin y al cabo, no lo decidiré yo. Ni tú tampoco, por supuesto. Dependerá del lugar donde esté y del momento en que me encuentre. En este sentido soy un hombre sin prejuicios. No tengo prejuicios, como no los tienen la historia o los fenómenos atmosféricos. Y, justamente porque no los tengo, puedo transformarme en un sistema.

Se quitó el sombrero de copa, se frotó los ralos cabellos de la coronilla con la palma de la mano, volvió a ponerse el sombrero y se alisó el ala con el dedo.

- Si tocara la flauta, te espantaría como a una mosca. Pero, de momento, preferiría no hacerlo. Para tocar mis flautas se necesita mucha fuerza. Y no quiero desperdiciar mis fuerzas inútilmente. Quiero reservarlas, en lo posible, para más adelante. Además, tanto si toco la flauta como si no la toco, tú no podrás detenerme. Eso es más que obvio. —El hombre volvió a carraspear. Se frotó por encima del chándal su incipiente barriga—. ¿Sabes lo que es el limbo? El limbo es un territorio intermedio entre la vida y la muerte. Un lugar borroso y solitario. Vamos, es el lugar donde ahora me encuentro. Este bosque, en definitiva. Yo estoy muerto. He muerto por voluntad propia. Sin embargo, aún no he entrado en el mundo siguiente. Es decir, que soy un alma en tránsito. Y un alma en tránsito no tiene forma. Yo me he limitado a adoptar, por el momento, este aspecto. Así que tú no puedes herirme. ¿Entiendes? Por más sangre que llegara a derramar, no sería sangre verdadera. Por mucho que pudiera sufrir, mi sufrimiento no sería auténtico. A mí sólo puede destruirme quien reúna los requisitos para hacerlo. Y, por desgracia, no es tu caso. Porque tú, por decirlo de alguna manera, no eres más que una ilusión inmadura y de talla ínfima. Por más fuerte que sea tu determinación, no lograrás acabar conmigo.

El hombre se volvió hacia el joven llamado Cuervo y le sonrió alegremente.

- ¿Qué? ¿Lo probamos?

Como si esas palabras fueran una señal, el joven llamado Cuervo desplegó las alas en toda su envergadura, abandonó la rama y se precipitó sobre el hombre. Un vuelo directo y rápido. Le clavó las garras en el pecho, echó la cabeza atrás y clavó con todas sus fuerzas la punta del afilado pico en el ojo derecho del hombre. Mientras tanto, sus alas negras batían el aire con estrépito. El hombre no ofreció resistencia. No movió un brazo, no movió un dedo. No lanzó ni un solo alarido de dolor. Por el contrario, comenzó a reírse a carcajadas. El sombrero cayó al suelo, el globo ocular reventó en un instante, se desprendió de su cuenca, se desparramó por fuera. El joven llamado Cuervo se ensañó con los dos ojos del hombre. Cuando las dos cuencas oculares quedaron vacías empezó a asestarle, veloz como el rayo, picotazos en la cara, sin tregua, por donde podía. El rostro del hombre se cubrió de heridas, empezó a manar sangre. Su rostro se tiñó de rojo, la piel se desgarró, la carne saltó a jirones. El rostro quedó convertido en un instante en una masa sanguinolenta. Acto seguido, el joven llamado Cuervo hundió el pico sin piedad en la rala coronilla del hombre. Pero el hombre continuó riendo sin parar. Como si lo encontrara tan divertido que no pudiera contener la risa. Cuanto mayor era la saña con la que el joven llamado Cuervo lo atacaba, más estridentes eran las carcajadas del hombre.

Sin dejar de mirar al joven llamado Cuervo con las dos cuencas vacías, desprovistas de los globos oculares, y entre carcajadas, el hombre logró articular:

- ¡Ja! ¡Ja! Que conste que ya te había avisado. ¡No me hagas reír! Por más que lo intentes, no podrás herirme. Porque tú, ¿sabes?, no cumples los requisitos para hacerlo. Tú no eres más que una vana ilusión. No eres más que un eco irrisorio. Hagas lo que hagas será inútil. ¿No lo has comprendido todavía?

En aquel momento, el joven llamado Cuervo asestó un picotazo dentro de la boca que soltaba aquellas palabras. Sus grandes alas seguían batiendo con furia el aire, había perdido un montón de plumas negras y brillantes que danzaban por el espacio como fragmentos de alma. El joven llamado Cuervo le rasgó la lengua, se la perforó, introdujo el pico en aquel agujero y, tirando hacia fuera con todas sus fuerzas, logró arrancársela. Era una lengua terriblemente gruesa y larga. Incluso después de haber sido arrancada de la garganta, la lengua seguía arrastrándose resbaladiza como un molusco, conformando las palabras que tejen las tinieblas. Sin lengua,

el hombre, evidentemente, no pudo seguir riendo. Al parecer, tampoco podía respirar. Pero, no obstante, aguantándose las ijadas, seguía riendo sin hacer ruido. El joven llamado Cuervo oyó esa risa muda. Unas carcajadas que no cesarían jamás, tan funestas y vacías como el aire que atraviesa un árido desierto lejano. Unas carcajadas que no dejaban de parecerse al sonido de una flauta que llegara de otro mundo.

47

Me despierto poco antes del amanecer. Caliento agua en el hornillo eléctrico, me preparo un té y me lo bebo. Me siento en una silla junto a la ventana, miro hacia fuera. En las calles no hay nadie, no se oye nada. A mis oídos no llegan los trinos de los pájaros matutinos. Por estar rodeado de las montañas, en este lugar amanece tarde y anochece pronto. Sólo un pálido resplandor, hacia el este, corona las montañas. Para ver la hora voy al dormitorio, cojo mi reloj, que he dejado junto a la cabecera de la cama, y lo miro. No funciona. La pantalla digital está apagada. Aprieto varios botones al tuntún para probar, pero no se produce cambio alguno. Las pilas no tenían por qué agotarse todavía. Pero el tiempo, mientras dormía, vete a saber por qué, tal vez se haya detenido. Vuelvo a dejar el reloj de pulsera sobre la mesilla, me froto con la mano derecha la muñeca de la mano izquierda, donde siempre llevo el reloj. *Aquí el tiempo no es un factor importante.*

Mientras contemplo aquel paisaje que no incluye pájaro alguno, me entran ganas de leer algo. Cualquier libro. Con tal de que tenga letra impresa y forma de libro me conformo. Cogerlo, hojearlo, recorrer con los ojos los caracteres que se alinean en sus páginas. Pero no hay ningún libro. Aquí no parece existir la letra impresa. Recorro de nuevo la habitación con la mirada. No alcanzo a ver nada escrito.

Abro la cómoda, estudio la ropa que contiene. Está cuidadosamente doblada y guardada dentro de los cajones. No hay ninguna prenda nueva. Toda la ropa está descolorida, con la tela desgastada tras múltiples lavados. Pero parece limpísima. Camisetas de cuello redondo y ropa interior. Calcetines. Polos de algodón. Pantalones de algodón. Todo aproximada —aunque no exactamente— de mi talla. Ninguna prenda lleva dibujo. Todas, sin excepción, son lisas. Parece como si, en el mundo, no hubieran existido jamás las telas estampadas. Por lo que puedo apreciar de una ojeada, ninguna prenda tiene la etiqueta de la marca. Aquí no hay nada escrito. Me quito la camiseta que llevaba, que huele a sudor, y me pongo una gris que hay en uno de los cajones. La camiseta huele a jabón y a sol.

Poco después —¿cuánto tiempo debe de haber transcurrido?— viene la jovencita. Llama débilmente a la puerta y entra sin esperar respuesta. En la puerta no hay llave ni nada parecido. La niña lleva una gran bolsa de lona colgada del hombro. El cielo que aparece a sus espaldas ya ha clareado del todo.

Al igual que la víspera, la jovencita se planta en la cocina y me hace una tortilla en una pequeña sartén negra. Cuando, tras calentar el aceite, casca los huevos y los echa en la sartén, suena un agradable chisporroteo. El olor a huevos frescos llena la habitación. Tuesta pan en una tostadora de formas rechonchas que recuerda las que aparecen en las películas antiguas. La niña lleva el mismo vestido azul celeste que la noche anterior, también se ha vuelto a recoger el pelo hacia atrás con una horquilla. Tiene la piel suave y hermosa. Sus delgados brazos, parecidos a la porcelana, relucen a la luz de la mañana. Por la ventana abierta de par en par, tal vez con la finalidad de hacer este mundo un poco más completo, entra una pequeña abeja. Tras dejar la comida sobre la mesa, la niña se sienta en una silla cercana y me mira mientras como. Me tomo la tortilla de verduras, el pan untado con mantequilla fresca. Me bebo una infusión. Ella no prueba un solo alimento, no bebe nada. Todo parece repetirse igual que la noche anterior.

Las personas que hay aquí, ¿se hacen todas ellas la comida? —le pregunto—. No sé, como tú me la preparas a mí.

Hay personas que se la hacen ellas mismas y otras a quienes se la preparan otros —dice ella—. Pero, por lo general, aquí nadie come *demasiado.*

¿Nadie come demasiado?

Ella asiente.

Con comer *a veces* ya tienen bastante. A veces les entran ganas de comer y comen.

O sea, que nadie come como estoy comiendo yo ahora.

¿Tú podrías pasarte un día sin comer?

Sacudo la cabeza en ademán negativo.

Pues las personas que hay aquí, aunque no coman en todo el día, no sienten hambre, y, de hecho, a veces incluso se olvidan de comer. A veces durante días.

Pero yo todavía no me he acostumbrado a este lugar, así que, hasta cierto punto, tengo que comer.

- Es posible —dice ella—. Por eso yo te preparo la comida. La miro a la cara.

¿Cuánto tardaré en acostumbrarme a este lugar?

¿Cuánto tiempo? —repite ella. Y mueve despacio la cabeza en ademán negativo—. No lo sé. No es una cuestión de tiempo. No tiene nada que ver con la cantidad de tiempo. Cuando llegue *el momento,* tú ya te habrás acostumbrado.

Estamos hablando sentados cada uno a un lado de la mesa. Sus dos manos descansan sobre ésta. Una junto a la otra, con las palmas hacia abajo. Veo sus diez dedos, fuertes, sin titubeos, aquí presentes como algo real. La miro de frente. Contemplo el delicado temblor de sus pestañas, cuento sus parpadeos. Observo la pequeña oscilación de su flequillo. No puedo apartar los ojos de ella.

¿El momento?

- El momento en que tú descubras que no es necesario cortarte algo de ti mismo para arrojarlo fuera. Nosotros no lo desechamos, nosotros lo asimilamos en nuestro interior.
- ¿Y yo lo asimilaré en mi interior?

Sí.

- Entonces —pregunto—, cuando lo haya asimilado, ¿qué diablos ocurrirá?

La niña reflexiona con la cabeza algo ladeada. Un gesto muy natural. Su flequillo también se ladea al compás del movimiento de la cabeza.

Pues, quizá, que tú seas enteramente tú —dice.
O sea, que yo ahora no soy enteramente yo.

Tú, ahora, eres tú más que de sobra —dice ella. Reflexiona un poco—. A lo que yo me refiero es a algo ligeramente diferente. Pero no sé explicarlo con palabras.

- ¿Que no lo entenderé hasta que llegue el momento en que lo experimente en realidad?

Ella asiente.

Cuando me empieza a resultar duro mirarla, cierro los ojos. Vuelvo a abrirlos enseguida. Para asegurarme de que ella todavía sigue allí.

¿Aquí vivís en comunidad?
Ella vuelve a reflexionar.

Aquí todos vivimos juntos y algunas cosas son de uso común. Como, por ejemplo, las duchas, la central eléctrica o el intercambio comercial. Sobre el uso de estas cosas hay una especie de acuerdos sencillos. Nada del otro mundo. Cosas que se pueden entender sin pensar demasiado, cosas que se pueden comunicar sin tener que traducirlas en palabras. Por lo tanto, casi no hay nada sobre lo que yo pueda decirte: «Esto se hace así», o «Aquí tienes que hacer esto otro». Lo más importante es que aquí cada uno es quién es y qué vamos diluyéndonos en lo que nos rodea. Si actúas de este modo, no tendrás ningún problema.

¿Diluirse?

- Es decir, que cuando tú estás en el bosque, tú eres, sin fisuras, parte del bosque. Cuando estás bajo la lluvia, tú eres, sin fisuras, parte de la lluvia que cae. Cuando estás inmerso en la mañana, tú eres, sin fisuras, parte de la mañana. Cuando estás delante de mí, tú eres parte de mí. De eso se trata. Explicado de una manera fácil de entender.

Cuando tú estás frente a mí, eres parte de mí.
Sí.

¿Y qué sensación produce eso de que siendo completamente tú pases a formar parte, sin fisuras, de otra cosa?

Ella me mira de frente. Se toca la horquilla del pelo.

Que yo, siendo yo, pase a ser una parte sin fisuras de ti es algo muy natural cuando te acostumbras, incluso algo muy sencillo. Como volar por el cielo.

¿Puedes volar por el cielo?

Sólo era un ejemplo —dice ella sonriendo. Una sonrisa por el placer de sonreír. Desprovista de significados profundos o de sentidos ocultos—.Tampoco puedes entender qué es volar por el cielo hasta que vuelas de verdad. Se trata de lo mismo.

Pero se trata de algo natural en lo que no hace falta pensar, ¿no es así?

Asiente.

Sí. Es algo muy natural, muy plácido, muy agradable, en lo que no hace falta pensar. Algo sin fisuras.

¿No te estaré haciendo demasiadas preguntas?

En absoluto. Para nada —dice—. Pero me gustaría poder explicártelo mejor.

¿Tienes recuerdos?

Ella vuelve a sacudir la cabeza. Deposita de nuevo las manos sobre la mesa. Esta vez con las palmas hacia arriba. Ella se las mira un instante. Pero en su rostro no aflora expresión alguna.

No tengo recuerdos. Donde no es importante el tiempo, tampoco lo son los recuerdos. Por supuesto, me acuerdo de lo de ayer. Yo vine aquí y te preparé un estofado de verduras. Y tú te lo comiste todo, ¿verdad? De lo que sucedió anteayer también me acuerdo de algo. Pero ya no recuerdo lo anterior. El tiempo se va disolviendo en mí, forma un todo, no puedo distinguir una cosa de la siguiente.

Los recuerdos aquí no son algo tan importante.

Ella sonríe.

Sí. Los recuerdos aquí no son algo tan importante. La memoria ya la trata la biblioteca.

Cuando ella se va, me acerco a la ventana y dejo que se me calienten las manos al sol de la mañana. La sombra de mis manos se proyecta en el alféizar. Se distingue claramente la forma de los cinco dedos. La abeja deja de volar y se posa en silencio en el cristal de la ventana. También ella parece estar, al igual que yo, sumergida en serias meditaciones.

Poco después de que el sol haya alcanzado su punto más alto, *ella* me visita. Pero no es la señora Saeki bajo la forma de la jovencita. Llama débilmente a la puerta, abre la puerta. Por un instante me cuesta discernir entre *ella* y la jovencita. Las cosas pueden sufrir fácilmente una alteración a causa de sutiles cambios de la luz debidos a la forma en que sopla el viento. Me da la impresión de que ella se convertirá de un momento a otro en la jovencita, y de que, acto seguido, volverá a ser la señora Saeki. Pero esto no ocurre. Frente a mí está la señora Saeki, y nadie más.

Buenas tardes —me saluda la señora Saeki con voz muy natural. Como cuando nos cruzábamos por el pasillo en la biblioteca. Lleva una blusa azul marino y, como es de esperar, una falda hasta las rodillas también de color azul marino. El fino collar de plata, el par de pequeñas perlas en los lóbulos de las orejas. Su aspecto habitual. Sus tacones resuenan con un ruido seco en el entarimado del porche. Este sonido contiene algo inapropiado, que no casa con el lugar.

La señora Saeki, de pie en el umbral, un poco alejada de mí, me observa con atención. Como si quisiera comprobar si soy realmente yo. Claro que soy mi yo verdadero. Al igual que ella es la auténtica señora Saeki.

¿Quiere pasar a tomar un té? —pregunto.

Gracias —dice la señora Saeki. Y, finalmente, como si hubiese tomado una decisión, accede a la estancia.

Voy a la cocina, enchufo el calentador eléctrico, caliento agua. Mientras tanto acompaso mi respiración. La señora Saeki toma asiento frente a la mesa. En la misma silla donde se ha sentado antes la niña.

Parece que nos encontremos en la biblioteca.
Sí, es cierto —asiento—. Aunque sin café y sin Ôshima.
Y sin un solo libro —dice la señora Saeki.

Hago una infusión, la sirvo en dos tazas, las llevo a la mesa. Nos sentamos cara a cara. A través de la ventana abierta llega el trino de los pájaros. La abeja sigue durmiendo en el cristal de la ventana.

La señora Saeki es la primera en hablar.

- La verdad es que no me ha sido nada fácil llegar hasta aquí. Pero tenía que verte y hablar contigo.

Asiento.
Gracias por venir.
Ella esboza la sonrisa de siempre.

Tenía que decírtelo —confiesa. Su sonrisa es casi idéntica a la de la niña. Pero la de la señora Saeki posee más profundidad. Esta sutil diferencia hace que se me estremezca el corazón.

La señora Saeki sostiene la taza envolviéndola con ambas manos. Contemplo las dos pequeñas perlas blancas en los lóbulos de sus orejas. Ella reflexiona unos instantes. Tarda más que de costumbre en pensar.

He quemado todos mis recuerdos —dice escogiendo las palabras despacio—. Todos se han convertido en humo y han desaparecido en el cielo. Así que algunas cosas no podré seguir recordándolas por mucho tiempo. Olvidaré. Algunas cosas, todas las cosas. También a ti. Por eso quería hablar contigo lo antes posible, aunque sólo fuera unos instantes. Mientras mi mente todavía pueda recordar.

Doblo el cuello y miro la abeja en el cristal de la ventana. En el alféizar, la sombra de la abeja negra se proyecta en un único punto.

- Lo más importante de todo —dice la señora Saeki en voz baja es que tienes que salir de aquí lo antes posible. Cruza el bosque, vete y vuelve a tu vida de antes. Porque la puerta de entrada no tardará en cerrarse. Prométeme que lo harás.

Sacudo la cabeza.

Señora Saeki, usted no lo entiende. Yo no tengo *mundo al que volver*. A mí nadie me ha querido, nadie me ha necesitado en toda mi vida. Aparte de mí, jamás he tenido a nadie en quien confiar. La «vida de antes» de la que usted habla para mí no tiene ningún sentido.

A pesar de ello, debes volver.
¿Aunque allí no tenga nada? ¿Aunque no haya nadie que desee que yo esté allí?
No es así —dice ella—. Yo lo deseo. Yo deseo que tú estés allí.
Pero *usted* no está allí. ¿No es cierto?
La señora Saeki baja la mirada hacia la taza, que rodea con ambas manos.
Sí. Por desgracia, yo ya no estoy allí.
Entonces, ¿qué quiere usted de mí una vez que esté yo de vuelta?

- Quiero una sola cosa —responde la señora Saeki. Alza los ojos, me mira de frente—. Quiero que te acuerdes de mí. Si tú me recuerdas, no me importará que el resto del mundo me olvide.

El silencio se abate sobre nosotros. Un silencio profundo. Dentro de mi pecho crece una pregunta. Tan enorme que me obstruye la garganta y me corta la respiración. Pero consigo tragármela.

Le pregunto otra cosa:

¿Tan importantes son los recuerdos?

Depende —dice ella. Cierra los ojos con desmayo—. A veces no hay nada tan importante como los recuerdos.

- Pero usted ha quemado los suyos.

Ya no me servían para nada —dice la señora Saeki apoyando ambas manos sobre la mesa, una junto a la otra, con las palmas hacia abajo. Exactamente igual que ha hecho antes la niña—. Tamura, quiero pedirte un favor. Llévate *el cuadro.*

¿El cuadro de la orilla del mar? ¿El que estaba colgado en la habitación de la biblioteca donde me alojaba yo?

- Sí. *Kafka en la orilla del mar.* Quiero que te lo lleves. A donde sea. A donde vayas en el futuro.
- Pero aquel cuadro debe de pertenecer a alguien.

La señora Saeki sacude la cabeza.

Es mío. Antes de irse a Tokio, él me lo regaló. Desde entonces siempre lo he tenido junto a mí y, adondequiera que haya ido, siempre lo he colgado en mi cuarto. Cuando empecé a trabajar en la biblioteca Kómura, lo devolví a su habitación. A su lugar de origen. En el cajón de mi escritorio hay una carta dirigida a Ôshima en la que digo que te cedo el cuadro. En primer lugar, originalmente, aquel cuadro era *tuyo.*

¿Mío?

Asiente.

Sí. Tú estabas allí. Yo estaba a tu lado y te miraba. Hace mucho, muchísimo tiempo, en la orilla del mar. Soplaba el viento, unas nubes blanquísimas flotaban en el cielo y siempre era verano.

Cierro los ojos. Estoy en la playa, en verano. Estoy tendido en una tumbona. Puedo sentir el tacto áspero de la lona en la piel. Lleno mis pulmones del olor a agua marina. Aunque cierre los párpados sigue deslumbrándome la luz del sol. Se oye el rumor de las olas. El rumor se aleja y se acerca como si oscilara movido por el tiempo. Un poco más allá, alguien me está pintando. A su lado hay sentada una niña con un vestido azul celeste de manga corta. La niña mira hacia donde yo estoy. Lleva un sombrero de paja, con una cinta blanca, y deja escurrir la arena entre los dedos. Tiene el pelo liso, los dedos largos y fuertes. Dedos de pianista. Bañados por la luz del sol, sus brazos brillan, tersos como la porcelana. En las comisuras de sus labios se dibuja una sonrisa espontánea. Yo la amo. Ella me ama.

Éstos son mis recuerdos.

- Quiero que conserves siempre el cuadro —dice la señora Saeki.

Se levanta, se acerca a la ventana. Mira hacia fuera. Hace poco que el sol ha alcanzado su cénit. La abeja sigue durmiendo. La señora Saeki alza la mano derecha, se la pone en la frente formando visera y mira a lo lejos. Luego se vuelve hacia mí.

Me tengo que ir —dice.

Me levanto, me acerco a ella. Su oreja roza mi cuello. Noto el tacto duro de la perla. Apoyo las palmas de las manos en su espalda. Como si intentara descifrar algún enigma. Su pelo acaricia mi mejilla. Sus manos me abrazan con fuerza. Las puntas de sus dedos se me clavan en la espalda. Dedos que se aferran a una pared llamada tiempo. Huele a mar. Se oye el rumor de las olas rompiendo en la playa. Alguien me está llamando. En la lejanía.

- ¿Es usted mi madre? —le pregunto al fin.—Tú ya deberías conocer la respuesta —dice la señora Saeki.

Sí. La conozco. Pero ni ella ni yo podemos formularla con palabras. Si lo hiciéramos, todo perdería su sentido.

Hace mucho tiempo abandoné a alguien a quien no debería haber abandonado —me revela la señora Saeki—. Al ser que amaba por encima de todas las cosas. Me aterraba perderlo, así que tuve que dejarlo yo. Antes de que me lo arrebataran o de que desapareciera por cualquier circunstancia fortuita preferí abandonarlo yo. Por supuesto, también estaba presente un sentimiento de ira que no amainaba. Pero me equivoqué. Jamás tenía que haberlo abandonado.

Permanezco en silencio.

A ti te abandonó alguien que, a su vez, nunca debió ser abandonado —dice la señora Saeki—. ¿Podrás perdonarme?

¿Tengo derecho a hacerlo?

¡nclinada sobre mi hombro, ella asiente varias veces.

Si no te lo impiden la ira y el miedo.

Señora Saeki, si tengo derecho a hacerlo, la perdono —digo.

Madre, dices, yo te perdono. Y algo helado que se halla dentro de tu corazón empieza a crujir.

La señora Saeki se deshace del abrazo en silencio. Se quita una horquilla del pelo y, sin titubear, se clava la afilada punta en la parte interior del brazo izquierdo. Violentamente. Y, con la mano derecha, se presiona la vena con fuerza. La sangre empieza a manar de la herida. La primera gota cae al suelo con un estrépito inesperado. Luego, sin decir nada, la señora Saeki me tiende el brazo. Vuelve a caer otra gota al suelo. Me inclino y poso los labios sobre la herida. Lamo la sangre con la lengua. Con los ojos cerrados, la saboreo. Me lleno la boca de sangre, me la bebo despacio. Recibo su sangre en el fondo de la garganta. Y la piel reseca de mi corazón la va absorbiendo en silencio. Por primera vez comprendo cuánto necesitaba yo esta sangre. Mi mente se halla en un mundo terriblemente lejano. Pero, al mismo tiempo, mi cuerpo permanece *aquí*. Igual que un espíritu vivo. Llego a pensar que me gustaría beber hasta la última gota de su sangre. Pero no puedo hacerlo. Aparto los labios de su brazo, la miro.

Adiós, Kafka Tamura —se despide la señora Saeki—. Vuelve al lugar de donde has venido y continúa viviendo.

- Señora Saeki —digo.

¿Qué?

- No le encuentro sentido a la vida.

Ella aparta las manos de mi cuerpo. Alza la vista hacia mi rostro. Alarga la mano, posa un dedo sobre mis labios.

- Mira el cuadro —me dice en voz baja—. Mira siempre el cuadro, tal como hacía yo.

La señora Saeki se va. Abre la puerta y sale sin mirar atrás. Cierra la puerta. De pie junto a la ventana, observo cómo se aleja su silueta. Desaparece a paso rápido detrás de un edificio. Con la mano apoyada en el alféizar de la ventana, me quedo contemplando indefinidamente el lugar por donde ha desaparecido. Tal vez se le haya olvidado decirme algo y regrese de nuevo. Pero la señora Saeki no vuelve. A sus espaldas sólo ha dejado un hueco, la forma que ha tomado su ausencia.

La abeja dormida se despierta y empieza a zumbar a mí alrededor. Poco después, como si de repente se acordara de algo, sale por la ventana abierta. El sol sigue brillando. Vuelvo a la mesa, me siento en una silla. En su taza aún queda un poco de infusión. No toco la taza, la dejo tal como está. Esta taza pronto será una metáfora de los recuerdos que se irán perdiendo.

Me quito la camiseta, vuelvo a vestirme con la que olía a sudor. Cojo el reloj muerto, me lo pongo en la muñeca izquierda. Me pongo la gorra de Oshima con la visera hacia atrás, las gafas de sol azul celeste. Me pongo la camisa de manga larga. Voy a la cocina, me lleno un vaso de agua, me lo bebo de un tirón. Dejo el vaso en el fregadero, me doy la vuelta, barro la habitación con la mirada. Hay una mesa, y sillas. La silla donde estaba sentada la niña, y la señora Saeki. Encima de la mesa todavía queda una taza de infusión a medio beber. Cierro los ojos, respiro hondo una vez. «Tú ya deberías conocer la respuesta», dice la señora Saeki.

Abro la puerta, salgo. Cierro la puerta. Desciendo los escalones del porche. Mi sombra se proyecta nítidamente en el suelo. Parece adherida a mis pies. El sol todavía está alto.

En la entrada del bosque, los dos soldados me esperan apoyados en el tronco de un árbol. Al verme no me hacen una sola pregunta. Parecen saber de antemano qué estoy pensando. Llevan el fusil en bandolera, como antes. El soldado alto tiene unas briznas de hierba en las comisuras de los labios.

La puerta de entrada sigue abierta —dice el soldado alto, todavía con las briznas en las comisuras de los labios—. Al menos lo estaba cuando la he visto hace un rato.

¿No te importa que avancemos tan rápido como ayer? —pregunta el soldado fornido—. ¿Podrás seguirnos?

- No habrá problema. Os seguiré.

Si cuando lleguemos allí nos encontramos la puerta cerrada, no habrá manera de regresar, ¿vale? —me dice el soldado alto.

En ese caso, no te habrá servido de nada intentarlo, ¿sabes?
Sí —digo.
¿Estás seguro de que quieres marcharte? —me pregunta el soldado alto.

- Sí.

Entonces, démonos prisa.

- Es mejor que no mires atrás —me dice el soldado fornido.

Sí, mejor será que no lo hagas —conviene el soldado alto. Volvemos a cruzar el bosque.

Sin embargo, mientras subo una cuesta, lanzo una rápida ojeada a mis espaldas. Los soldados me han dicho que no lo haga, pero no puedo evitarlo. Es la última oportunidad que tengo de ver el pueblo abajo, a mis pies. Una vez pasado este punto, la muralla de árboles me obstruirá la vista y ese mundo se borrará de mis ojos posiblemente para siempre.

Por las calles sigue sin verse un alma. El hermoso río que cruza la cuenca fluye a lo largo de una calle donde se alinean pequeños edificios, y los postes de la electricidad, plantados a intervalos regulares, proyectan sus oscuras sombras en el suelo. Por un instante me quedo helado en ese punto. Pienso que tengo que volver suceda lo que suceda. Al menos quiero quedarme hasta el anochecer. Cuando el sol se ponga, la niña de la bolsa de lona volverá a mi habitación. *Cuando la necesite, ahí estará.* Un calor inunda de repente mi pecho, un poderoso imán me atrae hacia atrás. Mis pies no pueden moverse, como si estuviesen enterrados en plomo. A la que dé un solo paso hacia delante, ya no podré volver a verla jamás. Me detengo. Pierdo de vista el paso del tiempo. Quiero llamar a los soldados que avanzan delante de mí. No quiero volver, quiero quedarme aquí. Pero no logro emitir ningún sonido. Las palabras han perdido la vida.

En este momento estoy atrapado entre el vacío y el vacío. Ya no comprendo qué es lo correcto y qué no lo es. Ni siquiera sé qué deseo. Estoy solo en medio de una espantosa tempestad de arena. Alargo el brazo y ni siquiera alcanzo a ver el extremo de la mano. No puedo moverme. Me envuelve una arena blanca y fina, como polvo de huesos. Pero la señora Saeki me habla desde algún lugar.

- A pesar de ello tienes que volver —me dice con tono resuelto—. Yo lo deseo. *Yo deseo que estés allí.*

El hechizo se ha roto. Vuelvo a ser uno solo. La sangre caliente vuelve a mi cuerpo. Es la sangre que ella me ha cedido. Su última sangre. Un instante después avanzo en pos de los soldados. Doblo un recodo y el pequeño mundo entre las montañas se borra de mi campo visual. Desaparece absorbido entre un sueño y otro. A partir de ahora me concentro únicamente en cruzar el bosque. En no perder el camino. En no apartarme de él. Eso es lo primordial.

La puerta de entrada todavía está abierta. Aún falta para que anochezca. Les doy las gracias a los dos soldados. Ellos se descargan los fusiles de la espalda, vuelven a tomar asiento sobre la gran roca plana. El soldado alto se lleva unas hierbas a la comisura de los labios. No tienen la respiración entrecortada.

No olvides lo de la bayoneta —me dice el soldado alto—. Se la clavas en el estómago al enemigo y la empujas hacia un lado. Luego vas retorciéndola hasta hacerle trizas las vísceras. Si no, vas a ser tú quien acabe con la bayoneta clavada en el estómago. El mundo exterior es así.

No sólo eso, hombre —dice el soldado fornido.

- Claro —admite el soldado alto. Y carraspea—. Me refería a la parte oscura.

Además es muy difícil discernir entre el bien y el mal —dice el soldado fornido.

Pero debes hacerlo —dice el soldado alto.

Posiblemente —conviene el soldado fornido.

- Otra cosa —dice el soldado alto—. Una vez que te alejes de aquí, no puedes volver la vista atrás ni una sola vez hasta que llegues a tu destino.

Es algo muy importante —dice el soldado fornido.

Hace un rato, pese a todo, has logrado escabullirte —dice el soldado alto—. Pero ahora la historia va mucho más en serio. Hasta que llegues no te vuelvas ni una sola vez.

Bajo ningún concepto —me advierte el soldado fornido.

De acuerdo —digo yo. Les doy las gracias de nuevo, me despido de ellos.

- Adiós —les digo.

Ellos se ponen en pie, dan un taconazo y hacen el saludo militar. Probablemente no vuelva a verlos jamás. Lo sé yo. Y lo saben ellos. Nos separamos.

Apenas recuerdo qué camino he seguido para volver a la cabaña de Oshima después de despedirme de los soldados. Me da la sensación de que he ido pensando en otra cosa mientras atravesaba el bosque. Pero no me he extraviado. Recuerdo vagamente haber encontrado la mochila que a la ida había tirado a un lado del camino, y haberla recogido casi en un acto reflejo. Lo mismo ha sucedido con la brújula, la podadera, el aerosol. También recuerdo el momento en que han aparecido las señales amarillas con que yo había marcado los troncos de los árboles. Parecían escamas que hubiera dejado a su paso una polilla gigantesca.

De pie en el espacio abierto delante de la cabaña, alzo la vista al cielo. Me doy cuenta de lo vivos que son los sonidos de la naturaleza a mí alrededor. Los trinos de los pájaros, el murmullo del riachuelo, el susurro del viento meciendo las hojas de los árboles. Todos sonidos humildes. Pero llegan a mis oídos con una viveza y una intimidad asombrosas, como si se me hubieran destapado de repente las orejas. Todos los sonidos están ligados, entrelazados, pero se puede distinguir claramente cada uno de ellos. Lanzo una ojeada al reloj que llevo en la muñeca. En un momento u otro ha empezado a funcionar. En la pantalla verde figuran los dígitos de la hora, y los números van sucediéndose el uno al otro como si nada hubiera sucedido. Son las 4:16.

Entro en la cabaña, me acuesto en la cama vestido. Tras haber atravesado aquel bosque tan denso, mi cuerpo necesita imperiosamente descansar. Me tiendo boca arriba, cierro los ojos. Hay una abeja descansando en el cristal de la ventana. Bañados a la luz del sol, los brazos de la niña brillan como la porcelana. «Es un ejemplo», dice ella.

- Mira el cuadro —dice la señora Saeki—. Como hacía yo.

La blanquísima arena del tiempo se escurre a través de los delgados dedos de la niña. Se oye un tenue rumor de olas rompiendo en la orilla. Suben, bajan, se deshacen. Suben, bajan, se deshacen. Mi conciencia está siendo absorbida dentro de una especie de corredor oscuro.

48

¡Me rindo! —repitió Hoshino.

- No tienes por qué rendirte, Hoshino —dijo el gato negro con aire fatigado. Tenía la cara grande y parecía bastante viejo—. Total, te estabas aburriendo, ¿no? Hasta el punto de pasarte el día hablando con una piedra.

¿Puedes hablar como las personas?

- Yo no estoy hablando como las personas.

No lo entiendo. Entonces, ¿cómo estamos charlando los dos tan ricamente? Un gato y una persona.

Porque los dos nos hallamos en el borde del mundo, hablando una lengua común. Sólo eso.

Hoshino reflexionó.

- ¿Borde del mundo? ¿Una lengua común?

Mira, si no lo entiendes, déjalo correr. Es que es un poco largo de explicar —dijo el gato con unas cortas y displicentes oscilaciones de rabo.

¡Eh, tú, chaval! ¿No serás el Colonel Sanders, por casualidad? —dijo el joven.

¿El Colonel Sanders? —dijo el gato, malhumorado—. ¿Y ése quién es? Yo soy yo, y nadie más. Soy un gato normal y corriente. —¿Tienes nombre?

Hasta aquí llego.
¿Y cómo te llamas?
Toro —dijo el gato con reluctancia.
¿Toro? —repitió el joven.

Sí, pero el toro' del *sushi*, ¿eh? —dijo el gato—. La verdad es que mi dueño es el propietario de una *sushi—ya* del barrio. También tiene un perro, y al perro lo llama Tekka.

¿Y cómo sabías mi nombre?

A estas alturas eres bastante famoso, ¿sabes? —dijo Toro, el gato negro, y sonrió durante unos instantes.

Era la primera vez que Hoshino veía sonreír a un gato. Pero la sonrisa se borró enseguida y el gato volvió a adoptar su expresión dócil de costumbre.

Los gatos lo sabemos todo —dijo el gato—. Que el señor Nakata murió ayer, que aquí hay una piedra muy importante, todo lo que ha ocurrido por la zona, no hay nada que nosotros no sepamos. Como vivimos tantos años.

¡Ya! —dijo el joven admirado—. Pero estamos hablando aquí de pie, ¿por qué no pasas adentro?

El gato sacudió la cabeza sin moverse de encima de la barandilla.

No, estoy bien aquí. Dentro no me siento tranquilo y, además, hace buen tiempo. ¿Por qué no hablamos aquí?

- A mí tanto me da un sitio como otro —dijo Hoshino—. ¿Qué? ¿Tienes hambre? Algo encontraremos para comer, digo yo. El gato sacudió la cabeza.
- Pues, aquí donde me ves, a mí la comida no me falta. Mi problema es más bien el contrario. No comer tanto. Estando en una *sushiya,* debo tener cuidado con el colesterol. Además, a la que engordo, me cuesta andar arriba y abajo.

Dime, Toro —dijo el joven—. ¿Qué te ha traído hoy por aquí?

Pues, mira —dijo el gato—. He pensado que quizás estarías en apuros. Te has quedado solo, con ese asunto tan complicado de la piedra aún por resolver.

- Exacto. Es tal como dices. Vamos, que me encuentro en un callejón sin salida.
- Y he venido a echarte una mano.

- Pues te lo agradecería mucho —dijo el joven—. Ya lo dicen, ¿no? «Está tan apurado que hasta le pediría ayuda a un gato.»
- El problema es la piedra —dijo Toro. Luego sacudió reiteradamente la cabeza para ahuyentar a una mosca.

Una vez devuelvas la piedra a su sitio se te habrán acabado los problemas. Podrás ir a donde quieras. ¿No es así?

Pues sí. Una vez haya cerrado la puerta de entrada se habrá acabado la historia. Tal como dijo Nakata, lo que se ha abierto, se tiene que cerrar. Es una regla.

¿Quieres que te diga entonces lo que debes hacer?

- ¿Lo sabes? —preguntó Hoshino.
- Claro que lo sé —dijo el gato—. Te lo acabo de decir. Los gatos lo sabemos todo. A diferencia de los perros.

Y, dime, ¿qué debo hacer?
Matar a aquel tipo —dijo el gato dócilmente.

- ¿Matar? —repitió Hoshino.

Sí, Hoshino. Tú debes matar a aquel tipo.
¿Y quién es?

- Cuando lo veas, lo sabrás. ¡Ah! Es *él* —dijo el gato negro—. Pero mientras no lo veas, no lo sabrás. Para empezar, él no tiene una forma definida. Adopta una u otra según le conviene.

¿Es una persona?

- No. Esto sí que te lo puedo asegurar.

¿Y qué pinta tiene?

No lo sé —contestó Toro—. Te lo acabo de decir. En cuanto le eches una ojeada lo sabrás. Mientras no lo veas, no lo sabrás.

Hoshino suspiró.

¿Y cuál es la verdadera identidad *del tipo ese?*

- Tú no necesitas saber eso —dijo el gato—. Es muy difícil de explicar y, encima, quizá sea mejor que no lo sepas. Sea como sea, el tipo ahora está agazapado, esperando. Escondido en la oscuridad, conteniendo la respiración, observando lo que sucede a su alrededor. Pero no podrá quedarse eternamente inmóvil. Tendrá que salir antes o después. Es posible que hoy mismo. Y él, entonces, se cruzará sin falta en tu camino. Es una oportunidad única.
- ¿Una oportunidad única?

Sí. Una ocasión que sólo se da una vez cada mil años —explicó—. Tú tienes que esperarlo y matarlo. Entonces se habrá acabado la historia y tú podrás irte finalmente a donde quieras.

- Y si me lo cargo, ¿no tendré luego problemas con la ley?

Yo, de leyes, no entiendo —dijo el gato—. Al fin y al cabo soy un gato. Pero el tipo ese no es un hombre, así que no creo que tenga nada que ver con la justicia. Sea como sea, es importantísimo acabar con él. Eso lo sabe incluso un gato normal y corriente.

Pero ¿cómo debo matarlo? Ni siquiera sé el tamaño que tiene, ni la pinta que tiene. No sé absolutamente nada. Así no se pueden hacer planes para matar a alguien, ¿no te parece?

- No importa cómo lo hagas. Puedes golpearlo con un martillo. Clavarle un cuchillo. Estrangularlo. Quemarlo. Matarlo a mordiscos. Utiliza el método que prefieras. Lo importante es que deje de respirar. Debes liquidarlo con firmeza y determinación. Tú estuviste en el Ejército de Autodefensa, ¿verdad? Aprendiste a disparar un fusil gracias al dinero de los contribuyentes, ¿no? Aprendiste a utilizar la bayoneta, ¿no? Eres un soldado, ¿no? Pues entonces debes de ser capaz de decidirlo tú solito.

En el ejército aprendí las técnicas de combate normales —protestó Hoshino débilmente—. Pero nadie me enseñó cómo tender una emboscada y machacar con un martillo a una *cosa grande que no es una persona y que ni siquiera sé qué forma tiene.*

Él intentará pasar por la «puerta de entrada» —dijo el gato ignorando las palabras del joven—. Pero no debe hacerlo. No tiene que entrar bajo ningún concepto. Hay que detenerlo antes de que acceda a la «puerta de entrada». Esto es fundamental. ¿Lo has comprendido? Si dejamos escapar esta oportunidad, no tendremos otra.

- Una ocasión que sólo se da una vez cada mil años.

Exacto —dijo Toro—. Claro que eso es sólo una expresión.

Pero, Toro, el tipo ese puede ser muy peligroso, ¿no? —preguntó Hoshino medrosamente—. ¿Y si es él el que acaba matándome a mí?

- Mientras se esté desplazando *quizá* no sea tan peligroso —dice el gato—. Pero en cuanto deje de moverse sí puede serlo. Y mucho. Por lo tanto, no dejes pasar la oportunidad de atacarlo mientras esté en movimiento. Dale entonces el golpe de gracia.
- *¿Quizá?* —pregunta Hoshino.

El gato negro no respondió. Con los ojos entrecerrados se desperezó sobre la barandilla y se incorporó despacio.

Hasta luego, Hoshino. No metas la pata y mátalo. Si no, Nakata no acabará de morir del todo. No podrá descansar en paz. Y tú apreciabas mucho a Nakata, ¿verdad?

- Sí, era un buen hombre.

Entonces, mata a ese tipo. Ya sabes, una gran determinación en el pensamiento, y luego ejecutas tu idea sin dudarlo un instante. Esto es lo que Nakata hubiera querido que hicieras. Y tú lo harás por Nakata. Los *requisitos* que él tenía han recaído en ti. Tú, hasta ahora, has sido un vivalavirgen, has eludido todas las responsabilidades.

Ahora es el momento de pagar tu deuda. No la pifies. Cuentas con mi apoyo.

- Eso es alentador —dijo Hoshino—. Oye, se me acaba de ocurrir una cosa.
- ¿Qué?
- Eso de que la puerta de entrada continúe abierta, ¿no será porque es una especie de señuelo para atraer al tipo ese?
- Es posible —dijo Toro, el gato negro, como si el hecho careciera de importancia—. Por cierto, Hoshino, me he olvidado de decirte una cosa. El tipo sólo puede moverse por la noche. Es muy posible que se ponga en movimiento a altas horas de la noche. Así que duerme bien durante el día. Que no te pille dando cabezadas y desaproveches la oportunidad.

El gato negro saltó grácilmente de la barandilla al tejado de la casa vecina y se marchó con la cola erguida. Para lo grandote que era, el gato era muy ágil. El joven siguió con los ojos la figura gatuna que se alejaba. El gato no se volvió ni una sola vez.

- ¡Jo! —dijo el joven—. i Me rindo!

Cuando el gato desapareció, Hoshino fue a la cocina y buscó utensilios que pudieran servirle como arma. Había un cuchillo de cortar pescado con la hoja terriblemente afilada, y una pesada macheta. En la cocina no había más que los cacharros de cocina básicos, pero contaba con un extenso surtido de cuchillos. Aparte de los cuchillos encontró un martillo grande y pesado y una cuerda de nailon. Y también un punzón de picar hielo.

- ¡Ojalá tuviera un fusil automático! —pensó Hoshino mientras rebuscaba en la cocina. En el Ejército de Autodefensa, el joven había aprendido a usarlo y siempre sacaba una puntuación muy alta en las prácticas de tiro. Pero no hace falta decir que en la cocina no encontró ninguno. Además, si en aquella tranquila urbanización empezaran a sonar disparos de fusil automático, podría armarse la de san Quintín.

Hoshino dejó el cuchillo, la macheta, el punzón, el martillo y la cuerda bien alineados sobre la mesita de la sala de estar. Luego se sentó al lado de la piedra y empezó a acariciarla.

- ¡Joder! i Mira que...! —le dijo Hoshino a la piedra—. Esta historia de que tengo que luchar armado con cuchillos y mazas contra n*o sé qué bicho* no tiene ni pies ni cabeza, ¿no te parece? Ya no te cuento lo de que me dé las instrucciones un gato negro del barrio. Ponte en mi lugar. i Mira que...!

Pero, por supuesto, la piedra no hizo ningún comentario.

Toro, el gato negro ese, me ha dicho que *quizá* no sea peligroso, pero eso, en definitiva, es sólo un *quizá.* No es más que una suposición optimista. Si hay algún error y se me aparece un bicho tipo *Parque Jurásico,* ya me dirás qué hago. ¡Adiós, Hoshino! Pobre de mí.

Silencio.

Hoshino cogió el martillo y lo blandió en el aire.

Pero, pensándolo bien, también esto es el destino. Desde el momento en que recogí a Nakata en la estación de servicio de Fujigawa, ya estaba escrito que acabaría sucediendo esto. Yo debía de ser el único que no lo sabía. El destino es algo muy raro —dijo Hoshino—. ¡Eh, piedrecita! ¿Y a ti qué te parece?

Silencio.

le vamos a hacer! Por más que me queje es el camino que he elegido. Y no me queda más remedio que seguirlo hasta el final. No tengo ni idea de la mala pinta que tendrá el bicho ese, de lo asqueroso que puede llegar a ser, pero, i en fin!, i qué más da! Me dejaré la piel en el intento. Mi vida habrá sido corta, pero habré pasado muy buenos ratos. También ha habido cosas interesantes en mi vida. Según Toro, el gato negro, ésta es una ocasión que sólo se da una vez cada mil años. Algo grande, vamos. Tampoco estará tan mal que me coronen de laureles. O a mi cadáver. Todo sea por Nakata.

La piedra seguía guardando silencio.

Tal como le había dicho el gato, Hoshino echó una cabezadita sobre el sofá en previsión de la noche. Hacer la siesta por órdenes de un gato le resultaba extraño, pero, en cuanto se tendió en el sofá, durmió profundamente alrededor de una hora. A última hora de la tarde fue a la cocina, descongeló marisco al curry, lo echó por encima del arroz y se lo comió. Luego, al caer la noche, se sentó junto a la piedra con los cuchillos y el martillo al alcance de la mano.

Apagó la luz de la habitación, aunque dejó encendida una lamparilla. Le pareció que era mejor así. Se trataba de algo que sólo se movía de noche. Mejor dejárselo todo bien oscuro. Hoshino quería acabar lo antes posible. «Si tienes que salir, sal de una puta vez y zanjemos el asunto. Luego me volveré a mi apartamento de Nagoya y le daré un telefonazo a alguna tía.»

El joven había dejado de hablarle a la piedra. Guardaba silencio, inmóvil, echando de vez en cuando una ojeada al reloj. Cuando se aburría, cogía los cuchillos o el martillo y los blandía en el aire. De ocurrir algo sería a medianoche, se dijo. Pero también era posible que fuese antes, no podía dejar pasar la oportunidad. «Es una ocasión que sólo se da una vez cada mil años», pensó. No podía hacer el burro. Cuando notaba un vacío en la boca, roía alguna galleta salada o bebía agua mineral.

¡Eh, piedrecita! —le susurró Hoshino a la piedra a medianoche—. Por fin son las doce pasadas. La hora de las brujas. Tengamos los ojos bien abiertos a ver si pasa algo.

Hoshino tocó la piedra. Le dio la sensación de que la superficie de la piedra estaba un poco más caliente que de costumbre. Pero eso tal vez fueran figuraciones suyas. Para infundirse ánimos acarició la superficie de la piedra varias veces.

Cuento con tu apoyo, ¿verdad? Es que Hoshino necesita todo el apoyo moral que pueda conseguir.

Eran poco más de las tres de la madrugada cuando, desde la habitación donde yacía Nakata, le llegó una especie de susurro amortiguado. El sonido de algo reptando por encima del tatami. Pero en el cuarto de Nakata no había tatami. El suelo estaba cubierto por una alfombra. El joven levantó la cabeza, aguzó el oído. No cabía ninguna duda. Ignoraba a qué se debía aquel ruido, pero en la habitación donde yacía Nakata estaba ocurriendo algo. El corazón empezó a latirle con fuerza. Agarró el cuchillo de cortar pescado con la mano derecha, la linterna con la izquierda. Se colgó el martillo del cinturón, se levantó del suelo.

- ¡Allá voy! —gritó sin dirigirse a nadie en particular.

Hoshino se dirigió, ahogando sus pasos, hacia la puerta del cuarto de Nakata y la abrió con cuidado. Apretó el interruptor de la linterna y dirigió rápidamente el haz de luz hacia donde estaba el cadáver. Era de allí de donde

procedía el susurro, no había duda. La luz de la linterna iluminó un cuerpo blanco, largo y delgado. En aquel preciso instante reptaba hacia fuera por la boca del cadáver, serpenteando y retorciéndose. Por la forma, recordaba un calabacín. El grosor sería equivalente al del brazo de un hombre robusto. La longitud total era una incógnita, pero ya debía de haber salido alrededor de la mitad.

El cuerpo era viscoso, resbaladizo y despedía una luz blanca. La boca de Nakata estaba abierta de par en par, como la de una serpiente, para permitir el paso de aquel cuerpo. Incluso era posible que se le hubiese desencajado la mandíbula.

Hoshino tragó saliva ruidosamente. La mano que sostenía la linterna empezó a temblar, y con ella el haz de luz. «¡Joder! ¿Cómo voy a matar esto?», pensó. Por lo que alcanzaba a ver, no tenía brazos, ni piernas, ni ojos, ni nariz. Era tan resbaladizo que no había por donde agarrarlo. ¿Cómo podía liquidar para siempre una cosa así? Además, ¿qué tipo de criatura era aquello?

¿Habría vivido siempre, de modo similar a un insecto parásito, oculto dentro del cuerpo de Nakata? ¿O se trataba del alma de Nakata? ¿No, no podía ser! La intuición le decía que eso era imposible. Una cosa tan desagradable como aquélla no podía haber estado dentro del cuerpo de Nakata. «Si eso lo sé hasta yo», se dijo Hoshino. «Esta cosa habrá venido de vete a saber dónde y, a través de Nakata, querrá escabullirse por la puerta de entrada. Aparece cuando le da la gana y utiliza a Nakata a su antojo, como si fuera un pasadizo. No puedo permitir que le haga esto a Nakata. Tengo que matarlo, sea como sea. Tal como ha dicho Toro: *tener una gran determinación en el pensamiento y luego ejecutar tu idea con decisión.* Adelante.»

Se acercó resueltamente a Nakata y clavó el afilado cuchillo de cortar pescado cerca de lo que parecía ser la cabeza de la cosa blanca. Lo extrajo, volvió a clavarlo. Repitió la acción una y otra vez. Pero aquel cuerpo apenas oponía resistencia a las cuchilladas. Sólo notaba como si le estuviera clavando el cuchillo a unas verduras tiernas. Debajo de la superficie blanca y resbaladiza no había carne, ni huesos, ni vísceras, ni cerebro. Tan pronto retiraba el cuchillo de la herida, aquella especie de mucosidad cerraba inmediatamente la brecha. No manaban de las heridas ni sangre ni fluido corporal alguno. «Este bicho es completamente insensible», pensó Hoshino. Por más agresiones que recibiera, la cosa seguía, como si nada, deslizándose por la boca de Nakata, reptando en su imparable avance hacia fuera.

Hoshino arrojó el cuchillo al suelo, volvió a la sala de estar, cogió la macheta que había dejado sobre la mesita y volvió al cuarto. Luego la abatió con todas sus fuerzas sobre la cosa blanca. Al primer golpe le partió la cabeza por la mitad. Tal como suponía Hoshino, dentro no había nada. Estaba rellena de la misma sustancia blanca, imprecisa, que la piel exterior. Tras asestarle varios golpes de macheta, finalmente una parte de la cabeza acabó separándose del cuerpo. La parte desprendida quedó retorciéndose en el suelo como una babosa, pero pronto dejó de moverse, como si hubiese muerto. Con todo, este hecho no logró detener el avance del resto del cuerpo. La mucosidad recubría las heridas que se cerraban en un abrir y cerrar de ojos, y por la parte que había quedado seccionada se producía un aumento de volumen y el cuerpo recobraba así su forma original. Y seguía avanzando sin tregua.

La cosa blanca salió completamente de la boca de Nakata y mostró su cuerpo en toda su longitud. Mediría, en total, alrededor de un metro, e incluso tenía cola. Gracias a la cola, Hoshino pudo estar seguro, por primera vez, de dónde se localizaba la cabeza. La cola era pequeña y gorda como la de una salamandra. En el extremo se afinaba de repente. No tenía patas. No tenía ojos, ni boca, ni nariz. Pero podía jurarse que estaba provista de voluntad. *«Mejor dicho, esta cosa no tiene nada más que voluntad»*, pensó Hoshino. No le hacía falta la lógica para comprenderlo. «Sólo mientras se desplaza, vete a saber por qué, toma *casualmente* esta forma.» Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. De todas formas, debía acabar con aquello.

A continuación, el joven probó con el martillo. Tampoco dio resultado. Al golpear con aquel mazacote de hierro, la parte que recibía el impacto se hundía de manera sorprendente, pero la mucosidad y la suave piel de alrededor iban recubriendo el boquete y la cosa recuperaba enseguida su aspecto original. Luego Hoshino se hizo con la mesita de la sala y, agarrándola por las patas, golpeó con ella la cosa blanca. Pero, aunque le dio con todas sus fuerzas, no logró detenerla. No se desplazaba deprisa, pero, reptando como una serpiente poco diestra, se estaba dirigiendo ya a la habitación vecina, donde estaba la piedra de la entrada.

«Este bicho es diferente a cualquier otro animal», pensó Hoshino. «A este bicho no se le puede liquidar con ninguna arma. No tiene vísceras donde clavarle el cuchillo, ni garganta que estrangular. ¿Qué puedo hacer? Si no se me ocurre nada, llegará a la "puerta de entrada". Y eso no puedo permitirlo. Es un bicho maligno. Toro, el gato

negro, ya me lo ha dicho: "Cuando lo veas, lo sabrás". Y sí, tenía razón. En cuanto lo he visto lo he comprendido. A esto no se lo puede dejar con vida.»

Hoshino fue a la sala de estar en busca de otra cosa que pudiera usar como arma. No encontró nada. Luego sus ojos toparon con la piedra, a sus pies. La piedra de la entrada. Quizá pudiera aplastar a la cosa esa con ella. Envuelta en la oscuridad, parecía estar rodeada de una aureola de un tenue color rojo. El joven se agachó e intentó levantarla, sólo para probar. La piedra se había vuelto terriblemente pesada y no la pudo mover ni un milímetro.

- ¡Vaya! Conque te has vuelto la piedra de la entrada, ¿eh? —dijo el joven—. O sea, que tengo que cerrarte antes de que la cosa esa llegue hasta aquí. Para que no pueda entrar.

El joven intentó con todas sus fuerzas levantar la piedra. Pero ésta seguía sin moverse.

- No quieres moverte, ¿eh? —le dijo Hoshino a la piedra respirando hondo—. ¿Sabes, piedrecita, que pesas más que la otra vez? Lograrás que se me caigan los cojones al suelo, maja.

A sus espaldas seguía oyéndose aquel susurro. La cosa blanca se aproximaba cada vez más. Apenas quedaba tiempo.

- Voy a intentarlo de nuevo —dijo el joven y puso una mano sobre la piedra. Respiró hondo, se llenó los pulmones de aire hasta casi reventar, retuvo el aire dentro. Se concentró en un solo punto, agarró la piedra con las dos manos por un extremo. Si no lograba levantarla, no tendría una segunda oportunidad. «¡ Ánimo, Hoshino!», se dijo a sí mismo. «Ha llegado la hora de la verdad, déjate aquí los huevos.» Con toda la fuerza de la que fue capaz, acompañándose de un alarido, trató de levantar la piedra. La piedra se levantó sólo un poco. Volvió a tensar al máximo sus músculos para lograr que la piedra se separara del suelo.

Su mente quedó en blanco. Sintió cómo los músculos de los brazos se le hacían jirones. Sus testículos ya debían de estar por los suelos desde hacía rato. Pero la piedra no se separaba del suelo. Hoshino pensó en Nakata. Él había sacrificado los años de vida que le quedaban para cumplir la misión de abrir y cerrar la piedra. Y él debía desempeñar su papel hasta el final. Había heredado los *requisitos* de Nakata. Se lo había dicho el gato negro. Sus músculos necesitaban un suministro de sangre nueva. Los pulmones le pedían el aire fresco necesario para fabricar sangre. Pero él no podía respirar. Comprendió que la muerte se le estaba aproximando. Pronto, ante sus ojos, el abismo del vacío abriría sus fauces. Pero Hoshino, reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban, atrajo de nuevo la piedra hacia sí. Logró levantarla como pudo y la piedra cayó del revés, con estrépito, al suelo. El suelo tembló por el impacto. Los cristales de las ventanas vibraron. Era un peso terrible, inmenso. Hoshino, sentado tal como había caído, aspiró una profunda bocanada de aire.

- ¡ Buen trabajo, Hoshino! —se dijo a sí mismo un poco después.

Una vez que estuvo cerrada la puerta de entrada, acabar con la cosa blanca le resultó a Hoshino mucho más fácil de lo que había esperado. Aquello ya no tenía ningún lugar adonde ir. Y la cosa blanca lo sabía. Dejó de avanzar hacia donde se dirigía y vagó por la habitación buscando algún lugar donde esconderse. Tal vez hubiese querido volver a meterse dentro de Nakata. Pero carecía de las fuerzas necesarias para huir. Rápido como una centella, Hoshino la persiguió y asestó varios golpes sobre ella con la macheta. Volvió a cortar los trozos seccionados en trozos más pequeños. Al principio, los trozos blancos quedaron retorciéndose sobre el suelo de madera de la estancia, pero pronto las fuerzas los abandonaron y, poco a poco, dejaron de moverse. Allí quedaron, rígidos, redondos, muertos. Debido a la mucosidad, la alfombra despedía un brillo blanco. Hoshino recogió todos los pedazos del cadáver con el recogedor, los metió en una bolsa de basura, la ató fuertemente con un cordel y, luego, metió esta primera bolsa dentro de una segunda bolsa de basura, que ató, asimismo, fuertemente con un cordel. Al final metió la bolsa de basura en una bolsa de tela gruesa que había dentro del armario empotrado.

Cuando hubo terminado, Hoshino sintió cómo las fuerzas lo abandonaban de repente, cayó de rodillas al suelo, permaneció allí respirando hasta que se le llenaron los pulmones mientras alzaba los hombros. Las dos manos le temblaban. Quiso decir algo, pero no le salían las palabras.

- ¡ Lo has conseguido, Hoshino! —se dijo a sí mismo poco tiempo después.

Debido a la lucha con la *cosa blanca* y al hecho de haberle dado la vuelta a la piedra, había ocasionado un estrépito espantoso y a Hoshino le preocupaba la posibilidad de que algún vecino se hubiera despertado y llamado a

la policía. Sin embargo, por suerte, no sucedió nada. No se oyó la sirena de ninguna ambulancia, nadie llamó a la puerta. Lo último que quería Hoshino era ver a la policía irrumpiendo de pronto en el apartamento. Sabía que no había ninguna posibilidad de que la cosa blanca volviera a la vida. Ya no tenía lugar adonde ir. Sin embargo, mejor curarse en salud. En cuanto amaneciera la quemaría en la playa. La convertiría en cenizas. Y después volvería a Nagoya.

Ya casi eran las cuatro de la mañana. Pronto amanecería. Era hora de retirarse. Hoshino metió algo de ropa para cambiarse en la bolsa de viaje. Decidió guardar dentro las gafas de sol y la gorra de los Chúnichi Dragons por si acaso. Sólo faltaría que la policía lo pillara al final de todo. Cogió una botella de aceite para ensalada con el objetivo de quemar la bolsa. Se acordó del CD de *El trío del archiduque* y lo metió también en la bolsa. Por último se acercó a la cama donde yacía Nakata. El aire acondicionado seguía funcionando a toda máquina y la habitación parecía un congelador.

¡Eh, abuelo! Me voy —dijo el joven—. Me sabe mal, pero tú no te puedes quedar aquí para siempre. En cuanto llegue a la estación llamaré a la policía para que se hagan cargo de tu cadáver. Te dejaré en manos de los simpáticos guardias. O sea, que ya no nos volveremos a ver. No te olvidaré, abuelo. Nunca. Vamos, como si eso fuera posible.

El aire acondicionado se detuvo con estrépito.

¿Sabes qué pienso, abuelo? —prosiguió el joven—. A partir de ahora, siempre que ocurra algo en mi vida, por pequeño que sea, pensaré: «Nakata, en esta situación, diría esto», «Nakata, en esta situación, haría lo otro». Al menos ésa es la sensación que tengo. Y eso, abuelo, es algo muy grande. Es decir, que significa que una parte de ti, abuelo, sigue viviendo dentro de mí. Vamos, no es que yo sea un continente muy lúcido, pero, i en fin!, mejor eso que nada, ¿no?

Sin embargo, la persona a la que Hoshino se estaba dirigiendo no era más que la muda de Nakata. La parte más importante hacía mucho tiempo que se había ido a otra parte. Y eso también lo sabía Hoshino.

¡Eh, piedrecita! —le dijo Hoshino a la piedra. La acarició. Volvía a ser una piedra cualquiera. Fría, áspera—. Me voy. Me vuelvo a Nagoya. Tu asunto, al igual que el del abuelo, lo dejaré en manos de la policía. Quería devolverte personalmente al santuario, pero tengo muy mala memoria y no me acuerdo de dónde está la capilla de la que te saqué. Lo siento mucho. Perdóname. No me lances ninguna maldición. Yo sólo hice lo que el Colonel Sanders me dijo. Así que, si se tiene que maldecir a alguien, que sea a él. ¡En fin! Pase lo que pase, encantado de haberte conocido. A ti, piedrecita, tampoco te olvidaré.

Luego, se calzó las Nike, con su suela gruesa, y salió de la casa. No cerró la puerta con llave. Llevaba la bolsa de viaje en la mano derecha y la bolsa con los pedazos de cadáver de la *cosa blanca* en la izquierda.

- Damas y caballeros, es la hora de la fogata —dijo Hoshino alzando la vista al cielo del este que empezaba a teñirse con los colores del amanecer.

49

Pasadas las nueve de la mañana oigo el motor de un vehículo que se acerca y salgo a la puerta. Poco después aparece un todoterreno de sólidas ruedas y cabina elevada. Es un Datsun cuatro por cuatro que tiene toda la pinta de llevar más de medio año sin que lo haya lavado nadie. En la parte de atrás acarrea dos largas tablas de surf muy usadas. El coche se detiene frente a la cabaña. Al pararse el motor, la tranquilidad vuelve a los alrededores. La puerta del todoterreno se abre, se apea un hombre alto. Lleva una camiseta holgada de color blanco, unos pantalones cortos caqui y unas zapatillas de deporte con la desgastada suela rajada. En la camiseta, llena de manchas de aceite, puede leerse: NO FEAR. Debe de rondar los treinta años. Es de espaldas anchas, está bronceado de los pies a la cabeza, lleva barba de tres días. El pelo lo tiene lo bastante largo como para cubrirle del todo las orejas. Deduzco que debe de tratarse del hermano de Ôshima, el surfista, el que vive en Kóchi.

¡Hola! —saluda.
¡Buenos días! —digo.

Me extiende la mano, se la estrecho en el porche. Su apretón de manos es vigoroso. He acertado. Es el hermano mayor de Ôshima. Me dice que todo el mundo lo llama Sada. Habla despacio, escogiendo las palabras. No se apresura. Como si quisiera demostrar que tiene todo el tiempo del mundo.

Me han llamado de Takamatsu para que te venga a buscar y te lleve allí de vuelta —me dice—. Por lo visto se trata de algo urgente.

¿De algo urgente?
Sí. Pero no sé qué es.

- Gracias por venir a buscarme —digo.

No tiene importancia. ¿Tardarás mucho en recoger tus cosas?
Estoy listo en cinco minutos.

Mientras meto de cualquier manera mis cosas en la mochila, él me ayuda a recogerlo todo sin parar de silbar. Cierra la ventana, corre las cortinas, comprueba que la llave de paso del gas esté cerrada, recoge la comida que ha sobrado, pasa un poco de agua por el fregadero. En cada uno de sus movimientos se adivina que Sada considera la cabaña como una prolongación de sí mismo.

Parece que a mi hermano le caes muy bien —me dice Sada—. Y a él no suele gustarle la gente. Tiene un carácter un poco difícil.

Conmigo ha sido muy amable.
Sada asiente.

- Cuando quiere, es amabilísimo. —Comenta de manera concisa.

Me siento en el asiento del copiloto, dejo la mochila a mis pies. Sada enciende el motor, pone una marcha y, por último, asoma la cabeza por la ventanilla, hace un lento y minucioso repaso de la cabaña y aprieta el acelerador.

- Esta cabaña es una de las pocas cosas que tenemos en común mi hermano y yo —dice Sada conduciendo con mano experta por el camino de descenso de la montaña—. De vez en cuando, a los dos nos entran ganas de venir aquí a pasar unos cuantos días solos. —Reflexiona unos instantes sobre lo que acaba de decir, luego prosigue—. Esta cabaña era muy importante para nosotros, todavía lo sigue siendo. Nos da fuerza. Pero una fuerza tranquila. ¿Entiendes a qué me refiero?

Creo que sí —contesto.

Mi hermano me dijo que seguro que lo entenderías —dijo Sada—. Quien no lo entiende no lo entenderá jamás.

En la tela descolorida de los asientos hay adheridos muchos pelos blancos de perro. Huele a perro y a mar. A la cera de las tablas de surf. A tabaco. Los botones de regular el aire acondicionado han saltado. El

cenicero está lleno a rebosar de colillas. En el hueco portaobjetos de la puerta hay un montón de cintas de casete, todas sin caja.

He entrado en el bosque —digo.

- ¿Muy adentro?
- Sí —contesto—. Aunque Ôshima me advirtió que no lo hiciera. —¿Pero tú has entrado hasta muy adentro?
- Sí —digo.

Yo también tomé una vez la decisión de adentrarme en el bosque, y lo hice. De esto hará unos diez años.

Después enmudece durante unos instantes, se concentra en las manos mientras sujeta el volante. Se suceden las grandes curvas. Las ruedas gruesas del todoterreno arrojan un montón de piedrecitas al fondo del precipicio. De vez en cuando aparece algún cuervo al lado del camino. No huye al ver aproximarse el vehículo y, una vez que ha pasado de largo, se lo queda mirando con curiosidad.

¿Viste a los soldados? —me pregunta Sada como si fuera lo más natural. Igual que si me estuviese preguntando la hora.

¿A los dos soldados que van juntos?

- Sí —dice Sada. Me lanza una rápida mirada de reojo—. ¿Tan adentro llegaste?
- Sí —respondo.

Con las dos manos asiendo el volante con lasitud, permanece en silencio durante un tiempo. No manifiesta su opinión. La expresión de su rostro no cambia.

Sada —digo.
¿Sí?
Hace diez años, cuando viste a los soldados, ¿qué hiciste?

¿Que qué hice cuando vi a los soldados? —repite mi pregunta. Asiento, espero su respuesta. Sada observa algo por el retrovisor, vuelve a dirigir la mirada al frente.

Hasta ahora no se lo he contado a nadie —dice—. Ni siquiera a mi hermano. Bueno, a mi hermano o a mi hermana, es igual. A mi hermano. Él no sabe nada de lo de los soldados.

Asiento en silencio.

- Y tal vez tampoco ahora quiera contárselo a nadie. Ni siquiera a ti. Y es posible que tú tampoco quieras hablar de ello en toda tu vida. Ni siquiera conmigo. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Me parece que sí —digo.

- ¿Qué crees que es aquello?

Lo que hay allí es imposible de explicar con palabras. La verdadera respuesta no se puede describir con palabras.

- Exacto —dice Sada—. De eso se trata. Y lo que no se puede explicar con palabras, mejor no tratar de explicarlo de ninguna forma.

¿Ni siquiera a uno mismo? —digo yo.

Ni siquiera a uno mismo —dice Sada—. Mejor no explicarte nada ni siquiera a ti mismo.

Sada me ofrece un chicle de menta. Tomo uno, lo masco. —¿Has hecho surf alguna vez? —me pregunta.

No.

- Cuando te vaya bien, te enseñaré —dice—. Bueno, si te apetece, claro. En la costa de Kóchi hay olas muy altas, y no hay mucha gente. El surf es un deporte con más trasfondo de lo que parece. A través del surf aprendemos a no ir en contra de la naturaleza. Ni siquiera cuando más violenta se muestra.

Saca un cigarrillo del bolsillo de su camiseta, se lo pone en la comisura de los labios, le prende fuego con el encendedor del salpicadero.

Ésta es otra de las cosas que no se pueden explicar con palabras. Una de esas que es imposible responder con un sí o con un no —dice.

Entrecierra los ojos, exhala el humo del tabaco, despacio, por la ventanilla.

En Hawai hay un lugar que se llama Toilet Bowl. Allí chocan las olas que se retiran con las que llegan a la playa y se forman unos remolinos impresionantes. El agua se arremolina como en la taza del váter. A la que en un *wipe out"* la espiral te succiona hasta el fondo, cuesta mucho salir a flote. Según la fuerza de las olas, es posible que no lo consigas jamás. Allá estás tú, en el fondo del mar, zarandeado por las olas, impotente. Lo único que puedes hacer es debatirte a la desesperada contra la potencia del agua. Y tus fuerzas van menguando. Cuando lo vives en tu propia piel, comprendes lo terrible que es. Pero, mientras no seas capaz de superar ese pánico, no puedes considerarte un surfista hecho y derecho. Estás solo y te enfrentas a la muerte, la conoces, logras superarlo. En el fondo del remolino piensas en muchas cosas. En cierto sentido te haces amigo de la muerte, empiezas a poder hablar con ella con el corazón en la mano.

Cuando llegamos a la valla, Sada baja del todoterreno, cierra la puerta, echa la llave del candado. Sacude la puerta varias veces para asegurarse de que está bien cerrada.

Después permanecemos en silencio todo el rato. Pone un programa de música en FM, conduce. Sé que apenas la escucha. Sólo la ha puesto como signo de algo. Ni siquiera le presta atención cuando, al pasar el túnel, la emisión se entrecorta y hay interferencias. Como tiene el aire acondicionado estropeado, tras entrar en la autopista deja todo el rato la ventanilla abierta de par en par.

- Si quieres aprender a hacer surf, ven a verme —dice Sada cuando empieza a verse el mar Interior—. Tengo una habitación libre, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Gracias —digo—. Algún día iré. Pero no sé cuándo.
¿Estás muy ocupado?
Tengo que resolver algunas cosas.

- Yo también —me hace saber Sada—. Y lo digo sin ánimo de presumir.

Volvemos a quedarnos en silencio durante un buen rato. Él piensa en sus problemas, yo pienso en los míos. Él permanece con la vista al frente, las manos en el volante, fumando un cigarrillo de vez en cuando. A diferencia de Ôshima, corre poco. Con el codo apoyado en el marco de la ventanilla abierta, circula a la velocidad permitida, sin prisas. Sólo cuando tiene delante algún vehículo que circula muy despacio cambia de carril, pisa el acelerador con expresión de fastidio, adelanta y vuelve al carril lento.

¿Hace mucho que practicas surf? —le pregunto.

Pues, mira —contesta. Se queda callado. Y, cuando empiezo a creer que se ha olvidado de mi pregunta, me responde finalmente—. Hacía surf desde el instituto. Como pura diversión. Pero empecé a dedicarme al surf en serio hace seis años. Estaba en Tokio. Trabajaba en una gran agencia de publicidad. Pero el trabajo me aburría, lo dejé, volví aquí y empecé a hacer surf. Con mis ahorros y el dinero que me prestaron mis padres abrí una tienda de artículos de surf. Como estoy solo, puedo hacer, más o menos, lo que quiero.

¿Querías volver a Shikoku?

Eso también influyó —dice—. En un sitio que haya mar pero que no tenga las montañas cerca, yo no acabo de sentirme del todo a gusto. El hombre, hasta cierto punto, está determinado por el lugar donde ha nacido. Probablemente, la manera de pensar y de sentir de una persona funcionen de modo sincrónico a la configuración del terreno, la temperatura y los vientos. ¿Dónde has nacido tú?

En Tokio. En Nogata, en el distrito de Nakano.

- ¿Y quieres volver a Nakano?

  Sacudo la cabeza.
  No —digo.
  ¿Por qué?
  No tengo ninguna razón para volver.
  Ya —dice.
  Creo que la configuración del terreno y los vientos no tienen mucho que ver conmigo —deduzco.

Vaya —dice.

Después vuelve a enmudecer. Pero a Sada no parece importarle que el silencio se prolongue. Tampoco a mí. Escucho la música de la radio lánguidamente, sin pensar en nada. Sada sigue con la vista clavada al frente. Al final dejamos la autopista, nos dirigimos hacia *el* norte y entramos en la ciudad de Takamatsu.

Llegamos a la biblioteca Kómura alrededor de la una de la tarde. Tras dejarme frente a la biblioteca, Sada regresa a Kóchi sin bajar del coche, sin detener siquiera el motor.

¡Gracias! —le digo.

¡Hasta pronto! —exclama. Saca la mano por la ventanilla, se despide con un único y pequeño movimiento de la mano y se va, haciendo rechinar las grandes ruedas del todoterreno. Vuelve a sus grandes olas, a su mundo, a sus propios problemas.

Me cargo la mochila a la espalda, cruzo el portal de la biblioteca. Aspiro el aroma de los arbustos bellamente recortados del jardín. Me da la impresión de que hacía meses que no veía la biblioteca. Pero, pensándolo bien, sólo han transcurrido cuatro días.

Oshima está sentado detrás del mostrador. Lleva corbata, cosa que no suele hacer. Camisa blanca y una corbata a rayas verdes y amarillo mostaza. Lleva las mangas arremangadas hasta el codo, sin americana. Delante de él, la acostumbrada taza de café y dos lápices recién afilados.

¡Hola! —me saluda Oshima. Sonríe como siempre.
Buenas tardes —lo saludo yo.
¿Te ha traído mi hermano?
Sí.
No ha hablado mucho, supongo —dice Oshima.
Sí, un poco sí que hemos charlado —digo.

- i Qué bien! Eres una persona afortunada. Según con quién o según cuándo, es muy capaz de no abrir la boca.

¿Ha sucedido algo? —pregunto—. Me ha dicho que se trataba de algo urgente.

Oshima asiente.

- Tengo que decirte varias cosas. La primera, que la señora Saeki ha muerto. De un ataque al corazón. El martes por la tarde me la encontré en el estudio del primer piso, de bruces sobre la mesa, muerta. Murió de repente. No parecía que hubiese sufrido en absoluto.

Me quito la mochila del hombro, la dejo en el suelo. ¿Martes por la tarde? —pregunto—. Hoy es viernes, ¿verdad?

Sí, hoy es viernes. La señora Saeki murió el martes, poco después de terminar la visita guiada. Quizá debería haberte avisado antes, pero me sentía completamente incapaz de ordenar mis ideas.

Hundido en la silla, no puedo mover ni un músculo. Tanto Oshima como yo permanecemos en silencio durante un buen rato. Desde donde me encuentro se ven las escaleras que llevan al primer piso. La barandilla negra bien pulida, la vidriera del descansillo. Estas escaleras tienen un profundo significado para mí. Porque, subiéndolas, podía ver a la señora Saeki. Ahora han perdido todo significado, se han convertido en unas escaleras vulgares. Ella ya no está allí.

Tal como te expliqué una vez, esto probablemente ya estaba decidido de antemano —dice Oshima—. Lo sabía yo, lo sabía ella. Pero no hace falta decir que, cuando finalmente sucede, es muy duro.

Oshima hace una pausa. Pienso que debería decir algo. Pero no logro articular palabra.

De acuerdo con sus últimos deseos, no ha habido funeral —prosigue Oshima—. La han incinerado y basta. Su testamento estaba dentro del cajón del escritorio que hay en el estudio del primer piso. Todos sus bienes los ha donado a la fundación que administra la biblioteca Kómura. A mí me ha dejado su pluma Montblanc como recuerdo. Y, a ti, una pintura al óleo. El cuadro de aquel muchacho a la orilla del mar. ¿Te lo quedarás?

Asiento.
Lo tengo aquí envuelto, para que te lo lleves cuando quieras.

Gracias —logro decir finalmente.

Oye, Kafka Tamura —dice Oshima. Coge un lápiz y lo hace rodar entre los dedos como siempre—. ¿Te importaría que te hiciera una pregunta?

Niego con un movimiento de cabeza.

- Tú ya sabías que ella había muerto, ¿verdad? Antes de que yo te lo dijera.

Vuelvo a asentir.
Creo que lo sabía.

Ésa es la impresión que me daba —dice Oshima exhalando un profundo suspiro—. ¿Quieres beber agua o algo? Si te soy sincero, haces cara de haber acabado de cruzar el desierto.

Sí, gracias. Lo cierto es que tengo una sed espantosa. —Al decírmelo *Oshima*, me he dado cuenta de ello.

Me bebo de un trago el vaso de agua con hielo que me ha traído Ôshima. Me duele un poco el fondo de la garganta. Dejo el vaso encima de la mesa.

- ¿Quieres más?

Sacudo la cabeza.
¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Oshima.

- Volver a Tokio —respondo.
- ¿Y qué harás una vez que te encuentres en Tokio?

Primero iré a la policía y lo explicaré todo. Si no, tendré que pasarme toda la vida huyendo de la policía. Luego, probablemente, tenga que volver a la escuela. No es que me apetezca volver, pero aún no he terminado la enseñanza obligatoria y no creo que me quede más remedio. Si aguanto unos meses, en cuanto me gradúe podré hacer lo que quiera.

Desde luego —dice Ôshima. Me mira a la cara con los ojos entrecerrados—. Creo que es lo mejor que puedes hacer.

Cada vez he ido teniendo más claro que era eso lo que debía hacer. —Por más que huyas, no vas a ninguna parte.

Es probable.
Parece que has madurado —dice.
Sacudo la cabeza. No me salen las palabras.

Oshima se da algunos golpecitos en la sien con la goma de la punta del lápiz. El teléfono empieza a sonar, pero Oshima lo ignora.

- Cada uno de nosotros sigue perdiendo algo muy preciado —dice cuando el teléfono deja de sonar—. Oportunidades importantes, posibilidades, sentimientos que no podrán recuperarse jamás. Esto es parte de lo que significa estar vivo. Pero dentro de nuestra cabeza, porque creo que es ahí donde debe de estar, hay un pequeño cuarto donde vamos dejando todo esto en forma de recuerdos. Seguro que es algo parecido a las estanterías de esta biblioteca. Y nosotros, para localizar dónde se esconde algo de nuestro corazón, tenemos que ir haciendo siempre fichas catalográficas. Hay que limpiar, ventilar la habitación, cambiar el agua de los jarrones de flores. Dicho de otro modo, tú deberás vivir hasta el fin de tus días en tu propia biblioteca.

Miro el lápiz que Ôshima tiene en la mano. Verlo me destroza el corazón. Pero puedo dejar de ser el chico de quince años más fuerte del mundo, al menos por un tiempo. O fingirlo. Tomo una gran bocanada de aire, me lleno los pulmones, empujo el nudo de sentimientos hacia dentro.

¿Podré volver algún día? —pregunto.

Por supuesto —dice Oshima, y deja el lápiz sobre el mostrador. Cruza las manos por detrás de la nuca, me mira de frente—. Por lo visto, voy a dirigir la biblioteca yo solo durante un tiempo. Es muy posible que necesite un ayudante. Cuando te hayas librado de la policía y de la escuela, si quieres, puedes volver

aquí. Ni la ciudad ni yo pensamos irnos a ninguna parte. Una persona debe pertenecer a algún lugar, en mayor o menor medida.

- Gracias —digo.

No hay de qué —dice.

- Además, tu hermano tiene que enseñarme a hacer surf.

¡Caramba! A él no le suele gustar la gente. Tiene un carácter un poco difícil.

Asiento. Sonrío. Un par de hermanos muy parecidos, sí, señor.

- Escucha, Tamura —dice Oshima mirándome fijamente—. Tal vez me equivoque, pero me parece que es la primera vez que te veo sonreír, aunque sea un poquito.

Quizá sí —digo. He sonreído. Es cierto. Me sonrojo.

- ¿Cuándo volverás a Tokio?

Ahora mismo.

¿No puedes esperar hasta la noche? Después de cerrar la biblioteca podría llevarte a la estación en coche.

Tras pensármelo unos instantes niego con la cabeza.
Gracias, pero es mejor que me vaya enseguida.

Oshima asiente. De una habitación del fondo me trae el cuadro cuidadosamente envuelto. También me entrega un *single* de *Kafka en la orilla del mar* metido en un sobre.

Un regalo.

Gracias —digo—. Por último, me gustaría subir a ver otra vez el estudio de la señora Saeki. ¿Te importa?

- Claro que no. Míralo tanto como quieras.

¿Me acompañas?
Vamos.

Subimos al primer piso, entramos en el despacho de la señora Saeki. Me planto delante del escritorio, toco la superficie con suavidad. Pienso en las cosas que ha ido absorbiendo a lo largo del tiempo. Me represento la última imagen de la señora Saeki, de bruces sobre esta mesa. La recuerdo escribiendo febrilmente, de espaldas a la ventana. Yo siempre le traía el café aquí. Cuando me veía entrar por la puerta, siempre abierta, ella levantaba la vista, me miraba, esbozaba una sonrisa. —¿Qué era lo que se pasaba el día escribiendo aquí la señora Saeki? —pregunto.

No lo sé —dice Oshima—. Lo único que puedo decirte es que ella se fue al otro mundo llevándose consigo muchos secretos.

Llevándose consigo varias hipótesis, añado para mis adentros.

La ventana está abierta, la brisa de junio hace ondear en silencio los bajos de las cortinas blancas de encaje. Huele a mar. Recuerdo el tacto de la arena en mi mano. Me aparto de la mesa, me acerco a Oshima, lo abrazo con fuerza. El cuerpo esbelto de Oshima me trae un sinfín de nostálgicos recuerdos. Oshima me acaricia el pelo en silencio.

El mundo es una metáfora, Kafka Tamura —me dice Oshima al oído—. Pero ¿sabes? Tanto para ti como para mí, esta biblioteca es lo único que no es la metáfora de nada. Esta biblioteca es sólo esta biblioteca. Eso quiero que quede bien claro entre nosotros.

Por supuesto —digo.

- Es una biblioteca muy sólida, muy personal, muy especial. Y nada puede reemplazarla.

Asiento.

- Adiós, Kafka Tamura —se despide Oshima.

Adiós, Oshima —digo yo—. Me gusta mucho tu corbata. Él se separa de mí, me mira fijamente a la cara y sonríe.

Me estaba preguntando cuándo lo dirías al fin.

Con la mochila a la espalda voy andando hasta la estación, cojo el tren, me dirijo a Takamatsu. En la ventanilla compro un billete para Tokio. El tren llegará por la noche, tarde. De momento me alojaré en alguna parte y, luego, posiblemente vuelva a mi casa, en Nogata. Regresaré a aquella enorme casa desierta, donde no hay un alma, estaré solo de nuevo. Nadie aguarda mi regreso. Pero no tengo ningún otro lugar adonde volver.

Desde el teléfono público de la estación, llamo al móvil de Sakura. Está muy ocupada. Pero dispone de unos minutos. Aunque no podrá hablar mucho rato. Le digo que es suficiente con unos minutos.

Vuelvo a Tokio —digo—. Ahora estoy en la estación de Takamatsu. Sólo quería decírtelo.
¿Qué? ¿Ya has dado por concluida la fuga?
Pues, sí.

- La verdad es que a los quince años es demasiado pronto para largarse de casa —dice—. ¿Y qué harás una vez en Tokio?

Probablemente vuelva a la escuela.
De cara al futuro, no es ninguna mala idea. Eso seguro —dice.
Tú también volverás a Tokio, ¿verdad, Sakura?

- Sí. En septiembre. Este verano pienso irme de viaje a alguna parte.

¿Podré verte en Tokio?

- Claro. Por supuesto —dice ella—. ¿Me das tu número de teléfono? Le doy el número de teléfono de la casa de Nogata. Ella toma nota. —¿Sabes? El otro día soñé contigo —dice ella.
- Yo también soñé contigo.

Espero que no hayas soñado ninguna guarrada, ¿eh?
Pues sí, lo era —admito—. Pero no era más que un sueño. ¿Y tú?

Yo no soñé ninguna guarrada. ¿Qué te crees? Soñé que tú estabas solo en una casa enorme, en una especie de laberinto, dando vueltas. Estabas buscando una habitación especial, pero no eras capaz de encontrarla de ninguna de las maneras. Y dentro de esa casa había alguien que, a su vez, estaba dando vueltas buscándote a ti. Yo gritaba, quería avisarte, pero mi voz no te llegaba. Fue un sueño terrorífico. Mientras soñaba, por lo visto, no dejé de gritar, así que cuando me desperté estaba exhausta. Estaba muy preocupada por ti.

Gracias —dije—. Pero sólo era un sueño.
¿No te ha pasado nada malo?

- No me ha pasado nada malo.

No me ha pasado nada malo, me digo a mí mismo.

Adiós, Kafka —se despide—. Ahora tengo que volver al trabajo, pero cuando tengas ganas de charlar conmigo, llámame cuando quieras.

Adiós —digo, y añado—: hermanita.

Paso el puente, cruzo el mar, en la estación de Okayama hago transbordo al *shinkansen."* Sentado en mi asiento, cierro los ojos. Me abandono al balanceo del tren. A mis pies, envuelto con esmero, reposa el cuadro *Kafka en la orilla del mar.* Percibo su roce junto a los pies.

Quiero que te acuerdes de mí —dice la señora Saeki. Y me mira directamente a los ojos—. Si tú me recuerdas, no me importará que el resto del mundo me olvide.

Un tiempo poseedor de peso específico cae sobre ti como un viejo sueño con múltiples significados. Continúas desplazándote para atravesar ese tiempo. Aunque llegues hasta el fin del mundo, no podrás huir de él. Con todo, tienes que llegar hasta el final. Porque hay algo que no podrás hacer a menos que consigas llegar hasta allí.

Pasada Nagoya empieza a llover. Contemplo cómo los goterones van trazando líneas en el cristal de la ventanilla. Pensándolo bien, cuando salí de Tokio también llovía. Pienso en la lluvia cayendo sobre diferentes lugares. La lluvia que cae en el bosque, la lluvia que cae sobre la superficie del mar, la lluvia que cae en la autopista, la lluvia que cae sobre la biblioteca, la lluvia que cae en el fin del mundo.

Cierro los ojos, dejo que las fuerzas me abandonen, relajo mis músculos en tensión. Me concentro en el monótono traqueteo del tren. Sin previo aviso, una lágrima aflora de un lagrimal. Percibo su cálido tacto en la mejilla. Brota del ojo, se desliza por la mejilla, se detiene junto a mi boca y, allí, con el paso del tiempo, se seca. «No importa», me digo a mí mismo. «Es sólo una lágrima.» Incluso podría pensar que no era mía. Podría sentirla como parte de la lluvia que azota los cristales. ¿Habré hecho lo correcto?

Has hecho lo correcto —me dice el joven llamado Cuervo—. Has hecho lo mejor que podías hacer. Nadie podría haberlo hecho mejor que tú. Porque *tú eres el auténtico chico de quince años más fuerte del mundo.*

Pero yo todavía no entiendo el sentido de la vida.
Mira el cuadro —dice—. Escucha el susurro del viento. Asiento.
Podrás hacerlo.
Asiento.

Es mejor que duermas —dice el joven llamado Cuervo—. Y, al despertar, habrás pasado a formar parte de un mundo nuevo.

Dentro de poco te dormirás. Y, al despertar, habrás pasado a formar parte de un mundo nuevo.

Reseña de la obra de Haruki Murakami Pocas veces se ha escrito un canto tan sencillo y a la vez mágico a la soledad. Porque si algo nos queda seguro después de haber leído “Kafka en la orilla” es el halo solitario y fantástico que cubre toda la novela, y la certeza de que para escribir grandes obras también es necesaria la belleza de la sencillez y la cotidianidad de las cosas de nuestro mundo, esas pequeñas historias que al fin y al cabo conforman todo esto que llamamos vida.

La novela entera es un paso por toda nuestra historia. Rebosa tragedia y literatura griega, con referencias a las grandes obras de la literatura clásica, del cine y hasta nos acaba dando lecciones de música clásica. Nos acompaña la insignia de Edipo que marcará el rumbo inicial de la historia de nuestro joven protagonista. El libro tiene reminiscencias de Kafka, de nuestra siempre común Odisea, que Homero inmortalizaría en todos los pasos que damos en nuestra vida; así, aquí nos volverán a lanzar el mensaje de que lo que importa es el camino y no la vuelta de la travesía. Durante toda la novela se nos muestran grandes compendios de la filosofía que nos han ido dejando importantes hombres durante muchos años y se nos enseña a la vez que se nos alienta con una historia absorbente, trepidante y genialmente entretenida. Podríamos decir que esta magnífica novela es una rapsodia de todo lo bueno que hubo y se nos enseñó desde que el hombre conoció el instrumento de la comunicación, no dejando nunca de lado la inolvidable pluma de Shakespeare, el cine de Truffaut y la mirada lejana de un adolescente que nunca murió.

El protagonista tiene un gran parecido con el Antoine Doniel de Los 400 golpes. Imbuido por la maldición de Edipo, huirá de su destino obviando que su destino siempre lo llevará colgando sobre la espalda, al igual que el joven que se haría rey matando a su padre y acostándose con su madre. Se marchará de casa en su decimoquinto cumpleaños, aunque no irá solo, sino con una voz que lo acompañará durante toda la travesía, el joven llamado Cuervo, lo que podríamos llamar como la voz de su conciencia. Su historia, que a simple vista puede parecer simple, irá convirtiéndose en toda una trama enrevesada que cada vez dejará más paso a los sueños que a la propia realidad, acabando en un bosque fantástico en el que el tiempo no existe, conducido por unos derroteros insospechados hacia el embarque del peligro al que siempre estamos sometidos cuando dejamos de ser cobijados por nuestros padres.

Un racionalista empedernido no debe de leer esta novela, pues en ella, aunque en un principio no lo parezca, rebosa una fantasía que será la magia que rodee finalmente toda la obra, la belleza de un sueño, el estrafalario mundo de lo desconocido. No es literatura oriental difícilmente masticable para un occidental; curiosamente Haruki Murakami es considerado de los escritores orientales el más occidental, escribiendo novelas al más puro estilo norteamericano, pero nunca dejando de lado ese complejo mecanismo de la fantasía que no puede razonarse.

El autor sabe jugar con las emociones del lector. Sabe empaparlo de conocimiento para luego empezar a unir las piezas de un puzzle gigante al que al principio no le encontrábamos sentido, de una manera original y pocas veces vista. Así crea en el lector esas ansias de querer seguir leyendo, de querer conocer una pieza más de ese puzzle que, aunque cada vez se nos torne más complejo, se nos antoja adictivo y delicioso. Los personajes de la novela son de esos que nunca se olvidan, parejas entrañables como Hoshino y Nakata, éste último con reminiscencias de un Dios más aventajado que muchos que conocemos aunque sea un tonto rematado, más sabio aun que el que murió diciendo que no sabía nada, nos hacen el camino ameno y divertido. Gran parte del libro es observado desde los ojos de ese niño de quince años que quiere ser *el niño de quince años más fuerte del mundo*, aunque al final demuestre, como humano que es, lo frágil de nuestra existencia. La complejidad de un personaje como la señora Saeki nos meterá aún más de lleno en la historia, a la vez que nos sumergirá en más y más preguntas. También admiraremos ese sabio mentor que parece ser un segundo padre para él llamado Oshima, encargado de la biblioteca Kômura, con su obligada metáfora a la biblioteca que todos llevamos dentro, la de nuestros propias historias, nuestros recuerdos, donde sucederán grandes momentos de esta extravagante historia.

La novela conforma una enorme alegoría a la soledad del hombre y a la belleza de los sueños. Haruki Murakami nos demuestra que el punto entre la fantasía y la realidad nunca está determinado, y que el mundo de los sueños no tiene porque necesariamente estar tan lejos de nuestra propia existencia.

Sinopsis

Kafka Tamura se va de casa el día en que cumple quince años. La razón, si es que la hay, son las malas relaciones con su padre, un escultor famoso convencido de que su hijo habrá de repetir el aciago sino del Edipo de la tragedia clásica, y la sensación de vacío producida por la ausencia de su madre y su hermana, a quienes apenas recuerda porque también se marcharon de casa cuando era muy pequeño. El azar, o el destino, le llevarán al sur del país, a Takamatsu, donde encontrará refugio en una peculiar biblioteca y conocerá a una misteriosa mujer mayor, tan mayor que podría ser su madre, llamada Saeki.

Si sobre la vida de Kafka se cierne la tragedia –en el sentido clásico–, sobre la de Satoru Nakata ya se ha abatido –en el sentido real–: de niño, durante la segunda guerra mundial, sufrió un extraño accidente que lo marcaría de por vida. En una excursión escolar por el bosque, él y sus compañeros cayeron en coma; pero sólo Nakata salió con secuelas, sumido en una especie de olvido de sí, con dificultades para expresarse y comunicarse... salvo con los gatos. A los sesenta años, pobre y solitario, abandona Tokio tras un oscuro incidente y emprende un viaje que le llevará a la biblioteca de Takamatsu. Vidas y destinos se van entretejiendo en un curso inexorable que no atiende a razones ni voluntades. Pero a veces hasta los oráculos se equivocan.

Edición

Kafka en la orilla Haruki Murakami
Editorial Tusquets, 2006
Colección Andanzas